

MEMORIA CRÍTICA

Antony Beevor
La batalla de
Creta



- [Antony Beevor](#)
 - [AGRADECIMIENTOS](#)
 - [PRIMERA PARTE - LA CAÍDA DE GRECIA](#)
 - [2 - Misiones diplomáticas](#)
 - [3. Misiones secretas](#)
 - [4. Invasión doble](#)
 - [5. A través del Egeo](#)
 - [SEGUNDA PARTE - LA BATALLA DE CRETA](#)
 - [7 -La punta de lanza de la avanzadilla alemana»](#)
 - [8. «Fuentes estrictamente reservadas»](#)
 - [9. «Una ocasión perfecta para matar»](#)
 - [10 - Máleme y el «valle Prisión](#)
 - [11 -Cara a cara con el enemigo en Rézimno e Iraklion](#)
 - [12 - La primera noche y el segundo día](#)
 - [13 - «La invasión de tropas anfibias»](#)
 - [14 - Desastre en tierra y en el mar](#)
 - [15 - Punto muerto en Rézimno e Iraklion](#)
 - [16 - La batalla de Galatás](#)
 - [17 - Los comandos de Laycock y la fuerza de reserva](#)
 - [18 - Al sur de la bahía de Suda](#)
 - [19 - Rendición](#)
 - [20 - El Cairo y Londres](#)
 - [TERCERA PARTE - LA RESISTENCIA](#)
 - [22 - En campaña](#)
 - [23 - El momento álgido del poder alemán](#)
 - [24 - El año en que cambiaron las tornas](#)
 - [Black Dimitri](#)
 - [25 - El armisticio italiano](#)
 - [26 - El secuestro del general Kreipe](#)
 - [NOTIFICACIÓN](#)
 - [27 - La retirada alemana](#)
 - [28 - Los últimos días de la ocupación](#)
 - [Apéndice A](#)
 - [Apéndice B](#)
 - [SECTORES DE MÁLEME Y GALATÁS](#)
 - [SECTOR DE IRAKLION](#)
 - [ORDEN DE BATALLA Y CADENA DE MANDO ALEMANES](#)
 - [Apéndice C](#)
 - [2154.](#)
 - [APÉNDICE D](#)
 - [BIBLIOGRAFÍA](#)
 - [FUENTES NO PUBLICADAS](#)
 - [ADM 1/11056, 202.](#)
 - [CONVERSACIONES Y CORRESPONDENCIA](#)
 - [PARTE II. LA BATALLA DE CRETA](#)

- [Principales siglas empleadas en el texto](#)
-

Antony Beevor

La batalla de Creta

AGRADECIMIENTOS

Al poco tiempo de indagar, comprendí que no hay que desanimarse cuando alguien nos advierte de que tiene pocas cosas interesantes que contar. Aunque a veces tenga un vacío en sus recuerdos -lo que Paddy Leigh Fermor llama «una herida en las circunvoluciones cerebrales infligida por el almirante Alzhei-mer»-, quien promete pocas sorpresas suele ser quien, a menudo tan sorprendido personalmente como quien los escucha, recuerda súbitamente, con una tremenda claridad, incidentes e individuos que se remontan a medio siglo. Sin estos relatos y reflexiones, el presente libro habría resultado sumamente anodino.

Ante todo, debo dar las gracias a las siguientes personas: Mikis Akumia-nakis, el difunto lord Caccia, Dennis Ciclítira, sir Geoffrey Cox, Gottfried Emrich, Xan Fielding, Ron Fletcher, el general de división Michael Forrester, Hugh Fraser, los profesores Nicholas Hammond y Freiherr von der Heydte, Myles Hildyard, el general de brigada R. W. Hodson, lord Hollenden, sir David Hunt, el teniente general sir Ian Jacob, Manolis Kugumtzakis, Patrick Leigh Fermor, Manos Manosakis, el coronel Guy May, sir Charles Mott-Radclyffe, Mark Norman, el comandante A.H.W. Petre Norton, Jorge Psi-jundakis, John Pumphrey, el general de brigada Ray Sandover, Jack Smith-Hughes, John Stanley, Ralph Stockbridge, el difunto Niko Suris, el doctor R.E.S. Tanner, el reverendo Stephen Verney, Michael Ward, sir Peter Wil-kinson, el difunto Gerry de Winton y el honorable C.M. Woodhouse.

Estoy también en deuda con Vincent Williams, el secretario general de la Asociación Británica de Veteranos de Creta (UKCVA), y con los miembros de esta y otras asociaciones afines que me brindaron amablemente sus recuerdos: Tom Barratt, Tom Bevan, R. B. Brown, J. Clayton, Horace Cowley, Ale-xander Dow, el capitán de corbeta T. J. Gibbons, Alfred Gotts, el capitán de corbeta F. M. Hutton, Clifford Pass, Kenneth Stalder y Norman Swift, así como con Vasilios Furakis y Eleuteris Tsinakis.

Quisiera dar las gracias asimismo a quienes me han ayudado de otra forma, bien compartiendo generosamente conmigo los resultados de sus investigaciones, bien aportando elementos de información de fuentes inesperadas, bien sugiriendo ideas útiles para seguir rastreando: Joan Bright Astley, Evan-guelos Cristu, Antony Contomichaelos, Michael Davie, el general de brigada Christopher Dunphie, M.R.D. Foot, Imogen Grundon, Edward Hodgkin, Penelope Hope, Charles Messenger, sir David Miers, Nigel Nicolson, Ber-nard Redshaw, Hugo Vickers y Christopher Woods.

Tengo una deuda de gratitud con quienes me ayudaron en mis investigaciones en Grecia y la hicieron tan agradable: con John Craxton en Canea; Marión Tzanakis, el cónsul británico, en Iraklion; el capitán de la armada real Richard Evans, agregado de la armada y el ejército del aire en la embajada británica de Atenas; el Excmo. Sr. Richard Woods, antiguo embajador de Nueva Zelanda ante Grecia; por ultimo, con el almirante Evangelos Sakelariu, el teniente coronel Muntakis y el personal del Museo de la Guerra de Atenas.

Debo dar las gracias también a quienes me han enviado cartas, diarios, fotografías y, en particular, informes no publicados, algunos de los cuales no sólo han sido útiles, sino vitales.

A Hugh Fraser, miembro de la Misión militar británica en Creta, que me cedió con prodigalidad su tiempo desentrañando y traduciendo documentos y relatos útiles sobre la resistencia. Al doctor Detlef Vogel, del Instituto de Investigaciones de Historia Militar de Friburgo, que tuvo la amabilidad de enviarme reproducciones de documentos alemanes reveladores y de comunicarme las

observaciones que le habían suscitado sus investigaciones sobre el tema.

A los testigos o expertos que, tras leer y comentar diversos capítulos, no sólo me sacaron de mi error, sino que en muchas ocasiones arrojaron nueva luz sobre cada caso. Debo agradecer especialmente al comandante Edward Thomas que examinara todos los pasajes relacionados con el sistema Ultra, al general de división Michael Forrester y a lord Jellicoe que estudiaran todos los extractos sobre las razzias del Special Air Service Regiment y del Special Boat Squadron del Reino Unido, así como a todos los miembros de la Misión militar británica en Creta y a Manosos Manusakis, que también leyeron la tercera parte, en ocasiones varias veces, y telefonearon a su red de colegas de la resistencia en Grecia para comprobar la veracidad de algunos de los acontecimientos narrados. Los errores que hayan subsistido, naturalmente, son de mi entera responsabilidad.

He tenido la fortuna de recibir un fuerte aliento y ayuda de mis editores, John Murray, editores y amigos de varias generaciones de mi familia. Grant McIntyre me brindó excelentes consejos e hizo gala de una admirable disciplina, mientras Gail Perkis fue el revisor perfecto, que supo contradecir con un tacto exquisito pasajes torpes y confusos y ofrecerme soluciones redondas cuando me bloqueé.

Reservo mi mayor agradecimiento para mi mujer, Artemis Cooper. Si no hubiera sobrellevado prácticamente sola la carga de la enfermedad de nuestra hija, no habría logrado jamás acabar este libro a tiempo.

PRIMERA PARTE - LA CAÍDA DE GRECIA

1.Misiones militares

La noche posterior a la salida de las últimas tropas británicas de las playas de Dunkerque, un hombre alto con un ojo de cristal se despedía de su mujer sobre la escalinata del Oxford and Cambridge Club. Era la víspera de su partida en hidroavión hacía Grecia. No volvieron a verse. Un año más tarde, herido grave en la batalla de Creta, era recostado sobre una pared por los paracaidistas alemanes y fusilado.

John Pendlebury era arqueólogo y, a pesar de su condición de «wykehamista»

[\[1\]](#) y de unos antecedentes en extremo convencionales, un romántico apasionado. Llevaba siempre consigo un bastón de estoque que, según decía, era el arma perfecta contra los paracaidistas. En Creta llegó a ser más conocido como marchamo de su persona que el ojo de cristal, que solía dejar sobre su escritorio para indicar su ausencia cuando se iba a las montañas, a consultar a los capitanes de la guerrilla.

Como tantos catedráticos y arqueólogos, había sido reclutado en 1938 por un departamento especial del Ministerio de Guerra llamado Military Intelligence (Research) (MI(R)), el predecesor de la Junta de Operaciones Especiales (SOE, Special Operations Executive). Dado el excelente conocimiento de Creta que adquirió en su época de custodio en Cnosós, a mediados del decenio de 1930, Pendlebury era un candidato obvio para las operaciones especiales en esa isla. Pero cuando estalló la guerra y no fue convocado, regresó a Inglaterra para desempeñar una misión especial en un regimiento de caballería.

Finalmente fue llamado en mayo de 1940, tras el comienzo de la ofensiva alemana contra los Países Bajos y Francia. Ante la inminencia de la entrada de Italia en la guerra y el interés alemán por los Balcanes, y en particular por los

yacimientos petrolíferos de Rumania, todo parecía indicar que el Mediterráneo oriental sería el próximo campo de operaciones. Otro arqueólogo conocedor del griego que aceptó el uniforme de camuflaje del MI(R) en mayo de 1940 fue Nicholas Hammond, catedrático de Cambridge. Hammond y Pendlebury asistieron a un curso acelerado sobre explosivos, lo que habría de constituir la especialidad del primero: una cualidad inverosímil en un futuro rector y catedrático de griego de la Universidad de Clifton. Hammond era un experto en Epiro y Albania. En Londres, antes de salir de misión, Pendlebury insistió -con más ironía que paranoia- en que, como medida de seguridad, conversaran siempre por teléfono en griego: Hammond en dialecto epirótico y Pendlebury en cretense.

Aunque mayor que la mayoría de quienes se presentaban voluntarios para acciones de sabotaje o para integrarse en los grupos de retaguardia, Pendlebury era uno de los que más en forma estaban. Ya en sus tiempos de Cambridge había descollado como corredor y saltador de altura y, siendo miembro del Achilles Club, había trabado amistad con Harold Abrahams y lord Burghley. En un ejercicio previo a la guerra realizado en Cnosós, había recorrido más de mil seiscientos kilómetros

por las montañas cretenses.

Con un preaviso de apenas un día, los cuatro miembros del MI(R) destinados a Grecia y Albania fueron citados por el Ministerio de Guerra. Se trataba de Pendlebury, Hammond, un empresario de Zagreb y otro arqueólogo, David Hunt, un catedrático becado en el Magdalen College que fue diplomático después de la guerra. El 4 de junio fueron escoltados hasta la estación Victoria por un oficial de los Foot Guards en impecable uniforme de servicio, con pantalones de montar, botas relucientes y casco de gala. Entre el trajín de los exhaustos evacuados de Dunkerque, su presencia inmaculada aportaba una de esas pinceladas surrealistas que constituyen una de las grandes e inconscientes especialidades del *establishment* británico.

Se embarcaron a bordo de un hidroavión en el puerto de Poole y despegaron sin saber cuál sería su derrota. El profundo avance de las columnas alemanas en Francia obligó al piloto a dar un gran rodeo. Para repostar amerizó en Arcachon, al sur de Burdeos, y luego en Séte, Bizerta, Malta y Corfú. En Atenas se denegó el permiso de entrada a todos los pasajeros menos a Pendlebury, porque sus vestimentas, propias de «empresarios» y «funcionarios», inspiraron recelos. Durante el periodo que precedió a la invasión italiana, el gobierno griego se mostró vigilante ante cualquier maniobra británica que pudiera comprometer su neutralidad.

Pendlebury, en su condición de antiguo custodio de Cnosós, pudo entrar en el país. Al poco saltó a Creta, donde comenzó a contactar con amigos durante sus interminables caminatas y a preparar grupos de resistencia contra la invasión de una isla de tanta importancia estratégica.

Al vetárseles la entrada en Grecia, Hammond y Hunt no tuvieron más opción que seguir hasta Egipto, donde fueron adscritos al 1.er batallón del regimiento galés de Alejandría. Este batallón demostró más adelante su valor militar en Creta pero, para quienes se habían presentado voluntarios como milicianos, la rutina del tiempo de paz resultaba asfixiante. «Todos los domingos los oficiales celebraban una fiesta de las doce de la noche a las tres de la madrugada (exclusivamente con cócteles de champán), a la que invitaban a las personas jóvenes y hermosas de Alejandría. A las tres todos nos sentábamos a comer rosbif y Yorkshire pudding.

[2] La temperatura solía ser estable, rondaba los 32 grados Celsius.»

[3] Como Italia declaró la guerra el 10 de junio, dos días después de que Hammond y Hunt llegaran a Alejandría, esta curiosa existencia no duró demasiado.

Aquel verano, mientras los británicos se preparaban para repeler la invasión y se producían las primeras escaramuzas en el desierto occidental, el régimen del dictador griego, general Ioannis Metaxas, perfectamente consciente de la amenaza que suponía el ejército italiano que había ocupado Albania en abril de 1939, hizo cuanto pudo por evitar el enfrentamiento.

El gobierno de Atenas llegó a ignorar el hundimiento por un submarino italiano de su crucero Helle mientras hacía funciones de navío de guarda ceremonial durante las celebraciones religiosas de la isla de Tinos. Esa moderación excepcional no les valdría de nada.

Pocas campañas militares se han efectuado con tanta meticulosidad como la invasión italiana de Grecia, iniciada el 28 de octubre de 1940. Mussolini quería en un principio invadir Yugoslavia, pero Hitler vetó firmemente su propuesta. Las materias primas yugoslavas tenían casi tanta importancia para la empresa bélica germana como el petróleo de Rumania. En cierto sentido, resulta sorprendente que Hitler no vetara también la invasión de Grecia. Había sido avisado en infinidad de ocasiones de las intenciones italianas y puede darse por cierto que Mussolini se lo comentó durante un aparte en la reunión de Brenner, celebrada el 4 de octubre.

El Duce presentó su futura campaña como parte de un doble ataque simultáneo a las posiciones británicas en el Mediterráneo oriental: la captura de Mersa Matruh debía ir seguida por el dominio italiano del Egeo. Por aquel entonces, ese plan encajaba con la «estrategia periférica» de Alemania, consistente en atacar el Reino Unido de cualquier forma menos por medio de un asalto directo. Pero Hitler no había calibrado plenamente el talento del régimen italiano para el desastre.

Emanuele Grazzi, el ministro que representaba a Italia en Atenas, despertó al general Metaxas a las tres de la madrugada para presentarle un ultimátum, sin conocer siquiera sus condiciones exactas. Esta mascarada diplomática constituía un insulto, además de un agravio, puesto que, en ese momento, las tropas italianas ya habían atravesado la frontera albanesa. El general Papagos, jefe del estado mayor griego, telefoneó al coronel Blunt, el agregado militar británico, menos de media hora después. Blunt se dirigió de inmediato a los locales del cuartel general, donde comprobó que reinaba una sangre fría digna de encomio en vista de las circunstancias.

Las manifestaciones populares que tuvieron lugar el día siguiente mostraron que el país se había unido de manera instintiva. El «¡no!» con que replicó Metaxas a Grazzi todavía se conmemora todos los años el 28 de octubre, el día de fiesta nacional, conocido como «día ohi». Arrebatados por la fiebre patriótica, tanto los partidarios de Venizelos, liberales antimonárquicos, como la izquierda, olvidaron temporalmente que la dictadura regalista de Metaxas había violado la Constitución y proscrito a la oposición.

Metaxas, con la autoridad del recientemente restaurado rey Jorge II, había prohibido los partidos políticos en virtud de un decreto de 4 de agosto de 1936. Su dominio fue apuntalado por la policía ordinaria y secreta de su fiel secuaz, Constantinos Maniadakis, ministro de Seguridad Nacional.

La preocupación constante de los regalistas y liberales griegos por la Constitución había consistido durante mucho tiempo en una contienda de orden secundario que les permitió ignorar el problema real de su nación: la división entre una capital ensimismada y el campo y las islas, patéticamente descuidados. Este fracaso de las dos principales fuerzas políticas, seguido por la dictadura metaxista, que fue conocida como el «cuarto régimen de Augusto», brindó posteriormente a los comunistas una oportunidad en la Grecia continental.

El paralelo con la situación española resulta sorprendente. La diferencia en el curso de los acontecimientos que condujo en ambos casos a la guerra civil reside principalmente en la secuencia cronológica. En España, la dictadura de Primo de Rivera durante el decenio de 1920 contuvo la explosión hasta la segunda mitad de la década de 1930. En Grecia, la idéntica pretensión de Metaxas de imponer el orden militar sobre el caos civil fue seguida por la campaña albanesa y la ocupación alemana. Eso hizo que la explosión quedara postergada hasta el final de la segunda guerra mundial, poco después de que las tropas británicas llegaran a Atenas.

El 28 de octubre de 1940, el ministro británico sir Michael Palairret fue aclamado cuando apareció en el balcón de la Legación británica tanto por los partidarios del régimen como por sus opositores. La Legación, sita en una gran mansión rosa y blanca de la avenida Kifisia, había sido propiedad de Eleuterios Venizelos, el gran estadista liberal de la primera guerra mundial, cuya postura proaliada había contribuido a la deposición del rey Constantino, proalemán y padre del rey Jorge II. En la Creta natal de Venizelos, la explosión de patriotismo estuvo a punto de provocar la destrucción de la fuente Morosini de Iraklion, que databa de principios del siglo XVII, porque era veneciana y, por lo tanto, «enemiga».

Los reservistas no esperaron a recibir su llamada a filas: se presentaron de inmediato. Los entusiastas soldados, hacinados en los trenes que partían hacia el frente, dispararon a modo de salva

aproximadamente un millón de cartuchos. Muchas unidades se dirigieron al frente a pie, pues el transporte motorizado era casi desconocido en el ejército griego. En las montañas Pindus, los hombres, mujeres y niños ofrecían sus personas y sus animales de tiro para transportar las municiones y los avituallamientos por ese terreno escarpado y sin carreteras. A los pocos días, el avance italiano se detuvo.

Creyendo que su campaña sería prácticamente una marcha triunfal, el ejército italiano de Albania no había sido dotado de unidades de ingenieros. Los errores de estrategia (como una avanzadilla fútil en la masa montañosa de Epiro en lugar de dirigirse directamente hacia el puerto clave de Salónica) exasperaron a Hitler tanto como la incompetencia con la cual se llevó a cabo la campaña. Simuló no haber sido informado con antelación de los pormenores de la empresa.

En lugar de la breve campaña que habría impedido la entrada del enemigo en el continente europeo, Hitler comprobó que la campaña de Mussolini volvía a poner sobre el tapete el compromiso británico con la independencia de Grecia asumido en abril de 1939, tras la invasión italiana de Albania. En Salzburgo, el 18 de noviembre, el Führer dio a entender al ministro de Exteriores italiano, conde Ciano, que la llegada de bombarderos de la Royal Air Force a la región donde se concentraba su principal fuente de suministro, los yacimientos de Ploesti, era culpa de Mussolini.

La preocupación de Hitler por esos yacimientos se agravó cuando quedó claro que sus maniobras para disipar las suspicacias rusas por la presencia de tropas alemanas en Rumania habían fracasado. La amenaza de que se abriera un nuevo frente en su retaguardia inmediata pasó a ser una de sus mayores inquietudes.

Fue necesario reformular el plan original del estado mayor de invadir Grecia (operación Marita) y Gibraltar (operación Félix), en aplicación de la «estrategia periférica» contra los dominios imperiales británicos en el Mediterráneo. La imperturbable intransigencia del general Franco hizo imposible la operación Félix pero, fuere como fuere, Hitler, que tenía puestas sus ambiciones en Rusia, perdió interés por el Mediterráneo. Por su parte, la operación Marita había adquirido más importancia que nunca. Había que reforzar los flancos para el próximo avance hacia el este.

Los temores de Hitler eran excesivos. La presencia de la RAF en Grecia era mucho más testimonial de lo que imaginaba, ya que el gobierno de Metaxas se negaba a permitir que los británicos realizaran cualquier operación contra los yacimientos petrolíferos rumanos. Un grupo improvisado de escuadrones aéreos, bajo el mando del general de división D'Albiac (consistente en un primer momento sobre todo en aviones Blenheim y Gladiator), fue enviado desde Egipto para apoyar al ejército griego en el frente albanés. Para no provocar a los alemanes, los bombarderos no podían estacionar más allá de Eleusis y Tatoi, dos lugares próximos a Atenas.

Para esa avanzadilla -a cuyos componentes se les había anunciado de pasada, en su tienda de campaña en el desierto, «Mañana partís hacia Grecia»-, amerizar con un hidroavión Sunderland en la estación aérea naval de Falerón, junto a Atenas, fue un episodio conmovedor.

[4] Eran las primeras fuerzas británicas que volvían a pisar abiertamente territorio europeo desde la caída de Francia.

Los jóvenes pilotos que participaban tenían la actitud despreocupada característica de la época. En el escuadrón 211, muchos eran entusiastas de las carreras de coches y se habían conocido en el paddock de Brooklands. Motejaban compulsivamente todos los objetos y personas que les rodeaban, dando a los aviones apodos como «Bloody Mary» y «Caminix» y, a los pilotos, mote como «el obispo» Gordon-Finlayson, «chispa» Pearson o «tembleque» Dawson.

Pronto se acostumbraron a su nueva vida. De día lanzaban ataques aéreos sobre los puertos albaneses de Durazzo y Valona, siguiendo un esquema peligrosamente repetitivo, conocido con el nombre de operaciones «misma hora, mismo sitio». Y por la noche se divertían en Atenas, donde comenzaban su ronda en el Zonar y luego iban a los cabarets Maxim o Argentina, en los que intercambiaban codazos y ocasionalmente puñetazos con supuestos «turistas» alemanes que no engañaban a nadie. En el Argentina solían quedarse a charlar, después del espectáculo, con la cantante y bailarina rubia Nicki, sin saber que era novia de un miembro de la Sección D (otra organización predecesora de la Junta de Operaciones Especiales), que trabajaba confidencialmente para la Legación.

Como gesto suplementario de apoyo y para recabar «información de primera mano sobre los méritos relativos de los dos ejércitos»,

[5] Churchill exigió el despacho de una Misión militar británica al ejército griego. El cuartel general de Oriente Medio recibió esta orden a los pocos días de la invasión italiana y, al final de la segunda semana de noviembre, el general de división Gambier-Perry fue enviado sobre el terreno desde Egipto, junto con un estado mayor muy condensado.

Aunque el coronel Blunt, que ejercía las funciones de agregado militar, estaba en una posición delicada, se entendió a la perfección con el general Gambier-Perry. Pero, a finales de año, éste fue enviado en una breve misión a comandar las fuerzas británicas en Creta. Fue sustituido por el general de división T. G. Heywood.

Heywood había sido agregado militar en París antes de la caída de Francia. Su negativa a reconocer las deficiencias del ejército francés constituía una tarjeta de presentación poco halagüeña. Harold Caccia, primer secretario de la Legación, lo consideraba «inteligente, pero no excesivamente sagaz».

[6] Heywood era una persona quisquillosa. Tenía un rostro musculoso típicamente militar, bigote, mirada dura, ojos pequeños y monóculo. Ambicioso como era y «con inquietudes políticas», hizo pasar las dimensiones de la Misión militar británica de poco más de media docena de oficiales a más de setenta, lo que convenció a muchos miembros del ejército griego de que su organización iba a constituir el núcleo de una fuerza expedicionaria.

Heywood puso también a su compañero de equipo de artillería, Jasper Blunt, en una situación intolerable. Se trataba de un hombre perspicaz, que había ido forjándose un conocimiento excelente del ejército griego. Era también el único oficial británico presente en Atenas que había logrado reconocer el noreste amenazado del país, antes de que el estado mayor griego vetara cualquier visita a la zona. El coronel Blunt, por su mayor conocimiento de la situación local, habría debido integrarse en la Misión como oficial superior de inteligencia, pero Heywood había traído consigo a un hombre de confianza, Stanley Casson, lector de arqueología clásica en el New College de Oxford, quien, pese a su brillantez y a tratarse de un veterano del frente de Salónica en la primera guerra mundial, apenas si estaba al corriente de la situación. Quizás la adscripción más excéntrica fuera la del coronel Rankin, procedente del ejército estacionado en la India, con sus curiosos pantalones de montar y una larga túnica de caballería, que sobresalía tanto por los lados que se le conocía como «el evzón indio».

[7] En su mayor parte, la Misión militar estaba compuesta por oficiales regulares escogidos o voluntarios conocedores del país. El coronel Guy Salisbury-Jones, miembro de los Coldstream

Guards, era el jefe de operaciones del estado mayor. Su ayudante directo era el comandante Peter Smith-Dorrien, que moriría en la explosión de la bomba puesta por los terroristas en el hotel King David.

Entre los capitanes y subalternos jóvenes destacan Charles MottRadclyffe, un diplomático reconvertido en soldado que había prestado servicios sobre el terreno en Atenas tan sólo dos años antes; Monty Woodhouse, un wykehamista de 23 años de aspecto serio y rigor en el pensamiento que, unos pocos años más adelante, ya con el grado de coronel, ejercería una función destacada, junto con Nick Hammond, en el desbaratamiento de la maniobra de los comunistas griegos para acabar con los grupos guerrilleros rivales; Michael Forrester, que descollaría pronto en Creta por sus dotes cuasi míticas para liderar a las tropas irregulares en la lucha contra los paracaidistas alemanes; y Patrick Leigh Fermor, calificado de «reencarnación de Byron» por Woodehouse por haberse unido a un regimiento de caballería griego durante la revolución venizelista de 1935 y que posteriormente haría honor a su apelativo al protagonizar algunas de las aventuras guerrilleras de tintes más románticos de la guerra.

[8]

La trayectoria precoz de los deleites itinerantes de Leigh Fermor ha sido bien documentada en sus libros, a pesar de lo cual, mientras se dirigía a Atenas, sus dotes sobrenaturales para la supervivencia a punto estuvieron de no surtir efecto. El crucero de Su Majestad Ajax, con el que había llegado desde Alejandría, amarró en la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta. Él y Monty Woodhouse fueron a la antigua ciudad veneciana de Canea para tomar una copa y fumar un narguile.

Más tarde, un soldado raso del Black Watch que conducía una camioneta de reparto se detuvo y los recogió para acercarlos a la bahía de Suda. Pero resultó que estaba borracho y conducía descuidadamente por unas carreteras que, según las describió Pendlebury, «se habían convertido en unas ruinas artísticas». La camioneta volcó en la cuneta y Leigh Fermor, herido en la cabeza, debió permanecer en el hospital mientras zarpaba el Ajax. Finalmente llegó a Atenas una semana después.

El oficial de enlace de la Misión con el gobierno griego era el príncipe Pedro de Grecia, primo del rey Jorge II y antropólogo que había pasado mucho tiempo en el Himalaya. En su calidad de anglófilo cabal y con un «sorprendente repertorio de canciones obscenas», era muy apreciado por los oficiales británicos.

[9] La Misión no estaba en condiciones de ofrecer asesoramiento válido sobre el combate en montaña. «Los griegos no carecían indudablemente de coraje -apuntó un corresponsal de guerra-, pero, en su opinión, la guerra en las montañas no era apta para los métodos modernos, de modo que volvieron a adoptar instintivamente tácticas que se remontaban a un siglo atrás.»

[10] Forrester, que trabajaba para Salisbury-Jones, describió el conflicto como «una guerra balcánica más, con un armamento algo obsoleto».

La incertidumbre sobre cuál era la auténtica tarea de la Misión militar británica se agudizó por el entorno irreal en el que vivía y trabajaba. Inmediatamente después de la invasión italiana, el gobierno griego había requisado el hotel Grande Bretagne, en la plaza de la Constitución, convirtiéndolo en la sede de sus cuarteles generales. Era uno de los mayores edificios de Atenas y sus inmensas bodegas constituían un refugio seguro ante los ataques aéreos.

El general Metaxas se adjudicó la oficina del director, al rey se le asignó un salón privado y la

reputación de «Jimmy», el camarero, de ser el hombre mejor informado de Atenas, creció aún más cuando el general Melisinos, el jefe adjunto del estado mayor, instaló su oficina al otro lado de la fila de botellas.

«El mayor espectáculo del edificio -escribió el coronel Blunt en su diario-, era Maniadakis, el jefe de la seguridad pública. Tenía un inmenso escritorio de caoba que se correspondía a la perfección con su gigantesco volumen. Sobre él había dispuesto una fotografía descomunal del general Metaxas en un marco de plata maciza y una batería de teléfonos que no habrían desentonado en la oficina de un jefe de policía de una novela o película policiaca. Maniadakis cogía el receptor con su tremenda muñeca y bramaba exigiendo que se pusiera al aparato algún prefecto provincial o jefe de policía remotos, vociferando de paso que ahogaran a todos los mecanógrafos, no sólo porque estuviera encolerizado, sino porque le gustaba gritar. Mientras duraba la escena, todo su círculo inmediato de oficiales y amigos se arracimaban sentados en torno a él, pendientes de sus palabras y tratando de discernir las palabras que procedían del otro extremo.»

[11]

Durante la sorprendente y triunfal campaña del ejército griego contra los italianos, el estado mayor conjunto de planificación y el alto estado mayor de Londres no querían que la ayuda británica fuera más allá de los escuadrones de soldados y bombarderos que ya se habían enviado. Una manera de contribuir a la vez a los intereses griegos y británicos en el Mediterráneo oriental consistía en asumir la responsabilidad de Creta, que los italianos querían ocupar para transformar en una base naval y aérea. Metaxas sospechaba que los británicos tenían intenciones inconfesables respecto de una isla de semejante importancia estratégica, pero en aquel momento eran sin duda el mal menor. Pese a la aparición de la anglofilia, los griegos no habían olvidado que Venizelos había calificado esa patria de «mendigo de las grandes potencias».

En Londres, por una vez, concordaban las opiniones de los almirantes, los generales y los mariscales del aire, y Churchill coincidía con ellos. Haciéndose eco de reminiscencias de la Gran Flota de 1914, exigió que se hiciera del gran puerto natural de la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta, «un nuevo "Scapa Flow"».

[12]

El almirante Cunningham, comandante supremo del Mediterráneo, ya había planeado, con la aprobación griega, crear una base naval en ese lugar. Las primeras tropas británicas que habían de enviarse, el segundo batallón, el regimiento de York y de Lancaster, recibieron la orden de movilizarse cuarenta y ocho horas después de la invasión italiana. El segundo batallón del Black Watch, que también formaba parte de la 14ª brigada de infantería, los siguió a los pocos días.

El despacho de las tropas británicas para proteger la bahía de Suda hizo posible que el gobierno griego desplazara la 5ª división de Creta al continente. Harold Caccia, que había asumido temporalmente las funciones de sir Michael Palairé, dio garantías formales al gobierno griego, afirmando que «protegeremos Creta».

[13]

Esta decisión -perfectamente lógica siempre y cuando los británicos cumplieran su compromiso- sería posteriormente lamentada por los cretenses con una amargura completamente justificada. «¡Si hubiera estado aquí la división!» fue el clamor casi universal cuando se produjo la invasión aérea alemana de la isla tan sólo medio año después.

La división cretense atracó en Salónica la segunda semana de noviembre de 1940. Debido a la

falta de medios de transporte, se vio obligada a recorrer a pie la mayor parte del trayecto que separa Macedonia de Kastoriá, unos setenta kilómetros al sur del lago Prespansko, donde confluyen las fronteras de Grecia, Albania y Yugoslavia. Los cretenses formaban parte de la reserva de las diez divisiones del ejército griego, apostadas a lo largo de un frente que se extendía al suroeste, a través de las montañas Pindus, hasta la costa de Epiro, enfrente de Corfú.

Durante la segunda mitad de noviembre y la mayor parte de diciembre, el ejército griego avanzó valerosamente, haciendo retroceder a los italianos más allá de la frontera albanesa, pese a lo escarpado del terreno, las inclemencias meteorológicas y sus escasos recursos en aviones y vehículos blindados. El 28 de diciembre su flanco derecho se había estabilizado en Pogradets, sobre el lago Ohridsko.

En esa guerra librada en las montañas sólo sobrevivieron los más habituados a las condiciones más extremas. Los oficiales británicos se maravillaban ante la estoica resistencia de los soldados griegos, equipados con armamento que databa de la primera guerra mundial -en gran parte arrebatado al ejército austríaco- y con «ropa y calzado de una calidad deplorable».

[14] Muchos iban envueltos en harapos. Durante la marcha hacia el frente, algunos civiles, apiadados, regalaron sus abrigo a los más afortunados. Fue el invierno más duro que recordaban los vivos. Las bajas debidas a la congelación fueron muy superiores a las de los caídos en acción. Sólo los heridos que podían andar tenían alguna posibilidad de sobrevivir. Quienes habían de ser transportados en parihuelas eran casi imposibles de evacuar. Los suministros, tanto de raciones alimentarias como de municiones, eran sumamente irregulares, ya que prácticamente todo debía llegar a lomos de muías. Los animales de tiro que quedaban cojos eran abatidos y la tropa hambrienta se abalanzaba sobre sus despojos. En varias ocasiones, los aviones Blenheim de la RAF debieron lanzar sacos de alimentos a las unidades hambrientas y cercadas por la nieve. Hasta el agua constituía un problema, ya que no se disponía de combustible para fundir la nieve.

En la fase siguiente, la división cretense luchó en la parte central del frente. Durante los últimos días de enero de 1941, la 5ª división destacó en la conquista del monte Trebesina y de Klisura, una importante encrucijada de carreteras. Un solo regimiento cretense provocó la desbandada de la 58ª división de Leniano. Otra de las formaciones enemigas de este sector fue la 51ª división de Siena, que posteriormente ocuparía la parte oriental de Creta: en 1943, después del armisticio italiano, Paddy Leigh Fermor ayudaría a su comandante a huir de la isla.

Leigh Fermor, en una de sus escapadas de la atmósfera claustrofóbica de los cuarteles generales de Atenas, visitó el frente albanés y no le llamó especialmente la atención la 5ª división. La única diferencia que lograría recordar más tarde sería la cordialidad de los cretenses, a pesar del salvaje frío imperante, y el modo en que llevaban los fusiles a la espalda, como si de un yugo se tratara, porque era la manera tradicional de los pastores de llevar sus garfios. Por entonces no podía imaginar la importancia que iba a adquirir Creta.

2 - Misiones diplomáticas

En enero de 1941, después de reforzar su ejército en Albania, los griegos sólo contaban con cuatro divisiones de escasos efectivos para defender la frontera de Tracia y Macedonia oriental con Bulgaria. El comandante en jefe, general Papagos, tenía la esperanza de que una alianza con Yugoslavia le permitiera atrapar a los italianos en una pinza, para poder volver a desplegar sus divisiones en caso de que los alemanes intensificaran su presión desde Rumania. Bajo la estrecha supervisión de Metaxas, Papagos había dirigido el avance en Albania con gran pericia y resolución, pero su determinación de vencer a los italianos se convirtió en una fijación y su estrechez de miras resultaría a la postre desastrosa.

De todos modos, el gobierno yugoslavo del príncipe Pablo, regente, parecía un aliado muy improbable por entonces. Había ejércitos del Eje y de sus aliados incipientes detrás de seis de las siete fronteras de Yugoslavia: en las de Italia, Austria, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania. Y el príncipe Pablo -Churchill lo apodaría más tarde «Prince Palsy» (príncipe Parálisis)- cedía a las presiones de Hitler para que firmara el Pacto Tripartito. Por mucho que Alemania lo negara, eso equivaldría prácticamente a permitir que Alemania utilizara la red de ferrocarriles yugoslava para invadir Grecia. El gobierno griego sólo podía volverse hacia Gran Bretaña en busca de ayuda, pero Metaxas se aferraba a su política de no provocar a Alemania. No conocía tan bien como Churchill las intenciones de Hitler.

El 10 de enero de 1941 -el mismo día en que Hitler decidió enviar fuerzas a Libia para ayudar a los italianos y en que ese mismo X cuerpo del aire alemán, recién llegado a Sicilia, atacó el portaaviones *Illustrious* de Su Majestad-, Churchill recibió la confirmación, gracias a la interceptación de varios mensajes alemanes, que fueron descifrados en Bletchley Park (una fuente conocida más tarde con el nombre de Ultra), de que la concentración de tropas alemanas en Rumania suponía una grave amenaza para Grecia. Ordenó inmediatamente la elaboración de un plan de reserva, que previera el envío de un cuerpo expedicionario británico a Grecia.

El general sir Archibald Wavell, comandante en jefe de Oriente Medio, estaba menos preocupado. Durante un intercambio febril de mensajes entre Londres y El Cairo el 10 de enero, afirmó que lo que los alemanes habían declarado era básicamente «una guerra de nervios».

[15] Wavell creyó ver respaldada su opinión cuando llegó el general Heywood de Atenas, ese mismo día, anunciando que el gobierno griego pensaba que los alemanes sólo intentaban «advertirnos, a nosotros y a los rusos, de que renunciáramos a los Balcanes».

[16] Pero, siguiendo las directrices de Churchill, los jefes de estado mayor recalcaron que esperaban de él un gran celo: «El gobierno de Su Majestad ha decidido que es esencial aportar a Grecia el mayor apoyo posible».

[17]

Tres días después, Wavell, vestido de paisano, tomó un vuelo hacia Atenas para reunirse con el rey Jorge II de Grecia, Metaxas y el general Papagos. Metaxas quiso impedir que los británicos enviaran una fuerza simbólica: lo bastante grande para servir de excusa a los alemanes para invadir el país, pero demasiado pequeña para detenerlos. Bajo el dictado de Metaxas, el general Papagos

declaró que «las tropas griegas estacionadas en la frontera búlgara deben ser reforzadas inmediatamente con nueve divisiones y con el correspondiente apoyo aéreo».

[18] Wavell replicó que era imposible, pues no podía poner a su disposición más de dos o tres divisiones. Metaxas repuso que era totalmente insuficiente y que enviar una pequeña avanzadilla de artillería, como había propuesto Wavell, sólo beneficiaría a los alemanes, que tendrían un pretexto para atacar. Más tarde, Papagos pretendió haber afirmado que, en cualquier caso, las divisiones británicas serían más útiles en el norte de África.

Wavell reiteró su oferta de enviar una avanzadilla justo antes de volver a El Cairo. Si bien había seguido escrupulosamente las instrucciones de Londres, en su fuero interno se sentía aliviado de que los griegos persistieran en rechazar esa ayuda, ya que las fuerzas del general O'Connor estaban penetrando en Libia. En Londres, el alto estado mayor y el Ministerio de Guerra también «dieron un suspiro de alivio» y, al parecer, también lo hizo Churchill en privado.

[19] Pero sobre Churchill pesaban también consideraciones políticas de mayor calado. Gran Bretaña era acusada constantemente por la propaganda alemana de abandonar a sus aliados y hacer que fueran otros países los que lucharan en su lugar. Esta crítica era particularmente sangrante en un momento en que «Winston sentía que tenía que influir en la opinión pública norteamericana».

[20]

Los mensajes interceptados por Ultra seguían revelando que la amenaza de la presencia alemana en Rumania era muy seria, y Churchill, cuya opinión sobre la conveniencia de enviar un cuerpo expedicionario fluctuaba constantemente, se negaba a aceptar el argumento de Wavell de que ayudar a los griegos sería «una medida insuficiente y peligrosa». Estaba obsesionado por el hecho de que la comandancia de Oriente Medio contara con trescientos mil hombres en su lista de raciones, una cifra que en su opinión significaba que se disponía de un contingente de tropas de combate a todas luces insuficiente. Más tarde, uno de los miembros del War Cabinet observó que Churchill, a pesar de estar «en cierto modo familiarizado con las cosas modernas», estaba «siempre dispuesto a hablar en términos de sables y bayonetas».

[21]

Metaxas murió de cáncer de garganta el 29 de enero. La propaganda alemana afirmó que había sido envenenado durante la cena organizada en su honor dos semanas antes por Peter Coats, el edecán de Wavell, en el hotel Grande Bretagne. El nuevo primer ministro, Aléxandros Korizis, era banquero, no era un político profesional y carecía de las convicciones inamovibles de su predecesor. Su nuevo gobierno no tardó en hacer saber que estaba muy interesado en recibir ayuda británica, de la magnitud que fuera.

Inspirándose en la historia británica, con su tradición de alianzas entre los pueblos isleños para luchar contra las diversas potencias dominantes, Churchill lo interpretó como una señal que le aconsejaba crear un pacto en los Balcanes entre Grecia, Yugoslavia y Turquía. Siguiendo sus órdenes, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Edén, acompañado por sir John Dill, jefe del alto estado mayor imperial (CIGS), salió de Londres con destino a El Cairo el 12 de febrero, el mismo día en que Rommel llegaba a Trípoli. Al enterarse de su visita, el general Wavell se resignó a que se adscribieran numerosas fuerzas a Grecia y procedió a evaluar las tropas fragmentarias de que disponía.

Más que soldados, lo que Wavell necesitaba probablemente era información de buena calidad. Desgraciadamente, Heywood le transmitía informes muy optimistas sobre los efectivos del ejército griego, que guardaban poca relación con la realidad: estaba volviendo a cometer el mismo error que en el que había caído en Francia. La valoración de Blunt fue mucho más consistente. Sabía que, a pesar de la magnífica resistencia que había opuesto a los italianos, un esfuerzo que se había cobrado su precio, tanto en pérdidas humanas como materiales, el ejército griego tenía pocas posibilidades de resistir a las divisiones blindadas y motorizadas alemanas, que gozaban de un apoyo aéreo abrumador. Además, desde la muerte de Metaxas las tensiones políticas soterradas entre los oficiales metaxistas y los partidarios de Venizelos, cuya carrera había sufrido bajo la dictadura, habían comenzado a aflorar.

Al final se impuso la opinión de Heywood, en gran medida porque satisfizo las ansias de buenas noticias de Churchill. Y en el frente de Albania todavía se producían episodios esperanzadores, en los que pudo sustentar su tesis. El 13 de febrero, se lanzó una nueva ofensiva griega. La división cretense atacó desde el monte Trebesina en dirección noroeste, haciendo retroceder una vez más a los italianos. Dos días después ocuparon el puerto de Medjigorani y el monte Sen Deli. Pero las abundantes nevadas pronto paralizaron virtualmente las operaciones. Varios observadores pensaron que, sin ese contratiempo, los griegos habrían capturado el puerto de Valona, lo que habría podido acabar con el ejército italiano. Otros no están tan convencidos. Los griegos no disponían ni de provisiones ni de medios de transporte para afianzar su avance.

La ofensiva aérea no se relajó en ningún momento, a pesar de que las condiciones de vuelo eran a menudo terribles. El 28 de febrero, la RAF libró su batalla más afortunada de la campaña. En una hora y media, dos escuadrones, uno de Hurricane, el otro de Gladiator, abatieron veintisiete aviones italianos en el frente de Albania. De alguna manera, esta victoria ayudó a mitigar las críticas de Grecia por la negativa de la RAF a desplegar sus aviones para apoyar a sus tropas terrestres, pero a estas alturas de la guerra la RAF recibía críticas similares por parte del propio ejército británico, que se consideraba a sí mismo un cuerpo meramente estratégico.

Más o menos por estas fechas, los griegos recibieron informes de los servicios de inteligencia que indicaban que los italianos se habían recuperado lo suficiente como para planear una gran contraofensiva. Se produjo en la segunda semana de marzo, cuando doce divisiones italianas, desplegadas entre los ríos Apsos y Aoos, embistieron el frente griego, formado por cuatro divisiones.

Mussolini, perfectamente consciente de que la invasión alemana que se estaba planificando pondría a su ejército en ridículo, ordenó a sus tropas atacar «a cualquier precio».

[22] La semana siguiente, los cretenses se distinguieron particularmente por infligirles grandes pérdidas. Su puntería, de la cual estaban desmesuradamente orgullosos, tenía la reputación de ser insuperable en el ejército griego. En menos de diez días, la gran contraofensiva italiana se había desvanecido, pero por entonces la situación en los Balcanes y, de hecho, en todo Oriente Medio, había cambiado. Las fuerzas de Mussolini pasaron a ser un factor comparativamente insignificante.

El 16 de febrero se produjo la primera escaramuza entre las tropas británicas y alemanas en el norte de África, cerca de Sirte. Cuatro días más tarde, Churchill reconoció el peligro que suponía dispersar sus fuerzas y envió el siguiente mensaje a Edén, Dill y Wavell, que se encontraban en El Cairo: «No se consideren obligados a intervenir en Grecia, si en su fuero interno sienten que no será más que otro fiasco como el de Noruega».

[23] Pero los generales pronto descubrieron que Edén no estaba dispuesto a salir de la senda que se había trazado.

Con un sentido profundo y, en ocasiones, demasiado sentimental de lealtad hacia los griegos y su rey, Churchill deseaba ayudarles arrojando cualquier peligro. Por otra parte, todavía aguardaba de los oficiales superiores destacados sobre el terreno consejos claros, pese a lo cual había conferido plenos poderes «en todos los asuntos diplomáticos y militares» a Edén antes de que se fuera de Londres.

[24] Este hecho probablemente persuadió a Dill y Wavell de que no tenían más opción que apoyar la línea marcada por el ministro de Asuntos Exteriores. Edén se había prendado manifiestamente de la idea de sorprender al mundo con una gran alianza, uno de esos golpes de efecto con los que sueñan los diplomáticos. Pero, al igual que contar por «sables y bayonetas», como hacía Churchill, esas ilusiones pertenecían a una época pasada.

Dado lo anticuado de los ejércitos y las fuerzas aéreas de Yugoslavia y Turquía, una alianza entre los países balcánicos nunca habría pasado de ser algo más que un gesto. Wavell se opuso a la pretensión de Edén de involucrar a los turcos en ese plan: fue la única vez en que se pronunció con firmeza sobre esta cuestión. Una derrota de los turcos y la ocupación de los Dardanelos por los alemanes sería un desastre, argumentó con razón. Afortunadamente, los turcos fueron lo suficientemente perspicaces para no dejarse arrastrar a ese plan ilusorio. Aparte del ejército alemán, concentrado en Rumania, temieron que Rusia, su enemigo tradicional y todavía aliado de Hitler, pudiera asestarles la puñalada tramera que había asestado a Polonia.

El 22 de febrero, Edén, acompañado por Dill, Wavell y el general de división del aire Longmore, el oficial más veterano de la RAF en Oriente Medio, tomaron un vuelo hacia Atenas. Antes de que tuviera lugar la primera reunión en el palacio Tatoí, el gobierno griego, con el respaldo entusiasta del rey, anunció que estaba determinado a resistir a los alemanes, independientemente de que los británicos acudieran en su ayuda o no. Los británicos quedaron impresionados y conmovidos por esta muestra de coraje. Ante su aprobación, el general Papagos concedió que una defensa avanzada de Tracia y Macedonia oriental era inviable. Se mostró de acuerdo en que el grueso de las fuerzas griegas se replegara por detrás de la línea de Aliakmon, que atravesaba la cara norte del monte Olimpo y continuaba hacia el norte, hasta la frontera yugoslava a la altura de la sierra de Vermion. La seguridad de su flanco izquierdo, que se había apostado por delante del desfiladero de Monastir, dependía de que el ejército yugoslavo resistiera el embate alemán.

Más entusiasmado que nunca por la idea de una alianza balcánica, Edén prometió recursos «formidables» a los griegos, hinchando los números de las fuerzas disponibles que recogía el informe del estado mayor.

[25] El coronel Freddie De Guingand, miembro del estado mayor conjunto de planificación de Oriente Medio, observó consternado que Wavell respaldaba el proyecto sin entusiasmo. Como a muchos otros oficiales, le costaría perdonar a Wavell que no hubiera manifestado sus opiniones abiertamente. Después de la reunión, De Guingand vio a Edén «pavonearse delante de la chimenea»,

[26] mientras sus subordinados le felicitaban por aquel triunfo diplomático.

Este punto de vista militar sobre los acontecimientos no se corresponde con el del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Antes de la reunión general, sir Michael Palairret organizó un almuerzo privado para exponer con mayor claridad a Wavell lo que estaba en juego y advertirle de que, tras la

muerte de Metaxas, era el rey quien tenía el poder de decisión. Ante la sorpresa de Harold Caccia, uno de los cuatro comensales, Wavell «quien normalmente era más bien un hombre reservado, se volvió muy locuaz».

[27]

Empezó diciendo: «Bueno, la situación en Grecia no es tan distinta de la de Egipto», y continuó comparando las propiedades defensivas de las cadenas montañosas de Grecia con la depresión de Qattara. «Lo cual significa que, en realidad, no procede preguntarse por la cantidad de divisiones que se necesitan, ya que sólo puede desplegarse un número determinado.» Al igual que tantos otros arrebatos de optimismo infundado que se apoderaron de los protagonistas -cabe sospechar que se tratara de un esfuerzo casi desesperado por hacer de la necesidad virtud-, éste se sustentaba en el supuesto arbitrario de que los yugoslavos se mantendrían neutrales u opondrían una resistencia tan feroz y eficaz como en la primera guerra mundial.

Una vez tomada la decisión de enviar una fuerza expedicionaria, a última hora de la tarde Edén, Dill y Wavell salieron de Atenas. Los diez días siguientes prestaron poca atención a los acontecimientos que se producían en Grecia: Edén y Dill se fueron a Ankara en pos de la alianza, y Wavell estaba totalmente absorto por el problema de estirar aún más unos recursos que ya habían dado demasiado de sí. Por entonces repitió a menudo una frase que era un aforismo de Wolfe: «Optar por la guerra es optar por las dificultades».

[28] En el ínterin, De Guingand, disfrazado de reportero con un traje prestado, recorrió la línea Aliakmon propuesta, realizando una inspección bastante estrepitosa.

El sábado 1 de marzo, Bulgaria se sumó públicamente al Pacto Tripartito, y el domingo por la mañana el XII ejército alemán empezó a cruzar el Danubio desde Rumania por tres puentes de pontón rápidamente ensamblados por los ingenieros del ejército. Edén y Dill llegaron a Atenas unas horas más tarde. El general Heywood los recibió con noticias todavía peores. El general Papagos no había ordenado la retirada a la línea Aliakmon, afirmando que sin medios de transporte no había tiempo para ello y que, de todos modos, había estado esperando una respuesta por parte de Yugoslavia sobre la seguridad del flanco izquierdo del frente.

No puede decirse con certeza hasta qué punto fue Heywood responsable de esta crisis en las comunicaciones, pero sin duda no fue del todo inocente. No era la persona indicada para dar a Wavell el consejo objetivo, que tanta falta le hacía, sobre el estado de agotamiento del ejército griego y, por encima de todo, sobre las ideas fijas de Papagos: sobre su negativa a retirarse de la frontera búlgara y su rechazo a tomar en consideración el traslado de divisiones de Albania, por muy grave que fuera la amenaza que se cernía desde el noreste.

Durante los dos días siguientes, la exasperación británica y el orgullo herido de los griegos se encrespaban en una serie de reuniones infructuosas, en las que se volvía una y otra vez sobre el problema de quién había dicho qué los días 22 y 23 de febrero. (Por un descuido asombroso, el general Heywood no había levantado acta de la reunión, para que la firmaran ambas partes.) Las divisiones griegas en Macedonia oriental estaban totalmente indefensas, pese a lo cual Papagos se negaba a retirarlas. Su ejército carecía de medios de transporte y, según afirmó, la Misión militar británica lo sabía perfectamente. En cualquier caso, había estado esperando que los británicos le informasen de las intenciones del gobierno yugoslavo como, según él, se había acordado. Sin embargo, su obstinación se debía casi con toda seguridad al temor de abandonar Tracia a la codicia de los búlgaros y, sin el puerto de Salónica, no cabía abrigar esperanzas de convencer a los

yugoslavos de que se unieran al ejército griego en su proyecto tan acariciado de lanzar una ofensiva en tenaza contra los italianos de Albania.

Independientemente de las razones que tuviera Papagos y fuera cual fuera el motivo del malentendido original, los planes del estado mayor conjunto se habían venido abajo. Se llegó a un compromiso trivial sobre la línea Aliakmon -Edén comparó los debates con «un regateo en un bazar oriental»-, principalmente porque ya estaban saliendo de Egipto los primeros buques de transporte de tropas.

[29] El coronel Jasper Blunt describió la escena en su diario:

Nuestros representantes estaban sentados en el salón de la Legación; los secretarios iban y venían con telegramas; sir Michael Palairret hacía de anfitrión, el rey tenía el semblante preocupado, el general Papagos, serio, el primer ministro de Grecia estaba pálido como la muerte. El suspense crecía mientras el rey parlamentaba con sus consejeros detrás de las puertas cerradas del despacho ministerial. Los minutos pasaban. Yo observaba la escena como un espectador a quien nadie consultara nada. Era un espectador sentado en una butaca de la primera fila, asistiendo a un drama tan intenso como cualquiera de los que se representan en los escenarios clásicos de Grecia, pero con el interés añadido de que conocía la trama, el autor y los actores.

[30]

Blunt sospechaba desde el principio cuál sería el resultado de la reunión, pero por lealtad a su embajador y por respeto a la cadena de mando, no había revelado sus temores al cuartel general de Wavell. Palairret no se enteró de la intensidad de sus sentimientos hasta que ambos se despidieron de Edén y Dill en Falerón. La predicción serena de la debacle que hizo Blunt le chocó profundamente.

El comandante designado de las fuerzas británicas e imperiales, el general sir Henry Maitland Wilson, ya había llegado a Atenas. Había venido supuestamente de incógnito, algo prácticamente imposible para ese general jovial y corpulento. Calvo, con bigote y la cara redonda, tenía el aire eduardiano del tío abuelo favorito en cualquier familia.

Wilson y sus oficiales superiores consideraban que sir Michael Palairret estaba demasiado sometido a la influencia de la anglofilia del rey de Grecia y que todavía desconocía la cruda situación militar. Después de que Palairret pronunciara un discurso combativo, «rebosante del optimismo que cabe esperar de un ministro de Asuntos Exteriores», a Wilson se le escuchó decir a su equipo: «Bueno, yo de eso no sé nada. Ya he encargado los mapas del Peloponeso».

[31]

Tal y como supuso correctamente, los puertos y las playas del sur pronto iban a ser sus puntos de evacuación. No obstante, a bordo de los buques de transporte que habían zarpado de Alejandría, los oficiales de la fuerza expedicionaria, compuesta principalmente por tropas de Australia y Nueva Zelanda, desplegaban con impaciencia los mapas para estudiar las rutas de invasión a través de Yugoslavia hacia Viena.

Al llegar se disipó de inmediato su optimismo, aunque ni siquiera Wilson, con su pesimismo alegre, sabía que en el cuartel general de Oriente Medio el estado mayor conjunto de planificación había empezado a trabajar en secreto | sobre los pormenores de la posible evacuación, una

precaución a la que Wavell accedió a desgana y con disgusto.

En El Cairo, la decisión final sobre la intervención fue tomada cuando el mariscal de campo Smuts llegó el 7 de marzo. En una conferencia orquestada por Edén la tarde de ese día, Smuts mantuvo firmemente su tesis de que retirarse en una fase tan avanzada era impensable: a pesar de que en términos militares era muy poco alentador lo que decía, resultaba convincente desde el punto de vista político. Edén estaba visiblemente aliviado por contar con su apoyo, ya que la opinión de Smuts tenía gran peso ante Churchill.

La noche siguiente, cuando finalmente llegó la respuesta del gobierno yugoslavo -todas y cada una de cuyas frases rezumaban de evasivas-, Anthony Edén se presentó con su comitiva en la casa del comandante en jefe, desde la cual se divisaba el hipódromo de Gezira. Ordenó que se despertara a Wavell y Dill. Bajaron y, sentados uno al lado del otro en el sofá con sus batines, tuvieron que escuchar cómo Edén dictaba su telegrama a Churchill sin dejar de pasear de un lado a otro.

Luego llegó el general de división del aire Longmore, también en respuesta a una llamada, y vio «a dos soldados fatigados, que parecían una pareja de osos de peluche, intentando prestarle la debida atención a la elocuencia del ministro de Asuntos Exteriores. Ambos se adormecieron plácidamente y, cuando Edén hizo una pausa para que hicieran algún comentario, lo único que interrumpió el silencio fue su respiración regular».

[32]

La mañana siguiente, después de su paseo matutino a caballo y de nadar en la piscina de Gezira, Wavell se pasó un par de horas detrás de su escritorio.

Luego entró en el despacho de Longmore y, sin decir palabra, dejó los siguientes versos sobre su mesa.

SUMAMENTE RESERVADO Y PERSONAL

[33]

El Yugo*

(con disculpas a Lewis Carroll)

En El Cairo donde los gitanos suelen estar,
con mi guitarra me pongo a cantar.

(«Preciso que no voy a cantar de verdad», explicó Anthony amablemente.

«Se lo agradezco muchísimo», dijo Jacqueline.)**

En Atenas, cuando con los griegos me encontré,
lo que estaba buscando le diré.

(«Sería interesante saberlo», dijo Jacqueline.)

Un mensaje al Yugo yo envié, diciéndole que no hiciera el primo.

Que realmente ha de estar muy chiflado
si en unirse al pacto con Hitler ha pensado.

El Yugo replicó, «Pero es que no ves,
lo difícil que para mí es.»

(«A mí también me resulta difícil», repuso Jacqueline con tristeza.

«Más adelante tampoco será más fácil», replicó Anthony.)

Cogí un lápiz nuevo y grande

y me puse a escribir uno o dos telegramas.

Luego alguien vino a verme para decir
que los generales se habían ido a dormir.

Así es que alto y claro declaré:

«Pues de la cama hay que sacarlos otra vez».

Y muy firme me puse con ellos,
hasta las dos los tuve despiertos.

(«¿No fue bastante cruel?», preguntó Jacqueline.

«En absoluto», dijo Anthony con firmeza. «Necesitamos generales, no lirones.

Pero deje de interrumpirme constantemente.»)

* *En el original, «The Jug», sobreentendiendo «Jug(oslav)».* (N. del t.)

** *Lady Lampson, esposa del embajador británico en Egipto, sir Miles Lampson, más tarde lord Killearn.*

3. Misiones secretas

La guerra irregular en el Mediterráneo oriental resultaba muy atractiva para, los británicos jóvenes y emprendedores. Un cínico desacreditaría sin duda este fenómeno, tildándolo de una especie de versión para adultos de Swallows and Amazons

[34] que se dedicaran a jugar y trataran la región como un inmenso parque de aventuras. Aunque muchos de ellos estuvieran exultantes con esta nueva vida, porque constituía una válvula de escape ideal de la rutina o las frustraciones de los tiempos de paz, la diversidad de sus personalidades debería ponernos en guardia contra un análisis excesivamente reduccionista. En sus filas figuraban desde catedráticos filohelénicos hasta malhechores con buenos contactos, pasando por muchas gradaciones intermedias, como un puñado de buenos soldados regulares, románticos, escritores, académicos haraganes y algún que otro aventurero loco. La gran mayoría pertenecía a la Junta de Operaciones Especiales, creada mediante la fusión en julio de 1940 de la Sección D y el Military Intelligence (Research) (MI(R)). (Véase el apéndice A.)

Un proceso de selección inhabitual en tiempo de guerra provocó una preponderancia de arqueólogos y catedráticos. Más tarde, Paddy Leigh Fermor escribiría sobre sí mismo y otros «moradores improvisados de cuevas» que «el que escogiéramos la obsoleta materia de griego fue lo que nos hizo a fin de cuentas acabar en esos lodos. Con una inteligencia antaño juzgada rara, el ejército había comprendido que la lengua antigua, por imperfecto que fuera su dominio, abría las puertas a la lengua moderna: sólo así se explica la súbita aspersión de tantas figuras extrañas sobre los peñascos del continente y las islas».

[35]

Los reclutados para operaciones especiales parecen haber sentido que esos años de guerra serían los más intensos de sus vidas. «Cuánto material autobiográfico se está generando», le dijo un amigo al viajero y escritor Peter Fleming, que se había alistado en el MI(R) poco antes del estallido de la guerra.

[36] Debería haber añadido: «y de ficción». Otro de los pioneros observó que las mismas personas surgían y desaparecían constantemente en los lugares más improbables del perímetro mediterráneo: «Calcado a una novela de Anthony Powell».

[37]

Los soldados regulares formaron el núcleo original del MI(R). Uno de ellos, un oficial de zapadores llamado George Young, esperaba en El Cairo ser enviado, junto a una compañía de combate de los Royal Engineers, a Rumanía, donde habían de hacer estallar los yacimientos petrolíferos de Ploesti. Los debía conducir hasta su objetivo Geoffrey Household, el autor de *Rogue Male* reclutado recientemente por el MI(R). Household viajó hasta la zona con un pasaporte donde se indicaba que su profesión era «comerciante», y no «escritor», porque «Compton Mackenzie y Somerset Maugham [ambos agentes secretos en su época] habían destruido para siempre jamás nuestra reputación de seres inocentes de otro mundo».

[38]

El temor a forzar a los rumanos a elegir, con el consiguiente riesgo de que optaran por el Eje, provocaría con el tiempo el aplazamiento indefinido de la misión de Young. Poco después, cuando se reorganizó el MI(R) en El Cairo y se le dio la estructura original de la SOE, Young formó un comando en Oriente Medio, que con el tiempo se integraría en la Layforce,

[39] y participó en las acciones de retaguardia en Creta descritas en Oficiales y caballeros por Evelyn Waugh, el oficial de la brigada de inteligencia. Cuando Waugh se sumió en la crisis de desencanto que le provocó esta retirada, Young fue uno de los pocos que siguió mereciendo su respeto.

La iniciativa más descontrolada de esta fase de la guerra, o quizás de toda ella, fue la creación del ejército privado de Peter Fleming, conocido con el nombre de «misión Yak». Fleming, hermano de Ian, viajero y autor de obras como Erazilian Adventure y oficial de reserva en la Guardia de Granaderos, ya tenía en su haber un fiasco expedicionario como fue la campaña de Noruega. Recurriendo desvergonzadamente a sus contactos -su padre había sido un gran amigo de Churchill-, Fleming agrupó a una partida de hombres cuya misión era reconocer Namsos con un hidroavión Sunderland. Cuando las fuerzas aliadas aterrizaron, se unió al ejército del general Cartón de Wiart, quien, «con solo un ojo, un solo brazo y, por sorprendente que pueda parecer, una sola cruz Victoria»,

[40] es uno de los hombres que inspiraron el personaje del general de brigada Ben RitchieHook, creado por Evelyn Waugh.

[41]

Durante la oleada de terror ante una posible invasión que se levantó tras la batalla de Dunkerque, Fleming recibió órdenes de organizar en Inglaterra meridional grupos de resistencia en la retaguardia, conocidos con el nombre de «unidades auxiliares». En otoño de 1940, cuando el número de italianos capturados por las fuerzas de Wavell en Oriente Medio comenzó a aumentar, Churchill tuvo la idea de formar una «Legión Garibaldi» con los elementos antifascistas apresados. Fleming mandó llamar a media docena de amigos, entre los que se contaban Norman Johnstone, un colega del cuerpo de granaderos, y Mark Norman, un subalterno del cuerpo de voluntarios de caballería de Hertfordshire, que «no tenía ni idea de qué iba el asunto».

[42] Llevando consigo a sus ordenanzas, como si de personajes sacados de una novela de Dornford Yates se tratara, se dispusieron a seguir un curso intensivo sobre explosivos y fuego de corto alcance en el centro de adiestramiento de comandos de Lochailort, en los Highlands occidentales.

Su nombre en clave, «misión Yak», se inspiraba en la obra de Fleming News from Tartary. Pertrechados con una tonelada de explosivos plásticos, cuarenta mil libras esterlinas en billetes y monedas (soberanos) y diccionarios de bolsillo de italiano (pues sólo uno de ellos hablaba esa lengua), se dirigieron a El Cairo gozando de una «prioridad absoluta».

Tras no lograr reclutar a un solo voluntario de los campos carcelarios, la misión Yak se habría desmantelado de no haber sido por la amenaza alemana que pesaba sobre los Balcanes. A finales de marzo, Peter Fleming convenció a George Pollock, el director de la SOE en El Cairo, de que les dejara ir a Yugoslavia «a apuntalar la determinación del príncipe Pablo».

[43] Los acontecimientos forzaron a Fleming a modificar su plan. La misión Yak se dirigiría

hacia el norte de Grecia para formar a grupos de resistencia y Fleming se las apañó para hacer un hueco para sus hombres y su equipo en el barco que había de zarpar inmediatamente desde Alejandría. En Atenas entraron en contacto con Harold Caccia, cuya mujer, Nancy, era hermana de Oliver Barstow, otro de los caballeros de la guerrilla de Fleming.

La misión Yak, «armada hasta las cejas de fusiles y subfusiles Tommy»,

[44] se encaminó hacia el norte con los medios de transporte con que se había dotado gracias a sus campañas públicas de recaudación de fondos. A finales de la primera semana de abril, en las estribaciones de las montañas que se yerguen junto a la frontera yugoslava, ante un panorama imponente, los ayudantes de los soldados instalaron las tiendas y montaron el campamento «como si estuviéramos en un safari». Peter Fleming no pudo resistir a la tentación de enviar un mensaje a la SOE en Londres: DOMINO EL DESFILADERO DE MONASTIR. No sabía que el regimiento Leibstandarte Adolf Hitler (de infantería motorizada), la división de las SS dirigida por Sepp Dietrich, se dirigía en línea recta hacia el lugar en el que estaban celebrando su glorioso picnic.

John Pendlebury, el arqueólogo, siempre estuvo convencido de que los alemanes invadirían Grecia y, después, su adorada Creta. No había permanecido ocioso desde que se separó de Nicle Hammond y los demás tras su viaje en hidroavión desde el puerto de Poole. En un primer momento se instaló en la villa Ariadna, que tan bien conocía desde su época de custodio de Cnosós. Más adelante, en Iraklion, confeccionó listas de los ciudadanos probritánicos y los partidarios del Eje. En ese momento, antes de la invasión italiana y mientras el gobierno de Metaxas se aferraba a su neutralidad, tuvo que interpretar el personaje del «vicecónsul más falso del mundo».

[45] Pero, como los cretenses con los que tanto se identificaba, despreciaba la discreción necesaria para realizar operaciones secretas. Era demasiado célebre para encargarse de esa tarea. Los cretenses realizaban todo tipo de conjeturas acerca de aquel británico tan excéntrico que se paseaba por la isla con su ojo de cristal y su bastón de estoque.

El carácter extrovertido, el sentido del humor y lujo de vida de Pendlebury les resultaban sumamente atractivos: para un wykehamista de su generación, carecía notablemente de inhibiciones y parecía deleitarse en la contradicción. Era un solitario sociable, un fanfarrón inocente, y la guerra - que dio alas en él más a la vertiente anárquica que a la autoritaria- le brindó la ocasión perfecta para asumir el papel de un soldado claramente irregular pertrechado con un armamento irregular.

Después de la invasión italiana y cuando las tropas británicas fueron acogidas con entusiasmo en Creta por el gobierno ateniense, Pendlebury colgó su uniforme de capitán de caballería y se convirtió en oficial de enlace entre las fuerzas británicas y las autoridades militares griegas. Sin embargo, a él lo que más le interesaba era crear una fuerza cretense que sustituyera, aunque fuera en parte, la división reclutada localmente y enviada al frente albanés.

Pendlebury era muy suspicaz con los desaires y no siempre trataba a sus superiores con el debido tacto. «Mi peor reprimenda -escribió-, se debió a que empleé la palabra 'bastardo' en un telegrama a un ministro. Le repliqué señalando que, dado que el término figuraba en el libro de códigos, era obvio que podía usarse, que el ministro tenía la edad suficiente para estar al cabo de las verdades de la vida y que era la única palabra que encajaba con la persona a la que me refería.»

[46]

La repulsa oficial no hacía mella en él. En las Navidades de 1940, describió así el espíritu guerrero de los cretenses: «Me han llevado a hombros en cinco ciudades y aldeas, he sido bendecido

por dos obispos y pronunciado varios discursos incendiarios desde otros tantos balcones. Tienen una fuerza de espíritu sobrecogedora».

[47] Volvió de una campaña de imagen por las Montañas Blancas y la región del monte Ida clamando: «¡La anglofilia ha triunfado!» Pendlebury adoraba los mapas.

[48] Se enorgullecía de conocer «la isla mejor que nadie en el mundo» y de saberse sus montañas «piedra a piedra».

[49] Si se les daba el armamento oportuno, no tenía la menor duda de que los cretenses podían derrotar una invasión alemana prácticamente solos. Y de que esa invasión se produciría inmediatamente después de la caída de Grecia.

Nick Hammond, amigo y colega de Pendlebury, recibió la oferta de un puesto más acorde con sus conocimientos después de pasar un mes en Alejandría con el regimiento galés y participar en sus cócteles dominicales. A. W. Lawrence, profesor de arqueología clásica y hermanastro de Lawrence de Arabia, llegó de Inglaterra, enviado por Churchill a Palestina para formar a los judíos en misiones de sabotaje. Arnold Lawrence, Hammond y un contrabandista de fusiles llamado Barnes instalaron su escuela en un kibbutz a las afueras de Haifa. La discreción era esencial, puesto que sus actividades constituían una clara infracción del mandato de la Liga de Naciones. Uno de sus primeros alumnos fue Moshe Dayan, quien perdió un ojo en esas lecciones. Pero el proyecto no prosperó, debido sobre todo a la excéntrica elección de Churchill del director de la escuela, ya que A. W. Lawrence demostró ser un pro árabe casi tan ardiente como su hermanastro.

El siguiente destino de Hammond se decidió en octubre de 1940, con la creación del principal centro de adiestramiento de agentes de la SOE en El Cairo, tan sólo unas millas más al sur de donde se encontraba. (Este campamento a las afueras de Haifa, posteriormente conocido como ME 102, fue un lugar que él y la mayoría de los oficiales de la SOE acabarían conociendo al dedillo durante los cuatro años siguientes.) Cuando comenzó la primavera de 1941, Hammond fue citado en Atenas, adonde llegó el 15 de marzo, unos días antes que la misión Yak de Peter Fleming. Éste, que carecía de un experto en explosivos, trató de atraparlo, pero, viendo que el 12.º ejército de la Wehrmacht ya estaba en Bulgaria, Hammond opinó que era demasiado tarde para empezar a formar a grupos de operaciones de retaguardia y continuó colaborando con los dos hombres de la SOE en la Legación. Bill Barbrook era un ex oficial regular que había sido llamado por su experiencia en Albania, mientras su compañero Ian Pirie llevaba en Grecia desde antes del estallido de la guerra, cuando fue reclutado por la Sección D.

Pirie, un antiguo harrowiano

[50] antaño caracterizado como «semejante a un Cupido adulto y vestido con elegancia»,

[51] tenía a sus espaldas una trayectoria profesional pintoresca, que al parecer incluía intentos fallidos de poner en marcha un cementerio canino y luego un hipódromo junto a Atenas. Disfrutaba patentemente de la vida de la capital, en compañía de su novia Nicki Demertzi, la rubia devastadora del cabaret Argentina, a la que creía emparentada con el antiguo primer ministro de idéntico apellido.

[52]

La actitud de hombre de mundo de Pirie en ocasiones resultaba exasperante. Una de sus observaciones más célebres se refería a la familia real griega: «¿Cómo dar crédito a una dinastía que es menos antigua que la familia de mi comerciante en vinos?»

[53] Varias operaciones secretas de Pirie sugerían poderosamente una frivolidad compulsiva. Aparentando una seriedad absoluta, propuso a Harold Caccia, secretario general, que, para levantar la moral después de la subida al poder de los alemanes, importaran portarrollos de papel higiénico que hicieran sonar el himno griego cuando se tirara del papel.

Una operación al menos en teoría ligeramente más profesional tenía por objetivo un transmisor inalámbrico alemán que emitía desde un apartamento privado. Enviaba mensajes a Berlín a intervalos regulares, de modo que Pirie se las arregló para crear una subida súbita de la tensión eléctrica suministrada al edificio, con la esperanza de hacer estallar así los circuitos. En lugar de ello, la descarga provocó un estallido de protestas de los demás inquilinos, incluidos un ministro norteamericano y un dentista que estaba perforando el diente de un paciente en ese momento. Los alemanes se limitaron a conectarse a un transformador y a proseguir sus operaciones.

La misión principal de Pirie, que consistía en crear una red de resistencia con la suficiente antelación, fracasó, aunque quizás no fuera él el único responsable. Con una franqueza inhabitual, puesto que los diplomáticos normalmente preferían ignorar las actividades de la SOE, comunicó a Harold Caccia, un coetáneo suyo del Trinity College, en Oxford, sus actividades clandestinas. El gobierno de Metaxas se oponía radicalmente a cualquier actividad encubierta que pudiera incomodar a los alemanes, por lo que Pirie consideró que no podía reclutar a nadie asociado al régimen, que lo denunciaría al ministro de Seguridad Nacional, Maniadakis. Así pues, sólo quedaban los grupos de la oposición, fundamentalmente de la izquierda no comunista, puesto que los miembros escrupulosos del Partido Comunista todavía debían ver en la Alemania nazi una aliada de la «madre patria del socialismo».

[54]

A medida que la ayuda militar británica a Grecia crecía lentamente en el invierno de 1940 y con mayor rapidez en la primavera de 1941, la participación de las organizaciones de inteligencia enemigas se intensificaba. David Hunt, el catedrático de arqueología adscrito al regimiento galés de Alejandría, llegó a Atenas en noviembre de 1940 acompañado por Geoffrey Household, que ahora hacía las veces de oficial de seguridad sobre el terreno. Se integraron en

el personal de inteligencia de la RAF, dirigido por el teniente coronel vizconde Forbes, que había sido agregado de aviación en la Legación de Bucarest en la época en que Household esperaba en vano la llegada de los zapadores de George Young.

Mientras Household ejercía de enlace con los oficiales de seguridad griegos, Hunt, en su calidad de capitán del estado mayor de inteligencia, procesaba los mensajes interceptados, tanto los procedentes de Ultra como el material de menor valía pero de utilidad más inmediata. El servicio de inteligencia militar convencional y las organizaciones clandestinas (principalmente en forma de agregados militares adjuntos desperdigados por las capitales balcánicas) raramente se entendían. Las rivalidades se exacerbaron debido a que el general Wilson, poco satisfecho con los servicios de Stanley Casson, de la Misión militar británica, se trajo consigo al coronel Quilliam, del cuartel general de Oriente Medio, como jefe de inteligencia personal. Cuando el ejército yugoslavo se derrumbó sin previo aviso en abril, volaron de un departamento a otro las acusaciones de

incompetencia más vehementes.

4. Invasión doble

En un vano intento de velar por su seguridad, no se reveló antes de tiempo a los hombres de la 2ª fuerza expedicionaria de Nueva Zelanda enviados a Grecia cuál era el destino de su misión. Les habían entregado salacots, se habían subido a bordo de buques de transporte y habían padecido cuatro días de tormentas interminables. «La mitad del tiempo las hélices estaban fuera del agua», utilizaron los cascos como «bolsas para vomitar» y llegaron «enfermos como perros».

[55]

El optimismo combativo de los oficiales que despleaban mapas para estudiar rutas de invasión hasta Austria salió casi igual de malparado. En el puerto de El Pireo, comprobaron que los ayudantes del agregado militar alemán, de pie sobre el dique, tomaban notas sobre su poder de fuego y su dotación.

[56] En Atenas, la esvástica flotaba enfrente del cuartel general británico, en la ladera del monte Licabeto. Y los comandantes convocados a una reunión en el hotel Acropole Palace oyeron que el plan de defensa de la línea Aliakmon estaba en entredicho.

Pero no imperaba la cólera en las unidades acampadas en las atractivas pinedas que rodean como un anillo el norte de Atenas. Las tropas británicas y de la Comunidad Británica de Naciones apreciaban y admiraban a los griegos por la resistencia que habían opuesto a la invasión italiana y, en cualquier caso, los Borregos Militares Integrales, como algunos se autodenominaban, se consideraban como iguales en aquella empresa. El tradicional fatalismo del ejército campó por sus respetos: «Aquí estamos, porque estamos aquí, estamos aquí» decía la canción en boga. Por su parte, algunas tropas australianas y neozelandesas comenzaron a preguntarse por qué constituían la mayoría de una fuerza expedicionaria abocada a la extinción enviada para honrar un compromiso contraído por los británicos.

Wavell, en cuanto se aireó el fatal malentendido sobre la línea Aliakmon, se dirigió al comandante del cuerpo australiano, teniente general Thomas Blaney, y al comandante de Nueva Zelanda, general de división Bernard Freyberg. Aunque era poco probable que les respondieran con un embarazoso rechazo, Wavell y el alto estado mayor, en Londres, suspiraron con alivio cuando tanto ellos como los primeros ministros correspondientes aceptaron los «riesgos adicionales».

[57] Pero los dos gobiernos de la Comunidad Británica opinaron más adelante que no habían sido informados por completo y criticaron a Blaney y Freyberg por no haber expresado sus dudas personales sobre la operación en ese momento.

Las tropas bajo el mando de Jumbo Wilson en Grecia, conocidas como fuerza W, consistían en la división neozelandesa, situada a la derecha de la línea Aliakmon y que defendía el desfiladero de Serbia, junto al monte Olimpo, la 1ª brigada blindada británica, desplazada hacia el norte y noreste a efectos de distracción, y la 6ª división australiana, a la izquierda. En el último momento, Wavell retuvo la 7ª división australiana y la brigada independiente polaca del norte de África cuando se hizo sentir la contundencia del ataque de Rommel en la costa. Podría definirse como un episodio afortunado de mala sincronización, puesto que estas formaciones habrían pesado poco en el resultado final de la guerra de Grecia y su ausencia redujo el número de personas que habrían de ser evacuadas

después.

Aunque hacía frío en las montañas, los recuerdos atesorados de los días previos a la batalla son idílicos. La bondad del clima, la belleza de los paisajes y de las flores silvestres han dejado una impresión tan honda como la cordialidad de la acogida que se deparaba a las tropas en las aldeas. Un oficial escribió: «Con mi camión decorado con ramos de flores de melocotón y violetas asomándome de los ojales, me sentía más como un novio que como un soldado».

[58] Mientras los oficiales británicos trataban de comunicarse con sus homólogos griegos mediante sus lejanos recuerdos de los rudimentos de griego clásico aprendidos en la escuela, los soldados, superando las barreras lingüísticas a su manera inimitable, crearon un mercado hiperactivo para mejorar su rancho, relleno de latas de petróleo vacías de cuatro huevos por unidad. El cordero y el vino para el comedor de los oficiales se compraban en la zona, mientras los platos selectos debían traerse de Salónica. Los domingos, el desfile eclesiástico se celebraba en la iglesia del pueblo por invitación del párroco.

El 2 de abril, Anthony Edén y el general sir John Dill, de camino para negociar con el gobierno yugoslavo en la frontera, se presentaron sin previo aviso en el comedor de oficiales de los húsares de Northumberland. Dick Hobson, comandante de la 12ª brigada de lanceros, que acompañaba a los visitantes, escribiría más adelante:

Iban a parlamentar con los yugoslavos, que dudaban sobre el bando que debían apoyar. Edén tenía una carta especial para el duque [de Northumberland], a la sazón capitán del regimiento. (Se futró que esta importante misiva no era de hecho sino el informe de un cazador sobre las hazañas de los perros de la raza Percy.) Por entonces los cerezos y otros frutales de la llanura habían sido fumigados y cubiertos con sulfato de cobre y los troncos estaban todos verdes. Comenté: «Estoy deseando ver cómo florecen las copas de todos estos árboles; qué maravilla tiene que ser». Edén y Dill intercambiaron una mirada y replicaron: «Mucho nos tememos que no estarás bastante tiempo para verlo».

El 25 de marzo, el príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, firmó el Pacto Tripartito en Viena, presionado intensamente por Hitler, que quería utilizar el sistema ferroviario yugoslavo para invadir Grecia. Dos días después fue depuesto por un coup d'état en Belgrado. Estallaron manifestaciones populares de desafío y la muchedumbre insultó al embajador alemán, escupiendo y aporreando su coche.

La noticia de este rechazo espectacular llegó a Berlín durante la visita del ministro de Exteriores japonés, Matsuoka. Hitler, «clamando venganza entre jadeos»,

[59] según su intérprete oficial, dio inmediatamente la orden de invasión. Ribentrop fue sacado de su reunión con Matsuoka -al parecer, acababa de sugerir que los japoneses arrebataran Singapur a los británicos- y se citó urgentemente al general Halder a la Cancillería. El alto estado mayor alemán (OKH) pasó toda la noche redactando órdenes operativas acordes con la planificación efectuada por Halder el mes de octubre anterior. Se aplazaron los preparativos de la «operación Barbarroja», el proyecto de invasión de Rusia, y se asignaron un total de veintinueve divisiones y casi dos mil aviones para la campaña de los Balcanes. Este asalto por partida doble, un ejercicio de asesinato en masa sobresaliente, estaría bajo la dirección del mariscal de campo von Brauchitsch, apostado en la Wiener Neustadt, al sur de Viena. Luego se demostró que muchas de esas formaciones no eran

necesarias, e incluso una de las divisiones no llegó nunca a saber que había formado parte del orden de batalla.

El cariz repentino de los acontecimientos registrados en Belgrado convenía a los intereses de los alemanes. La conquista de Yugoslavia facilitaría sobremanera la conquista de Grecia. Y, para mayor tranquilidad de Hitler, el sometimiento de los «eslavos del sur» impediría que se aliaran a sus hermanos rusos después de la puesta en marcha de la operación Barbarroja.

Pero la explosión de desafío yugoslavo, seguida por una incursión coronada por el éxito de la Royal Navy contra una fuerza naval italiana situada al suroeste del cabo Matapán (el saliente central del Peloponeso) provocó en los británicos un acceso de optimismo infundado. Churchill se dejó llevar por esa oleada de entusiasmo. Envío el siguiente telegrama al gobierno australiano:

«Lo ocurrido el jueves en Belgrado atestigua los efectos intensos de esta y las demás medidas que hemos tomado en el conjunto del mundo balcánico. Hemos desbaratado los planes alemanes y podemos albergar nuevas esperanzas de crear un frente balcánico junto a los turcos, que estaría compuesto por unas setenta divisiones de las cuatro potencias implicadas».

[60] Este inmoderado optimismo recibió un serio revés tan sólo una semana más tarde.

El 6 de abril, poco antes del amanecer, comenzó la fase más devastadora de la guerra de los Balcanes, con la invasión simultánea de Yugoslavia y Grecia. El pueblo de Belgrado pagó cara la osadía temeraria de que había hecho gala diez días antes. El bombardeo ininterrumpido de la ciudad la redujo a escombros, provocando varios millares de muertos (los cálculos oscilan entre tres mil y ciento setenta mil), y el sistema de comunicaciones yugoslavo quedó destruido. Más adelante, la noche de ese mismo día, los bombarderos alemanes atacaron el puerto de El Pireo y alcanzaron al Clan Fraser. Desconociendo la naturaleza de la carga del buque, Geoffrey Household y el jefe de su brigada de seguridad subieron a bordo de él para examinar el incendio. Se bajaron justo a tiempo. El buque, atestado de municiones, explotó a primera hora de la mañana, destruyendo la mayor parte del puerto principal y hundiendo a otros once barcos. El efecto de este episodio sobre la moral de la población fue notable.

La fe obsesiva del general Papagos en una operación conjunta heleno-yugoslava contra los italianos en Albania se derrumbó como el castillo en el aire que era. Las fuerzas armadas yugoslavas de las que dependía el plan de Papagos demostraron estar lamentablemente mal preparadas. Ese ejército, que contaba casi con un millón de hombres, se desplegó absurdamente sobre un perímetro ingente de la frontera y sólo logró acabar con 151 alemanes en toda la campaña. El estallido de entusiasmo oficial por el pacto de los Balcanes había hecho olvidar la admonición del coronel Blunt de que los yugoslavos necesitaban como mínimo un mes para movilizar sus tropas.

Las divisiones griegas desplegadas sobre la línea Metaxas, que iba desde el río Nestos, al este, y seguía luego la frontera búlgara hasta Yugoslavia, lucharon con gran arrojo. Sus puestos fijos eran mucho menos estables que los de la línea Maginot, de modo que sus guarniciones podían realizar incursiones inesperadas. La 5ª división de montaña alemana, que más tarde constituiría la mitad de las fuerzas de invasión asignadas para Creta, fue «rechazada en el desfiladero de Rupel, pese a contar con un gran apoyo aéreo, y tuvo un número considerable de bajas».

[61] Pero la 6ª división desbordó la línea: logró atravesar una sierra de más de dos mil metros de altura cubierta de nieve, que los griegos habían considerado insuperable. Una guarnición combatió con tanta bravura que los alemanes autorizaron a los defensores a abandonar el puesto con sus armas y los saludaron mientras se alejaban.

La 2ª división Panzer capturó Salónica el 9 de abril y el 2º ejército griego capituló al este del río Vardar. Pero la caída de Yugoslavia exponía lo más vital del país a una amenaza aún mayor. En menos de tres días, tras la apertura de la brecha de Monastir, quedó despejada la ruta para la invasión de Grecia. Así quedaba desprotegido el flanco izquierdo de la línea Aliakmon y la retaguardia derecha del ejército griego en Albania. El general Papagos calificó más adelante este desastre como el desarrollo de una «situación adversa»

[62] y trató de culpar de ello a las deficiencias de los servicios de inteligencia yugoslavo y británico.

La formación más expuesta de la fuerza W era la 1ª brigada blindada, compuesta por los carros de combate ligeros del 4.º regimiento de los húsares, los Matilda del 3.er regimiento real de carros de combate, la 2ª artillería real motorizada, con veinticinco cañones, el regimiento antitanques de húsares de Northumberland, y los Rangers (guardia montada), conocidos también confusamente como el 9.º batallón del King's Royal Rifle Corps. Desde el momento del desembarco, la mayoría de sus vehículos ya habían recorrido casi ochocientos kilómetros de carreteras en mal estado para llegar hasta sus posiciones entre la masa nevada del monte Olimpo y las montañas yugoslavas. Los carros de combate, arruinados y con muchos kilómetros en sus contadores, se llevaron en tren a llanuras tan alejadas como la encrucijada de Amynteon. La brigada, inicialmente con sede en Edesa, a menos de treinta kilómetros a vuelo de pájaro de la frontera, miraba hacia el noreste, dominando el valle Axios que enlazaba Yugoslavia con Salónica.

El grueso de la fuerza W estaba compuesto por la división de Nueva Zelanda, bajo el mando de Freyberg, y se encontraba a la derecha, entre el mar y la sierra del monte Olimpo, por una parte, y el cuerpo australiano encabezado por Blamey, ahora reducido a una simple división apostada en la zona más estratégica de la línea que recorría el sur de Serbia, justo enfrente de las montañas que ocupaban los neozelandeses. Pero la amenaza que podía venir del norte a través de la brecha de Monastir se consideraba potencialmente tan peligrosa que el general Wilson, que no acababa de confiar en que Papagos contara con la ayuda de los yugoslavos, creó una formación mixta bajo el mando del comandante de división australiano, el general Iven Mackay. Las fuerzas de Mackay, compuestas por dos batallones australianos y parte de la 1ª brigada blindada, fueron desplazadas hacia el frente, para formar una línea de resistencia al sur de Vevi destinada a cubrir la retirada de la brecha de Monastir. Los australianos, recién llegados del norte de África, fueron quienes más padecieron el frío en sus posiciones defensivas cubiertas de nieve.

La falta de noticias sobre Yugoslavia era desconcertante. La nueva de la captura de Skopje por los alemanes llegó la tarde del 8 de marzo. Un comandante en jefe al que se había ordenado el rápido repliegue a las nuevas posiciones, no tuvo más remedio que preguntar: «¿Apuntando en qué dirección?»

[63] En efecto, las divisiones alemanas pronto empezarían a avanzar hacia ellos, tanto desde el norte como el este. La defensa heroica griega de la línea Metaxas no había servido más que para retrasar el avance alemán unos pocos días.

Las demás formaciones de la fuerza W también tuvieron que ajustar sus posiciones. La división de Nueva Zelanda recibió órdenes de retirarse de la costa y situarse al otro lado del río Aliakmon, para defender el desfiladero de Servia, el desfiladero del Olimpo y el valle de Tempe. Mientras tanto, por el norte la 16ª brigada australiana guarnecía el desfiladero de Veria. El eslabón más débil de la cadena formada por la fuerza W era inevitablemente su enlace con el ejército griego de

Macedonia central, el ala derecha de las fuerzas griegas en el frente albanés. Los enlaces y comunicaciones entre los cuarteles generales británico y griego no eran lo bastante buenos para tenerse mutuamente al corriente de los acontecimientos. Y cuando el XL cuerpo Panzer alemán lanzó sus rápidas incursiones de tanteo desde el norte, las carencias del ejército griego en transporte motorizado impidieron a sus divisiones retirarse a la misma velocidad que sus aliados.

Peter Fleming y la misión Yak, en la frontera yugoslava, comprendieron que no tenían tiempo de crear y formar a grupos de resistencia en la retaguardia. Considerando que la retirada sería mejor que cualquier iniciativa suicida emprendida por su cuenta y riesgo, optaron por convertirse en un equipo de demolición autónomo que se pondría al servicio del primer comandante que encontraran.

Los miembros de la misión Yak se integraron primero a las fuerzas de Mackay e inutilizaron un puente de gran importancia estratégica en la carretera de Florina. De ahí pasaron al patio de maniobras de Amynton, donde destruyeron veinte locomotoras. Conducir trenes y hacerlos volar - provocando lo que Fleming llamaría después una «devastación espectacular y placentera»-

[64] se convirtió en su especialidad durante su retirada de Macedonia en dirección al sur.

A Dick Hobson, comandante de la 1ª brigada blindada, le gustaban poco esas empresas. «Tengo que reconocer que, sentado ante el teléfono inalámbrico a punto de dar la orden de proceder a una demolición, recuerdo que pensaba que iba a perpetrar una barbaridad. Los griegos habían sido maravillosamente amables con nosotros y nosotros se lo recompensábamos destruyendo sus campos y arruinando sus medios de subsistencia, para salir luego corriendo como si no estuviéramos luchando.»

[65] Por fortuna, Hobson asistió a la llegada de Fleming al cuartel de la brigada tres días después: «¿De quién podía tratarse más que de Peter Fleming, vestido impecablemente como un capitán de la guardia de granaderos salido directamente de las Wellington Barracks, rematado con un bastón de estoque y aparentemente despreocupado de lo que ocurría a su alrededor». (Hay que señalar que Hobson apreciaba y admiraba mucho a Peter Fleming. Un día, haciendo prácticas de tiro en Inglaterra, había preguntado a Fleming por qué llevaba botas de caza. Este le replicó: «No tengo más remedio, ayer me rompí la pierna».

[66])

El 11 de abril, un día claro y frío, se produjo el primer enfrentamiento de importancia para los australianos y la 1ª brigada blindada, en una zona al sur de Vevi. Gerry de Winton, que comandaba el escuadrón de transmisiones, rememoraba la escena que tuvo lugar en el valle a la luz vespertina «como un cuadro de lady Butler, en el que el sol se pusiera por la izquierda, los alemanes atacaran de frente mientras, a la derecha, los fusileros les aguardaban con sus cureñas».

[67] Por espectacular que fuera la escena, la resistencia resultó eficaz. La información interceptada por Ultra, comunicada en el mensaje OL 2042, señalaba: «Junto a Vevi, Schutzstaffel Adolf Hitler se ha topado con una resistencia feroz».

Pese a la deficiencia de las transmisiones, y a un cambio en el tiempo, que trajo consigo una lluvia helada y chubascos de nieve empujados por el viento del noroeste, conocido con el nombre de vardar, la fuerza W, en su retirada ante la superioridad de las tropas enemigas, logró zafarse de las maniobras de éstas para rodearla. Estos éxitos no se debieron a las intuiciones brillantes de Jumbo Wilson, a quien difícilmente podría calificarse de «general reflexivo».

En Bletchley Park, la Hut 3,

[68] creada tan sólo a principios de ese año, ya suministraba con gran rapidez mensajes descodificados procedentes de los mensajes telegráficos alemanes, en gran parte debido a la laxitud de los sistemas radiotelegráficos de la Luftwaffe. La interceptación de estas señales nunca fue lo bastante inmediata como para tender trampas al enemigo en movimiento -de todas formas, la fuerza W carecía del poder de mando y control, del adiestramiento y el equipo para aprovechar estas oportunidades-, pero sin duda contribuyó a salvar a las fuerzas británicas y del imperio británico del desastre. Las normas de seguridad que rodeaban el material de Ultra impidieron que los británicos compartieran estas informaciones con los griegos pero, dado que su ejército en el frente albanés adolecía de una tremenda carencia de medios de transporte, probablemente poco importaba. Papagos no inició la retirada a través de las montañas Pindus hasta el 13 de abril. Eso permitió a los alemanes abrir una brecha con fuerzas blindadas entre la fuerza W y las divisiones apostadas a su derecha, con lo que pronto quedaron rodeadas.

La punta de lanza del enemigo en el frente de Monastir, incluyendo el regimiento Leibstandarte Adolf Hitler, no cejó en ningún momento en su ataque, pero la rudeza de la táctica alemana con sus fuerzas blindadas revelaba que esperaban una resistencia mucho menor a la que se encontraron. En los desfiladeros de las sierras de Vernion y Vermon, los fusiles de la 1ª brigada blindada y los veinticinco cañones de la 2ª artillería real motorizada dispararon sobre blancos al descubierto e infligieron en ocasiones numerosas bajas al enemigo, pero los destructores MIO del 3º regimiento real de carros de combate se estaban cayendo a pedazos. Sus ejes, diseñados para el desierto, se rompían una y otra vez, y las piezas de repuesto por lo general escaseaban cuando no eran inexistentes. Al no disponerse de más tiempo que para efectuar las reparaciones más simples posibles, las «bajas mecánicas» habían de abandonarse en la cuneta y ser incendiadas.

Al sur de Ptolomais, la tropa del duque de Northumberland, con sus cañones antitanque montados en la parte trasera de las camionetas, hicieron frente a una incursión de fuerzas blindadas. Bajo un fuego granado, el comandante de brigada Rollie Charrington se puso a desvariar. No queriendo interferir en la dirección de la batalla, se acercó a Hughie Northumberland y le confió: «Querido amigo, ¡qué placer encontrarle! Siempre le he querido decir lo hermosa que estaba su madre el día de la coronación».

[69] En las inmediaciones, una fuerza mixta compuesta por ametralladores, neozelandeses, tropas procedentes de la 3ª división de carros de combate y una batería de la 2ª división de artillería real motorizada abrió fuego. El enemigo creyó que se trataba de una división blindada al completo. Pero no fue más que un éxito entre muchos fracasos. Se produjo una retirada mínima del desfiladero al puerto de montaña inmediatamente posterior. En algunos lugares, las bombas alemanas arrasaron las carreteras, disparando al amparo de las laderas cubiertas de pizarra. Gerry de Winton recordaba «un agujero de dieciocho metros de largo que los ocupantes del vehículo de los comandantes llenaron con muías muertas claveteadas de rifles griegos inservibles».

[70] Durante la retirada los rumores corrían con aún mayor febrilidad, tratando desesperadamente de buscar aspectos positivos: se decía que una división canadiense había aterrizado en Salónica para atacar a los alemanes por la retaguardia o que habían llegado varios centenares de aviones Spitfire.

Los griegos eran mucho más fatalistas y también más generosos. Las tropas británicas, emocionadas y confundidas, se sorprendían cada vez que eran aclamadas en las aldeas que atravesaban. Un comandante en jefe fue retenido para que el sacerdote local tuviera tiempo de bendecir su vehículo con agua bendita. Los sentimientos de los griegos para con los enemigos se exteriorizaban de una manera menos pacífica. Gerry de Winton, al ver a un piloto alemán lanzándose en paracaídas desde su avión tocado y caer sobre unos matorrales a la entrada del pueblo donde se encontraba, se acercó a él para tomarlo prisionero. Un grupo de mecánicos civiles le cerró el paso. «Usted quédese ahí -le dijeron, blandiendo enormes llaves inglesas-, que esto lo solucionamos nosotros.»

[71]

Los ataques aéreos, poco frecuentes en un principio, se recrudecieron en cuanto fueron desapareciendo la lluvia y la nieve. Mark Norman, un miembro de la misión Yak, recordaba que la claridad del cielo provocaba en ocasiones un curioso efecto óptico. Al descubrir a un avión Stuka a punto de emprender una bajada en picado, había saltado apresuradamente del camión donde estaba para ocultarse en la cuneta. Volviendo a echar una ojeada al atacante, pudo apreciar que éste agitaba las alas. En una luz tan brillante, «un halcón a sesenta metros parecía idéntico a un Stuka que estuviera a seiscientos».

[72]

Otro pájaro que llamaba a engaño era la cigüeña. Al posarse en grandes bandadas para hacer un alto en su migración hacia el norte, suscitaban todo tipo de informes alarmantes sobre presuntos aterrizajes de paracaidistas. Otros pájaros, en cambio, eran simplemente agradables de contemplar. Un miembro de la retaguardia contó que había estado escuchando cantar a ruiseñores en un bosque cercano a Atlante hasta las dos de la madrugada. Esperaba con su tropa de cañones antitanque a que la división australiana se retirara hasta sus posiciones. Al amanecer, descubrieron que la unidad en cuestión se había marchado hacía tiempo y que corrían el peligro de quedar aislados. Los oficiales británicos de Grecia se habían formado una idea poco halagüeña de esa formación australiana en concreto: uno de ellos observó que «Su grito de guerra favorito en Grecia fue: "¡Nos retiramos!"»

[73] Otros, en cambio, conceden que fueron quienes más padecieron el frío de las montañas, añadiendo que, aunque a veces se replegaban sin previo aviso, también sabían volver al frente y luchar.

Los ataques aéreos empezaron a arreciar después de la primera semana, cuando los grupos de la Luftwaffe comenzaron a operar desde campamentos avanzados en la zona de Salónica. Apenas si se vio a algún cazabombardero británico salir en su ataque. Los neozelandeses se pusieron a decir que las siglas «RAF» equivalían a «Rare As Fairies» («tan raros como hadas»). (Sólo 80 de sus 152 aeronaves funcionaban cuando los alemanes atacaron.) El general Wilson señaló que sus hombres estaban obsesionados con las bombas y abandonaban sus vehículos en cuanto divisaban en lejanía un avión del tipo que fuera. A pesar de lo cual, las ráfagas de metralleta y los bombardeos aéreos eran, en opinión de los oficiales británicos, sorprendentemente leves, teniendo en cuenta los blancos que se les presentaban durante unas retiradas a menudo angustiosamente lentas. «Vaya -dijo el general de brigada Rollie Charrington al observar el atasco de quince kilómetros provocado por los vehículos militares en su retirada de un puerto de montaña-, si los "boches" empiezan a bombardear, podemos dar por enterrada a nuestra brigada.»

[74] En realidad, la mayoría de los carros blindados pereció por averías mecánicas y hubo de ser abandonada en camino.

Siempre que era posible, las retiradas se realizaban de noche. El cansancio, que hacía que con frecuencia los conductores se quedaran dormidos al volante, producía a menudo bajas en hombres y vehículos. Cuando el convoy se detenía, los hombres caían en un sueño tan profundo que los oficiales sólo lograban despertarlos disparando con sus pistolas hacia fuera de la cabina. Hasta quienes lograban mantenerse despiertos se preguntaban si estaban soñando por la extrañeza de alguna de las visiones que les deparaba la retirada. Un día, en pleno atasco de vehículos militares, asistieron a la grotesca aparición de un hombre de mundo, que venía de Belgrado con unos zapatos impecables y su amante colgada del brazo, en un Buick descapotable de dos plazas. En otra ocasión, de noche, un oficial de la Misión militar británica vio a la luz de la luna a un escuadrón de lanceros serbios, desfilando como espectros derrotados en una guerra de otra época.

Los caminos se fueron haciendo impracticables a causa del hacinamiento de artefactos averiados, vehículos, carros, piezas de artillería remolcables, además de los últimos componentes, exhaustos, del ejército griego de Macedonia, que más que retirarse se arrastraban. Había que rellenar los cráteres formados por las bombas y echar a la cuneta los múltiples obstáculos que se erguían por doquier. A una unidad recorrer un tramo de treinta y cinco kilómetros le costó nueve horas.

El general Wilson comprendió que, dado que el grueso del ejército griego había quedado aislado en Albania -debido a lo que él llamaba la «doctrina fetichista de que no había que ceder un solo palmo de terreno a los italianos»-,

[75] cualquier esperanza de detener a los alemanes al norte de Larisa se había desvanecido. El servicio de comunicaciones avisó del riesgo de ser rodeados por el oeste, por lo que Wilson dio órdenes de replegarse por detrás de la línea de las Termópilas. Larisa era un verdadero cuello de botella: además de quedar devastada por un terremoto al principio del invierno, había sido arrasada por la Luftwaffe. El repliegue resultó complicado, especialmente debido a la amenaza que suponía un posible ataque de los alemanes por el flanco izquierdo, pero el peligro real vino por el lado derecho, junto al monte Olimpo. La 5ª brigada neozelandesa logró defender el valle de Tempe, la garganta del río Pinios que conducía a Larisa, durante tres días, a pesar de los virulentos embates de la 2ª división Panzer y la 6ª división de montaña.

A las órdenes del general Blamey, muy apreciado por los oficiales británicos, el rebautizado «Anzac Corps» -la 6ª división australiana y la 2ª división neozelandesa- se retiró por detrás de la línea de las Termópilas. Por un descuido nefasto, un inmenso depósito de suministros situado en Larisa cayó intacto en manos de las tropas de montaña alemanas, dando al enemigo medios para proseguir su avance sin pausas.

Los ataques decididos de las unidades Panzer alemanas y la advertencia del servicio de inteligencia de que se estaba produciendo un movimiento de rodeo por los flancos de los alemanes a lo largo de la costa del Adriático y del golfo de Corinto hicieron pronto insostenible la situación. El 18 de abril, el primer ministro Aléxandros Korizis se suicidó. Nadie en Atenas creyó en la versión oficial de un «ataque de corazón». Wavell voló a la capital en avión la mañana de ese mismo día -los oficiales de su estado mayor llevaban revólveres en esta ocasión debido a la incertidumbre que pesaba sobre la situación- y, tras una nueva ronda de reuniones en el palacio Tatoi, el 20 de abril se tomó la decisión de hacer evacuar las fuerzas británicas y del imperio británico.

El rey había invitado a su reunión al general Mazarakis, unos de los líderes de la oposición republicana. Quería que entrara en el gobierno cuya dirección había asumido personalmente después

de la muerte de Koryzis. Pero los republicanos se negaron a colaborar mientras su odiado Maniadakis formara parte de él. El general Wilson logró no ceder a sus exigencias, aduciendo que no cabía contemplar ningún cambio en la gestión de los asuntos relacionados con la seguridad en un momento tan crítico. El interés de esta precisión radica en que más tarde el Partido Comunista utilizaría estos pormenores para respaldar su afirmación de que los británicos habían apoyado a los «colaboradores metaxistas» desde el principio.

El mismo día se produjo un coup d'état en el ejército de Epiro, debido en parte a un perverso arrebatado de vanidad. El general Tsolakoglu, recién autonombrado comandante en jefe de dicho ejército, quería negociar los términos de su rendición con el general Sepp Dietrich, comandante de las SS, y no con los despreciados italianos. «El día del aniversario del Führer -señaló el estado mayor de la división de las SS-, aproximadamente a las 16.00 horas, dos oficiales griegos se acercaron a nuestra línea de frente enarbolando banderas blancas.»

[76] Pero Tsolakoglu no logró lo que se proponía. Mussolini se puso furioso al enterarse de esas maniobras, que ponían en entredicho el acuerdo tácito del Eje de que Grecia se encontraba en la esfera de influencia de Italia. Aunque Hitler sentía simpatía tanto por Sepp Dietrich como por el comandante de su ejército, el mariscal de campo List, una desavenencia sobre el protocolo no era motivo suficiente para provocar una ruptura con su aliado. Los términos concedidos a Tsolakoglu fueron anulados y se autorizó al general italiano Ferrero a que aceptara la rendición formal, junto con el general Jodl, dos días más tarde.

Jumbo Wilson, uno de los pocos oficiales superiores británicos que consideraban el régimen metaxista realmente fascista, sospechaba que detrás hubo una «labor de la quinta columna»

[77] por parte de «ciertos individuos en Atenas colocados en puestos muy elevados por el último gobierno»: es innegable que un mes antes de la invasión se había sondeado en varias ocasiones a los alemanes. Pero Wilson, a pesar de ser menos refinado políticamente que la mayoría de los oficiales de su generación, no captó esta ironía ni siquiera cuando se opuso a la sustitución de Maniadakis.

Para los escuadrones de la RAF, la retirada recordaba tristemente a los hechos que precedieron la caída de Francia. A menudo el personal de tierra acababa apenas de instalar las tiendas de campaña cuando llegaban órdenes -o contraórdenes- de replegarse a otro terreno de acampada improvisado. Debido a la falta de repuestos, debían desguazar despiadadamente los aviones para «preparar remiendos y enviarlos» y varias veces al día sufrían el acoso de los Messerschmitt 109 y los bimotores 110 enviados en misión de hostigamiento.

Como defensa antiaérea, apenas contaban con el singular cañón Lewis, montado sobre lo que parecía un quiosco de música excepcionalmente elevado. En la mayoría de los casos, el personal de tierra no tenía más armas que rifles. En el aeródromo de Eleusis, que se encuentra entre Atenas y el istmo de Corinto, tres «erks», como se apodaba a los suboficiales de las fuerzas aéreas, lograron abatir un Messerschmitt 109, pero por pura chiripa. Más tarde, en Argos, pudo divisarse al capitán de escuadra Grigson «de pie en medio del campo de batalla, con el fusil apoyado al hombro. Un oficial le suministraba la carga y ahí estaban los dos, tan tranquilos como si estuvieran cazando urogallos».

[78]

La última gran batalla aérea tuvo lugar el 20 de abril, el día de pascua según el calendario

griego, cuando quince cazabombarderos -todo lo que quedaba de los tres escuadrones Hurricane- se lanzaron sobre ciento veinte aviones alemanes que sobrevolaban Atenas y El Pireo. Entre ellos figuraban pilotos de la talla de «Timber» Woods, «Dixie» Dean y «Scruffy» Dowding. Lograron abatir veintidós máquinas enemigas frente a las diez bajas que sufrieron.

En Atenas, cuando las sirenas callaban imperaba un curioso aire de normalidad. Circulaban rumores optimistas de que la línea de las Termópilas aguantaría. La noche del 21 de abril, Teodoro Stefanides, un doctor anglogriego que prestaba sus servicios en el Royal Army Medical Corps -y amigo de Lawrence Durrell, a quien había conocido en Corfú- se dejó caer por el Club de Oficiales, enfrente del hotel Grande Bretagne, y cenó en el restaurante Costi con la más absoluta de las despreocupaciones. La mañana siguiente se dio la orden de evacuación.

La noticia fue un jarro de agua fría. Stefanides no era el único en dar por sentado que se llegaría a un alto el fuego en el Peloponeso. Aunque la comunidad civil británica de Grecia no se hacía demasiadas ilusiones. Una muchedumbre de civiles se había congregado a las puertas de la Legación ya el 17 de abril, exigiendo conocer los planes de evacuación. Según la corresponsal Clare Hollingworth, no fue «un espectáculo edificante».

[79]

Los dos días siguientes, la fuerza W se retiró, protegida por una sólida retaguardia. Con la cobertura de sus aviones de bombardeo en picado, las divisiones blindadas alemanas lanzaron duros ataques contra la carretera de las Termópilas. El 5.º regimiento de artillería neozelandés y los húsares de Northumberland destruyeron dieciséis carros de combate el 24 de abril. Sólo gracias a sus posiciones bien escogidas pudieron zafarse de todos los efectos de la hábil combinación alemana de ataques aéreos y terrestres bien sincronizados.

Esa noche la retaguardia se retiró. Llegó a Atenas la mañana siguiente, «huyendo con el diablo en los talones».

[80] La última posición defensiva de los cañones antitanque se encontraba cerca del hogar del primer secretario de la Embajada norteamericana. Ofreció a los oficiales unas copas sobre su terraza, pero les dijo que no podía acogerles en el interior sin comprometer la neutralidad de los Estados Unidos. Poco después, un oficial superior de policía llegó de Atenas pidiendo al destacamento que se retirara, pues oponer resistencia tan cerca de la capital podía provocar represalias por parte de los alemanes. Inmovilizaron sus cañones junto al palacio de Tatoi, quitándoles los obturadores y las mirillas, y luego se dirigieron con los demás a los puntos de evacuación.

Una vez, conmovidos y confundidos por los abrazos, las flores y las libaciones de vino ofrecidos por las personas que estaban abandonando a su destino, las tropas en retirada fueron aclamadas a su paso: «¡Volved a traernos suerte! ¡Volved a triunfar!»

[81]

5. A través del Egeo

A las fuerzas británicas y del imperio británico, la necesidad de escapar antes de la llegada de los alemanes les produjo una suerte de duermevela ansioso: el temor de llegar tarde mientras se recorre el pasillo de la escuela mezclado con el miedo infantil a quedarse rezagado y ser olvidado por los demás. En el campamento de Kokinia, situado a la salida de Atenas, «las camionetas se cargaban apresuradamente, los suministros y el equipo se amontonaban de cualquier manera, los petates y maletas de los oficiales yacían abiertos, como si sus propietarios hubieran entresacado de ellos en el último momento sus pertenencias más valiosas».

[82]

La rendición del ejército de Epiro permitió a los alemanes rodear la línea de las Termópilas desde la costa adriática y avanzar en dirección a Atenas a lo largo de la costa norte del golfo de Corinto. Para proteger el Peloponeso, el general Wilson desplazó dos escuadrones del 4.º de húsares a Patras, para rechazar un posible aterrizaje sobre la costa meridional. Y para retrasar lo más posible el momento en que se cerrara el gancho derecho sobre Atenas, envió a la misión Yak a bloquear la carretera que une Naupaktos con Missolonghi, al norte del golfo. Para entonces la banda de Fleming se había quedado sin explosivos, de modo que tuvo que ir a buscar algunas bombas de doscientos kilos a un depósito improvisado al otro lado del istmo de Corinto y remolcarlas hasta su destino por caique (la clásica goleta pesquera o mercante de la región, que suele llevar un motor por si no hay bastante viento). Esta demolición improvisada, aunque no tuvo un éxito total, bastó para retrasar el avance alemán por ese flanco, mientras se procedía prestamente a la evacuación.

El puerto principal de El Pireo estaba atestado de buques naufragados ennegrecidos y las casas de los muelles parecían cascarones vacíos y achicharrados. Sólo los diques de los alrededores funcionaban. A primera hora de la tarde del 22 de abril, aproximadamente cuarenta prisioneros alemanes, principalmente pilotos de la Luftwaffe, fueron conducidos a bordo del buque Elsi de las SS y encerrados en su bodega. Los soldados australianos, que los vigilaban desde lo alto, tenían granadas a mano por si se producían disturbios. Entre los pasajeros civiles, el profesor A. R. Burn, del British Council, y su mujer, acogieron con satisfacción la presencia de enemigos entre ellos. Estaban tan convencidos de la eficacia de la quinta columna de Atenas que creían que Goering se enteraría de inmediato de la presencia de alemanes a bordo y daría órdenes de no atacar el navío. El Elsi cruzó el Egeo y todos sus ocupantes desembarcaron tranquilamente en la bahía de Suda, antes de que la Luftwaffe lo hundiera en esa misma bahía el 29 de abril, lo que interpretaron como una confirmación de sus convicciones.

El mismo día, la mayor parte de la Casa Real -sin olvidar a Otto, el perro salchicha real- subió a bordo de un hidroavión Sunderland en Falerón. El buque sobre el que debían partir el día anterior había sido hundido en su amarradero. En el grupo figuraban la princesa heredera Federica, sus dos hijos, Constantino, que luego perdería el trono de Grecia, y Sofía, la actual reina de España, junto con su nodriza escocesa. La querida del rey Jorge, la admirable señora Britten-Jones, fue nombrada dama de honor de la princesa heredera Federica.

Joyce Britten-Jones fue una de las rarísimas queridas reales de la historia para las que nadie tuvo más que palabras de alabanza. Harold Caccia la calificó de mejor tipo posible de esposa del ejército, perfectamente sensata, siempre al margen de las intrigas y excelente en caso de crisis. Su

marido, un capitán del Black Watch que bebía demasiado, había sido edecán del virrey cuando el rey griego visitó la India no mucho antes de su restauración en el trono. Pronto se tejió entre ellos una estrecha relación y, en 1936, la señora Britten-Jones había ejercido a la perfección las funciones de anfitriona del rey cuando Eduardo VIII y la señora Simpson lo visitaron en su crucero de verano a bordo del Nahlin.

El efecto tranquilizador de Joyce Britten-Jones sobre el rey Jorge había impulsado a Edén a exigir en marzo que se facilitara por todos los medios su viaje de Londres a Grecia vía El Cairo. El intento de mantener en secreto este vuelo se fue al traste cuando llegó al aeródromo de Heliópolis y el general De Gaulle, que volaba en el mismo avión, insistió en que bajara antes que él, justo en el momento en que la banda atacaba la Marsellesa. Sir Miles Lampson, el embajador proconsular británico ante Egipto, le hizo los honores con discreción. Casualmente, había conocido a su suegro, «Jerky» Jones, director del Hongkong and Shanghai Bank de Yokohama. Finalmente llegó a Atenas a principios de abril, tan sólo unos días antes de que se produjera la invasión alemana de Grecia.

El príncipe heredero Pablo («Palo») asistió en Falerón al despegue del avión que transportaba a su familia. Se fue a Creta el día siguiente con su hermano, el rey, a bordo de otro hidroavión, en compañía de Emanuel Tsuderos, el primer ministro, sir Michael Palairret y el coronel Blunt, agregado militar.

La Legación británica y el hotel Grande Bretagne apestaban a papel quemado -el olor inconfundible de la retirada-, que los diplomáticos y oficiales del estado mayor destruían apresuradamente.

[83]

Los oficiales de la fuerza W lamentaron más tarde que los únicos registros que se sacaron de Grecia fueran sus bonos de rancho. Pero el escuadrón de comunicaciones de la 1ª brigada blindada, acuartelada por delante del palacio Tatoi, fue compensado por esta falta de delicadeza. El chambelán real telefoneó al rey a Creta pidiéndole instrucciones y se le dijo que distribuyera el vino de la bodega a razón de dos botellas por oficial y una por soldado.

La fecha de evacuación fijada para la mayoría de la Misión militar y el cuartel general del estado mayor que aún permanecían en Atenas fue el 24 de abril. El oficial jefe de inteligencia de las fuerzas aéreas británicas en Grecia, teniente coronel lord Forbes, acompañado por David Hunt, esperaron en el aeródromo a primera hora de la mañana. Los griegos le habían pedido que pilotara uno de sus Avro Anson hasta Creta. Forbes esperó a su turno para despegar al amanecer, pero un ataque inhabitualmente temprano de la Luftwaffe les obligó a lanzarse a una zanja, desde donde asistieron a la destrucción de su aeronave.

Forbes y Hunt volvieron a Atenas, mataron el tiempo en el apartamento de Forbes y luego se dirigieron en coche, esa misma tarde, a El Pireo, atravesando calles pobladas de personas que no sabían qué hacer. En el muelle se subieron a bordo del Kalanthe, un buque de vapor originalmente requisado por la armada griega a su propietario inglés y ahora asignado a la Legación británica. El agregado naval actuaba de capitán. Entre los pasajeros se encontraban también Harold y Nancy Caccia, sus hijos, perros y ama de cría china; la mujer del coronel Jasper Blunt, Doreen; varios miembros de la Misión militar, incluido Charles Mott-Radclyffe, y diversos personajes griegos de primera fila. Un añadido posterior y sumamente sorprendente a este elenco fue el del líder comunista exiliado, Milcíades Porfiroyenís, que Harold Caccia autorizó a unirse a ellos desde su exilio en la isla de Kimolos. Caccia, quien solía referirse a este comunista de extraño nombre traduciendo literalmente su apellido, es decir, «nacido en la púrpura», se lo encontraría más tarde del otro lado

de una mesa de negociaciones durante la guerra civil griega.

Después de cargar las armas y los explosivos que aún conservaba, la misión Yak de Peter Fleming debía defender el Kalanthe de un posible ataque aéreo, para lo cual se había apostado a un oficial y a un auxiliar en cada uno de los cuatro cañones Lewis. En aquella época se formularon varias acusaciones muy

dudosas contra Fleming. Según una versión, el coronel Blunt y Fleming discutieron el día antes de que zarpara el Kalanthe, pues Blunt insistía en que, dado que la misión Yak había ido a Grecia como fuerza de retaguardia, si Fleming la abandonaba se convertiría en desertor. Otra afirmaba que Fleming se había vendado sin necesidad la cabeza al llegar a Egipto y trató de falsificar en su provecho una mención por servicios meritorios (DSO, Distinguished Service Order). Hay que recordar que Fleming había provocado bastantes recelos con sus maniobras en Londres y El Cairo, de modo que estas historias deben tomarse con bastante reserva.

No hay duda de que se produjo una pelea en la que intervino el general Heywood, el jefe de la Misión militar. Heywood, que había recibido la orden urgente de El Cairo de destruir los depósitos de combustible de la RAF, que contenían más de treinta mil toneladas de petróleo y carburante para aviones, una presa valiosa para la Luftwaffe, se llevó consigo a una partida de zapadores para realizar la misión de noche, pero se encontró con el lugar rodeado de tropas griegas cuya tarea era precisamente evitarlo. Al comprobar que estaban dispuestas a abrir fuego, Heywood se retiró, para evitar provocar una batalla entre aliados. Esta decisión fue más tarde criticada por el alto estado mayor de Oriente Medio y afectó a la carrera de Heywood. No hay que descartar que se aprovechara para castigarlo sin remordimientos por errores anteriores. Heywood murió en un accidente aéreo en la India dos años después.

Nick Hammond, que dirigía un equipo de cuatro zapadores, también había ejecutado misiones propias de la táctica de tierra quemada durante la retirada. Mientras la banda de Fleming se divertía haciendo volar material rodante y chocarse locomotoras, él se había concentrado en las fábricas que podían contribuir al esfuerzo bélico alemán. El último día destruyó las reservas de algodón en Haliartus y luego volvió a Atenas, donde se reunió con Ian Pirie y David Pawson, el tercer oficial clandestino de la Legación. Prepararon su huida después de destrozar las últimas pruebas de las actividades de la MI(R) y la Sección D y empaquetaron el "material útil que aún podía aprovecharse. Pirie y Barbrook habían dejado atrás dos equipos de telegrafía: uno lo habían cedido a un grupo venizelista, que dejó al poco tiempo de ser operativo, y otro a un republicano radical, el coronel (y posteriormente general) Bakirdzis, quien fue el primer contacto de la SOE en Grecia, bajo el nombre en clave de «Prometeo».

Antes de su partida, el rey había pedido al general Wilson que se ocupara del príncipe Pedro, el almirante Sakelariu, ministro de Marina, y Maniadakis, el ministro de Seguridad Nacional. De modo que, tras una reunión final con el general Papagos el 25 de abril, Wilson y su banda fueron de Atenas al Peloponeso en un convoy de automóviles motorizados, uno de los cuales era la limusina que había dejado atrás el príncipe Pablo, anteriormente regente de Yugoslavia, en su huida hacia el exilio. Aunque no padecieron la peligrosa humillación deparada al coronel Salisbury-Jones y al capitán Forrester, sobre cuyo coche de servicio dispararon soldados de infantería australianos enojados, los edificios bombardeados y los cráteres en el terreno frenaron su marcha hasta tal punto que no pudieron cruzar el puente tendido sobre el canal de Corinto más que dos horas antes del amanecer del día siguiente. Justo a tiempo.

Poco después del alba del 26 de abril, las tropas paracaidistas alemanas aterrizaron del lado meridional y destruyeron el puente, protegido por algunos carros de combate ligeros del 4.º de

húsares y neozelandeses que manipulaban cañones Bofors. La pelea fue caótica. Un convoy de doscientos heridos, bajo el mando del capitán Guy May, del cuartel general de las fuerzas, acababa de atravesarlo camino de Navplion y se vio inmerso en la batalla.

Los alemanes aplastaron rápidamente a sus enemigos, pero los dos oficiales que habían preparado la demolición del puente al parecer volvieron reptando hasta el borde del canal y lograron hacer detonar la carga explosiva con sus fusiles. De esta hazaña (que tanto agrada a los escritores de guiones) se dijo más tarde que era imposible, pero el puente fue destruido con numerosos alemanes encima y Wilson concedió a los dos oficiales en cuestión la cruz del mérito militar.

La 4ª brigada neozelandesa, de camino al Peloponeso donde iba a embarcar, fue sumamente afortunada en un momento en que las comunicaciones estaban prácticamente colapsadas. El escuadrón de inteligencia del cuerpo de oficiales de caballería de Middlesex, acuartelado en la sede de la 1ª brigada blindada, logró hacerles llegar un mensaje informándoles de la captura del istmo de Corinto por los paracaidistas alemanes. El general de brigada Inglis hizo dar media vuelta de inmediato a sus hombres, dirigiéndolos hacia la costa oriental del Ática. Destruyeron sus vehículos y su material pesado y formaron varias filas defensivas en Porto Rafti y Rafina, bajo un cielo primaveral immaculado. De noche, las tropas se abrieron camino hasta el puerto y la playa, llevando consigo exclusivamente sus armas y pertrechos personales. Se quedaron esperando ansiosamente la aparición de sombras negras mar adentro.

Llevó mucho tiempo conducirlos en barcas hasta los cruceros, los destructores y los buques mercantes, demasiado para los capitanes de la Royal Navy, sabedores del destino que les aguardaba si los aviones de bombardeo en picado sorprendían a los navíos antes de que se hubieran alejado lo suficiente y, antes de las primeras luces, se encontraran fuera de la zona de peligro. La 1ª brigada blindada, que a su pesar había sido mantenida en la «subzona de base» y la retaguardia, fue la última en llegar a la playa de Rafina. Después de una lenta subida a bordo, principalmente mediante botes con remos, quedaban todavía en tierra casi mil hombres. Cuando el oficial encargado del desembarco de las tropas sugirió al general de brigada Rollie Charrington que podía hacer que subiera a bordo antes que los demás, éste replicó airado: «¿Por quién me toma?»

[84] Sería el último en salir y Dick Hobson, el comandante de brigada, el penúltimo.

Charrington y sus hombres se retiraron al bosque para ocultarse. Fueron muy pocos los que se quejaron. Hobson confiesa que, en el cuartel de la brigada, «estuve a punto de tirarme al suelo cuando el sargento Blythe, nuestro sargento de cocina, apareció diciendo: "¿Whisky y soda, señor?" Yo repliqué: "Sargento Blythe, no me lo puedo creer". "En realidad, señor -contestó-, no es soda, sino agua." Sacó luego una petaca de whisky del tamaño de una botella y una de agua. No creo haber disfrutado ni necesitado tanto una copa antes. O desde entonces. El sargento Blythe, ex miembro de la 12ª de lanceros, mayordomo de Willoughby Norrie

[85] antes de unirse a nuestra brigada, era un personaje bastante especial».

Los intentos de abrirse camino hasta la otra playa de embarcación, situada en Porto Rafti, fracasaron. Los alemanes habían alcanzado la franja de costa que separaba ambos lugares. Esa noche, Charrington y sus hombres se habían resignado a la suerte de verse recluidos en un campo de prisioneros y la mayoría cayó en un sueño exhausto. Pero aproximadamente a la una de la mañana, fueron despertados a sacudidas pues a lo lejos, mar adentro, se perfilaba la silueta de un buque. Era el destructor de la Royal Navy Havoc, enviado en su ayuda por la 4ª brigada neozelandesa, que se encontraba en Porto Rafti.

A bordo del navío, los marineros ofrecieron a los rescatados la panacea estándar de la marina real tras un desastre: cacao, bocadillos de carne de vaca en conserva y mantas. En todo el proceso de evacuación, la marina se ganó sobradamente la gratitud y admiración de sus beneficiarios. El almirante sir Andrew Cunningham, comandante en jefe del Mediterráneo, había asignado a la tarea seis cruceros y diecinueve destructores, la práctica totalidad de sus buques de esas dimensiones.

Aunque la mayoría de las tropas regulares huyó a bordo de buques de guerra, otros grupos de oficiales y soldados se fueron en embarcaciones más pequeñas. El 22 de abril, un destacamento de la Misión militar británica, compuesta entre otros por Paddy Leigh Fermor y algunos especialistas de transmisiones, despenó su camión por un barranco del cabo Sunion. Habían decidido apoderarse del Ayía Varvara, un caique convertido en un elegante yate, que armaron con cañones Lewis. Su misión consistía en conducirlo hasta Myli, en el golfo de Argos, para evacuar al general Wilson y sus acompañantes en caso de que fallaran los demás recursos.

Para eludir a la ubicua Luftwaffe, sólo podían desplazarse con garantías de noche. La mañana del 26 de abril, el destacamento llegó a Myli y fue a buscar a Peter Smith-Dorrien, que había bajado desde Atenas con el general Wilson

y el príncipe Pedro. Contemplaron la hilera de vehículos militares abandonados que se extendía a lo largo de varias millas desde el pequeño puerto. Jumbo Wilson estaba al final del muelle, sentado sobre su cama enrollada y mordisqueando la punta de su bastón. Esperaba la llegada de un hidroavión Sunderland. Alguien le preguntó qué quería hacer, a lo que Jumbo Wilson replicó jovialmente: «Voy a hacer lo que tantos buenos generales han hecho antes: sentarme sobre mi equipaje».

[86] Al final acabó siendo evacuado a bordo de un Sunderland esa misma tarde. Su equipaje -que apreciaba sobremanera, a juzgar por la atención que le dedica en sus memorias-, junto con su chófer y varios miembros de su estado mayor, incluido Smith-Dorrien, que llevaba consigo algunas botellas de champán, y el edecán adjunto de Wilson, Philip Scott, de la 60ª de fusileros, decidieron irse con el Ayía Varvara. Al menos entre las pertenencias del general no se contaba otro inmenso automóvil americano, una de las debilidades más curiosas de Jumbo Wilson. Sea como fuere, el caique fue hundido el día siguiente al salir de Leonidion, perdiéndose todos los bagajes pero, afortunadamente, sin bajas.

Entre los últimos en abandonar Atenas -sólo unas pocas horas antes de que los alemanes izaran su bandera sobre la Acrópolis- estuvieron Nicholas Hammond, David Pawson, Ian Pirie y Nicki Demertzi. Para acreditar el salvoconducto de Nicki ante el funcionariado británico, la pareja se había casado apresuradamente. Dejaron Atenas al anochecer y llegaron en coche al puerto deportivo de Turkolímono. Sus pertrechos consistían en un gran fardo de uniformes alemanes, que llevaba encima Pirie, y los restos del explosivo plástico de Hammond.

Tras la rápida ocupación del Ática por los alemanes, durante las últimas noches de abril concluyó la evacuación desde los puertos y playas del Peloponeso. Se pusieron en servicio todos los medios de transporte disponibles: destructores y cruceros de la Royal Navy, buques mercantes requisados, caiques y aviones. Los Blenheim tendieron un puente aéreo con Creta, acarreando hombres apilados en posiciones incomodísimas en los compartimentos de bombas y las torretas blindadas, mientras los Sunderland los recogían en las playas del golfo de Argos y se los llevaban girando a la altura de Kalamata. Uno de ellos realizó la proeza de despegar del golfo de Argos con ochenta y cuatro hombres a bordo, casi tres veces más del peso máximo autorizado en el modelo equivalente para uso civil, el hidroavión de la Imperial Airways. Pero los vehículos alquilados y

requisados por los británicos fueron vetados a las tropas griegas, incluidos los cretenses de la 5ª división que trataban de volver a casa para proseguir el combate. Esta intransigencia oficiosa causó asombro y tristeza en contraste con la generosidad espontánea de que habían dado muestras los griegos.

La última fase de la evacuación fue caótica. La carretera que une Argos y Navplion se había convertido en un atasco continuo de vehículos militares abandonados. Y casi dos mil soldados de tierra de la RAF y personal de la administración concentrados en Argos estaban «empezando a desmandarse»

[87] a medida que menguaba su esperanza de escapar y los ataques aéreos alemanes se intensificaban. La mayoría de sus oficiales ya había partido por aire y la RAF se lamentó luego de que ni siquiera estuvieran en la lista de distribución incluida en las instrucciones de evacuación. El grueso de los soldados del aire, desconsolados, fue desviado rumbo a Kalamata, pero lo mismo ocurrió con los ocho mil hombres de la división australiana, a los que se unieron mil quinientos yugoslavos desanimados.

No se organizó ninguna defensa. De día, las tropas desmoralizadas y exhaustas permanecían a cubierto bajo los olivares que rodean a la ciudad para eludir los bombardeos. Fueron rodeados por el flanco por una pequeña guarnición alemana, que había atravesado el golfo de Corinto y todo el Peloponeso sin ser detectada y se había deslizado para capturar el puerto ante sus narices. Aunque los contraataques dirigidos por algunos oficiales y suboficiales decididos -el sargento Hinton, neozelandés, ganó por ellos una cruz Victoria-, la armada se abstuvo de intervenir, creyendo que los alemanes seguían constituyendo una amenaza, y muy pocos hombres pudieron partir esa noche.

Los ataques aéreos durante el viaje a Creta fueron para muchos incluso más tremendos de lo que había sido su experiencia en el territorio continental. El Julia, que como el Elsi transportaba a los prisioneros de la Luftwaffe, fue uno de los buques más afortunados. Este barco carbonero de mil quinientas toneladas había partido antes de las dos de la madrugada del 23 de abril, poco después del Elsi. Su hora de salida respetaba las directrices de la Royal Navy de alejarse de las aguas peligrosas antes de que amaneciera, pero el Julia tenía una velocidad máxima de siete nudos. Cuando rompió el alba de un día claro y con la mar en calma, sólo estaba a unos cincuenta kilómetros de la costa del Ática. Se anunció a gritos el primer ataque de Stuka, que llegó casi inmediatamente desde el noreste: se trataba de siete motas negras «agrupadas en dos uves de tres aviones cada una, con un avión solitario por delante».

[88] En un frenesí caótico, los suboficiales de zapadores pertrechados con fusiles, el único armamento que quedaba a bordo, fueron tomando posiciones.

Los Stuka, según Teo Stefanides, «adoptaron una formación en línea y, a medida que nos llegaban encima, cada uno viraba de lado y luego de punta y parecía dispuesto a caer en picado sobre nosotros. Cuando se lanzaban producían un chillido aterrador que, añadido a las explosiones de nuestros treinta fusiles, creaba una barahúnda ensordecedora. Cuando los aviones llegaban a la altura aproximada de trescientos metros, se advertía cómo se desprendía de su tren de aterrizaje una mancha negra, que se abalanzaba sobre el buque con un silbido diabólico». Cada bomba -todas erraron afortunadamente la diana por muy poco- provocaba una enorme columna de agua rociada «y en cada ocasión todo el buque se tambaleaba con una tremenda sacudida y se producía un curioso estruendo metálico cuando la ola de compresión chocaba contra su flanco». Los Stuka recuperaron luego su formación, rehicieron el circuito anterior para lanzar su segunda bomba y finalmente

ametrallaron la cubierta antes de volver a la base para reponer carburante. Stefanides tuvo que tratar un número excepcionalmente bajo de heridos: uno de ellos fue un sargento australiano al cual una bala le había incrustado el reloj en la muñeca.

A lo largo de ese día, el Julia fue bombardeado en cinco ocasiones sin recibir en ninguna un impacto directo. Sobre la cubierta se amontonaban las algas marinas y la tripulación, decidida a sacar el máximo provecho posible a sus cuitas, recogió con redes algunos peces muertos a consecuencia de las olas de compresión. Después de pasar todo el día siguiente refugiados en una pequeña caleta enfrente de la isla de Citera, lograron alcanzar finalmente Creta la, mañana del 25 de abril y se dirigieron al inmenso puerto natural de la bahía de Suda.

El Julia había tenido una suerte extraordinaria. En total, los alemanes hundieron veintiséis buques, incluidos dos buques hospital, y se produjeron más de dos mil bajas. Prácticamente todos los refugiados civiles y los soldados griegos heridos que había a bordo del transbordador Helias fueron quemados vivos. Para quienes dejaban caer las bombas, el horror que provocaban a sus pies fue siempre distante, por no decir abstracto. «Un día soleado -apunta el piloto de un Junkers 88 rememorando el 25 de abril-, nos enviaron a buscar navíos que estuvieran embarcando a tropas británicas en las zonas de Atenas, Corinto y Navplion.»

[89] Trató de identificar Micenas. «Le dije a mi tripulación que estábamos sobrevolando un territorio que había conocido por lo menos tres mil años de la historia de Grecia... Los pueblos y las pequeñas aldeas sugerían un parque infantil tachonado de puntos blancos.» Sobre el puerto de Navplion, «todo parecía pacífico e inmaculado. Pero descubrí algo que hizo latir más rápido mi corazón». Un transatlántico anclado -un «espectáculo fascinante»- constituía «una diana única». El bombardero se preparó mientras el avión se ladeaba y luego se lanzaba en picado. El piloto levantó la proa de su aparato en el momento crucial y apretó el botón rojo. El operador de telegrafía y el artillero, estirando el cuello, contaron las explosiones. «¡Lo hemos alcanzado! Dos dianas perfectas y dos bombas justo al lado. Cascadas de agua y llamaradas enormes. ¿Qué sentía en ese momento? Alivio después de una tensión suprema, orgullo porque un equipo de novatos hubiera tenido éxito. Lástima por la desaparición de un hermoso buque. Satisfacción, porque no podría seguir transportando tropas británicas, y eso era lo único que contaba ese día.»

El peor desastre de la evacuación había de producirse también en Navplion. Un buque mercante holandés, el Slamet, siguió acogiendo soldados hasta las cuatro de la mañana, pese a que se le había advertido que no lograría salir del canal de Anticitera antes de que amaneciera. Después de ser alcanzado por bombarderos a las siete de la mañana y muy maltrecho, comenzó a emitir señales de socorro. El destructor de la Royal Navy Diamond fue en su ayuda y recogió a los supervivientes. Pero el Diamond también fue hundido, por lo que el Wryneck, también de la Royal Navy, fue en su socorro y fue a su vez hundido. En total murieron setecientos hombres de los tres buques. Cincuenta sobrevivieron y entre ellos, algunos heridos del Wryneck, cuyo ballenero fue rescatado por el grupo de Nick Hammond.

Hammond, Pirie y Nicki habían salido del puerto deportivo de Turkolímono y navegado hasta el Peloponeso, donde uno de sus dos caiques había sido hundido por los aviones alemanes. En el segundo, el que llevaba el explosivo plástico y el paquete de uniformes alemanes de Pirie, habían llegado a las islas deshabitadas de Anana, donde se encontraron con los marineros naufragados, a quienes llevaron a un hospital de Creta.

El grupo del caique de Leigh Fermor, después de que Ayía Varvara, con todo el equipaje de Jumbo Wilson, fuera bombardeado y hundido ante sus narices, compró otro. Rodearon el Peloponeso

hasta llegar a la isla de Anticitera, recogiendo en su camino a los rezagados, como una docena de neozelandeses que bogaban sobre una barca y, después, diez australianos. El segundo caique resultó una mala compra. El motor dejó de funcionar nada más salir de Anticitera con la intención de atravesar el canal y llegar a Creta, por lo que hubieron de regresar, improvisando recursos desesperadamente. En Anticitera se encontraron con el Amalia, una goleta de tres mástiles que un oficial de infantería griego había arrebatado a un paisano «de dudosa lealtad» a punta de pistola. Esta vez pudieron realizar la travesía sin percances, hasta llegar al extremo noroccidental de Creta, donde atracaron en el viejo puerto veneciano de Kasteli Kisamu.

Michael Forrester, que se hizo a la mar aproximadamente a las 8 de la tarde sobre un caique con un pasaje mixto de civiles y soldados de Monenvasía, debería haber seguido la misma derrota. Se despertó a primera hora del día con la sensación de que algo iba mal. Comprobó su ruta con la brújula de reflexión y descubrió que bogaban hacia el este, de acuerdo con las consignas. El capitán y propietario del caique, que el oficial de desembarco de Monenvasía le había recomendado como un colega perfectamente fiable, estaba tan borracho que lo único que lo mantenía derecho era el timón. Forrester llamó a un par de australianos para que lo ayudaran y depositaron al hombre tranquilamente en la bodega. Incapaz de conjeturar con el más mínimo viso de realismo cuan lejos habían avanzado en la dirección errónea, Forrester hizo virar el barco y esperó ardientemente poder dirigirlo a la isla de Citera utilizando su brújula de reflexión.

De día oyeron motores por el aire. Forrester ordenó a todos los soldados que se ocultaran bajo cubierta o las lonas y pidió a las mujeres que se situaran a proa y saludaran con la mano. Un Messerschmitt 110 se lanzó en picado sobre el palo mayor, observó atentamente la cubierta del buque y se ladeó, dando un rodeo y volviendo sobre él como si se dispusiera a ametrallarlo. Las mujeres griegas no se acobardaron en ningún momento. Siguieron saludando con toda su energía. El piloto volvió a bajar en picado sobre ellas, les devolvió el saludo desde su cabina y prosiguió en busca de una nueva presa.

El yate de vapor de la Legación británica, el Kalanthe, con una lista de pasajeros de gran distinción y al tiempo muy heterogénea, había levado el ancla de El Pireo al anochecer, el 24 de abril. Toda la noche navegó en dirección al pequeño archipiélago de Milos, donde permaneció oculto todo el día siguiente en la bahía de una isla deshabitada llamada Poliaigos, porque un buque o incluso una embarcación pequeña atraían de inmediato la atención de los aviones alemanes.

Los pasajeros fueron conducidos en botes hasta la playa, donde pasaron un día alegre y ocioso, durante el cual los niños de las familias Blunt y Caccia jugaron juntos, armando tal alboroto que el ama de cría de los Blunt los amenazó con decírselo a sus padres. La tripulación griega permaneció a bordo para efectuar algunas reparaciones y mantener la chimenea en activo, por si eran atacados. Los protegían los cañones Lewis de la misión Yak. Peter Fleming disfrutó casi tanto de ese día como quienes habían bajado a la playa. Lo pasó comiendo tortillas de las numerosas existencias que se habían comprado durante la mañana y bebiendo ginebra y lima sobre el puente, con unos pantalones cortos por toda vestimenta. Por la tarde, el Kalanthe fue avistado por tres bombarderos Junkers 88. Alguien hizo sonar la sirena para avisar a las personas que estaban en tierra y tres equipos de cañones se pusieron a funcionar: Mark Norman y Oliver Barstow a cada lado del puente, ambos con un ayudante, y Fleming a popa, con un centinela.

Pero los bombarderos no se amilanaron ante los tres cañones Lewis que les escupían sin cesar y, después de tres fallos, uno de ellos logró golpear el buque en el centro. El Kalanthe explotó, muriendo nueve de las personas que se encontraban a bordo, incluido Oliver Barstow, hermano de Nancy Caccia, e hiriendo a seis. Mark Norman fue herido gravemente y Peter Fleming quedó

contusionado. Harold Caccia y Norman Johnstone, el ayudante granadero de la misión Yak, remaron rápidamente para alejarse del navío en llamas -teniendo en cuenta que los explosivos podían estallar con el calor, fue un acto de gran valentía- y llevarse consigo a los heridos. La intervención rauda de las tres mujeres del grupo, que habían participado en destacamentos voluntarios de ayuda sanitaria, salvó la vida a los hombres quemados y tiznados. Les rasgaron las camisas para limpiarles las heridas y quemaduras. A Nancy Caccia, que ya estaba en ese momento segura de la muerte de su hermano, al menos la urgencia de la tarea le obligó a concentrarse en otros asuntos.

Con la ayuda de los habitantes de la cercana isla de Kimolos y tras ser recogidos tres días después por un caique enviado para rescatarlos desde Creta, el grupo se volvió a poner en marcha.

[90]

Pero los vientos de proa y la lentitud del caique les forzaron a encaminarse a la isla volcánica de Santorini. Una pequeña erupción nada más llegar les hizo creer que los volvían a bombardear. Mark Norman, todavía muy dolido de sus heridas, afirmaría después que en Santorini lo pusieron sobre los escalones del altar de una pequeña iglesia y le hicieron beber vino de comunión como sustituto de un anestésico.

Afortunadamente, en Santorini estaba anclado un pequeño carguero que había llevado hasta ahí un pequeño destacamento de la policía militar. Podía alcanzar una velocidad dos veces superior a la del caique y les llevaría a la costa de Creta en el transcurso de una sola noche. El día siguiente, al romper el alba, divisaron a estribor el pico nevado del monte Ida y un par de horas más tarde entraban en el puerto de Iraklion, la ciudad que los venecianos llamaron Candia. En el muelle estaba esperándolos el coronel Jasper Blunt, avisado de su llegada. Los pasajeros que acompañaban a Doreen Blunt la dejaron pasar, esperando que su reencuentro, después de todo lo que había sufrido la mujer, fuera conmovedor, pero lo primero que le preguntó su marido fue dónde diablos había dejado la llave de su piano antes de irse de Atenas.

Después de la evacuación de la Grecia continental, Churchill hizo la siguiente observación a Wavell: «hemos pagado nuestro tributo de honor con muchas menos pérdidas de las que temía».

[91] En efecto, las bajas fueron milagrosamente menores de lo que cabía esperar: de los más de cincuenta y ocho mil soldados enviados a Grecia, dos mil habían muerto o sido heridos y catorce mil habían caído prisioneros. Pero la pérdida de material fue desastrosa: 104 carros de combate, 40 cañones antiaéreos, 192 cañones de campaña, 164 cañones antitanques, 1.812 ametralladoras, unos 8.000 vehículos de transporte, la práctica totalidad del equipo de comunicaciones, cantidades inestimables de vituallas y 209 aviones, de los que 72 cayeron en combate, 55 fueron destrozados en tierra y 82 fueron abatidos durante la evacuación.

La mala conciencia de Gran Bretaña por no haber cumplido en el pasado los compromisos contraídos con sus aliados, ¿debía tener un costo tan elevado? Desde un punto de vista puramente militar, la decisión de despachar a una

fuerza expedicionaria fue nefasta. Metaxas llegó a decirle al coronel Blunt: «Pocos comprenden cuan fácil y peligroso es mezclar los sentimientos con la estrategia».

[92] La idea de Churchill de que respaldar a Grecia influiría en la posible decisión de los Estados Unidos tenía más de pensamiento desiderativo que de visión clara de la realidad, aunque la heroica resistencia de Grecia a la invasión italiana hubiera ayudado a este país a granjearse la simpatía del Capitolio justo antes del debate sobre préstamos y arriendos. Y estos últimos años se ha

puesto en entredicho la firme creencia de que la campaña de los Balcanes retrasó la puesta en marcha de la operación Barbarroja, algo que tuvo consecuencias nefastas.

[93]

Al margen de los argumentos que desaconsejaban el envío de una fuerza expedicionaria, parece incuestionable el veredicto de Geoffrey Household. «Estoy orgulloso hoy -escribió-, y lo estuve en su día, de que dejáramos que la generosidad -ya fuera real o se tratara de un gesto político- prevaleciera sobre el sentido común.»

[94] Monty Woodhouse, reconociendo las virtudes del análisis retrospectivo, ha alegado que, sin la intervención británica, el gobierno griego -y no el pueblo griego- podría haber sucumbido ante los alemanes sin luchar, con lo cual la hegemonía comunista sobre la resistencia habría sido completa.

Los cretenses vivieron el desastre en carne propia. Su división, sus hijos, maridos y hermanos habían quedado atrapados en el frente albanés. El general Papasteriu, comandante de la división, logró escapar a Creta, pero su salvación fue efímera. Lo asesinó en Kasteli Kisamu un sargento de gendarmería tras una violenta protesta motivada por su desertión.

SEGUNDA PARTE - LA BATALLA DE CRETA

6.«Un nuevo "Scapa Flow"»

Lo primero que vieron de la isla los evacuados de Grecia, exhaustos, fueron las Montañas Blancas recortándose en el horizonte. La inmensa mayoría de los buques con tropas a bordo entró por la bahía de Suda, un puerto natural de ocho kilómetros de longitud, protegido al norte por el perfil rocoso de la vasta península de Akrotiri y, al sur, por el imponente farallón de Malaxa.

A la entrada de la bahía podían verse las ruinas de un castillo veneciano, pero el casco de un pequeño vapor bombardeado por la Luftwaffe monopolizaba la atención de los evacuados. No era más que un pequeño anticipo de la escena que les aguardaba: chimeneas y mástiles de embarcaciones hundidas, uno o dos barcos ardiendo, como siempre tras un ataque aéreo, y cascarones destrozados por doquier. El crucero York de Su Majestad yacía varado en la playa, la popa sumergida en el agua, víctima de un audaz ataque de la armada italiana con seis lanchas motoras cargadas de explosivos. La aldea de Suda, una hilera de casas bajas frente al puerto bombardeadas y abandonadas, no era una visión reconfortante.

El 25 de abril cuatro batallones de la 2ª división neozelandesa llegaron a la bahía de Suda: como el día del desembarco en la ensenada de Anzac, pero veintiséis años después. El recuerdo de la planificación de la campaña de Gallípoli pesaba sin duda sobre las tropas del imperio británico. Habían venido de Porto Rafti en el buque de transporte Glengyle de Su Majestad y en los cruceros Calcutta y Perth.

Se palpaba el nerviosismo en las actividades del muelle: los bombarderos podían volver en cualquier momento. Un oficial de estado mayor británico se dirigió hacia los buques a bordo de una lancha, gritando a las tripulaciones que apilaran en el muelle todas sus armas, excepto los rifles y las armas personales. James Hargest, general de la 5ª brigada neozelandesa, sabía perfectamente que no volverían a ver ese armamento, que con tanta dificultad habían logrado traer desde Grecia, y se negó rotundamente a acatar las órdenes. El oficial de estado mayor le gritó en respuesta que era él quien estaba al mando de aquella zona de base y le conminó a obedecer sus instrucciones. «No me extraña -replicó Hargest- que esté usted al mando de una zona de base, si actúa de este modo. Sepa que mis hombres no dejarán sus armas.»

[95] A pesar de la negativa de Hargest, un destacamento sobre el espigón de la policía militar británica obligó a numerosas compañías a aligerarse de aquella pesada carga. Los neozelandeses no fueron los únicos. Casi todas las unidades, tanto británicas como procedentes del imperio británico, que llegaron a Suda aprendieron al desembarcar esta memorable lección militar: custodiar las armas durante una retirada era un esfuerzo que no merecía la pena.

Las compañías formaron filas a lo largo del muelle y echaron a andar pero, tras un inicio en un «orden de marcha aceptable», pronto abandonaron sus pretensiones de elegancia. Los hombres, aún agotados de la campaña de Grecia, rompieron filas y se quitaron las botas a los lados del camino. En el interior, hacia Canea, lejos del puerto y del olor de petróleo ardiendo, las tropas británicas que ya

estaban en la isla los recibieron con mesas de tijera puestas: tabletas de chocolate, té y paquetes de galletas.

La visión de los regulares sabiamente agrupados del regimiento galés, parte de la guarnición con base en la 14ª brigada de infantería, tuvo un efecto reconfortante en muchos de estos desesperados supervivientes. Los que venían caminando fatigosamente desde Suda por la avenida Tobruk, como la habían rebautizado los británicos, llegaban cansados, sucios, desgredados, sin afeitar. Muchos tenían la cabeza descubierta porque habían arrojado sus cascos de acero mientras se batían en retirada y llevaban las guerreras desabrochadas bajo el cálido sol. Los muchachos cretenses que vendían helados a dos dracmas hicieron buenos negocios.

Para dispersar la abultada conglomeración que se había formado -veintisiete mil hombres en menos de una semana-, se llevó a las tropas más allá de Suda y Canea y se estacionaron a lo largo de la franja costera comprendida entre las estribaciones de las Montañas Blancas y el mar. Allí se instalaron lo mejor que pudieron por entre los olivares -los campos asignados se habían señalado con tan poca claridad como si se tratara de denuncios mineros sobre un mapa-. Los cálidos días de primavera engañaban: las noches eran frías para los que se habían deshecho de sus abrigo durante la retirada.

Una vez que las unidades hubieron ocupado un área de asentamiento definida, la «camioneta Aníñe» -como se conocía al furgón de reparto de comida- llegaba lanzando el rancho: carne de vaca en conserva y latas de jamón para acompañar unas galletas de munición que, sin el contenido de las latas, habrían adquirido una textura de yeso en la boca. El pan escaseaba porque había pocas panaderías de campaña, pero cuando el ejército griego ofreció los servicios de los panaderos italianos que formaban parte del grupo de prisioneros de guerra, el oficial británico al mando rehusó: «No podemos permitirlo. Podrían envenenar a nuestros muchachos».

[96] Los griegos, entonces, con una tolerancia digna de encomio, ofrecieron los servicios de sus propios panaderos, diciendo que ellos usarían los de los italianos.

La carne de ternera, o «perro acecinado», había que sacarla y comerla directamente de la lata de conserva con una navaja. De postre venían las naranjas, regaladas generosamente por los cretenses. Sin embargo, el consumo repentino de grandes cantidades de fruta provocó un efecto inmediato y, en poco tiempo, los olivares acabaron llenos de excrementos. El ritual militar de excavar letrinas no pudo respetarse por la falta de herramientas para cavar trincheras.

Los botes redondos de cincuenta cigarrillos Player's Navy Cut eran los mejores recipientes para beber, pero la mayoría tuvo que conformarse con las latas de carne vacías, tanto para las infusiones como para el raki y el vino. La escasez de las raciones de té y azúcar -un saco por compañía-, unida a la generosa hospitalidad cretense, hizo que aumentara el consumo del vino tinto del país. La palabra griega krasí (vino) pervivió en la jerga del regimiento mucho tiempo después del final de la campaña de Creta, en expresiones como «estar krasiado».

La aglomeración de personas en torno a Canea comenzaba a ser preocupante. Había también varios miles de refugiados civiles mezclados con las tropas y con el personal militar disperso: soldados de la RAF sin avión, maestros ajustadores sin herramientas, conductores sin vehículos, zapadores sin picos y soldados dispersos de todos los regimientos, cuerpos y unidades imaginables.

La aparición de un avión de reconocimiento -conocido como shufti-plane- hizo que los recién llegados se lanzaran en tropel a las trincheras. Un par de pilotos de la RAF cayó encima de una muchacha muy atractiva. Cuando trataban de desenredarse, reconocieron a Nicki, del cabaret Argentina. «Buenas tardes, Nicki -dijo uno de ellos con sonrisa irónica-. ¡Sra. Pirie, si no le

importa!» -replicó ella desdeñosamente para recalcar su nuevo estado.

[97]

Para la mayoría de los civiles, Creta no era sino un lugar de descanso en su camino a Egipto. A menudo tenían incluso menos razones que los soldados para confiar en las autoridades militares. Cuando las fuerzas del general Wilson se retiraron a la línea de las Termópilas, Lawrence Durrell envió desde Kalamata un telegrama a su jefe del British Council de Atenas, pidiéndole instrucciones. Recibió esta respuesta: «¡Adelante! ¡Rule Britannia!»

[98] Supo después que el autor de este mensaje tan poco serio había desaparecido sin esperar a nadie.

Si Durrell, su mujer, Nancy, y su hija pequeña, Penélope, lograron huir del caos militar de Kalamata, fue sólo porque un conocido de Corfú, un antiguo miembro de la marina mercante, los acogió a bordo de su caique. Tras desembarcar en el viejo puerto veneciano de Canea, Nancy Durrell comentó a algunos soldados australianos que no tenía leche para la niña. Animados por un jovial vandalismo, los soldados destrozaron con las culatas de los rifles las persianas verdes ya oxidadas de las tiendas cercanas y llevaron a Nancy botes de leche condensada para seis meses por lo menos. Pero los problemas de los Durrell no habían concluido. Después de diez días en Canea, partieron para Egipto, donde los civiles que no podían probar su identidad quedaban retenidos en un campo cercado por alambradas. Durrell, que no había podido mandar un cable a su madre para informarle de su huida y de la de su familia, reconoció a través de la verja del recinto a un periodista del Daily Mail. Le llamó y le contó la historia de sus aventuras.

Otros refugiados más ilustres, en particular la familia real griega, no tropezaron con ninguna de estas dificultades. Después de aterrizar en Iraklion en un hidroavión, el rey se instaló en Cnosós, en villa Ariadna, donde fue recibido por el custodio, R.W. Hutchinson, a quien se conocía como «el Terrateniente». Este palacio eduardiano de jardines umbríos, palmeras y plumbagos fue construido por sir Arthur Evans después de que en 1900 el príncipe Jorge, tío del rey, se arrogara el derecho a la propiedad del principal emplazamiento minoico. Cuando Evans se retiró, lo convirtió en una base arqueológica británica en Creta. De 1930 a 1934, en los años que siguieron a la jubilación de Evans, John Pendlebury vivió allí como custodio con su mujer, rompiendo así una tradición de vida monacal.

Con el rey Jorge se reunieron en Cnosós la princesa Catalina, la Sra. Britten-Jones y el primer ministro, Tsuderós, pero sólo unos cuantos días más tarde, el rey y sus consejeros decidieron que debían trasladarse al otro extremo de la isla, ya que Canea era ahora oficialmente la sede del gobierno griego.

Aunque la princesa Catalina era contraria a separarse de su hermano, la persuadieron de que partiera rumbo a El Cairo en un hidroavión. El príncipe Pablo y la princesa Federica, sus hijos Constantino y Sofía -ambos acribillados de picaduras de chinches-, y la Sra. Britten-Jones, su discretísima dama de honor, fueron en avión a Alejandría, prosiguiendo luego su viaje a El Cairo, el 2 de mayo, en el mismo hidroavión Sunderland que llevaba al general Wilson.

En Canea, al rey y a Tsuderós se les unió Maniádis. El aún ministro de Seguridad Nacional llegó a Creta con un gran número de miembros de su odiada policía secreta. Los cretenses consideraron este hecho un ultraje tan grave que el ex vicecónsul británico en Atenas y su homólogo en Canea se presentaron ante el rey y Tsuderós para notificárselo. Maniádis fue enviado a Egipto, donde sus cincuenta policías secretos sembraron el odio y el terror entre la comunidad griega de ese

país, que en su gran mayoría era pro venizelista. Los dos vicecónsules británicos estaban convencidos de que el rey y su gobierno habían perdido gran parte de su prestigio durante su breve estancia en la isla. En general, los diplomáticos británicos parecían no darse cuenta de la aversión que el pueblo sentía hacia el rey, probablemente porque el monarca se sentía relajado y cómodo en su compañía, a diferencia de lo que le sucedía con sus súbditos. Una vez el monarca le comentó a Charles Mott-Radclyffe con una sencillez desarmante que «el elemento fundamental del equipaje de la monarquía griega era la maleta de la marca Revelation».

[99]

En un bastión republicano como Creta, fiel a la memoria liberal de su hijo más ilustre, Venizelos, la presencia del rey no era bien vista. Tsuderós, cretense y monárquico, era un bicho relativamente raro, y su profesión, banquero y político, lo convertía, a ojos de los cretenses, en un ateniense en potencia.

Los habitantes de Creta, aún menos que el resto de los griegos, nunca perdonaron al rey Jorge que hubiera dado el 4 de agosto de 1936 una dudosa legitimidad a la dictadura de Ioannis Metaxas. No olvidaron nunca esa afrenta a sus tradicionales simpatías venizelistas y, durante el segundo aniversario del Decreto de agosto, se sublevaron. Después de ese episodio se les confiscaron las armas -al tiempo instrumento y símbolo de la lucha contra la opresión-. El odio creció aún más cuando la población cretense se encontró prácticamente desarmada ante la invasión germánica. Tras la guerra, el 5 de septiembre de 1946, se celebró un referéndum sobre la monarquía: en Creta hubo una aplastante mayoría de votos contrarios al monarca. A pesar de ello, los comunistas de la isla, a diferencia de sus camaradas de la península, nunca pudieron conquistar parcelas de poder.

El carácter cretense -belicoso, orgulloso, compulsivamente generoso para con los necesitados, amigos o extraños, ferozmente implacable con enemigos y traidores, frugal en la vida cotidiana, pródigo en las celebraciones- tenía sin duda una fuerte impronta de los impresionantes contrastes de la tierra en que vivían los isleños. Ricas franjas costeras septentrionales, olivares infinitos al pie de las montañas, fértiles valles salpicados de pequeñas llanuras recónditas en las tierras altas. Todo ello dominado por la mole imponente de las cordilleras de piedra caliza que atravesaban la isla: las Montañas Blancas, la sierra de Kedros, la sierra del monte Ida o Psiloriti y, al este, las cadenas montañosas de Lasiti o Dikti. Sólo quince kilómetros en línea recta, unos sesenta a pie, separaban las aldeas de montaña de la vegetación subtropical de arvejares, plátanos y naranjales. Otro clima, otro mundo.

En las montañas de las regiones centrales se criaban -y se robaban- ovejas. Sus poblados no eran sino un puñado de casas encaladas en torno a una sencilla iglesia ortodoxa. A menudo, el suelo de los hogares era de tierra batida y los pocos muebles y enseres estaban hechos en casa. No faltaba nunca el baúl del ajuar con ropa blanca y lencería de casa. La dieta de queso de oveja y cabra, patatas y, muy de vez en cuando, carne guisada, era dura y monótona como la vida que llevaban. El aire, sin embargo, era terso, transparente, tan saludable que las heridas cicatrizaban a una velocidad pasmosa.

[100]

En las tierras altas, la importancia de un hombre se reconocía por el número de ovejas que poseía; en las tierras bajas, por el número de olivos, de los que se decía que había en Creta veinte millones. En las aldeas de los valles y las tierras bajas, las calles estaban flanqueadas por moreras con las ramas podadas y los troncos pintados con cal para protegerlos de los insectos. Las casas

tenían macetas de flores, plantas, cerezos en la parte de atrás y cenadores cubiertos de parras. La vida era menos dura, pero la gente era igualmente generosa. Sólo en las grandes ciudades como Iraklion y Canea se había perdido alguna de esas cualidades cretenses que, tras siglos de ocupación extranjera, con sus represiones y sublevaciones cíclicas, no sólo habían logrado sobrevivir, sino que incluso se habían fortalecido.

Los cretenses no acababan de creerse que Canea se hubiera convertido en la nueva capital de Grecia. Mantenían un aire de normalidad mientras los precios de los alquileres de las fincas se disparaban hasta alcanzar cifras jamás soñadas. Este dinero parecía no llegar a las pequeñas tiendas de sucias contraventanas, que seguían estando desabastecidas. Y los hombres de la isla no abandonaban la costumbre de sentarse en el bar ante una taza de café turco y el periódico.

Los hombres -la mayoría de mediana edad, ya que los jóvenes habían marchado con la división cretense a Epiro- producían en los recién llegados una impresión de curioso contraste. Los que vivían en las aldeas llevaban trajes holgados. Los de las colinas, en cambio, tenían fieros bigotes y vestían el atuendo tradicional cretense: gorro negro flaccido -el sariki-, chaquetilla y chaleco bordados, faja ancha morada encima de unos bombachos oscuros muy anchos, que los británicos llamaban «recogemierda», y botas altas que completaban su aspecto a medio camino entre el pirata y el soldado irregular de caballería.

Los cretenses recibieron a los soldados británicos como si fueran parientes lejanos que hubieran llegado inesperadamente de otro país. Stefanides vio a unos isleños que bailaban el pentozali, una danza popular vigorosa y llena de brío, detenerse e invitar a los soldados a unirse al grupo. Los británicos, cohibidos, embutidos en sus rígidos e incómodos uniformes, intentaron aprender los pasos pero pronto acabaron riéndose con los bailarines de su propia torpeza.

Para los que habían sobrevivido a los combates de Grecia, la isla de Creta fue un refugio paradisíaco, un lugar lleno de belleza, de amistad, donde las copas se alzaban continuamente para brindar por la causa común. Aunque los cretenses eran buenos bebedores, no dejaba de sorprenderles la necesidad compulsiva de emborracharse que caracterizaba a los anglosajones. Los soldados se tambaleaban cantando a voz en grito canciones verdes o sensibleras, según su grado de embriaguez. Si la BBC emitía una canción famosa, como «The Banks of Loch Lomond» o «There is a Tavern in the Town», las tropas nostálgicas se agolpaban inmediatamente en torno a la radio.

La bebida hacía también aflorar la tensión latente entre las tropas procedentes del imperio y los símbolos de la autoridad británica, ya fueran policías militares u oficiales. Los neozelandeses y australianos que estaban en Creta no eran ni soldados regulares ni reclutas, sino voluntarios, y su falta de respeto hacia la autoridad -por un prurito muy típico en las antípodas- hacía que los oficiales británicos evitaran cualquier contacto con ellos siempre que podían. Al llegar a Egipto, un neozelandés saludó a un oficial británico de aire lánguido que llevaba una fusta en la mano diciéndole: «¡Eh! ¿dónde has metido lo que te falta del caballo?»

[101] Sin duda, los neozelandeses tenían también su cuota de «donjuanes» y «factótums» (voluntarios que se adelantaban incluso a la policía) pero, a diferencia de los soldados australianos, no inspiraban temor a los oficiales británicos.

Un capitán del cuerpo de voluntarios de caballería que había estado con los australianos en Grecia dijo de la 6ª división australiana, entre bromas y veras: «Creo que los deben haber ido a buscar a las cárceles».

[102] En Canea, un oficial británico había visto a un australiano llenarse los bolsillos de fruta y

negarse después a pagar lo que debía a la anciana dueña del puesto: al recriminarle su acción, se encontró como respuesta el cañón de una pistola alemana robada apuntándole a la cara. Y un cretense contaba que cuando un coronel británico que acompañaba al rey Jorge (probablemente Jasper Blunt) había intentado acallar el alboroto que se oía debajo de la ventana donde ambos estaban hablando, el australiano responsable del altercado le había cogido por sorpresa del cuello y había estado a punto de estrangularle.

De noche las medidas que adoptaban los australianos contra los ataques aéreos consistían en disparar indiscriminadamente a todas las luces que veían, ya se tratara de una cerilla para encender un cigarrillo o de los faros de estacionamiento de un vehículo convenientemente amortiguados. Harold Caccia recordaba la noche en que tuvo que atravesar las zonas australianas conduciendo, como «uno de los momentos más angustiosos de mi vida».

[103] Poco tiempo después, esta turbamulta indisciplinada luchó contra los paracaidistas alemanes en Rézimno con un ímpetu salvaje.

En la zona de Canea se impuso en seguida un régimen mucho más ordenado. Se levantaron pabellones circulares de campaña y «tiendas de corte indio para soldados europeos» (EPIP, European Privates Indian Pattern tent) bajo los olivares para el escalón de retaguardia. La mayoría de estos elementos dispersos de Grecia iba a ser trasladada a Egipto, mientras las unidades marchaban en formación hasta las posiciones de defensa asignadas. Apenas habían tenido ocasión de disfrutar de los placeres que ofrecían los treinta y siete burdeles de Canea, «treinta y seis de ellos regentados por su propietaria», según dijo el capitán preboste de la división neozelandesa.

El grueso de las tropas australianas fue hacia el este, a Gueorgiúpolis, Rézimno e Iraklion. Los neozelandeses, por su parte, marcharon hacia el oeste, para tomar posiciones a lo largo de la costa comprendida entre Canea y el aeródromo de Máleme, donde estaban estacionados los Blenheim del 30.º escuadrón, cuya misión era patrullar el Egeo para ahuyentar a los Stuka.

El batallón maorí impuso un ritmo de marcha tan duro que algunos oficiales tuvieron dificultades en seguirlo. En la aldea de Plataniás, el alcalde y sus hijas les dieron la bienvenida con mesas adornadas de queso fresco de cabra, pan y vino tinto. Una joven con un niño en brazos empezó a llorar cuando vio a los soldados. Un subalterno neozelandés preguntó a un cretense por qué lloraba: su marido y hermanos habían estado con la 5ª división cretense en Epiro.

A pocos de los que dejaban sus posiciones les habían sorprendido los preparativos que vieron desde el momento en que aterrizaron. El puerto de Suda estaba sumido en el caos. Sólo podían descargar dos barcos pequeños al mismo tiempo. El resto debía permanecer anclado en la bahía, por lo que eran blanco fácil en caso de ataque aéreo, como atestiguaban los restos medio hundidos de los buques. El cuartel general de Oriente Medio, que en ese momento tenía problemas más acuciantes en otros frentes, había desatendido el llamamiento que Churchill había hecho en el mes de noviembre pasado de convertir la bahía de Suda en un «nuevo Scapa Flow».

La frase de Churchill no era una mera figura retórica: creía firmemente en la importancia de convertir Suda en una «ciudadela anfibia, de la que Creta fuera la fortaleza» y no había olvidado este objetivo durante el invierno. Pero su insistencia en Suda hizo que Wavell creyera que, para cumplir su cometido, le bastaba con reforzar la zona del puerto.

El último comandante de la isla, el general de división E.C. Weston, llegó a la isla a finales de marzo. Su comandancia, parte de una formación de la marina real conocida como «Organización móvil de defensa de bases navales» (MNBDO, Mobile Naval Base Defense Organization), consistía sobre todo en baterías y reflectores antiaéreos. Antes de la invasión de Creta por los alemanes, los

ataques habían venido de los torpederos italianos. Prácticamente todos los hombres armados a bordo de los barcos atracados en el puerto abrían fuego contra ellos, los artilleros civiles de los barcos mercantes y los ayudantes de la flota real quizás incluso con más entusiasmo que la Royal Navy. Pero, cuando la Luftwaffe tomó el relevo a los italianos, el chillido de los Stuka anunciaba bombardeos más frecuentes y menos deportivos.

Los zapadores palestinos y una impropriadamente denominada «compañía de operaciones del puerto», compuesta no por estibadores, sino por auxiliares navales uniformados, tenían el peor trabajo: descargar el combustible y las municiones de los buques de la bahía de Suda bajo continuos ataques aéreos. La bandera roja de alarma izada en el cuartel general naval del puerto no siempre podía verse desde la bodega de los navíos, por lo que a menudo no tenían noticias de que hubiera un ataque aéreo hasta que los cañones antiaéreos Bofors abrían fuego. Esto creaba gran nerviosismo e inquietud entre las unidades del puerto, lo que no contribuía a mejorar su rendimiento. Además, el oficial a cargo del desembarque se había negado irreflexivamente a permitirles refugiarse, alegando que debían considerarse soldados de primera línea. No resulta sorprendente que muchos se declararan enfermos.

Harold Caccia, que había llegado a Iraklion con los demás supervivientes del Kalanthe, fue a reunirse con la Legación británica reducida a la mínima expresión, que se había trasladado a Jalepa, cerca de Canea. De camino se encontró con lo que parecía un grupo de soldados que pintaba un puente y con otro que se preparaba a demolerlo. Lo vio como un ejemplo prototípico de la pasmosa falta de preparación que imperaba: «Llevábamos ahí seis meses y ¿qué habíamos hecho?»

[104] Esta sensación de desasosiego se debía al incumplimiento de la promesa de los británicos al gobierno griego de que protegerían Creta, que habían formulado cuando la división cretense fue enviada al continente.

Mientras la antigua ciudad de Canea tenía callejuelas estrechas y casas altas de estilo veneciano coronadas por hayatí turcos -remates de madera con ventanas y contraventanas-, Jalepa extendía hacia el este, en dirección al Akrotiri, sus espaciosas villas con jardines de palmeras, buganvillas y oleandros. La Legación británica se había instalado no muy lejos de la residencia que había albergado al padre del príncipe Pedro cuando era gobernador general. A su lado se levantaba la casa de la familia Venizelos.

Caccia, cuyas ropas habían desaparecido con el Kalanthe, recibió nuevas prendas de vestir cuando Peter Wilkinson, de la Junta de Operaciones Especiales (SOE), llegó a Creta. Wilkinson, principal responsable de Polonia y Checoslovaquia, había venido para comprobar si aún era posible abrir una «ruta secreta de evasión» en Europa central que atravesase los Balcanes. También había ido a la isla para observar de cerca la invasión paracaidista, cuyo carácter inminente había confirmado Ultra, e informar al respecto al coronel Colin Gubbins, del cuartel general de la SOE en Baker Street. En aquel momento, la Junta barajaba una idea descabellada: devolver a sus países de origen, lanzándolos en paracaídas, a importantes contingentes de tropas polacas y griegas, pero sin posibilidad alguna de darles apoyo.

Wilkinson se hizo llevar de la bahía de Suda a Canea para ver a la Legación británica. Fue una sorpresa encontrar a Harold Caccia recortando un seto. Más sorprendente aún era su atuendo: zapatos de cuero de marca con suela de goma, pantalones de chaqué a rayas, una chaqueta negra de ciclista y un sombrero panamá con la cinta de los Eton Ramblers. Fueron a comer a un buen restaurante y, después, Caccia propuso dar un largo paseo hasta el lugar de nacimiento de Venizelos. A los pocos metros se toparon con «varias tropas bolcheviques australianas».

[105] Wilkinson, de uniforme, estaba algo preocupado por el recibimiento que pudieran dar a «ese inglés tan poco creíble» que caminaba a su lado, pero Caccia ni se inmutó y pasaron impertérritos por entre los abucheos.

Además de pantalones para Harold Caccia, Wilkinson había traído un equipo de radiotransmisión para Ian Pirie, la figura menos respetable de la diplomacia británica. Pirie y Barbrook se habían instalado no muy lejos, en una villa aún más imponente situada en una calle bordeada de cinamomos exuberantes por entonces en flor. Pirie, como decía Nicholas Hammond, era «un tipo estupendo para conseguir buen alojamiento».

[106] Este centro de operaciones secretas, llamado «Fernleaf House», estaba repleto de aparatos de radiotransmisión, uniformes alemanes que habían traído de Atenas en el caique y cajones de ametralladoras que soldados y civiles griegos habían cargado al hombro hasta allí. En la banda pirata de Pirie y Barbrook había un antiguo contrabandista de licor y un suboficial con bigotes engominados, pistola Mauser al cinto y Browser en la bandolera. Esta organización absolutamente anómala se completaba con la rubia Nicki, quien, a pesar de estar recién casada y comportarse de manera fría y reservada con los pilotos de la RAF en las trincheras, seguía siendo tan inconscientemente sexy como siempre, lo que dejaba a las cretenses, jóvenes y viejas, «con la boca abierta».

[107] Al grupo de Fernleaf House se unió primero Wilkinson y, después, Geoffrey Cox, un corresponsal extranjero que se había convertido en subalterno de la división neozelandesa, al que le habían encomendado la creación de un periódico para las tropas, el Crete News. El interés de Wilkinson por la «ruta secreta de evasión» a través de los Balcanes disminuyó en cuanto quedó claro que la flota de caiques clandestinos de Pirie, organizada por un tenebroso personaje llamado Black Michael, era más fruto de un optimismo basado en hechos imaginarios que de la realidad. De modo que, mientras esperaban para contemplar la invasión paracaidista en directo, Wilkinson decidió que la forma más útil y entretenida de emplear el tiempo era sentarse en la terraza con una selección de rifles del arsenal que había esparcido por la casa y, cómodamente instalado con un cargador a mano, disparar a mansalva contra los Stuka cuando éstos se alzaban con el vientre al descubierto tras uno de sus bombardeos en picado a la bahía de Suda, justo al otro lado de la colina. El comentario insistente de Wilkinson sobre su puntería -«te he hecho virar, cabrón»

[108] - era acompañado ocasionalmente por un suspiro más que melancólico de la intrépida Nicki que, desde el balcón de arriba, contemplaba ese bombardeo al que no se oponía resistencia: «¡Así no, RAF! ¡Adelante "Huracanes"!»

[109] Nick Hammond, tras dejar a Ian Pirie y Bill Barbrook en Canea, había colaborado con un personaje cuyas proezas pronto serían legendarias en el Mediterráneo oriental: Mike Cumberledge. Cumberledge, un barbudo oficial de marina con un aro de oro en la oreja, tenía a su mando un caique proveniente de Haifa rebautizado como Dolphin de Su Majestad y equipado con un cañón de a dos y un par de cañones Oerlikon de defensa antiaérea. La tripulación restante estaba formada por el primo de Cumberledge, Cíe, comandante de la artillería real británica, que se había degradado a sí mismo a la categoría de experto de balística en ese extraordinario buque, un soldado raso sudafricano del

Black Watch llamado Jumbo Steele, y el marinero de primera Saunders. El Dolphin zarpó rumbo a Iraklion, donde Hammond se encontró con John Pendlebury por primera vez desde el verano anterior en Atenas.

Pendlebury estaba allí en su elemento. Sin utilizar jamás su bastón de estoque, practicaba una forma de lucha con bastones que había aprendido en Egipto, en la excavación arqueológica de Tel el-Amarna. Se representaba a sí mismo como una especie de Lawrence de Arabia cretense, aunque carecía de la tenacidad perturbadora de Lawrence.

Tras la invasión italiana y una vez que el gobierno ateniense se ocupó de dar la bienvenida a Creta a las tropas británicas, Pendlebury ya no tenía por qué seguir haciendo las veces de vicecónsul. Se quitó su uniforme de capitán y pasó a servir como oficial de enlace entre las fuerzas británicas y las autoridades militares griegas. Su verdadero designio era crear una fuerza de reemplazo para la 5ª división cretense, que se había enviado al frente albanés. Por entonces ya sólo quedaban en la isla menos de cuatro mil soldados griegos y menos de una quinta parte de los mismos estaba armada.

[110]

Por eso, Pendlebury solicitó en noviembre de 1940 diez mil rifles al cuartel general de Oriente Medio de El Cairo. No era consciente de que estaba haciéndose eco de las palabras del primer ministro.

Churchill había afirmado recientemente ante el alto estado mayor del imperio: «No deberán escatimarse esfuerzos para reunir rápidamente armas y equipo y permitir así la formación de una división de reserva en Creta. Bastará con darles rifles y ametralladoras. Excluir a una división griega de la batalla de Epiro sería un error imperdonable y perder Creta por un número insuficiente de fuerzas sería un crimen».

[111] Esta orden no fue ignorada ni se perdió entre los meandros burocráticos del cuartel general de Oriente Medio, como muchos parecen pensar. Aunque el régimen de Metaxas, con la revuelta de Creta de 1938 aún presente en el recuerdo, no debía estar ansioso por volver a armar a la población a la que había requisado todas las armas hacía poco tiempo, pareció aceptar la idea. En el informe sobre la batalla de Creta, el coronel Salisbury-Jones escribió: «El estado mayor griego estuvo de acuerdo en formar una división de reserva y solicitó que nosotros proporcionáramos el equipo. Facilitar todo el equipo era, obviamente, imposible, pero se aprobó el suministro de diez mil rifles».

[112] Sólo llegaron tres mil quinientas carabinas americanas, porque los ataques aéreos alemanes contra los Midlands habían destruido un gran número de pequeñas fábricas de armas y la producción no se recuperó hasta finales de 1941. Estos detalles prácticos apenas enfriaron el entusiasmo franco de Pendlebury.

Pendlebury no limitó sus actividades a Creta. Había colaborado estrechamente con el 50.º regimiento de fuerzas de choque de Oriente Medio, que fue enviado a la isla en diciembre para reforzar la guarnición tras la partida de la división cretense y para lanzar ataques contra las islas ocupadas por los italianos en el Dodecaneso, primero Kasos y después Castelórizzo. A principios de año, la SOE de El Cairo envió en ayuda de Pendlebury a dos jóvenes oficiales: Terence Bruce-Mitford y Jack Hamson, quien, por una curiosa coincidencia, también tenía un ojo de cristal, como Pendlebury. Bruce-Mitford, profesor del departamento de clásicas de la Universidad de St. Andrews, tenía un aire académico, el pelo rojizo y ralo y un carácter austero y tenaz. Su concepto de la diversión en El Cairo consistía en ir al desierto y pasar la noche en las dunas de arena. Hamson, que

después sería catedrático de derecho comparado en el Trinity College de Cambridge, era muy diferente, aunque sólo fuera por su exótica biografía. Procedía de una familia inglesa de Oriente Medio, unos joyeros de Constantinopla que vivían como príncipes en la isla de Prínkipo. Gracias a las buenas relaciones de su familia con la iglesia católica, Hamson logró incluso un precioso par de botas nuevas tras su captura en Creta: su madre se las hizo llegar por mediación del cardenal Roncalli, el futuro papa Juan XXIII.

Ambos tomaron parte en uno de los ataques del Dodecaneso. Hamson describe el embarque en una noche de luna: «más allá del fuerte veneciano y hacia abajo, hacia las aguas... atravesamos en silencio con nuestros pertrechos, rifles, bombas y cuchillos las ruinas de otras guerras: era como una escena de un libro de cuentos para niños».

[113] Pero después se deja de cuentos y maldice «la confusión, la incompetencia, la ineptitud y el caos reinantes». Aunque la derrota no fue sólo imputable al 50.º regimiento de Oriente Medio, éste pronto se replegó a Egipto.

La vida de Pendlebury siguió repleta de sabrosos contrastes. En una ocasión, después de una cena de viejos wykehamistas en Iraklion, Pendlebury, acompañado por Kronis Vardakis, su leal mulero y guardaespaldas, se adentró en las montañas llevando un parche negro: había dejado su ojo de cristal en la mesa de su habitación para avisar a los amigos que pasaran por allí de que se había ido con la guerrilla.

Una habitación ésa en la que reinaba el caos: de los aparadores caían rifles en lugar de escobas y había documentos secretos esparcidos por todo el suelo. Tras su ejecución por los paracaidistas, un informe alemán, que insiste en llamarle equivocadamente «Pendleburg», decía: «En su casa de Iraklion se encontraron documentos referentes a su organización, con datos sobre las finanzas y el armamento y los nombres de sus asistentes. Había también grandes cantidades de armas, municiones y explosivos».

[114] John Pendlebury había aceptado anticipadamente su muerte: en ningún modo tenía la intención de suicidarse, pero sí anhelaba la inmolación como un alegre broche final de su vida. El 17 de marzo, más de tres semanas antes de la invasión de Grecia por los alemanes y dos meses antes de la invasión de Creta, dejó escritas sus últimas palabras, dedicadas a su mujer: «amor y adieu».

[115]

7 -La punta de lanza de la avanzadilla alemana»

Para los estrategas, tanto británicos como alemanes, el análisis del mapa del Mediterráneo oriental en el otoño de 1940 llevaba a dos conclusiones: la primera, que Creta era una base naval y aérea de importancia clave para la región; la segunda, que el Eje sólo podría conquistarla desde el cielo. La potencia de la Royal Navy hacía demasiado peligroso un asalto anfibio.

El 25 de octubre, una vez abandonados los planes para invadir Gran Bretaña, el general Halder sugirió que «el dominio del Mediterráneo oriental dependía de la conquista de Creta y que la mejor forma de lograrlo era por aire».

Según el general Jodl, el autor de la «estrategia periférica» -consistente en sofocar a Gran Bretaña en el Mediterráneo-, en caso de que los italianos hubieran invadido Grecia, habrían debido completar la operación con la conquista de Creta, para impedir que lo hicieran los británicos. El 28 de octubre de 1940, día de la invasión italiana de Grecia y del encuentro de los líderes del Eje en Florencia, Hitler aseguró a Mussolini que, si quería invadir Creta, «Alemania pondría a su disposición una división de tropas aerotransportadas y una división paracaidista».

[116]

La estrategia era tan obvia que, seis meses y medio antes del inicio del ataque, el general de brigada Tidbury, nombrado el 3 de noviembre comandante de las tropas británicas en Creta, había identificado correctamente todos y cada uno de los objetivos alemanes, así como las cuatro zonas de lanzamiento de paracaidistas. Al parecer, a los alemanes no se les pasó por la cabeza que los británicos pudieran deducirlo por sí solos.

Fue el general Kurt Student, al mando del XI cuerpo del aire, quien concibió y creó la división paracaidista y propuso a Goering invadir Creta desde el cielo. Student provenía de una familia de terratenientes de Brandenburgo venida a menos, que formaba parte de esa clase prusiana de «barones menguados» que constituía la espina dorsal del cuerpo de oficiales «Wilhelmine». Del regimiento de infantería ligera pasó a ocuparse de misiones aéreas: en la primera guerra mundial sobrevoló con su avión de reconocimiento la zona rusa antes de la batalla de Tannenberg. Fue uno de los pocos pilotos de combate que sobrevivieron a la guerra. Más tarde, Student entraría a formar parte de esa plana mayor secreta de oficiales de la Oficina central de las fuerzas aéreas que, violando el Tratado de Versalles, puso los cimientos de la Luftwaffe.

Conocido por su «humor rudo y seco»,

[117] su ironía y su voz pausada, Student era un trabajador infatigable, no un hombre del partido ni un politicastro de pasillos. Su asistente en la Oficina aérea central, el general Hans Jeschonnek, ascendió rápidamente por encima de él y pronto fue nombrado jefe de estado mayor de la Luftwaffe. Este hecho, sin embargo, resultaría a la postre una ventaja, ya que Jeschonnek apoyó la designación de Student para formar los regimientos paracaidistas y le ayudó a desarrollar sus ideas más audaces, como el uso de planeadores, empleados más tarde con resultados espectaculares en la conquista de la plaza fuerte belga de Eben-Emael, en mayo de 1940.

Student creía ciegamente en su idea de crear un nuevo cuerpo estratégico, más que en el proyecto original de lanzar grupos de sabotaje inmediatamente después de un bombardeo de la Luftwaffe. La obsesión de Goering de crear un imperio, a cuyo amparo surgió una nueva división de

la Luftwaffe, había despertado también grandes celos y envidias en la Wehrmacht. La ortodoxia militar desaprobaba los ambiciosos planes de Student y censuraba la ingente cantidad de recursos necesaria para llevarlos a cabo. Sin embargo, una visión tan revolucionaria del arte de la guerra no podía sino agradar el gusto que sentía Hitler por la sorpresa militar y su imaginario simbólico, hasta el punto de que, antes de que los hombres de Student hubieran tenido la oportunidad de demostrar su valía, decidió que fuera el 1º regimiento de paracaidistas, bajo el mando del coronel Bruno Bräuer, el que abriera el desfile militar organizado en 1939 en conmemoración de su aniversario.

Las críticas de la Wehrmacht cesaron sólo un año más tarde, cuando los planeadores del capitán Witzig aterrizaron penetrando las defensas de Eben-Emael y los lanzamientos de las tropas paracaidistas de Student paralizaron al ejército danés. A Student, la operación contra Rotterdam estuvo a punto de costarle la vida, cuando la bala de un francotirador le alcanzó en la cabeza. Un cirujano danés le salvó de la muerte o la parálisis.

A pesar del estado de debilidad en que le habían sumido los meses de convalecencia pasados en el hospital, Student estaba ya completamente repuesto cuando Goering le llevó a ver a Hitler al cuartel general de Mönichkirchen, al sur de Viena. Llegaron el 21 de abril de 1941. La víspera el Führer había cumplido 52 años y el general Tsolakoglu había presentado la oferta de capitulación de Grecia al general Sepp Dietrich. Hitler se mostró abiertamente escéptico acerca del plan visionario de Student de usar primero Creta y después Chipre como plataformas en el Mediterráneo desde las que lanzar un asalto paracaidista sobre el canal de Suez, coincidiendo con la llegada de Rommel ante las puertas de Alejandría. Era ésta hasta el momento la expresión más extrema de la estrategia periférica de Jodl, que Hitler había abandonado en diciembre para concentrarse en la invasión de Rusia. El Führer preguntó, con bastante tino, si no sería más efectivo emplear las tropas paracaidistas en la conquista de Malta. Student repitió los mismos argumentos que había utilizado para convencer a Keitel y Jodl: la forma y dimensiones de Malta permitirían a la guarnición allí apostada desplegarse rápidamente y contraatacar las zonas de descenso de los paracaidistas, mientras que Creta era estrecha y larga y tenía malas comunicaciones. Hitler no se dejó persuadir tan fácilmente como sus generales y predijo que sufrirían importantes bajas: cuando no estaba obsesionado por un proyecto, su intuición e instinto militar raramente le engañaban.

A pesar de ello, y ante la insistencia de Goering, Hitler aprobaría pocos días después la que se denominó operación Merkur, o Mercurio. Martin Van Creveld expuso así los acontecimientos: «En lugar de formar parte de una estrategia coherente, Mercurio no era sino un obsequio para calmar los ánimos de Goering, cuyas fuerzas aéreas estaban abocadas a tener un papel secundario en la inminente campaña de Rusia».

[118] Sin embargo, el profesor Van Creveld exagera en su tesis acerca de la campaña de los Balcanes y sus efectos en la operación Barbarroja. Hitler, a diferencia de aquellos de sus generales que aún creían en la estrategia periférica, no tenía ningún interés en hacer de Creta una puerta de entrada a Oriente Medio: fueron su preocupación constante por los yacimientos petrolíferos rumanos y el atávico temor austríaco a una invasión proveniente del sureste los que le hicieron ver que la isla podía ser un útil baluarte mar adentro.

La directriz del Führer nº 28, de 25 de abril, comienza con estas palabras: «Debe prepararse la ocupación de la isla de Creta (operación Mercurio), cuyo objetivo será establecer una base de lanzamiento de operaciones aéreas contra Inglaterra en el Mediterráneo oriental».

[119] Contiene otra salvedad: «Los movimientos de transporte de tropas no deben causar ningún

retraso en la concentración estratégica para la operación Barbarroja».

Student ya había regresado en avión al cuartel general de las fuerzas aerotransportadas en Berlín-Tempelhof, para poner en marcha el traslado de la 7ª división paracaidista desde once campos diferentes de Prusia hasta Grecia. Al jefe de estado mayor de esa división, el capitán conde von Uxküll, las complicaciones administrativas le dejaron poco tiempo para meditar la operación, cuya meta era absolutamente confidencial. Todo este sigilo no hizo sino levantar aún más rumores cuando la orden de marcha llegó a los barracones.

La división paracaidista, como parte de las fuerzas aéreas y no del ejército, era plenamente consciente de la envidia y el escepticismo que despertaba en el cuerpo de oficiales de la Reichswehr. El capitán Freiherr von der Heydte, al hacer entrega a sus hombres del 1.º batallón del 3º regimiento paracaidista de la insignia de la división -un águila lanzándose en picado con la esvástica entre sus garras

[120]-, se dirigió a ellos con estas palabras: «Somos una fuerza joven. Nuestras acciones futuras serán nuestra tradición. Depende de nosotros que el símbolo del águila cayendo en picado, la divisa que nos une, entre o no a formar parte de la historia del valor y del honor militar».

[121]

Todos eran voluntarios, muchos de ellos adolescentes que habían leído en la prensa artículos sobre los regimientos de Fallschirmjäger, los cazadores paracaidistas, y soñaban con pertenecer a este nuevo cuerpo de élite. Heydte afirmaba que sus hombres se habían alistado por «idealismo, ambición o sed de aventura».

[122] Los idealistas, procedentes de las juventudes hitlerianas y «saturados de propaganda patriótica», eran los que primero sucumbían. Según Heydte, los mejores soldados eran los de espíritu aventurero.

Un voluntario, Martin Pöppel, aunaba en sí el ansia de aventura y el hecho de haber sido miembro de las juventudes hitlerianas. Pasó toda su fase de adiestramiento «increíblemente dura», metido en líos: el subteniente Zierach «reinaba soberano, con la gruesa libreta donde anotaba los castigos apretada contra el pecho, entre el primer y el segundo botón». El castigo consistía siempre en ejercicio físico hasta que el culpable se desplomaba: «echar a correr, marchar y tirarse de bruces, marcha y castigos, al compás de la música». Pero «lo que los paracaidistas querían era una pizca de emoción, algo fuera de lo ordinario».

[123] Celebraban el fin del entrenamiento y su primer salto con cerveza y salchichas y charlando con las chicas, a las que impresionaba el uniforme de los paracaidistas y su reputación de cuerpo de élite.

La creencia ampliamente extendida de que la división paracaidista estaba formada sólo por la flor y nata de la juventud nazi no se corresponde con la realidad. Un buen número de soldados rasos y cabos interinos provenía de antiguas familias prusianas: en el ejército británico, donde los suboficiales desconfiaban instintivamente de los «oficiales de buena familia que habían empezado la carrera militar como simples soldados», esto habría sido impensable. Tres hermanos, los condes Wolfgang, Leberecht y Hans-Joachim von Blücher, constituyen el ejemplo más preclaro de esta tradición. Wolfgang, de 24 años, era teniente; los otros dos, de 19 y 17 años, sargento y soldado raso. Los tres murieron en Creta combatiendo contra el Black Watch en las tierras rojizas de los

alrededores de la base aérea de Iraklion.

Entre los historiales de los oficiales paracaidistas había también un marcado contraste. Heydte describía a uno de sus compañeros, un jefe de batallón, como un hombre que había sido «muy buen suboficial y que, ahora que era oficial, continuaba siendo un buen suboficial». El coronel Hermann Ramcke, uno de los combatientes más aguerridos, había comenzado su carrera militar como grumete; durante la primera guerra mundial luchó en las trincheras, tras el armisticio entró en uno de los Freikorps más sanguinarios, la división de hierro, comandada por el general von der Goltz, que en 1919 sembró el terror en los estados balcánicos, y, finalmente, ascendió a oficial de la Reichswehr en el periodo de entreguerras.

Por su parte, el general de división Wilhelm Süssman, el comandante conde von Uxküll (descendiente de una familia de terratenientes del Báltico) y el capitán barón von der Heydte pertenecían todos ellos a la facción antinazi de las fuerzas armadas. Uxküll, que reclutó a Heydte, era primo segundo del coronel conde Claus von Stauffenberg.

Einer von der Heydte, que en 1934 había entablado amistad en Viena con Patrick Leigh Fermor, «entró en el cuerpo de oficiales de caballería -escribe Leigh Fermor- un poco como los franceses del ancien régime, quienes abrazaban la profesión de las armas a pesar de su odio por el gobierno».

[124] Tras el complot para asesinar a Hitler en julio de 1944, Heydte, que conocía a muchos de los conspiradores, logró salvarse sólo porque «en los documentos que encontró la Gestapo, su apellido estaba mal escrito: en su lugar, fue arrestado un general apellidado "von der Heyde", que sería después liberado por los rusos».

[125]

A los ojos de sus hombres, los orígenes de un oficial resultaban más o menos irrelevantes: idolatraban a quienes se habían ganado una merecida reputación de coraje y valor. Consideraban al capitán Gericke, jefe de batallón, «un verdadero dios de la guerra»

[126] por sus hazañas en Holanda y admiraban al primogénito de los condes von Blücher más por la cruz de la Orden de Caballería, que también ganó en Holanda, que por su apellido.

El 2º regimiento de paracaidistas y el cuerpo de oficiales de división bajo el mando del general Süssman habían partido para Bulgaria el 26 de marzo, antes de la invasión de Grecia. Y aunque los planes para conquistar la isla de Lemnos no incluían la intervención de contingentes paracaidistas, fueron movilizadas el 26 de abril, con un preaviso mínimo, para participar en la captura del istmo de Corinto.

El 2 de mayo, el resto de las tropas los siguió en tren. Fueron tres días de viaje, un recorrido de más de 1.600 kilómetros que, desde los campos de adiestramiento de los páramos del norte de Alemania, atravesaba Austria, Hungría y Rumania hasta llegar a la frontera búlgara, para proseguir en furgonetas rumbo a Salónica y luego bajar por la costa egea. Era como si «estuvieran de vacaciones y no de viaje hacia el lugar de batalla».

[127] Sólo en Grecia vieron señales de guerra: «tanques fuera de combate, vehículos incendiados y fosas recién abiertas con soldados dentro».

Las furgonetas los condujeron a las zonas de acampada cercanas a los campos de aviación del Ática -Dadí, Eleusis, Mégara, Tanagra, Topolia y Corinto-, donde había permanecido el 2º regimiento paracaidista después de su intervención. El batallón del 3º regimiento paracaidista de

Heydte plantó sus tiendas de campaña en Topolia. El día siguiente, el 15 de mayo, a primera hora de la mañana, llegó la orden de que los comandantes de regimiento y batallón se presentaran a las once en punto en el hotel Grande Bretagne de Atenas. El general Student había convertido el hotel en su cuartel general una semana después de que lo abandonaran la comandancia suprema griega y la Misión militar británica.

La operación Mercurio era una operación de la Luftwaffe y, como tal, su mando correspondía a la 4ª flota aérea del general Lóhr, y no al cuartel general del XII ejército del mariscal de campo List. Los oficiales superiores del ejército alemán se oponían a la operación. Tenían la certeza de que, dada su importancia estratégica, los británicos defenderían la isla hasta el último hombre y temían malgastar más tropas justo antes de la operación Barbarroja. El trato privilegiado de que disfrutaba la división paracaidista y el plan sin precedentes de Student de conquistar una isla importante por aire, con escasas posibilidades de contar con el apoyo terrestre habitual, preludiaban algunas schadenfreude («rencillas») entre los distintos servicios en caso de que la operación se complicara.

La 22ª división había sido la formación aerotransportable asignada al XI cuerpo del aire pero, dado que su traslado era demasiado complejo, el cuartel general del mariscal de campo List sugirió que permaneciera en Rumania, donde defendía los yacimientos petrolíferos. En su lugar, el estado mayor de List propuso emplear a la 5ª división de montaña. Esta división, compuesta por los regimientos alpinos austríacos y bávaros, había sufrido importantes bajas en el puerto de Rupel y se encontraba reponiendo fuerzas en Calcis. Sus miembros sentían aversión por los prusianos de la división paracaidista, a los que llamaban Saupreussen, o «cerdos prusianos».

[128] Su comandante, el general de división Julius Ringel, un nazi austríaco de antes del Anschluss, era un elegante terrateniente de bigote negro y barba imperial.

Student encontró también oposición en la misma Luftwaffe. Le molestó no tener el mando único de la operación, incluido el control del VIII cuerpo del aire, que había de prestar estrecho apoyo a los paracaidistas, aportando unos 570 Stuka, Junkers 88, Dornier, Heinkel, Messerschmitt 109 y Messerschmitt 110, y cuyo comandante, el general Freiherr Wolfram Richtofen, era su acérrimo enemigo. Este Richtofen era primo del «Barón Rojo», pero su fama era mucho menos romántica: atrajo por primera vez la atención internacional cuando dirigió la Legión Cóndor en España. Su infame reputación -Guernica y, posteriormente, Belgrado- no hacía presagiar nada bueno para las ciudades antiguas de Creta.

La concentración de aviones de transporte, la mayor que se había visto nunca, alcanzó su apogeo el 14 de mayo. En siete campos de aviación del Ática y Beocia se congregaron más de 500 Junkers 52, trimotores lentos y sólidos de metal acanalado. Estaban ya listos para sobrevolar durante 300 km. el mar Egeo hacia el sur, transportando oleadas de paracaidistas que se lanzarían sobre lo que se pensaba eran objetivos prácticamente desguarnecidos, cuando Student tuvo que retrasar la operación Mercurio, programada en principio para el 17 de mayo, hasta el martes 20 de mayo. Hacía falta más tiempo para que el buque cisterna Rondine, con sus cinco mil toneladas de combustible para aviación, completara la travesía del Adriático.

Todas las dudas de los oficiales alemanes acerca de la identidad de su objetivo se disiparon en el momento mismo en que entraron en el salón de baile del hotel Grande Bretagne. De la pared más lejana colgaba un gigantesco mapa de Creta. Tomaron asiento y echaron un vistazo en torno. La luz del día no podía entrar. Las ventanas y contraventanas que daban a la calle estaban cerradas a cal y canto y el brillo de las lámparas de araña encendidas se reflejaba en las puertas acristaladas, que tenían enfrente.

«Con voz clara, pausada y algo vibrante -escribiría Heydte después-, el general Student expuso el plan de ataque. Era su plan, lo había ideado él personalmente, había luchado contra una fuerte oposición para que fuera aceptado, había planificado todos sus detalles. Podía percibirse fácilmente que este plan había llegado a ser una parte de él mismo, parte de su vida.»

[129] Student no aceptó el consejo de concentrar sus fuerzas en un único objetivo: prefirió no jugárselo todo a una sola carta y atacar los tres campos de aviación de la costa norte, cerca de cada uno de los cuales había un puerto que permitiría el reabastecimiento en caso de que el ataque tuviera éxito. Sin embargo, esta dispersión de medios hacía que las reservas paracaidistas destinadas a intervenir rápidamente para reforzar sectores puntuales fueran insuficientes.

El Sturm Regiment, la formación más numerosa, se lanzaría sobre el aeródromo de Máleme y sus alrededores, en la parte occidental de la isla. No lejos de allí, el 3º regimiento y el batallón de ingenieros descenderían sobre el valle que apunta hacia el noreste, hacia Canea, para atacar la bahía de Suda y someter a todas las fuerzas de reserva de los aliados. Cincuenta kilómetros al este, la mayor parte del 2º regimiento se posaría sobre el campo de aviación cercano a Rézimno, y otros 65 kilómetros más allá en la misma dirección, el 1º regimiento tomaría Iraklion y su base aérea. Las tropas transportadas con planeadores aterrizarían primero cerca de Máleme y Canea para atacar las baterías antiaéreas clave. Tan pronto como las fuerzas paracaidistas hubieran conquistado los aeródromos, el día 1 y el día 2, llegaría la 5ª división de montaña en los aviones de transporte. Le seguirían las tropas motorizadas y las unidades de ingenieros y de artillería de montaña.

El segundo día, dos Leichten Schiffsstaffeln, o grupos de embarcaciones ligeras -en total 7 pequeños buques de carga y 63 caiques a motor-, llevarían refuerzos, suministros y animales de carga para los regimientos de montaña. Los refuerzos consistían en dos batallones de tropas de montaña y baterías antiaéreas. La primera flotilla zarparía con un batallón hacia Máleme, o hacia la bahía de Suda en caso de que hubiera sido conquistada el primer día; la segunda flotilla se dirigiría con el otro batallón hacia Iraklion. Algunos tanques ligeros y transportes motorizados llegarían más tarde como parte de las «fuerzas auxiliares» una vez que hubieran quedado establecidas «las comunicaciones navales entre la isla de Creta y el continente». El destacamento de tropas anfibias se había incorporado al plan como medida de seguridad, ante la insistencia de Hitler.

El servicio de inteligencia del general Student, encabezado por el comandante Reinhardt, elaboró entonces uno de los informes con mayor número de inexactitudes de toda la guerra. Tras el reconocimiento aéreo «de los solapamientos de las líneas» a lo largo de la costa, trazó un mapa fotográfico de cada objetivo y cada zona de lanzamiento, pero no logró identificar la gran mayoría de las posiciones, bien camufladas. Tras la guerra, el general Student afirmó que los pilotos de los Dornier le habían comunicado que «en la isla no parecía haber indicios de vida».

[130]

Los alemanes, durante ese periodo de lo que parecían conquistas imparables, prestaron poca atención a la información secreta militar. Este exceso de confianza se aprecia en el modo en que se redactaban los informes, donde se expresaba con la rotundidad y convicción de las verdades irrefutables lo que no eran sino meras suposiciones. El informe del 19 de mayo, víspera de la batalla, afirmaba categóricamente que la guarnición británica de Creta no tenía en total más de cinco mil hombres, de los que en Iraklion había sólo cuatrocientos, y en Rézimno ninguno. Todos los contingentes neozelandeses y australianos de Grecia habían sido evacuados directamente a Egipto y no había tropas griegas en la isla.

Lo más sorprendente de todo era que el informe de Reinhardt predecía un recibimiento entusiasta por parte de la población civil, tanto que podría formarse una quinta columna pro alemana, y en respuesta al quién vive de «¡Oberst!» («coronel»), se replicaría con el santo y seña «¡Bock!» («macho cabrío»). Reinhardt y su estado mayor habían desestimado u omitido leer el informe general del 31 de marzo sobre la invasión de Grecia, cuyo párrafo pertinente reza lo siguiente:

los cretenses son un pueblo inteligente, valiente, de temperamento ardiente y colérico, obstinado y difícil de gobernar. Los campesinos están acostumbrados a usar armas, incluso en la vida cotidiana. La vendetta y el secuestro son moneda corriente y la tasa de criminalidad es alta. En caso de invasión hay que considerar que la población civil opondrá una resistencia tenaz.

[131]

Una vez finalizada la reunión de información, en la que se habían impartido instrucciones para el embarque y tratado otros detalles administrativos, los jefes de batallón salieron a la brillante luz del mediodía. Aún no habían podido asimilar el significado pleno de la operación que tenían ante sí. Esta sería quizás su única ocasión de visitar Atenas, pero apenas tendrían tiempo para tomar un bocado rápido en alguna taberna antes de volver a presentarse a sus jefes de regimiento para recibir nuevas órdenes.

No les impresionaban los «carros tirados por burros y atestados de gente ni los viejos tranvías repletos que intentaban abrirse camino entre la multitud tocando sus campanas y a cuyos lados se arracimaban "árabes" elegantes y ágiles».

[132] Los oficiales querían dar un paseo por sus «nuevas posesiones» de la Acrópolis, sobre la que pendía sin ondear una enorme bandera con la esvástica en un clima ardiente, donde no soplaban ni una brizna de viento. Muchos oficiales habían exultado por la conquista de Grecia como si, en su marcha triunfal, su «orden nuevo» hubiera absorbido la antigua civilización. Algunos describieron líricamente las sombras de los aviones sobrevolando el Partenón.

En el último momento se adoptaron otras medidas vitales para preservar el secreto. El 17 de mayo, dos días después de su reunión en el hotel Grande Bretagne, los miembros del estado mayor de Student requisaron los talleres tipográficos de Aspiotis para imprimir mapas de Creta utilizando papel y planchas que se habían traído de Alemania. Estaba todo preparado, menos el combustible. Aunque Student había pospuesto el inicio de la operación tres días, hasta el 20 de mayo, el plazo estaba a punto de expirar. El buque cisterna Rondine, con su cargamento de combustible aéreo, había atravesado el Adriático rumbo a Patras, pero cuando llegó al canal de Corinto, su capitán se negó a continuar si no se dragaba el fondo marino de bombas y obstáculos. Los ingenieros y submarinistas de las unidades de la Luftwaffe y de la Wehrmacht, llamados apresuradamente, lograron completar el objetivo en menos de un día. El combustible llegó a los campos de aviación sólo unas pocas horas antes del despegue.

Por razones de seguridad, los jefes de batallón habían recibido la orden de no informar de la operación a sus hombres hasta entrada la víspera de la movilización. Pero la tarde anterior, cuando los ordenanzas distribuyeron cerveza y coñac, los paracaidistas comprendieron que había llegado el momento de entrar en acción. Las bromas y fanfarronadas dieron paso a profundas meditaciones. Incluso los adolescentes, sin experiencia alguna de combate, tocaban la armónica sentados en torno a hogueras y cantaban canciones que hablaban del hogar, y no de la guerra.

A las diez en punto de la mañana del día 19 de mayo, en el aeródromo de Eleusis, tuvo lugar una última conferencia entre los oficiales al mando de las unidades de las fuerzas aéreas. No tenían la menor idea de que Ultra había enviado desde Londres al general Freyberg un mensaje con la información interceptada sobre aquella reunión, seguido por la alerta «hoy, lunes, es el día menos uno».

En el calor del día, con pantalones de deporte y botas por único atuendo, los paracaidistas limpiaron y dejaron listos para una rigurosa inspección sus subfusiles, rifles y ametralladoras bípodes Spandau. Después, curvados sobre las cajas de los paracaídas, llenas de inscripciones en color, empaquetaron sus armas casi con el mismo celo con el que reembalaron sus paracaídas. Por último, colocaron sus pertenencias en pequeños contenedores y rellenaron un formulario para que, en caso de defunción, sus efectos personales fueran enviados a los parientes cercanos.

Hacia el crepúsculo, los jefes de las compañías reunieron a sus hombres para impartirles instrucciones. El objetivo fue anunciado como la primera de una serie de islas del Mediterráneo que había que conquistar. «Estamos locos de entusiasmo», anotó un joven cabo en su diario.

8. «Fuentes estrictamente reservadas»

El general Bernard Freyberg, cruz Victoria, comandante de la división neozelandesa, no llegó a Creta hasta el 29 de abril. Con una determinación muy propia de él se había negado a abandonar Grecia hasta el último momento, para velar por que se evacuara al mayor número posible de sus hombres. Tenía previsto reagrupar en Egipto a la fuerza expedicionaria de Nueva Zelanda en una sola formación. Su 6ª brigada había proseguido hasta Alejandría y contaba con que las demás unidades neozelandesas evacuadas a Creta hicieran lo propio los días siguientes. Jamás se le había ocurrido que le pidieran permanecer en la isla para organizar su defensa. Pero, para Churchill, Freyberg era el candidato ideal. Así que se instó a Wavell a que procediera a su nombramiento, lo que, dadas las circunstancias, equivalía a una orden.

La trayectoria profesional de Freyberg la adornaba un enérgico sentido ético, característico de un héroe eduardiano. En Nueva Zelanda se proclamó campeón de natación ya en la escuela, pero sus notas no indicaban que la suya fuera una mente reflexiva o inquisitiva. Preparaba la carrera de dentista cuando, en 1914, ante la perspectiva de una guerra inminente, fue a Londres para alistarse como voluntario. Su única experiencia militar era la de un subalterno de reserva en Nueva Zelanda. La patraña de que, de camino a Europa, Freyberg se había unido a las tropas de Pancho Villa en México y de que había «alcanzado el rango de general»,

[134] era una exageración absurda cuya difusión alentó Churchill. Ese bulo, que le dio «cierta notoriedad»,

[135] no se desmintió hasta después de la segunda guerra mundial. «En realidad -dijo Freyberg en 1948, a la sazón gobernador general de Nueva Zelanda-, nunca me tomé la molestia de desmentirlo.»

Churchill, en su calidad de ministro de Marina, dio a Freyberg la presidencia de una comisión en una división de la Royal Navy y se vanagloriaba de las hazañas de éste, de su coraje y su frialdad, como alcanzar a nado y de noche

una playa poblada de enemigos junto a Gallípoli, lanzando bengalas para engañar a los turcos, o la cruz Victoria que obtuvo tras liderar el batallón Hood, de la división de la marina real, en la toma de Beaucourt, en Flandes.

Después del armisticio, Freyberg, que había sido un compañero algo incongruente de estetas de la generación perdida de la talla de Rupert Brooke, Patrick Shaw-Stewart y Charles Lister, era agasajado como una celebridad por sus anfitrionas. Fascinado por su falta de miedo, Churchill cuenta en un párrafo divertido que, durante un fin de semana en el campo, le pidió a Freyberg que se quitara la ropa para poder contar sus 27 heridas. Freyberg precisó modestamente antes de desvestirse: «Una bala o esquirla provoca casi siempre dos heridas, porque la mayoría, además de entrar, tiene que salir».

[136]

En el periodo de entreguerras, Freyberg se asentó. Se casó con una mujer admirable, con buenos contactos y muy apreciada, y olvidó las bravuconadas de su juventud, en la que proclamaba ingenuamente su ambición de conseguir medallas. Se retiró del ejército en 1934. Cinco años después, al estallar la guerra, Churchill presionó en favor de él cuando se debatía sobre quién había de

comandar la fuerza expedicionaria neozelandesa. Pero la intervención de Churchill no fue necesaria para cambiar el curso de las deliberaciones, puesto que, en ese momento, las fuerzas neozelandesas no tenían ningún candidato claro.

Al principio, Freyberg no fue popular, sobre todo entre los oficiales de su estado mayor. Se había impregnado del formalismo del ejército británico de la época y había perdido contacto con la Nueva Zelanda de su juventud. Ante la irritación de sus oficiales, se ocupaba de menudencias que les correspondían a ellos. Pero, con el transcurso de la guerra, acabaron por admirar sus virtudes: a su valentía se sumaba un interés genuino por el bienestar de sus hombres. Además, era un maravilloso instructor de tropas de primera. Y se encariñaron, con buen humor y, en ocasiones, exasperación, de sus debilidades.

Estos defectos -principalmente la obstinación, un modo de pensar confuso y una reticencia radical a criticar a los subordinados- tuvieron un peso especial en Creta. Freyberg era célebre por su incapacidad de despedir a un oficial inútil, incluso después de prometer a su personal que lo haría. «No soportaba la idea de decir cosas desagradables», escribirá uno de ellos más tarde.

[137] Llegó muchas veces a extremos insospechados para eludir un deber tan penoso. Eso quizás se debiera en parte a esa benevolencia tan común en los hombres corpulentos, con un coraje físico prodigioso.

Bernard Freyberg, efectivamente, era grande y el epíteto de «pecho de lobo», por una vez, cuadraba. Churchill le llamaba «el gran San Bernardo», lo que deja entrever sus arrebatos cautivadores de entusiasmo escolar.

[138] Cuando iba ataviado con su sombrero «exprimidor de limones» era igual que un «enorme jefe scout», observa otro de sus oficiales.

Freyberg es un ejemplo más de que los héroes de tebeo raramente dan buenos generales. Un miembro del Ministerio de Guerra consideraba que Churchill se dejaba impresionar demasiado por los hombres de acción. «Winston era un mal juez del carácter de sus semejantes. No parecía capaz de asociar la tarea al hombre necesario para ejecutarla. Automáticamente recurría a hombres que de jóvenes fueron pendencieros y arrogantes, como si pensara: "¿Quién se parece más a como yo era entonces?"»

[139]

El 30 de abril, un día después de su llegada a Creta a bordo del Ajax de Su Majestad, Freyberg fue convocado a una conferencia con sus dos superiores inmediatos, el general Wilson y el general Wavell. Ese encuentro tuvo lugar en Ayía Marina, una hermosa villa a la orilla del mar, con un balcón en la azotea protegido por un toldo que aleteaba en la brisa.

El comandante en jefe llegó en coche desde el aeródromo de Máleme, donde aterrizó procedente de Egipto después de un vuelo incómodo en un Blenheim. Dos días antes, Churchill había enviado este mensaje: «Según nuestro servicio secreto, no cabe duda de que es inminente un duro ataque por aire contra Creta por parte de tropas y bombarderos alemanes. Hágame saber de qué fuerzas dispone en la isla y cuáles son sus planes. Debería ser una ocasión perfecta para matar a las tropas paracaidistas. La isla debe ser defendida tercamente».

[140]

Después de seis meses de catalogar a Creta como una operación no preferente, a pesar de las

directrices de Churchill, a Wavell le disgustó soberanamente que volviera a insistir en ese tema. Como confió a Chips Channon: «Winston siempre espera que salgan conejos de chisteras vacías».

[141] Las enormes pérdidas en aviones padecidas durante la caída de Grecia significaban que no había Hurricane suficientes para cubrir adecuadamente a los cazas. De modo que tanto la armada real como la RAF perdieron todo interés en hacer de la isla una base avanzada. A estas alturas, la posibilidad de construir aeródromos para bombardear los yacimientos petrolíferos de Ploesti con armas de largo alcance ya había desaparecido de la concepción estratégica. Al mismo tiempo, el ejército necesitaba todos los batallones y tanques posibles para frenar el avance de Rommel en el norte de África, y Wavell tuvo que crear una fuerza para socorrer a las bases británicas en Irak, asediadas tras un levantamiento que los alemanes habían prometido apoyar.

Lo primero que hizo Wavell fue decir a Jumbo Wilson en un aparte: «Quiero que vaya a Jerusalén a ayudar a Bagdad».

[142] Luego mandó llamar a Freyberg y, después de felicitarle por la actuación de la división neozelandesa en Grecia, le dijo que quería confiarle el mando de la Creforce.

[143] Freyberg no ocultó su consternación. «Le repliqué -escribió más adelante en un informe al gobierno de Nueva Zelanda- que quería volver a Egipto para concentrar allí la división, instruirla y equiparla de nuevo, y añadí que mi gobierno no estaría de acuerdo en que la división quedara dividida permanentemente. Entonces repuso que consideraba que mi deber era quedarme y aceptar el puesto. No tuve más opción que aceptar... No había mucho que hablar. Nos dijeron que conservaríamos Creta en nuestro poder. La magnitud prevista del ataque era de cinco a seis mil soldados aerotransportados y un posible ataque por mar. Los objetivos principales del ataque serían los aeródromos de Iraklion y Máleme.»

[144] Freyberg era el séptimo comandante de las fuerzas británicas en la isla desde que llegaron, en noviembre del año anterior. Le nombraron a él en lugar del general de división de la marina real Weston, que había llegado hacía poco para asumir el mando de los elementos dispares de la MNBDO. Weston, que había desplegado una energía considerable en sus cuatro días de servicio, creía que era a él a quien le habían ofrecido el nombramiento de comandante general, de modo que se sintió agraviado por un cambio tan brusco. Este oficial superior de la marina era una mezcla curiosa. Tenía una mente analítica y una capacidad de discernir la estrategia enemiga mucho más profundas que su sucesor, pero estaba demasiado pagado de sí mismo y tenía tendencia a ser demasiado severo ante incidentes insignificantes.

Esa misma tarde se instaló el cuartel general de la Creforce en una cantera que dominaba Canea, en la parte occidental del istmo de la península que formaba el escudo de protección de la bahía de Suda. El lugar era perfecto. Tenía vistas sobre la costa en dirección a Máleme y, girando unos grados a la izquierda, sobre el valle que lleva a Canea, que, como anticipó correctamente el general de brigada Tidbury con seis meses de antelación, sería la segunda zona de lanzamiento de paracaidistas en el área de Canea.

Weston se aferraba obstinadamente a su estado mayor, por lo que Freyberg se encontró con un cuartel general sin personal. «No había siquiera oficinistas ni operadores de transmisiones -hizo

constar más adelante-: sólo un comedor de oficiales.» Freyberg, a pesar de no tomarse por una estrella, posiblemente se sintiera muy molesto por el comportamiento de Weston, pero sus roces mutuos probablemente tuvieron poca influencia sobre los acontecimientos, quizás porque Freyberg evitaba cualquier tipo de tensión.

Se preguntaba sin duda dónde lo habían hecho aterrizar. A pesar de la orden de Churchill de noviembre 1940 y de sus insistentes demandas, no se habían tomado las medidas básicas para defender la isla. La excusa que alegaría el alto estado mayor de Oriente Medio, que no había suficientes recursos por repartir, aunque verídica, era al mismo tiempo de doble filo. No se había hecho ningún esfuerzo por meditar cabalmente sobre la situación: un claro ejemplo de ese nefasto vicio británico de la componenda, consistente en extender la mermelada en capas tan finas que al final no sirve para nada en ninguna parte. La voluntad y la energía de tomar decisiones difíciles escaseaban más que el material.

Peter Wilkinson, el oficial de la SOE que fue a Creta a observar la invasión de paracaidistas, escribió en su informe al coronel Colin Gubbins del cuartel general de la SOE en Londres: «Nuestro personal parece aquejado de inercia absoluta. Ni siquiera han hecho los preparativos más elementales. A pesar de que llevamos más de seis meses en Creta, todavía no hay una carretera de Canea a la costa meridional por donde puedan desplazarse los transportes militares, aunque quedaban menos de 7 kilómetros para acabarla cuando llegamos».

[145]

Creta, con su sierra erguida como una fortaleza frente a África, sólo podía ser abastecida a través de los puertos de la costa septentrional. Teniendo en cuenta que los alemanes tenían campos de aviación en Grecia, eso constituía una desventaja muy grave, como demostraría la capa de humo negro que flotó constantemente sobre la bahía de Suda. En menos de un mes la aviación enemiga hundió diez barcos mercantes, de un peso total de cincuenta mil toneladas.

Sólo una fuerte cobertura aérea podría proteger a los navíos, y la comandancia de Oriente Medio no disponía de suficientes escuadrones de Hurricane para dejar que los destruyeran en bases aéreas patéticamente vulnerables. Nadie dudaba del valor de los pilotos de la RAF. Los soldados observaban angustiados la desigualdad de las fuerzas que habían de medirse. Uno de los últimos Hurricane en Máleme se alzó en el cielo, solo contra un enjambre de Messerschmitt, que se lanzaron sobre él «como una horda de halcones sobre un gorrión solitario»,

[146] en palabras de un artillero de Bofors. Pero las propuestas tardías y poco entusiastas de construir cobertizos para los cazas y aeródromos secundarios al amparo de la sierra suscitaban duras críticas. «La actitud de la RAF es indescriptible prosigue Wilkinson en su informe a Gubbins-. Sus excusas no tienen nada que ver con la realidad. Si los alemanes pueden improvisar aeródromos de los que pueden despegar los Junkers 6 horas después de aterrizar, uno tiene la impresión de que hubiera podido hacerse algo en seis meses de ocupación pacífica. Porque, olvidándonos por un momento del resultado de la campaña de Grecia, hasta un escolar habría comprendido que Creta era la parada y fonda perfecta a medio camino de África.»

Igualmente, el valor de las tripulaciones de la marina real y la marina mercantil no tenía su justo reflejo en la fuerza de voluntad de la administración en tierra. «No había ni un solo extintor de espuma en la bahía de Suda -continúa Wilkinson-, a pesar de que teóricamente era una base naval desde hacía seis meses.»

Freyberg, comprensiblemente interesado en saber cómo estaban realmente las cosas, envió un

mensaje a Wavell, a El Cairo: «Las fuerzas de que dispongo son absolutamente inadecuadas para responder al ataque previsto. Si no se multiplica el número de cazas y se nos dan fuerzas navales para hacer frente al ataque por mar, no hay esperanza de resistir únicamente con las fuerzas terrestres que, después de la campaña de Grecia, se han quedado sin artillería y sin suficientes herramientas para cavar y disponen de muy pocos medios de transporte y reservas en equipo y municiones. Nuestros hombres pueden luchar y lucharán, pero, sin el apoyo pleno de la armada y de las fuerzas aéreas, será imposible frenar la invasión».

[147] El mismo día envió un mensaje similar a su gobierno: «No disponemos de fuerzas navales que nos protejan contra una invasión de tropas anfibia, y la fuerza aérea en la isla consiste en 6 Hurricane y 17 aviones anticuados».

El uso de expresiones como «invasión de tropas anfibia» parecía indicar que el enemigo intentaba montar una operación de desembarco en las playas, más que cubrir la llegada de tropas aerotransportadas desde una parte de la costa que ya hubiera ocupado. Naturalmente, eran dos cosas muy distintas. Tan distintas, en el contexto de la batalla de Creta, que el malentendido falseó completamente la visión de Freyberg sobre las intenciones del enemigo, hasta tal punto que malinterpretó un mensaje de Ultra el segundo día de la batalla, lo que tuvo unas consecuencias nefastas, probablemente decisivas.

Wavell, con la garantía personal del almirante Cunningham, contestó que la armada le apoyaría y que, aunque se revocara la decisión de mantener Creta, quedaba poco tiempo para evacuar la isla. A juzgar por el mensaje que envió a Londres del 1 de mayo, «Nuestra información señala insuficiente tráfico de buques desde el mar Egeo para operaciones por mar a gran escala», Wavell no compartía manifiestamente la preocupación de Freyberg por el mar.

[148] Churchill también veía una amenaza completamente distinta a la percibida por Freyberg, como demuestra el telegrama que envió al primer ministro de Nueva Zelanda el 3 de mayo: «Nuestra información indica que en un futuro próximo se lanzará un ataque aéreo, con posible intento de ataque por mar. La armada hará seguramente cuanto pueda para impedir esto último, que tiene pocas probabilidades de éxito a gran escala. En cuanto al ataque aéreo con lanzamiento de tropas paracaidistas, les debería gustar a los neozelandeses, pues podrán verse cara a cara con el enemigo, luchar de hombre a hombre con un adversario que no dispondrá de la ventaja de los tanques y la artillería, que tanto cuentan para él».

[149] Como observó Peter Coats, edecán de Wavell, Freyberg era «un hombre de humor muy cambiante, ahora deprimido y un minuto después exultante».

[150] Sólo cuatro días después de enviar mensajes pesimistas a Wavell y el gobierno de Nueva Zelanda, Freyberg comunicó a Londres: «No entiendo por qué hay tantos nervios; no estoy angustiado en absoluto por un ataque aéreo; he tomado mis disposiciones y con mis tropas creo poder hacerle frente. La combinación de ataque marítimo y aéreo sería otra cosa. Si se produce antes de que pueda conseguir cañones y medios de transporte, la situación será difícil. Pero aun así, con tal de que la armada nos apoye, confío en que todo acabe bien».

[151] En Londres, el alto estado mayor al parecer quedó desconcertado por este análisis

ambivalente de la amenaza enemiga. El día siguiente envió el siguiente mensaje a El Cairo: «Pregunten al general Freyberg si recibe la información Orange Leonard [Ultra] de El Cairo; en caso contrario, sírvanse tomar las medidas necesarias para comunicarle la información OL de su interés con la mayor reserva».

[152]

Como la interpretación errónea por Freyberg del mensaje de Ultra en el momento crucial de la batalla nunca se ha analizado a fondo, conviene que sigamos de cerca cómo ocurrió.

La invasión de Creta representaba el primer ensayo de Ultra a gran escala y en condiciones de combate. La posibilidad de que los alemanes buscaran una isla mediterránea como blanco para un gran asalto de paracaidistas se dedujo de varios mensajes interceptados a mediados de abril, durante la retirada de los aliados en Grecia. El indicio de que el objetivo era Creta llegó el 25 de abril, pocas horas antes de que el cuartel general de Hitler distribuyera las directrices del Führer para la operación Mercurio. Los días siguientes, la intención del enemigo de efectuar una invasión con tropas aerotransportadas fue haciéndose más y más patente: Mercurio era una operación de la Luftwaffe y su disciplina laxa a la hora de cifrar los mensajes fue muy útil para Hut 3, ubicada en Bletchley. El 28 de abril Londres pudo mandar un resumen de las interceptaciones importantes de información por parte de Ultra al oficial superior de la RAF en la isla, el jefe de escuadrilla George Beamish, y luego a Freyberg, cuando asumió el mando de la Creforce dos días más tarde.

En la reunión del 30 de abril, Wavell puso a Freyberg al corriente de lo que eran las «fuentes estrictamente reservadas» o «fuentes más fiables», como se apodaba eufemísticamente al servicio secreto Ultra, pero no reveló qué fuente era aquella. A Freyberg le dio la impresión de que la información procedía de un espía bien situado del servicio secreto de inteligencia. (El lord Freyberg actual, hijo y biógrafo de Freyberg, afirma que su padre sabía desde el principio cuál era la verdadera fuente, pero su versión resulta poco convincente. Fuera cual fuera la fuente que el general Freyberg creyera ocultarse tras las siglas OL, «Orange Leonard», en la presente obra nos referiremos siempre al material de Ultra.)

Las normas que regían el uso del material de Ultra eran ambiguas. Jumbo Wilson, probablemente con el beneplácito de Wavell, utilizó durante el avance de los alemanes en Grecia los servicios de Ultra para evitar ser acorralado. Por eso cuesta creer que prohibiera a Freyberg recurrir a este servicio en Creta, máxime después de que los jefes del alto estado mayor enviaran el nueve de mayo el siguiente mensaje: «Nuestra información es tan completa que todo parece indicar que nos encontramos ante una oportunidad llovida del cielo para asestarle un golpe terrible al enemigo».

[153] Y, el once de mayo, por orden de Churchill, un oficial superior, el comandante de brigada Eric Dorman-Smith, fue a Creta para notificar a Freyberg el conjunto de la información secreta conocida. A Dorman-Smith le impresionó el coraje de Freyberg, pero le decepcionó su sentido de la táctica, y «lamentándolo, tuvo que clasificarlo dentro de la categoría de "oso de cerebro pequeño"».

[154] En su viaje de vuelta a El Cairo, Dorman-Smith llevó una carta de Freyberg a Wavell que decía: «Si atacan nuestros aeródromos por aire estoy seguro de que podremos frenarlos, siempre que ataque después del 16. Pero si realiza una operación combinada con un desembarco de tanques en la playa, entonces no estaremos en posición de fuerza».

[155]

La confusión de Freyberg sobre la fuerza relativa de las fuerzas transportadas por aire y por mar arranca de su primer encuentro con Wavell el 30 de abril. La cifra de «entre cinco mil y seis mil soldados aerotransportados más un posible ataque por mar» parece una interpretación bastante conservadora de un informe del comité conjunto de inteligencia, de 27 de abril, que decía lo siguiente: «Los alemanes podrían transportar hasta tres mil soldados en paracaídas o aerotransportados en la primera salida, quizás cuatro mil si utilizan planeadores. Desde Grecia se podrían realizar dos o tres salidas al día».

[156] Ni Wavell ni Freyberg se percataron del pequeño detalle de que esa estimación de la capacidad de transporte aéreo se refería únicamente al primer día. Wavell debería haberlo visto con claridad meridiana, dado que el primer informe sobre la fuerza aérea inicialmente asignada a la operación -la 7ª división paracaidista y la 22ª división aerotransportada- llegó a El Cairo el 26 de abril.

La primera estimación formal llegó de Londres. Era el mensaje de Ultra OL 2167, de 6 de mayo (véase el apéndice C). Proponía como fecha de la invasión el 17 de mayo, y una fuerza aerotransportada compuesta por dos divisiones más tropas de cuerpos de élite y elementos dispersos. Fue un pronóstico certero. La confusión surgió a raíz de la decisión del XII ejército de dejar a la 22ª división en Rumania y enviar en su lugar a la 5ª división de montaña, comandada por el general Ringel. Y, ante las importantes bajas que habían padecido en la lucha por el puerto de montaña de Rupel, los dos regimientos de Ringel fueron complementados con parte de un regimiento de montaña de otra división. Más tarde, ese mismo día, se envió el mensaje OL 2168 a El Cairo y Creta, que corregía el anterior. «Las unidades antiaéreas más las tropas y los suministros mencionados en 2167 llegarán a Creta por mar. Asimismo, parece más probable "tres regimientos de montaña" que "3º regimiento de montaña".»

Por alguna razón, este mensaje suscitó dos ideas equivocadas a los jefes del servicio de inteligencia militar: primero, que, además de la 7ª división de paracaidistas y la 22ª división aerotransportada, estaban en camino tres regimientos de montaña; segundo, que los tres regimientos de montaña llegarían por mar. El mensaje de Wavell en el que expresa sus dudas de que el enemigo pueda reunir suficientes barcos no tuvo al parecer demasiado eco. Tampoco se consideró la posibilidad de que crearan un puente aéreo con Junkers 52, como el que llevó al ejército de África del general Franco de Marruecos a Sevilla en 1936.

Un mensaje mucho más detallado, recibido el día siguiente, contenía un análisis certero del Ministerio del Aire (OL 2170), que indicaba claramente que el contingente transportado por mar sería un elemento de importancia menor en el conjunto de la operación. Pero el error reapareció en el mensaje subsiguiente, OL 2/302, de 13 de mayo, en el que el compilador daba nuevamente por sentado que participarían la 22ª división aerotransportada y la 5ª división de montaña. De modo que a Freyberg le dijeron que «la fuerza invasora... consistirá en unos treinta a treinta y cinco mil hombres, de los cuales doce mil serán del contingente de paracaidistas y diez mil serán transportados por mar». Como muestra el cotejo de los mensajes (apéndice C), se hizo encajar las cifras a posteriori para que cuadraran con una hipótesis formulada de antemano. No se distinguió entre especulación y pensamiento profundo.

Freyberg, al mando de las operaciones, no advirtió nada anormal. A pesar de su excelente memoria (un don muy útil, ya que los mensajes tenían que quemarse después de leídos), carecía de la mente analítica y del escepticismo necesarios para detectar las incoherencias. El concepto de una invasión anfibia se convirtió en una idea fija, aunque la información que había recibido sólo se

refería al transporte de refuerzos. Estaba tan preocupado que llegó a considerar que la operación marítima era una amenaza mayor que todas las tropas aerotransportadas que, incluso según las cifras del mensaje erróneo, representaban una amenaza mucho más inmediata y grave.

Aparte de la confusión sobre la 22ª división aerotransportada, pocos comandantes en la historia han contado con un servicio secreto tan preciso en lo que se refiere a las intenciones del adversario, la secuenciación de sus operaciones y sus objetivos. El comentario de Churchill después de la guerra, aunque magnánimo, no deja lugar a dudas: «Freyberg era intrépido. No quiso dar crédito a que la escala de los ataques aéreos fuera tan gigantesca. Temía una poderosa invasión de tropas anfibias. Esperábamos que la armada lo evitara, para contrarrestar nuestra inferioridad aérea».

[157] Y el propio Freyberg admitió más adelante: «A nosotros nos preocupaba sobre todo el desembarco de tropas anfibias y no la amenaza de aterrizaje de tropas aerotransportadas».

[158] Freyberg, extraviado en sus cálculos, fue incapaz de calibrar la situación en sus justas proporciones. Cogió el palo por el lado equivocado y, como demostraron los acontecimientos, no lo pudo soltar. Su obstinación e incomprensión eran objeto de chistes por parte de los demás generales. El general sir Brian Horrocks, que más tarde sería el comandante del cuerpo de Freyberg en el desierto, contó a un amigo que solía incluir en sus órdenes un par de observaciones evidentes pero triviales, sabedor de que Freyberg se las rebatiría y él tendría que darle la razón.

La teoría revisionista de los acontecimientos propagada por el actual lord Freyberg -según la cual su padre se indignó profundamente cuando descubrió el 7 de mayo la verdadera naturaleza de la amenaza aérea, pero no pudo desplazar tropas para reforzar el campo de aviación de Máleme, para no destapar el secreto de Ultra- es difícil de aceptar, aunque sólo sea porque la carta de Freyberg a Wavell del 13 de mayo y su comportamiento subsiguiente la contradicen. Su preocupación constante por una invasión marítima, su interpretación errónea y fatal del que fue el mensaje más importante de la batalla y su relativa falta de interés por Máleme hasta la mañana del 22 de mayo (dos días después de la invasión, cuando los alemanes ya habían tomado el campo de aviación y hecho aterrizar a sus refuerzos) no indican que se tratara de un hombre que hubiera discernido las intenciones del enemigo y se viera atado de pies y manos por consideraciones de seguridad.

Lo más irónico de todo es que Freyberg parece haber contribuido a guardar el secreto de Ultra más por malinterpretar el contenido de sus mensajes que por su afán de no revelarlo. El posterior informe alemán sobre la batalla de Creta Gefechtsbericht XI Fl. Korps -Einsatz Kreta, indica: «Entre toda la información sustraída al enemigo (declaraciones de prisioneros, diarios y documentos requisados) destaca que, gracias a una red de espionaje excelente, estaban en general muy bien informados sobre las intenciones de los alemanes, pero esperaban que la mayor parte de las fuerzas de invasión viniera por mar».

[159] La interpretación errónea de la amenaza por parte del general Freyberg le llevó inevitablemente a adoptar una solución de compromiso perjudicial, tanto en la disposición de sus tropas como en sus órdenes operativas, trastocando las prioridades. El plan del comandante de la brigada Tidbury -combatir los asaltos aéreos en los tres campos de aviación de la costa septentrional: Iraklion, Rézimno y Máleme, y en el valle Ayía, al sudoeste de Canea- fue adaptado, en los sectores de Máleme y Canea, para hacer frente a asaltos de tropas anfibias.

En Iraklion, Freyberg tenía a la 14ª brigada de infantería del comandante Chappel junto a los batallones regulares del Black Watch y del regimiento York y Lancaster, reforzados por un batallón australiano y un regimiento griego, compuesto por tres batallones. A éstos se les unieron en el último momento el 2.º batallón de Leicester y, finalmente, un batallón de los Highlanders de Argyll y Sutherland, que habían desembarcado en la costa meridional, cerca de Timbaki (véase el orden completo de batalla en el apéndice B).

En Rézimno, dos batallones australianos y dos griegos tenían la misión de vigilar el aeródromo y, en el interior de la ciudad, había una fuerza muy eficaz y debidamente armada de gendarmes cretenses. Se organizaron dos grupos principales de reservistas: otros dos batallones australianos con la mayor parte de los medios de transporte motorizado en Gueorguiópolis, entre Suda y Rézimno, y la 4ª brigada neozelandesa, además del 1.er batallón del regimiento galés, apostados cerca de Canea y del cuartel general de la Creforce.

[160]

A lo largo del sector crucial, la zona intermedia entre Canea y Máleme, se desplegó la división neozelandesa para defender a la vez la costa, el campo de aviación y el valle, lo que daba poca profundidad a sus defensas. Asimismo, la reserva divisional, el 20.º batallón, y la fuerza principal de reserva se apostaron al lado de Canea, y no junto a la base aérea de Máleme, blanco principal y conocido del enemigo.

Freyberg se había apresurado a concluir que se iba a enfrentar a un «desembarco de tropas y tanques anfibios»,

[161] pese a lo cual no ordenó que se analizara en qué playas sería más probable que se produjera. Un examen rápido de las cartas de navegación hubiera demostrado que en los sectores de Suda, Akrotiri, Canea y Máleme sólo la playa que se extiende entre Máleme y Plataniás se prestaba a un desembarco de tropas de cierta magnitud, y sólo si los alemanes tuvieran buques de asalto y barcasas de desembarco, lo que no era el caso.

[162]

Varios oficiales del regimiento advirtieron ese fallo en las órdenes. El regimiento galés, que llevaba estacionado en esa estrecha franja costera desde febrero, consideraba una «invasión de tropas anfibias» una «posibilidad poco probable».

[163] Pero el único oficial superior de la división neozelandesa en darse cuenta fue el coronel Howard Kippenberger, comandante de la 10ª brigada improvisada y apostada al oeste de Canea, y no planteó el problema en aquel momento, sino que se limitó a reducir el número de sus tropas desplegadas para observar el mar.

Lo más asombroso de todo es que la línea de defensa alargada de Freyberg se detenía en el extremo oriental del campo de aviación de Máleme, que el general Wavell y los informes del servicio secreto habían designado desde el principio como uno de los objetivos principales del enemigo. El comandante de brigada Tidbury había señalado más de cinco meses antes, el 25 de noviembre, que el emplazamiento de ese aeródromo estaba mal escogido, porque era muy vulnerable a los ataques. El comandante de brigada Puttick, que sustituyó a Freyberg como comandante divisional, pronto se dio cuenta del peligro que corría su flanco. Pidió refuerzos para cubrir el lecho del río Tavronitis, al oeste del campo de aviación, dado que constituía una zona ideal para que se

agruparan las tropas paracaidistas enemigas.

El cuartel general de la Creforce aparentemente pidió permiso a las autoridades griegas para desplazar el 1.º regimiento griego de Kasteli Kisamu, pero no lo obtuvo hasta el 13 de mayo. (Algo inexplicable, pues a Freyberg ya se le había otorgado el mando absoluto sobre todas las fuerzas griegas.) Freyberg dijo entonces que el ataque aéreo era inminente, así que no les quedaría tiempo para marchar al Tavronitis y cavar zanjas. Es posible, aunque no probable, que abortara esa iniciativa creyendo que de lo contrario podía revelar «fuentes estrictamente confidenciales», un miedo quizás exagerado, puesto que ya tenía un batallón alrededor del campo de aviación y dos en su flanco oriental.

Freyberg no dedicó demasiado tiempo a estudiar la zona de Máleme. El coronel Jasper Blunt le instó a trasladar más tropas a ese lugar, pero Freyberg se negó, bien para proteger las fuentes de información secreta, bien porque no quería mermar las defensas costeras. En cualquier caso, consideraba que Iraklion era un objetivo más importante para el enemigo, y no confiaba en la capacidad del oficial superior estacionado en esa zona, el comandante Chappel de la 14ª brigada de infantería. Sus tareas de reconocimiento también fueron mínimas «debido a los asuntos de política que me retenían en el cuartel general».

[164]

Una de estas consideraciones fue el problema de si el rey debía permanecer en Creta o abandonarla antes de que comenzara la invasión alemana. Wavell, el ministro de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Guerra, en Londres, opinaban que debía quedarse para dar ejemplo a los países neutrales. El general Heywood, en cambio, argumentó que debía ahorrársele la indignidad y el peligro de tener que huir cuando llegara el enemigo, y aconsejaba su retirada inmediata a Egipto. Al parecer, el rey tenía poco que decir sobre su propio destino.

Es comprensible que Freyberg tuviera dudas sobre la conveniencia de que el rey se quedara en la isla, pues defender a un grupo de civiles de los paracaidistas era la opción más incierta de todas. Sabía que estaban demasiado expuestos en Perivolia, donde residían en una antigua casa de campo veneciana llamada Belakapina (una alteración de «Bella Campagna»), y los invitó a mudarse al perímetro del cuartel general de la Creforce. Pero el 17 de mayo, cuando visitaban el edificio reservado para ellos, un intenso ataque aéreo forzó al rey y a sus compañeros a refugiarse en trincheras de abrigo. El rey Jorge rechazó el alojamiento que le ofrecían. En lugar de ello, se mudó con sus allegados dos días más tarde, en vísperas de la invasión, a otra casa cerca de Perivolia, en las estribaciones de las Montañas Blancas, a través de las cuales tendrían que huir.

La responsabilidad de Freyberg sobre todas las fuerzas griegas en la isla conllevaba su abastecimiento en alimentos y armas. Las armas del cuartel general del ejército griego en Canea se repartían de modo aleatorio: se trataba de Steyer, Mauser, Mannlicher, Lee Enfield y unas ametralladoras St. Etienne anticuadas; con ellas se entregaba también un puñado de cartuchos, muchas veces de un calibre equivocado. Pocos hombres recibieron más de tres cartuchos cada uno.

Freyberg no compartía los prejuicios de algunos de sus oficiales, que despreciaban el valor de esas unidades griegas, en su mayoría procedentes del continente y complementadas con reclutas mal instruidos. Kippenberger describió a los hombres adscritos a su brigada como «muchachitos infestados por la malaria, que llegaban de Macedonia con cuatro semanas de servicio».

[165] Freyberg encargó su organización y coordinación al coronel Guy Salisbury-Jones, que venía de la Misión militar en Grecia. Con los nueve mil hombres se formaron 8 regimientos griegos.

Algunos de sus batallones se vinieron abajo ante el fragor de la batalla, debido a la ineficiencia de sus mandos o a una instrucción y armamento inadecuados para hacer frente a los ataques resueltos de las fuerzas paracaidistas alemanas. Otros, en cambio, sorprendieron a sus detractores por su firmeza. En los últimos compases de la batalla, la defensa encarnizada del 8.º regimiento griego, reforzado con guerrilleros cretenses, salvó a las fuerzas de la Commonwealth de ser cercadas en el momento más crítico de su retirada.

En honor de Freyberg hay que reconocer que se dio rápidamente cuenta de que «la población entera de Creta quería luchar». Algunos oficiales británicos se jactaban de que sus tropas regulares serían más eficaces incluso en una batalla irregular que los cretenses defendiendo su país nativo, con un conocimiento insuperable del terreno y una tradición de la guerra de guerrillas que se remontaba a varias generaciones. El perjuicio más imperdonable que causaron a los cretenses fue no dar a los voluntarios algún tipo de uniforme, otorgándoles así un rango oficial, para evitar que fueran fusilados como francotiradores cuando eran apresados. Aunque pensaran que no había armas que distribuir -en Canea quedaron encerrados cuatrocientos Lee Enfield en los hangares de las antiguas galeras venecianas al lado del puerto-, no parece que demasiados oficiales tuvieran la idea de distribuir las armas capturadas al enemigo, hasta que vieron lo que los cretenses eran capaces de hacer con las más primitivas de las armas y un coraje prácticamente suicida.

La falta de confianza de Freyberg en el comandante de brigada Chappel en Iraklion nunca ha sido explicada satisfactoriamente. Chappel, un oficial regular del regimiento galés con gran experiencia, posiblemente no fuera una figura muy carismática, pero de ningún modo tenía nada que envidiar a la mayoría de sus homólogos neozelandeses.

La distancia, la escasez de medios de transporte y el mal estado de la carretera costera que enlazaba Iraklion con Canea hicieron que Chappel fuera prácticamente independiente. Instalado en una cantera, como la Creforce, el personal del cuartel general de la 14ª brigada de infantería procedía en su mayor parte del Black Watch, que aportó el pelotón de defensa, al comandante de brigada Richard Fleming y al teniente Gordon Hope-Morley, uno de los dos oficiales del servicio secreto.

El otro oficial de inteligencia era Patrick Leigh Fermor, que hablaba griego y alemán. Después de vivir unas aventuras propias de un pirata en la isla de Anticitera, Leigh Fermor llegó a Kasteli Kisamu. Al poco tiempo se encontró con el príncipe Pedro de Grecia y Michael Forrester, su colega de la Misión militar británica. Los tres pasaron varios días instalados en la casa del príncipe Pedro en la costa norte de Galatás. Cuando Leigh Fermor prosiguió su camino hacia el este, hacia Iraklion, Forrester hizo de oficial de coordinación del coronel Salisbury-Jones, satisfaciendo las necesidades de los regimientos griegos. Los dos se citaron para cenar en Iraklion la noche del 18 de mayo, cuando Forrester visitó los dos regimientos agrupados dentro y fuera de las enormes murallas de piedras de la ciudad.

Otro visitante ocasional del cuartel general fue John Pendlebury, que seguía buscando armas sobrantes para los jefes de la guerrilla. Leigh Fermor recuerda cómo su «hermoso rostro, con un solo ojo brillante, su fusil y su cartuchera de guerrillero colgándole del hombro y su famoso bastón de estoque aportaban un estimulante destello de aventura y alegría a toda esa penumbra caqui».

[\[166\]](#)

Incluso los oficiales regulares de la 14ª brigada de infantería más escépticos se dieron pronto cuenta del potencial de los «gamberros de Pendlebury» en combate. En la región de Iraklion colaboraba con tres de los principales jefes de la guerrilla: Manolis Banduvas, un campesino

patriarcal, rico y muy influyente, que llevaba unos bigotes como los cuernos de un búfalo de agua; Petrakagueorguis, el propietario de una almazara, de cara delgada, ojos hundidos y nariz en forma de gancho que inspiraba temor; y Andonis Grigorakis, de pelo blanco, más conocido como Satanás, el mejor jefe de todos.

«Satanás -escribió Monty Woodhouse-

[167] debía su nombre a la creencia generalizada de que nadie sino el propio diablo puede sobrevivir a la cantidad de balas que llevaba dentro. Según otra versión, ese nombre se remontaba al día de su bautizo. Por lo visto, el sacerdote estaba diciendo: "Yo te bautizo...",

[168] cuando el bebé le agarró por la barba, haciéndole exclamar: "¡Pequeño diablo!"» Otra de las características que le distinguían era su mano mutilada. Enfadado consigo mismo tras perder mucho dinero jugando a los dados, pese a que había prometido no volver a jugar, se arrancó de un tiro el dedo con el que echaba los dados. En el acaloramiento del momento olvidó que el objeto pecador era al mismo tiempo el dedo con el que apretaba el pestillo de las armas.

Los últimos días de Pendlebury aún despiertan un enorme interés. Se debatían muchos planes y parece que estuvo en constante movimiento, aunque siempre regresaba a Iraklion. Envío a Jack Hamson con un centenar de voluntarios cretenses a la llanura de Nida, en la ladera oriental del monte Ida, por si descendían paracaidistas alemanes en esa zona, y tras trabajos hercúleos, sembraron de cantos los llanos para impedir el aterrizaje de aviones.

Pidieron a Mike Cumberledge que llevara su caique armado, el Dolphin de Su Majestad, a Ierápetra, para comprobar si se podía salvar el cargamento de armas y municiones de un buque hundido en el puerto. Encontró a un pescador de esponjas de la costa oriental de la isla y se ocupó de que fuera liberado temporalmente del ejército griego. Antes de que se fueran, Pendlebury les invitó a cenar en el club de oficiales, desde donde se tiene una vista panorámica del puerto de Iraklion. Ignorando el protocolo de rango del club, insistió en que un miembro de su tripulación, el marinero de primera Saunders, también acudiera. Durante la cena, que consistió en el pescado destrozado por las bombas de los alemanes esa misma mañana, discutieron la posibilidad de realizar una incursión en la isla de Kasos, ocupada por los italianos, la noche del 20 de mayo, después de la vuelta del Dolphin. Cumberledge y su tripulación transportarían a Pendlebury y sus cretenses a la isla para capturar algunos prisioneros e interrogarlos. Esos guerrilleros o maquis, conocidos en Grecia con el nombre de andarles, formaban una banda aterradora. Hammond recuerda que «olían a sangre, carnicería y ajo en el mejor estilo cretense».

[169] Si los alemanes invadían Creta, Pendlebury estaba decidido a quedarse en la isla para organizar la guerra de guerrillas. Se consideraba prácticamente un cretense. La vida en ese momento consistía para él en depósitos de armas secretos, grupos de guerrilleros, emplazamientos para emboscadas y objetivos de destrucción. Su proyecto predilecto -y visionario, como demostrarían los acontecimientos- era convencer a la 14ª brigada de infantería de que había que apostar francotiradores en torno a las fuentes y pozos. El agua sería el primer producto vital del que tendrían que reabastecerse los paracaidistas. Pero los británicos no siguieron su consejo. Para Cumberledge y Hammond, esa noche en el club de oficiales fue la última vez que vieron a Pendlebury. Zarparon el día siguiente a bordo del Dolphin rumbo a Ierápetra.

Los últimos días antes de la invasión alemana, Freyberg fue un mascarón de proa perfecto: sus

rondas de inspección poco antes de la batalla fueron un ejercicio impecable de inyección de moral. Rezumaba una confianza arrebatadora y su reputación de valiente agrandaba su talla a los ojos de sus soldados, que se referían a él con admiración afectuosa como «el peque». Con su voz áspera les decía: «Limitaos a calar las bayonetas y dadles tan fuerte como podáis».

Pero algunos de los oficiales sospechaban que esas palabras de ánimo no se sustentaban en las órdenes de combate de la Creforce. Les incomodaban varias contradicciones. El propio Freyberg aconsejó también a las tropas «no salir disparados cuando lleguen los paracaidistas»,

[170] y dio mucha importancia a las alambradas como medio de defensa. Como la mayoría de los comandantes subalternos y de los soldados sentía instintivamente, un ataque aéreo sólo se podía rechazar mediante un contraataque inmediato. Las fuerzas reservistas también tenían mucha importancia en las órdenes de combate, aunque su despliegue en el momento oportuno dependía de varios factores: una información exacta, buenas comunicaciones, proximidad al objetivo, transporte motorizado, que escaseaba, y la posibilidad de trasladarse al sector amenazado sin exponerse innecesariamente a los ataques aéreos. La superioridad de la Luftwaffe restringió de hecho el movimiento de los reservistas a las horas de oscuridad, cuando los ataques tenían que lanzarse con la primera luz del día. Este factor ponía por sí solo en entredicho la estrategia de retener una gran proporción de la fuerza total en una batalla que se iba a decidir rápidamente. Pero Freyberg tenía los ojos puestos en el mar, y no en el cielo.

El punto más débil de la Creforce eran sus medios de comunicación destartalados. Los teléfonos de campaña dependían para su funcionamiento de cables que colgaban blandamente de los postes telegráficos: estaban expuestos a los bombardeos y a los paracaidistas que cayeran entre un cuartel general y otro. Los equipos de radiotransmisión que tenían, sobre todo los traídos de Grecia, eran poco fiables y escasos. En las tres semanas que transcurrieron antes de las invasión no se hizo "nada para traer, por barco o avión, suficientes equipos nuevos. Freyberg ni siquiera mencionaba las radios en la lista de necesidades urgentes que envió a El Cairo el 7 de mayo. Las linternas de señalización no tenían pilas y las que se enchufaban a la red eran de un voltaje diferente. La posibilidad de utilizar un heliógrafo para enlazar el sector Máleme con el cuartel general de la Creforce no se le pasó a nadie por la cabeza.

Los últimos cazas de la RAF se habían marchado, pese a lo cual el cuartel general de la Creforce hizo caso omiso de las recomendaciones de minar o bloquear las pistas de aterrizaje, principalmente porque el Ministerio del Aire había exigido que se mantuvieran en funcionamiento para un despliegue súbito desde Egipto. El historiador Ian Stewart (el oficial médico del regimiento galés) sugiere también que Freyberg, convencido de que los aviones de transporte podían realizar aterrizajes de emergencia casi en cualquier sitio, «no dio gran importancia a los campos de aviación».

[171] Pero es difícil valorar la validez de este argumento. Freyberg hubiera tenido que reconocer la importancia de los aeródromos para los alemanes, aunque sólo fuera porque el mensaje de Ultra OL 2167 avisaba de que querían utilizar las pistas de Máleme e Iraklion para sus aviones de bombardeo en picado y sus cazas. Sea como fuere, parece haberse mostrado bastante reacio a tomar ninguna iniciativa.

Freyberg, como observó Churchill, no temía el ataque aéreo inminente. El mensaje secreto que envió a Wavell el 16 de mayo no sugiere en modo alguno la angustia de un hombre torturado por una decisión que sabe errónea -no defender el terreno que se encontraba al oeste del campo de aviación

de Máleme-, para evitar que el redespliegue de sus tropas revele la fuente de sus informaciones secretas.

Acabo de ultimar el plan de defensa de Creta y de volver de la última ronda de inspección de las defensas. Esta visita me ha animado mucho. Los soldados están preparados y la moral es alta. Todas las defensas están desplegadas y todas las posiciones, en la medida de lo posible, interconectadas. Hemos colocado 45 cañones de campaña con la munición suficiente. En cada aeródromo hay dos tanques de infantería. Los buques y camiones de transporte se están descargando y vaciando. El 2º de Leicester ha llegado y reforzará Iraklion. No quiero confiarme en exceso, pero creo que al final causaremos una impresión excelente. Con la ayuda de la Royal Navy confío en que Creta aguantará.

[172]

Máleme, a pesar de haber sido cedida oficialmente a la RAF, era un trastero de armas de la flota aérea, que atesoraba una colección de cazas Fulmar y de Brewster inservibles, obligados a permanecer en tierra por falta de piezas de recambio. Los dos servicios coexistían armónicamente. La campana de un barco, que servía de alarma en caso de ataque aéreo, colgaba delante del hangar de dispersión; las tumbonas, por su parte, pertenecían a oficiales de la RAF estacionados ahí después de la caída de Grecia, momento en que Máleme se convirtió en la base de 30 escuadrones de Blenheim, que patrullaban el mar Egeo. La despreocupación ligeramente antimilitar del personal de tierra -que no mostró demasiado interés por las lecciones de manejo de armas- solía exasperar a los neozelandeses del 22.º batallón, especialmente después de que los Blenheim y Hurricane supervivientes se hubieran ido a Egipto.

En el sector de Máleme, como en todas partes, los soldados cavaban unas trincheras tan profundas como lo permitía el terreno. No pasaban la noche en ellas para que no les cayeran lagartos sobre la cara. En lugar de ello, se envolvían en mantas y dormían agrupados en torno al árbol más cercano. De día, los hombres que más peligro corrían eran los artilleros que manipulaban los Bofors que rodeaban el aeródromo y los conductores de las furgonetas de reparto de las raciones de comida, porque las nubes de polvo que levantaban de los caminos resecos en seguida atraían a uno o dos Messerschmitt.

Churchill estaba en lo cierto cuando afirmaba, en su telegrama al gobierno de Nueva Zelanda, que los hombres de su división estaban ansiosos de «verse cara a cara con el enemigo». Bien descansados en la sombra idílica de los campos de olivos y fortificados por el sol primaveral y sus frecuentes baños en las aguas de color jade y azul cobalto del mar Egeo, se habían recuperado por completo del cansancio acumulado en la campaña griega.

Los comandantes clave en la batalla inminente no estaban tan recuperados. Eran veteranos de la primera guerra mundial, es decir, mucho mayores: hablamos del teniente coronel Leslie Andrew, cruz Victoria, comandante en jefe del 22.º batallón, apostado en el aeródromo de Máleme, uno de los muy pocos oficiales regulares de Nueva Zelanda; del comandante de la 5ª brigada James Hargest, un político de cara redonda, bigote a lo Hitler, con unas gafas redondas y normalmente ataviado con jersey y pantalones cortos voluminosos; del comandante de brigada Puttick, el nuevo comandante de división, locuaz y reconocible al punto por su pelo rojo y sus cejas negras, y finalmente del propio Freyberg. Todos ellos eran hombres valientes, pero todos habían perdido la osadía. Algunos habían dado en irritarse por nimiedades. Su visión de la guerra se había formado en los aciagos bombardeos

de las trincheras de Flan, des. Pero la batalla de Creta, un paso adelante revolucionario en la concepción de la guerra, había de ser una contienda en la que las reacciones rápidas, las ideas claras y las decisiones despiadadas lo serían todo. La mentalidad de una defensa en línea y de resistencia que pervivía en algunos espíritus forjados durante la primera guerra mundial fue un lastre tremendo. De todos los comandantes de formación, sólo el coronel Kippenberger, de la 10ª brigada neozelandesa, y el comandante Inglis, de la 4ª brigada neozelandesa, ambos juristas, dieron muestras de comprender la esencia de los acontecimientos.

Durante la evacuación de Grecia, el teniente Geoffrey Cox se sorprendió al encontrar a Hargest, «un hombre que se presentaba a sí mismo como "un campesino rudo, poco aficionado a las tonterías"»,

[\[173\]](#) leyendo Guerra y paz. Pero el interés de Hargest por ese libro no era ajeno a su carácter. «Lo he leído por el compañero Kutuzov -precisó-. Es uno de esos generales que hay que estudiar. Sabía que, en la guerra, la tenacidad y el aguante son más importantes que cualquier aptitud estratégica, por grande que sea.»

Poco después del anochecer del 19 de mayo -la víspera de la batalla-, mientras un buque cisterna en llamas iluminaba la isla mucho más allá del farallón de Malaxa, Hargest se confió de nuevo a Cox. «No sé qué nos aguarda -dijo-, sólo sé que me produce una sensación que nunca había tenido en la última guerra. No es miedo. Es algo muy diferente, algo que sólo se puede calificar de terror.»

[\[174\]](#)

9. «Una ocasión perfecta para matar»

20 de mayo

A la una de la madrugada del 20 de mayo, el coronel von Trettner, jefe del estado mayor de operaciones, telefoneó al dormitorio del general Student, en el hotel Grande Bretagne, para despertarlo. Trettner, manifiestamente inquieto, le contó que se había avistado una gran fuerza naval británica al sur de Creta.

[175] ¿No significaba eso que los británicos estaban al corriente de sus planes y estaban reuniendo buques de guerra para usarlos como plataformas de cañones antiaéreos con los cuales bombardear los lentos Junkers 52 que transportaban las tropas? Había que tomar una decisión de inmediato. El primer avión debía partir en tres horas. Student, en un primer momento divertido, meditó un momento y replicó: «No es razón suficiente para que cambiemos de planes. Ni para despertarme. Buenas noches».

[176] Por entonces, los trece batallones de paracaidistas que acampaban junto a sus distintos aeródromos en el Ática ya habían sido transportados en furgonetas, junto con su equipo, hasta los aviones que les aguardaban. En menos de cuatro semanas, las autoridades militares alemanas habían desbrozado, ampliado y, en algunos casos, construido pistas de despegue y aterrizaje completamente nuevas utilizando despiadadamente mano de obra forzosa.

La noche era calurosa, asfixiante, y los paracaidistas sudaban en sus monos grises de camuflaje, un atuendo idéntico al que habían usado al saltar sobre Narvik el año anterior. Era inevitable que se creara confusión con tanta gente arremolinándose en la oscuridad. Varias latas de municiones cayeron y se desperdigaron, costaba oír las órdenes en medio del rugido de los motores que se probaban -el combustible acababa de llegar- y las nubes de polvo oscurecían en parte las antorchas con filtros verdes usadas para formar a los pelotones y las compañías y dirigirlos a los puntos de reunión para su embarque. Si se pudo atajar el caos fue sobre todo gracias a los esfuerzos y las imprecaciones de los sargentos.

Cuando finalmente estuvieron formados para embarcar, los oficiales del grupo de planeadores del Sturm Regiment recibieron una noticia alarmante: «En contra de los cálculos anteriores sobre las fuerzas que tiene el enemigo en la isla, habrá que contar no con unos doce mil soldados, sino con cuarenta y ocho mil».

[177] El primer avión se desplazó hasta la pista de despegue y esperó. Cuando por fin los Junkers trimotores se pusieron en marcha pesadamente, rebotaban ininterrumpidamente a lo largo de la pista de tierra batida, con los motores rugiendo a toda máquina para izar su pesado cargamento de hasta doce paracaidistas con sus contenedores de municiones.

El polvo que levantaban los propulsores cegaba a los pilotos de la oleada siguiente, que debían

esperar a que las nubes se disiparan. A pesar de todo, sobre el parabrisas de sus cabinas quedaba adherida una fina capa de terracota. Esta complicación imprevista -un descuido sorprendente- alteró el ritmo de los despegues.

Después de que todos los Junkers hubieran despegado del suelo con una sacudida última, la raya del alba en el horizonte oriental se fue haciendo más visible para los pilotos y los pasajeros. En esos aviones que sobrevolaban Atenas, las jóvenes cabezas iban pegadas a las ventanillas, tratando de echarle un vistazo a la pálida Acrópolis, que sobrenadaba iluminada por encima de una ciudad nebulosa y gris.

En el estrecho fuselaje de los Junkers, los paracaidistas, embutidos en sus chalecos salvavidas y sus casacas de cuello alto, que parecían ristras de salchichas de cañamazo, agradecieron la caída de la temperatura. Luchando para imponerse al ruido de los motores, una voz, a la que se unieron casi de inmediato otras, entonó la marcha militar de los Falhchirmjager (paracaidistas), «Roí scheint die Sonne».

El sol brilla enrojecido: ¡preparaos!

¿Quién sabe si brillarás mañana para nosotros?

¡Volad hoy contra el enemigo!

¡A los aviones, a los aviones!

¡Camarada, no te echas atrás!

Los setenta y pico planeadores, cada uno de ellos cargado con diez hombres del regimiento nazi, efectivamente, no podían dar marcha atrás. La primera oleada se había puesto en marcha poco después de las cuatro, adelantándose a los aviones que transportaban tropas. La compañía a cuyo mando estaba el teniente Genz debía atacar los cañones antiaéreos y una emisora de telegrafía situados al sur de Canea; otra, dirigida por el capitán Altmann, debía hostigar una batería emplazada en el estrecho de Akrotiri, por detrás de la bahía de Suda. Y tres compañías que habían partido del aeródromo de Máleme debían aterrizar sobre los montes Tavronitis.

En el interior claustrofóbico de los planeadores, el cable que les unía al avión de remolque se tensaba y destensaba constantemente, produciendo una sensación poco propicia a atizar el ardor guerrero. Parte del cuartel de la división de paracaidistas también había partido, pero el cable al que estaba atado el planeador de su comandante, el general Süssmann, que volaba con algunos miembros de su estado mayor, se rompió cuando sobrevolaba a gran altura la isla de Egina. Süssmann murió estrellado, una muerte que recordó inevitablemente la de Icaro.

La flota principal de aviones de transporte de tropa, una oleada tras otra de Junkers, sobrevoló a baja altura el Egeo, cuya superficie centelleaba a la luz oblicua de las primeras horas de la mañana. Al cabo de cierto tiempo, los que iban en cabina pudieron vislumbrar los picos de las Montañas Blancas recortados en el horizonte. Su silueta, al principio atenuada por la distancia, fue creciendo en tamaño y definición. Luego atisbaron la costa. Hicieron correr la voz.

Los estruendosos latidos de los motores, tan hipnóticos como molestos, fueron interrumpidos por una tromba de aire cuando el despachador abrió la compuerta del flanco del fuselaje. Los paracaidistas, a la orden de aprestarse, se levantaron y dispusieron a lanzarse por la escotilla como tantas veces habían ensayado.

Al tiempo que se ceñían el barboquejo de los cascos -inspirados en los cubos para acarrear carbón de la Wehrmacht, pero sin reborde y muy ajustados-, aferraban con los dientes la cuerda blanca y fruncida con una abrazadera de seguridad que habían de enganchar a la barra que tenían encima de sus cabezas. Se ajustaban las rodilleras y los arneses y controlaban su subfusil Schmeisser, su único medio de defensa hasta que localizaran las cajas con armamento después del

aterrizaje.

Algunos cerraban los ojos para sosegar antes de recibir la orden de prepararse a saltar, otros contaban chistes nerviosamente y no podían resistirse a inclinarse o darse la vuelta para contemplar fugazmente las montañas por las ventanillas laterales o el parabrisas de la cabina. Todos sentían la nave vibrar a medida que ganaba altura y luego se ladeaba para comenzar a dibujar círculos al acercarse a la zona de salto.

Los paracaidistas, que habían atado sus cuerdas a la barra metálica, esperaban en fila dentro del fuselaje. La bocina sonó y el despachador se puso a gritar «¡Adelante!». Los soldados, hacinados en línea, fueron saltando en rápida sucesión, impulsándose desde los pasamanos verticales situados en las jambas de la puerta, cayendo en horizontal con las piernas y los brazos extendidos -la postura del «crucifijo»-, con las suelas de las botas del hombre anterior momentáneamente delante de la cara del siguiente, hasta que el rebufo lo atraía de nuevo hacia la cola del avión.

Para la compañía de infantería, el personal de la RAF y la flota aérea varados en el aeródromo de Máleme, el estado de alerta del amanecer del 20 de mayo había diferido en poco de los días anteriores. Las primeras horas de la mañana fueron tranquilas y estuvieron envueltas en una niebla agradable. Por debajo de los parapetos de las trincheras de abrigo, cubrían los cigarrillos ahuecando las manos.

La invasión aérea prevista para el 17 de mayo no se había producido, por lo que muchos creyeron que no tendría lugar en absoluto. Y, sin embargo, los últimos días la visita rutinaria de las ocho de la mañana del avión de reconocimiento Dornier, apodado «lápiz volador» por lo estrecho y alargado de su fuselaje, había sido seguida por oleadas de intensos bombardeos.

Los Stuka y Messerschmitt habían concentrado sus ataques sobre las posiciones antiaéreas. Los cañones más pesados, situados en la colina 107, que lindaba por el sur con la carretera costera, eran manipulados por los hombres de la marina real del general Weston, mientras los diez Bofors que se encontraban en el perímetro del aeródromo los maniobraban los cañoneros de una batería ligera de la Royal Artillery, o los australianos que tomaban a chacota a las fuerzas terrestres desalentadas de la RAF. «¿Dónde está la maldita fuerza aérea, cañoneros?», gritaban al verlos cruzar las pistas de aterrizaje.

Weston había insistido en controlar todo el fuego antiaéreo desde un centro situado en la zona septentrional de la bahía de Suda. A diferencia de Iraklion, la dotación de los Bofors, mal oculta, no había sido autorizada a esconderse y esperar al objetivo más fácil e importante de todos: los aviones que transportaban tropa. Como consecuencia de ello, los constantes ataques aéreos los habían castigado con tanta dureza que ninguno de los supervivientes se encontraría en condiciones de hacer frente al enemigo a la hora de la verdad.

El martes 20 de mayo, las incursiones a lo largo de la llanura costera al oeste de la bahía de Suda comenzaron poco después de las seis de la mañana, más temprano de lo habitual. Antes de su llegada, en el diario de guerra del 22.º batallón se había inscrito la anotación siguiente: «Típico día de verano en el Mediterráneo. Cielo despejado, sin viento, visibilidad extrema: por ejemplo, pueden discernirse con claridad detalles de montañas situadas a más de treinta kilómetros hacia el sureste».

[178]

La primera razzia aérea fue similar a la de días anteriores. Luego vino una pausa hasta aproximadamente las 7.30 y se dijo a los defensores que podían abandonar la guardia. Freyberg, para proteger su información secreta, no le había dicho a nadie que los alemanes habían pospuesto la operación programada para el 17 de mayo, por lo que a pocos les parecieron notables los

acontecimientos de esa mañana.

«Tan acostumbrada -prosigue el diario de guerra del 22º batallón- estaba la tropa al "arrebato cotidiano de odio" que, en cuanto los aviones desaparecían por el horizonte marino, los soldados se dirigían a tomar el desayuno que se había estado preparando durante el ataque.» Muchos de los maestros ajustadores de la RAF no se tomaron la molestia de llevarse consigo los rifles.

Los neozelandeses responsables de convertirlos temporalmente en soldados de infantería habían tenido poco éxito: el único punto sobre el que coincidían ambos bandos era que los debían haber evacuado cuando se dio la orden de regresar a Egipto al último avión, unos pocos días antes.

A punto de sonar las ocho, se oyó un rumor de motores pesados: «una trepidación airada».

[179] Las comunicaciones eran tan deficientes que el centro de defensa aérea de Weston, en la bahía de Suda, todavía no había avisado de la llegada de esta fuerza enemiga, que había sido detectada con mucha antelación por la estación de radar situada sobre una colina a pocos kilómetros por detrás de Máleme. La campana del buque, que colgaba del hangar de dispersión, se puso a repicar nuevamente con energía para dar la alarma.

Esta segunda oleada, lanzada por el VII cuerpo del aire de Richthofen, estaba compuesta por bombarderos bimotores, Dornier 17 y Junkers 88, seguidos por cazabombarderos encargados de ametrallar al enemigo. En tierra, se produjo una desbandada enloquecida para guarecerse en las trincheras de abrigo excavadas al pie de los tamarindos y los olivos que bordeaban las pistas. También en esta ocasión los pozos de los cañones Bofors fueron el principal objetivo. Sus equipos estaban tan aterrados por los ataques que sólo un cañón replicó a los aviones, con poco acierto. En un admirable alarde de valor, un equipo médico atravesó las pistas en ambulancia cuando más arreciaban las bombas para socorrer a un grupo muy maltrecho.

Las ondas expansivas de las bombas producían el efecto de un puñetazo amortiguado en el estómago y los soldados empezaron a tener migrañas debido a esta incesante percusión. Se han escrito numerosas páginas sobre la efectividad de los Stuka, diseñados para el bombardeo en picado, cuya sirena tenía la finalidad de sembrar el pavor en sus víctimas. Pero, para muchos de quienes lucharon en Creta, el chillido de un cazabombardero Messerschmitt que aparecía de ninguna parte sobre la copa de los árboles era inmensamente más aterrador.

En cuanto hubo concluido la razzia aérea -un sargento calificó el breve lapso de silencio subsiguiente de «espantoso, corrosivo, siniestro»-,

[180] unos aviones de extrañas formas, con alas de perfil trapezoidal, sobrevolaron a baja altura el aeródromo. Los neozelandeses del 22º batallón que pudieron distinguirlos entre la nube de humo y polvo gritaron «¡Planeadores!» casi al unísono.

A medida que los planeadores iban atravesando su campo de visión y se deslizaban en su mayoría sobre el lecho pedregoso del Tavronitis, los soldados de infantería ocultos en las trincheras comenzaron a abrir fuego contra ellos con pequeñas armas de todo tipo. Se produjo así un repiqueteo como si hubieran estallado simultáneamente millones de petardos. Varios planeadores se estrellaron contra las piedras del cauce ancho y prácticamente seco del río, hiriendo a muchos de sus ocupantes. Uno se tiró desde el puente. Los neozelandeses lograron alcanzar a varios pilotos. Un planeador cuyo piloto había sido abatido se estrelló con el pico hacia arriba, golpeándose el vientre contra una roca. El fuselaje se partió en dos. El único superviviente fue un corresponsal de guerra y veterano del frente occidental, Franz-Peter Webder, que se encontraba en la zona de cola.

En total, aproximadamente cuarenta personas aterrizaron en la desembocadura del Tavronitis o

junto a su lecho. Eran el resto del 1.er batallón, el Sturm Regiment dirigido por el comandante Koch, que había conducido el ataque contra Eben-Emael el año anterior, los estados mayores de algunos regimientos y parte del 3.er batallón.

Casi inmediatamente pudo oírse un rugido más intenso de motores, que parecían funcionar demasiado lentamente para ser de aviones. Eran los Junkers 52, apodados «los tranvías» durante sus misiones de bombardeo despiadadas sobre Madrid cinco años antes.

En la villa del general Freyberg reinaba una atmósfera de tranquila indiferencia hasta que Monty Woodhouse apareció antes de las ocho para entregar un mensaje. El general le propuso que se quedara a desayunar.

«No fue un desayuno suntuoso -recuerda Woodhouse-, pero sí mucho mejor de lo que había probado desde hacía bastante tiempo.»

[181] Mientras comían, «levantó la vista y vio el cielo azul poblado de aviones alemanes... El general siguió desayunando tranquilamente. ¿Qué debía hacer yo? Interrumpirle me pareció descortés, por no decir un acto de insubordinación».

Cuando Woodhouse hizo finalmente acopio de valor para intervenir, Freyberg levantó la cabeza y gruñó, y después consultó su reloj. «¡Perfectamente puntuales! -apostilló-. Manifestó una leve sorpresa por la puntualidad germánica y luego volvió a su desayuno.»

La sangre fría de Freyberg ante el espectáculo de un ejército enemigo se enmarcaba a la perfección en la mejor tradición británica. «Su actitud -escribe Woodhouse- era la de quien, en función de sus informaciones, ha tomado todas las disposiciones pertinentes y ya sólo le queda dejar a sus subordinados librar la batalla.»

[182]

Esta imperturbabilidad había resultado admirable durante los repentinos ataques de pánico que se produjeron en la retirada de Grecia, pero ese talante relajado la mañana de una invasión aerotransportada probablemente no llevara consigo la urgencia necesaria, toda vez que el resultado de la batalla se iba a decidir en función de la rapidez de reacción ante los acontecimientos por parte de cada bando. Por una razón desconocida no se comunicó el estallido de ese asalto, que se esperaba desde hacía tanto tiempo, a las fuerzas estacionadas en Iraklion, donde la 14ª brigada de infantería no tendría la menor noticia de los combates que se libraban en torno a Canea hasta las dos de la tarde.

Los oficiales de estado mayor del cuartel general de la Creforce fueron más expresivos que su jefe cuando divisaron cómo parte de la fuerza de planeadores, lanzados a gran altura por encima del mar, comenzaba a dibujar círculos sobre la costa. Una docena se fue deslizando por encima de la cantera de la Creforce con un silbido de alas antes de aterrizar sobre el terreno rocoso del Akrotiri, a menos de dos kilómetros al norte de donde se encontraban. Seis acabaron cerca de la tumba de Venizelos, en Profitilias, y el cuartel del regimiento de los húsares de Northumberland. Cuatro se posaron junto a una batería falsa de cañones antiaéreos a tan sólo cuatrocientos metros de la cantera.

A pesar de encontrarse en una grave situación de inferioridad y de su deficiente equipo, el escuadrón B de los húsares, desmantelado, trabó combate de inmediato con la compañía del capitán Altmann. Incendiaron un planeador en vuelo, que se estrelló: los tres hombres que surgieron milagrosamente de entre las llamas fueron abatidos en seguida. Otro planeador explotó después de que un disparo afortunado alcanzara una caja de granadas que llevaba en su interior. Una tripulación de diez hombres se rindió después de una rápida carga dirigida por el maestro ajustador de un cuerpo de artillería. Otra sección fue también abatida despiadadamente después de que algunos alemanes

agitaban una bandera blanca y otros abrían fuego. El cuerpo de Altmann jamás fue identificado.

Algunos de los paracaidistas supervivientes huyeron a refugiarse en un olivar que había detrás de la tumba de Venizelos. Hubo que obligarlos a salir, más entrada la mañana, con suma cautela. Antes de saltar sobre una pared de piedra, el subjefe en funciones, comandante David Barnett, levantó el casco sobre un palo como medida de precaución. No se produjo ninguna reacción. En cuanto se levantó para asomarse del otro lado, una bala le atravesó la frente. Murió instantáneamente.

Los paracaidistas que habían caído más cerca del cuartel general de la Creforce se refugiaron en las posiciones rodeadas de alambradas y sacos terreros de la falsa batería antiaérea. Los húsares de Northumberland perdieron varios hombres en el asalto de esa zona: sin granadas de mano no tenían ninguna esperanza de desalojar a los bien pertrechados alemanes. Los demás escuadrones de húsares estaban desperdigados por la península, la mayoría emplazados en otras posiciones de artillería, de modo que la posible ayuda había que buscarla en el regimiento galés, situado más allá del cuartel general de la Creforce.

Mientras empezaban las escaramuzas contra las tropas de los planeadores sobre la punta de la colina que domina la cantera de la Creforce, los oficiales de estado mayor de Freyberg observaban la vista panorámica sobre la llanura costera con una mezcla de asombro, temor y fascinación profesional. La flota aérea se acercaba por mar y «el cielo se estremecía con el rugido de sus motores».

[183] Cuando apercibieron la estela de sombras negras que seguía a las tropas aerotransportadas, varios observadores creyeron por un momento que los aviones llevaban una cola de humo después de haber sido alcanzados, pero las sombras se desgajaron de la estela y se pusieron a escupir casquetes compulsivamente, blancos en el caso de los paracaidistas, rojos, verdes o amarillos para las cajas de armamento, equipo o suministros. David Hunt, de pie junto al jefe de escuadrilla Beamish, le oyó murmurar: «¡Qué visión fascinante! Parece el fin del mundo».

[184] En cuestión de minutos, la barahúnda de disparos a lo largo de la franja costera transformó el idílico panorama mediterráneo en un campo de batalla confuso. Con sus prismáticos, Hunt y Beamish veían bocanadas de humo elevarse por encima de los olivares y alguna mancha blanca de un casquete de paracaídas enganchado en la copa de un árbol o en un poste de telégrafos.

Mientras los oficiales más veteranos recordaban a H. G. Wells y temían el caos de una batalla sin líneas trazadas con claridad, los oficiales más jóvenes y los soldados estaban mucho menos impresionados. Recuperaron su aplomo y se dispusieron a matar paracaidistas como si fuera un deporte peligroso y estimulante de los que se practican en las ferias.

Los oficiales neozelandeses dijeron a sus hombres que apuntaran a las botas de los hombres que iban cayendo, pues descendían con suma rapidez. A juzgar por el número de enemigos que se encogían, quedaban suspendidos laxamente y se estrellaban contra la tierra, fue una idea afortunada. Luego los cubrían sus paracaídas, como si de sudarios instantáneos se tratara.

Al parecer, el diseño de los arneses alemanes no valió de nada. Las cuerdas iban atadas a una abrazadera a la altura de los hombros, de modo que los soldados quedaban suspendidos «como cachorros de gato levantados por el cogote». Y aunque tenían las manos libres para disparar sus Schmeisser-o, como ocurrió en un caso, para tocar la corneta-, apenas controlaban su caída. Por si fuera poco, su suerte dependía por encima de todo de dónde caían: en terreno indefenso o ante las bocas de los fusiles de la infantería neozelandesa que les aguardaban en los sectores de Máleme y

Galatás.

A la mayoría de los paracaidistas, la idea de saltar desde el aire y luego caer flotando para atacar al enemigo les daba la sensación de ser invencibles. En cambio, descubrirse tan vulnerables supuso una conmoción descorazonadora. El que los defensores pudieran dispararles cuando estaban inermes les pareció a muchos una violación vergonzosa de las normas de guerra.

En Máleme, el avión de ataque había evitado la pista de aterrizaje a propósito. El hangar de dispersión, con sus tumbonas en la puerta, había sido destrozado y acribillado por las balas de las ametralladoras de los cazabombarderos y todo su perímetro había sido bombardeado, con lo que habían quedado grandes nubes de polvo colgando en el aire inmóvil. Eso impidió a muchos de los neozelandeses de las trincheras que rodeaban al aeródromo ver cómo los planeadores se deslizaban por encima de sus cabezas antes de ir a posarse sobre el lecho del Tavronitis y sus alrededores.

Algunos miembros de la fuerza terrestre de la RAF, que aún se guarecían del ataque aéreo, ni siquiera levantaron la vista cuando las tropas aerotransportadas pasaron sobre ellos en grupos de tres con un ruido ensordecedor y soltando sus cargas. Quienes sí lo hicieron pudieron contemplar cómo los «brollies», pues así los llamaban, se abrían a unos noventa metros de altura. Varios paracaídas se abrieron tan pronto que se enredaron en la cola de los aviones y, en algunos casos, los soldados que saltaban del avión de cabeza de la formación en V fueron golpeados por el avión que iba detrás.

En los primeros minutos de la batalla, la compañía C del 22.º batallón neozelandés, con sus tres pelotones situados al norte, el este y el oeste de la pista, arremetió contra todos los objetivos que tuvo a mano. El pelotón del extremo occidental, más cercano al lecho del Tavronitis, tuvo que cambiar la dirección de su fuego y dirigirla a los grupos procedentes de los planeadores que habían aterrizado junto a la playa. En la primera hora de combate mataron al comandante de la compañía, el teniente von Plessen, y a doce de sus hombres.

El plan alemán ya estaba claro: trataban de dejar caer sus fuerzas más allá del Tavronitis y luego usar el terreno desierto del lecho del río como línea de partida para sus ataques contra el aeródromo. El 2.º batallón, del comandante Stentzler, y el 4.º, bajo el mando del capitán Gericke, cayeron en paracaídas mucho más lejos, fuera del campo de visión del puesto de mando del coronel Andrews en la colina 107.

El general de brigada Eugen Meindl, que comandaba el Sturm Regiment, saltó justo después que Gericke. Meindl se había negado a acompañar a su propia tropa en el planeador. Insistió en saltar para demostrarse a sí mismo que estaba tan en forma como cualquier joven subalterno.

Los neozelandeses de la compañía D, situados en el flanco occidental de la colina 107, que dominaba el lecho del río, hostigaron con un fuego constante y preciso a las tropas de los planeadores del comandante Koch, infligiéndole numerosas bajas. La sugerencia del jefe de la compañía de que los cañones de 4 pulgadas, emplazados sobre la colina 107 para la defensa de la costa, fueran usados contra la zona de aterrizaje de los planeadores en torno al lecho del río fue desestimada, porque esa batería «estaba emplazada para atacar objetivos marinos».

[185]

Las demás piezas de artillería situadas al este de la colina -la mayoría de los 49 cañones enviados por barco desde Egipto eran ejemplares italianos de 75 mm. sin mirillas- no podían ayudarles, puesto que su campo de visión estaba limitado prácticamente a la playa.

Pronto el comandante Braun, del estado mayor del regimiento de asalto, logró hacer franquear a algunos de sus hombres el lecho del río y dominar los dos lados del puente. El pelotón neozelandés responsable de ese sector tenía escaso alcance de fuego y el caos del campamento de la RAF que

tenía inmediatamente a sus espaldas no le ayudó en nada. El general de brigada Meindl se hizo cargo de la situación con una rapidez impresionante. Dedujo que, por mucho que dijeran los informes realizados tras los reconocimientos aéreos, el grueso de las fuerzas inesperadamente voluminosas del enemigo se encontraba entre Máleme y Canea. Por algún motivo inexplicable no habían reforzado la línea del Tavronitis. El aeródromo era la clave para los refuerzos y la supervivencia de los alemanes y la colina 107 constituía su puerta. Así pues, mientras los hombres de Braun seguían acosando el flanco del aeropuerto, hizo que el 2º batallón de Stentzler rodeara la colina 107 por el flanco derecho y la asaltara por detrás.

Pero Meindl, a la hora de aterrizar, ya había recibido dos heridas, la primera leve, pero la segunda en el pecho. Y más o menos al mismo tiempo, el comandante Koch fue herido de gravedad durante sus infructuosos intentos de atacar la colina 107 desde el lecho del Tavronitis. El regimiento de asalto había perdido a la mayoría de sus mandos: tan sólo en el batallón de Koch, dieciséis oficiales habían muerto y siete estaban heridos. Sin embargo, la teoría confortadora de los oficiales británicos, según la cual las tropas alemanas se desmoronaban cuando los acontecimientos no se ajustaban a los planes, iba a ser pronto desmentida.

Mientras el regimiento de asalto que aterrizó al oeste de la colina 107 pudo ponerse al abrigo del fuego más granado del lecho del río, el 3.er batallón del comandante Scherber, que cayó a unos dos kilómetros (de la zona del aeródromo que apunta a Canea, fue masacrado desde el momento mismo en que se posó.

La mayor parte de los soldados de Scherber aterrizó sobre las posiciones bien ocultas del destacamento de ingenieros de la división neozelandesa y el 23.er batallón. Un grupo fue a caer encima mismo del cuartel del batallón. El coronel Leckie mató a cinco hombres y su ayudante, sentado sobre la caja de embalaje que le servía de despacho, abatió a dos sin incorporarse siquiera.

Se oían por doquier gritos entusiastas como «¡Un bastardo menos!», pero en ninguna parte con mayor ímpetu que entre los antiguos internos del correccional de campaña de Modion, contiguo al destacamento de ingenieros. Se había dado a los soldados que cumplían condena fusiles y la promesa de perdón si combatían bien, soltándolos para que cazaran a los paracaidistas desperdigados por su zona. Sesenta prisioneros mataron a ciento diez soldados en menos de una hora.

Los alemanes que sobrevivieron a la caída a través del fuego cruzado se iban posando doblemente desorientados ante esa resistencia inesperada. Algunos se estrellaron contra los tejados, otros fueron a caer entre las ramas de los olivos, donde eran abatidos antes de poderse quitar el arnés. Los cuerpos suspendidos se balanceaban delicadamente, como si de macabras potencias de un siglo anterior se tratara.

Quienes lograban aterrizar ilesos y sin haber sido descubiertos en un viñado o un campo de cebada no podían pasar al contraataque hasta que no encontraban sus armas. Y cuando las cajas caían en campo abierto, recuperarlas era como un juego asesino de «en busca del tesoro». Scherber, su ayudante y tres de los cuatro mandos de su compañía cayeron de esta guisa, junto con casi cuatrocientos hombres. El teniente Horst Trebes fue el único oficial clave que sobrevivió ileso.

El otro objetivo principal de los alemanes en los sectores de Máleme y Suda era el valle Ayía, al suroeste de Canea, conocido durante la batalla como «valle Prisión», por los edificios bajos y blancos de la cárcel de Ayía. Esta prisión la dominaban los mogotes de Galatás, un kilómetro más hacia el norte, que forman parte de una cadena de colinas secas y redondeadas que separa el valle cultivado del mar.

Galatás era la posición central de los restos de la 10ª brigada de la división neozelandesa, que sólo poseía un camión. El coronel Kippenberger, que la comandaba, no tenía siquiera un equipo de

radiotransmisión en su cuartel. La mayor unidad de esta formación sumamente heterogénea era el batallón mixto, compuesto por los restos de dos regimientos neozelandeses de artillería de campaña, la compañía de carburantes de la división y una compañía de transporte, todos ellos reasignados a la infantería: a estos artilleros se les conocía con el nombre de «infantilleros».

Kippenberger tenía también dos regimientos griegos, ambos mal armados y comandados. El 6.º regimiento griego, que contaba con tres cartuchos por hombre por toda munición, debido a una confusión, ocupaba el valle conducente a Canea, mientras al 8.º regimiento griego, armado con Steyer tomadas al ejército austro-húngaro durante la primera guerra mundial, se le había asignado una posición peligrosamente aislada al sur del lago Ayía. Cuando Kippenberger consultó al oficial de enlace que había enviado a avisar al coronel griego, no «le dijo que yo había comentado que el 8.º griego no era más que un círculo sobre el mapa y que era un asesinato dejar a esas tropas en semejante posición».

[186] (El regimiento en cuestión desmintió el pesimismo británico con su sorprendente capacidad de resistencia.)

También más arriba del valle, pero en el flanco norte, se encontraba la caballería de la división, con casi doscientos soldados que hacían las veces de fuerza de infantería. El batallón de Kippenberger en Grecia, el 20.º, estaba compuesto por parte de otra fuerza reservada para repeler una invasión por mar, y emplazado «en un lugar -como lamentaría más tarde-, donde no pudieron hacer nada en todo el primer día, de importancia vital».

[187]

Aunque era uno de los oficiales neozelandeses más aptos, Kippenberger cometió un error fundamental. No colocó a ninguna fuerza defensiva en la propia prisión: «un sólido rectángulo de edificios inmune a nuestros pequeños fusiles. Se sospechaba que su gobernador era proalemán, y resultó ser cierto. No recuerdo que en ningún momento pensáramos en guarnecerla».

[188]

Después de los bombardeos y ametrallamientos de las primeras horas de la mañana, Kippenberger se afeitó y comenzó a comer un plato de gachas tremendamente insípido a la sombra de los árboles de la pequeña casa que hacía las veces de cuartel en Galatás. De repente oyó blasfemias y exclamaciones y, levantando la mirada, vio a cuatro planeadores «volar en un silencio amenazador e inexpresivo».

[189] Gritó: «¡A las armas!» y se abalanzó sobre su fusil.

Esos aviones, que transportaban al estado mayor del fenecido general Süssmann, aterrizaron entre la prisión y el lago Ayía. Fueron seguidos casi de inmediato por las oleadas de aviones de transporte que lanzaron a los tres batallones del 3º regimiento de paracaidistas y el batallón de ingenieros.

Como el general de brigada Meindl, el jefe de estado mayor de la división, el comandante conde von Uxküll, se negó a viajar en planeador e insistió en ser lanzado en paracaídas. Una gran parte de su 3.er batallón se posó sobre las posiciones bien camufladas de los 18.º y 19.º batallones neozelandeses y sufrió la misma suerte que los hombres de Scherber al este de Mácame. Las trincheras del 19.º batallón estaban tan bien disimuladas que el cabo Fletcher y su sección pudieron contemplar cómo uno de los primeros paracaidistas en caer se arrastraba hacia ellos a través de un

pequeño campo, creyéndose protegido por las matas. No abrieron fuego hasta que no hubo levantado la cabeza, a una distancia de unos tres metros. El primer disparo lo hirió. «Gritaba y aullaba como un cerdo con la garganta cortada, suplicando clemencia, y fuimos absolutamente piadosos: una bala limpia en la cabeza.»

[190] La mayoría de los relatos sobre este episodio, como los de cualquier combate, son sumamente jactanciosos y comparan la matanza a la caza de patos y conejos. Kippenberger señala lo siguiente: «El 19.º batallón nos dijo que había matado a 155 paracaidistas y, como excusándose, tomado nueve prisioneros».

[191] El 6.º regimiento griego, cuya posición iba desde Galatás hasta el otro extremo del valle, vio cómo los enemigos caían por doquier a su alrededor. Pero, como su coronel no había repartido la munición que sólo había recibido el día anterior, no es sorprendente que sus soldados, mal entrenados, se dispersaran.

El capitán Bassett, de la brigada de Kippenberger, trató de reunir a todos cuantos pudo. La mañana siguiente, cedieron a doscientos de los supervivientes a un «héroe rubio», el capitán Michael Forrester, de la Misión militar real británica. La historia oficial neozelandesa y la mayoría de las demás obras afirman erróneamente que Forrester se hizo cargo de su grupo esa misma mañana y dirigió una carga contra el enemigo. De hecho, había regresado de Iraklion la tarde anterior y se dirigió a la casa del príncipe Pedro, desde la cual se divisaba una vista panorámica sobre la bahía situada al norte de Daratsos. En ella tan sólo encontró a Marcos, el cocinero.

Mientras se afeitaba antes del desayuno, vio que comenzaban a descender paracaidistas y, cogiendo un rifle, se unió a la lucha contra un grupo que atacaba el 7º Hospital general de campaña, del otro lado de la bahía, y luego se integró en el destacamento costero del batallón mixto, compuesto principalmente por chóferes.

En el valle que se encuentra a los pies de Daratsos sólo quedaban unas pocas tropas de la artillería real, tremendamente expuestas al peligro. Un grupo de soldados del capitán von der Heydte los hostigaba por un flanco y, como no disponían de armas personales, fueron obligados a replegarse, perdiendo a varios hombres y uno de sus cañones de campaña, que los paracaidistas apuntaron jubilosamente contra una granja vecina en manos de soldados británicos.

Casi cinco kilómetros valle arriba, el batallón de ingenieros del comandante Liebach se posó al oeste del lago Ayía, mientras algunos de sus destacamentos caían sobre el 8.º regimiento griego, la mayoría de cuyos hombres defendieron sus posiciones con una bravura y eficacia que Kippenberger no había sospechado jamás. El resto del 1.er batallón de Heydte y el 2.º del comandante Derpa se posaron sin encontrar apenas oposición entre el lago Ayía y la prisión, que ocuparon prestamente. No podían creer en su buena fortuna: disponían de una base segura, un centro sanitario y una fuente de agua.

Desde la «colina rosa», justo enfrente de Galatás, parecía como si «todo el valle estuviera cubierto de paracaídas abandonados, cual gigantescos champiñones».

[192] Kippenberger y los hombres de la compañía de carburantes de la división veían a los paracaidistas correr en todas direcciones, tratando de reagruparse y recoger las armas de las cajas. Estaban fuera de su alcance de tiro. Sólo algunos, dispersos, habían caído lo bastante cerca para abrir fuego contra ellos. En los primeros compases de la batalla, Kippenberger había seguido con

sigilo a un francotirador apostado en las afueras de la aldea y lo había abatido a quemarropa.

A menos de dos kilómetros al noreste de Galatás se había agrupado parte de un escuadrón del 3.º de húsares. Estos soldados de caballería, que habían llegado hacía poco, no estaban aún totalmente acostumbrados a los ataques aéreos matutinos, conocidos como «arrebato cotidiano de odio».

Habían aprovechado todos sus momentos libres para realizar trabajos de mantenimiento y reparación imprescindibles. Los vehículos -que uno de sus oficiales calificaba de «cochecitos de bebé acorazados»- ya estaban en un estado deplorable cuando fueron embarcados en Alejandría: constituían una selección apresurada de los que se habían devuelto del desierto para su recomposición en los talleres de los cuarteles generales en torno al Cairo. Para complicar las cosas, el buque que los transportaba había sido bombardeado a su llegada a la bahía de Suda, y hubo que sacar a los carros de combate con elevadores de la bodega del buque medio hundido.

El cuartel del escuadrón, con sus destacamentos de caballería (cada uno de los cuales disponía de tres o cuatro carros de combate), se había ocultado en un olivar. Los oficiales y suboficiales estaban desayunando, sentados a una mesa bajo un árbol, cuando la segunda oleada de bombarderos y cazabombarderos comenzó a hostigar la franja costera. Los Messerschmitt pasaron rozando las copas de los árboles y ametrallando a discreción. Las balas atravesaron el cañamazo de las hojas. Todos se arrastraron en busca de refugio tras los troncos de los árboles.

A los pocos minutos de estar hacinados unos encima de otros, alguien gritó: «¡Esos cabrones están aterrizando!»

[193] Miraron a través de las ramas y descubrieron los paracaídas. El jefe del escuadrón chilló: «¡Tripulaciones, a los carros!». Se organizó un vaivén enloquecido y las tripulaciones, en su precipitación, se confundieron unas con otras.

El teniente Roy Farran dirigió la carga de sus tropas carretera arriba en dirección a Galatás. Pasaron junto a un grupo de soldados griegos que, implorándoles, les pidieron municiones. Farran les lanzó una canana de su Vickers, pero después se dio cuenta de que no se correspondía con el calibre de sus rifles. Los soldados de caballería sintieron un arrebato de entusiasmo cuando los neozelandeses les lanzaron gritos de ánimo y les enseñaron los pulgares hacia arriba.

Pasado Galatás, el carro de combate que iba en cabeza fue alcanzado por el disparo de un Schmeisser. Asomándose a la torreta, Farran distinguió a una figura gris que cargaba contra ellos. Dio la orden de disparar y el artillero así lo hizo, pero su objetivo resultó ser una campesina con un vestido largo. Una bala le alcanzó en el hombro y otra en la cabeza y pasó junto al tanque gritando. Farran se quedó petrificado de horror hasta que los paracaidistas alemanes volvieron a abrir fuego.

De vuelta al pueblo, el carro de combate se detuvo cuando un cretense escondido en una cuneta les hizo señas con un pañuelo. Se puso el dedo en los labios en señal de silencio y señaló con el dedo la cuneta opuesta. Poniéndose de puntillas sobre la torreta, Farran divisó a un paracaidista alemán perfectamente pertrechado que yacía cabeza abajo. Le increpó que se rindiera, pero el hombre no se movió, de modo que le disparó con su pistola de servicio. Erró el tiro, pero el alemán no pudo evitar tensar el cuerpo. Farran hizo girar la torreta y le apuntó con la Vickers.

Unos cuantos metros carretera arriba abatieron a dos alemanes más y cinco surgieron de improviso de los árboles desde otra dirección, con las manos levantadas. Farran, que creyó que se trataba de una trampa, dio la orden de disparar y cayeron tres. Los otros dos, aunque heridos, lograron escapar y refugiarse de nuevo entre los árboles. «No creo que pudiera acostumbrarme a matar prisioneros -escribe en sus memorias-, pero Creta era diferente y, en el acaloramiento de la

lucha, no tuve tiempo de reflexionar.»

[194]

Creta era diferente, sin duda alguna. Inmersos en el ritmo trepidante, la incertidumbre y el miedo del combate, ninguno de ambos bandos paró excesivamente mientes en el Convenio de Ginebra. En los dos lados se produjeron numerosos incidentes de soldados y oficiales que mataron a sus prisioneros. Sin embargo, cuando los paracaidistas del 3.er batallón del 3º regimiento de paracaidistas atacaron el hospital de campaña situado sobre el promontorio costero que había dos kilómetros al norte de Daratsos y al parecer forzaron a los prisioneros a caminar delante de ellos, a guisa de escudo humano, a Farran le sorprendió «la insensibilidad alemana en relación con la Cruz Roja en esa fase de la guerra pues, en general, observaban con extrema meticulosidad las normas establecidas».

[195]

La diferencia principal de la guerra de Creta estribó, para horror de los alemanes, en la función que desempeñaron los «civiles no alistados». La resistencia cretense, a diferencia de los movimientos clandestinos del resto de Europa, que no hicieron su aparición hasta un año o dos tras la ocupación alemana, se hizo sentir literalmente desde el primer momento de la invasión.

Los niños, los ancianos e incluso las mujeres dieron muestras de un coraje asombroso en la defensa de su isla. Los soldados alemanes estaban escandalizados ante la idea de que se les enfrentaran mujeres. A las sospechosas les descubrían el hombro. Si tenían una magulladura causada por el retroceso del rifle o habían sido capturadas con un puñal en la mano las fusilaban junto a los hombres.

Según la versión neozelandesa oficial, los paracaidistas aislados que habían aterrizado junto a Perivolía fueron «despachados por los civiles con hachas y palas».

[196]

Uno de los primeros ejemplos de movilización espontánea fue un ataque contra la retaguardia del batallón de ingenieros paracaidistas, que se había posado en torno al lago Ayía, cuando los irregulares cretenses, saliendo del inmenso pueblo de Alikianós, arremetieron contra él.

En un breve lapso de tiempo, según un informe alemán, la 16ª compañía del regimiento de asalto, «que tenía la orden de proteger el sur del aeródromo de Málemes [sic], tuvo que luchar sin tregua contra los francs-tireurs».

[197]

Aunque los cretenses tenían una gran tradición de resistencia orgullosa contra los turcos, la ferocidad, temeridad y coraje de que hicieron gala en 1941 recordaban sobre todo al levantamiento del 2 de mayo en Madrid contra las fuerza napoleónicas, a la «guerra al cuchillo».

[198]

Algunos sacerdotes condujeron a sus feligreses al combate. El padre Stilianos Frantzeskakis, al enterarse de la invasión aérea, se fue corriendo a la iglesia para tañer la campana. Cogió un rifle y dirigió a los voluntarios que había congregado hacia el norte de Paleojora. Después luchó contra los destacamentos de infantería motorizada alemanes cuando éstos llegaron a Kándanos.

Un oficial de inteligencia del cuartel de la 14ª brigada de infantería recordaba a varios curas con gran puntería (y, por consiguiente, «excelentes colegas»)

[199] que debieron participar sin duda alguna en el combate. En estos primeros embates, la gente se paseaba con un fusil pegado a la pernera, al acecho de una oportunidad de hacer prácticas de tiro contra algún paracaidista alemán. En Rézimno, Ray Sandover, uno de los comandantes australianos de batallón, vio, el segundo día de batalla, a un monje armado con un fusil y un hacha atada a la cintura. El tercer día, el mismo monje apareció acompañado por un chaval, que le ayudaba a portar las armas, es decir, una ametralladora ligera y otros trofeos que había ganado en la lucha contra los paracaidistas.

También durante la primera mañana, una de las compañías del 2º batallón del regimiento de asalto, que había aterrizado a varios kilómetros al suroeste de Máleme, fue sorprendida por irregulares cretenses cuando se disponía a afianzar su control sobre el puerto de Kukuli. Pero el episodio más feroz de toda la batalla tuvo que ver con el destacamento del teniente Mürbe. Este grupo, formado por setenta y dos hombres, había caído en los alrededores de Kasteli Kisamu y su misión consistía en tomar el puerto. Pero recibió la salvaje acometida del 1.er regimiento griego y de las irregulares cretenses. Mürbe y cincuenta y tres de sus hombres fueron abatidos y el resto, capturados. Varios cadáveres alemanes fueron troceados por los civiles, pero no hay pruebas de que numerosos paracaidistas heridos fueran torturados y mutilados mientras estaban vivos, como alegaron Goering y Goebbels.

Los alemanes, ofuscados por la predicción de los servicios de inteligencia de que los cretenses les darían la bienvenida, se llevaron una sorpresa mayúscula. Y la magnitud de sus bajas los enfureció. Tan sólo el primer día perdieron a 1.856 paracaidistas. Esa cifra debió ascender a dos mil cuando los heridos graves hubieron muerto. Resulta imposible calcular a cuántos habían matado los cretenses, pero la conmoción que eso supuso para los alemanes es indudable. Esperaban que su enemigo se desmoronara ante la llegada de lo que gustaban en denominar Furor Teutonicus,

[200] inspirándose en la «furia española» de la infantería hispánica del siglo XV. La resistencia civil, una tradición muy arraigada en la historia de Creta, ofendió tan profundamente el sentido prusiano del orden militar que se desencadenaron represalias brutales contra la población local.

10 - Máleme y el «valle Prisión

El general Freyberg había hecho lo posible por sacar a las personas superfluas de la isla antes del comienzo de la batalla. Convenció al coronel James Roosevelt, hijo del presidente de los EEUU, de que se fuera en hidroavión tan sólo treinta y seis horas antes de la invasión. Pero el rey de Grecia seguía en Creta.

La comitiva real había salido de Belakapina y se había trasladado a otra casa de campo junto a Perivolia el 19 de mayo. El príncipe Pedro se unió a ellos la tarde del mismo día, abandonando su casa en la costa al norte de Galatás, a unos pocos kilómetros de distancia. La mañana siguiente, el coronel Jasper Blunt, que conocía los planes enemigos por haber sido el principal jefe de inteligencia de Freyberg desde su llegada procedente de Grecia, empezó a telefonar al cuartel general de la Creforce pidiendo noticias desde las siete de la mañana, cuando comenzaron los primeros ataques aéreos en la costa. Observando ansiosamente el cielo con sus prismáticos, descubrió la primera oleada de aviones de transporte Junkers y los primereros paracaidistas. Blunt giró la manivela de su teléfono de campaña tratando desesperadamente de volver a hablar con el cuartel general de la Creforce, pero fue en vano. Una bomba había cortado el hilo.

Un grupo de paracaidistas cayó a menos de un kilómetro. Blunt ordenó al pelotón de escolta de los neozelandeses que cogieran sus armas y dejaran sus camas portátiles y sus mantas. No tuvo siquiera tiempo de empaquetar el equipo de radiotransmisión. Hizo partir precipitadamente a las personas que tenía a su cargo, entre las que figuraban el rey, el príncipe Pedro, el coronel Levidis, el chambelán de la corte, un amigo de toda la vida con el que se peleaba como si fueran «un viejo matrimonio», y Tsuderos, el primer ministro.

Tenían que huir apresuradamente, subir la colina que se encontraba tras la casa y dejar la mayor parte de sus pertenencias. El pelotón, dirigido por el teniente Ryan, se desplegó en torno al grupo, formando cuatro secciones, de vanguardia, retaguardia y en sendos flancos.

[201] Una nueva caída de paracaidistas les obligó a torcer hacia la izquierda y, después de subir penosamente la colina que se alza detrás de Perivolia, fueron tiroteados por un destacamento avanzado del 2º regimiento griego. El rey y el príncipe Pedro se adelantaron para acreditar su identidad ante los precavidos soldados.

Más tarde, cuando el grupo se paró a descansar, el rey mostró claramente su inquietud. Había abandonado algunos documentos y medallas importantes, incluida la Orden de la Jarretera. (Este descuido recordaba curiosamente a un incidente registrado en 1620. Federico, rey de Bohemia y marido de la reina Winter, cuando huía de las tropas imperiales después de la batalla de las Montañas Blancas, se olvidó sobre el lecho la medalla de la Jarretera, que le había dado su suegro Jacobo I.) Se envió a una sección de neozelandeses dirigida por el sargento del pelotón a recuperar las condecoraciones del rey Jorge, pero descubrieron que los alemanes ya habían ocupado la casa.

Blunt estaba preocupado. Con un grupo tan vulnerable y difícil de manejar, la escolta sólo podría contener a un puñado de paracaidistas y, al mismo tiempo, era lo suficientemente numeroso como para llamar la atención de los aviones alemanes. Y su rápida huida sin el equipo de radiotransmisión significaba que no tenía forma de ponerse en contacto con el cuartel general de la Creforce, para inquirir por los planes de evacuación desde la costa meridional. Necesitaba información sobre el lugar de caída de los paracaidistas, pero la ignorancia de la Creforce sobre lo

que estaba ocurriendo era casi tan grande como la de ese grupo que deambulaba por las montañas.

En Máleme, el puesto de mando del 22º batallón no podía hablar por teléfono de campaña con el cuartel de la brigada y el coronel Andrew no estaba al corriente de lo que les estaba sucediendo a sus dos compañías avanzadas, la C y la D, en el aeródromo y en la zona de la colina 107 que daba sobre el lecho del Tavronitis. No se les podía distinguir desde su puesto de mando ni desde las posiciones vecinas de la compañía, y también carecía de equipo de radiotransmisión. Así pues, no tenía noticias sobre el avance del enemigo hacia el aeródromo, uno de sus objetivos principales.

La zona de la que era responsable el coronel Andrew, en torno al aeródromo y la colina 107, es decir, los objetivos principales del ataque enemigo, consistía en unos cinco kilómetros cuadrados de terreno muy desigual lleno de ángulos muertos. La visibilidad estaba aún más reducida por las cañas de bambú, los viñedos y los olivos. Para complicar la situación, todavía no tenía idea del número de las fuerzas de paracaidistas que habían aterrizado más allá del Tavronitis. Sus puestos de observación no habían recibido ninguna noticia al respecto y, dado que carecían de equipos de radiotransmisión, tampoco ellos podían enviar mensajes. Los ataques aéreos enemigos eran demasiado intensos y constantes para que un soldado tuviera alguna posibilidad de atravesar la zona de fuego cruzado.

El pelotón del aeródromo que se encontraba más cerca del mar logró rechazar los ataques lanzados sobre la costa desde la desembocadura del Tavronitis. Pero el 15.º pelotón, que defendía el extremo occidental del aeródromo, estaba bajo una presión muy intensa. No tenía más que veintidós hombres, carecía de metralletas y era responsable de un frente de un kilómetro, a pesar de lo cual resistió con gran tenacidad.

A las diez, cuando los paracaidistas de Braun comenzaron a tantear la linde del aeródromo, el capitán Johnson, que comandaba la compañía, pidió la ayuda de los dos tanques Matilda del 7º regimiento real de carros de combate. Pero el coronel Andrew se negó: no quería utilizar su «carta oculta» demasiado pronto.

Pronto los paracaidistas alemanes que hostigaban a sus enemigos en torno al puente sobre el Tavronitis se abrieron paso entre dos compañías neozelandesas y se apoderaron del campamento. Un oficial de la RAF, en un descuido imperdonable, olvidó destruir los cuadernos de códigos, que cayeron en manos enemigas junto con el orden de batalla de la Creforce.

Los paracaidistas, excitados, por puro reflejo instintivo, mataron a varios soldados de las fuerzas aéreas según salían de las trincheras para rendirse. Sin embargo, un grupo puso en línea a ocho hombres de la RAF que no se ocultaban. Su jefe, Lawrence, les gritó que no tenían derecho a abatir prisioneros sin una orden expresa de un oficial.

Los paracaidistas alemanes se quedaron tan atónitos ante el espectáculo de aquellos prisioneros que se negaban a ser ajusticiados, que mandaron llamar a un oficial, lo que salvó la vida de los apresados. Pero distaban de estar seguros. Sus capturadores los obligaron a marchar delante de ellos, a modo de escudo humano, mientras avanzaban en dirección a la colina 107. Esa maniobra acabó en una matanza cuando una sección neozelandesa trató de sorprender a los paracaidistas alemanes por el flanco y los prisioneros, tanto soldados de la RAF como personal de la fuerza aeronaval, intentaron escaparse, con diversos grados de éxito.

Otros ajustadores y un par de oficiales ya habían retrocedido, abandonando el aeródromo y atravesando las cañas de bambú que enturbiaban la visión de las pistas aéreas desde las posiciones situadas en la colina que se encontraba

por detrás. Se unieron a las compañías neozelandesas y algunos lucharon ese día con acierto como soldados de infantería.

En medio de semejante confusión, el coronel Andrew difícilmente podía evaluar cuál era su situación. El 22º batallón había comenzado el día con 600 hombres. Era patente que había matado a muchos enemigos, pese a lo cual éstos seguían presionando para adentrarse en el aeródromo. Al no recibir informes de sus puestos de observación, desconocía cuál era su número. Andrew, como recogen los informes oficiales, «perjudicado por un sistema de transmisión ineficaz, sin remedio posible, tuvo cada vez mayores dificultades para comandar su batallón como una sola unidad».

[202]

Los aprietos de ese batallón habrían sido mucho más duros si el comandante Stentzler y sus dos compañías, que trataban de atacar la colina 107 por la retaguardia, no se hubieran topado con un pelotón apostado fortuitamente en la zona. Eso obligó a aquellos hombres exhaustos y deshidratados a dar un desvío aún más largo en plena canícula. Sus trajes grises de paracaidistas habían sido diseñados para el norte de Europa y la carga que llevaba cada hombre de armas, municiones y equipo de emergencia parecía aún más pesada bajo ese sol ardiente. La mayoría había bebido la práctica totalidad del agua que transportaba y no había dejado de sudar desde la noche anterior.

Al coronel Andrew, que no estaba al corriente de la maniobra de Stentzler, le inquietaba mucho más la suerte de sus compañías de vanguardia. Empezó a sospechar que habían sido superadas y sus peticiones de ayuda se hicieron más perentorias. A las 10.55, avisó al cuartel general de la brigada - su equipo de radiotransmisión funcionaba intermitentemente- de que había perdido el contacto con las compañías C y D.

En torno a mediodía, los alemanes pusieron en marcha sus morteros y una pieza de artillería ligera que habían traído consigo en paracaídas. Las baterías de artillería británicas no podían utilizarse porque las líneas telefónicas de campaña que las unían con sus oficiales de observación avanzados habían sido cortadas. De modo que sus oficiales tomaron bajo su mando al personal de la fuerza aeronaval y de la RAF.

El coronel Andrew, cuyo sistema de radiotransmisión había vuelto a perder contacto, comenzó a lanzar bengalas blancas y verdes, una señal de emergencia destinada al 23.er batallón, que había sido nombrado fuerza especial de contraataque. Pero los observadores apostados para recibir esa señal no vieron en ningún momento las bengalas. También probó a comunicarse con banderines. Sí logró hacer llegar un mensaje hasta el cuartel general de Hargest -inexplicablemente situado en la costa, a seis kilómetros y medio de distancia, en el punto más alejado de Máleme y en la zona cuya responsabilidad corría por cuenta de la brigada- a las 3.50 de la tarde. No hubo ninguna reacción.

Andrew estaba cada vez más inquieto. Tenía algunas heridas leves, aunque no suficientes para afectarle. Bajo la lluvia de cascadas de mortero que caía en torno a su puesto de mando y ante la ausencia de noticias de sus compañías, empezó a temer lo peor.

A las cinco, sin haber recibido aún ninguna señal de ayuda del 23.er batallón del coronel Leckie, logró contactar con el puesto de mando de Hargest con su teléfono de campaña. Pero Hargest, en respuesta a esa petición urgente de ayuda, replicó que ese batallón había trabado combate con los paracaidistas enemigos, una afirmación que no había comprobado y que era falsa.

Resulta difícil conjeturar cuál era el estado de espíritu de Hargest. O bien estaba lamentablemente confuso y desinformado o, por seguir respetando las prioridades de Freyberg, todavía consideraba los ataques contra Máleme de importancia secundaria en relación con la amenaza que habría de venir del mar.

Ante la negativa de Hargest, el coronel Andrew decidió que tenía que jugar su carta oculta. Ordenó la entrada en acción de los dos carros de combate Matilda, del 7º regimiento real de carros

de combate, con el respaldo del pelotón de reserva que se había reforzado con algunos artilleros voluntarios. Cuando los torpes Matilda maniobraron para salir de su escondite y adentrarse en la carretera de la costa, sus cintas de rodamiento crujieron y chirriaron con un ruido atemorizador para los paracaidistas alemanes. Pero esta ventaja psicológica no duró mucho.

Con una temeridad extraordinaria, los dos tanques ignoraron a los enemigos del aeródromo y el campamento de la RAF. En lugar de ello, se dirigieron directamente hacia el cauce del Tavronitis. De camino, la tripulación del carro de combate que iba en último lugar descubrió que se había equivocado de munición y que la torreta no giraba bien -una constatación considerablemente tardía-, de modo que se dio la vuelta, dejando al otro Matilda que prosiguiera solo su camino.

Este siguió avanzando estruendosamente hacia el puente, tropezó y se inclinó hacia el lecho fluvial. Se volvió para atacar a los paracaidistas alemanes por el flanco, pero casi de inmediato su panza blindada se topó con una roca: el tanque parecía una tortuga marina varada. La tripulación comprobó a su vez que no podía girar la torreta y abandonó el vehículo. La infantería que lo escoltaba, expuesta al fuego enemigo, fue obligada a replegarse y sufrió numerosas bajas.

Hacia las seis de la tarde, Andrew se puso en contacto telefónico con Hargest para contarle que había fracasado y que, sin la ayuda del 23.er batallón, se vería obligado a retirarse. Hargest replicó: «Si debe hacerlo, hágalo».

[203] Pero añadió que enviaría dos compañías en su ayuda. Andrew supuso que llegarían «casi en seguida». Pero, a medida que iba oscureciendo, ante la ausencia de ayuda, la progresiva desaparición de la munición y sin noticias de sus compañías de vanguardia, se planteó la posibilidad de efectuar una retirada completa.

Es comprensible el estado de espíritu en que se hallaba el coronel Andrew, pero cuesta más entender por qué no abandonó su puesto de mando, se escudó en la ladera posterior de la colina y trató de analizar la escena con sus anteojos. La ladera delantera, barrida por las ametralladoras, bombardeada y prácticamente despojada de vegetación, era sin duda un lugar peligroso: pero no es el valor de Andrew lo que está en entredicho. Como sus oficiales superiores en la línea de mando - Hargest, Puttick y Freyberg-, se diría que su imaginación y su instinto se habían quedado aferrados a su puesto de mando. No queremos decir con ello que Andrew se comportara como un avestruz, pues era perfectamente consciente de la magnitud de la amenaza, sino que su discurrir intelectual se había bloqueado.

Si el coronel Andrew hubiera tenido la iniciativa de observar la franja costera y las laderas occidentales de la colina 107 antes de la puesta de sol, habría comprobado que el capitán Johnson y sus hombres de la compañía C seguían oponiendo una fiera resistencia en el aeródromo, como ocurría con la compañía D de Campbell por encima del Tavronitis. Habían sufrido numerosas bajas pero, como las que habían infligido al enemigo eran mucho mayores, no pensaban ni por asomo en la retirada.

En la zona del valle Prisión, la situación estaba mucho más clara. En parte debido a que Kippenberger, el comandante de brigada de Galatás, observaba personalmente el desarrollo de la batalla.

Sólo se había creado cierta confusión en las lindes del campo de batalla. El grupo de planeadores de Genz, que había aterrizado al sur de Canea para atacar la estación de radiotransmisión y las baterías antiaéreas, pronto fue sometido; la caída catastrófica de la mayor parte del 3.er batallón del 3.er regimiento de paracaidistas sobre las sólidas posiciones neozelandesas había propiciado otra ocasión perfecta para matar, y los paracaidistas que atacaron el

7° Hospital General de la costa habían perecido o sido capturados en su totalidad. Pero en el valle Prisión, el resto del regimiento se había hecho fuerte y comenzaba a realizar duras incursiones en las montañas situadas entre Galatás y Daratsos.

La rápida decisión del general Weston de traer un batallón australiano de la reserva de Gueorguiópolis para reforzar la línea en el lugar en que el valle Prisión desembocaba en una pequeña llanura junto a Canea fue perfectamente correcta. Los mezcló con la fuerza mixta creada a base de los componentes del campamento de tránsito situado al norte de Perivolía (los apodaban los «perivolianos reales», porque supuestamente habían salvado al rey) y el 2.º regimiento griego, acantonado al pie de las Montañas Blancas.

El 8.º regimiento griego, ese «círculo sobre el mapa» expuesto al fuego enemigo, como lo bautizó Kippenberger, defendió su terreno extraordinariamente bien contra el batallón de ingenieros alemanes, pese a su armamento deficiente, y en seguida se apoderó de las armas de los enemigos que había abatido. Los irregulares locales, la mayoría de ellos pertrechados con viejos fusiles de caza, lucharon ferozmente para repeler un ataque contra Alikianós. «Los civiles -señala un informe alemán de la época-, con inclusión de un centenar de mujeres y niños, participaron en la defensa.»

[204]

Por la parte septentrional del valle, los neozelandeses de la compañía de carburantes, apostados sobre la «colina rosa» enfrente de la aldea de Galatás, fueron forzados a replegarse por una embestida impetuosa lanzada poco después de las diez. Pero ese asalto, dirigido por el teniente Neuhoﬀ, concluyó con la destrucción casi total de su compañía.

La colina rosa se llamaba así por el color de su tierra, sobre la que crecían gramas, malas hierbas y yucas alineadas como abrojos para evitar que las cabras invadieran los viñedos. El Black Watch había cavado ahí las trincheras seis meses antes, durante el periodo en que estuvo bajo el mando enérgico del comandante de brigada Tidbury. Pero, aunque la colina rosa constituía un bastión para la defensa de la 10ª brigada, todos los oficiales de la compañía de carburantes cayeron bajo el fuego enemigo. Kippenberger comprendió que los conductores y maestros ajustadores de ese batallón mixto sólo podrían en el mejor de los casos mantener a raya al enemigo; no estaban adiestrados para organizar un contraataque.

Dos horas después, el coronel Heidrich, comandante del 3.er regimiento de paracaidistas, que había instalado su cuartel general en la prisión, lanzó a un destacamento de prueba, formado por tres compañías y los componentes del cuartel general del comandante Derpa, contra el flanco izquierdo de la compañía de carburantes y la «colina del cementerio», que se alzaba entre Galatás y Daratsos. También ellos fueron rechazados, aunque con mayor dificultad.

En torno a mediodía se produjo un adormecimiento, como si los soldados anglosajones y alemanes hubieran sucumbido al ritmo mediterráneo. Una de las inquietudes de Kippenberger por entonces era la suerte que había corrido el destacamento de la división de caballería que había apostado valle arriba, más allá del lago Ayía. Envío una patrulla a rescatarlo de su aislamiento, sin éxito, y, casi de noche, el destacamento regresó solo, tras recorrer una ruta larga y sinuosa por las colinas de la costa. No habían sido de gran utilidad en el puesto que se les había asignado. Kippenberger los emplazó inmediatamente en la línea del valle, en sustitución de los griegos, entre la compañía de carburantes de Galatás y el 19.º batallón, que se encontraba en Daratsos.

Esa tarde, varios pelotones del batallón de Heydte atacaron en el valle el flanco derecho del 2º regimiento griego. Tomaron una colina coronada por un fuerte turco, pero pronto atrajeron un fuego de artillería de una precisión inimaginable. Los cañones de 75 mm italianos no tenían mirillas, pero

les habían confeccionado unas a base de madera y goma de mascar que habrían sorprendido al mismísimo Heath-Robinson.

[205] Tampoco tenían medios mecánicos para alzarlos. Según un artillero: «Si queríamos alargar el alcance del tiro, lo único que podíamos hacer era meter debajo un pedrusco más grande».

[206]

Otros soldados de Heydte realizaron una incursión en dirección a Canea, pero se encontraron enfrente al batallón australiano, recién llegado, y a los perivolianos reales procedentes del campamento de tránsito. La mayoría de esos artilleros y de los soldados de menor graduación, como los ajustadores y conductores, jamás habían recibido ninguna formación en infantería. Algunos apenas si sabían manejar un fusil. Pero muchos demostraron un instinto notable para esa guerra de acecho entre las sombras engañosas de los olivares.

Tras el sopor que pareció invadir a unos y otros a primeras horas de la tarde, de repente reaparecieron los cazabombarderos de Richthofen, ametrallando indiscriminadamente cuanto hallaban a su paso. El enorme gasto de munición y bombas de las fuerzas aéreas alemanas provocó mucho más ruido que bajas. Teodoro Stefanides, con una curiosidad tan médica como humanitaria, observó el fenómeno de un hombre presa de un ataque de pánico ante un ataque aéreo de aviones que volaban literalmente en círculos, o elipsis, para ser más exactos. Esa noche muchos hombres estaban demasiado cansados para comer. Se durmieron en cuanto la aviación enemiga se alejó.

También del lado alemán, los paracaidistas, después de cavar hondas trincheras, se acostaron enrollados en sus paracaídas. Los que habían quedado aislados del lado británico aprovecharon la oscuridad para deslizarse entre las líneas enemigas, dispuestos a susurrar de inmediato «Reichmarschall»,

[207] el santo y seña escogido por el general Student en honor de Goering.

El teniente Genz, cuyo grupo de planeadores del Sturm Regiment había neutralizado a los cañones antiaéreos apostados al sur de Canea durante casi todo el día, hizo franquear a sus supervivientes las líneas británicas y los condujo al norte de Perivolía. Caminaron sin ocultarse, pero sin los cascos puestos, para que no les traicionara su silueta. La mañana siguiente, después de un largo desvío, entraron en contacto con elementos del batallón de Heydte en el valle Prisión.

A medida que caía la noche del 20 de mayo, los escasos comandantes alemanes que habían sobrevivido en el sector Máleme-Galatás presintieron que habían perdido. No habían tomado ni el aeródromo de Máleme ni el puerto de Canea, ni siquiera el pequeño puerto de Kasteli Kisamu. Sus pérdidas habían sido tan desastrosas que creían que el intenso contraataque que esperaban en cualquier momento por parte del enemigo acabaría por desperdigar a los supervivientes. El general Student, en Atenas, era el único que quería proseguir la ofensiva. Richthofen, comandante del VIII cuerpo del aire, Lóhr, comandante de la 4ª flota aérea, y List, comandante del XII ejército, estaban convencidos de que la invasión aérea había sido una debacle y que habría que abortar la operación.

El hecho de que Freyberg no lanzara un enérgico contraataque esa misma noche es una de las cuestiones más irritantes de la batalla. Uno de los motivos de su conducta reside en que el comandante de brigada Hargest le informó mal, pues se negó obstinadamente a tomar en serio los mensajes del coronel Andrew, un hecho que no se ha podido aclarar aún satisfactoriamente. Al propio tiempo, Freyberg habría mostrado poco interés en Máleme, según algunos porque estaba convencido de que los alemanes tenían la intención de aterrizar de cualquier manera con sus fuerzas

aerotransportadas y de que, por lo tanto, la posesión de un aeródromo era irrelevante. El que los alemanes pudieran ser tan desprendidos -habrían destruido el conjunto de su flota de transporte en dos días- era una idea indudablemente curiosa.

Sólo se trató de llevar a cabo un contraataque. Se produjo al anochecer por orden de Puttick, que había recibido un mensaje incorrecto según el cual los paracaidistas estaban tratando de construir una pista de aterrizaje en el valle Prisión. En medio de una gran confusión, envió a dos compañías y tres carros de combate ligeros -una fuerza patéticamente insuficiente- contra los batallones de paracaidistas de Heidrich, compuestos por casi 1.300 hombres. Los intentos de abortar la operación fracasaron en el último momento y las patrullas deambulaban toda la noche, buscando a los comandantes de compañía para que les dieran instrucciones. Los pelotones perdieron contacto mutuo en la oscuridad, y resultado de todo ello fueron varios encontronazos aleatorios y caóticos, afortunadamente más con el enemigo que entre fuerzas amigas.

11 -Cara a cara con el enemigo en Rézimno e Iraklion

20 de mayo

En Iraklion, la primera mañana de batalla, el 20 de mayo, el «arrebato cotidiano de odio» no fue el prelude de un lanzamiento de paracaidistas, como había ocurrido en Canea. Se permitió descansar a las compañías y se les autorizó a desayunar, puesto que el cielo seguía limpio de aviones. A medida que iba transcurriendo sin novedades la mañana, la 14ª brigada de infantería se fue relajando. El general Freyberg no había osado transmitir a sus comandantes de brigada la información, captada a través de los mensajes de Ultra, de que los alemanes habían previsto finalmente poner en marcha la operación el 20 de mayo. Sea como fuere, se daba por supuesta la llegada de una invasión aerotransportada a primera hora de la mañana, y no se había recibido ninguna noticia del cuartel general de la Creforce de que se hubieran producido aterrizajes de planeadores ni saltos de paracaidistas en el extremo de la isla que tenían a su cargo.

Los miembros del personal del cuartel de Chappel que no estaban de servicio recibieron permiso para irse de la cantera. Uno de los oficiales de inteligencia, Gordon Hope-Morley, aficionado a la botánica, se puso a buscar flores silvestres: cogió su cámara fotográfica, que más tarde le resultó muy útil, pero ni el fusil ni el casco, que habrían sido más apropiados. Los oficiales de los tres batallones de infantería británicos también se marcharon, unos para realizar llamadas telefónicas de interés meramente social a sus compañeros de otras compañías, otros con la idea más seria de efectuar un reconocimiento del enclave en que se hallaban. Los Leicester, que habían llegado en el último momento, necesitaban desesperadamente reconocer el terreno. El oficial que los comandaba, por su parte, decidió que se trataba de una oportunidad ideal para escapar a Iraklion a darse un baño en el hotel principal.

En el continente, los comandantes del 1º y 2º regimiento de paracaidistas se iban impacientando de esperar en sus aeródromos. El coronel Bruno Brauer, encargado del asalto a Iraklion, no ocultaba su disgusto ante la demora. Brauer, más bajo que la mayoría de los paracaidistas, era célebre por su ligero tartamudeo, su boquilla y su coraje. Durante la toma de Dordrecht, había ignorado los consejos de ponerse a resguardo del fuego enemigo gritando una curiosa divisa: «¡Los paracaidistas no entran nunca en la línea de fuego!»

[208]

El coronel Alfred Sturm, un hombre mayor proclive a recalcar la dignidad de su puesto, se molestó por la escasa prioridad atribuida a su ataque contra la ciudad de Rézimno y su pista de aterrizaje. Su 2.º regimiento de paracaidistas había capturado el istmo de Corinto, pero ahora tenía que ceder un batallón a Brauer.

Los retrasos registrados durante las salidas a primera hora de la mañana en dirección a Máleme y el valle Ayía se fueron acumulando a lo largo del día. Y cuando los Junkers volvieron de su misión, el espectáculo de sus fuselajes, alas y planos de colas acribillados a balazos no resultaba sólo estremecedor, sino que hacían pensar en el tiempo que precisarían para ser reparados.

Dado que no había camiones cisterna, hubo que rellenar de combustible a mano los trimotores. Para acelerar la operación, se pidió a los paracaidistas que colaboraran con las tropas de tierra. Esta orden provocó reticencia y enfado, pero los soldados se desnudaron, conservando sólo sus calzones de deporte, y se pusieron al tajo, sudando a mares, con una temperatura de cuarenta grados a la sombra. El sol estaba tan ardiente y la evaporación era tan rápida, que los intentos de mojar las pistas y las zonas de dispersión, para evitar que se levantara polvo rojo, fueron inútiles. Los paracaidistas que seguían vestidos de la cabeza a los pies con sus uniformes de salto no sabían dónde meterse. Y los aviones, cuando llegó por fin el momento de embarcar, parecían hornos.

A las dos todavía no había embarcado la mayoría de los paracaidistas, a la hora en que supuestamente debían sobrevolar las zonas de salto de Iraklion y Rézimno. Y cuando despegó la primera ola, las nubes de polvo causaron aún más retrasos que la noche anterior. Se produjo un par de colisiones sobre la misma pista de despegue. Los lapsos entre un despegue y el siguiente adquirieron una importancia vital, pues cada minuto suplementario daba a los defensores más tiempo para atacar la nube de paracaídas anterior. Ya en el aire, pocos fueron los paracaidistas que se sintieron con ánimo para cantar «Roí scheint die Sonne». Brauer se encontraba en la última oleada de quince aviones. Estaba furioso. Debido a la escasez de aviones, hubo que dejar en tierra a 600 hombres: el «grupo Este» ya sólo contaba con dos mil trescientos soldados.

El coronel Sturm, aunque le molestó tener que ceder uno de sus batallones a Brauer, tuvo problemas menos graves en Rézimno. Decidió mantener una compañía reforzada bajo sus órdenes directas y dividió el resto de sus fuerzas en dos grupos de batalla, uno dirigido por el comandante Kroh y el otro por el capitán Wiedemann. Ambos estaban compuestos mayoritariamente por los miembros de los batallones que habían capturado el istmo de Corinto el mes anterior. El grupo de Kroh debía aterrizar al este del aeródromo y luego tomarlo. El grupo de Wiedemann, ligeramente más numeroso, había de posarse entre el aeródromo y Rézimno y capturar la ciudad y el puerto, que dominaba una poderosa fortaleza veneciana.

La defensa de la zona de Rézimno era responsabilidad de un soldado joven australiano, ascendido recientemente, el teniente coronel Ian Campbell. Confió la defensa de la ciudad en sí a ochocientos miembros de la policía cretense, una fuerza con gran sentido de la disciplina y muy eficaz. Fue dirigida por el comandante Cristos Tsifakis, un oficial cretense que tendría un papel de primer orden en la organización de la resistencia durante la ocupación. Para proteger la pista aérea, que se encontraba a ocho kilómetros al este de la ciudad, entre la carretera costera y una hilera de colinas, Campbell disponía de dos batallones australianos y dos pelotones de ametralladoras -aproximadamente mil trescientos hombres-, junto con dos mil trescientos soldados griegos, tan mal armados y faltos de experiencia como sus homólogos en las demás zonas.

El batallón personal de Campbell, el 2/11.º, y media docena de cañones de campaña, perfectamente disimulados en los bancales de viñedos de las estribaciones montañosas, podían cubrir la pista de aterrizaje y al propio tiempo mantenerse ocultos. Durante un reconocimiento aéreo se descubrió una de sus posiciones, cuyo emplazamiento fue corregido. El otro batallón, el 2/11.º, dirigido por el comandante Ray Sandover, estaba situado sobre otra colina de la costa, tres kilómetros más cerca de la ciudad. Un regimiento griego colmaba la brecha. El resto de los griegos y dos tanques Matilda estaban ocultos en los olivares que crecían sobre la ladera trasera del cerro.

Para dar un respiro a los soldados en los días de espera que precedieron la invasión, Campbell y Sandover los enviaron a nadar en grupos de menos de veinte hombres, para que no los descubriera una eventual misión de reconocimiento aéreo. De regreso, bajo la protección de los pelotones de vanguardia, tenían que tratar de pasar desapercibidos. Esto permitió a los defensores detectar de

antemano las zonas muertas y las rutas de ataque más probables. Las hondonadas del cerro, que los australianos llamaban «wadis» por sus recuerdos del desierto, eran numerosas y peligrosas.

Ante la falta de entretenimientos alternativos para pasar el rato, Campbell y Sandoover tuvieron que someter a estrecha vigilancia a sus hombres, bebedores y belicosos. La ciudad de Rézimno, donde habían estallado varias peleas de café, fue declarada zona de acceso restringido y se crearon patrullas de guardia.

El 20 de mayo, el ataque aéreo comenzó a las cuatro de la tarde. La operación, que apenas contó con veinte cazabombarderos y bombarderos ligeros, fue una catástrofe. Unos pocos reclutas griegos fueron presa del pánico, pero un puñado de suboficiales australianos enviado por Campbell los hizo volver en seguida a la formación. A las 4.15, las tropas aerotransportadas empezaron a asomar por encima del mar. Luego se lanzaron sobre el costado de Iraklion y comenzaron a soltar paracaidistas desde una altura de noventa a cien metros.

Los Junkers siguieron la carretera costera en dirección a Rézimno. Eso significaba que habían pasado junto a las colinas repletas de posiciones ocultas. De unos ciento sesenta aviones, siete cayeron abatidos a lo largo de la playa y otros se precipitaron en llamas sobre el mar. Un jefe de pelotón fue muerto en la escotilla, en el momento en que iba a saltar. Sus hombres perdieron hasta tal punto la compostura que se negaron a hacer lo propio. El piloto dio una vuelta para realizar un nuevo paso sobre la zona de salto, pero uno de sus motores fue alcanzado y se incendió. Al instante se puso a arder el ala, de modo que tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia sobre el mar, cerca de la playa. Los paracaidistas y la tripulación se subieron a una balsa de caucho, pero el fuego no dejaba de arreciar. Al final sólo dos de ellos lograron escapar.

La operación, que ya había comenzado con constantes interrupciones, se volvió caótica. Algunos paracaidistas cayeron al mar, donde, arrastrados por su equipo y asfixiados por los casquetes de sus propios paracaídas, se ahogaron rápidamente. Muchos de los que se posaron más cerca de la playa sufrieron graves heridas al caer sobre los bancales rocosos. La suerte más tremenda correspondió a un grupo de unos doce hombres, que aterrizaron sobre un extenso cañaveral, donde fueron empalados por los bambúes.

Del conjunto de las tropas, tan sólo dos compañías cayeron en el lugar correcto. Formaban parte del grupo de combate de Kroh, cuya misión era la conquista del aeródromo, de modo que aterrizaron delante de las posiciones de Campbell. Los supervivientes de tamaño desastre se deslizaron entre los matorrales y se quedaron agazapados, vientre a tierra. Un teniente quiso dar la orden de rendirse, pero un sargento le replicó secamente: «Imposible». Más tarde, el teniente von Roon agrupó a los supervivientes y los condujo por una ruta terrestre interminable hasta unirse a los hombres del comandante Kroh.

La parte principal de las fuerzas de Kroh cayó en torno a la almazara de Stavromenos, que se encontraba a dos kilómetros hacia el este. Kroh, que había aterrizado aún más lejos por la costa, reunió a sus hombres lo antes que pudo y los formó para atacar la colina principal -la llamada «colina A»-, que se encontraba en el flanco de las fuerzas de Campbell. De camino se topó con el teniente von Roon, que había seguido agrupando hombres a pesar de las escaramuzas constantes que libraban los irregulares cretenses. Los paracaidistas de Kroh, aprovechando la superioridad de su posición y armamento, doblegaron a los defensores y mataron a la mayoría de los artilleros y los ametralladores. Los viñedos constituyeron un excelente abrigo tanto para los atacantes como para los defensores.

Campbell no carecía de determinación. Desplegó a la mitad de su compañía de reserva y los dos Matilda en un rápido contraataque. Los tanques, que hicieron aparición nuevamente con gran

torpeza, demostraron ser tan inútiles como en Máleme, pero el veloz despliegue de la infantería evitó que los alemanes avanzaran. Esa misma noche, se puso en contacto con el cuartel general de la Creforce para pedir ayuda, pero Freyberg no quiso enviarle el batallón australiano que le quedaba y estaba estacionado en Gueorguiópolis. Campbell, sabedor de que todo dependería de lo que ocurriera la mañana siguiente, se dispuso a emplear todos los hombres que le quedaban en un contraataque destinado a echar a los alemanes de la colina A.

El grupo del general Sturm, compuesto por casi doscientos hombres, había caído enfrente del batallón de Sandover y corrido una suerte similar a la de quienes aterrizaron sobre el aeródromo. Los doce miembros de la cordada de un avión habían muerto nada más pisar el suelo. Sturm y sus ayudantes más próximos se salvaron gracias a que cayeron en una pequeña zona muerta. Poco antes del ocaso, Sandover hizo avanzar a toda su línea para despejar la zona. Tomó a ochenta y ocho prisioneros y gran cantidad de armamento. El propio Sturm fue capturado la mañana siguiente.

El mismo amanecer del 21 de mayo, Campbell lanzó su contraataque contra la colina A empleando todas sus fuerzas de reserva, con la ayuda de los dos regimientos griegos por sendos flancos. Poco antes de comenzar el asalto, el piloto de un cazabombardero alemán confundió una posición defendida por los paracaidistas y mató a dieciséis hombres. Este espectáculo enardeció a los australianos de Campbell, que fueron a la carga con una determinación feroz. Los paracaidistas de Kroh se vieron obligados a retroceder y se refugiaron en la almazara de Stavromenos, que utilizaron como fortín.

Los dos batallones australianos llevaron entonces a cabo una operación de barrido y lograron capturar a la mayoría de los supervivientes. Únicamente escaparon grupitos dispersos. El comandante Sandover, que volvía más tarde andando por una pista aérea, se topó con un mensaje escrito a tiza en alemán: «Necesitamos urgentemente un doctor». La persona que lo acompañaba descubrió una pequeña cueva y, tras cerciorarse de que contenía a seis paracaidistas heridos, sacó una granada para acabar con ellos. Pero Sandover lo detuvo y los llamó para llevarlos al puesto de socorro del regimiento. También se había capturado a la unidad médica de los paracaidistas, de modo que a los pocos días se creó un hospital de campaña conjunto, en el que se atendía a varios centenares de pacientes, alemanes, australianos y griegos.

El coronel Sturm, «un hombre muy atribulado» por su captura, se desmoronó cuando, durante el interrogatorio al que le sometió el comandante Sandover en alemán, comprobó que los australianos habían encontrado un juego completo de órdenes operativas sobre el cuerpo de uno de sus oficiales. Sandover lo sorprendió tratando de atisbar por encima de su hombro, con la intención de averiguar cuál de sus hombres había cometido semejante disparate. Otro oficial confesó a Sandover que no estaba prevista la llegada de nuevas reservas de paracaidistas. «No enviamos refuerzos a una operación fallida», aclaró el alemán.

[209]

Mientras tanto, el grupo de batalla de Wiedemann, que había aterrizado un par de kilómetros más cerca de Rézimno, no caía en una trampa como tantos otros, pero pronto recibió la acometida de la policía cretense de la ciudad y «civiles no reclutados», por el lado norte. Incapaz de avanzar sin exponerse a pérdidas tremendas, Wiedemann ordenó a sus hombres que prepararan la defensa «del erizo» en torno a la aldea costera de Perivolía.

La noticia de que se habían producido aterrizajes de paracaidistas sobre Máleme y el valle Prisión llegó finalmente al cuartel del comandante de brigada Chappel, instalado a la salida de Iraklion, a las 14.30. Los Leicester lograron que el oficial que los comandaba volviera del baño que

estaba tomando en la ciudad, pero muchos de los demás oficiales que se habían ausentado de sus unidades seguían fuera de contacto.

A las cuatro de la tarde llegaron numerosos bombarderos alemanes y, unos minutos más tarde, llegó de la estación de radar, situada sobre un cerro a dos kilómetros al sureste del aeródromo, la señal «roja» de aviso. Los aviones Stuka, de bombardeo en picado, empezaron a atacar a las 16.12 y, a las 16.34, según el diario de guerra del Black Watch, los Messerschmitt 110 bimotores abrieron el fuego de ametralladoras.

Hubo pocas bajas. Las posiciones estaban muy bien camufladas, como demostraron más tarde los mapas capturados y las fotografías tomadas en los reconocimientos aéreos. Y se prohibió a los soldados, con el único objetivo de no desperdiciar munición, disparar contra los aviones con armas ligeras. (Más tarde se revocó esta orden, en bien de la moral.) Por encima de todo, los cañones antiaéreos que rodeaban el perímetro del aeródromo -una docena de Bofors maniobrados por artilleros australianos y británicos y una batería de la marina real compuesta por cañones de tres pulgadas y cañones automáticos ligeros- habían permanecido en silencio, a diferencia de lo ocurrido en Máleme. La estratagema de Chappel logró convencer a los alemanes de que sus razzas anteriores contra los emplazamientos de los cañones los habían dejado fuera de ' servicio.

Después de menos de media hora, los Stuka regresaron a su base, en la isla de Skarpanto, al este de Creta, y los Messerschmitt volvieron sobrevolando el Egeo: ni unos ni otros podían perder tiempo en ir a buscar a unas tropas cuyo envío al frente se había retrasado tanto.

Los oficiales británicos alejados de sus unidades, ya fuera por asuntos oficiales u oficiosos, suspiraron con alivio al comprobar que se había tratado solamente de un ataque aéreo entre tantos. Pero, poco antes de las 17.30, el jefe de la compañía de Leicester, que se encontraba ausente en compañía de sus jefes de pelotón, se quedó aterrado al oír una corneta a lo lejos sonar el toque de «alarma general». Era la señal de que se iba a producir un ataque inminente de paracaidistas: tanto por radiotransmisión como por línea telefónica, el código era «Ataque Aéreo Púrpura». Su ansiedad fue aún mayor por el hecho de que el comandante de brigada Chappel hubiera encargado a los Leicester la tarea de organizar de inmediato todos los contraataques que fuera necesario.

El rugido lento de la oleada de Junkers que se avecinaba fue creciendo, hasta convertirse en un bramido opresivo, a medida que los puntitos negros que sobrevolaban el mar se convertían en siluetas reconocibles. En sus formaciones de tres aviones en V, los aviones de transporte de tropa viraron para pasar en paralelo a la costa, dejando tras de sí estelas largas y oscuras que, con un estremecimiento súbito, florecían en forma de casquetes. Las expresiones boquiabiertas de asombro ante ese espectáculo fueron las mismas que las que hubo en torno a Canea a primera hora del mismo día.

Todas las posiciones ocultas a lo largo de varias millas de costa abrieron fuego de fusil. Al este de Iraklion, junto al aeródromo, el II batallón del capitán Burckhardt cayó más o menos a lo largo de la carretera costera. Saltaron aproximadamente a la altura de la cantera donde se hallaba el cuartel de la brigada. Su zona de caída se extendía sobre casi todos los regimientos británicos y del imperio británico de la guarnición -parte del 7º regimiento Médium, parte de los Leicester, parte del 2/4.º batallón australiano-. Pero el grueso de las fuerzas se posó sobre el Black Watch, el batallón más numeroso y el responsable del aeródromo.

Los cañones antiaéreos abrieron súbitamente fuego contra sus dianas, que se desplazaban con suma lentitud. Unos paracaidistas saltaron de un Junkers 52, pero los casquetes de sus paracaídas no se abrieron. Los soldados australianos de infantería, apostados sobre «los Charlies» -dos picos supuestamente con forma de pechos femeninos, hechos de peñascos serrados y que dominaban el

extremo occidental del aeródromo-, dispararon sin casi levantar los cañones de sus fusiles contra los trimotores que les pasaban por delante. Podían ver con claridad los rostros blancos de sus tripulaciones. «Parecían tan cerca que tenía la sensación de que podías tocarlos», fue uno de los comentarios más escuchados después. Los australianos habían instalado una línea de alambre de espino entre los picos de las dos colinas y, aunque varios aviones la pasaron rozando, ninguno se enredó en ella.

En aquel extraordinario fusilamiento, muchos, enfebrecidos, dispararon primero a diestro y siniestro, pero pronto, con un autocontrol enardecido, los soldados comenzaron a escoger sus dianas, cuyas oscilaciones muelles disimulaban la velocidad de su descenso. Disparaban, volvían a cargar sus armas y disparaban de nuevo contra paracaidistas que probablemente ya estuvieran muertos. A diferencia de los alrededores de Máleme y el valle Prisión, había pocos árboles o postes de telégrafos donde pudieran enredarse los casquetes de los paracaidistas, pero también pocos lugares donde ponerse a cubierto. Los alemanes que llegaban vivos a tierra eran acribillados mientras se debatían por desprenderse de sus arneses.

Naturalmente, la lucha no se ciñó a las secciones y pelotones que se encontraban en la línea del frente. Muchos paracaidistas cayeron sobre cuarteles de compañías o batallones, donde los oficiales usaban sus fusiles y las pistolas reglamentarias. Para los oficiales y los soldados, la escena se prestaba a la perfección a un humor lacónico. Cuando un puesto de mando del Black Watch recibió por fin la notificación oficial del ataque de paracaidistas, el «especialista en transmisiones comunicó solemnemente al capitán Barry (quien acababa de "compartir" tres alemanes con el teniente Cochrane): "Aviso púrpura de ataque aéreo, señor"».

[210]

Debido a los retrasos que entorpecieron el despegue desde el continente, la caída de paracaídas duró dos horas. Sin aviones Messerschmitt ni Stuka que temer, los cañones Bofors salieron de su escondite y apuntaron a los lentos Junkers 52 (para el transporte de tropa) con siniestro júbilo. El diario de guerra del Black Watch registra que, a las 19.07, se vio cómo se estrellaban ocho Junkers en llamas al mismo tiempo, pero, dado que los alemanes perdieron un total de quince aviones en dos horas, probablemente se trate de una cifra fruto más del entusiasmo que de la observación. Con todo, la pérdida de quince aeronaves por fuego terrestre debe haber constituido todo un récord. Esta cifra asciende a más del doble de todos los que fueron abatidos en Máleme, Suda y Galatás.

Los paracaidistas de Burckhardt que cayeron en los terrenos sin abrigo que rodeaban al aeródromo, como un campo de nabos, tenían que buscar a la carrera sus contenedores de armas, a plena vista. Quienes cayeron en tiernas con vegetación baja, como el campo de cebada que se encontraba junto a las pistas, sobrevivieron en mayor proporción. El movimiento de los tallos y los frenéticos vaivenes animales descubrían su ubicación y pronto se usaron proyectiles incendiarios para expulsarlos del lugar, como a los conejos en época de cosecha. Una compañía pertrechada con ametralladoras Bren salió a perseguir alemanes en un viñado, pero éstos les pudieron sorprender con un ataque de granadas.

A las 18.15, el comandante de brigada Chappel dijo a los Leicester que enviaran patrullas de combate a peinar el «campo de ranúnculos» situado al este de la cantera. De la compañía reforzada del capitán Dunz, sólo cinco supervivientes lograron huir. Saltaron al mar, donde soltaron su equipo y municiones, y se pusieron a nadar para reunirse con el 1.er batallón, del comandante Walther, a ocho kilómetros al este por la costa de Gurnes, donde había sido lanzado para capturar una emisora de radiotransmisión.

Pero los combates en torno al aeródromo no fueron siempre un paseo triunfal. Chappel había cometido un error similar al de Kippenberger cuando no ocupó la prisión del valle Ayía. No había apostado tropas sobre los terrados de los edificios que se alzaban a cada lado de la carretera costera, incluidos unos barracones y un matadero abandonados. Pronto sirvieron de refugio y defensa a unos pocos grupos de supervivientes que hubieron de ser desalojados más tarde. Por otra parte, las fuerzas de Chappel no perdieron el tiempo en sus contraataques. Los dos Matilda del regimiento real de carros de combate y los seis Whippet de la 3ª división de húsares se pusieron en marcha casi de inmediato, sin dejar a los alemanes tiempo de recuperar el aliento. El teniente G. D. Petherick, jefe de tropa de la 3ª de húsares en Iraklion, afirmó que al menos treinta paracaidistas habían sido liquidados en luchas cuerpo a cuerpo «por las pistolas de sus jefes de tanque y se mató a muchos otros aplastándolos».

[211]

Ni los australianos de Campbell, en Rézimno, ni la 14ª brigada de infantería en Iraklion padecieron la indecisión fatal sobre el empleo de las fuerzas de reserva que tan luctuosa resultó en Máleme y Galatás. Chappel comprendió que la suerte de la batalla se decidiría en las primeras dos horas y envió su batallón de reserva setenta y cinco minutos después de que se avistaran los primeros paracaidistas.

Los componentes del Black Watch, los australianos y los Leicester estaban tan ocupados con la afortunada destrucción del batallón de Burckhardt (más de trescientos muertos, más de cien heridos y varias docenas de prisioneros), que no tuvieron tiempo para tomar nota de los demás aterrizajes que se iban produciendo fuera de la zona que se les había asignado.

En Gurnes cayó Bráuer para unirse al batallón del comandante Walther, muy mermado por los soldados que habían quedado atrás, tierra adentro. Comprobó que no se había establecido contacto telefónico con los demás grupos: Burckhardt en el aeródromo; la mitad del batallón procedente del 2º regimiento, que había sido lanzada como fuerza de bloqueo hacia el oeste; ni del 3.er batallón del comandante Karl-Lothar Schulz, que había aterrizado al oeste y el sur de Iraklion con la misión de apoderarse tanto de la ciudad como del puerto.

Bráuer comprendió que enviar a batallones aislados a cumplir esta misión resultaba excesivamente ambicioso. Aunque seguía careciendo de noticias claras, intuyó que la operación había tropezado con serias dificultades. El general Student, mal informado acerca del poderío enemigo, había dispersado sus fuerzas temerariamente. Por si fuera poco, el sector del grupo Este era el más extenso, pues contaba con cuatro zonas de salto repartidas a lo largo de casi veinte kilómetros de costa.

Cuando cayó la noche, el coronel Bráuer decidió desplazarse hacia el oeste para reagruparse con Burckhardt y observar con sus propios ojos la batalla que tenía lugar en torno a Iraklion. Como escolta, Walther le cedió el pelotón dirigido por el teniente conde Wolfgang von Blücher, que había ganado la cruz de Hierro de la Orden de Caballería en el descenso sobre Holland. Alrededor de medianoche, después de una rápida marcha, la sección de Blücher divisó tropas delante de ella, sobre la colina situada al sureste del aeródromo. Convencido por puro optimismo de que se habían topado con piquetes apostados por el 2º batallón de su regimiento, gritaron la contraseña «Reichsmarschall», que fue contestada con un furioso tiroteo. El pelotón de Blücher, que había dejado atrás al coronel Bráuer, descubrió que se había adentrado considerablemente dentro del perímetro de la zona controlada por el Black Watch. Al quedar expuestos al fuego procedente de otras posiciones, no tuvieron más remedio que echarse a tierra.

Los oficiales del Black Watch disfrutaban particularmente jugando al escondite y siguieron haciéndolo hasta bien entrada la noche. Según la versión de este regimiento, «Mungo Stirling, el ayudante, y Andrew Campbell, el oficial de inteligencia, siguieron dando un paseo en dirección a una de las compañías que iban a visitar y de paso mataron a un par en su camino».

[212] Los altavoces airearon un chiste en boga que se fue haciendo cada vez más elaborado y poco atractivo. Se llamaba a la mañana que siguió a «los disparos» «la recogida». Los oficiales de las distintas compañías charlaban sobre su botín por el teléfono de campaña. Alguien recordó más tarde el extracto siguiente de una conversación: «Estuve a punto de presentarme y ofrecerme voluntario como cargador. ¿A cuántos abatiste... veinte pares? ¿Y luego los dejaste tirados en la carretera? ¿Se fueron acercando ordenada y educadamente? ¿Y enviaste a un guardia a por los que huían?»

[213] Para los supervivientes desperdigados del batallón de Burckhardt, muchos de ellos heridos y desesperados de sed, fue una noche terrible. Los británicos los oían silbarse y ulularse mutuamente para establecer contacto. A cambio, se les obligó a escuchar las gaitas del comandante Roy. A juzgar por los relatos alemanes, el lamento de las gaitas fue una forma sumamente eficaz de guerra psicológica.

El batallón del comandante Schulz cayó por el oeste y el sur de Iraklion, sobre los maizales y viñedos que crecen delante de las gigantescas murallas venecianas. La insistencia habitual de Schulz en saltar el primero de sus hombres le salvó la vida. Justo después de saltar en la posición del crucifijo, el avión de transporte estañó en llamas, alcanzado en el depósito de combustible por un obús lanzado desde un cañón antiaéreo.

Sus compañías, dispersas, tuvieron problemas para reagruparse. Varios hombres fueron abatidos al aterrizar por soldados griegos de la guarnición de tres regimientos grandes pero mal armados, así como por civiles cretenses, algunos de los cuales acuchillaron a los paracaidistas que se habían enredado en los árboles, de una manera muy parecida a como los galeses de Enrique V rebanaron el cuello de los caballeros franceses caídos de su montura en Agincourt. El batallón del regimiento York y Lancaster estaba apostado en torno a la linde sudoriental de la ciudad, y el 64.º regimiento Médium -artilleros que hacían las veces de soldados de infantería- se hallaba entre ellos y el puerto.

La función que desempeñaron los «civiles no reclutados» en esta batalla fue tan importante como en la provincia de Canea. Un informe alemán señala que «al sur y el oeste de la ciudad, se libró una lucha enconada contra los francs-tireurs, que combatían en grupos de 7 a 8 personas, uno de los cuales era dirigido por un papa [sic] que posteriormente fue abatido».

[214] Quizás se tratara del sacerdote con el rifle escondido en los pantalones que Gordon HopeMorley había conocido justo antes de la batalla.

Schulz, después de agrupar a tantos hombres como pudo, dividió sus fuerzas en dos. Lanzó a uno de los grupos al ataque de la puerta Canea, mientras el capitán conde von der Schulenburg viraba hacia la izquierda con el otro, en busca de una brecha menos patente. Los hombres de Schulz se vieron inmersos en una lucha que muchos participantes compararon más tarde con un tipo de guerra propia de siglos atrás. En la puerta Canea se produjo una batalla furiosa. Los civiles, los soldados griegos y la policía cretense, bajo el mando del capitán Kalafotakis, se alinearon detrás de las

macizas murallas de la ciudad veneciana. Tanto el grupo de Schulz como el de Schulenburg lograron abrirse paso y penetrar en el recinto, pero a lo largo de las callejuelas fueron hostigados por doquier por una guerrilla igualmente feroz.

John Pendlebury, aunque era el oficial superior de la SOE en Iraklion, no había sido advertido de la invasión, como había ocurrido con el oficial que comandaba el regimiento de Leicester. A la hora de comer, se tomó una copa con los amigos en su lugar de encuentro favorito -el bar situado en los sótanos del hotel Cnosós-, justo al otro lado de la esquina donde una bomba alemana había alcanzado a un camión británico de aprovisionamiento que llevaba miles de huevos a bordo, confeccionando así «la mayor tortilla de Europa».

Resulta muy sorprendente que permaneciera en la ciudad cuando se esperaba el lanzamiento de paracaidistas en cualquier momento pero, según la versión de Jack Hamson, Pendlebury había recibido órdenes de quedarse y el 16 de mayo envió a sus dos tenientes -Hamson y Bruce-Mitford- a las colinas para defender puntos estratégicos junto a los voluntarios cretenses. Quizás también presintiera que la batalla más decisiva se libraría en Iraklion: ese día también estaba presente Satanás, con algunos de sus andartes.

No cabe duda de que Pendlebury y Satanás estuvieron con los defensores en la batalla de la puerta Canea, que tanto recordó a un asedio del Renacimiento, y tomaron parte en la lucha callejera contra el 3.er batallón de Schulz.

Los paracaidistas se abrieron camino, adentrándose considerablemente en la ciudad; algunos alcanzaron incluso el dique del antiguo puerto veneciano aproximadamente a las 10.30 de esa misma noche.

Recomponiendo las piezas de varios relatos sobre los últimos movimientos de Pendlebury (a menudo escogiendo una opción intermedia entre versiones que no encajan), quizás pueda concluirse que logró deslizarse la mañana siguiente en su despacho, en plena lucha. Aunque la batalla en la ciudad todavía no había concluido, quería salir de Iraklion para coordinar las bandas de andartes apostadas sobre las colinas de alrededor.

El comandante Schulz, que había aceptado antes la rendición de la ciudad ante un comandante griego, y el alcalde, un hombre mayor con un traje de lino y un sombrero de paja, se enfurecieron al comprobar que el fuego volvía a arreciar contra ellos cuando llegaron refuerzos procedentes del regimiento Leicester, York y Lancaster. Como sus hombres escaseaban en munición, se vería obligado a retirarse. Llamó otra vez al alcalde para avisarle de que, en cuanto sus hombres se hubieran retirado de la ciudad, llamaría a la Luftwaffe para que la destruyera. Y los dos grupos de paracaidistas, ahora ya mezclados de nuevo, lanzaron un ataque de retaguardia fuera de las murallas y permanecieron más o menos ocultos al sur y el oeste.

Pendlebury, armado con un fusil y, según la mayoría de las versiones, vestido con uniforme, salió de la ciudad por la puerta Canea esa misma tarde, no muy lejos de los hombres de Schulz. Iba acompañado por su conductor y un pequeño grupo dirigido por Satanás, el capitán de la guerrilla de Krusonas, una aldea situada sobre la ladera oriental del monte Ida. Una vez fuera del recinto, se despidió de Satanás, con quien había concertado reagrupar sus fuerzas más tarde. Salió en automóvil con su conductor por la carretera de Canea, una idea inexplicablemente temeraria, ya que se sabía que la zona estaba infestada de paracaidistas. Casi de inmediato se toparon con una sección de alemanes en Kaminia, a menos de un kilómetro de las murallas de la ciudad. En la lucha que estalló, se dice que Pendlebury mató a tres enemigos antes de ser alcanzado en la parte superior del pecho. Los alemanes lo llevaron, sangrando profusamente, a una casa que había del otro lado de la carretera y lo dejaron al cuidado de dos mujeres. Esa noche llegó un doctor alemán y le restañó las heridas.

El día siguiente, 22 de mayo, otro grupo de paracaidistas llegó a la casa. Se dice que reconocieron a Pendlebury por su ojo de cristal. (Algo altamente improbable: hay que contraponer la falta de discreción de Pendlebury con la deficiencia de los servicios de inteligencia militar alemanes.) Se llevaron a las dos mujeres a un campamento provisional y arrastraron a Pendlebury fuera de la casa, lo reclinaron contra una pared y lo fusilaron. Según otra versión, el segundo grupo de paracaidistas lo abatió iracundo como si de un franc-tireur se tratara, porque lo encontraron con una camisa de civil, que probablemente le habían dado las mujeres porque su uniforme estaba empapado de sangre.

Para complicar aún más los hechos, el extracto del informe alemán de diciembre de 1942 que versa sobre el «capitán Pendleburg [sic]» afirma: «Herido de gravedad en la batalla del 20 de mayo junto a IRAKLION, murió dos días después y fue enterrado ahí mismo». Que Pendlebury hubiera tratado de salir de la ciudad justo después del descenso de los paracaidistas en la tarde del 20 de mayo, pero antes de que el batallón de Schulz embistiera la ciudad, habría resultado más lógico, pero este proceder se contradice con los relatos de los testigos presenciales.

Pendlebury reconoció en sus diarios -que más adelante descubrieron los alemanes- que preparar a la población civil para una resistencia armada probablemente constituyera una vulneración de las leyes internacionales. Y Hamson escribió poco después de este hecho: «Sabía que no tenía más opción que vencer o morir».

[215] Supieran o no los paracaidistas que lo abatieron quién era, el hecho es que las autoridades militares alemanas se tomaron luego muchas molestias para identificar el cadáver. Se dice que se desenterró su cuerpo en un par de ocasiones para verificar que llevaba un ojo de cristal y que una vez le cortaron una muestra del tejido de la camisa, presumiblemente para poder demostrar que no iba de uniforme.

El número de cretenses que alegan haber sido la última persona en ver a Pendlebury con vida es más que impresionante. Tom Dunbabin, un arqueólogo y amigo de Pendlebury, y desde 1942 oficial de enlace con la resistencia cretense, escribió después de la guerra: «Circularon muchas versiones increíbles por entonces y más tarde, y la historia de sus últimos días se ha ido convirtiendo, en el imaginario cretense, en algo parecido a una saga». El mito de Pendlebury era tan intenso que el comandante de brigada Shearer, jefe de la inteligencia militar en El Cairo, informó a Churchill el 28 de agosto, tres meses después del fin de la batalla: «También tratamos de lanzar con paracaídas un equipo de radiotransmisión a Pendlebury, quien está controlando en gran medida las actividades de la guerrilla en las colinas cretenses».

[216]

El 21 de mayo, mientras los combates proseguían en la ciudad, Mike Cumberledge y Nick Hammond regresaron a Iraklion en el Dolphin, procedentes de Ierápetra. Habían tratado de telefonar a Pendlebury desde Sitia -en la última cena que compartieron, habían planeado lanzar una razzia contra Kasos la noche del 20 de mayo-, pero no lograron dar con él.

Cuando fueron recibidos con fuego procedente del dique, Cumberledge atracó en el extremo más alejado del espigón que formaba el nuevo puerto, alejado del puerto veneciano. Su primo Cíe y Nick Hammond saltaron a tierra, armados con un Mauser. Se fueron aproximando hasta que avistaron la esvástica flotando sobre la central de electricidad, lo que les dio la impresión de que el enemigo controlaba la mayor parte de la ciudad. Manifiestamente, el Dolphin y su tripulación poco podían hacer -todas las vías de acceso parecían bajo control de los ametralladores alemanes-, de modo que

Cumberledge hizo virar el buque y lo condujo hacia la isla de Día, al noroeste.

La mañana siguiente, preocupado por la suerte que habrían corrido Pendlebury y los demás amigos en la batalla, siguieron navegando a lo largo de la costa septentrional, haciendo señas a todos los aviones alemanes que se les aproximaban para inspeccionar el buque. Al entrar en la bahía de Suda, Cumberledge echó el ancla junto a la isla sobre la que se alzaban las ruinas de un castillo veneciano. Desde ahí hostigaron a los Stuka que levantaban el vuelo después de su caída en picado contra los buques atracados en el puerto. Era una buena posición. El Dolphin recuperó cinco colinas, un hecho confirmado, y varias colinas «probables» adicionales. Cumberledge y su tripulación no podían saber que sus cañones habrían sido aún mejor recibidos en Iraklion, donde los bombarderos del VIII cuerpo del aire de Richthofen habían vuelto para destruir la ciudad.

12 - La primera noche y el segundo día

20 y 21 de mayo

Pareció que la noche caía más rápidamente de lo normal. Las columnas de humo que se elevaban de las naves bombardeadas en la bahía de Suda recordaban a nubes de tormenta ennegreciendo un cielo vespertino. Pero tanto el agotamiento como la falta de visibilidad hicieron cesar la lucha. Los hombres de las líneas de fuego se desplomaron sobre el suelo o al fondo de sus trincheras de abrigo con un alivio entumecido, con la piel tensa por una mezcla de sudor seco y polvo. Los demás, ya fueran defensores aislados de sus compañeros o paracaidistas dispersos por sus descensos sobre posiciones sólidas, salieron a rastras de sus escondites para unirse a los de su bando.

En la oscuridad, el peligro hacía aguzar el oído. De tanto en tanto se oía un disparo amortiguadísimo hacia arriba, seguido de un crujido opaco y luego un siseo, a medida que se ralentizaba la trayectoria, una parábola deslumbrante y temblorosa de magnesio blanco y verde, que proyectaba un fulgor fantasmal sobre el campo. Crepitaban disparos repentinos de centinelas nerviosos y, de cuando en cuando, la curva elegante de bengalas trazadoras surgía en la distancia, seguida por el tableteo de la ametralladora que las había lanzado.

Quienes se hallaban en tierra de nadie se deslizaban unos junto a otros, eludiendo la lucha por una suerte de mutuo consentimiento instintivo, como ocurre con diferentes especies animales después de asistir a un tiroteo o derramamiento de sangre. También recordaban la vida salvaje algunos extraños ruidos propios de la jungla, susurros entre los matojos, silbidos, siseos y llamadas, que revelaban a paracaidistas tratando de ponerse en contacto.

A los heridos la oscuridad no les suponía más alivio que preservarse momentáneamente del sol. Todos, recostados sobre la tierra dura y aún caliente, padecían una sed atroz. Un grupo de soldados griegos, que yacían heridos en una casa aislada alcanzada por una bomba, fue descubierto casualmente tres días más tarde, sufriendo de hambre y sed. Cerca de Máleme, un jefe de escuadrón de la RAF, con ambos brazos destrozados, trató de pegarse un tiro, pero no tenía siquiera la suficiente fuerza en los dedos para apretar el gatillo que lo habría librado de su agonía. Los alemanes temían especialmente a los irregulares cretenses, que rastrillaban el campo de batalla en busca de armamento. Lo único que podían hacer era arrastrarse bajo los matorrales para ocultarse.

En el calor permanente de esa primera noche, el aire con su aroma a tomillo seguía siendo puro: los días siguientes se fue espesando progresivamente por el hedor de la carne en descomposición.

A las diez de la noche, Freyberg envió el siguiente mensaje a El Cairo: «Hoy ha sido un día duro. Nos han acosado con gran intensidad. De momento, creo que conservamos los aeródromos de Rétimo [Rézimno], Iraklion y Máleme, así como los dos puertos. Los tenemos a raya por un estrecho margen, y haría mal en pintar un panorama optimista. La lucha ha sido enconada y hemos matado a gran cantidad de alemanes. Las comunicaciones son sumamente difíciles».

Añadía la apostilla: «Acabamos de apoderarnos de una orden operativa alemana que recoge objetivos muy ambiciosos, todos los cuales han fracasado». Geoffrey Cox, uno de sus oficiales de inteligencia, había descubierto este documento hojeando papeles arrebatados a los miembros muertos y prisioneros del 3º regimiento de paracaidistas. Los tradujo rápidamente y concluyó que los alemanes esperaban tomar los aeródromos y los puertos el primer día de combate. Freyberg exultó de regocijo ante esta noticia. No sabía que el margen merced al cual habían conservado Máleme se hacía más estrecho a medida que pasaban los minutos.

Esa noche, la mayoría de los alemanes creía que habían sido derrotados porque los británicos iban a lanzar un contraataque. Habían tenido tantas bajas que, según Weixler, su corresponsal de guerra, sólo conservaban cincuenta y siete hombres en estado de combatir en la zona del puente sobre el Tavronitis y el aeródromo. La pérdida de los jefes de pelotón y compañía era especialmente dura. El comandante Stentzler y el capitán Gericke eran los únicos jefes de batallón del Sturm Regiment que seguían en pie.

La red de malentendidos que condujo a la pérdida de Máleme, y en último término de toda la isla, se debió en parte a unas comunicaciones «sumamente difíciles»: los defensores del aeródromo no disponían de un equipo de radiotransmisión y desde el puesto de mando del coronel Andrew, que en cambio sí tenía uno, no se podían distinguir las pistas aéreas. Pero el atolondramiento en el diseño de la estrategia antes de la invasión, sumado a la fatiga y confusión una vez estallaron las hostilidades, pesó aún más.

El coronel Andrew le había dicho al comandante de brigada Hargest, poco antes de la caída de la noche, que, después del fracaso del ataque con los carros de combate, habría de comenzar la retirada. La respuesta de Hargest -«Si debe hacerlo, hágalo»- fue acompañada por la promesa de enviarle dos compañías para reforzar sus efectivos. El desaliento cuando comprobó que no aparecían, añadido a la reacción adversa de Hargest ante una situación crítica, tuvo inevitablemente un efecto desorientador sobre el coronel Andrew. Sus oficiales superiores habían recalcado la importancia de contraatacar al enemigo, pero ahora parecían inexplicablemente reticentes a actuar. Teniendo en cuenta la orden emanada del cuartel general de la Creforce antes de la batalla de que había que dejar intactas las pistas de despegue y aterrizaje y de que no se cebaran las minas sembradas en el aeródromo, es comprensible que todos los oficiales al mando se preguntaran si se había producido un cambio drástico en las prioridades sin su conocimiento.

Privado de contacto con sus compañías de vanguardia, convencido de que los alemanes habían franqueado el puente, se habían abierto paso hasta el aeródromo y habían derrotado a los pelotones que se hallaban en la ladera occidental de la colina 107 y, por último, amenazado por las incursiones de las compañías de Stentzler, que habían efectuado una maniobra envolvente para hostigarlo por la retaguardia, Andrew consideró que, si no llegaban refuerzos, debía sacar a sus hombres de ese atolladero antes de que el alba trajera consigo la vuelta de los Messerschmitt. Poco después de las nueve de la noche, avisó a Hargest por radioteléfono de que se iba a replegar sobre el cerro secundario situado al sureste de la colina 107. Al parecer, Hargest no tuvo la sensación de que se esperara una respuesta por su parte a esa noticia, aunque significaba el final del control efectivo sobre el aeródromo de Máleme. Informó incluso al cuartel de la división de que la situación era «bastante satisfactoria».

[218]

Andrew envió mensajeros a sus compañías para comunicarles esta decisión, pero los que debían llegar a la compañía C, apostada al oeste del aeródromo, la compañía D, sobre la ladera de

la colina 107 que dominaba el Tavronitis, y la compañía del cuartel general, junto a la aldea de Pírgos, no alcanzaron su objetivo. Al mismo tiempo, las dos compañías que había enviado finalmente Hargest para consolidar la posición de los defensores -una del 28.º batallón (maorí) y la otra del 23.er batallón, adyacente- perdieron el contacto mutuo. Los maoríes llegaron al aeródromo de noche y avanzaron cautelosamente al oír voces alemanas. Posteriormente se calculó que habían llegado a unos doscientos metros del puesto de mando de la compañía C, cuando decidieron que probablemente los defensores habían sido doblegados y dieron media vuelta.

La otra compañía, del 23.er batallón, no descubrió la nueva posición del coronel Andrew más que después de numerosas confusiones e indecisiones. Pero Andrew concluyó que el cerro que le protegía las espaldas estaba demasiado aislado y expuesto para su defensa. Llevó a las compañías supervivientes otro kilómetro al este, para unirse a los batallones 23 y 21. Nada indicaba que se tratara de una estrategia de *reculer pour mieux sauter*, en cualquier caso, era la peor opción ante un posible intento de los paracaidistas de capturar el aeródromo. Según el curso de los acontecimientos, la única esperanza de impedir que los alemanes hicieran aterrizar nuevos refuerzos sobre el aeródromo de Máleme habría sido bien un contraataque nocturno, una aventura arriesgada incluso para las tropas mejor entrenadas, bien un avance a plena luz del día, exponiéndose a los peligros aún mayores de la superioridad aérea enemiga. Pero el efecto más nefasto de la decisión de Andrew no se hizo palmario hasta después de la guerra, cuando se descubrió que un solo pelotón, o incluso una sola ametralladora Bren en el aeródromo, podrían haber cambiado el curso de toda la batalla.

Las compañías de vanguardia que no habían sido contactadas por los mensajeros no estaban al corriente de la orden de Andrew de replegarse. La situación variaba de un pelotón a otro. Algunos habían sufrido numerosas bajas y escaseaban en municiones, mientras otros seguían prácticamente intactos. Maltrechos pero invictos, con la moral alta por las bajas mucho mayores que habían infligido al enemigo, les desalentaba sobre todo la lentitud de la 5ª brigada para organizar su contraataque y barrer los restos del Sturm Regiment, empujándolos del otro lado del Tavronitis.

Antes de medianoche, el capitán Campbell, de la compañía D, situada sobre la ladera de la colina 107 que dominaba el Tavronitis, oyó decir a un soldado rezagado, un artillero de la marina, que el resto del batallón se había retirado, pero se negó a creerlo. La sed era su problema principal, así que Campbell y el subteniente de su compañía se deslizaron a rastras en la noche festoneados con botellas de agua cubiertas de fieltro. Tuvieron el tremendo disgusto de comprobar que el marino estaba en lo cierto. El cuartel general del batallón había abandonado la colina 107. No es de extrañar que el ánimo decayera a ojos vista cuando se difundió esta noticia en la compañía. Campbell consideró que no tenía más opción que retirarse a su vez.

Esta retirada de la colina 107 dio lugar a un mito de la propaganda alemana, que convirtió en héroe nacional al oficial médico superior, Dr. Heinrich Neumann. Neumann, un hombre riguroso con gafas de montura de acero, era un soldado frustrado de una seriedad asombrosa. Había efectuado veinte misiones aéreas en España como artillero de retaguardia a bordo de los bimotores Heinkel de la Legión Cóndor, hasta que le ordenaron que se ciñera a sus deberes como doctor. Después de la matanza de los oficiales del Sturm Regiment, Neumann decidió que el destino le indicaba que había llegado su momento sobre el campo de batalla. Les dijo a sus ayudantes del puesto sanitario del regimiento que siguieran trabajando sin su colaboración, agrupó a unos veinte y pico paracaidistas y, ante la estupefacción de los oficiales de combate, envió una nota dramática en la que anunciaba su intención de capturar la colina 107.

El grupo de Neumann se puso en marcha y de camino se encontró con una compañía dirigida por el teniente Horst Trebes. Un par de encontronazos accidentales en la oscuridad, que motivaron la

muerte de un sargento alemán, dieron pie más tarde a una historia de batalla salvaje y conquista heroica por un líder poco convencional, al que más tarde se ofrecería la cruz de Hierro de la Orden de Caballería. Por ridículo que fuera este episodio, los alemanes estaban en posesión de la colina 107 al amanecer.

En el aeródromo, la compañía C se mantenía alerta en sus trincheras, oyendo voces alemanas en la oscuridad que los envolvía. Afortunadamente para ellos, la falta de entusiasmo de los paracaidistas por luchar de noche era patente: la mayoría estaba tan agotado que cayeron dormidos en cuanto cesaron los disparos. El capitán Johnson, jefe de la compañía, no se enteró de la decisión de Andrew de retirarse hasta primera hora de la mañana. Una de las patrullas que envió regresó con la noticia de que los alemanes ocupaban ahora el puesto de mando del batallón, sobre la ladera posterior de la colina 107.

El dilema de Johnson no tenía nada de fácil. Sabía que, si permanecía sobre el aeródromo, el fuego de su compañía impediría el aterrizaje de los aviones que transportaban tropa. Pero después del alba serían la diana de los ataques del resto del Sturm Regiment y de los Stuka y Messerschmitt, una vez se hubiera detectado su posición.

No sabía nada de los motivos de la retirada ordenada por el coronel Andrew y dudaba de que el resto de la brigada organizara un contraataque a plena luz del día. Sus hombres no sobrevivirían a otras veinticuatro horas de combate a menos que recibieran suministros y refuerzos. A las 4.20, les dijo que se quitaran las botas y ataran los cordones para colgárselas del cuello y luego se pusieron en marcha con la mayor cautela y silencio posibles, circunvalando a los paracaidistas alemanes, que roncaban sobre la pista. Por último, después de resguardarse en los árboles durante el bombardeo aéreo de primera hora de la mañana, se unieron al 21.er batallón. Al alba del 21 de mayo no quedaban tropas neozelandesas en el perímetro del aeródromo. Desde sus nuevas posiciones sólo podían abrir fuego directo contra el extremo oriental de la pista de aterrizaje. El aeródromo de Máleme había caído antes de que comenzara el segundo día de batalla.

Tanto Puttick como Freyberg fueron confundidos por completo por el mensaje de Hargest en el que les anunciaba que la situación en Máleme era «bastante satisfactoria». Pero, teniendo en cuenta su reticencia a dedicar las fuerzas necesarias para recuperar Máleme incluso después de que las tropas aerotransportadas alemanas comenzaran a aterrizar, es poco probable que el error de apreciación de Hargest pesara excesivamente. Es casi seguro que Hargest no quiso desplazar el 23.er batallón, cuya misión era contraatacar sobre el aeródromo, porque su responsabilidad consistía en defender la costa. Este hecho sólo da más verosimilitud a la impresión de que todo el plan de combate se enmarañó irremisiblemente por el malentendido de Freyberg sobre los refuerzos que el enemigo había de traer por mar.

Kippenberger, por su parte, comenzó a preguntar por el 20.º batallón, la fuerza de reserva de la división, a las pocas horas de que empezara el primer lanzamiento de paracaidistas, pues tenía la intención de lanzar un contraataque en el valle Prisión. El comandante de brigada Inglis también estaba frustrado. Su 4ª brigada, que Freyberg había cedido a Puttick y que procedía de las fuerzas de reserva, había permanecido en una espera expectante, sin gran cosa que hacer después del revuelo inicial de los primeros embates registrados tras el desayuno. Inglis quería usar toda su brigada para atacar el valle Prisión, del que quería desalojar al 3º regimiento de paracaidistas de Heidrich, y luego virar hacia el noroeste, para lanzarse sobre Máleme.

El coronel Stewart, el comandante de brigada del estado mayor de Freyberg y el coronel Gentry, jefe del estado mayor de Puttick, unieron sus voces para instar a una acción rápida. Pero Puttick, con el respaldo de Freyberg, se mostró contrario a todas las súplicas de contraataque, a pesar de la

importancia que se atribuía a esta táctica en las órdenes operativas. Después de la guerra, Puttick alegó que un ataque contra el valle Prisión habría dejado las tropas expuestas a la aviación aérea al llegar el alba, pero la única conclusión plausible es que él y Freyberg estaban de hecho tan preocupados por los refuerzos que habían de venir por mar que no querían desplazar ninguna unidad de las posiciones costeras.

El coronel Stewart señaló también después de la guerra que «un rasgo llamativo de la batalla fue la tendencia de los oficiales superiores a permanecer en sus cuarteles generales. En campañas posteriores, la práctica habitual en las divisiones fue que sus comandantes estuvieran en posiciones muy adelantadas... En Creta, donde las comunicaciones siempre habían sido muy deficientes y a menudo inexistentes, era aún más importante que en cualquier otro lugar que los comandantes estuvieran lo más cerca posible del frente».

[219]

Aunque hubiera disentido de la decisión de Puttick, Freyberg se habría mostrado reticente a hacer caso omiso de ella. Temía enmendar la plana a sus superiores, especialmente porque tenía la sensación de que los oficiales neozelandeses no le habían aceptado todavía plenamente como uno de los suyos. Pero había mucho más en juego que las susceptibilidades de un puñado de oficiales y la falta de firmeza en el mando sólo podría haberse justificado si los comandantes de formación no hubieran tenido ninguna duda acerca de cuáles eran los objetivos prioritarios y hubieran tenido sentido de la iniciativa.

Esa primera noche de batalla, los oficiales del XI cuerpo del aire, acantonados en el hotel Grande Bretagne, habían estado sometidos a una tensión excesiva para poder dormir. El general Student, su adjunto el comandante de brigada Schlemm y el oficial superior del estado mayor de operaciones, coronel von Trettner, abandonaron en contadas ocasiones el salón de baile. «Sobre la pared, en la semioscuridad -escribió el capitán von der Heydte, inspirándose en los relatos de sus colegas oficiales-, se había colgado un inmenso mapa de Creta, respunteado por pequeñas banderas de papel... Sobre la gran mesa situada en el centro de la habitación, iluminada con un brillo excesivo, había tres teléfonos de campaña entre un batiburrillo de cables, una pila de papeles, dos archivadores negros y, en el centro, un gigantesco cenicero rebosante de colillas y los restos de cigarrillos a medio acabar... Ordenanzas entrando y saliendo... teléfonos sonando, teletipos traqueteando.»

[220]

La noticia de un desastre en Creta se había difundido rápidamente tanto en la Wehrmacht, en el cuartel general del XII ejército del mariscal de campo von List y en la comandancia superior en Alemania, como en la Luftwaffe, a través del VIII cuerpo del aire de Richthofen.

Las pérdidas eran de tal magnitud y las victorias tan ridículas que Student recibía fuertes presiones para abortar el conjunto de la operación. Aunque todavía no disponían de cifras sobre el número de bajas, tenía una idea bastante exacta de la escala de la matanza. La cifra total de 1.863 muertos el primer día en los cuatro sectores coincidía con el número de hombres lanzados en paracaídas sobre la zona de Máleme-Tavronifis.

Cuando cayó la noche del 20 de mayo, no se había alcanzado ninguno de los objetivos de la operación Mercurio. Las fuerzas del coronel Sturm en Rézimno estaban fuera de contacto por teléfono de campaña, mientras las de Bräuer parecían ahora demasiado endebles para doblegar a los batallones atrincherados de la 14ª brigada de infantería. El 3.er regimiento de paracaidistas de

Heidrich, en el valle Prisión, había quedado bloqueado por los defensores de Galatás. Tan sólo el Sturm Regiment, en Máleme, tenía posibilidades de tomar el aeródromo, pero no tenía la fuerza suficiente para defender su perímetro y proteger el aterrizaje de la 5ª división de montaña. Ante todo, carecía de municiones y de jefes.

El general de división Süssmann había caído, el comandante de brigada Meindl estaba gravemente herido, el comandante Scherber había sido muerto y el comandante Koch también estaba herido. Las bajas entre los jefes de compañía habían sido igualmente numerosas. Student decidió enviar inmediatamente al coronel Ramcke, un veterano del Freikorps y jefe de gran vigor y rudeza, junto con refuerzos, para reestructurar el Sturm Regiment y hacer de él una unidad de combate eficaz. Para agrupar un número suficiente de hombres -los efectivos de sus reservas se encontraban prácticamente agotados-, quería enviar a todos los de las fuerzas del coronel Bráuer que habían quedado retenidos en Iraklion por la falta de aviones. Student, que temía que la operación fuera detenida en unas cuantas horas, no le comunicó al parecer a su superior, el general Lóhr, este envite definitivo.

Incluso con Ramcke y sus refuerzos, el general Student sabía que, a menos que lograra aterrizar y desplegar a las tropas frescas de la división de montaña antes de que acabara la segunda noche de batalla, habría perdido: las fuerzas que habían de llegar por mar y que tanto temía Freyberg habían sido retrasadas. Tras un estudio cuidadoso de las curvas de nivel del mapa y después de recibir los informes aéreos sobre las posiciones neozelandesas, todo parecía indicar que, si la colina 107 estaba en manos alemanas, el extremo del aeródromo cercano al Tavronitis debía estar fuera del alcance directo del fuego enemigo. Dos Junkers habían tratado de aterrizar sobre sus pistas por la tarde del 20 de mayo, pero el fuego cruzado de la compañía neozelandesa les había obligado a virar y dirigirse de nuevo hacia el mar. Por lo tanto, todo dependía de si los defensores originales seguían atrincherados en la linde occidental. Sólo había una forma de comprobarlo.

Student mandó llamar al capitán Kleye, un aviador intrépido de su personal, al salón de baile del hotel Grande Bretagne. Le explicó el problema y le pidió que tratara de aterrizar y despegar del extremo oeste de la pista a primera hora del amanecer. El capitán Kleye se puso en marcha a primera hora y ejecutó su aterrizaje de prueba. Aunque fue recibido con fuego de artillería ligera, pudo confirmar que el extremo occidental del aeródromo no estaba en la línea de fuego directo. Los últimos defensores se habían retirado del aeródromo y de la colina 107.

Otros Junkers 52 despegaron solos muy pronto esa mañana. Después de recibir un mensaje telegráfico de la zona del Tavronitis, en el que se les anunciaba que los supervivientes del Sturm Regiment estaban prácticamente sin munición y que el comandante de brigada Meindl moriría si no recibía cuidados médicos, dos pilotos, Koenitz y Steinweg, cargaron sus aviones y, sin pedir permiso, despegaron en dirección sur, dispuestos a atravesar el Egeo. Lograron aterrizar sobre la playa, al oeste del lecho del río. Los paracaidistas se acercaron a la carrera a los aviones y descargaron las municiones. Después de recoger al comandante de brigada Meindl, que deliraba, y siete literas más, y de que los voluntarios limpiaran de piedras la pista de despegue improvisada, Koenitz logró la proeza de volver a levantarse en el aire.

Al oír la noticia alentadora de Kleye, el general Student dio nuevas órdenes al general Ringel, jefe de la 5ª división de montaña. Debía tener listo un batallón de tropas de montaña para despegar del aeródromo de Tanagra y dirigirse hasta Creta en cuanto se le notificara. En primer lugar se enviaría otra oleada de tropas aerotransportadas, bajo el mando del coronel Ramcke, junto con las reservas de paracaidistas. Pero Student cometió un grave error en su plan, pensado para la mitad de la tarde. Ramcke y dos compañías y media habían de ser lanzados al oeste del Tavronitis, donde W

descenso estaría protegido por los supervivientes del Sturm Regiment, al tiempo que dos compañías debían posarse al este del aeródromo. Inexplicablemente, no imaginó que pudieran ser masacradas como había ocurrido con el batallón del comandante Scherber el día anterior.

La 5ª brigada neozelandesa pasó la mañana del 21 de mayo organizándose. Los supervivientes de las fuerzas del coronel Andrew se repartieron entre dos compañías, adscritas respectivamente a los batallones 21 y 23. Hargest autorizó a los tres oficiales superiores a que maniobraran según su criterio. No hizo el más mínimo gesto de adelantarse desde su cuartel general de Plataniás y ver por sí mismo qué ocurría, y no les ordenó que organizaran un contraataque contra el aeródromo.

En la línea del frente, los neozelandeses, que ahora se encontraban detrás de la carretera que conducía de la costa hasta la aldea de Jamudohori y la estación de radar destruida, tardaron en detectar el avance cauteloso del Sturm Regiment hasta las inmediaciones de Máleme.

Aproximadamente a las tres de la tarde, la Luftwaffe comenzó a bombardear y ametrallar la zona. Se trataba de un preludio al ataque del Sturm Regiment, que debía coincidir con el lanzamiento de los paracaidistas. En cuanto concluyó la razzia aérea, varios destacamentos del Sturm Regiment avanzaron en dirección a Pirgos, pero fueron rechazados después de una lucha encarnizada, en la cual los neozelandeses emplearon con gran acierto varias metralletas Spandau capturadas al enemigo.

Tres kilómetros por detrás de las líneas neozelandesas, veinticuatro aviones de transporte de tropas llegaron en su conocida formación de tríos, con la intención de lanzar las dos compañías de paracaidistas. Pero la zona que Student había escogido se solapaba con las posiciones del destacamento de ingenieros neozelandeses y el 28.º batallón (maorí). Los que no fueron abatidos en el aire fueron asesinados en su mayoría mientras trataban de liberarse de sus arneses. «En determinado momento -recuerda un capitán-, me detuve un segundo para ver cómo iban las cosas y un huno cayó a menos de tres metros de mí. Llevaba la pistola en la mano y, sin ser consciente de lo que hacía, le pegué un tiro mientras seguía en tierra. Me acababa de reponer del susto cuando otro casi me cae encima. Lo abaté mientras trataba de deshacerse de su arnés. No era un partido de críquet, ya lo sé, pero así fueron las cosas.»

[221]

Los maoríes calaron sus bayonetas y se dirigieron directamente a por los paracaidistas que caían en la zona que se les había asignado. «Mientras nos acercábamos [a un alemán que se hacía el muerto], le dije al maorí que le clavara la bayoneta. Al hacerlo volvió la cabeza hacia otro lado, incapaz de soportar la escena. Nos abalanzamos sobre los alemanes desperdigados cada quince o veinte metros. A unos catorce metros, un soldado enemigo, en lugar de disparar con su pistola automática, se tumbó para apuntar mejor. Le hice un disparo reflejo con un Mauser alemán. Pasó rozando su trasero y dio en tierra, entre sus piernas. Se me erizó el pelo en la nuca, pero el maorí lo mató (yo no tenía bayoneta). Seguimos atacando sin parar... Algunos trataban de escapar a rastras. Un hombre gigantesco pegó un brinco con las manos levantadas, como si de un gorila se tratara, y gritó: "¡Manos arriba!" Yo repliqué: "¡Mata a ese cabrón!" y el maorí lo abatió. Lo hice porque nos estaban disparando desde todas partes.»

[222] Murieron todos los oficiales y suboficiales alemanes de esa compañía. Sólo sobrevivieron ochenta hombres de las dos compañías de paracaidistas -una tercera parte de todas las fuerzas-, la mayoría de los cuales se ocultó y luego se deslizó hacia el oeste por la playa después de que anocheciera.

Aunque los dos ataques habían resultado un fracaso, el conjunto del aeródromo de Máleme

seguía en manos de los alemanes y, en torno a las cinco de la tarde, llegaron de Tanagra los primeros aviones que transportaban el 2.º batallón del 100.º regimiento de montaña del coronel Tus. Aterrizaron, se detenían para descargar sin parar el motor y volvían a despegar de inmediato. Pero muchos aviones no sobrevivieron. El aeródromo de Máleme fue barrido por el fuego aleatorio de artillería de los cañones invisibles de 75 mm que se hallaban en la zona de la 5ª brigada. Los nueve cañones de campaña, en su mayoría italianos, sin mirillas, que habían sido capturados en Libia, abrieron fuego sobre la pista de aterrizaje -«el sueño de cualquier artillero»- con bastante acierto, pero no el suficiente para detener el tráfico de Junkers 52 que llegaban rodeando el cabo Aspaza, por la zona occidental.

Para las tropas de montaña que sentían las oleadas expansivas de la explosión de las bombas mientras seguían en el fuselaje de los Junkers, fue una experiencia calamitosa y desazonadora. Antes de que el avión se hubiera detenido iban saltando sobre la pista roja y polvorienta -el general Student la equiparó a una pista de tenis de tierra batida-, aferrándose a su fusil Mauser y su casco de acero. Normalmente preferían sus cascos puntiagudos, con una insignia de acero que reproducía una edelweiss sobre un lado, y sólo se ponían esa especie de cubo de carbón cuando los bombardeaban.

Los pelotones y las secciones se mezclaron mientras huían corriendo hacia las lindes de la pista para eludir las bombas. Una compañía fue desplazada de inmediato para reforzar el Sturm Regiment. Las demás, una vez reagrupadas, fueron tomando posiciones para defender el aeródromo de posibles contraataques por el sur y el suroeste.

Unos veinte aviones de transporte de tropas fueron alcanzados o se estrellaron. Pero, con una obstinación y una energía temerarias, que los británicos no hubieran podido imaginar jamás, los alemanes lograron mantener operativa la pista de aterrizaje. Utilizaron los carros de transporte de las ametralladoras Bren que habían capturado para sacar a los aviones estrellados del camino y arrastraron a los prisioneros de guerra a punta de pistola, formando grupos de trabajo, para que rellenaran los cráteres que se habían producido. Se dice que varios fueron abatidos encolerizadamente por negarse a acatar esa flagrante violación del Convenio de Ginebra.

Circula una historia alemana según la cual el sobrino del general von Richthofen, un as de los Stuka, aterrizó también sobre el extremo occidental del aeródromo, subió corriendo la colina 107 con unos anteojos, detectó las baterías de artillería que bombardeaban Máleme y despegó de nuevo para hacer que su grupo bombardeara dichas posiciones. Los paracaidistas de Ramcke también se enfrentaron a las baterías británicas con los cañones móviles Bofors que habían capturado en Máleme, utilizándolos como los cañones alemanes de 88 pulgadas contra dianas terrestres.

Esa tarde, una bomba alemana alcanzó un depósito de petróleo y municiones. Una inmensa bocanada de humo ennegreció el cielo y los olivares de los alrededores comenzaron a arder. El ritmo constante de aterrizaje y despegue impresionaba y alarmaba cada vez más a los oficiales de estado mayor que los observaban con sus prismáticos desde la cantera de la Creforce. El comandante de artillería de Freyberg, un coronel australiano, los cronometró. «Setenta segundos para aterrizar y descargar sus tropas y pertrechos», señaló.

[223]

Finalmente los oficiales superiores que se habían mostrado tan reacios a reaccionar aceptaron que era necesario lanzar un contraataque contra Máleme. Hargest había debatido esa mañana el asunto por teléfono con Puttick. Recomendó enérgicamente que se efectuara de noche, para eludir los ataques aéreos. Puttick se mostró de acuerdo. Pero las insuficientes fuerzas que tenían la intención de asignarle condenó la operación al fracaso mucho antes de que comenzara. Una vez más, volvió a

adoptarse una decisión demasiado morigerada y demasiado tardía. Pretendían que dos batallones, el de los maoríes y el 20.º, con los tres «cochecitos de bebé acorazados» del teniente Farran, después de una larga marcha nocturna, derrotaran a un batallón fresco de soldados de montaña y al Sturm Regiment, reorganizado y perfectamente armado, en unas pocas horas.

Hargest, Puttick y Freyberg aceptaron la idea del contraataque, pero mostraron poco entusiasmo por la empresa. Resulta difícil imaginar un estado de espíritu más nefasto para unos comandantes que preparan una operación de este tipo. Si no se hacía algo por evitar que los alemanes se reorganizaran y atacaran desde Máleme, la victoria germana sería inevitable. Pero la historia oficial neozelandesa señala que Puttick y Freyberg «seguían convencidos de que el ataque por mar iba a ser el más temible».

[224] A pesar de que Freyberg tenía unos seis mil soldados bien adiestrados en la zona de Canea-Suda, además de la división neozelandesa en los sectores de Máleme y Galatás.

No sólo las fuerzas asignadas al contraataque contra Máleme eran peligrosamente escasas, sino que se les impuso una condición fatídica: antes de que se iniciara el avance, debían llegar las reservas australianas restantes, acantonadas en Gueorguiópolis, para ocupar el puesto del 20.º batallón.

13 - «La invasión de tropas anfibias»

La noche del 21 de mayo

«En la cantera, toda nuestra atención -escribió uno de los oficiales del estado mayor de Freyberg- en este contraataque se centró en un acontecimiento inminente y más cercano. La invasión marina había comenzado.»

[225]

La idée fixe de Freyberg se había apoderado de él hasta tal punto que leyó mal un mensaje crucial de Ultra, enviado la tarde del 21 de mayo, y creyó que una flota enemiga se dirigía directamente a Canea. Este mensaje, como las demás interceptaciones, sólo podía leerlo él, de modo que no tuvo ocasión de tratarlo con nadie más. Sea como fuere, es probable que no estuviera con ánimo de escuchar a nadie. Freyberg no quiso aceptar de ninguna manera las garantías del capitán Morse de la Royal Navy, el oficial naval al mando de la bahía de Suda, de que la flota mediterránea estaba en condiciones de hacer frente a cualquier amenaza que viniera por mar.

La única descripción que figuraba en los mensajes de Ultra sobre esta amenaza («Cuarto. Llegada del contingente anfibio, compuesto de baterías antiaéreas y más tropas y suministros.») no sugería una operación de conquista lanzada desde la playa con el apoyo de carros de combate. Y, aparte de la confusión, comentada en el capítulo 8, sobre el número de tropas que habían de participar en ella, no se había mencionado en ningún mensaje de Ultra una invasión marítima: la única referencia específica hablaba de «transporte por mar». En último lugar, ninguna fuente de los servicios de inteligencia indicaba que los alemanes o los italianos poseyeran buques de asalto o lanchas de desembarco. Wavell, como ya se ha dicho, informó al Ministerio de Guerra el 1 de mayo de lo siguiente: «Nuestra información señala insuficiente tráfico de buques desde el mar Egeo para operaciones por mar a gran escala». Dejando de lado el problema de que la costa que rodea Canea no se presta al desembarco, cuesta imaginar que el enemigo se arriesgara a desembarcar por el lado opuesto, cuando podía bajar a tierra refuerzos y víveres detrás de sus propias líneas.

La primera noche de batalla, Freyberg se había animado considerablemente cuando Geoffrey Cox descubrió entre una pila de documentos tomados de los enemigos muertos, la orden operativa del 3.er regimiento de paracaidistas. En ella se exponían sus objetivos y se añadía que el grupo de buques ligeros atracaría al oeste de Máleme. Pero debió olvidar este extremo cuando, el 21 de mayo, el mensaje siguiente, OL 15/389, llegó a Creta: Aunque despachado a las 9.00 horas, Freyberg no lo recibió hasta bastante más tarde, «debido a una interrupción temporal de las comunicaciones», comunicada a El Cairo en el mensaje OL 389. Según la versión oficial neozelandesa (Davin, pp. 195-196), llegó esa tarde, durante la conferencia que celebró Freyberg con Puttick, Inglis y Vasey.

Entrega en mano al general Freyberg Inmediata

Como continuación del ataque de Colorado [Creta], se informa de fuente segura que entre las operaciones previstas para el 21 de mayo está el aterrizaje de dos batallones de montaña y el ataque

a Canea. Desembarco por grupos de pequeños buques en función de la situación en el mar.

Al parecer, Freyberg confundió las dos oraciones. Es de suponer que no se le ocurriría que «ataque a Canea» pudiera referirse a un ataque previsto desde el suroeste por los paracaidistas en el valle Prisión o una *razzia* aérea. Debido a su fijación con un asalto anfibio, se diría que escogió las palabras «Canea» y «desembarco» y olvidó que entre ambas había un punto. La idea de que «grupos de pequeños buques» tenían la intención de desembarcar una fuerza nutrida, con carros de combate, sobre una costa hostil o asaltar el puerto de Canea fue un craso error. Fue sin duda el elemento principal del calamitoso discurrir de los acontecimientos que lastraron el contraataque contra Máleme previsto para esa misma noche. Poco después de recibir ese mensaje de Ultra, Freyberg dictó la orden siguiente:

Información segura. Probabilidad de un ataque por mar a primera hora de la mañana en la zona de Canea. La división es responsable de la costa desde el oeste hasta el río Kladiso. Enviar inmediatamente el batallón galés a reforzar las defensas entre Kladiso y Jalepa.

[226]

Freyberg no sólo mantuvo el regimiento galés, su batallón más nutrido y mejor equipado, en Canea, en funciones de vigilancia del frente marítimo, sino que únicamente permitió que el 20.º batallón de la 4ª brigada de Inglis se uniera al contraataque contra Máleme, y sólo después de que hubiera sido sustituido por un batallón australiano procedente de Gueorguiópolis. La fuerza de contraataque era demasiado reducida y llegó demasiado tarde cuando, de hecho, Freyberg podría haber asignado cinco batallones con tiempo suficiente para aplastar al enemigo en Máleme.

Ni siquiera después de la guerra, Freyberg comprendió que la flotilla alemana se dirigía a Máleme, y no a Canea. «No podía abandonar la posición de cobertura junto a Canea -escribió acerca del envío tardío del 20.º batallón-, porque, en caso de que los alemanes hubieran desembarcado según lo habían planeado, habríamos perdido todos nuestros víveres y municiones; además, la conquista enemiga habría cortado el paso al conjunto de las fuerzas neozelandesas, que se habrían quedado recluidas en la bahía de Suda. Fui yo quien dio la orden; ni Puttick ni Inglis fueron responsables del retraso.»

[227]

En lugar de una flota de invasión, el primer grupo de buques ligeros {Schiffsstaffel) consistió en una colección de diecinueve caiques y dos pequeños y destartados buques de vapor escoltados por un destructor italiano, el Lupo. Sólo transportaba el III batallón del 100.º regimiento de montaña (Reichenhall), con suministros pesados, especialmente munición, y baterías antiaéreas. Un segundo grupo de embarcaciones ligeras escoltado por otro destructor ligero, el Sagittario, se había preparado también para transportar el II batallón del 85.º regimiento de montaña a Iraklion.

Ambas flotillas se habían dispuesto como apoyo a la invasión aérea, ya que se daba por sentado que los defensores inutilizarían los aeródromos. El general Ringel, para dejar clara la escasa prioridad atribuida a esta expedición, afirmó que, para la navegación, los caiques sólo disponían de «un mapa a escala 1/500.000 y una brújula de bolsillo».

[228] Los soldados dijeron después que sus caiques les habían parecido «trampas mortales» aún

antes de zarpar. Pero quizás se tratara de una intuición, pues durante la travesía la mayoría cantó «Marchando contra Inglaterra» con gran jovialidad, tocó la concertina e hizo señas entusiastas cuando los aviones alemanes que se dirigían a atacar la isla reducían su altura y se aproximaban al mar para saludarlos.

Después de cargar las bodegas en El Pireo, esta armada imposible se había dirigido a la isla de Milos, la mayor de las islas Cicladas suroccidentales, que se encuentra a mitad de camino de Creta. El plan consistía en atravesar el último tramo del Egeo mientras hubiera luz solar, el 21 de mayo, bajo la protección del VIII cuerpo del aire, que estaba pronto a atacar los buques de la Royal Navy que pudieran hacer acto de presencia, y llegar a la costa de Creta a la caída del sol; los caiques bogarían con sus velas y motores.

Era necesario un buque de escolta italiano, ya que la flota de superficie alemana no podía atravesar el estrecho de Gibraltar. Mussolini había declarado que el Mediterráneo era el Mare Nostrum, un punto de vista sobre el que Hitler se vio obligado a transigir; pero, cuando la operación Mercurio estuvo a punto, el almirantazgo italiano en Roma se negó a ceder a la exigencia alemana de que sus buques de línea pudieran navegar por ese mar. Recordaban demasiado bien la batalla del cabo Matapán.

Los problemas del almirante Cunningham eran completamente distintos. La flota mediterránea británica disfrutaba de la hegemonía sobre la superficie del mar pero, sin portaaviones -el Formidable de Su Majestad había perdido la mayoría de sus cazabombarderos Fulmar-, sus buques estaban expuestos a los bombardeos desde las bases del territorio griego y de sus islas. La única solución era deslizarse por el Egeo de noche con «fuerzas ligeras», principalmente grupos mixtos de destructores y cruceros, y apartarlos al alba, recluyéndolos en aguas menos peligrosas, más allá del estrecho de Kasos, al este de Creta, y el de Anticitera, al oeste.

Cunningham, decidido a cumplir a la perfección el papel de defensa marítima de la Royal Navy, despachó en primer lugar tres fuerzas con la misión específica de despejar el Egeo la noche del 16 de mayo. Una nueva fuerza, los buques de guerra Queen Elizabeth y Barham, junto con cinco destructores, quedó apostada al oeste de Creta, en previsión de la posibilidad de que apareciera la flota italiana. Los días siguientes se creó un retén, y los buques que regresaban a Alejandría para repostar eran sustituidos por otros.

En cuanto llegó a Alejandría la noticia de la invasión aerotransportada, el 20 de mayo, Cunningham ordenó a sus fuerzas que se prepararan a volver a despejar el Egeo esa misma noche. Su grupo principal, ahora situado a bordo del buque de guerra Warspite, permaneció al oeste de Creta. Al este de la isla, los destructores Jervis, Nizam e Ilex se dirigieron a bombardear el aeródromo de Skarpanto, que el VIII cuerpo del aire usaba como base para los Dornier 17 y para unos cincuenta Stuka.

La mañana del 21 de mayo, los grupos de buques que buscaban aguas seguras después de su ronda nocturna en el Egeo fueron duramente atacados. El contraalmirante Glennie, con los cruceros Dido, Orion y Ajax y cuatro destructores, hizo frente durante cuatro horas a los bombardeos alemanes. Fueron sumamente afortunados de lograr escapar sin grandes pérdidas. La fuerza del almirante King, al este, perdió el destructor Juno, que fue alcanzado simultáneamente por tres bombas. El buque se escoró y se partió por la mitad. La proa se enderezó verticalmente y luego se hundió, todo ello en menos de dos minutos. Un oficial subalterno padeció quemaduras terribles cuando nadaba a través de una mancha de petróleo candente, tratando de rescatar a un marino. El destructor Nubian recogió a la mayor parte de los supervivientes.

Al oscurecer, tres de las fuerzas operativas de Cunningham regresaron al Egeo. Los mensajes

del servicio de inteligencia revelaban que se había detectado el convoy y su ruta entre Milos y Máleme. De acuerdo con las normas consistentes en proteger las «fuentes estrictamente reservadas», el almirante Cunningham había enviado un solo avión Maryland para que avistara la flotilla, como hizo cumplidamente por la tarde. Los dos escuadrones de cruceros contaron con la inestimable ayuda de una versión menor del sistema de interceptación de mensajes Ultra, pues cada buque insignia tenía un «oficial Y» (de inteligencia) a bordo. El contraalmirante Glennie afirmó luego que su mejor medio de seguirle el rastro al otro escuadrón británico era a través de los disparos de los que se informaba en las comunicaciones radiotelefónicas alemanas.

La fuerza D de Glennie, empleando el radar, rodeó al primer grupo de buques ligeros a unos veinticuatro kilómetros al norte de Canea. A bordo del Dido de Su Majestad, disponía de otros dos cruceros, el Orion y el Ajax, y de cuatro destructores, Janus, Kimberley, Hasty y Hereward. A las 11.30, el Janus comunicó una señal de alerta al buque insignia. El capitán H. W. McCall, del Dido, dio la orden: «¡Enciendan los reflectores!» Los haces pusieron al descubierto al destructor ligero italiano Lupo, recién pintado y que enarbolaba pabellón italiano. El Lupo no cejó en sus embestidas y pasó con gran valentía por en medio de los cruceros, disparándoles torpedos. Los cruceros viraron inmediatamente a estribor, «para seguir el rastro, cercar y embestir» al Lupo. El Dido logró dos dianas y, finalmente, el Ajax lo hizo explotar con una andanada a bocajarro.

Para las tropas de montaña que se encontraban a bordo de los caiques, el sonido de los grandes motores marinos, los reflectores apuntando al Lupo y la subsiguiente escaramuza devastadora fue una experiencia aterradora. Algunos soldados tuvieron la presencia de espíritu de arriar las velas para que su perfil fuera menos visible. (Seguían en el mar durante esas horas nocturnas que tanto peligro entrañaban porque de día no había habido suficiente viento.) Los hombres se ocultaron irracionalmente por debajo del nivel de las regalas, como si las planchas de madera pudieran protegerlos de los cañones de los buques de guerra. Con todo, eran los haces de luz blanca y cegadora los que más miedo les inspiraban.

Los reflectores de veinte pulgadas de los cruceros detectaron en seguida los caiques. Los soldados alemanes se alzaron y comenzaron a blandir pañuelos y toallas blancas en señal de rendición. El capitán del Dido dio la orden de abrir fuego. Según un testigo (el encargado de las señales), el capitán de fragata protestó, indicando que abrir fuego contra caiques desarmados equivaldría a un asesinato, pero el capitán lo apartó para dar personalmente la orden por el tubo acústico: «¡Cañones, fuego!»

[229] Quizás recordara el bombardeo alemán de un buque hospital, en ayuda del cual había zarpado el Dido durante la evacuación de Grecia. Todas las armas ligeras del buque -Oerlikon, cañones antiaéreos y ametralladoras pesadas Hotchkiss- abrieron fuego.

Con la ayuda del radar, los destructores persiguieron y abatieron a todos los caiques que trataron de huir a los haces de sus proyectores. Los destructores viraban y se contorsionaban en busca de su presa cual galgos entre conejos aturdidos e inermes, en una confusión que estuvo a punto de provocar colisiones. Los oficiales artilleros enronquecieron de tanto dar órdenes de fuego. Las ametralladoras y los cañones antiaéreos disparaban sin cesar a todas las dianas que se les presentaban, ya fueran caiques, botes salvavidas, balsas de caucho o, incluso, según fuentes alemanas, grupos de hombres con chalecos salvavidas que nadaban o se aferraban a los mástiles. El informe de Cunningham indica que el combate duró dos horas y media. No menciona las cargas de profundidad que, según los rumores que circularon entre los británicos y aunque no respondieran a una acusación alemana, se emplearon para matar a los soldados que habían caído al agua, gracias a

sus ondas expansivas. Pese a la intensidad del fuego, sólo murieron 327 hombres: el resto fue recogido por buques alemanes e hidroaviones Arado la mañana siguiente, mucho después de que los buques de Glennie abandonaran el lugar.

Tan sólo un caique llegó a Creta sin sufrir ningún percance. Al comienzo del viaje, la tripulación griega lo había abandonado, de modo que los soldados se hicieron con el timón. Este caique quedó separado de los demás y llegó al cabo Spaza, al oeste de Máleme, con la dotación completa, que constaba de 3 oficiales y 110 soldados. Los demás hombres del convoy que lograron alcanzar la costa cretense desembarcaron en una balandra sobre la costa hostil de Akrotiri, donde una patrulla de combate de los húsares de Northumberland los redujo rápidamente.

En el cuartel general de la Creforce, la tensión que precedió a la batalla había sido intensa. Justo antes de las 11.30, llegó un mensajero enviado por el capitán Micky Sandford, el oficial de inteligencia australiano que había descifrado el mensaje de Ultra, se lo había mostrado a Freyberg y lo había destruido. Esa noche, el grupo del servicio secreto de Sandford, apostado encima de la cantera, escuchaba los mensajes radiofónicos marinos. La Royal Navy había localizado el convoy y estaba a punto de trabar combate con él. Las baterías de defensa costera también estaban preparadas para abrir fuego. Las más pesadas eran dos pares de cañones de 6 pulgadas manipuladas por el cuerpo de voluntarios de caballería de los Rangers de Sherwood, la batería B, en Jelevi, a la entrada de la bahía de Suda, y la batería Y, situada en la cima de la colina de San Juan, por detrás de Canea. Su contribución no fue necesaria.

«Súbitamente -escribió Geoffrey Cox-, sobre el horizonte, hacia el norte, se percibió el resplandor y el atronar de los cañones, seguido por el brillo rojo y apagado de los buques en llamas.»

[230] Freyberg y los oficiales de su estado mayor observaban excitados. David Hunt recuerda que Freyberg «saltaba como loco» comprobando la destrucción de los caiques, con un entusiasmo propio de escolares, y que luego se dirigió a él por su nombre de pila, por primera vez en su vida.

Cox sorprendió casualmente al coronel Stewart «realizar algún comentario a Freyberg que yo no oí. Pero sí oí su respuesta. Su tono revelaba el agradecimiento profundo de un hombre que se ha liberado de una tarea tan ardua que se le ha convertido en una pesadilla. Afirmaba, creo yo, que en su opinión la isla ahora estaba razonablemente a salvo».

Freyberg y la mayoría de su estado mayor se fueron a la cama. «Por una vez -añade Cox-, me encaramé a mi saco de dormir con una sensación de agradecimiento profundo, casi de decepción por la rapidez con que se había producido todo.»

[231] Antes de acostarse, Freyberg no preguntó siquiera cómo habían ido los preparativos del contraataque contra Máleme. Manifiestamente, creía que la batalla podía darse por concluida y vencida.

El comportamiento del general Freyberg durante esa noche contradice la teoría revisionista de que, aunque sabía que Máleme constituía la clave de la batalla, las normas de confidencialidad que pesaban sobre el sistema Ultra le impedían actuar. Freyberg fue un gran hombre, muy apreciado, pero carente de imaginación. Una vez adoptada la idea errónea de una «invasión de tropas anfibias», no pudo sacársela de encima.

Su equivocación básica se translucía todavía en las órdenes de defensa que dictó la mañana siguiente, pese a que por entonces la situación ya se había aclarado. A los oficiales y soldados de los Rangers de Sherwood que manipulaban los cañones de 6 pulgadas sobre la colina de San Juan les

pareció una «tortura contemplar el espeso racimo de alemanes que gozaron comparativamente de paz en el aeródromo de Máleme» los dos días siguientes.

[\[232\]](#) El jefe de esa batería pidió permiso para girar sus cañones y atacar la base aérea, pero le fue denegado, con el argumento de que la artillería costera estaba destinada estrictamente a la defensa contra la invasión por mar. Sólo a primera hora del 24 de mayo, dos días después de la destrucción del convoy, fueron autorizados a lanzar sus obuses contra las concentraciones de enemigos que se encontraban al oeste. Para entonces, Máleme ya estaba muy por detrás de las líneas enemigas y los alemanes habían llegado a cinco kilómetros de Canea.

14 - Desastre en tierra y en el mar

22 de mayo

A la una de la madrugada del 22 de mayo, cuando el contraataque contra Máleme debía franquear su línea de arranque, nadie en el cuartel general de la Creforce era al parecer consciente de que la sincronización de los movimientos de la tropa ya estaba desbaratada.

El plan de este contraataque había sido tratado en primer lugar por teléfono de campaña a última hora de la mañana del 21 de mayo, antes de que las primeras tropas aerotransportadas aterrizaran sobre el aeródromo. Había indicios de que los alemanes tenían la intención de dirigirse hacia el norte desde el lago Ayía, en el valle Prisión, para aislar la 5ª brigada de Hargest, que se encontraba en los alrededores de Plataniás, de la 10ª brigada de Kippenberger, en Galatás.

Poco más se hizo hasta mediada la tarde, cuando Freyberg convocó una conferencia en el cuartel general de la Creforce para asegurarse de que el 2/7.º batallón australiano sustituía al 20.º batallón, encargado de proteger la costa. También pidió a El Cairo que solicitara un bombardeo sobre el aeródromo de Máleme para esa misma noche, pero esta petición llegó demasiado tarde. En lugar de ello, la noche siguiente se efectuó una misión considerablemente inútil.

La decisión definitiva sobre el contraataque fue adoptada aproximadamente a las seis de la tarde. Al parecer, nadie puntualizó que dos batallones eran insuficientes para luchar contra un enemigo reforzado con tropas aerotransportadas que aterrizaban cada pocos minutos. Tampoco nadie cuestionó el horario ni la insistencia de Freyberg de que el 20.º batallón no avanzara hasta que hubiera negado el batallón australiano al completo.

Vasey, el comandante de brigada australiano sito en Gueorguiópolis, quedó desconcertado, ya que había pensado utilizar el batallón para despejar la carretera que llevaba a Rézimno y unirse ahí a las fuerzas de Campbell. Sin embargo, sintió que no tenía más alternativa que acatar la orden y no dijo una palabra ni sobre la dificultad de agrupar suficientes camionetas a plena luz del día, a la vista de los pilotos enemigos, ni sobre los peligros de una maniobra nocturna. El oficial que estaba al mando del 2/7.º batallón expresó su preocupación después de la reunión, pero el comandante de brigada Inglis hizo caso omiso de sus dudas, con la observación destemplada de que «un batallón bien entrenado debía poder desempeñar esa misión de ayuda en una hora».

[233]

El general Puttick regresó al cuartel de su división y, tras decidir que debía permanecer en él, dispuesto a repeler el asalto marítimo contra Canea, envió al jefe de su estado mayor, coronel Gentry, a informar de ello a Hargest, que también se encontraba en su cuartel. De camino, a Gentry se le unieron el comandante Peck, jefe del escuadrón de la 3ª división de húsares, y el teniente Roy Farran, cuya tropa también había de participar en la acción.

Llegaron al cuartel de la 5ª brigada, una granja campesina lindante con Plataniás. Farran describió más tarde a Hargest como «un hombre de cara roja y franca, que recordaba a un campesino: era patente que estaba agotado. Nos pidió que esperáramos media hora para dormir un

rato. Molestos, intolerantes, nos sentamos sobre los escalones hasta que hubo terminado».

[234]

Gentry recordó posteriormente que «no se expresaron dudas acerca del plan... Se reconoció claramente que el éxito dependía de que el ataque se llevara a cabo al amparo de la oscuridad».

[235] Sin embargo, a pesar de que el cuartel general de la Creforce había fijado el inicio del avance a la una de la madrugada, el ataque no debía comenzar hasta las cuatro. De modo que sólo quedaban tres horas de noche para derrotar a unas fuerzas enemigas más numerosas. Si los Australianos llegaban demasiado tarde para sustituir al 20.º batallón, el manto de la oscuridad sería a todas luces insuficiente.

Mientras tanto, los puestos de observación del cuartel de la 4ª brigada seguían vigilando el mar, y varios destacamentos de los batallones 18 y 20 seguían patrullando las playas situadas al oeste de Canea. El oficial al mando del 20.º batallón, comprensiblemente inquieto por el retraso del contraataque y tras contemplar el combate entre el convoy y la Royal Navy, telefoneó dos veces para comprobar que era cierto que debía esperar. Le replicaron con firmeza que sus hombres no podían moverse hasta que todo el batallón australiano hubiera ocupado sus posiciones.

Los Australianos hicieron cuanto pudieron: la compañía que abría la marcha partió de Gueorgiúpolis por una carretera serpenteante y en mal estado, conduciendo lo más rápidamente posible al tiempo que trataba de no prestar atención a los Messerschmitt. Pero las compañías que iban detrás tuvieron que esperar más tiempo a que sus vehículos se agruparan y parece ser que sus conductores eran menos aventureros. La confusión al atravesar Canea produjo largos retrasos. Resultado de ello fue que el 20.º batallón no fue sustituido más que a las 11.30, cuando comenzaba a librarse la batalla marítima. De modo que el 20.er batallón no comenzó a alinearse junto a los Maories en el frente, trazado a las afueras de Plataniás, hasta casi las tres de la madrugada. El avance desde Plataniás comenzó finalmente a las 3.30, con una demora de dos horas y media. El ataque contra Pírgos y el aeródromo no podía lanzarse hasta después del alba. De modo que no sólo quedaban expuestos a un ataque aéreo, sino que perdían otra ventaja: a lo largo de toda la guerra, los alemanes habían dado claras muestras de no apreciar las operaciones nocturnas.

El 20.º batallón estaba desplegado entre la carretera costera y el mar, los tanques de Farran sobre la carretera y el 28.º batallón (maorí) a la izquierda de la misma, de modo que el ataque principal consistiría en avanzar a lo largo de la franja costera hasta llegar al aeródromo. (Farran comentó después que el plan de Hargest «tenía como mínimo el mérito de ser sencillo».)

[236] Al propio tiempo, el 21.er batallón al suroeste de Kondomari iba a tratar de rodear la colina 107 y atacar por detrás.

Por sencillo que fuera el plan, el avance fue rápidamente contenido en el flanco derecho, donde el 20.º batallón se topó en los viñedos y las casas de campo aisladas grupos de paracaidistas que seguían allí desde el descenso del día anterior. Para ahorrar tiempo y evitar nuevas confusiones en la oscuridad, los neozelandeses cargaron de frente. El teniente Charles Upham, que obtuvo la primera de sus dos cruces Victoria durante esta batalla, observó: «La intensidad del fuego de las MG aún no ha sido igualada. Afortunadamente, los proyectiles nos pasaban por encima y las balas trazadoras nos permitieron seguir el camino y lanzar granadas. Tuvimos numerosas bajas, pero los alemanes perdieron todavía más hombres. No estaban preparados. Algunos no llevaban pantalones, otros se habían dejado las botas».

[237]

En el flanco izquierdo, los maoríes se encontraron con menos resistencia en un primer momento, pero luego se vieron enfrente de posiciones defendidas sólidamente. Al poco quedaron fuera de servicio dos de los carros de combate ligeros de Farran, uno alcanzado por un Bofors capturado y el otro con una rueda rota. Farran se negó a que el tercero siguiera adelante solo. Para entonces ya había amanecido y los cazabombarderos alemanes ya habían hecho acto de presencia, dispuestos a ametrallar a las tropas terrestres. Excepto por el lado del flanco derecho más próximo a la playa, donde la compañía D del 20.º batallón proseguía su avance, la avanzada se detuvo, produciéndose una lucha enconada en torno a Pirgos, a dos kilómetros de distancia del aeródromo.

La compañía D, ahora dirigida por el teniente Maxwell, el único subalterno ileso, alcanzó el extremo oriental del aeropuerto. Un soldado raso, molesto por haber acarreado un fusil antitanque durante tanto tiempo sin ocasión de utilizarlo, disparó dos veces a uno de los Junkers averiados que yacían sobre el perímetro del aeródromo. Pero, como los paracaidistas del coronel Ramcke concentraban el fuego de sus morteros y ametralladoras sobre los supervivientes de Maxwell, que carecían de refugio, éste los hizo retroceder y ocultarse en uno de los cañaverales de bambú, de tres metros de altura, que se balanceaba siguiendo la estela de las balas de metralleta de los Messerschmitt. Sin embargo, ese refugio ofrecía escasa protección y, después de malinterpretar un mensaje traído por un recadero, Maxwell ordenó a sus hombres que se retiraran hasta la línea de partida.

Mientras el 20.º batallón y el 28.º batallón maorí quedaban bloqueados, a pesar de haber librado un combate de un enorme coraje, el 21.er batallón, en el flanco más meridional, logró hacer retroceder a las tropas de montaña a lo largo de toda la mañana, pero no podía proseguir en solitario. Por la tarde, el fracaso de la iniciativa era patente. Los neozelandeses estaban exhaustos.

Los alemanes, despejando la pista de aterrizaje de Junkers 52 averiados con una energía frenética, lograron hacer aterrizar dos nuevos batallones de tropas de montaña sobre el aeródromo a un ritmo de veinte aviones de transporte de soldados por hora.

[238]

El comandante de brigada Hargest hizo gala de una extraordinaria capacidad de autoengaño cuando comunicó al cuartel general de la división el siguiente mensaje: «Tráfico constante de aviones enemigos, que aterrizan y despegan. Es posible que quieran evacuar tropas. Estamos investigando». Más adelante prosiguió comunicando: «Del sosiego general y el hecho de que se hayan encendido once hogueras en el aeródromo podría deducirse que el enemigo está preparando la evacuación».

[239] Estos informes extraordinarios, el tipo de rumor en el que desean creer los soldados después de un combate agotador, se filtraron. Los neozelandeses sufrirían un desengaño cruel.

Ese día también fue un desastre para la Royal Navy. El almirante Cunningham, en Alejandría, seguía decidido a evitar que llegaran a Creta buques de transporte de tropas. Mucho antes del alba, la fuerza C, del contraalmirante King, se lanzó con sus buques de vapor a las peligrosas aguas del Egeo, zarpando al este del estrecho de Kasos. Cunningham estaba dispuesto a correr ese riesgo porque el servicio de espionaje de mensajes había revelado que una segunda flotilla acababa de zarpar «le Milos, con retraso debido a la llegada tardía de su buque escolta, el Sagittario.

El escuadrón de King, compuesto por tres cruceros y cuatro destructores, puso primero rumbo a Iraklion y luego viró hacia el norte-noreste, rumbo a Milos, siguiendo la derrota prevista de la

segunda flotilla. Poco después de las 8.30, se avistó un caique con soldados alemanes a bordo. (Todavía no se sabe con certeza por qué se había separado del resto del convoy.) El crucero australiano Perth lo hundió, con lo que eludió temporalmente un ataque aéreo. Los pilotos de los Junkers 88 que sobrevolaban la zona no podían arriesgarse a errar al lanzar bombas, pues habrían matado a los soldados alemanes que flotaban en el agua con sus ondas expansivas. El crucero Naiad, de Su Majestad, atrajo su atención pero, una vez que el Perth estuvo lo suficientemente alejado de los nadadores, los bombarderos volvieron a cambiar de objetivo.

El crucero Calcutta avistó un pequeño buque mercante media hora más tarde. Después de que sus destructores hubieran dado cuenta de él, el escuadrón de King prosiguió su ruta en dirección a Milos. Poco después de las diez y a menos de cuarenta kilómetros de la isla, divisaron el Sagittario con una carnada de caiques. Dieron media vuelta para huir y el Sagittario lanzó una cortina de humo. En ese momento, King tomó la difícil decisión de detenerse y no lanzarse en su persecución. Sus buques ya escaseaban en munición antiaérea, eran hostigados sin cesar desde el aire y el enemigo había sido disuadido de su intento de desembarcar tropas.

Cunningham, que había asumido tantos riesgos, se exasperó ante esta oportunidad perdida. Después insistió en que el lugar más seguro en caso de ataque aéreo habría estado en medio de una flotilla de caiques. Pero esa seguridad, como había comprobado el Perth, era únicamente temporal. Un jefe temerario habría conducido a todo el escuadrón hacia el desastre.

Pese a las precauciones del almirante King, su escuadrón padeció. El Naiad se averió por tiros semifallidos, por lo que su velocidad máxima quedó reducida a dieciséis nudos, y el crucero Carlisle fue alcanzado. La fuerza C, después de tres horas y media de combate, se unió al fin a la fuerza Al del contraalmirante Rawling y los buques de guerra Warspite y Valiant llegaron a través del canal de Citera en su ayuda. Este intento de ser «útil atrayendo la aviación enemiga»

[240] fue gallardo pero imprudente. Una bomba alcanzó el Warspite y, cincuenta minutos después, el destructor Greyhound, que acababa de hundir un caique grande, naufragó tras un intenso ataque aéreo. El almirante King, convertido así en el oficial superior en la zona, ordenó que el Kandahar y el Kingston recogieran a los supervivientes. Luego envió a los cruceros Gloucester y Fiji a prestar apoyo antiaéreo, sin darse cuenta de que tenían muy poca munición.

Una concentración tan grande de buques prácticamente inmóviles atrajo una oleada tras otra de bombarderos y cazabombarderos alemanes, cuyos pilotos no se arredraban ante los tiros de ametralladora de los supervivientes, a bordo de botes salvavidas o directamente desde el agua. King, en cuanto se enteró de la escasez de municiones, ordenó a los dos destructores que se retiraran. Al volver, el Gloucester recibió varios bombazos mientras se hallaba a corta distancia del Warspite. En llamas, con la superestructura contorsionada en perfiles grotescos, el Gloucester estaba condenado a naufragar. En el Warspite, King y Rawlings coincidieron en que no debía seguir exponiéndose más la flota de guerra. También el Fiji fue obligado a aceptar que debía abandonar al Gloucester, que la Luftwaffe no dejaba hundirse en paz, a su suerte. Su tripulación sufrió un intenso fuego de ametralladora y bombardeos. En total, 722 oficiales y marineros de ese buque perdieron la vida.

Los ataques aéreos prosiguieron pese a que la fuerza C y la fuerza Al se retiraban hacia el suroeste. Dos bombas alcanzaron el buque de guerra Valiant, en el que prestaba servicio el subteniente y príncipe Felipe, de Grecia. Dos horas más tarde, a las 18.45, un Messerschmitt 110 emergió súbitamente de una nube y dejó caer una bomba sobre el Fiji. El impacto hizo que el crucero se detuviera. Treinta minutos después, con la última luz del día, apareció otro avión, un Junkers 88 pilotado por el teniente Gerhard Brenner, en su cuarta misión del día. Brenner, que había participado

en el ataque contra el Perth al sureste de Milos y, después de rodear el Warspite, en un ataque fallido contra el Fiji, se había lanzado nuevamente sobre su rastro, en esta ocasión en solitario. Dejó caer tres bombas y el Fiji zozobró. Más de quinientos miembros de su tripulación, la mayoría de ellos aferrándose a balsas salvavidas, pasaron varias horas en el agua aquella noche, hasta que por fin se dibujaron dos enormes siluetas, el Kandahar y el Kingston, y los supervivientes fueron izados a bordo con redes de salvamento.

Ese día, la flota mediterránea había perdido dos cruceros y un destructor y tenía dañados dos buques de guerra, dos cruceros y varios destructores. En cuanto se puso el sol, se dio la orden a Rawlings de que despachara dos de los destructores que le quedaban, el Decoy y el Hero, a la costa meridional de Creta, en misión especial.

La observación del edecán del general Wavell, Peter Coats, de que el rey Jorge de Grecia había huido de Creta «como Jesucristo, sobre un asno, aunque tocado con un casco de acero», no era del todo exacta.

[241] Vestido de servicio de los pies a la cabeza, con sus medallas y condecoraciones, su Sam Browne y sus botas de montar deslumbrantes, pero sin casco de acero, había atravesado a horcajadas sobre una muía gran parte de la ruta montañosa que se le había trazado. Con la embarazosa particularidad de que su muía atrajo el interés amoroso de otra, lo que causó cierta inquietud, ya que su pelaje anormalmente pálido podía llamar la atención de un piloto alemán-

Mientras el grupo se abría camino a duras penas por las Montañas Blancas, sin noticias de los acontecimientos al tiempo que retumbaban a lo lejos las bombas y los disparos, el estoicismo jovial del rey impresionó tanto a los neozelandeses que lo protegían como a su entorno inmediato, el príncipe Pedro, Tsuderos y Levidis, cuyos zapatos de ciudad le hicieron un flaco favor durante el trayecto.

La primera noche, la del 20 de mayo, el grupo había pernoctado en Cériso, por una ironía del destino, en el cuartel que ocupó Venizelos durante la revolución de 1905. El coronel Blunt había dado con una línea telefónica en servicio que estaba conectada con la bahía de Suda, y el estado mayor naval le había comunicado que el comandante en jefe del Mediterráneo dispondría que un destructor recogiera al grupo del rey y a los miembros superiores de la Legación británica en Ayía Rumeli. (Se dio al rey el nombre en clave un tanto obvio de «Timón».)

La noche del 21 de mayo, la segunda que pasaban en las montañas, fue muy fría. Estaban por encima del límite de las nieves perpetuas cuando cayó la noche y por pura casualidad encontraron la cabaña de un pastor. El pastor y su mujer mataron una oveja y ordeñaron unas cuantas, lo que bastó para su sustento durante aquella noche glacial. La bajada hasta Samariá el día siguiente -el tercero de viaje- estuvo cuajada de peligros, hasta que por fin llegaron aliviados a la aldea. Ahí un chico les entregó una nota de sir Michael Palairret, que los esperaba en Ayía Rumeli, a ocho kilómetros de distancia por la costa. El joven mensajero volvió a toda velocidad a la Legación, solazándose manifiestamente con el papel que estaba desempeñando en aquel drama. «¡Llega el rey!, ¡llega el rey!», iba gritando. Lady Palairret organizó rápidamente una comida a base de patatas.

Tras la llegada del soberano y después de la comida, el grupo, que había crecido en número, fue hasta la línea de la playa. Era ya de noche y, volviendo la vista hacia el norte, se veían fogonazos de luz por encima de las montañas, que atestiguaban que seguía librándose batalla en el extremo opuesto de la isla.

Sobre un espigón rudimentario, que apenas si consistía en unos cuantos pedruscos unidos, el

almirante Turle hizo señas con gran pompa en dirección al mar con una linterna de mano. Entre él y el general Heywood se había interpuesto una rivalidad profesional de una mezquindad sublime, con la excusa de cuál de los dos debería ejercer el mando de la Legación en caso de guerra. Al final, Heywood había conservado ese mando, meramente nominal, hasta Sfakiá, pero en cuanto embarcaron sobre un bote pesquero arruinado para zarpar rumbo a Ayía Rumeli, la Administración Superior recuperó su primacía.

Los esfuerzos del almirante Turle con su linterna fueron infructuosos. Las incitantes luces que se apreciaban a lo lejos, en el mar de Libia, ignoraron su mensaje en morse y los presentes empezaron a perder la calma. Harold Caccia opinó que la linterna era absolutamente inadecuada para ese menester. Finalmente, en su calidad de cadete de los hombres que no participaban en la guerra, se le dijo que se lanzara con el bote al mar en busca del destructor, pero su inmunidad diplomática fue puesta en entredicho cuando Heywood insistió en que un neozelandés armado con un subfusil Thompson lo acompañara.

A medida que se iban alejando de la costa, el propietario del bote se alarmaba cada vez más. Avisó a Caccia de que se quedarían sin combustible pero, mientras insistía en que dieran la vuelta y regresaran, se oyó en la oscuridad un

bramido característico de un comedor de oficiales: «¿Quién diantres es usted?»

[242] El Decoy de Su Majestad había dado con ellos. Su capitán no había querido aproximarse más a la costa porque los informes ambiguos sobre la batalla le hacían temer una emboscada alemana. Al cabo de una hora, el grupo y el pelotón de neozelandeses habían embarcado y se habían acostado con toda la comodidad que permitía un espacio atestado de trastos. El destructor dio la vuelta y se dirigió hacia el sureste.

La mañana siguiente, el 23 de mayo, los evacuados reales, emocionados como los compañeros de aventuras de Hornblower

[243] atisbaron por los ojos de buey para contemplar la flota de guerra, incluido el Valiant, que llevaba a bordo al príncipe Felipe de Grecia. Volvían todos juntos a Alejandría. Aunque no lo sabían, otro pariente, el «tío Dicky» del príncipe Felipe, iba a la sazón detrás de su estela, con sus tres destructores soportando un intenso ataque aéreo.

La 5ª flotilla de destructores, bajo el mando del capitán lord Louis Mountbatten, a bordo del Kelly de Su Majestad, había zarpado de Malta la noche del 21 de mayo, cuando los buques de Glennie se enfrentaban a los caiques al norte de Canea. Cunningham había deducido de los mensajes cifrados que el retraso del segundo grupo de caiques supondría una presión mucho mayor para sus fuerzas. Los destructores de Mountbatten se aprovisionaron en combustible y la tripulación descansó. Además, Malta estaba un poco más alejada de las aguas cretenses que Alejandría.

La flotilla de Mountbatten, que debía unirse a la flota de guerra, tuvo que desviarse primero para recoger a los supervivientes del Fiji y el Gloucester. Pero, cuando se aproximaban a la zona de búsqueda, Cunningham ordenó a los cinco destructores que entraran en la bahía de Canea, donde atacaron a dos caiques y bombardearon el aeródromo de Máleme. El Kipling había tenido que dar media vuelta, con problemas en el timón, y el Kelvin y el Jackal habían sido enviados a realizar más búsquedas. Mountbatten, sin más que tres destructores, regresó a lo largo de la costa occidental de Creta a primera hora del 23 de mayo. Cunningham, impelido por un mensaje erróneo de que los buques de guerra se habían quedado sin munición antiaérea, pero reconfortado al mismo tiempo por mensajes que indicaban que no se producirían nuevos intentos de transportar tropas, ordenó que

todos los buques de guerra se replegaran a Alejandría.

Casi a las ocho en punto, veinticuatro Stuka atacaron en serie. Los tres destructores de Mountbatten comenzaron a zigzaguear a máxima velocidad. «El Kashmir fue alcanzado y naufragó en dos minutos -rezaba la misiva de Cunningham-. El Kelly iba a treinta nudos, virando a estribor, cuando fue alcanzado por una gran bomba. El buque se fue escorando progresivamente a babor y acabó zozobrando con notable morosidad.» Los cazabombarderos ametrallaron a los supervivientes en el agua y luego se fueron. El Kipling comenzó la labor de rescate, pero llegaron de inmediato bombarderos bimotores y sus ataques, aunque infructuosos, complicaron la tarea. El Kipling sobrevivió milagrosamente a ochenta y tres bombas y logró sacar del agua a 279 oficiales y soldados. A ochenta kilómetros de Alejandría, se quedó sin combustible y tuvo que ser socorrido.

Pese al aura de heroísmo que hay en torno a este episodio -motivado fundamentalmente por la película de Noel Coward, *In Which We Serve*-, el comportamiento de Mountbatten como comandante de destructores se suele considerar indiferente, aunque más adelante se revelaría un comandante en jefe excelente. Sea como fuere, se recuperó rápidamente de esta experiencia, a juzgar por la carta que la princesa heredera Federica escribió a su tía, la princesa heredera de Suecia, desde Alejandría, después de que se hubieran reunido todos: «Pablo y yo nos hemos encontrado con Dicky, después de que lo hubieran hundido por cuarta vez en esta guerra. Parecía en forma y jovial».

[244]

Aunque el 22 de mayo fue un día nefasto para los defensores de Creta, se produjo un acontecimiento insospechado y confortador. Después de los ataques furibundos lanzados contra la colina rosa el primer día de batalla, el coronel Heidrich mantuvo a su 3.er regimiento de paracaidistas en posiciones defensivas por el valle Prisión, hasta que recibieron nuevos víveres en paracaídas: casi 300 contenedores en total. El 21 de mayo se quedaron ahí, descansando y reorganizándose. Uno de los pelotones de Heydte, atrincherado en una pequeña colina del otro lado del valle, enfrente de Daratsos, puso un disco de música de baile en un gramófono capturado. Y cuando uno de los esporádicos tiroteos con los australianos de enfrente duró más de lo habitual, uno de los paracaidistas gritó desde su trinchera: «¡Esperad un poco a que cambie el disco!»

[245]

El 3.er regimiento de paracaidistas, poco nutrido para lanzar el gran ataque que deseaba Student, esperaba un contraataque a gran escala en cualquier momento: el coronel Heidrich dijo después que ello habría supuesto poner a su formación «al completo en el coche fúnebre».

[246] Pero el 21 de mayo sólo se produjo una pequeña presión por parte de los neozelandeses, para crear un puesto avanzado más allá de la colina «Cementerio». Cuando Roy Farran, cuya tropa de tanques ligeros había sido enviada en ayuda del 19.º batallón para llevar a cabo la mencionada acción, fue a presentar su informe al oficial al mando, comprobó que éste trataba de abatir a un francotirador. Después de varios tiros, el alemán cayó de un árbol y el coronel tendió el fusil a su ayudante. «Bueno, algo es algo -precisó-. Ese guasón lleva molestando toda la mañana.»

[247]

Dio a Farran las órdenes siguientes: los carros de combate estaban ahí para mantener agazapados a los paracaidistas mientras una compañía de soldados de infantería se deslizaba cerca de ellos. El ataque comenzó después de mediodía pero, aunque los pelotones de infantería mataron a varios alemanes en una lucha feroz y echaron al resto de la colina, estaban expuestos al fuego de los

morteros y las ametralladoras de los paracaidistas apostados en el vano. La colina Cementerio, haciendo honor a su nombre, se convirtió en tierra de nadie.

Mientras se libraba la batalla por la colina Cementerio, Michael Forrester formaba a sus doscientos griegos -los restos del 6.º regimiento, reagrupados por el capitán Bassett- en Galatás, con la protección de la caballería de la división, bajo el mando de John Russell. Dado que eran pocos los que tenían experiencia alguna de las maniobras militares, procuró que sus instrucciones fueran sencillas y para evitar problemas lingüísticos ideó una serie de señales con el pito: un pitido, en guardia; dos, adelante; tres, despliegue; cuatro, a la carga. Sugirió que, cuando llegara el momento de asaltar, chillaran «¡Aiera!», el grito de guerra que había oído pronunciar a los evzones en el frente albanés. Cuando instruía a sus reclutas griegos, Forrester descubrió que los aldeanos se le acercaban furtivamente, tratando de aprender todo lo posible sobre armamento y tácticas terrestres básicas.

La mañana del 22 de mayo, el coronel Heidrich comprendió que los neozelandeses apostados sobre los montes que dominan Galatás y Daratsos no iban a lanzar ningún ataque. Reorganizó su III batallón, considerablemente mermado, y los ingenieros paracaidistas, creando patrullas de combate, y las envió hacia el norte, por la costa, a realizar incursiones por detrás de la 5ª brigada, situada en Plataniás, como Hargest temía ya desde el día anterior.

Mientras tanto, para comprobar la veracidad de la teoría de Hargest de que los alemanes enviaban aviones para evacuar sus tropas y no para reforzarlas, el general Puttick ordenó a Kippenberger que enviara patrullas de combate desde su frente. Kippenberger lo utilizó como una excusa para ordenar al 19.º batallón que avanzara en línea recta valle abajo y lo atravesara. Una respuesta enérgica, que forzó a las compañías de Kippenberger a replegarse, desmintió la fantasía de Hargest, pero a pesar de ello su tesis pervivió cierto tiempo.

En el cuartel que había instalado en la prisión, el coronel Heidrich pensó que, ante la inminente llegada de refuerzos desde Máleme, debía tratar nuevamente de desalojar a los neozelandeses de los montes que dominaban Galatás. Mandó llamar al comandante Derpa, jefe del H batallón, y le dio la orden de atacar.

Derpa previo que se iban a perder vidas innecesariamente y expresó sus dudas al respecto. Heidrich, «cuyos nervios estaban tensos, a punto de estallar», se enfureció.

[248] Lo acusó de cobardía. Según el capitán von der Heydte, Derpa era un hombre «sensible y cortés». Empalideció ante ese ultraje, se levantó y saludó. «No se trata de mi propia vida, señor -protestó-; estoy pensando en las vidas de los soldados de los que soy responsable. Mi vida la daría contento.»

Aproximadamente a las siete de la tarde, los paracaidistas de Derpa atacaron los montes que se yerguen entre la colina Cementerio y la colina rosa. Un grupo de hombres logró alcanzar la cima de la colina rosa, haciendo retroceder a la compañía de carburantes. Dado que dicha colina era capital para el conjunto de la posición de la 10ª brigada, se trataba de una situación peligrosa. Pero, antes de que las fuerzas de reserva de Kippenberger pudieran prestarles su ayuda, se oyó «un rugido infernal».

[249] Uno de los conductores que acompañaba a Kippenberger describe la escena. De un olivar situado sobre la colina vecina «surgió el capitán Forrester, vestido con pantalones cortos, un jersey largo y amarillo del ejército, impecable y radiante, con el cinturón de tela perfectamente atado y blandiendo un revólver en la mano derecha. Era alto, de cara fina y mucho pelo. No llevaba casco de acero. Fue una visión muy alentadora. Forrester dirigía una muchedumbre de griegos turbulentos,

entre los que había mujeres; uno de ellos tenía una escopeta con un cuchillo de cortar pan atado a la punta, a guisa de bayoneta».

[250]

El que Forrester diera las órdenes con su silbato de servicio hizo que el jefe de la brigada, el capitán Bassett, lo describiera «pitando con su silbato de latón, como el Flautista de Hamelín»,

[251]

una imagen divertida que después han retomado literalmente los tebeos bélicos. «Por un terreno despejado -prosigue Kippenberger-, llegaron corriendo, saltando y gritando como pieles rojas los griegos y los aldeanos, incluidos niños y mujeres, conducidos por Michael Forrester, que iba veinte metros por delante. Aquello fue excesivo para los alemanes. Se dieron la vuelta y echaron a correr sin pensárselo dos veces.»

[252]

Pese a las órdenes que habían recibido de permanecer en sus puestos, varios miembros de la compañía de carburantes se unieron a esta explosión súbita y regocijante.

La capacidad de mando de Forrester provocó una intensa admiración entre los neozelandeses, que tendían a describir a los oficiales británicos como personajes de una novela de P. G. Woodehouse. El subteniente James, de la compañía de carburantes, dijo que «era uno de los hombres más agradables que he conocido jamás».

[253]

Y un capitán afirmó que la contemplación de esta carga fue el momento más emocionante de su vida.

También se libraba un encarnizado combate delante de la posición de la caballería de la división. Entre las bajas alemanas figuraba el comandante Derpa, mortalmente herido. Sus hombres le cavaron una tumba junto a un pequeño cementerio griego que había al lado de la prisión. Los paracaidistas del regimiento de Heidrich creían que, de haber sobrevivido, «lo habrían llevado a un consejo de guerra».

[254]

Las últimas horas de la tarde del 22 de mayo, Freyberg tomó la decisión de retirar la 5ª brigada de Hargest del frente que iba de Máleme a Galatás. Influido por la idea de Hargest de que los alemanes se estaban marchando y también por versiones injustificablemente optimistas del contraataque contra Máleme, no apreció plenamente la gravedad de la situación hasta esa tarde. Los temores de Hargest de que su brigada quedara aislada debido a las incursiones de tanteo del coronel Heidrich en la carretera costera le convencieron de que la retirada era ya inevitable.

Freyberg se había acostado dieciséis horas antes creyendo que la batalla había sido ganada. Ahora se apoderó de él el pesimismo ante lo que le parecía un cambio radical de la situación. Eso explica que no analizara sus opciones convenientemente. La retirada a Galatás suponía ceder el aeródromo de Máleme al enemigo y, por consiguiente, en último término, la derrota: bien una rendición temprana, bien una lucha encarnizada que supondría la pérdida innecesaria de vidas, bien el repliegue a las montañas del sur, seguido por una evacuación aún más arriesgada que la de Grecia. Antes incluso de que se produjeran las bajas que había sufrido la Royal Navy ese día, el capitán Morse le había avisado de que las fuerzas del sector Suda-Canea eran demasiado numerosas para ser evacuadas por la costa septentrional.

Su única alternativa plausible -que no comportaba ninguna pérdida en términos estratégicos- era

atacar: pero un ataque integral, con unas fuerzas superiores, y no una nueva incursión condenada al fracaso, con fuerzas demasiado escasas y demasiado tardía. El convoy había sido destruido. Disponía de tres batallones ociosos junto a Canea: el 18.º batallón neozelandés, el 2/7.º batallón australiano y el regimiento galés, el más fuerte de todos. Si se hubieran unido al 23.er batallón y a los aparentemente incombustibles maoríes de la brigada de Hargest, junto con los carros de combate restantes, y si hubieran atacado siendo plenamente conscientes de que se trataba de su última oportunidad de conservar Creta, el efecto de la maniobra había sido electrizante. La valentía sorprendente de que dieron muestra en Galatás tres días más tarde no deja dudas sobre el hecho de que eran capaces de realizar semejante hazaña. Pero para entonces los alemanes ya habían hecho aterrizar la 5ª división de montaña al completo.

En lugar de eso, el cuartel general de la Creforce dio la orden de retirada. Por debajo de un aspecto exterior fornido, Freyberg era curiosamente una persona tierna, que no tenía nada que ver con el clásico general de la primera guerra mundial, que no se preocupaba en ningún momento de la «factura del carnicero». No quería ser recordado como el general que había enviado a la muerte a la división neozelandesa. El día siguiente, el viernes 23 de mayo, las tropas de montaña que habían aterrizado en Máleme entraron en contacto con las patrullas de las fuerzas de Heidrich en el valle Ayía. La victoria alemana era ahora indudable.

15 - Punto muerto en Rézimno e Iraklion

21 a 26 de mayo

Si los acontecimientos registrados en Máleme hubieran seguido el patrón de los acaecidos en Rézimno e Iraklion, los alemanes habrían perdido la batalla de Creta.

En Rézimno, donde Campbell y Sandover demostraron las virtudes de un contraataque rápido, el 2.º regimiento de paracaidistas no tuvo tiempo de organizarse. Para empeorar las cosas, ni el grupo de Kroh, parapetado en la almazara de Stavromenos, ni el de Wiedemann, atrincherado en torno a Perivolia, disponían de equipo de radiotransmisión. Los intentos de lanzarles uno en paracaídas y luego otro desde una avioneta Fieseler Storch fracasaron. También escaseaban en víveres. Una cabra imprudente que se asomó junto a la almazara fue rápidamente ajusticiada y cocinada con agua marina en las cajas de municiones con una hoguera encendida apresuradamente.

Los australianos habían pasado la mayor parte del 21 de mayo rematando a los enemigos de su zona y reorganizándose después del contraataque afortunado contra la colina A. El 4.º regimiento griego avanzaba hacia la almazara por el sur, mientras el 5.º regimiento griego y el 2/11.º batallón de Sandover giraban y se dirigían hacia el grupo de Wiedemann en Perivolia.

Sandover no sólo contaba con la ventaja de tener en su poder la orden operativa alemana, que tradujo en presencia del coronel Sturm; sus hombres también habían interceptado las instrucciones de comunicación tierra-aire, donde se indicaban bastantes sistemas de señalización con banderines y paneles. De modo que sus compañías pudieron desplegar esvásticas y banderolas para dirigir los ataques aéreos de los bombarderos alemanes contra sus propias tropas y solicitar el envío de vituallas por paracaídas. Los paracaidistas, que no disponían de contacto telefónico con el continente y se veían reducidos a escribir mensajes sobre la arena, no podían hacer nada por evitarlo.

Los gruesos muros de la almazara resultaron una fortaleza mucho más resistente de lo que Campbell había imaginado en un primer momento. El 22 de mayo, un ataque coordinado entre el 2/1.er batallón y el 4.º regimiento griego fracasó debido a confusiones lingüísticas sobre el plan que debía seguirse.

Esa noche, el 2/11.º batallón de Sandover comenzó a avanzar hacia Perivolia, lanzando incursiones a lo largo de la costa. Pero un malentendido desafortunado, que ya había provocado un encontronazo entre las tropas griegas y australianas, le obligó a detener a sus compañías poco antes de alcanzar su objetivo. Los griegos habían dado un rodeo por el sur y, con el apoyo de las guerrillas cretenses, entre las que figuraba el monje armado hasta los dientes, hostigaban el flanco de Wiedemann.

Esta situación de tablas virtuales duró varios días, tanto en Perivolia como en Stavromenos, hasta que, el 25 de mayo, los hombres de Campbell capturaron de repente la almazara, tras un bombardeo en el que se lanzaron los obuses restantes con los cañones de campaña. Pero dentro del edificio sólo hallaron a alemanes heridos. El comandante Kroh y todos los hombres capaces de andar habían huido.

Mientras tanto, los soldados de Sandover luchaban sangrientamente en Perivolia. Habían

capturado algunas de las casas de los alrededores, pero los alemanes las hacían explotar con armas ligeras antitanques. Los dos Matilda averiados en los primeros compases de la batalla junto al aeródromo habían sido reparados y, con la ayuda de tripulaciones improvisadas, se habían devuelto a Perivolia para efectuar un nuevo ataque nocturno, pero quedaron fuera de servicio. Sandover llegó a la conclusión de que, sin armamento pesado, los futuros ataques no conducirían más que a la pérdida de vidas. En cualquier caso, las fuerzas de Rézimno habían cumplido sobradamente las órdenes de cerrar el paso al aeródromo y al puerto a los enemigos.

En Iraklion, gran parte de los paracaidistas del coronel Bráuer se encontraba en un estado lamentable. La sed sufrida la primera noche había propiciado un brote de disentería cuando los hombres comenzaron a beber el agua estancada en las balsas de riego. Algunos mascaron hojas de parra, tratando desesperadamente de sacarles el jugo. Muchos perdieron la vida buscando agua, pues fueron atrapados por irregulares cretenses que luego se quedaban con sus armas. Durante las primeras cuarenta y ocho horas, los que más sufrieron fueron quienes habían quedado aislados, que yacían heridos, deshidratados y a la merced de los cretenses armados o, en algunos casos, de los soldados y oficiales británicos.

Pero para los británicos y los australianos, matar se volvió una tarea menos impersonal después de la primera sangría. Las peligrosas siluetas sin rostro que habían descendido del cielo comenzaban a tener una apariencia de humanidad. Un soldado de 17 años que gemía de miedo, con una pierna destrozada, ya no era un soldado de asalto de las fuerzas aéreas, sino un niño envejecido, por mucho que también él hubiera matado a algunos enemigos. Cuando se ordenó a los soldados que despojaran al muerto de sus documentos, incluidas unas fotografías enternecedoras de sus seres queridos y sus parientes, éstos se sintieron curiosamente identificados con el enemigo, que tan lejos se había ido de su hogar para morir en un campo de batalla extranjero. Por la propia naturaleza de su profesión, los soldados son muy dados a oscilar entre la violencia y la ternura.

Las partes enfrentadas llegaron al acuerdo tácito de que, durante la relativa tranquilidad de la noche, se distribuyeran las raciones, el agua y las municiones, se enterrara a los muertos y se evacuara a los heridos. Pero, para los cretenses, aquella no era una batalla en el extranjero: era su patria, violada sin que nada lo justificara. No estaban de ánimo ni para la compasión ni para la rendición.

Cuando el comandante Walther recibió la orden del coronel Bráuer de que agrupara a sus hombres y se dirigiera hacia el este para dar un respiro a los soldados de Blücher, bloqueados por el Black Watch sobre la colina que había al sur del aeródromo, descubrió que uno de sus pelotones, el del teniente Lindenberg, había sido aniquilado por los civiles cretenses. En total, se calcula que perdió a unos 200 hombres a manos de irregulares cretenses al rodear Gurnes, donde se había posado su batallón.

El pelotón del teniente conde Wolfgang von Blücher se puso en marcha para su última operación el 21 de mayo. Sería un drama que daría origen a un mito fructífero. Para el resto del batallón de Walther, socorrer a sus camaradas rodeados por el Black Watch era algo más que una cuestión de honor. Pero la infantería escocesa estaba perfectamente atrincherada y disponía de un inmenso campo de tiro sin obstáculos.

Parapetado en una pequeña concavidad de la campiña rocosa que se extendía al sur del aeródromo, el pelotón de Blücher había tratado de cavar trincheras con los cascos y las manos para eludir el fuego de las/ametralladoras Vickers, alguna que otra bomba de mortero e incluso los obuses de un Bofors que les apuntaba desde una posición creada con sacos terreros más allá de la pista de aterrizaje. Blücher y muchos de sus hombres estaban heridos. El pelotón, que al poco había perdido a

más de la mitad de sus efectivos, se quedó sin vendajes de campaña y sin apenas munición.

En ese momento, según se cuenta, se vio a un hombre a caballo galopar en su dirección con cajas de munición atadas a la silla. Esa visión dejó estupefactos en un primer momento a las filas escocesas y luego atrajo sus disparos. Pero el caballero y su montura no fueron alcanzados hasta que llegaron al pelotón sitiado.

Mientras se distribuía rápidamente la munición, el teniente preguntó en qué estado estaba el jinete. Se enteró de que se trataba de su propio hermano, de 19 años de edad, y de que estaba muerto. La mañana siguiente, Wolfgang, el mayor de los tres hermanos, fue abatido junto a los supervivientes de su pelotón. El hermano menor, Hans-Joachim, también murió, pero nunca se encontró su cuerpo.

[255]

En Cnosós, a ocho kilómetros al sur de Iraklion, Manolaki Akumianakis, que había sido el principal ayudante de sir Arthur Evans en las excavaciones minoicas, juró luchar contra los paracaidistas después de enterarse de que su hijo mayor, Miki, había sido asesinado cuando militaba en las filas de la división cretense, en Epiro. Envío a su mujer y a los demás hijos a permanecer con unos parientes que habitaban en las montañas. Y, tras recibir un mensaje de John Pendlebury en el que le comunicaba que el cerro situado frente a Cnosós era vital, Manolaki Akumianakis llevó ante él a un grupo de soldados griegos y cretenses. Hasta la villa Ariadna, reconvertida en hospital militar por los británicos, llegaba el fuego de los morteros, pero los desperfectos causados a la casa o al propio emplazamiento de Cnosós fueron mínimos.

Manolaki fue el primero en caer en ese ataque contra los paracaidistas. Iba unos doscientos metros por delante de los soldados griegos que dirigía. Pero Miki, su hijo, estaba vivo: el informe estaba equivocado. Miki Akumianakis regresó a Creta poco después y cavó una tumba apropiada para su padre, vulnerando el edicto alemán que prohibía enterrar a civiles muertos con armas en la mano. Más tarde, durante la ocupación, se hizo cargo de la red de inteligencia de los aliados en Iraklion y se convirtió en el agente británico esencial en la región durante los tres últimos años de guerra.

Jack Hamson, en cumplimiento también de órdenes de Pendlebury e ignorante de su destino, siguió defendiendo la pequeña llanura de Nida, en la ladera oriental del monte Ida, de aterrizajes enemigos con planeadores o aviones de transporte. Sus cien voluntarios cretenses se inquietaron mucho al enterarse de que se luchaba en la lejana Iraklion. Querían bajar y unirse a la batalla, pero Hamson se sintió obligado a ejercer la autoridad que había delegado en él Pendlebury y los forzó a permanecer en sus puestos, para evitar que los alemanes trataran de realizar nuevos aterrizajes más adelante. Carente tanto de información como de vituallas, Hamson fue a buscar ambas cosas personalmente. La noche del 24 de mayo se encontró con Satanás en Krusonas, quien le contó la muerte de Pendlebury. Al volver a la llanura de Nida, dudaba de que los alemanes fueran a aterrizar en esa zona, pero se sintió obligado a permanecer en aquel puesto, aunque sólo fuera en recuerdo de Pendlebury.

El batallón del comandante Schulz, después de su retirada de las murallas de Iraklion, permaneció oculto al sur y el oeste de la ciudad. El 25 de mayo asistió al bombardeo despiadado de Iraklion. Su destrucción fue sobrecogedora.

Schulz y sus hombres recibieron de Atenas la orden radiotransmitida de dar un largo rodeo hacia el sureste esa misma noche, para unirse a las fuerzas del coronel Bráuer. Sus soldados se desplazaron por grupos, para no ser detectados, pero las fuerzas fragmentadas se exponían a los ataques terrestres. Varios grupos de guerrilleros, principalmente las bandas de Petrakagueorgis,

Banduvas y Satanás, les infligieron muchas bajas. Los cretenses luchaban mucho mejor de noche que los británicos o los alemanes. (

En Iraklion, los británicos y los australianos también habían contemplado la razzia, lamentándolo por los habitantes de la ciudad y sintiéndose personalmente aliviados por haberse desperdigado y puesto a salvo en sus trincheras de abrigo. Como sus compañeros de Rézimno, habían aprendido a engañar a los pilotos de los aviones de transporte y los bombarderos. Extendían esvásticas sobre sus posiciones, dejaban de disparar y, cuando los alemanes lanzaban bengalas verdes Very, ellos hacían lo propio. Capturaron varios paquetes con armas, municiones, raciones de comida y suministros médicos. Los alemanes enviaban en paracaídas equipos con instrumental quirúrgico y, con su característico sentido práctico, lo hacían en contenedores con forma de féretro, para no desaprovechar el envase. Dos ejemplos destacados de este maná militar caído del cielo fueron un par de motocicletas con sidecar, uno de los cuales cayó en la compañía del Black Watch, bajo el mando del comandante sir Keith Dick-Cunningham, y el otro sobre el batallón australiano de los Charlies. Los australianos estaban tan bien provistos de armamento alemán que pudieron hacer llegar grandes cantidades de material a las tropas griegas, menos afortunadas.

El Black Watch se había acostumbrado a que los únicos aviones que les pasaban por encima fueran alemanes y cuando, el 23 de mayo, un Hurricane solitario aterrizó sobre la pista en plena razzia aérea, no podían creer lo que veían. Un historiador ha comparado su llegada con la del Arca de Noé, pero el piloto no traía consigo ninguna promesa de salvación. Habían despegado seis cazabombarderos de Egipto, pero habían tenido que hacer frente a un fuego intenso por parte de la Royal Navy, que no estaba acostumbrada a que le pasaran por encima aviones amigos. Dos fueron abatidos y otros tres, con graves desperfectos, hubieron de regresar a la base. Volvió a despegar una nueva oleada de seis aviones, esta vez con mayor fortuna, pero sus depósitos de combustible, concebidos para vuelos muy largos, los hacían demasiado lentos para el combate. Sólo uno de los doce aviones sobrevivió. Este intento tardío de prestar apoyo aéreo fue un despropósito. Los Hurricane habrían sido útiles mucho antes, cuando hubieran podido operar desde un aeródromo situado en la costa meridional de la isla equipado con muelles de combate. Se había propuesto ya esa posibilidad, pero faltó la energía necesaria para concretarla. El día antes de esa misión ruinosa, el almirante Turle y el general Heywood, en ruta hacia Ayía Rumeli, se habían topado con un teniente coronel de aviación que deambulaba en busca de emplazamientos idóneos: como apuntó Turle, había llegado seis meses tarde.

Pese a la falta de apoyo aéreo, la moral seguía muy alta. El primer día se había infligido al enemigo unas bajas casi equivalentes a tres batallones de paracaidistas e imperaban la bravuconería y el coraje. Durante una razzia aérea cuando caía la noche, el gaitero Macpherson, oriundo de Lochgelly, salió de su trinchera de abrigo junto al aeródromo para tocar diana.

Se ha criticado al comandante de brigada Chappel por no cargar contra el enemigo, considerablemente mermado, y aplastarlo, para luego ir en ayuda de la división neozelandesa, despejando de paso Rézimno de enemigos. Aunque su intervención fue decisiva el primer día, posteriormente Chappel dio menos muestras de espíritu de iniciativa que Campbell y Sandover en Rézimno. Con todo, su cautela es comprensible: la 14ª brigada de infantería ya no tenía suficiente munición para librar una batalla a gran escala y Chappel no tuvo la suerte de Sandover de descubrir cuan escasas eran las reservas de los alemanes.

Además, Chappel sobrestimó el poderío de las fuerzas de Bráuer, porque los demás batallones le enviaron informes sobre el descenso en paracaídas de numerosas tropas de refuerzo. Esos descensos, que se producían demasiado lejos para que pudieran identificarlos, habían consistido

sobre todo en suministros. Dado que la orden que tenía era la de defender Iraklion y el aeródromo, se mostró reticente a asumir riesgos realizando avanzadillas fuera de la zona que le había sido asignada.

El plan del cuartel general de Oriente Medio de enviar unidades a la costa era muy optimista. La idea era que los Argyll, estacionados en Timbaki, en la costa meridional, se dirigieran a Iraklion y después enviar un batallón desde esa ciudad a Rézimno, y así sucesivamente. Era una idea factible sobre el mapa extendido en Egipto (o en el cuartel de la Creforce, pues Freyberg también apoyaba el plan), pero no tenía en cuenta el estado de las carreteras, la posibilidad de que el hostigamiento de los paracaidistas alemanes retrasara el avance de los Argyll hacia el norte -la compañía que partió en primer lugar, con dos Matilda, no llegó hasta el mediodía del 23 de mayo-, o el hecho de que la carretera costera estaba bloqueada a la altura de Rézimno por un batallón de paracaidistas bien atrincherado en Perivolia. Freyberg había enviado una compañía de la guardia montada desde Suda pero, como carecía de armamento pesado, había tenido tan poca fortuna como los australianos de Sandover. Ningún destacamento de las fuerzas de Chappel podría haber llegado a Canea a tiempo para modificar el curso de los acontecimientos que se registraron en Máleme. Envío a Suda los dos Matilda que acababa de recibir, otro que ya tenía y algunos cañones de campaña en una barcaza, pero no llegaron a tiempo sino de reforzar la retaguardia durante la retirada.

De modo que la situación en Rézimno e Iraklion era de tablas. Sus guarniciones, desconocedoras de la serie de desastres que se habían producido en Máleme, suponían que lo único que tenían que hacer era defender sus posiciones y que la invasión alemana moriría por su propio pie. Una vez más, la falta de equipos de radiotransmisión fue una grave deficiencia.

16 - La batalla de Galatás

23 a 25 de mayo

Cuando los hombres de la 5ª brigada neozelandesa fueron despertados a primera hora de la mañana del 23 de mayo por sus suboficiales y les dijeron que se prepararan, la mayoría se negó a creer lo que estaba oyendo. Los que no habían estado de guardia habían dormido perfectamente esa noche, convencidos de que las cosas todavía iban bien. Aunque no creyeran del todo en el rumor de que los alemanes se estaban marchando, los neozelandeses estaban persuadidos de que les habían infligido una derrota tan flagrante que no podían vencer.

«Todos pensaban lo mismo -escribe Sandy Thomas, un joven jefe de pelotón en el 23.er batallón-. Habían visto tantos enemigos muertos que su moral no se veía perturbada por los terribles ataques aéreos cotidianos. En una lucha hombre a hombre consideraban que podían darles una paliza a los alemanes, pese a su superioridad en equipo y armamento.»

[256]

Aunque fueron menos de cinco kilómetros de distancia, la retirada de las posiciones frente a Daskalanía y Kondomari hasta Plataniás fue dura. Sin ambulancias, los heridos debían ser llevados por hombres cansados que tropezaban contra las irregularidades del suelo. Algunos muertos fueron transportados sobre puertas o escaleras toscas encontradas en las granjas; otros, sobre angarillas improvisadas confeccionadas con un par de fusiles y dos guerreras. Los que estaban demasiado enfermos para desplazarse se quedaron atrás, con el último oficial médico de la brigada, el capitán R. S. Stewart, y un capellán, para velar por que el enemigo los tratara correctamente. Debido a la creciente escasez de munición en la isla, las cajas de munición y las granadas sobrantes debían ser acarreadas como si se tratara de armas y equipo personales. Algunas compañías se habían hecho con un burro para llevar las armas y el equipo pesado, pero los soldados no dejaban por ello de ser las principales bestias de carga.

Los alemanes advirtieron en seguida que se estaba produciendo una retirada, cubierta por la compañía de maoríes bajo el mando del comandante H. G. Dyer. Los maoríes fueron una elección perfecta. Su táctica poco convencional y alarmante de revolverse para realizar una inesperada carga a la bayoneta hacía retroceder apresuradamente a los paracaidistas. A ellos se debió en buena medida que el repliegue concluyera esa misma mañana con muy pocas bajas.

Cuando llegó el general de división Ringel, el mando de todas las tropas terrestres le fue confiado. Los paracaidistas de Ramcke y el Sturm Regiment reconstituido avanzaron a lo largo de la costa utilizando con gran destreza los cañones móviles Bofors capturados en Máleme. Dos batallones del 100.º regimiento de montaña avanzaron por el centro, atravesando las colinas costeras que se yerguen entre el valle Ayía y el mar, al tiempo que un batallón del 85.º regimiento de montaña daba un rodeo por la derecha. Esta unidad de tropas de montaña, dirigida por el comandante Treck, debía cercar a la división neozelandesa por el sur, atravesando las estribaciones de las Montañas Blancas. Pero se encontró con una resistencia feroz por parte del 8.º regimiento griego, subvalorado, y de los

irregulares cretenses, incansables y valerosos. Probablemente no sea una exageración afirmar que su sacrificio fue lo que salvó a la división neozelandesa.

En su avance a lo largo de la costa y las colinas costeras, los alemanes pudieron disfrutar de panoramas y olores que no olvidarían jamás. En la mayor parte del camino, los bancales de viñedos y olivares preservaban su belleza clásica y mediterránea, aunque periódicamente se topaban con zonas ensuciadas por la ocupación militar: trincheras de abrigo, letrinas, latas de comida y cajas vacías de munición.

A medida que se elevaba el sol en el firmamento, incrementaba el hedor de los cadáveres ennegrecidos e hinchados, cubiertos de enjambres de moscas azules. Los cadáveres de los camaradas paracaidistas muertos el primer día seguían colgando de sus potencias en los olivos, extrañamente macabros a la luz matizada por las hojas. En algunos cuerpos, liberados de sus arneses, podía deducirse del único agujero de bala que tenían en la cabeza que habían sido abatidos después de rendirse. En casi todos los casos, los bolsillos de los monos de salto habían sido rasgados en busca de documentos o artículos como las cajas planas y metálicas de las pastillas de glucosa Dextrosan. Por último, algún cretense podía haber despojado al cuerpo de su vestimenta útil, especialmente las botas, puesto que el cuero ya escaseaba en la isla. Los paracaidistas, sedientos de venganza, apretaron el paso.

Poco después de que la 5ª brigada de Hargest se hubiera apostado en una nueva línea al oeste de Plataniás, estalló un duelo de contrabatería entre el 95.º regimiento de artillería de montaña y los cañones de 75 mm que aún conservaban las tropas australianas, británicas y neozelandesas. Al propio tiempo se producían varias escaramuzas feroces entre soldados de infantería en la zona del puente de Plataniás y más al norte de la carretera costera, donde los paracaidistas de Ramcke avanzaban cada vez que se les ofrecía la ocasión.

Por la tarde surgieron inesperadamente cuatro bombarderos de la RAF que se dirigían a bombardear Máleme. Eso elevó su moral pero el ataque, según fuentes alemanas, no causó grandes desperfectos. Se habían producido pocos encontronazos con el enemigo al sur de la carretera de la costa, hasta el final de la tarde, cuando pudo advertirse claramente que el II batallón del 85.º regimiento de montaña estaba rodeando por el flanco a los batallones neozelandeses, notablemente mermados, con la intención de aislarlos de la posición de Galatás, que tenían a sus espaldas. Hargest y Puttick, que esperaban desde hacía tiempo que así ocurriera, se dispusieron a replegar esa noche la 5ª brigada, exhausta, y guardarla como fuerza de reserva entre Galatás y Daratsos.

La mañana siguiente, cuando la 5ª brigada hubo concluido su segunda retirada nocturna consecutiva, la línea del frente se extendía ya desde Galatás hasta el mar. Desmoralizado, el batallón mixto, compuesto por conductores, artilleros, cocineros y el personal de servicio, que habían ocupado este sector desde el primer día, hubieron de retirarse también, integrándose en las fuerzas de reserva.

El 18.º batallón de la brigada comandada por Inglis se encargó de defender la línea. A Kippenberger le infundió esperanzas «verlos llegar -con un porte que inspiraba la sensación de que eran sumamente eficaces y guerreros consumados-, en contraste flagrante» con su «malograda cuasiinfantería».

[\[257\]](#) Pero el 18.º, con sólo cuatrocientos hombres, debía defender un frente de dos kilómetros de longitud. Los supervivientes de la caballería de la división y un grupo de la compañía de carburantes, todos ellos bajo el mando del atractivo John Russell, mantenían todavía sus posiciones en la vía de salida de Galatás por el sur, enfrente de la prisión de Ayía.

El 23 de mayo el valle Prisión había estado relativamente tranquilo, pero era evidente que ese adormecimiento no había de durar. En el bando neozelandés, a Kippenberger le pareció que la mañana del sábado 24 de mayo estaba «siniestramente serena»,

[258] mientras que, entre los alemanes, a Heydte le pareció «casi opresiva».

[259] Los hombres de su batallón habían gastado casi toda su munición, estaban deshidratados - muchos habían contraído disentería- y gravemente desnutridos. «Muchos rostros se habían resecado, casi encogido, los ojos se habían hundido en las órbitas y las barbas de cinco días acentuaban la oquedad de las mejillas.» Los componentes de un pelotón, que se habían abalanzado sobre sus armas cuando un centinela avisó de que habían oído ruidos entre los matorrales que tenían delante, se toparon con un asno extraviado. La bestia fue abatida tan rápidamente como si se hubiera tratado del enemigo. Arrastraron rápidamente su carcasa para cortarla y asarla.

El general Freyberg, en el ínterin, se enteró merced a un mensaje cifrado de Ultra de que al sur de Máleme destacamentos de infantería motorizada habían avanzado hasta llegar como mínimo a cubrir dos tercios de la longitud de toda la isla. Esta fuerza, el 55.º batallón de infantería motorizada, armada con metralletas Spandau montadas en los sidecares, se dirigía hacia Paleojora, en la costa meridional, para impedir el aterrizaje de los refuerzos que pudieran llegar desde Alejandría. Un mensaje interceptado señalaba que, el 23 de mayo a medianoche, se encontraba a unos nueve kilómetros al norte de Kándanos y, el día siguiente, Ultra informó de que esos destacamentos habían sido detenidos por «una resistencia británica creciente». Dado que no había tropas británicas en la zona, la resistencia era exclusivamente cretense y cabe presumir que estuviera presente el padre Stilianos Frantzeskakis y aquellos de sus feligreses que seguían con vida después de una lucha tan feroz. Retuvieron a esa fuerza alemana durante dos días; su éxito puede medirse, lamentablemente, por la intensidad de las represalias posteriores en Kándanos.

El 24 de mayo se envió a Kasteli Kisamu otra columna alemana, el 95.º batallón de ingenieros de montaña, reforzado con una compañía diezmada de paracaidistas, al mismo lugar en el que el infortunado destacamento de paracaidistas bajo el mando del teniente Mürbe se había posado el primer día. Los alemanes no tenían forma de hacer descender sus carros de combate ligeros, una compañía de la 5ª división Panzer, en ningún punto del golfo de Canea, de modo que Kasteli Kisamu, que distaba de ser ideal debido a la profundidad de la bahía, constituía su única esperanza.

La defensa de Kasteli se había confiado al 1º regimiento griego y a un destacamento de oficiales y suboficiales neozelandeses para su asesoramiento. Habían barrido a los hombres de Mürbe, salvo a veintiocho supervivientes tomados prisioneros. Pero, el 24 de mayo, durante un ataque de aviones Stuka destinado a ablandar la resistencia de la ciudad, al tiempo que daba tiempo a llegar a los ingenieros de montaña, algunos de éstos prisioneros lograron evadirse y rearmarse. Después de algunas escaramuzas confusas y sangrientas -los alemanes estaban convencidos de que los hombres de Mürbe habían sido torturados y mutilados por los civiles-, la ciudad fue ocupada el día siguiente. Pero la resistencia de la guerrilla, que siguió viva, fue tan encarnizada que los carros de combate no pudieron empezar a aterrizar hasta el 27 de mayo. Este retraso de dos días, que se cobró un precio notable en vidas cretenses, constituyó una ayuda inestimable para la fuerza de Freyberg durante su retirada posterior, cuando apenas si le quedaban armas antitanques.

[260] El 24 de mayo por la tarde, después de la mañana opresiva descrita por Kippenberger y Heydte, los escuadrones del VIII cuerpo del aire, rotando incesantemente, bombardearon

metódicamente Canea. Esta técnica había sido ideada por la Legión Cóndor, y especialmente Richthofen, durante la guerra civil española, primero en los alrededores de Oviedo, y luego para la destrucción de Durango y Guernica. Tenía un objetivo doble: aterrorizar a los soldados y los civiles y bloquear las carreteras que llevaban a un centro de transmisiones situado por detrás de la línea de frente atestándolas de cascotes y escombros. En Canea sólo se libró el puerto, porque pronto había de utilizarse. Se destruyeron trece palacios venecianos de los siglos XV y XVI.

Stefanides vio a los aldeanos «reunidos en silencio, abatidos, contemplando aquel holocausto y comprendí que para ellos era el fin del mundo. Canea era la única ciudad que muchos de ellos conocían».

[261] «El fin del mundo» fue como describieron también los testigos la destrucción de Guernica. Aúname el bombardeo de Canea no cuente con las imágenes aterradoras de los animales frenéticos pintados en el cuadro de Picasso, también produjo visiones particularmente surreales. Recortado sobre el telón de fondo de la ciudad en llamas, Geoffrey Cox pudo ver a un cretense lanzarse al agua del puerto y precipitarse sobre tres mujeres que se ahogaban. También vio a un desertor australiano borracho ofrecer magnánimamente artículos que había robado en varias tiendas.

El ataque de Canea quizás fuera un apéndice añadido por Richthofen, antes de que el VIII cuerpo del aire se replegara para dar paso al comienzo de la operación Barbarroja. Si los cretenses necesitaban un recuerdo para reavivar su ira cuando, más tarde, las autoridades alemanas trataron de congraciarse con ellos durante la ocupación, esa tarde se lo dio. La población huyó despavorida a las aldeas vecinas donde, con una generosidad típicamente cretense, fueron aceptados y cuidados sin miramientos.

Unas pocas horas después de la partida de los bombarderos, Freyberg y su estado mayor del cuartel general de la Creforce abandonaron su cantera y dieron un rodeo para llegar hasta el sur de la bahía de Suda. Todo el mundo cooperó. El regimiento galés, todavía en un orden de batalla intachable, dirigía el tráfico, y un coronel de artillería australiano logró sacar un camión de quince toneladas de la ciudad en llamas.

A primera hora de la mañana del domingo 25 de mayo, el general Student aterrizó en Máleme.

[262] Quienes lo conocían lo vieron envejecido por los acontecimientos de la semana anterior: la división de paracaidistas, que él había creado había sido destruida a medias.

Esa misma mañana, con el hedor de los edificios achicharrados de Canea flotando en el aire, los soldados del 3º regimiento de paracaidistas, en el valle Prisión oyeron cómo Radio Berlín anunciaba por fin la invasión de Creta por Alemania. Para los hombres de Heydte, fue el primer indicio de la confianza oficial en la victoria. Como para confirmar este hecho en el mejor estilo de los dramas históricos, llegó al poco un mensajero anunciando que se había contactado con una patrulla de tropas de montaña que se acercaba desde Máleme. El teniente de la patrulla tenía el título harto improbable de «Count Bullion» («conde Lingote»). Según Heydte, aficionado a la genealogía, era descendiente de «el caballero borgoñón que había participado en las cruzadas hacía unos ochocientos cincuenta años y obtenido la corona de Jerusalén».

[263]

Las tropas de montaña se estaban concentrando para preparar el asalto a Galatás desde el flanco meridional y occidental. En el flanco occidental, entre Galatás y el mar, el 18.º batallón neozelandés se vio sorprendido por un fuego de mortero y ataques de ametralladora lanzados desde los

Messerschmitt. A mediodía, las tropas alemanas comenzaron a maniobrar, disponiéndose al ataque, y a las cuatro de la tarde una docena de Stuka comenzó a lanzarse en picado y a bombardear Galatás. Poco después, los paracaidistas de Ramcke y parte del 100.º regimiento de montaña del coronel Utz se lanzaron súbitamente contra el 18.º batallón. El tableteo de los fusiles fue «creciendo hasta llegar al estruendo».

[264] También se intensificó el fuego de mortero, alcanzando el ritmo de más de seis proyectiles por minuto contra cada compañía. Alrededor del pueblo, los casquillos de las balas caían a través de las hojas de los olivos, arrastrando consigo pequeñas ramitas.

Kippenberger se adelantó para observar la batalla: al parecer, fue el único oficial superior en Creta que lo hizo. «En una hondonada, cubierta casi en su totalidad de maleza -escribió-, me topé con un grupo de mujeres y niños apelotonados como pajarillos. Me miraron en silencio con sus ojos negros y aterrados.»

[265] Galatás era asediado desde todas partes. El ataque contra el grupo de John Russell, por el sur de la ciudad, también fue feroz, pero la línea defendida por el 18.º batallón, que llegaba hasta la costa, fue la primera en ceder. Aproximadamente a las 18.00 horas, la compañía apostada a la derecha fue arrollada por los soldados del coronel Ramcke. El teniente coronel Gray dirigió un contraataque fallido con el batallón de reserva -«sacerdotes, oficinistas, ordenanzas, todos los que podían llevar un fusil»-.

El batallón mixto se había desintegrado, presa del pánico, a pesar de que se encontraba en la segunda línea de choque. «¡Atrás, atrás! -gritaban algunos de sus miembros-. Están atravesando la línea a millares.»

[266] Una vez más, hubo que transportar a los heridos, en esta ocasión doscientas personas. Parte del 20º batallón, enviado certeramente a tal efecto por Inglis, impidió que los alemanes rompieran el frente a la altura de la carretera costera que lleva a Canea. Pero el extremo opuesto de la línea cedió. En la «colina Trigo», un saliente del enclave de Galatás, la compañía que estaba apostada allí se desmoronó, después de que Kippenberger hubiera rechazado dos peticiones de retirada. La línea defendida por el 18.º batallón se desintegró en su totalidad. Kippenberger corría de un lado a otro gritando: «¡Quietos en nombre de Nueva Zelanda!» y atrapando a los hombres que trataban de retirarse por el pueblo, pero sus esfuerzos fueron vanos. La única esperanza de impedir una desbandada total era replegarse sobre la colina que se yergue entre Galatás y Daratsos.

El comandante de brigada Inglis, calibrando la situación más por el ruido que por su observación directa, envió refuerzos hacia adelante. La banda de música de la 4ª brigada fue la primera en llegar, seguida por un pelotón de zapadores y la banda de conciertos de los «kiwi» (apodo británico con el que se designa a los neozelandeses). Fueron repartidos a lo largo de una inmensa muralla de piedras apiladas, que iba de norte a sur.

No todos los defensores se habían replegado. La fuerza de Russell seguía aislada en el extremo suroccidental de Galatás. Kippenberger, que no quería abandonarla y estaba convencido de que los neozelandeses debían atacar feroz e inesperadamente a los alemanes para tener el respiro que tanto necesitaban, decidió organizar un contraataque inmediato. Sus efectivos consistirían en dos compañías de neozelandeses del 23º batallón, «cansados, pero en condiciones de luchar y determinados».

[267]

Con el silbato en la boca, les dijo a los jefes de las dos compañías que iban a lanzar un ataque para hacer retroceder a los alemanes, porque de lo contrario todo el frente se iba a desplomar. Las dos compañías calaron las bayonetas y esperaron. El joven subalterno Sandy Thomas echó un vistazo a su pelotón. «Todo el mundo parecía tenso y triste, y me pregunté si tendrían tanto miedo como yo, si tendrían la garganta seca y la sensación de tener el estómago congelado y, al rato, líquido. Cuando sentí posarse sobre mí sus miradas, deseé fervientemente tener un aspecto tan desenfadado como ellos. Se me ocurrió de repente que iba a vivir el momento más importante de mi vida.»

[268]

«Kip -recuerda otro oficial que estuvo presente en la operación-, andaba arriba y abajo calmando a todo el mundo.»

[269] La oscuridad caía a pasos agigantados. Dos carros de combate ligeros de la 3ª de húsares llegaron por la carretera. Roy Farran, el líder de ese destacamento, preguntó si podían colaborar. Kippenberger se alegró de su llegada y le dijo que se acercaran a Galatás a echar un vistazo. Las dos máquinas anticuadas y desastradas se dirigieron traqueteando al pueblo, rociando a su paso las ventanas de ambos lados de la calle por donde transitaban de ráfagas de ametralladora. Al llegar a la plaza del pueblo, dominada por una iglesia considerablemente alta, el segundo tanque fue alcanzado en su torreta por un fusil antitanque: el jefe y el conductor fueron heridos.

Los dos carros volvieron hasta donde se encontraba Kippenberger. La cabeza de Farran asomó por la torreta. «Está todo lleno de Jemes» («alemanes», según la jerga militar británica), gritó para hacerse oír entre la barahúnda del motor. Kippenberger le preguntó si quería volver con un destacamento de infantería. Farran dijo que sí, pero antes debía sacar del segundo tanque al conductor y al cabo. Cuando lo hubo hecho, dos neozelandeses se presentaron voluntarios para ocupar su lugar y Farran se los llevó carretera abajo para darles unos consejos básicos sobre el artefacto.

El capitán Michael Forrester, cuyos soldados griegos estaban a la sazón muertos o desperdigados, había cogido un fusil y una bayoneta y se integró en las filas del 23º batallón, donde se le podía distinguir fácilmente por su espesa cabellera (había perdido su casco de servicio en la colina rosa). Advirtió que las fuerzas de que disponía Kippenberger crecían sin parar. Los hombres surgían por doquier, respondiendo a la llamada de «venid tal como estéis», dispuestos a atacar. Los elementos dispersos de diferentes unidades que hacía menos de una hora habían huido en desbandada regresaban, en una demostración patente de que el coraje es tan infeccioso como el miedo. También llegaban heridos, cojeando, pidiendo permiso para incorporarse al ataque. Pero aquella fuerza no habría estado completa sin la llegada de un grupo de guerreros tan infatigables como los maoríes.

Esta unidad, la más mixta de las unidades mixtas que imaginarse pueda, se agrupó detrás de la línea del frente, que corría aproximadamente de norte a sur. Se apostó una compañía a cada lado de la carretera. Los dos tanques de Farran reaparecieron con su tripulación improvisada en orden de marcha. Kippenberger y Farran se consultaron y después éste último le gritó al segundo tanque que le siguiera. Desapareció en su torreta y cerró la escotilla. El carro de combate echó a andar bamboleándose por la carretera. «Los maoríes -recuerda Forrester-, entonaron su cántico de guerra, que recordaba a los gritos que se dan para azuzar a los perros de caza, y todo el mundo se unió al coro. El ruido producido era increíble.»

[270] Quienes lo escucharon a cierta distancia creían oír aullidos de lobo. Los restos del 18.º batallón, dirigidos por el teniente coronel Gray y que venían desde otra parte, se integraron rápidamente a las fuerzas de ataque.

«El efecto fue aterrador -escribe Thomas-. Sentí cómo se me subía la sangre a la cabeza y me elevaba por encima del miedo y la incertidumbre hasta que me encontré en un estado de euforia inexplicable, indescriptible.»

[271] Cargaron colina arriba, por una senda flanqueada por casas blancas de uno o dos pisos, incapaces de seguir el ritmo que les marcaban los tanques.

Cuando desaparecieron de la vista, se produjo una explosión ensordecedora. Kippenberger recuerda «cantidades ingentes de pistolas automáticas y fusiles disparados al mismo tiempo, el crujir de las granadas, gritos y aullidos: un tumulto que crecía y menguaba para volver a crecer, en un crescendo aterrador».

[272] Las mujeres y los niños, comprobando que su aldea volvía a convertirse en un campo de batalla, corrían despavoridos por la carretera.

En cuanto el tanque de Farran llegó a la plaza del pueblo, sobre la cima de la colina, una granada antitanque le alcanzó en el flanco. Farran, muy malherido, se encargó primero de que los demás miembros de la tripulación se pusieran a resguardo y luego logró a duras penas ponerse a cubierto. Desde su refugio no cesaba de gritar: «¡Adelante, Nueva Zelanda, barredlos a todos!»

Según la versión de Sandy Thomas, después de que el tanque de Farran fuera alcanzado, el nuevo jefe del que venía detrás tuvo un ataque de pánico y ordenó al conductor que diera media vuelta y saliera de la aldea. Pero unos metros más lejos carretera abajo, el pelotón de Thomas, que avanzaba hacia la plaza, le cerró el paso. El jefe les chilló que le dejaran pasar, pero Thomas se negó y ordenó al conductor que regresara a la plaza, lo que éste hizo de inmediato.

Tras este retraso mínimo, los neozelandeses se lanzaron a la carga de la plaza, con sus bayonetas de cuarenta y cinco centímetros caladas. Algunos lanzaron granadas a las ventanas de las casas ocupadas por los alemanes. Otros se abalanzaban sobre los defensores que trataban de huir. En la plaza, el fuego era frenético. Las balas rebotaban sobre la masa mellada e inútil del «cochecito de bebé acorazado» de Farran. Para no exponerse al peligro de quedarse inmóviles en campo abierto, Thomas ordenó a sus hombres que cargaran por la plaza. Ya fuera impulsados por la visión de las bayonetas o por la desesperación que llevaban los neozelandeses pintada en el rostro, la mayoría de los alemanes parapetados en las casas que había al fondo tuvo un ataque de pánico y huyó. Sólo permaneció en su puesto un grupo de valientes.

Varios hombres, entre ellos Farran, gritaron en son de aviso al distinguir la silueta de un casco alemán por encima de un tejado. El alemán lanzó una granada y al mismo tiempo otro abrió fuego con una Spandau. Thomas, con la espalda en carne viva por la metralla de la granada, fue alcanzado en el muslo. Uno de sus hombres trató de vendar la herida, pero la llaga era demasiado grande para una venda de campaña.

Al poco rato llegó la orden de retirada de Kippenberger. El ataque había logrado su objetivo y no quería perder más hombres de lo necesario. En efecto, en cuanto se hubieron replegado los alemanes, empezaron a bombardear el pueblo con sus morteros. Los heridos más graves, entre los que se hallaban Farran y Thomas, tuvieron que quedarse atrás. Uno de los soldados de Thomas, también gravemente herido en la pierna, logró arrastrarlo hasta una zanja que ofrecía cierto abrigo. Las explosiones de los proyectiles de mortero no disuadieron a las mujeres del pueblo de salir de sus

bodegas para llevar agua a los heridos. Una niña de doce años se acercó a Sandy Thomas con una jarra de leche fresca de cabra.

Kippenberger dio la orden de retirada hasta una línea que pasaba por Daratsos. Los supervivientes de la caballería de la división, bajo el mando de Russell, y los últimos miembros de la compañía de carburantes del capitán Rowe, arrinconados en la colina rosa, habían conseguido romper el cerco que los aprisionaba. Eran todo lo que quedaba de la 10ª brigada de Kippenberger.

Los que participaron en el contraataque contra Galatás no olvidarán jamás el asombroso resurgimiento de la moral que supuso. Quizás sea explicable como una reacción de ira ante la retirada, por la certeza visceral de que debían haber ganado la batalla de Creta. Los neozelandeses habían demostrado espectacularmente lo que habrían podido hacer si se les hubiera dado la ocasión y los jefes apropiados en el momento crucial, cuatro días antes.

Kippenberger, «más cansado que en toda mi vida, antes de ese momento o después», se tambaleaba en la oscuridad, en busca del puesto de mando temporal de Inglis, «un agujero cubierto de brea en el suelo».

[273] La mayoría de los jefes de batallón ya estaban ahí reunidos. Inglis planteó la posibilidad de un nuevo contraataque, para evaluar las reacciones. Luego llegaron el coronel Gentry, el jefe del estado mayor de Puttick, y el coronel Dittmer, jefe del 28º batallón (maorí). Dittmer se presentó voluntario para un nuevo ataque pero, después de discutir un rato, Inglis concluyó que era demasiado tarde, por lo que el batallón de Dittmer fue una de las últimas unidades neozelandesas que sobrevivió con un número razonable de bajas. No había más alternativa que replegarse hasta una línea que los uniera con los batallones australianos de Vasey, situados en el extremo del valle Prisión. Aunque nadie expresó el carácter inevitable de la derrota, todos sabían que su huida estaría una vez más en manos de la Royal Navy.

17 - Los comandos de Laycock y la fuerza de reserva

26 y 27 de mayo

Después de que se hubiera desvanecido el último rayo engañoso de esperanza en Galatás, el general Freyberg comprendió que debía avisar a Wavell de que Creta iba a caer. Pospuso la redacción del mensaje correspondiente hasta la mañana del día siguiente, 26 de mayo. Comenzaba así: «Lamento tener que comunicar...». Probablemente fue una de las tareas más ingratas que tuvo que cumplir en su vida.

Una tarea que seguramente no simplificaron las exhortaciones conmovedoras de Churchill que seguían llegando de Londres, ni la matemática simplista del servicio de inteligencia militar de El Cairo, que estimaba que seguían gozando de superioridad numérica. Pero en parte era culpa suya: no había comunicado con la suficiente claridad a El Cairo ni a Londres la rapidez con que había caído Máleme. Los circunloquios de sus mensajes daban la impresión de que seguía disputándose la posesión del aeródromo aún después de que los alemanes hubieran establecido en él su puente aéreo.

El cuartel general de Oriente Medio trató de enviar aviones Blenheim y Wellington para que bombardearan la pista de aterrizaje, pero llegaron demasiado tarde y en número demasiado escaso para que su influencia fuera decisiva. Pese a un breve rebrote de la moral a raíz de una razzia aérea efectuada el 25 de mayo, la RAF volvía a ser blanco de todas las burlas y sus iniciales se descifraban en forma de epítetos malsonantes.

El lunes 26 de mayo, la nueva línea, establecida al oeste de Canea, aguantó, aunque a duras penas y gracias a su buena fortuna. Poco después de las 13.00, la Luftwaffe bombardeó y ametralló a un batallón del 85.º regimiento de montaña por error durante cincuenta minutos, lo que desmoralizó considerablemente a las tropas alemanas en todo el frente e indujo a la cautela a sus jefes. El batallón desafortunado avanzaba por las colinas en dirección a Perivolia donde, según comunicaron a Freyberg, el 2º regimiento griego se estaba desintegrando. Fue uno de los factores que le convencieron de que pronto la bahía de Suda estaría en el punto de mira de los alemanes.

Junto a los griegos y cerrando el paso en el extremo del valle Prisión se encontraban los dos batallones australianos, el 2/8.º y el 2/7.º, nuevamente bajo el mando del comandante de brigada Vasey, al igual que la 19ª brigada australiana. Más allá, extendidos hasta llegar a la costa, formando una línea de frente ante Canea, se había apostado a tres batallones neozelandeses, mermados y fusionados a medias, entre los que se hallaban los maoríes, al oeste de Daratsos. Mantener a raya al enemigo sobre este frente era especialmente importante para que los buques de guerra pudieran desembarcar víveres básicos y refuerzos en la bahía de Suda aquella misma noche.

Por detrás de este destacamento inseguro y mal atrincherado, los restos de los demás batallones trataban de recuperar fuerzas y reorganizarse. En torno a Suda se hallaba el último escalón militar, desarmado, que había agrupado a casi doce mil hombres al comienzo de la batalla, desperdigado en sus campamentos provisionales: compañías que trabajaban en los diques, maestros ajustadores y personal de suministro: lo que las tropas terrestres llamaban «los retazos y los torpes» y Churchill las «bouches inútiles».

A menudo injustamente ridiculizados y aún más ignorantes de los acontecimientos que el soldado medio, estos «wallah de base»

[274] habían padecido bombardeos constantes sin el apoyo de un «espíritu corporativo» ni la posibilidad de replicar al enemigo. Varios de los que pudieron hacerse con un fusil para cazar paracaidistas al acecho se habían revelado guerrilleros natos, pese o quizás gracias a la formación informal en infantería que habían recibido. Pero los nervios de la mayoría sufrían enormemente con los ataques aéreos. Cuando alguien hacía caer la jarra de metal con estrépito en el hospital de evacuación de Stefanides, todos se tiraban al suelo, incluido el hombre que la había lanzado.

Muchos componentes de este escalón habían sido evacuados antes de la batalla que libraron los buques que transportaban víveres y equipo hasta la isla. Pero ningún comerciante podía atravesar ya la malla tejida por los ataques de los Stuka que custodiaban el estrecho de Kasos. Y, después de los desastres navales del 22 de mayo, el almirante Cunningham sólo autorizaba a los buques de guerra más rápidos a que rodearan la isla para llegar a Alejandría, restringiendo su presencia en las peligrosas aguas del Egeo a la noche. En violación de las órdenes del almirantazgo, había ordenado que un convoy que transportaba un regimiento real regresara a Alejandría. Y un intento de que un destructor desembarcara comandos de refuerzo para atacar a los alemanes por el costado hubo de ser abortado debido al fuerte oleaje. Si hubieran logrado desembarcar, se habrían topado en seguida con el 55.º batallón de infantería motorizada alemán, que por entonces estaba doblegando a los bravos defensores cretenses que protegían Kándanos.

Pese a todo, un grupo de doscientos hombres de estos comandos logró llegar a la bahía de Suda la noche del 24 de mayo, a bordo del veloz crucero siembraminas Abdiel de Su Majestad. El grueso de las tropas, después de regresar a Alejandría al no poder desembarcar en Paleojora, llegó finalmente a la bahía de Suda dos noches después, a bordo de los destructores Hero y Nizam, así como del Abdiel en su segundo intento.

Estos dos batallones de fuerzas especiales, poco armados y con tan sólo quinientos hombres, estaban bajo el mando del coronel Robert Laycock, un oficial de la Guarda real de caballería con grandes virtudes de líder y una cara de boxeador y caballero. Su comandante de brigada era Freddie Graham y su oficial de inteligencia, el capitán Evelyn Waugh. El batallón «A» lo dirigía el teniente coronel F. B. Colvin,

[275] que había llegado en el primer grupo, y el batallón «D» estaba bajo el mando del teniente coronel George Young, de los ingenieros reales, el oficial zapador que había sido enviado en 1939 por el MI(R) para sabotear los yacimientos petrolíferos de Ploesti.

Esa noche también estaba sobre el dique de Suda Peter Wilkinson, de la SOE; que había desembarcado por la tarde para verificar si había llegado el material de sabotaje enviado para Bill Barbrook. «Estábamos quemando 25 uniformes alemanes -informó Wilkinson a Gubbins-, que DH/A [Ian Pirie] había traído consigo de Grecia en un momento en que los paracaidistas se encontraban a unos trescientos metros. La ineficacia y falta de preparación de la oficina de DH/A no eran alentadoras.»

[276] Pero le esperaba una sorpresa. El capitán Morse, el oficial naval al mando de la operación, acababa de recibir un mensaje «Estrictamente confidencial - Descodifíquese en destino» del almirantazgo en el que se le ordenaba sacar a Wilkinson de la isla. Alguien había dado por sentado en Londres que Wilkinson eran un experto en «fuentes estrictamente reservadas», y que la captura de

una persona «conocedora de Ultra» debía evitarse a cualquier precio. «Debes embarcar en el próximo buque que zarpe de vuelta»,

[277] le dijo Morse. El buque no era ni más ni menos que el Abdiely uno de los primeros miembros de la Layforce que Wilkinson divisó a la luz de un buque cisterna en llamas fue George Young.

Evelyn Waugh comentó que Young «no destacaba por su aspecto, pero demostró ser un buen oficial».

[278] Lo era sin duda alguna, y el batallón D, una amalgama de los dos comandos de Oriente Medio, fue la mejor unidad, gracias al entrenamiento que le impartió. El relato de Waugh sobre la debacle de Creta, tanto en sus diarios como en su novela Oficiales y caballeros, es la más vívida jamás realizada sobre estos últimos días, pero la narración en sí debe considerarse más como una proyección de su desencanto personal que como una exposición objetiva de los acontecimientos.

Su apreciación de los comandos especiales que había reclutado Laycock en Gran Bretaña el año anterior es ambigua. El comando, al que se unió en Largs, Escocia, estaba compuesto por antiguos miembros de la Household Cavalry (Guardia Real), los Foot Guards (guardia de infantería) y regimientos de caballería de defensa, especialmente los Royal Scots Greys. Aunque adoraba la compañía de ese «grupo elegante», que «beben mucho, juegan grandes sumas de dinero a las cartas, celebran veladas nocturnas en Glasgow y telefonean constantemente a sus profesores»,

[279] los censuraba por no tomarse en serio sus responsabilidades de oficiales. «Advertí pocos síntomas que preludiaran su decadencia posterior -escribe-. Hacían gala de una alegría e independencia que, a mi modo de ver, habían de resultar muy valiosas en las acciones militares.

[280]

La Layforce, desde su llegada a Oriente Medio, no había tenido demasiada fortuna. Se habían cancelado tantas de sus operaciones que fue apodada la «fuerza de retraso», y alguien había garabateado sobre la cubierta de su buque de asalto, el Glengyle de Su Majestad, la frase siguiente: «Nunca en la historia de los desvelos humanos, tan pocas personas han sido jeringadas por tantas».

[281] Habían zarpado rumbo a Creta creyendo que su objetivo consistía en «atacar los aeródromos y puertos del enemigo, desde los cuales éstos enviaban a sus bombarderos para hostigar a las tropas que habíamos destacado sobre la isla».

[282] También tenían una idea absolutamente equivocada sobre la situación que se iban a encontrar a su llegada. Randolph Churchill les había contado que la batalla se podía dar por ganada. Y en las órdenes que les habían dado en Alejandría «se afirmaba que la situación en Creta estaba "perfectamente bajo control", con la salvedad de que "la guarnición del aeródromo de Máleme estaba sufriendo una tremenda presión", lo que sugería erróneamente que dicho aeródromo seguía en nuestra manos y era atacado desde el exterior».

[283]

Su llegada, una introducción a lo que el comandante de brigada calificó de «pesadilla ante unos hechos irreales e inesperados»,

[284] desmintió dramáticamente su idea de que la situación estaba bajo control.

En cuanto hubo atracado el buque [escribió Graham en 1948], comenzaron a acercarse a su quilla los botes y, cuando el comandante de brigada, yo mismo y otros oficiales nos despedíamos del capitán del siembraminas, la puerta de éste se abrió de golpe y se abalanzó en su interior un oficial naval sucio y ligeramente histérico. Con una voz temblorosa por la emoción anunció: «El ejército está en plena retirada. Impera el caos. Acaban de matar a mi mejor amigo a mi lado. ¡Están evacuando Creta!» La alegría de aquel grupito de oficiales de comando, armados hasta los dientes y pertrechados como pinos de Navidad, se vio conmocionada por la noticia: todos miramos con la boca abierta a aquel portador de malas noticias.

«¡Pero si vamos a desembarcar!- tartamudeé.

«Dios mío -gritó-. No lo sabía. Quizás debiera haberme callado. «Demasiado tarde, colega -repliqué-. Al menos nos podrías decir cuál es la contraseña.» Pero la había olvidado.

Desde cubierta se veían barcasas saliendo del muelle abarrotadas de heridos. La escena se volvió caótica cuando los comandos trataron de desembarcar nada más llegar. Alguien dio la orden de dejar de lado todo el equipo, menos las armas, municiones y alimentos. En la bahía de Suda se tiraron al mar varios equipos de radiotransmisión que tanta falta habrían hecho una semana antes. Las cestas de alimentos y municiones se rompían. Los hombres llenaban los bolsillos de sus uniformes con puñados de balas del calibre 0,303 y se rellenaban la camisa con todas las latas de carne de buey que podían. Las cajas de municiones para los subfusiles Thompson y las ametralladoras Bren se apilaban en las angarillas, que eran transportadas por los soldados de dos en dos tierra adentro. Una vez desembarcados sobre la carretera de Canea a Gueorguiópolis, Laycock «advirtió que todas las tropas que nos encontrábamos parecían ir en la dirección equivocada».

[285]

Las tropas que iban en dirección equivocada eran en su mayoría rezagados del escalón inferior y elementos desanimados de la segunda línea de defensa de Canea, que se había disgregado prematuramente. No podía ocultarse la derrota e, inevitablemente, se había corrido la voz de que se había tomado la decisión de evacuar a las tropas desde Sfakiá, en la costa meridional. La confusión se había acrecentado durante la noche del 26 al 27 de mayo. Se esperaba que en cualquier momento los alemanes rompieran el frente de colinas que rodean a Perivolía, donde el 2º regimiento griego se había desintegrado. Para dar más verosimilitud al peligro, el cuartel de Puttick comenzó a recibir impactos de balas trazadoras disparadas por las ametralladoras Spandau desde el flanco meridional.

Inglis había sido nombrado jefe de la fuerza de reserva, compuesta por 1.200 hombres -el 1.º regimiento galés, la guardia montada (Rangers) y los húsares de Northumberland-, que había de socorrer a los exhaustos neozelandeses apostados en la franja costera al oeste de Canea. Pero el general Weston se reservó el control de las operaciones e Inglis, para evitar confusiones, renunció a intervenir. Parecía que nadie estuviera al corriente de qué formación estaba adscrita a qué cuartel. Los comandantes de brigada, sin equipos de radiotransmisión ni teléfonos de campaña, hubieron de deambular en la oscuridad en busca unos de otros.

[286]

En un primer momento, nadie lograba dar con el general Weston, que había instalado su cuartel en una casa campesina junto a la «calle 42», una senda hundida que iba hacia el sur desde el extremo

de la bahía de Suda más cercano a Canea. Esta calle, que recibía su nombre del 42.º escuadrón de campaña del regimiento real de ingenieros, acuartelado en ella antes de la invasión, iba a ser la próxima línea defensiva. Después de ordenar a la fuerza de reserva que sustituyera a la 5ª brigada neozelandesa enfrente de Canea, Weston se durmió sobre el suelo del «cobertizo de su olivar»,

[287] como diría Laycock. No había dado la orden de que los neozelandeses se replegaran cuando fueran sustituidos y por lo visto no sabía que la brigada australiana que tenían al sur ya había sido superada en aquel momento, por lo que tendría que efectuar una retirada.

La ausencia de órdenes exasperó a Puttick y Hargest. Durante la parte más vital de aquella noche, Freyberg se alejó de su cuartel y no pudo ser contactado. Había pasado cierto tiempo en el dique de la bahía de Suda, no para encontrarse con la Layforce, aunque habló con uno de sus oficiales, sino para verificar la llegada de una lancha de desembarco que transportaba víveres y, sobre todo, un mensaje sobre la evacuación inminente dirigido a las tropas de Campbell en Rézimno. En pro de la bondad de Freyberg, aunque no de su capacidad de mando, hay que decir que, en ese momento crucial de la batalla, pasó largo tiempo paseando con un joven teniente del RASC (cuerpo real de servicios aéreos), Jack Smith-Hughes, discutiendo acaloradamente sobre las posibilidades de que la barca lograra llegar a su objetivo. Lamentablemente, el mensaje se había extraviado y el comandante de la lancha de desembarco se había marchado sin tener noticia de su existencia.

Puttick envió al capitán Robin Bell, uno de los oficiales de inteligencia de Freyberg, a explicar personalmente a Weston la gravedad de la situación, pero los oficiales del estado mayor de éste le impidieron molestar a su jefe. Puttick, haciendo gala de una capacidad de decisión inaudita en él, revocó la orden de Freyberg de que los austríacos no abandonaran sus posiciones bajo ningún concepto y ordenó a Vasey y a Hargest que se replegaran sobre la calle 42 mientras aún podían resguardarse en la oscuridad. Así fue como la fuerza de reserva fue abandonada en su avance en solitario contra un enemigo a todas luces superior.

Cuando Weston fue despertado, hacia la una de la madrugada (posiblemente gracias a la llegada de Laycock y Waugh), se enteró por fin del desastre hacia el que se dirigían el regimiento galés, la guardia montada y los húsares de Northumberland. Dos mensajeros salieron a galope para comunicar al coronel Duncan, del regimiento galés, la orden de dar media vuelta. Weston volvió a dormirse sobre el suelo, pero al poco tiempo volvieron a despertarlo, en esta ocasión Puttick, que quería explicaciones sobre lo que estaba sucediendo. Según se dice, Weston, agotado, le ofreció una exposición incoherente.

En el ínterin, la fuerza de reserva seguía acercándose al enemigo, atravesando Canea, desierta y devastada. A primera hora de la mañana, se desplegó por un campo desierto y espectral. Más de un galés dijo «Adelante, a remedar la última aventura de Custer».

[288] Un grupo que caminaba con el oficial de intendencia se topó con un neozelandés profundamente dormido. «Le dijimos que saliera disparado. Su grupo se había retirado hacía tiempo.» También encontraron a un zapador joven que había quedado rezagado con la misión de volar un puente, algo que no había hecho nunca antes. «El hecho de que se quedara demuestra que era un valiente», observó un galés, que le ayudó a hacer explotar la carga con la batería de su camión de quince toneladas.

Cuando comenzaba a despuntar el alba, enviaron patrullas hacia el sur para que entraran en contacto con los perivolianos reales de la «brigada Suda», formada recientemente, pero tanto ellos como los australianos, por el flanco izquierdo, se habían retirado por la noche. Las patrullas no

regresaron. Poco después de que saliera el sol el día 27 de mayo, la fuerza de reserva oyó disparos muy por detrás de ella, sobre la carretera que conduce a Suda. Su significado era diáfano.

Enfrente de ellos estaban apostados los paracaidistas de Ramcke, que seguían avanzando por la costa, y el 100.º regimiento de montaña, que atravesaba las colinas que se yerguen entre Galatás y Daratsos. La mayor parte de los morteros y la artillería ligera de los alemanes les estaba apuntando. El 3.er regimiento de paracaidistas de Heidrich, aunque reducido a las dimensiones de un batallón, pudo por fin abrirse camino a través del valle Prisión y rodearles por el sur. El fuego que habían oído a sus espaldas sobre la carretera Suda-Canea se debía al avance del 141.º regimiento de montaña.

Cuando comenzó el ataque alemán, a las 8.30, con un intenso fuego de mortero, la fuerza de reserva ya había quedado aislada. Una parte de sus efectivos logró alzarse con un pequeño triunfo en su desesperada lucha en la retaguardia, en el estrecho de Akrotiri, pero en su mayor parte quedó atrapada delante de Canea. El oficial al mando del regimiento, coronel Duncan, manipulaba personalmente una ametralladora Bren. Su resistencia enconada prosiguió en grupos aislados hasta la tarde, y en un caso hasta la mañana siguiente. Siete oficiales y aproximadamente doscientos cincuenta hombres lograron escapar luchando en pequeños grupos, para reunirse con el grueso de la tropa, que estaba al este. Un grupo llegó a cargar contra una barricada en una camioneta.

Este craso y lamentable error supuso la muerte de casi un millar de los hombres mejor preparados que quedaban. Quizás la mayor tragedia de la fuerza de reserva fuera que no pudo intervenir hasta que ya era demasiado tarde; el no haber sido enviada al contraataque cinco días antes. Las trifulcas que estallaron más tarde entre los oficiales superiores acerca de quién era el culpable recuerdan los increíbles altercados que se produjeron después de la carga de la brigada ligera en la batalla de Balaclava. Puttick creía firmemente que el responsable era Weston; a éste, el hecho de que Puttick revocara unas órdenes superiores le parecía increíblemente arrogante, y Freyberg estaba convencido de que Inglis había eludido la responsabilidad que le incumbía de comandar la fuerza de reserva. Una vez más, unas órdenes poco meditadas, las malas comunicaciones y, en este caso, unas complejas alteraciones en la cadena de mando, habían hecho imperar el caos.

Los restos del 3º regimiento de paracaidistas rodearon Canea, acatando la orden de marchar sobre el Akrotiri. Siguiendo las huellas de los soldados de Heydte, atravesaron trincheras vacías detrás de alambres de espino, puestos de mando desiertos, equipos abandonados y cañones de campaña sin bloques de cierre, que seguían apuntando hacia el oeste. Pasaron por naranjales, viñedos y olivares hasta llegar a la carretera Canea-Suda.

Heydte, temeroso de que sus soldados estuvieran demasiado cansados para lidiar con las bolsas de resistencia que respunteaban la península rocosa, cambió la dirección de su avance para entrar en Canea pasando por Jalepa, al este. Les ordenó que hicieran ondear todas las banderas de reconocimiento que tuvieran para evitar ser bombardeados accidentalmente de nuevo por la aviación alemana. «Cualquiera que nos hubiera visto en aquella marcha -escribió sobre sus tropas, sin afeitar y harapientas-, nos habría tomado por una banda de mercenarios medievales, más que una formación militar moderna.»

[289]

En las calles desiertas y cubiertas de escombros las ratas salían de sus escondrijos a medida que iban avanzando. Aquí y allá aún ardía algún incendio y las vigas seguían humeando de resultados de la razzia aérea lanzada tres días antes. El olor del aceite de oliva que había goteado de los contenedores rotos y del vino caído de los toneles desventrados se mezclaba con el de los cadáveres

en descomposición. En las estrechas callejuelas, seguían en pie las fachadas venecianas de casas cuyas entrañas estaban destrozadas y cuyas ventanas superiores únicamente dejaban entrever el cielo azul.

Al llegar a una plaza, los paracaidistas fueron recibidos por los vítores de sus camaradas heridos y capturados al principio de la batalla y luego abandonados en un hospital de fortuna por los británicos en desbandada. Se presentó el alcalde de Canea, dispuesto a notificar la rendición de la ciudad, para asegurarse de que no se producirían más bajas civiles. Al capitán von der Heydte le divirtió sobremanera que se negara a creer que esa suerte de espantapájaros mugriento y mal afeitado, con un pañuelo atado a la cabeza a guisa de casco, fuera un jefe de batallón del ejército vencedor.

La esvástica fue izada sobre el minarete de la antigua mezquita turca, situada en el centro de Canea. Heydte instaló luego su cuartel en el Consulado británico, en el barrio de Jalepa, fuera de las murallas orientales de la ciudad.

Mientras tanto, las tropas de montaña del general Ringel perseguían a los soldados en retirada de Freyberg.

Ringel supuso que Freyberg se retiraría siguiendo la costa, primero hasta Rézimno y luego en dirección a Iraklion, con la idea de unirse a la poderosa guarnición que aún conservaba. Este error de cálculo benefició a las tropas que se replegaban, pues de lo contrario quizás las hubiera atacado con mayor determinación por el flanco sur. En cualquier caso, la fuerza de Freyberg ya había eludido una maniobra envolvente y una rendición humillante gracias a la resistencia heroica junto a Alikianós del 8.º regimiento griego y los irregulares cretenses.

A primera hora del 27 de mayo, mientras la fuerza de reserva seguía avanzando en pos de una suerte que no merecía, Laycock y Waugh fueron a entrevistarse con el general Weston y luego al cuartel del teniente coronel Colvin, que comandaba las tropas de vanguardia, y finalmente al general Freyberg, que Waugh calificó en su diario de «sereno pero obtuso».

[290] Fue más duro con el general Weston la tarde siguiente: «El general Weston asomó por la verja: se hubiera dicho que había perdido a su estado mayor y la cabeza».

[291] (Algo que no puede achacarse únicamente a la irritación de Waugh: su ayudante de 19 años, el soldado raso Tanner, quedó desconcertado ante la visión de un general «agitándose en un rincón».)

[292] Ni los ataques aéreos se libraban de la impertinencia y mordacidad de Waugh: «como todo lo alemán... una exageración».

Mientras Laycock y Waugh visitaban a los generales en busca de directrices, Graham organizó un despliegue rudimentario de los dos batallones de las fuerzas especiales. Le consternó la imagen de la retirada que contempló: «la carretera estaba atestada de tropas sin la más mínima formación, que se arrastraban con prisa y desesperación. Sucios, agotados, hambrientos: pura chusma, no se les podía llamar de otra forma. Fue un espectáculo al que me habría de acostumbrar los días siguientes y que no olvidaré jamás».

[293] Con todo, como los alemanes descubrieron a sus propias expensas, no todas las unidades se habían desmoronado. Aproximadamente a las once de la mañana del 27 de mayo, el 141.º regimiento de montaña, que había superado a la fuerza de reserva, se topó con los australianos y los maoríes,

apostados sobre la línea del frente trazada por la calle 42. Las tropas de montaña prosiguieron su avance, sin esperar ningún tipo de resistencia por parte de unos soldados supuestamente exhaustos. Cuando los australianos y los maoríes se lanzaron a la carga de sus enemigos, lograron dispersar a la mayor parte del 1.er batallón de ese regimiento. Los alemanes admitieron haber perdido a 121 hombres, más de la mitad de las bajas de aquel día, que ascendieron a doscientos veinte, es decir, cincuenta soldados más que el 25 de mayo, el día en que se libró la batalla de Galatás.

Esa tarde, casi treinta horas después de que enviara el mensaje en el que anunciaba el carácter irreversible de la derrota, Freyberg obtuvo por fin el consentimiento de Wavell para efectuar una retirada, atravesando las Montañas Blancas hasta llegar a Sfakiá, un pequeño puerto pesquero en la costa meridional. Wavell quería que se replegara sobre Rézimno y se uniera a la brigada de Iraklion, como había calculado el general Ringel, pero Freyberg había acertado en su apreciación inicial de los acontecimientos y Wavell se vio forzado a dar su beneplácito. Dio su consentimiento sin esperar ni un minuto más una confirmación por parte del Ministerio de Guerra. Al caer el sol, el cuartel general de la Creforce se puso en movimiento, siguiendo en automóviles y camiones la carretera de montaña que llevaba hacia el sur, a Sfakiá.

18 - Al sur de la bahía de Suda

Después de la partida de Freyberg en dirección a Sfakiá, el mando de la operación de retirada fue confiado al general Weston. Pero sus escasas dotes de mando, agravadas por los falsos rumores y la deficiencia de las transmisiones, indujeron a Hargest y Vasey a dictar sus propias órdenes. Como habían visto tropas de montaña circular al sur de donde se encontraban, mucho más allá del farallón de Malaxa, retiraron la tarde del 27 de mayo a los neozelandeses y australianos de la línea de la calle 42. Marcharon toda la noche rumbo a Stilos, al sureste de la carretera que lleva a Sfakiá. Afortunadamente, las tropas de montaña se detuvieron para pernoctar y sólo reiniciaron su avance hacia el este poco antes del alba.

Los hombres de Hargest llegaron a Stilos justo a tiempo. El 28 de mayo, cuando salió el sol, dos compañías del 23.er batallón fueron despertadas y obligadas a abandonar el lugar donde habían dormido. Dos de sus oficiales, tras una vuelta de reconocimiento antes de acostarse, descubrieron que el 85.º regimiento de montaña había cambiado de rumbo. Los neozelandeses, agotados, se precipitaron a parapetarse tras un muro de piedras apiladas que se elevaba en la cima de una colina. Los alemanes que abrían la marcha, caminando del otro lado del muro, estaban a menos de veinte metros cuando vieron surgir por encima de ellos los cascos de los neozelandeses. El sargento Hule, sentado sobre el muro y disparando, ganó una cruz Victoria en la breve pero afortunada escaramuza que se produjo.

Al norte de donde se encontraban, en Megala Jorión, por encima del desvío de la carretera Canea-Rézimno, una tropa de republicanos españoles del batallón de George Young entró en combate, en lo que fue la primera acción de retaguardia de la Layforce. Laycock había objetado con razón que era una mala posición para la defensa, pero no se tuvo en cuenta su opinión. Se les unieron dos compañías de maoríes. Pronto hizo su aparición una procesión impresionante de vehículos conducidos por tropas motorizadas, que avanzaba hacia el este desde Suda, en dirección a Rézimno. Sólo una pequeña parte de estas fuerzas viró hacia el sur para atacar y, en aquel terreno poblado de malezas y baches, los maoríes lograron retrasar su avance hasta el mediodía.

La mayoría de los republicanos españoles, considerando su misión innecesariamente suicida cuando todo el mundo estaba en plena retirada, se replegó hacia Babali Hani, donde se había enviado el batallón de George Young para preparar una nueva línea de defensa. Mientras tanto, el batallón de comandos del teniente coronel Colvin, rezagado a propósito para retrasar el avance del enemigo sobre Suda, pasaba ciertos apuros después de dos embates confusos en los que fueron capturados muchos hombres. Waugh describe el comportamiento de Colvin muy sarcásticamente en su memorando sobre la Layforce; de hecho, era tan patente que se estaba desmoronando que Laycock le retiró el mando y unificó a los dos batallones, confiando su dirección a George Young.

Laycock y su comandante de brigada, Freddy Graham, estuvieron a punto de ser capturados por las tropas de montaña que habían bloqueado la carretera que une Stilos y Babali Hani. La llegada de los dos tanques Matilda traídos de Iraklion los salvó. Esos tanques contribuyeron también a endurecer la resistencia en Babali Hani, donde el batallón de George Young, con el apoyo del resto del 2/8.º batallón australiano, se enfrentó a dos batallones de tropas de montaña más tarde, ese mismo día. Laycock instaló el cuartel de su brigada en una casa situada en un extremo de la aldea, para poder seguir de cerca la batalla.

La táctica de las tropas de montaña consistía en avanzar hasta entrar en contacto con el enemigo

y, una vez señalada su posición, enviar a grupos de ametralladoras y morteros a trepar sobre accidentes geográficos que la dominaran por ambos flancos. Eso llevaba tiempo y esfuerzo, pero la máxima del general Ringel era «El trabajo ahorra sangre».

El batallón de Young y los australianos resistieron hasta el anochecer, cuando quedó claro que los estaban superando por el flanco occidental. Los dos tanques se habían quedado sin combustible y fueron destruidos. Un tercer Matilda fue instalado en mitad de la carretera, por encima de un socavón, pero en seguida lo voló un grupo de zapadores, por lo que perdió el combustible y el agua: el motor se puso a funcionar hasta que se atascó definitivamente. Los comandos y los australianos salieron de su escondite después de la puesta de sol, avanzando lo más rápidamente posible hacia el sur, a la llanura de Askifu, donde los australianos montaron una nueva línea defensiva.

En esta ocasión, por delante de la retaguardia, una muchedumbre de soldados marchaba penosamente, primero atravesando las estribaciones de la sierra Apokoronas y, después de pasar Vrises, se dispuso a ascender hacia las Montañas Blancas. Los olivares fueron escaseando a medida que el suelo se volvía rocoso, siendo reemplazados por encinas, robles enanos, pinos y tojos. Bajo un sol ardiente comenzó la «penitencia» de la ascensión. Más arriba ya sólo los matojos espinosos respunteaban aquella inmensidad estéril hecha de crestones de pizarra y piedra caliza. Para unas tropas frescas y bien alimentadas, con buenas botas, la parte más dura de la caminata -los veinticuatro kilómetros que separan Stilos de la llanura de Askifu- no habría supuesto grandes penalidades. Pero la mayor parte de los que así se retiraban estaban agotados ya antes de partir, tenían poca comida y agua y las botas se les caían a pedazos.

«Me costaba creer -escribió Teodoro Stefanides sobre esta primera fase de la batalla- que estaba tomando parte en lo que probablemente sería un acontecimiento histórico. Recordaba más a una muchedumbre que saliera de un estadio de fútbol después de un partido y comprobara que no había trenes en funcionamiento, que a una retirada.»

[294]

Durante el repliegue se produjeron varias escenas y encuentros curiosos. Uno de los oficiales de la RAF, que recordaba a Niki Demertzi del cabaret Argentina, en Atenas, la vio repentinamente vestida de uniforme caqui. Lo mismo ocurrió con Geoffrey Cox, que había dirigido el diario Crete News en la base de la SOE en la villa Fernleaf. Su pelo largo y rubio resultaba demasiado atractivo y destacaba en exceso para aquel intento informal de camuflarse. Ian Pirie llevaba un distintivo de comandante: al parecer, tenía la costumbre de sacarse placas correspondientes a todas las graduaciones militares del bolsillo. Al llegar a El Cairo se convirtió en asesor político de la SOE. Su colega de la clandestinidad, Bill Barbrook, escapó de Canea con un joven profesor de inglés del Dodecaneso, que le había prestado sus servicios de intérprete. Barbrook le dijo que se pusiera un uniforme, para evitar que los alemanes lo tomaran por espía. Entre quienes también iban disfrazados en uniforme militar y casco de acero figuraban un par de enfermeras de un hospital griego adoptadas por una compañía de neozelandeses, que vagaban con ellos bromeando y chapurreando en inglés.

Dos encuentros en los que intervino Bill Barbrook, uno nocturno y otro diurno, son muy característicos del comportamiento británico en el extranjero ante circunstancias inusuales. Myles Hildyard, un subalterno de los Rangers de Sherwood, oyó la voz de Laycock en la oscuridad y la reconoció de inmediato: lo conocía de algunas fiestas en Nottinghamshire. El hermano de Laycock estaba encuadrado en los Rangers de Sherwood, el regimiento de voluntarios de caballería local. Charlaron un poco sobre él y sobre sus amigos comunes en Gran Bretaña y luego cada uno siguió su camino. En otra ocasión, Monty Woodhouse y el coronel Guy Salisbury-Jones, que descansaban en la

cuneta de la carretera, vieron a Laycock en un automóvil de servicio. Laycock se detuvo para hablar con Salisbury-Jones, que había formado parte de los Coldstream Guards. Una vez se hubo marchado, Salisbury-Jones se volvió hacia su compañero: «Es curioso -comentó-. La última vez que lo ví iba cabalgando por el Malí a la cabeza de la escolta real de la Household Cavalry».

[295] Woodhouse convino en que era realmente extraño.

Cada vez eran más raras las anécdotas frívolas como aquélla. En Stilos, las filas de soldados heridos sobre angarillas en el hospital de campaña recordaban al coronel neozelandés una escena de la película *Lo que el viento se llevó*. Por doquier se apreciaban indicios de cansancio y desmoralización. Kippenberger advirtió que uno de sus oficiales «andaba muy rápido, dando pasos extraños, como un autómata, temblando sin parar».

[296]

Cuando un Messerschmitt se acercaba rugiendo, ametrallando a baja altura, disparando balas trazadoras que podían provocar incendios en la maleza, siempre se oían gritos histéricos de «¡A cubierto!», así como el chillido más relajado de «¡Ahí viene Jerry!». Todo el mundo se quedaba inmóvil, la cabeza hacia abajo. El ordenanza de Evelyn Waugh, el soldado raso Tanner, recuerda haber oído a un australiano gritar: «¡Al que se mueva lo mato!»

[297] Sin embargo, aunque las incursiones de los cazabombarderos ponían los pelos de punta a los que más sufrían de agotamiento y miedo al combate, eran mucho menos intensas que en los primeros compases de la batalla. El martes 27 de mayo había sido el último día de ataques aéreos intensos, antes de que la mayoría del VIII cuerpo del aire se replegara para preparar la operación Barbarroja.

Los miembros de la retaguardia sufrían más que los demás de la falta de comida, por la sencilla razón de que su turno era el último. La Creforce se estaba retirando y abandonando sus depósitos y no había habido bastante tiempo para ir creando pequeños depósitos apropiados a lo largo de la ruta que seguía. Los que se habían formado habían sido expoliados por las bouches inútiles, que se habían puesto en marcha en dirección a Sfakiá mucho antes que las tropas de combate. En este batiburrillo de hombres de servicio británicos, chipriotas y palestinos había pocos oficiales y escasa disciplina. Muchos vivían como forajidos, buscando abrigo en las cuevas que encontraban en su camino y saqueando las pilas de alimentos en busca de cigarrillos y artículos de lujo como salmón enlatado y rodajas de pina, que suponían un cambio estupendo con respecto a la monotonía de las conservas de carne de vaca salada.

De modo que la ración cotidiana de rancho se redujo pronto a un cuarto de lata de carne de vaca y una galleta y media de munición. En la Layforce, los que habían tenido la suerte de hacerse con una lata de trece salchichas debían compartirla entre veintisiete hombres. El que se les diera algo en absoluto se debía en buena medida a los desvelos de Freddie Graham, el comandante de la brigada. Al final del tramo más duro de la marcha, los soldados del batallón A, conducidos por el sargento Stewart, se encontraron a Graham y a dos hombres más esperándolos con latas de «M & V» (una pasta a base de carne y verduras) y galletas de munición. «Después de extraer algo de agua con la ayuda de varios oficiales del estado mayor, nos comimos nuestras raciones con tanta tranquilidad como una cerda después de amamantar a su prole.»

[298]

Esta escasez de alimentos sólo pudo compensarse saqueando por doquier, un arte en el cual los republicanos españoles dieron muestras de la mayor experiencia. Los prejuicios anticatólicos de Waugh se evaporaron cuando éstos lo invitaron, a él y a Laycock, a una comida de lechón asado y arroz. Los cretenses se mostraron notablemente comprensivos cuando, tras el paso de millares de soldados desesperados, sus pozos quedaban vacíos y les robaban huevos, gallinas e incluso ovejas. La sed provocaba terribles altercados en torno a los pozos, cuando los soldados hacían bajar sus botellas de agua o sus cascos de acero atados a las correas. Los que no tenían ese equipo solían empapar vendas de campaña y luego bebían el agua como si la sacaran de una esponja. Algunos encontraron vino de camino y se emborracharon para tratar de olvidar.

Las soldados británicos eran bajos y poco fornidos en comparación con los australianos y los neozelandeses. Nervudos era el mejor adjetivo que se les podía aplicar, y no a todos. En contraste con esa chusma mal afeitada y desgredada, los batallones de infantería, aunque sus efectivos hubieran quedado reducidos a los equivalentes a una compañía, andaban formando un solo cuerpo, abriéndose paso a través de la muchedumbre y deteniéndose para recomponer su orden de marcha diez minutos cada hora.

De día, la basura abandonada señalaba su itinerario: vehículos abandonados en la cuneta, máscaras de gas, rifles, correas, bolsas, mantas, cajas de cartuchos e incluso maletas de oficiales cuyo contenido había sido esparcido por los caminantes en busca de algo útil o valioso. El instinto de rebuscar sin ningún objetivo concreto, como observó Stefanides, está sorprendentemente arraigado.

De noche, la senda espectral y polvorienta se veía fácilmente a la luz de las estrellas y, a ambos lados del camino, la luz de las puntas encendidas de los cigarrillos brillaba y se amortiguaba según aspiraban o no los hombres, sentados a descansar. Otras escenas sugerían menos sosiego. El coronel Kippenberger, tras hacer que sus hombres se detuvieran, tomó una antorcha para estudiar el mapa. Eso provocó amenazas y blasfemias de algunos soldados, temerosos de un ataque aéreo. Un hombre se abalanzó sobre él y de un golpe le arrebató la antorcha de la mano. Kippenberger lo agarró del cuello y estuvo a punto de estrangularlo, y luego avisó a los que le rodeaban de que iba a volver a usar la antorcha y que, si alguien tenía algo que objetar al respecto, le pegaría un tiro.

«Resultaba lamentable -escribió el sargento Charles Stewart, de la Layforce- ver el estado en que se encontraban los soldados británicos y su orden de marcha: algunos carecían de fusil o de equipo, la disciplina parecía haberlos abandonado (no les puedo culpar por ello), tenían los pies llagados por el sudor y la caminata y la piel de los hombros pelada por la munición suplementaria que transportaban, así como los fusiles de sus camaradas.»

[299]

Hasta los comandos, que habían llegado hacía tan poco, pronto quedaron agotados, como comprobó Stewart: «"No os detengáis, colegas, cambiad de puesto tras las Bren y mantened la formación" eran las órdenes que se daban. Pero la resistencia física tiene un límite y, una hora después, las súplicas de los soldados me obligaron a pedirle al capitán que les diera un descanso cada veinte minutos. Antes de que la orden de detenerse hubiera recorrido toda la columna, algunos de los tipos que se habían tumbado sobre el camino ya estaban dormidos. A los veinte minutos resultaba casi imposible despertarlos». A menudo, durante las paradas nocturnas, los hombres caían dormidos instantáneamente, o más bien se sumían en un estado de inconsciencia y agotamiento y sus sargentos no lograban despertarlos a pinchazos ni puntapiés. Otros, que pasaban desapercibidos, se despertaban varias horas después y comprobaban que sus compañeros habían desaparecido.

Cuando la orden de retirada a través de las montañas hasta Sfakiá fue finalmente dictada el 27 de mayo, Kippenberger, como admitió más tarde, se mostró «abiertamente complacido».

[300] La división neozelandesa, después de la retirada de Galatás, había perdido toda ilusión acerca del desenlace de la batalla. Sin embargo, en Iraklion las tropas tenían una idea muy aproximativa de la situación en que se encontraban al oeste. Seguían dando por descontado que los alemanes estaban prácticamente derrotados.

Poco después del amanecer del 28 de mayo, los oficiales al mando fueron convocados al cuartel del comandante de brigada Chappel. Ahí les dijeron que un escuadrón de la Royal Navy se los llevaría desde el puerto de Iraklion esa misma noche. Había que proteger el secreto de la operación a cualquier precio. A mediodía se dieron las órdenes pertinentes a los batallones, pero no había que comunicar todos los datos a los soldados hasta el último minuto, para evitar riesgos en caso de que fuera capturado algún soldado en posiciones de vanguardia o de patrulla. Al coronel Pitcairn, del Black Watch, aquellas noticias matutinas le resultaron especialmente amargas. Uno de sus jefes de compañía más popular, el comandante Alastair Hamilton, que había prometido solemnemente que «el Black Watch se irá de Creta cuando la nieve se vaya del monte Ida»,

[301] fue muerto por una bomba de mortero.

En el cuartel de la 14ª brigada de infantería cundía la sensación de que «el otro extremo nos ha abandonado».

[302] También consideraban que los habían obligado a defraudar a los cretenses, que habían luchado con un coraje tan asombroso. Esa última tarde, Satanás, un amigo de Pendlebury y capitán de la guerrilla en Krusonas, apareció de repente en la cueva en la que los soldados destruían el equipo y los oficiales quemaban documentos. No se sabe cómo, pero el caso es que el rumor de la evacuación había negado hasta las guerrillas, pero no a las unidades del ejército griego, para las cuales, como se decidió en Alejandría, no había suficiente espacio en los buques de guerra.

Satanás, con el pelo cano y su porte tremendo, impresionante con su atuendo cretense, fue conducido ante el comandante de brigada Chappel. Años después, Paddy Leigh Fermor describió la escena que se produjo: «"Hijo -le dijo, poniéndole la mano sobre el hombro-, sabemos que os vais esta noche. ¡No te preocupes! Volveréis cuando llegue el momento de hacerlo. Pero dejadnos todas las armas que podáis, para que podamos proseguir el combate hasta entonces". Conmovido, el comandante de brigada nos pidió que le entregáramos todas las armas que lográramos recoger».

Los jefes de pelotón del regimiento York y Lancaster no les comunicaron las instrucciones completas a sus hombres hasta las ocho de la noche, como les habían ordenado. Esa noticia provocó «un silencio asombrado, pues para ellos la batalla de los diez últimos días había sido un éxito indudable».

[303]

Los soldados tuvieron poco tiempo para prepararse para la retirada. No podía subirse equipo pesado a bordo de los buques. Hubo que enterrar los bloques de cierre de los cañones de campaña y la munición no empleada, se destrozaron los motores de los vehículos haciéndolos funcionar a toda velocidad después de meter arena en sus depósitos, el equipo de señalización fue destrozado y se metió el combustible en jarras de ron. El resto del equipo fue colmado con granadas trampa y se dispusieron cargas explosivas que habían de estallar a primera hora de la mañana del día siguiente

en los depósitos de combustible.

Los oficiales del regimiento de Leicester contribuyeron a negarle víveres al enemigo retirándose a comer el rancho en una caverna donde se había preparado una cena de despedida. Cada uno recibió una ración de «un vaso de jerez, un whisky y un licor»

[304] y luego rompieron las botellas y la vajilla que quedaban.

La retirada se llevó a cabo a la perfección, en gran parte debido a la experiencia y competencia de los suboficiales de los batallones regulares. Los paracaidistas del coronel Bráuer no tenían ni idea de qué se estaba cociendo. A las 21.30, las dos compañías situadas sobre el aeródromo echaron a andar en la oscuridad, a lo largo de la carretera, en dirección al puerto. Los oficiales no podían evitar pensar en el entierro de sir John Moore en La Coruña. El grupo del Black Watch encargado de cubrir la retirada, un pelotón que vigilaba el desfiladero situado más allá del aeródromo, habría de bajar corriendo hasta el muelle cuando llegara finalmente su turno de evacuar, a la una de la madrugada.

«Era una escena espectral -cuenta el informe de un regimiento- verlos arrastrarse en la oscuridad e ir dejando atrás los hitos que tan bien conocíamos: el aeródromo, los barracones griegos y el club, donde se había celebrado más de una fiesta inolvidable con la población hospitalaria de Iraklion.»

[305] Pero la oscuridad ocultaba el estado de la ciudad. Después de las razias aéreas, algunos barrios de Iraklion quedaron tan arruinados como Canea. Las alcantarillas habían explotado y flotaba el hedor de los cuerpos no enterrados, que había atraído el interés de los perros famélicos.

Cuando las tropas formaron sobre el muelle, listas para embarcar, Paddy Leigh Fermor advirtió la presencia de un soldado diminuto vestido con un uniforme inapropiado y con el casco de acero inclinado hacia delante. Se acercó para observarlo mejor. Una risita nerviosa le descubrió que se trataba de una joven cretense, que trataba ilícitamente de acompañar a un cabo a Egipto. No tuvo el coraje de denunciarlos, de modo que se apresuró hacia el lugar donde debía agruparse el estado mayor de la brigada. Esa noche, cuatro mujeres lograron subir a bordo del Orion de Su Majestad, el buque insignia de la fuerza de rescate, así como doce soldados griegos y seis civiles.

A las 23.30, la fuerza del contraalmirante Rawlings llegó a Iraklion únicamente con dos cruceros. Rawlings había ordenado que el Ajax diera media vuelta y pusiera rumbo a Alejandría, a raíz de los graves desperfectos que le había infligido un intenso ataque aéreo. Mientras los cruceros Orion y Dido permanecían mar adentro, los seis destructores que los acompañaban iban acarreando tropas hasta sus cubiertas desde el muelle del puerto, en viajes de dos en dos. Uno de esos destructores, el Imperial de Su Majestad, también había sufrido daños por una bomba que le cayó al lado, pero la gravedad de los desperfectos causados a su mecanismo de dirección no se pudo apreciar hasta más tarde.

Cuando los cruceros tuvieron cada uno a bordo más de mil pasajeros, los destructores volvieron a buscar a los suyos. Por último, el comandante de brigada Chappel, su estado mayor y la retaguardia subieron a bordo del Kimberly y el Imperial de Su Majestad. A la hora límite fijada para el 29 de mayo, las 2.45, todos los hombres reunidos -3.486 en total- habían sido embarcados.

Retrospectivamente, da la sensación de que la operación había salido demasiado redonda. Una hora y media después de que el escuadrón zarpara, el mecanismo de dirección del Imperial de Su Majestad se averió. Se dio media vuelta de repente, aplastando casi a un caique sobre el que bogaban Mike Cumberledge y Nicholas Hammond, que huían siguiendo una derrota similar.

[306] El Hotspur dio media vuelta, siguiendo la orden del almirante Rawlings de recoger a la tripulación y los soldados, una mezcla compuesta principalmente por miembros del Black Watch y australianos. En el Imperial se dieron órdenes de acostar inmediatamente el buque que se acercaba e ir saltando sobre su cubierta a medida que se ponía a su altura. Un grupo de soldados australianos, considerablemente ebrio, hubo de permanecer en la cala. En cuanto todo el mundo en condiciones de saltar estuvo sobre su cubierta, el Hotspur empezó a navegar y disparó varios torpedos contra el Imperial, hundiéndolo. Los australianos que habían quedado a bordo del buque naufragaron con él.

Mientras tanto, el resto de la flota había reducido su velocidad a quince nudos, esperando que el Hotspur, con su exceso de carga, se reintegrara en el grupo. Los buques de Rawlings ya tenían un retraso de una hora. Aún estaban muy cerca del estrecho de Kasos y de la isla de Skarpanto, donde el enemigo tenía un aeródromo. «De modo -escribe un oficial que estuvo a bordo del buque insignia- que, cuando llegó el día, todavía estábamos en el Egeo, virando hacia el sur. El sol había hecho su aparición a las seis de la mañana. Sobre el cielo del amanecer se recortaron las siluetas de la primera oleada de aviones de ataque.»

[307]

El bombardeo, que comenzó con el hostigamiento de cinco Stuka, prosiguió en oleadas sucesivas durante seis horas. El Hereward fue el primero en ser alcanzado. Tuvo que dar media vuelta para tratar de atracar sobre una playa de Creta. El Orion fue atacado en dos ocasiones aquella mañana. Recibió dos impactos directos y daños en su quilla debido a la explosión de bombas junto a sus flancos. Los dos proyectiles penetraron a través de tres niveles de las bodegas, donde la mayoría del millar de soldados transportados se apilaba en condiciones similares a la tortura clásica del «agujero negro» de Calcuta. La devastación constituyó una suerte de infierno militar: hubo doscientos sesenta muertos y doscientos ochenta heridos graves. Los suboficiales que habían optado por permanecer en cubierta, manipulando valerosamente las 18 ametralladoras Bren para incrementar la potencia antiaérea del buque, hicieron una elección afortunada. «Desde niño -escribe el mismo oficial del Orion- siempre me había preguntado cómo se sentiría uno tomando parte en una carga de la brigada ligera. Ahora ya lo sé.»

El Dido también fue escogido como diana. Dos bombas le cayeron encima, una detrás de otra. La primera destrozó la torreta de un cañón y la otra atravesó diferentes niveles para ir a explotar en la cantina, atestada de tropa. Más de cien soldados murieron, como consecuencia de la explosión, las quemaduras o ahogándose cuando hubo que bombear agua para impedir que el fuego alcanzara el pañol de pólvora.

Esa noche, a medida que los buques gravemente tocados entraban bamboleándose en el puerto de Alejandría, un gaitero del Black Watch, iluminado por una antorcha, entonó una canción triste sobre el puente. Los hombres se pusieron a llorar sin vergüenza. Más de una quinta parte de los efectivos de Iraklion había caído, la mayoría en el mar, y no en combate contra los paracaidistas.

Pequeños grupos con los que no se pudo contactar, como patrullas de guardia, así como los heridos del hospital militar de Cnosós, tuvieron que quedar en la isla. Algunos, que se enteraron de la noticia de la retirada por boca de los irregulares cretenses, llegaron demasiado tarde. Otros atravesaron la isla para unirse al grupo de retaguardia de los Argyll, en la costa meridional.

Jack Hamson, con sus cien hombres apostados sobre la ladera del monte Ida, oyó hablar de la derrota por primera vez a los rezagados de un grupo de milicianos griegos acuartelado junto a Cnosós cuando cruzó a paso ligero por sus posiciones. No los creyó. El 30 de mayo llegó un mensajero a la llanura de Nida, agotado por la ascensión. «Han desaparecido, los ingleses, de

Iraklion. Se han marchado. Llegaron los buques y se los llevaron de noche, hace dos noches. La lucha ha acabado. Debe irse.»

[308] Esa noticia fue confirmada por Satanás, que añadió que una nutrida fuerza italiana había desembarcado en el extremo oriental de la isla, junto a Sitia, el 28 de mayo. Mussolini, respetuoso de las formas, había esperado a que los alemanes ganaran la batalla para enviar tropas desde el Dodecaneso hasta la parte oriental de la isla, menos implicada en las hostilidades. Los torpederos italianos habían participado en varios ataques, generalmente infructuosos, contra la marina británica la semana anterior y, el 25 de mayo, el puerto de Ierápetra había sido bombardeado por aviones que volaban a gran altura.

En Rézimno, el coronel Campbell y sus dos batallones australianos no estaban al corriente de los sucesos. La pequeña lancha de embarque enviada con avituallamientos desde Suda les llegó a primera hora de la mañana del 28 de mayo. El joven oficial de la marina que la comandaba, teniente Haig, no traía el mensaje de Freyberg con las instrucciones para la evacuación debido a la confusión que se produjo en Suda y el cuartel general de la Creforce la noche en que llegó la Layforce. Haig sólo pudo decirle a Campbell que sus órdenes eran dirigirse a Sfakiá, en la costa meridional. A Campbell, concienzudo y responsable como un buen oficial regular, ni siquiera se le pasó por la cabezada idea de abandonar su misión en Rézimno hasta que le relevaran oficialmente de esa tarea. Lamentablemente, varios intentos de enviarle mensajes por avión fracasaron.

Haig había llegado pocas horas después de que los dos tanques australianos fueran destruidos en un ataque contra los puntos de resistencia de los alemanes en los alrededores de Perivolia. Campbell y Sandoover hubieron de aceptar que no podían romper la tenaza alemana sobre la carretera de la costa. Descartaron la posibilidad de atacar Suda y Campbell, en cumplimiento de las órdenes recibidas, se empeñó en seguir defendiendo el aeródromo del enemigo.

Esa misma mañana, el general Ringel ordenó al grueso de sus fuerzas que se dirigieran hacia donde se encontraban los soldados australianos. El 95.º regimiento de artillería de montaña, bajo el mando del teniente coronel Wittmann, junto con varios destacamentos de infantería motorizada, de reconocimiento y antitanques de la 5ª división de montaña, debían abrir la marcha, seguidos por el 85.º y el 141.º regimientos de montaña. Se conducirían apresuradamente, para que los apoyaran, los tanques del 31.º regimiento blindado, que habían sido desembarcados ese día en Kasteli Kisamu, después de sufrir un retraso debido al hostigamiento de la guerrilla. Las órdenes de Wittmann eran «perseguir al enemigo hacia el este, atravesando Rézimno para llegar a Iraklion sin detenerse. El primer objetivo es Rézimno y el socorro a los paracaidistas que están combatiendo en esa ciudad».

[309] Aunque fuera fatal para las fuerzas de Campbell, el error de cálculo de Ringel -los servicios de inteligencia alemanes sorprendían por su ineptitud- hizo que hacia el sur, en dirección a Sfakiá, no enviara más que el 100.º regimiento de montaña. De este modo escapaba al ataque alemán el grueso de las fuerzas británicas y del imperio británico que aún permanecían en la isla.

La tarde del día siguiente, el 29 de mayo, un oficial griego avisó a Campbell de que los británicos habían partido de Iraklion y que una fuerza alemana procedente de esa ciudad avanzaba hacia Rézimno por el este. Mientras tanto, la artillería de montaña de Ringel, que venía por el oeste, había comenzado a ajustar el tiro y las tropas de infantería motorizada entraban en Rézimno. Los alimentos y las municiones escaseaban. Toda la noche se fueron turnando los soldados australianos sobre la playa, enviando hacia el mar señales codificadas en morse, en las que se repetía la letra «A», por si acaso los buques de la Royal Navy venían en su busca. La mañana siguiente, los

alemanes reiniciaron su avance desde Rézimno hacia el aeródromo, que Campbell defendió con los supervivientes del 2/1.º batallón. El batallón de Sandover, el 2/11.º, divisó en seguida la procesión de tanques y motocicletas. Los dos comandantes parlamentaron por teléfono de campaña. La compañía apostada en la carretera de la costa ya comenzaba a retirarse a pequeños saltos, aunque la precisión de su fuego retrasaba el avance alemán con gran eficacia. «¡La partida ha acabado, australianos!»

[\[310\]](#) gritaban los alemanes.

La aviación alemana había lanzado el aviso de que se producirían severas represalias contra los civiles si proseguía la resistencia, y Campbell rechazó acertadamente la idea de provocar nuevas bajas fútiles. En su calidad de militar regular, sin embargo, su visión de la situación desesperada en que se hallaba importaba menos que negociar la rendición de acuerdo con las reglas de la guerra. Sandover, un contable y hombre de negocios, creía que debía darse a todo el mundo la oportunidad de escapar y propuso dirigir a todos los soldados que quisieran probar suerte atravesando las colinas. En su última conversación, los dos hombres acordaron que cada uno siguiera su vía y se desearon fortuna mutuamente. Campbell se convirtió en prisionero de guerra y Sandover, con trece oficiales y treinta y nueve suboficiales, huyó a Egipto en submarino después de pasar varios meses en las montañas.

La verdadera grandeza del espíritu cretense se manifestó en su generosidad aún mayor a raíz de la derrota. Al partir, el comandante Sandover recibió un mensaje de unos de los numerosos voluntarios que lo habían ayudado en la lucha. «Comandante, mi deseo más ardiente es que tome un vaso de vino en mi casa el día de la liberación. Sólo aspiro a seguir viviendo para compartir ese momento.»

[\[311\]](#)

31 de mayo y 1 de junio

La noche de la operación a gran escala en Iraklion, la Royal Navy embarcó a los primeros millares de evacuados en Sfakiá a bordo de cuatro destructores. El temor a quedarse atrás fue el mejor acicate posible para aquellas tropas cansadas. Con los pies ardiendo, habían ascendido por el camino de montaña que partía de Vrises. Un falso cerro tras otro, la senda serpenteaba subiendo monte arriba, hasta la divisoria en que la vegetación robusta da paso a la pizarra gris. Hacia el oeste, el panorama lo dominaban los picos nevados de las Montañas Blancas, incluido el monte Venizelos.

Finalmente sus esfuerzos fueron recompensados por una visión inesperada al otro lado de un puerto de montaña. A sus pies yacía la llanura de Askifu, una cuenca fértil y perfectamente horizontal (los soldados la apodaban «la salsera») hecha de praderas, huertos, pequeños campos de cultivo y arroyos. A Stefanides aquel abrigo, que estaba ya a unos pocos kilómetros, le pareció demasiado idílico para la guerra. «La Luftwaffe -apuntó en su cuaderno- llegaba incluso a dar un rodeo para volar un tractor destartado abandonado en una granja.»

[312]

Los dos batallones australianos bajo el mando del comandante de brigada Vasey y los tres últimos tanques ligeros del 3.º de húsares tomaron posición alrededor de Askifu. El 23.er batallón neozelandés se encargaría del puerto de acceso. La mañana siguiente volvieron a verse tropas de montaña. Pero cuando comprobaron que la posición estaba sólidamente defendida ralentizaron su avance. La acción de Babali Hani el día anterior les disuadió de seguir asumiendo riesgos.

Viendo próximo el final de la batalla, aquellos bávaros y tirolese del 100.º regimiento de montaña de Bad Reichenhall habían adoptado una actitud más despreocupada. Su vestimenta se había hecho sumamente informal. Muchos, para preservar sus pesadas chaquetas y pantalones de invierno, vestían restos desparejos del uniforme británico previsto para el Trópico, lo que inevitablemente provocaba cierta confusión. La versión más original se produjo después de la toma de la aldea de Askifu, donde saquearon la casa más rica, que pertenecía a una pareja de recién casados y se apoderaron del ajuar de la novia. Los soldados tirolese decidieron ponerse las bragas y enaguas de la mujer, de finos encajes, sobre la cabeza, imitando los tules de los kepis de la Legión Extranjera, como protección contra el sol. Con sus calzones, sus muslos musculosos y sus botas, parecían un grupo de coristas en un concierto para solaz del regimiento, más que soldados en combate.

En el extremo sur de la llanura de Askifu está el desfiladero Imbros, una inmensa cañada de gran belleza. Waugh comparó sus terrazas naturales sobre la roca, con los pinos de Aleppo precariamente aferrados a ellas, con un paisaje barroco del siglo XVII. Los soldados que habían llegado en primer lugar no se dieron cuenta de que ese barranco ofrecía la posibilidad de un descenso más seguro y fácil hasta la costa.

La carretera que venía del norte proseguía unos kilómetros más y luego acababa abruptamente ante un inmenso farallón que dominaba el mar de Libia. Ahí, entre el aroma embriagador a pino y

tomillo silvestre, el panorama marítimo evocaba sensaciones intensas pero ambiguas: el alivio ante el final de la caminata, el miedo de que, pese a haber pasado por esa suerte de penitencia, no pudieran escapar, y el desaliento ante el último tramo empinado de camino, poco más que una senda de cabras que descendía en picado por una ladera rocosa. Por doquier yacían vehículos averiados y abandonados. En ningún momento se sintió con tanta acuidad la incapacidad de las autoridades militares de conectar la carretera con el puerto.

Los australianos descendieron hasta Komitades, la aldea más cercana a Sfakiá, corriendo cual cabras, de modo que «cuando un hombre se veía inmerso en el flujo de tráfico no podía (ni le dejaban) detenerse».

[313] Pero, para los heridos y los que cojeaban, o simplemente habían perdido las botas, el descenso fue alarmante y doloroso. Un grupo de heridos que bajaba a la luz del día fue sorprendido por una *razzia* aérea. Afortunadamente, les habían aconsejado que se quitaran los cascos para no delatarse como unidad de combate, y un valiente cabo del cuerpo médico del ejército real se puso delante y agitó una bandera de la Cruz Roja. Los pilotos de los Messerschmitt divisaron justo a tiempo la bandera, hicieron ondear las alas de sus aparatos en señal de reconocimiento o hicieron señas desde la cabina y se alejaron.

El cuartel general de la Creforce, desde el cual el capitán Morse se comunicaba con Alejandría mientras organizaba la evacuación, se había instalado en la ladera de una cantera alejada del final del camino, en una caverna que Geoffrey Cox calificó de «escenario perfecto para la leyenda de los cíclopes».

[314] En ella Freyberg convocó a Puttick para decirle que abandonara la isla, puesto que el que Weston dirigiera la retaguardia hacía que estuviera de más un cuartel de división. Puttick llegó con sus oficiales cuando se ponía el sol el jueves 29 de mayo. Saludó a Freyberg y le dijo: «Hemos hecho todo lo que hemos podido».

Freyberg había decidido también que su estado mayor se marchara. Pero esa mañana hubo que encontrar un mensajero que llevara las órdenes al comandante de brigada Vasey, al mando de la retaguardia australiana, de modo que los oficiales de menor rango se lo jugaron a los dados en el cuartel general de la Creforce. El perdedor, Geoffrey Cox, estaba convencido de que acabaría sus días en un campo de prisioneros de guerra, pero gracias a un australiano diligente que se hallaba en «el piso superior», como llamaban al acantilado, encontró un vehículo que todavía funcionaba. De modo que pudo volver a la llanura de Askifu, entregar las órdenes, obtener un recibo y volver justo a tiempo de embarcar con sus colegas y miembros de la Misión militar británica en el crucero australiano Perth, de Su Majestad.

La noche del 29 de mayo se produjo la evacuación más numerosa. El contraalmirante King había llegado en el Phoebe de Su Majestad, acompañado por los cruceros Perth, Calcutta y Coventry, tres destructores y el buque especial de transporte Glengyle de Su Majestad, cuyas lanchas de embarque fueron valiosísimas. Se embarcaron más de seis mil hombres.

Entre quienes subieron a bordo del Perth esa noche estaban Stefanides y Michael Forrester. Seis meses después, se enteraron de su destrucción con toda la tripulación enfrente de Java, después de un ataque de bombarderos japoneses. Debajo de la cubierta, los oficiales neozelandeses se disgustaron al encontrarse a algunos de los comandos que teóricamente debían formar la retaguardia. Pero dilucidar quién les había ordenado quedarse y quién les había autorizado a partir era una cuestión muy compleja y espinosa.

El propio Freyberg y los restantes oficiales de estado mayor de los diferentes cuarteles abandonaron la isla a bordo de dos hidroaviones Sunderland la noche siguiente.

Cuando la 5ª brigada neozelandesa bajó el acantilado la mañana del 30 de mayo, el comandante de brigada Hargest que, como Puttick y el propio Freyberg, había hecho gala de más determinación y mejor criterio durante la retirada que en la batalla, quedó consternado ante el estado lamentable de los rezagados que habían permanecido junto al mar. El personal de base, hambriento y sediento, que todavía constaba de varios millares de personas, vivía sin ninguna pretensión de guardar el orden militar en las cavernas de los barrancos, como una colonia de vencejos. De día se apoderaba de ellos el pánico, especialmente cuando se aproximaba algún avión, y de noche saqueaban los depósitos de alimentos y los suministros de agua, que disminuían a una velocidad alarmante. Cuando los heridos fueron evacuados la primera noche, el 28 de mayo, algunos de esos hombres habían tratado de unirse a ellos, vendándose la cabeza, pero los verdaderos heridos les pusieron en evidencia a gritos, y la mayoría se avergonzó y desistió de la maniobra. Se había dado la orden de embarcar únicamente cuerpos de soldados en perfecta formación, de modo que los rezagados suplicaban a todos los oficiales que veían que los formara en un grupo y los hiciera embarcar desfilando. Los neozelandeses habían formado un cordón con bayonetas caladas, para asegurarse de que las tropas de combate eran las primeras en subir. «Estaba decidido -escribió Hargest más tarde-. Habíamos llevado el peso de las operaciones, íbamos a subir a bordo como una brigada que éramos y nadie nos detendría.»

[315]

Pese a la determinación de Hargest, decidir quién debía quedarse en la isla y quién podía embarcar no era tan sencillo. Se daba prioridad a los oficiales, alegando que serían necesarios para volver a constituir los batallones cuando llegaran a Egipto. Y a primera hora de la tarde se dictó la orden de que «el cuartel general de cada unidad debe haber embarcado esta noche».

[316] Se asignaron efectivos de suboficiales y soldados por batallón.

Unas horas más tarde se produjo un estallido súbito de disparos. Un destacamento de tropas de montaña, con veintidós hombres, había penetrado por el desfiladero de Sfakiá, en el flanco occidental de la cañada. Una compañía de neozelandeses los mantuvo a raya, mientras Charles Upham, pese a estar sumamente debilitado por la disentería, se abrió camino hasta la cima, para rodear al enemigo por la espalda, y luego lo aniquiló.

Cuando cayó la noche, los rezagados trataron de deslizarse a través de los piquetes armados cuya misión era impedir que subieran desordenadamente a los botes. Y cuando los cuerpos bien formados de los hombres autorizados a embarcar desfilaron, el último tramo del camino estaba jalonado por los desafortunados que debían quedarse. «Algunos suplicaban e imploraban -escribe Kippenberger-, pero la mayoría se limitaba a mirarnos fijamente, para que nos sintiéramos avergonzados.»

[317] Unos pocos trataron de colarse o infiltrarse en alguna columna, pero fueron apartados con furia e indignación. El destacamento maorí tenía una retaguardia armada con subfusiles Thompéon y pistolas Luger, dispuesta a disparar si era necesario. Varios oficiales ni se comportaron mejor, aunque emplearon una táctica más sofisticada. Myies Hildyard oyó la voz inconfundible de un coetáneo del colegio de Eton que alegaba ser un «oficial de embarque» y exigía que lo dejaran pasar.

En contraste con todos estos egoístas, algunos soldados desafiaron la orden de dejar atrás a los

heridos en angarillas y se tomaron inmensas molestias para hacer franquear el cordón de tapadillo a sus camaradas.

[318]

Desde la playa cercana al pequeño puerto de Sfakiá, la cola formada para subir a la lancha de embarque tenía una distancia considerable. Las esperanzas y los temores se encendían a medida que la fila densa y desordenada avanzaba o se detenía en la oscuridad. Dos de los destructores se habían visto obligados a dar media vuelta, así que podía embarcarse a menos hombres. Un oficial neozelandés recuerda el sonido de bienvenida de «las voces de la marina, con un acento cultivado propio de Dartmouth»,

[319] que gritaban en la oscuridad «¡Adelante, vamos!» Pero aquella noche sólo embarcaron mil quinientos hombres.

Después del caos que se había producido en tierra firme, todos alabaron la eficacia de la armada con un profundo alivio. Las órdenes de calma de los oficiales navales inspiraban una confianza que parecía olvidada y a muchos el ejército se les antojaba, comparativamente, un cuerpo de aficionados. Los soldados agotados y hambrientos tenían muchos problemas para subir por las redes de salvamento, de modo que los marinos se inclinaban para agarrarlos por la camisa e izarlos a bordo.

Algunos se encontraron sobre el mismo buque sobre el que habían navegado hasta Grecia o sobre el que habían abandonado ese país. Los marineros les tendían jarras de cacao y sándwiches de carne de vaca en conserva, como durante la primera evacuación. Kippenberger, a bordo del buque australiano Napier de Su Majestad, observó que un oficial australiano y su ayudante subieron sobre el buque pero, al comprobar que su batallón no había embarcado, se apresuraron a volver a la playa.

Pero para quienes se iban el peligro no había acabado del todo. Michael Forrester, que estaba a bordo del buque australiano Perth de Su Majestad cuando fue alcanzado el 30 de mayo, comprendió en seguida qué significaba un ataque aéreo para quienes se encontraban en un buque sobre el mar. «¡Dios mío, qué cara ponían los marineros en la cala!»,

[320] comentó más adelante. Y Kippenberger «llegó a la conclusión de que se está mejor sobre tierra firme que a bordo de un buque».

[321]

La madrugada del 31 de mayo, el contraalmirante King volvió a zarpar desde Alejandría con dos cruceros, el Phoebe y el Abdiel, y dos destructores. Después de reunirse con Wavell, Cunningham había decidido tentar una nueva expedición en Creta, pese a que la flota mediterránea había sido considerablemente mermada por su contribución a la defensa de la isla. «A la Navy le hacen falta tres años para construir un buque nuevo -declaró-. Tomará trescientos años crear una tradición nueva. La evacuación debe proseguir.»

La armada real estaba orgullosa de su labor, algo perfectamente comprensible. Uno de los brindis favoritos en los comedores de oficiales de la flota mediterránea era: «¡A la salud de las tres fuerzas armadas: la Royal Navy, la Federación real de publicidad

[322] y los evacuados!».

[323] En ese último esfuerzo, la fuerza del almirante King zarpó a las tres de la madrugada del 1 de junio con casi cuatro mil hombres. Volvieron sin problemas, pero el crucero antiaéreo Calcutta de Su Majestad, que debía cubrir la retirada de la flota, fue hundido a menos de cien kilómetros de Alejandría.

Al llegar a Egipto, la mayoría de los soldados bajaron a tierra arrastrando los pies por la pasarela de los buques, todavía agotados por su tremenda caminata montaña a través. Pero algunos batallones descendieron en perfecta formación y luego se alejaron marchando, negándose a parecer un ejército derrotado.

Probablemente se habría podido embarcar a más tropas, pero es algo que sólo puede apreciarse retrospectivamente. La armada había pensado que, como la luna era llena, los buques serían muy vulnerables al ataque de los cazabombarderos, tanto de noche como de día, durante los largos días del verano. Pero Cunningham, a pesar de las interceptaciones de los mensajes de Ultra, no sabía que el riesgo para sus buques había disminuido notablemente por entonces, cuando se preparaba la última fase de la retirada del VIII cuerpo del aire, anticipando la operación Barbarroja.

Se ha escrito mucho sobre el hecho de que, de los cinco mil soldados que quedaron en la isla, no hubiera ningún oficial por encima del rango de teniente coronel y de que partiera una proporción mucho mayor de oficiales que de soldados.

Jack Hamson, capturado con un grupo de los Argyll junto a Timbaki, dio rienda suelta a la frustración comprensible de un cautivo de guerra. «Uno de los peores aspectos de este asunto - escribe- fue que se hizo valer la idea de que los oficiales superiores tenían un valor especial, tenían la obligación de salvarse; la idea de que, en último término, no eran personalmente responsables del resultado de las operaciones que dirigían, que se limitaban a hacer cuanto podían y tendrían la oportunidad de volverlo a intentar en otra ocasión. Aunque no sean perfectamente comparables, la tradición naval de que el comandante es la última persona que debe rescatarse en caso de catástrofe es, en mi opinión, más acertada. Hubo muchas excepciones honrosas, demasiado llamativas por su rareza, pero de una manera general asistimos no tanto a un *sauf quipeut*, sino a una lucha reprochable y poco edificante por pasar el primero, a la insistencia de quienes se amparaban en su rango y ancianidad para acogerse al privilegio de huir.»

[324]

Freyberg, el general que fue el último en zarpar en Grecia para asegurarse de que todos sus hombres habían embarcado, permaneció en tierra una vez más todo lo que pudo. Su vuelta a Egipto era capital, aunque sólo fuera porque era un experto en Ultra. Y haber dejado a un personaje de su fama en manos alemanas sólo habría contribuido innecesariamente a potenciar la propaganda de la derrota. El comandante de brigada Inglis se prestó voluntario para permanecer en la isla, pero Freyberg «descartó tajantemente»

[325]

su propuesta. Si Weston o Laycock debieron quedarse es una cuestión espinosa. Es obvio que no tenía demasiado sentido dar al enemigo la satisfacción de capturar a oficiales superiores, y el equivalente en el ejército británico del capitán de un buque es el oficial al mando de un batallón o regimiento, no un jefe de formación. Pero sigue pendiente una respuesta a esta pregunta ética, especialmente porque el comportamiento ególatra de algunos se puso en evidencia en comparación con el desprendimiento de los oficiales de regimiento, los suboficiales o los soldados que se prestaron voluntarios para permanecer en la isla, en sustitución de otros compañeros.

Principalmente debido a los diarios de Evelyn Waugh (oficial de inteligencia de la Layforce) y a

su novela *Oficiales y caballeros*, el interés sobre esta cuestión se ha centrado en el coronel Laycock, en su calidad de comandante de la retaguardia. La tarde del 30 de mayo, justo antes de abandonar la isla, Freyberg le dijo: «Fue usted el último en llegar, así que será el último en partir».

[326] En la última conferencia que celebró el general Weston la tarde del 31 de mayo reafirmó esa decisión. Evelyn Waugh tomó nota de lo ocurrido en esa reunión a través del diario de guerra de Laycock: «Ordenes definitivas de LA CREFORCE sobre la evacuación: a) las posiciones de la LAYFORCE no deben defenderse hasta el último hombre y cartucho, sino mientras sea necesario para cubrir la retirada de las demás fuerzas de combate; b) no habrá retirada hasta que así lo ordene el cuartel general; c) la LAYFORCE deberá embarcar después de las demás fuerzas de combate pero antes de los rezagados».

[327] Pero más tarde, ese mismo día, Laycock comunicó a Freddie Graham, su comandante de brigada, que el general Weston le había dicho lo siguiente: «Usted y su estado mayor y todas las tropas que pueda sacar deben irse esta noche: mi estado mayor se encargará de ello».

[328] Afirmó que esa instrucción se había dictado después de que un oficial de estado mayor hubiera intervenido para puntualizar que «Laycock tenía todavía dos batallones de su brigada en Egipto».

[329] Cuesta creer que un miembro del estado mayor de Weston interviniera para dar prioridad a la Layforce cuando ellos todavía debían hacer embarcar a un batallón completo de la armada.

Una versión más plausible es que Laycock se entretuviera con Weston algunas horas antes de que cayera la noche, después de la conferencia celebrada en la cueva, y lo convenciera de que debía dejar partir al cuartel general de la brigada de la Layforce. En un relato no publicado, Waugh escribió que «[Weston] encomendó en un primer momento a Bob la tarea [de rendirse], pero más tarde comprendió que era estúpido sacrificar a un hombre de primera clase como él para esa misión y optó por [Colvin]».

[330]

Poco después del anochecer, Graham comunicó en la cueva donde se hallaba la Creforce las instrucciones de Laycock. En ella estaban el general Weston y el teniente coronel Colvin.

El general Weston me preguntó si tenía papel, lápiz y papel carbón. Inopinadamente, pude responderle que sí, gracias a mi viejo compañero «Libro del ejército 153», que llevaba en la mochila. El general Weston replicó: «Siéntese sobre esa maleta y escriba al dictado una carta. Haga tres copias». ¡Inmediatamente comenzó a dictar la capitulación de Creta! La carta tenía la forma de una breve orden operativa, iba dirigida al oficial que, según he dicho antes, mantendré en el anonimato [es decir, Colvin], y le ordenaba que, a primera hora de la mañana, se acercara al enemigo y le presentara la capitulación. El general Weston tomó dos de mis copias, entregó una al oficial concernido, se metió la otra en el bolsillo y se despidió con las palabras: «Bien, caballeros, hay un millón de dracmas en esa maleta y una botella de ginebra en la esquina: adiós y buena suerte». Salió de la cueva y bajó la colina sumida en la oscuridad. Después lo sacaría de la isla un hidroavión que se había enviado en su busca.

Graham se quedó mirando desanimado «aquel miserable trozo de papel». Confirmaba sus peores temores de que no se iban a producir más evacuaciones aquella noche. Se levantó y llamó al subteniente de la brigada. Iban a tratar de hacerse con uno de los hidroaviones y escapar más tarde.

Laycock y Waugh probablemente llegaron poco después. Fueron empujando hacia la playa de Sfakiá a Graham y a todos los componentes de la Layforce que lograron encontrar, para que se integraran en la cola de espera de la lancha de embarque, que había de conducirles a los destructores. Evelyn Waugh tomó los siguientes apuntes en su diario de guerra sobre lo ocurrido a las 22.00:

Al comprobar que el estado mayor de la Creforce había embarcado al completo y en vista de que todas las fuerzas de combate estaban ahora listas para embarcar y de que no se había producido ningún encontronazo con el enemigo, el coronel Laycock, por su cuenta y riesgo, dio la orden al teniente coronel Young de conducir las tropas a Sfakiá por carretera, evitando la entrada principal a la ciudad, atascada, y valerse de su carisma para que se le diera la prioridad que le atribuían las órdenes de la división.

Esta versión, aunque más próxima a la realidad que la de Laycock, tampoco es completamente desinteresada. Laycock sabía perfectamente, después de la conferencia celebrada esa tarde, que Weston y el resto del cuartel general de la Creforce se iban. Si no se había producido ningún encontronazo con el enemigo era únicamente porque los alemanes no combatían de noche: a la sazón, varios destacamentos de tropas de montaña ya habían rodeado la cabeza de playa y el propio Waugh había tomado nota de que se habían producido disparos al anochecer. El argumento clave -la afirmación de que todas las tropas estaban listas para embarcar- era, sin lugar a dudas, falso. Los marines y el 2/7.º batallón australiano no habían llegado y las órdenes que había recibido Laycock eran que no debía abandonar sus posiciones hasta que se hubieran ido sin peligro.

Laycock no envió el mensaje a Young hasta aproximadamente las 23.00, hora en la cual esperaba en la playa con el estado mayor de su brigada a que una lancha de embarque los llevara a uno de los buques de guerra. Pidió un voluntario, pero la mayoría de los soldados presentes masculló que no tenían las botas en condiciones de realizar aquella caminata. El soldado raso Ralph Tanner, ordenanza de Waugh, fue el escogido para la tarea, pues no planteó ninguna objeción. Nadie pudo precisarle dónde se encontraba el cuartel general de Young, de modo que se dispuso a escalar penosamente el barranco de Sfakiá. Aunque sólo estaba a un kilómetro y medio, el terreno se hacía muy arduo en la oscuridad y deambuló un buen rato llamando a gritos a la Layforce. Finalmente, un miembro del batallón D lo condujo a la cueva donde se hallaba su cuartel general, donde Young le ofreció un poco de jerez, que se bebió de un trago después de entregar su mensaje. Young le dijo que trataría de llevarse a sus hombres, pero debió imaginar que no disponía de suficiente tiempo para que los que estaban en posiciones avanzadas llegaran hasta la playa. Tanner se fue con la respuesta en mano para Laycock. Al salir de la cueva, recordó que se había tomado un jerez con el estómago vacío y se metió los dedos en la garganta. Cuando llegó a la playa no había ningún indicio de la presencia de Laycock. Tanner estaba tan debilitado que, cuando fue embarcado sobre la última lancha en dirección a un destructor, no pudo subir por la red de salvamento. Un marino se inclinó para

agarrar por el cinturón a Tanner, de una altura considerable, diciendo: «Vamos, su eminencia, por el amor de Barrabás»

[333] y lo izó hasta cubierta. Más adelante, Laycock concedió a Tanner una mención honorífica por sus despachos.

No hubo indicios de cobardía en la conducta de Laycock ni de Waugh. Ambos dieron pruebas más que sobradas de su falta de miedo -en el caso de Waugh, prácticamente se trataba de un deseo de morir- durante la retirada. Pero, en otra situación, Graham sugiere que es posible que a Waugh «le horrorizara la idea del cautiverio».

[334] Es harto probable que así sea, lo que concordaría con el grado de valentía, sorprendente para los demás pero absolutamente natural para él, de que Waugh hizo gala en Creta.

También Laycock tenía sobrados motivos para creer que sería más útil al esfuerzo bélico en Egipto que quedándose en la isla para dejarse capturar, pero sus comentarios personales sobre la rendición no hablan en su favor. «Se me había ordenado que acompañara a mis hombres, pero no estoy seguro de que en casos como aquél el oficial al mando deba comportarse como el capitán de un buque y ser el último en abandonarlo. Atribuyo el que tantos quedaran atrás a la mala organización en la playa o, mejor dicho, a una falta absoluta de organización.»

[335] En su versión de los sucesos de Creta, Laycock está en lo cierto cuando afirma que los comandos no eran tropas idóneas para labores de retaguardia. Sin embargo, les habían confiado esa tarea porque eran los únicos soldados frescos y el que no fueran idóneas es una excusa insuficiente para hacer caso omiso arrogantemente de las órdenes.

Al final no fue Colvin quien llevó a cabo la rendición. Al parecer, abandonó la isla esa misma noche junto con Laycock, Graham y Waugh, aunque éstos no lo mencionan. En el último momento, Laycock consiguió hacer devolver las instrucciones sobre la rendición a George Young. Había tachado el nombre de Colvin y escrito «El oficial de mayor graduación que quede en la isla» en su lugar.

Young, que aceptó con estoicismo su destino de prisionero de guerra, no se lo achacó jamás a Laycock. Y la sugerencia de otro oficial de que Young sé quedó porque no era miembro de la banda del «White Club» es infundada. En Creta había pocos miembros del «círculo elegante» o los «dandis», como los llama Waugh: la mayoría se encontraba en el batallón B, el antiguo comando 8, y, más adelante, ya en un estado avanzado de decadencia, en el campo de Sidi-Bishr, en Alejandría.

Evelyn Waugh calificó el colapso de Creta de símbolo del colapso de la clase dirigente británica. En una carta enviada a Diana Cooper varios meses después, escribe: «Los ingleses son un pueblo muy básico. Viviendo como vivía, no me había dado cuenta. Ahora los conozco de arriba a abajo y me repugnan». Una docena de años más tarde, cuando redactaba Oficiales y caballeros, Waugh convirtió a Ivor Claire, el oficial de la Household Cavalry que abandona a sus soldados en Creta, en la personificación de esta traición. Cuando el libro fue publicado en junio de 1955, llevaba la siguiente dedicatoria: «Al comandante general sir Robert Laycock KCMG CB DSO. Un modelo para cualquier hombre en armas». Al leerla, Ann Fleming envió a Waugh el telegrama siguiente: «Supongo dedicatoria a Laycock, trasunto de Ivor Claire, irónica». Consideró la respuesta de Waugh «virulenta pero no del todo simulada».

[336] /

«Tu telegrama me ha aterrado -contestó Waugh-. Ni que decir tiene que no hay conexión entre Bob y Claire. Si de verdad sugieres tal cosa eso será el final de nuestra hermosa amistad... Por el amor de Dios, olvídate de la idea Bob=Claire... Limitate a no decir una palabra sobre Laycock, Que Te Aspen, E Waugh.» En su diario anotó: «Le he contestado que si manifiesta la más mínima sospecha sobre este hecho cruel, eso supondrá el fin de nuestra amistad».

[337]

No se puede decir que la expresión «hecho cruel» disipe en modo alguno la sospecha. Y, aunque el personaje de Ivor Claire no represente a un solo individuo, sino la sensación de Waugh de que la leyenda de aquella compañía de caballeros había sido traicionada desde el principio, él y Laycock eran los únicos oficiales de la banda original del comando 8 que fueron a Creta. En Oficiales y caballeros, Waugh salva a Tommy Backhouse (el personaje que más recuerda a Laycock) del caos ético imperante haciéndole caer por la escalera de cámara de un buque mientras se dirige a Creta. Posteriormente, Waugh afirmó que los oficiales se habían comportado de un modo deshonesto en Creta, pues muchos de ellos se subieron a los medios de transporte motorizado obligando a los heridos a caminar. Naturalmente, resulta difícil evaluar hasta qué punto fueron ignominiosos. En la desintegración casi absoluta de la retirada se produjeron sin duda escenas patéticas y lamentables, pero la proporción de oficiales que se comportaron de manera vergonzosa fue probablemente reducida, especialmente entre los oficiales de regimiento. En la Layforce, aunque el teniente coronel Colvin se vino abajo, y según la versión del sargento Stewart, un subalterno de su batallón se hundió con «un nuevo episodio de neurastenia crónica», fue mucho mayor el número de oficiales cuya conducta fue intachable, especialmente George Young y su ayudante, Michael Borwick de los Greys, y el subjefe de Colvin, Ken Wylie, quien, en palabras de Waugh, «limpió el honor de los comandos dirigiendo un contraataque enérgico y triunfal». (Tanto Young como Wylie recibieron una DSO.) Es innegable que Freddie Graham se tomó el mayor interés por sus hombres y que la capacidad de mando de Laycock durante la batalla fue admirable. Pero el hecho de que se entregara la orden de rendición e inmediatamente se procediera a abandonar el cuartel general de la brigada suscitó muchas dudas en el espíritu de Waugh. Es posible que su visión catastrófica de la debacle en Creta esté teñida de algún ribete de autodesprecio.

De todos cuantos quedaron atrás, los australianos del 2/7.º batallón del teniente coronel Theo Walker eran quienes más derecho tenían a sentirse agraviados. Les habían asegurado de que tenían plaza en los buques, tras lo cual fueron reculando hacia la playa, defendiendo hasta el último momento la línea que se les había asignado en «el piso superior». Habían tenido que recorrer en la oscuridad una ruta más larga y dura que las demás tropas que debían embarcar aquella noche. Su retirada se había visto entorpecida por los rezagados bolcheviques, que se negaban a dejarles paso, y por oficiales resentidos que, con la excusa de ser los encargados del control de los movimientos, les exigían que se identificaran y explicaran cuál era su misión. Es curioso que los australianos no hicieran gala de la insensibilidad y determinación que habían demostrado los neozelandeses la noche anterior.

Ignorantes de que doscientos hombres de la Layforce se habían colado por delante de ellos, esperaron pacientemente, alineados sobre la playa. «Y entonces llegó la mayor decepción de todas -escribió más tarde, en un campo de prisioneros, el subjefe-. El ruido de las cadenas del ancla al pasar por el escobén.»

[338]

Muchos de quienes habían quedado sobre la isla creían que la armada volvería la noche siguiente. No se daban cuenta de que la rendición era inminente. Algunos se dejaron engañar durante la noche. Un oficial encargado del embarque le dijo a Jack Smith-Hughes que no se preocupara porque «volverán mañana». Cuando Smith-Hughes logró escapar finalmente de la isla en submarino, varios meses más tarde, se encontró casualmente con ese oficial en un restaurante de El Cairo y se quedó más que satisfecho cuando pudo decirle lo que opinaba de su persona.

Algunos de los australianos de Walker no querían aceptar la idea de la rendición. Cuando vieron a los soldados agitar banderas blancas la mañana siguiente, le preguntaron si debían dispararles. Pero en ese momento se oyeron voces de la playa, órdenes de que todos los soldados quitaran los cargadores y cerrojos a sus fusiles. Se les dijo que no habría más evacuaciones y se les aconsejó que mostraran tanta ropa blanca como pudieran. La mayoría se puso a deambular en busca de alimentos y agua. Un grupo de australianos mató un burro y comenzó a asar tajadas de carne al fuego.

George Young rechazó la oferta de su ayudante de acompañarle a presentar la rendición. Le dijo a Borwick que diera la noticia a sus hombres. Pero cuando Borwick los hubo reunido, le temblaba la voz, estaba a punto de echarse a llorar. «No pasa nada, señor -dijo un cabo, poniéndole la mano sobre el hombro-. Todos sabemos que no es culpa suya.»

[339] Young se puso a andar en solitario en busca de un oficial alemán al que ofrecerle la rendición. En lugar de un oficial alemán, se topó con el coronel Walker y, al darse cuenta de que tenía un rango superior al suyo, le entregó la orden, dirigida, tras la corrección de Laycock, al «oficial de mayor graduación que quede en la isla». Walker siguió el camino que conducía, montaña arriba, a la aldea de Komitades, y se encontró a un oficial austríaco del 100.º regimiento de montaña.

- ¿Qué haces aquí, Australia?- le preguntó el austríaco en inglés.
- Más bien habría que preguntar ¿qué haces aquí, Austria?- replicó Walker.
- Todos somos alemanes- contestó.

[340] Después de la rendición, la mayoría de los que seguían en la playa remontaron la colina. «Ahí -anota Myles Hildyard, de los Rangers de Sherwood, en su diario- se pusieron a cocinar la escasa comida que tenían y, mientras estaban sentados y creyéndose perfectamente a salvo, aparecieron unos aviones alemanes, que comenzaron a ametrallarlos. Uno de los hombres murió instantáneamente. Los heridos estaban en una pequeña iglesia y entre ellos se encontraba nuestro subteniente Fountain, con doce balas en el cuerpo. Más tarde me dijeron que había muerto. Tres alemanes que se echaron a correr y a gritar y hacer señas a los aviones para que se alejaran también fueron abatidos.»

[341] Antes de que las tropas de montaña empezaran a rodear a sus cautivos, los oficiales de los comandos pidieron a sus hombres que se deshicieran de sus «fannies» (una daga y llave inglesa a la vez que se había convertido en el emblema de los comandos de Oriente Medio), no fuera a ser que los alemanes tuvieran la idea de ejecutar a los miembros de las fuerzas de choque. En su mayoría, fueron arrojadas a un pozo.

Para los republicanos españoles, la perspectiva de la captura era especialmente triste. Era casi seguro que los alemanes los devolverían a la España de Franco, donde los fusilarían como a los demás republicanos que habían sido entregados, desde milicianos hasta ex ministros del gobierno del Frente Popular. Afortunadamente, el oficial médico del batallón, capitán Cochrane, que había

luchado en España con las Brigadas Internacionales, tuvo la luminosa idea de que, cuando los interrogaran, se declararan gibraltareños.

Algunos soldados, horrorizados ante la perspectiva del cautiverio, trataron de huir monte arriba, trepando por los desfiladeros. Varios murieron en el empeño. Años después, Manoli Paterakis, el guerrillero más famoso de la resistencia, mientras cazaba furtivamente un íbice, descubrió el esqueleto de un soldado que había tratado de escalar un despeñadero, en un lugar inaccesible. Otros, igual de desesperados pero con mayor fortuna, se lanzaron al mar de Libia en botes de fortuna. Una lancha de embarque anclada en una gruta el día de la rendición se echó a la mar al poco de anochecer con sesenta y tres hombres a bordo. Las tropas de montaña abrieron fuego desde el acantilado pero no les alcanzaron.

El avance de los regimientos de montaña del general Ringel prosiguió, primero desde Rézimno y luego desde Iraklion, precedido por los tanques y las tropas motorizadas. Después de dejar atrás Ayios Nikólaos y Pajiá Ammos, el destacamento que abría la marcha avistó algunos carros de combate ligeros en lontananza. Al parecer, habían sido abandonados, de modo que un oficial alemán se acercó para investigar. Afirmó que detrás de ellos había cuatro miembros de la tripulación, italianos, acurrucados y temblando de miedo. Pero las anécdotas alemanas sobre sus aliados deben tratarse con suma cautela.

Esta fuerza italiana formaba parte de las que habían desembarcado en Sitía, sin encontrar oposición, el 28 de mayo. La ocupación italiana de las provincias orientales de Sitia y Lasiti fue responsabilidad de la división Siena, bajo el mando del general Angelo Carta, que había luchado con escaso éxito contra la 5ª división cretense en el frente albanés.

Para los capturados en Sfakiá lo más duro fue la marcha de regreso a Canea por la misma senda tortuosa, una ración doble de la «vía Dolorosa».

[342] El único consuelo para el regimiento galés capturado en la costa septentrional era que se había ahorrado esa jornada de vuelta.

Una fotografía propagandística alemana muestra una columna de hombres que, como un ciempiés, avanza zigzagueando hasta donde alcanza la vista. Muchos de los soldados cuyas botas se habían desgastado no llevaban más que suelas de cartón atadas a los pies con tiras de ropa. Aparte de lo que los aldeanos cretenses les ofrecían a su paso, prácticamente no tenían nada que comer. Muchos hombres no habían comido más que una lata de carne de vaca y unas pocas galletas en toda una semana.

De camino, algunos disparos alejados animaban a los que habían formado parte el año anterior del 50.º comando de Oriente Medio, apostado en Iraklion, y habían colaborado con John Pendlebury. Ignorando su muerte, estaban seguros de que aquello era obra suya, pero probablemente se tratara de escuadrones de ejecución alemanes efectuando represalias contra los francs-tireurs cretenses.

Las condiciones de vida del campo de prisioneros, emplazado en el solar del hospital de campaña, al oeste de Canea, eran deplorables, debido principalmente a la falta de interés de las autoridades alemanas. Los paracaidistas asignados a la vigilancia de los prisioneros, mientras sus oficiales saqueaban los enseres de los muertos y cotilleaban cartas de pésame a parientes, preferían pasar el tiempo tomando el sol en la playa, con los cuerpos brillantes de aceite de oliva. El que se bañaran desnudos escandalizaba a los cretenses, socialmente conservadores, para los cuales la exhibición de la desnudez era como añadir un insulto a la afrenta. Afortunadamente para los prisioneros británicos, la despreocupación de los vigilantes les permitía evadirse del campo para rebuscar alimentos con la ayuda de los pueblerinos y, en algunos casos, recuperar las pertenencias

que habían abandonado al comienzo de la retirada.

Entre los heridos, la supervivencia dependía de la velocidad con la cual fueran enviados por avión a Atenas para ser atendidos. Sandy Thomas, que había sido herido en Galatás, tuvo que ser apartado de los demás pacientes debido al hedor que emanaba de la herida gangrenada de su pierna. Ante el asombro general, no la perdió. Llegó a Atenas a tiempo de que se la salvaran gracias al excelente funcionamiento del puente aéreo Máleme-Atenas de aviones de transporte Junkers 52.

Muchos prisioneros huyeron, engrosando el número de rezagados protegidos en las aldeas de montaña por las familias cretenses. Myles Hildyard y un colega suyo, oficial de los Rangers de Sherwood, Michael Parrish, decidieron abrirse camino en caique a través del Egeo hasta Turquía. Por una coincidencia extraordinaria, llegaron a la isla deshabitada donde había naufragado el *Kalanthe*, el día después de que unos pescadores hubieran recuperado dos cadáveres y una caja de latón que contenía la correspondencia entre sir Michael Palairret y el rey Jorge II. Hildyard enterró los dos esqueletos, uno de los cuales llevaba restos de un uniforme británico y una sortija con sello. Casi cincuenta años después conoció a Harold y Nancy Caccia y llegaron a la conclusión de que había enterrado, sin duda alguna, al hermano de Nancy, Oliver Barstow, cuyo cuerpo no había sido hallado después de la explosión. Cuando Hildyard y Parrish llegaron por fin a Turquía, entregaron la caja con sus documentos en la Embajada.

Después de Creta, volver a Egipto equivalía regresar a una normalidad irreal. Una normalidad que se revistió de varias formas, a nivel personal y oficial. Michael Forrester, que llegó a Alejandría a bordo del Perth fortificado, tomó un tren hacia El Cairo y esa tarde, rodeado por los uniformes de corte impecable de los oficiales del alto estado mayor, conocidos como «los cerdos en gabardina», tomaba el té en el club Gezira. «Ahí estaba El Cairo, igual a como lo había dejado.»

[343]

Stefanides comprobó pronto que las ruedas de la negligente burocracia militar seguían hollando la senda de siempre. Quienes habían luchado con la fuerza expedicionaria en Grecia y, posteriormente, en Creta, recibieron la notificación de que se les iba a descontar de la paga el subsidio colonial correspondiente al periodo completo de su ausencia del territorio de Egipto. No es de extrañar que aquello provocara infinidad de chistes de humor negro. Se corrió la voz de que se les iba a conceder una medalla especial de evacuación con la inscripción «EXCRETA».

En Londres, el humor, también negro, era más petulante. Se puso de moda utilizar como sinónimo de 'derrota' dégomage («destitución» en francés) y los más espabilados pretendían que BEF, las iniciales de la British Expeditionary Force, significaban en realidad «Back Every Fortnight» (De\Vuelta Cada Quince Días). Pero esa frivolidad no podía ocultar un malestar profundo, incluso el temor de que, a fin de cuentas, se podía perder la guerra. Aparte de la caída de Grecia, Londres había sido bombardeado intensamente en abril, la Cámara de los Comunes fue alcanzada por una bomba el 10 de mayo y ahora Rommel estaba cercando Libia. La prensa popular rebosaba de historias de terror, que pretendían que Hitler se disponía a tentar una invasión aérea de Gran Bretaña. Y el hundimiento del Bismarck en el Atlántico no hizo olvidar en modo alguno la conmoción que había supuesto la pérdida del buque de guerra británico de Su Majestad Hood.

La debacle en Creta tuvo un efecto desproporcionado en relación con el número de soldados que participaron en la batalla. Y, si uno de los objetivos principales de Churchill al apoyar a Grecia era interesar a la opinión norteamericana, probablemente la iniciativa fuera contraproducente. «La reacción de los EEUU ante nuestras pérdidas navales en torno a Creta y del Hood ha sido muy negativa -escribió David Eccles desde Washington a su mujer Sybil-. ¿Por qué temen más la muerte que las consecuencias de la derrota?»

[344] Ella replicó que el episodio de Creta había «instilado una duda terrible sobre si de verdad entendemos qué es lo que está en juego».

Para Churchill, el creyente más ferviente en la defensa de Creta, su caída fue un golpe duro y personal. También hubo de enfrentarse a numerosas críticas. Harold Nicolson, por entonces ministro de Información, anotó en su diario:

La opinión pública está en plena crisis de depresión por... la sensación de que, como en Creta, probablemente nos volverán a dar una paliza. Tengo que reconocer que ese salto de costa a costa, de 300 kilómetros, es aterrador. No es de extrañar que se diga que, si han logrado capturar Creta estando a 300 kilómetros, eso es lo que le ocurrirá a Gran Bretaña». Churchill, ante la indignación de Nicolson, creía que este estado de ánimo era «una ansiedad consustancial a la

En El Cairo, sir Miles Lampson, el embajador británico, después de conversar con Wavell durante la operación de evacuación, apuntó en su diario: «Creo que nunca había visto a nuestro Archie tan abatido».

[345] A Wavell le entristecían en particular las enormes bajas registradas en su antiguo batallón de los Black Watch durante el regreso de Iraklion. Y el edecán de Wavell, Peter Coats, tomó nota de la desolación de Freyberg. «Mientras escribo, tengo sentado enfrente de mí, en mi despacho, al general Freyberg. Un Goliath aplastado, a punto de echarse a llorar. Se le ha notificado que su hijastro, Guy McLaren, ha muerto en combate en el desierto. Qué terrible vuelta a casa.»

Una de las cualidades más admirables de Freyberg fue que se negara a echar la culpa a los demás. Para él, la atmósfera «poscatástrofe» que se vivía en El Cairo era sin duda desagradable. La RAF era blanco de gran parte de las calumnias. Era una repetición, o más bien una ampliación, de las recriminaciones que había provocado la caída de Grecia, cuando la RAF y el ejército se acusaron mutuamente, en todos los niveles de la escala, y los soldados de tierra se peleaban con los del aire en los bares y las calles de Alejandría. Un mariscal de las fuerzas aéreas describió el alto estado mayor como «un zumbido de industriosisidad malhumorada, como una almena a la que se le acaba de dar la vuelta».

[346] «Todo el mundo -comentó Peter Wilkinson más sucintamente- se echaba mutuamente las miserias a la cara.»

[347] Pero a Freyberg aún le aguardaba lo peor. Como nunca se le había ocurrido delegar la culpabilidad a sus subordinados, le dolió especialmente la traición de Inglis, que había vuelto a Londres inmediatamente después de la evacuación y se había entrevistado con Churchill el 13 de junio. La mayor parte del informe verbal del comandante de brigada Inglis al primer ministro se refería a la falta de preparación y meditación por parte del alto estado mayor de Oriente Medio. Pero también manifestaba su opinión acerca de la dirección de la batalla.

No me ha convencido [escribió Churchill el día siguiente al general Ismay, en una misiva destinada al comité del alto estado mayor] la táctica de defensa del general Freyberg, aunque deben tenerse plenamente en cuenta las numerosas deficiencias señaladas más arriba. Al parecer, no se lanzó ningún contraataque en el sector occidental hasta más de 36 horas después de que hubieran comenzado los descensos de paracaidistas. No se intentó formar una reserva móvil con las mejores tropas, aunque no se hubiera tratado más que de un par de batallones. No se intentó obstruir el aeródromo de Máleme, aunque el general Freyberg sabía que no contaría con apoyo aéreo durante la batalla. Toda la estrategia parece haberse centrado en la defensa estática de las posiciones, en lugar de la extirpación rápida, a cualquier precio, de los grupos de paracaidistas aerotransportados.

[348]

No se menciona aquí el malentendido crucial de Freyberg sobre la invasión por mar que no tuvo

lugar, aunque ése fuera el motivo principal de que él, Puttick y Hargest se hubieran abstenido de intervenir. Churchill comprendió más tarde que Freyberg había invertido el orden de importancia de las invasiones, dando mayor prioridad a la marítima que a la aerotransportada, pero nunca llegó a entender las implicaciones o consecuencias exactas de ese malentendido. Y, en el curso de la investigación que puso en marcha el comandante de brigada Salisbury-Jones en El Cairo, ante la insistencia de Churchill, no se pudo acceder a los mensajes de Ultra. Así pues, nunca tuvo conciencia de la fútil defensa de Canea la noche crucial del 21 de mayo.

La «traición» de Inglis obsesionó a Freyberg el resto de sus días, sin duda también en parte porque la crítica la había formulado ante Churchill, que era su amigo y su patrón. Y cuando, más tarde, se oyeron críticas veladas y abiertas sobre su modo de dirigir la batalla, particularmente en la obra de Alan Clark *La caída de Creta*, Freyberg llegó a la convicción de que Inglis, prácticamente en solitario, había distorsionado la visión que tendría la posteridad sobre su papel en la batalla.

Para el general Student, su «desastrosa victoria» en Creta también provocó un tremendo desengaño. Fue convocado, junto con los oficiales que tenía bajo su mando, al cuartel general de Hitler, el Wolfsschanze, donde se les felicitó y les otorgaron la cruz de Hierro de la Orden de Caballería. Mientras tomaban el café después de la comida, el Führer se volvió súbitamente hacia él: «Como bien sabe, general -le dijo-, ha sido la última operación con tropas aerotransportadas. Creta ha demostrado que los días de las tropas paracaidistas han terminado. La fuerza paracaidista depende exclusivamente del factor sorpresa. En el ínterin este factor se ha agotado».

[349] La mayoría de sus hombres fue enviada a Rusia como tropas terrestres. No es necesario recalcar la ironía que encierra este resultado, cuando Londres tenía pánico ante la idea de una invasión con paracaídas y los norteamericanos empezaban a crear sus propias formaciones de tropas aerotransportables; cabe sólo añadir que Student era el general que estaba al mando del frente de Arnhem en otoño de 1944, cuando la gran operación aérea aliada fracasó.

Todos los paracaidistas supervivientes de la batalla recibieron una cruz de Hierro, pero para Student Creta siempre fue un «recuerdo amargo».

[350] Entre el 20 de mayo y el 2 de junio, los alemanes habían perdido 3.986 hombres, entre los muertos y los desaparecidos, y habían sufrido 2.594 heridos. Los paracaidistas abatidos el primer día representaban la mitad de la cifra total. Estas enormes pérdidas, «especialmente en desaparecidos», fueron «atribuidas por la comandancia alemana a la intensa actividad de los francs-tireurs cretenses».

[351]

La pérdida de trescientas cincuenta aeronaves, en particular los 151 aviones de transporte Junkers, casi una tercera parte de la flota de Student, fue aún más grave para el esfuerzo bélico alemán. La posible repercusión de Creta sobre la campaña de Rusia fue que la producción alemana de aviones de transporte no se recuperó a tiempo para establecer un puente aéreo con Stalingrado. Como se ha indicado antes, la idea de que las batallas de Grecia y Creta habían retrasado fatalmente la operación Barbarroja no era más que un consuelo quimérico.

Freyberg no fue el único en salir con ideas fijas de su experiencia en Creta. Sobre la playa de Alejandría, poco después de su regreso a Egipto, Evelyn Waugh se disputó con Gerry de Winton y Randolph Churchill sobre el tema de la retirada. «Su actitud -recuerda De Winton- era la de que todo el mundo se había comportado con cobardía.»

[352] Replicó a Waugh señalando que en Grecia «todo el mundo mantuvo realmente la cabeza fría hasta el último minuto», porque no habían sufrido el efecto combinado del bombardeo continuo y la fatiga extrema, que con el tiempo acaba minando cualquier forma de valentía. Waugh se negó a aceptar este argumento e insistió en que en Creta la falta de coraje había sido vergonzosa. «Me pareció que se lo tomaba de una manera muy infantil», comenta De Winton.

Waugh había llegado con las tropas frescas de la Layforce, mientras los demás llevaban luchando siete días y siete noches, con poco descanso. Tampoco pudo calibrar la verdadera intensidad del ataque aéreo, pues se redujo considerablemente los últimos días, ya que el VIII cuerpo del aire comenzó a retirarse para la operación Barbarroja. Y, aunque la bienvenida deparada a la Layforce en Creta había sido consternadora, no fue un desengaño tan atroz como el que tuvieron los soldados que, después de una semana de combate, estaban convencidos de haber batido al enemigo.

Laycock, sorprendentemente dadas las circunstancias, afirmó: «A mi entender, la isla no debería haber sido evacuada, dado que la pérdida de buques y marinos no podía compensarla la ventaja de retirar a unos quince mil soldados que ya estaban considerablemente desmoralizados tras la evacuación de Grecia».

[353] Pero esa ventaja, equivalente a un par de divisiones cuando se completaron con efectivos nuevos aquellas unidades experimentadas, era, por decirlo sin ambages, mucho más valiosa, en aquel momento de la guerra, que todos los cruceros y destructores perdidos, aunque sólo fuera porque los buques de guerra no podían detener el avance de Rommel.

Hamson alegó apasionadamente que lo único que había faltado era voluntad. «Nuestro caso no tenía nada de desesperado; y una victoria estruendosa sobre los alemanes en primavera de 1941 habría tenido un inmenso valor militar.»

[354] Su tesis, aunque radical en ocasiones debido a la frustración que le produjo el campo de prisioneros, resulta más convincente que la de Chips Channon, por ejemplo, que calificó la batalla de pérdida de tiempo desde el principio hasta el final.

Las tropas no habían carecido de determinación, como tampoco había ocurrido con los comandantes presentes en la isla, aunque no podemos evitar pensar que la preocupación ante un ataque de fuerzas anfibia ofrecía una perfecta excusa para posponer decisiones difíciles. De lo que carecieron los comandantes, y Freyberg el primero, fue de ideas claras. La consecuencia de esta deficiencia fue que se vieron encadenados a sus propios errores de concepto. En todas las historias alemanas sobre esta batalla se pone de relieve que, a pesar de sus desventajas, la mayor de las cuales fueron las transmisiones, Freyberg tuvo sin duda alguna los medios necesarios para ganar la batalla durante la fase vital de las primeras cuarenta y ocho horas. Pero no la ganó, no la podía ganar, porque su error de interpretación fatal lo condujo en una dirección completamente equivocada.

El que ganar o no la batalla hubiera sido necesariamente positivo a largo plazo ha generado un debate hipotético muy intenso. Muchas personas más expertas desde el punto de vista de la teoría militar que Chips Channon han afirmado que habría sido imposible mantener una guarnición sobre la isla y aprovisionarla. Pero no habrían sido necesarias tropas británicas. Habría bastado con crear una segunda división cretense combinada con las tropas griegas dispersas escapadas de su país y pertrechándola con el armamento capturado a los alemanes.

Sin embargo, se ha formulado un argumento inesperado contra esta hipótesis. A grandes rasgos consiste en lo siguiente. Si Creta no hubiera caído, el rey de Grecia Jorge II habría insistido en conservar el mando sobre este enclave, el último de su reino. Pero la combinación de su

intransigencia, el antimonarquismo cretense y el malestar político entre las fuerzas armadas griegas, que condujo a los motines de Egipto en 1944, habrían provocado antes la guerra civil de Grecia, reduciendo la influencia británica tanto sobre Grecia como sobre Creta. De modo que una victoria de las fuerzas anglo-helénicas en mayo de 1941 habría conducido al control comunista de todo el país, tras la retirada alemana efectuada en 1944.

Dejando de lado el carácter imprevisible de la política griega, si los aliados hubieran ganado la batalla de Creta, Hitler no habría desviado su atención de la operación Barbarroja para realizar una nueva tentativa de invasión de la isla. Siempre se había mostrado escéptico ante los planes de Student y no se jugaba nada personalmente en la operación. Lo único que le habría empujado a una segunda tentativa de invasión habría sido la creación de bases de bombarderos de largo alcance, a finales de 1942 o principios de 1943, para atacar los yacimientos petrolíferos de Ploesti con aviones Liberator. En ese caso habría tenido que asignar a la invasión recursos vitales del frente ruso. Gran Bretaña no era consciente esa primavera de la importancia que habría podido tener Creta para el esfuerzo bélico, y muchos han preferido obviarla con la sencilla excusa de que la batalla se había perdido. La influencia norteamericana posterior hizo que la atención se concentrara en Italia, y no en los Balcanes, de modo que el peso de la guerra se alejó del Mediterráneo oriental.

Pero, para los cretenses y para un puñado de británicos, la batalla de Creta distaba de haber concluido.

TERCERA PARTE - LA RESISTENCIA

21 - Represalias, evasión y resistencia

En el breve lapso de silencio que siguió al final de la batalla, muchos cretenses se irritaron por la incompetencia británica y por su negativa a entregarles armas. Este estado de ánimo no duró mucho. El odio al invasor y, por lo tanto, la afinidad con los aliados, fue pronto atizado de nuevo por las represalias alemanas.

El resentimiento germano era intenso, especialmente entre los soldados rasos, como tan a menudo ocurre. La Wehrmacht acababa de sufrir sus mayores pérdidas desde el estallido de la guerra. El orgullo dolido fue avivado por la rabia de que tantos de sus mejores soldados hubieran sido asesinados antes incluso de llegar a tocar el suelo. En cierto sentido, pensaban que los británicos los deberían haber dejado aterrizar. Pero eso no fue nada en comparación con su enojo ante la resistencia de los civiles cretenses armados, a los que miraban con desprecio y repugnancia.

Al integrarse en su regimiento, cada paracaidista recibía un ejemplar de los «Diez mandamientos de la división de paracaidistas», del general Student.

[355] El noveno decía lo siguiente: «Contra el enemigo regular hay que luchar con caballerosidad, pero a las guerrillas no debe dárseles cuartel». Esta sentencia refleja una actitud muy germánica en relación con las normas de la guerra: sólo debe permitirse combatir a los guerreros profesionales. Y, en Creta, los paracaidistas se habían topado con una resistencia popular sin precedentes en la historia de la Wehrmacht.

Las bajas excesivamente elevadas de la división de paracaidistas pronto empezaron a justificarse con historias enloquecidas en las que brujas cretenses con cuchillos de cocina rebanaban el cuello de los paracaidistas atrapados en los árboles, y bandas ambulantes de civiles torturaban a los soldados alemanes heridos que yacían inermes sobre el campo de batalla. En cuanto estos relatos llegaron a Berlín, Goering ordenó a Student que abriera de inmediato una encuesta judicial y desencadenara represalias. Siguiendo una tradición típicamente nazi, las represalias se produjeron antes de que los doce jueces militares tuvieran tiempo de comunicar sus conclusiones.

Las primeras declaraciones juradas se tomaron el 26 de mayo y el proceso judicial duró tres meses. El juez Schólz, en un informe preliminar datado el 4 de junio, escribe que: «Muchos paracaidistas fueron objeto de un trato inhumano o mutilados» y que «Los civiles griegos participaron en la lucha como francotiradores».

[356] Más tarde, después de un análisis más atento, el juez Rüdel sólo pudo dar cuenta de unos veintiséis casos de mutilación en toda la isla, y casi todos ellos se habían producido con absoluta seguridad después de la muerte. Pero el general Student ya había dictado, el 31 de mayo, la orden siguiente:

Está probado que la población civil, incluidos mujeres y niños, ha participado en la lucha,

cometido sabotajes, mutilado y matado a soldados heridos. Por lo tanto, ha llegado el momento de combatir todos estos casos, emprender represalias y expediciones punitivas, que deben realizarse con un terror ejemplarizante.

Deben tomarse las medidas más duras. Ordeno lo siguiente: fusilamiento en todos los casos en que haya pruebas de crueldad y deseo que lo lleven a cabo las mismas unidades que padecieron esas atrocidades. Se adoptarán las siguientes represalias:

Fusilamiento

Multas

Destrucción total de las aldeas por el fuego

Exterminación de la población masculina del territorio de que se trate.

Será necesaria mi sanción para ejecutar las medidas 3 y 4. Pero todas las medidas deberán adoptarse con rapidez y haciendo caso omiso de cualquier formalidad. En vista de las circunstancias, las tropas tienen derecho a que así sea y no es necesario que los tribunales militares juzguen a bestias y asesinos.

[\[357\]](#)

Cuando se dictó esta orden, varios oficiales protestaron contra la ejecución indiscriminada de civiles. El comandante conde von Uxküll, jefe del estado mayor de la división de paracaidistas, no tuvo miedo al denunciar este plan y se dice que, cuando se le anunció, salió hecho una furia del salón de conferencias, seguido por otros oficiales.

[\[358\]](#) El coronel Bruno Bräuer, que más tarde se convertiría en el comandante general de la guarnición de Creta, se reía de las historias de tortura, tachándolas de invenciones.

Como era inevitable, unos pocos oficiales sí estaban dispuestos a dirigir los pelotones de ejecución. En Kondomari, donde se fusiló a unos sesenta civiles, el pelotón fue dirigido por el teniente Horst Trebes, que había participado en la operación de captura de la colina 107, liderada por el doctor Neumann. Trebes, antiguo miembro de las juventudes hitlerianas, estaba sediento de sangre: era el único oficial de su batallón que había sobrevivido ileso. (A Trebes le llegó la muerte tres años después, en Normandía, cuando estaba al mando de un batallón de paracaidistas.) Pero Franz-Peter Weixler, el periodista que había sobrevivido al accidente de su planeador, fue enviado ante un consejo de guerra y encarcelado por ayudar a un cretense a escapar y por tomar fotografías de las ejecuciones.

Un doctor militar alemán enviado a investigar las acusaciones de mutilación en Kasteli Kisamu, donde el destacamento del teniente Mürbe había sido prácticamente aniquilado, informó de que las tropas alemanas habían ejecutado a doscientos hombres civiles debido a los rumores sobre mutilaciones. (Según el juez Rüdel, en esa aldea se habían producido seis a ocho casos, el número más elevado de toda la isla.) Las aldeas de Kakopetro, Floria y Prases también sufrieron represalias. La comandancia alemana posterior, menos severa, dirigida por el general Bräuer, tiene constancia de la ejecución de un total de 698 supuestos francotiradores y ciento ochenta hombres que entraban bajo la rúbrica del general Student «Exterminación de la población masculina del territorio de que se trate».

El 3 de junio, Kándanos pagó el precio de resistir al avance de los destacamentos de infantería motorizada que se dirigían a la costa meridional. «Este es el emplazamiento de Kándanos -rezaba el cartel plantado en aquel lugar devastado-. Fue destruido como represalia por la muerte de

veinticinco soldados alemanes.» Y, el 1 de agosto, una expedición punitiva al sur de Canea -la «Acción especial n.º 1»- destruyó más aldeas, incluidas Alikianós, Fumes y Skenés. Se fusiló a 145 hombres y dos mujeres más, la mayoría de Furnes. Pero la mayoría de las ejecuciones concluyó antes del 10 de junio, cuando el Departamento de Estado de Washington comunicó a la Embajada británica la intención de Berlín de someter a juicio a los prisioneros británicos y cretenses por las atrocidades cometidas contra los paracaidistas alemanes. El mensaje decía que «parece necesario tomar algunas medidas punitivas, al menos contra los cretenses, en nombre de las tropas paracaidistas».

[359]

Agatángelos Xirujakis, obispo de Kidonía y Apokoronas, trató de persuadir al general Waldemar Andrae, que sustituyó a Student al mando de la isla, de que su política no serviría más que para potenciar el baño de sangre en ambos bandos. Andrae «estaba de acuerdo», dice el informe elaborado por su sucesor, el general Bráuer, «pero antes quería hacer una demostración de fuerza, para que su gesto no se interpretara como un indicio de debilidad.

[360] Esta demostración de fuerza se llamó "Iniciativa de la Liga de Naciones"».

Sin embargo, esta operación de nombre tan poco oportuno, más que una exhibición de poderío, tomó la forma de una nueva expedición punitiva. El 1 de septiembre, «un regimiento reforzado [presumiblemente de unos dos mil hombres] de tropas alemanas rodeó la llanura de Órnalos, en las Montañas Blancas, aproximándose por varios frentes simultáneos. Encontraron una resistencia esporádica, pero no una guerrilla verdaderamente organizada. Las bajas que registraron los alemanes se limitaron a un muerto y dos heridos. La población tuvo que plegarse a las pesquisas de los tribunales expedicionarios, que decretaron la culpabilidad de ciento diez hombres, incluidos 39 civiles y seis miembros del personal militar británico; todos se exponían a la pena de ejecución sumaria por conato de resistencia.

[361] Los mandos alemanes consideraron que la expedición había sido un éxito total, porque había dado a la población la impresión de que, incluso en las zonas más remotas, resultaba imposible escapar a la disciplina de los conquistadores.»

El general Ringel, comandante de las tropas de montaña, estaba en las Montañas Blancas por otros motivos. En su patria era un cazador aficionado de gamuzas en los Alpes, y esperaba hacerse con uno de los raros íbices cretenses. Manusos Manusakis, un joven oficial cretense de la reserva que había ido a la llanura de Askifu a comprar lentejas debido a la escasez de alimentos en Canea, se vio obligado a ejercer de guía de Ringel, aunque logró evitar encontrar ningún íbice.

La máquina de propaganda alemana pronto cambió de dirección. La edición inglesa de la revista Signal mostraba fotografías de paracaidistas rodeados de niños cretenses, con comentarios como: «Pese a la dureza de la batalla, no hay resentimiento en Creta».

Pero para los cretenses, el odio del enemigo era tan intenso que en ocasiones llegó a extremos irracionales. Incluso después de la guerra, los tractores y una apisonadora de vapor utilizados en la llanura de Órnalos para construir un aeródromo fueron destruidos por la sencilla razón de que eran alemanes.

La Creta ocupada estaba dividida en la zona alemana y una zona italiana secundaria. Las fuerzas italianas, que en su mayor parte estaban compuestas por la división Siena, comandada por el general Angelo Carta, estaban acuarteladas en las dos provincias orientales de Sitia y Lasiti. El general Carta tenía su cuartel general en Neapolis y dirigía su zona, una parte reconocidamente más pacífica de la

isla, con una actitud desenfada que los alemanes censuraban. Los hombres buscados, como el líder comunista Milcíades Porfiroyenís, del que se había apiadado Harold Caccia, iban a esconderse a la zona italiana.

Las tres provincias ocupadas por los alemanes, Canea, Rézimno e Iraklion, las controlaban las guarniciones de las principales ciudades y una red de pequeños puestos de avanzada bajo el mando de un sargento o subteniente. A lo largo de la costa meridional, que se convirtió en una zona vedada en cuanto la asistencia británica comenzó de verdad, se creó una línea de puestos de guardia enlazados en un intento vano de evitar los desembarcos clandestinos.

Como cabía esperar, las aldeas de montaña, con su tradición guerrera y su espíritu de resistencia, suponían la amenaza más grave para los alemanes. Las tropas se mostraban más reacias a aventurarse en las zonas montañosas. A menudo, al acercarse a lugares donde había probables puntos de emboscada, rociaban de disparos de subfusil los matorrales, como precaución. Las grandes ciudades, que tenían poderosas guarniciones, fueron más fáciles de intimidar. Pero la relativa falta de éxito de los alemanes al reclutar informantes les hizo más difícil infiltrarse en las incipientes redes de resistencia, ya fueran nacionalistas o comunistas, que en el resto de la Europa ocupada.

El comandante alemán de la Festung, la plaza fuerte de Creta, tenía su cuartel general en Canea. Su residencia era la casa familiar de Venizelos en Jalepa, construida a principios del siglo XX por un arquitecto alemán. El primer comandante de la Festung fue el general Andrae. Lo sucedió el más culto Bráuer, en el otoño de 1942, quien fue sustituido a su vez por el más odiado de todos, el general Müller, en la primavera de 1944.

Además, un comandante de división había instalado su cuartel general al sur de Iraklion, en Arjanes, en su residencia de la villa Ariadna. Müller se había granjeado fama de despiadado en la defensa de sus posiciones, antes de ser ascendido a comandante de la Festung. Su reemplazante, el general Kreipe, secuestrado en una operación anglo-cretense en abril de 1944, fue el último. El conjunto total de las fuerzas del Eje varió considerablemente en función de la suerte de la campaña de África del Norte, la situación del frente oriental, o la amenaza de invasión: osciló entre setenta y cinco mil en 1943 a tan sólo un poco más de diez mil soldados en el momento de la rendición, en 1945.

La situación en Creta se deterioró rápidamente durante la ocupación. La amenaza de hambruna iba y venía pero, afortunadamente, no llegó a extenderse en ningún momento, como ocurrió en el continente, donde murieron millares de personas. Por ejemplo, en Asi Gonia -una zona donde el robo de ovejas era endémico e incluso el sacerdote no preguntaba nunca por la procedencia de la carne que comía-, sólo el maestro de escuela, de principios férreos, murió de hambre. Pero los materiales básicos eran muy difíciles de encontrar. El cuero desapareció virtualmente, de modo que las suelas de los zapatos se hacían a base del caucho de neumáticos usados de automóvil. Un experto en cortarlos podía sacar hasta doce pares de cada rueda.

La vida era especialmente difícil en las ciudades grandes, sobre todo para quienes carecían de parientes en el campo. Los que tenían acceso a los productos agrícolas podían hacer algo mejor que comerciar con ellos en el mercado negro. A medida que se prolongaba la ocupación, se fue demostrando que los oficiales y suboficiales alemanes eran sumamente fáciles de corromper. Una familia de Iraklion logró la liberación de un pariente dando comida a la querida cretense de un oficial alemán. Tener relaciones con mujeres locales constituía un delito militar y, como se habían creado burdeles oficiales para la guarnición, las sanciones podían ser severas. Un sargento alemán en Canea que dejó embarazada a la mujer de la limpieza la obligó a casarse con un vagabundo borracho del puerto para eludir el castigo.

El comercio con el continente no se detuvo por completo, pese a la confiscación de los caiques, para impedir que los prisioneros de guerra evadidos y los soldados rezagados se fueran de la isla. Pero los barcos eludían el bloqueo alemán para llevar aceite de oliva y un surtido de británicos, neozelandeses y australianos al continente, siempre y cuando pudieran pagar, y volvían a la isla con cigarrillos y miembros de la división cretense. La familia de Myles Hildyard no supo que éste seguía con vida -lo habían señalado como desaparecido- hasta que su banco de Newark llamó por teléfono para preguntar por un cheque personal que había firmado, por 50 libras esterlinas, para pagar su pasaje.

De algunos de los caiques confiscados se dijo que se habían empleado con fines inconfesables. Aproximadamente doscientos judíos cretenses, principalmente de Creta e Iraklion, fueron llevados mar adentro de noche. «Un día estaban ahí -recuerda una anciana de Canea, hablando de sus vecinos-, y la mañana siguiente habían desaparecido.» La suerte que corrieron los judíos cretenses todavía no se ha elucidado. Unos pocos judíos de Iraklion estaban entre los que fueron fusilados en represalia por una *razzia* británica en junio de 1942. Muchos más fueron retenidos en la prisión de Ayía antes de ser enviados por barco al continente y, por consiguiente, a la muerte en los campos de concentración del norte de Europa, pero la SOE de El Cairo oyó que la mayoría de los judíos iba a bordo de un buque que fue hundido por un submarino aliado. Eso podría explicar por qué muchos cretenses creen que la mayor parte fue embarcada sobre caiques que luego naufragaron, como en las *noyades* durante la Revolución francesa.

El 26 de julio, casi dos meses después de la conquista de Creta, el submarino Thrasher de Su Majestad desembarcó al comandante Francis Pool, de la reserva de la armada real, en la costa meridional, junto al monasterio de Preveli. «El patrón Pool», invariablemente calificado de «personaje pintoresco», conocía a la perfección las aguas cretenses. Antes de la guerra había dirigido la estación de hidroaviones de la Imperial Airways en la isla de Spinalonga, un antiguo lazareto.

En la época turca, los mensajes se transmitían rápidamente por trompeta a lo largo de la cadena de fuertes contruidos entre Canea y Sfakiá. Pues bien, dio la sensación de que la noticia de la llegada de Pool se difundió aún más rápidamente por toda la isla. El optimismo cretense volvió a aflorar. Los británicos habían prometido volver con armas para ellos, se decían unos a otros. Pero la misión del patrón Pool era de mucho menor calado.

Había venido, en un principio sólo debía realizar un viaje, para organizar la evacuación de los soldados rezagados y los prisioneros huidos que gravitaban en torno a Preveli. Era una tarea ardua, que los cretenses apreciaron sin duda. Su generosidad compulsiva -dar albergue y comida a quienes habían venido a luchar en su bando- se había convertido en una carga insoportable aquel año en que la hambruna los acechaba.

Los cretenses raramente se lamentaban, pese a que una pequeña minoría de los soldados británicos y del imperio británico representaban tanto una molestia como un peligro para aquellos que se exponían a ser ejecutados por haberles dado cobijo. En algunas aldeas remotas se oían a veces canciones entonadas con acentos ebrios, como «Tipperary» o «Waltzing Matilda», y se entreveían figuras vestidas de caqui bamboleándose mientras intentaban ahogar sus penas. Un año después de la invasión, todavía había tantos rezagados ocultos en la isla que, cuando Tom Dunbabin se hizo con el mando de la misión de la SOE y admitió cautelosamente a algunos campesinos que era inglés, recibió la lacónica respuesta de que: «Ah, sí, hay muchos de éstos».

El patrón Pool fue conducido a presencia del abad de Preveli, el padre Agatángelos Languvardos, un anciano intrépido y encantador de dimensiones colosales, que se mostró de acuerdo en que se utilizara el monasterio de la localidad como patio de maniobras para los escapados. Pool, decidido a permanecer para seguir agrupando soldados, se puso en marcha hacia el interior de la isla, con la idea de entrar en contacto con nuevos grupos. La noticia optimista de que se había creado un servicio de transbordadores con Egipto llegó incluso al mal vigilado campo de prisioneros de Galatás y animó a más cautivos a escapar.

El «tío» Niko Vandulakis, digno y discreto, dio refugio en Vafe a tantos evadidos que se dirigían hacia el sur o el este, que lo conocían con el nombre de «cónsul británico». Una de las encrucijadas más importantes de la red terrestre de rutas de evasión era el gran pueblo de Asi Gonia, situado en el extremo oriental de las Montañas Blancas, donde se estrecha la isla. Como otras aldeas que comenzaron ayudando a los soldados rezagados, más adelante sería uno de los centros de resistencia de Creta que mayores muestras de valor dio; bajo la dirección de su capitán, Petro Petrakas. Éste, que era amigo y guarda personal de Venizelos, recibió el nombre en clave de «Beowulf», por sus ojos azules propios de un nórdico y su pelo y patillas rubios.

En las montañas que dominan Asi Gonia, el teniente coronel Papadakis, un oficial reservista que había sido expulsado del ejército griego por invalidez en 1922, también acogía a prisioneros de guerra evadidos en su casa. Uno de ellos, un subalterno poco común del cuerpo de servicios del ejército real llamado Jack Smith-Hughes, fue el primer oficial enviado a Creta por la SOE para ayudar a organizar la resistencia.

El secreto a voces de que había submarinos frente a Preveli no se pudo mantener a salvo de los oídos de los «griegos malvados» y de los alemanes. De hecho, más adelante los oficiales británicos motejarían esta rápida difusión de información supuestamente secreta de «radiotransmisión cretense». Los alemanes enviaron espías en uniforme, que se hacían pasar por soldados británicos evadidos para descubrir las rutas de huida y las aldeas implicadas. Pero engañaron a muy pocos cretenses. Cuando los aldeanos los desenmascaraban, los «zurran como a burros»,

[\[363\]](#) al tiempo que declaraban su lealtad al gran Reich alemán, y los llevaban a rastras hasta la guarnición más próxima, donde el oficial superior, sin duda con una sonrisa postiza, se veía obligado a agradecerse.

Por el peligro que corría, el viejo abad de Preveli se vio obligado a ocultarse antes de su eventual evacuación a El Cairo. La desaparición del abad permitió a sus monjes, también colaboradores de la resistencia, echarle toda la culpa a él cuando los alemanes rodearon el monasterio una mañana. No descubrieron a ningún evadido pero, convencidos de que la culpa era colectiva, saquearon la granja del monasterio, llevándose todos los animales y las vituallas. Para asegurarse de que no se producían nuevas visitas de submarinos en esa franja costera, instalaron un puesto de vigilancia en los alrededores.

El patrón Pool, después de recoger a ciento treinta hombres más, zarpó el 22 de agosto a bordo del Torbay de Su Majestad, batiendo el récord del número de personas hacinadas en un submarino. El Torbay se hizo famoso por la excentricidad de su controvertido capitán, el comandante «Mierda» Miers, cruz Victoria. Uno de los pasajeros de Miers, el comandante Raj Sandover, jefe del batallón australiano de Rézimno, se sentía ligeramente avergonzado por su uniforme harapiento cuando fue invitado a unirse al capitán del submarino en la torrecilla para efectuar la entrada en el puerto de Alejandría. «El proyectil habitual, número uno», ordenó Miers, mientras la tripulación se disponía a saludar.

[364] En el caso del Torbay, los saludos a los buques de la Francia de Vichy anclados en el puerto consistió en una hilera de calzones agujereados. La primera misión británica a la que se confió la tarea de organizar y colaborar con el movimiento local de resistencia llegó a Creta el 9 de octubre. Estaba compuesta por dos hombres: Jack Smith-Hughes, de la SOE, y Ralph Stockbridge, del Departamento de Enlace Interinstitucional (ISLD, *Inter Services Liaison Department*), el nombre en clave del M16. Stockbridge, que a la sazón era suboficial de transmisiones, llegado hacía poco, directamente, de Cambridge, apenas conocía los equipos de radiotransmisión. Había pasado al ISLD desde la policía de seguridad en campaña, para la cual había trabajado en Iraklion desde diciembre de 1940 hasta la evacuación.

De todos los oficiales británicos que trabajaron en Creta, Jack Smith-Hughes -un abogado de inteligencia deslumbrante y un fuerte sentido del ridículo- fue el inglés más prototípico. Alto, con las mejillas sonrosadas, joven y bastante corpulento, resultaba conspicuo e incongruente vestido de cretense.

Smith-Hughes y Stockbridge llegaron desde Egipto en el submarino *Thunderbolt* de Su Majestad. Smith-Hughes no le dijo a su compañero que, en realidad, aquel submarino era el antiguo *Thetis*, que se hundió con toda su tripulación y más tarde fue reflatado. (El cambio de nombre no lo protegió, pues el *Thunderbolt* se hundió para siempre más entrada la guerra.) Después de desembarcar en el suroeste, junto a Tsutsuro, donde fueron agasajados por el pueblo al completo, fueron a la casa del coronel Papadakis, en Vurvuré. Papadakis era el único oficial cretense con el que se había topado Smith-Hughes durante su evasión del campo de prisioneros, y las órdenes que le habían dado en El Cairo -todo un modelo de imprecisión- consistían en «tantear el país para ver quién eran las personas influyentes».

[365]

Difícilmente podía haber topado con un candidato más inapropiado que aquel coronel jubilado. Papadakis, un gran egotista, no perdió un segundo en autoproclamarse jefe del «Comité superior para la liberación de Creta», ante el desconcierto y la posterior congoja de los oficiales británicos. Pero, aunque personalmente intratable, aquel hombre había reunido a un puñado de personas notables, que más tarde iban a contribuir decisivamente a la resistencia, especialmente en la esfera de los servicios de inteligencia. Quizás su mayor virtud fuera reclutar a Jorge Halkiadakis, el jefe de la policía de Rézimno. Una ventaja de este reencuentro fue el nombramiento de Jorge Psijundakis (el guía de Smith-Hughes durante su escapatoria anterior a Preveli) como mensajero permanente.

Psijundakis -un bufón en la auténtica acepción del término, pues su ingenio se basaba en una honestidad desconcertante- fue uno de los personajes más destacados de la resistencia cretense. Aunque no era más que un pastor con una educación de lo más rudimentaria, entre sus proezas juveniles figuraban poemas precoces como la «Oda a una mancha de tinta sobre la falda de la maestra de escuela». Su talento natural logró fama internacional con *The Creían Runner*, un relato insuperado sobre los años de la ocupación y la resistencia. En 1988 fue homenajeado por la Academia griega por su traducción de la *Odisea* al dialecto cretense.

Aunque el margen de ayuda de Smith-Hughes y Stockbridge a la resistencia cretense era muy escaso en una fase tan temprana, algunos habitantes ya habían iniciado las hostilidades contra los alemanes. La operación de peinado de las Montañas Blancas durante la primera semana de septiembre había provocado pequeñas escaramuzas en las que murieron cuatro soldados. Los alemanes ofrecieron una amnistía el 9 de septiembre y, aunque tuvo una acogida relativamente fría, consideraron la iniciativa un éxito. Pero en la segunda semana de noviembre murieron unos siete

soldados en una nueva «operación de limpieza».

El 23 de noviembre, Monty Woodhouse llegó a Creta sobre el último caique de Mike Cumberledge, el Escampador, y desembarcó en Treis Eklísies -«Tres Iglesias»- para sustituir a Jack Smith-Hughes, que volvía a El Cairo para dirigir la oficina cretense de la SOE. Woodhouse llegó con cuatro de sus estudiantes favoritos de la escuela de formación de la SOE en Haifa, uno de los cuales resultó ser un traidor y fue ejecutado por Tom Dunbabin, el oficial superior británico.

Woodhouse, que esperaba que el desembarco fuera clandestino, se encontró con un comité de recepción de unas dimensiones colosales. Aparte de Jack Smith-Hughes, estaban los tres capitanes de las principales guerrillas de la Creta central: Manolis Banduvas, su frère ennemi Petrakagueorguis y Satanás, junto a grupos de soldados británicos y del cuerpo del ejército australiano y neozelandés, que pedían a voces ser evacuados. Varios se habían echado novias cretenses y se las querían llevar a Egipto.

Jack Smith-Hughes se fue de Creta una semana antes de Navidad, con tres abades, incluido el de Preveli, con sus noventa kilos, quien, antes de morir, tomó juramento al gobierno griego en el exilio. Woodhouse, que entonces era un capitán de 24 años, quedó como único encargado de la resistencia. Tuvo problemas de trato con Banduvas, al que Smith-Hughes había dado el nombre en clave de «Bo-Peep» por la gran cantidad de ovejas que poseía.

[366]

Banduvas era una persona complicada. Analfabeto, patriota hasta la médula, astuto y al tiempo testarudo -Smith-Hughes dijo de él que tenía la «mirada inquieta y furtiva de los campesinos ricos»-,

[367]

era un cabecilla cruel demasiado consciente del notable predicamento del que gozaba en las aldeas de Creta central, y le desagradaba la idea de recibir órdenes de un jovencito inglés, vinieran de donde vinieran. Posteriormente exigió en vano un equipo de radiotransmisión propio, para comunicarse con El Cairo y controlar los lanzamientos de armas desde el aire. La propaganda alemana hizo circular el rumor de que Woodhouse había tratado de persuadir a Banduvas de que convirtiera a Creta en parte del imperio británico, una patraña que los comunistas difundieron más tarde, dándola por demostrada.

[368]

Petrakagueorguis, por su parte, recibió el nombre en clave de «Selfridge», porque su empresa de molienda de aceitunas era el ejemplo cretense más próximo al gran comercio. Petrakagueorguis fue uno de los capitanes de guerrilla más probritánicos, pero no pudo ocultar su decepción al comprobar que, del botín capturado en la Cirenaica, todo lo que le ofrecía la SOE de El Cairo era un puñado de fusiles italianos.

Woodhouse recibió refuerzos unas siete semanas después de su llegada. El submarino Torbay arribó a la playa de Tsutsuro la noche del 11 de enero y desembarcó a dos oficiales absolutamente contrapuestos. Xan Fielding era esbelto, enérgico y poco proclive a soportar a los estúpidos. Sus mordaces mensajes sobre la incompetencia de la SOE de El Cairo se hicieron célebres. Sandy Rendel, un miembro tardío de la Misión militar británica, calificó sus informes de «sabrosos, impertinentes y sedientos de sangre».

[369]

Los cretenses apreciaron en seguida su poderoso sentido del humor y respetaron tanto su coraje como su discernimiento.

Su compañero, cuya selección para la ejecución de operaciones especiales nunca se ha

explicado satisfactoriamente, era el bravo pero torpe capitán Guy Turrall. Si no fue el modelo del infortunado capitán Apthorpe de Evelyn Waugh, debería haberlo sido. Siendo como era un veterano africano de las campañas de Abisinia, al parecer preguntó un día en la playa sin asomo de ironía: «¿Son amistosos los nativos?» Turrall se negó a cambiar su uniforme por la ropa local, e incluso se trajo consigo el pijama y una jofaina esmaltada que encandiló a los cretenses. Sólo le faltó la caja de los truenos.

La impresión de excentricidad que producían los británicos a los cretenses se intensificaba cada día que pasaban en su compañía. Guy Turrall era aficionado a la geología y la botánica. Su colección de especímenes de flores silvestres -a los ojos cretenses, no había diferencia entre dos plantas- no les interesaba. Pero un joven cretense que tuvo que llevar el petate de Turrall descubrió que estaba cargado de especímenes de rocas. Cuya cantidad procedió a reducir drásticamente.

Fielding y Turrall siguieron las huellas de Jack Smith-Hughes para llegar hasta el coronel Papadakis, que se encontraba en las montañas que dominan Asi Gonia. Xan Fielding comprendió en seguida que no sacarían gran cosa del autoproclamado líder de toda la resistencia cretense: nadie que estuviera fuera del círculo inmediato de Papadakis lo reconocía como jefe. Oficialas competentes y entregados a su oficio, como el comandante Tsifakis, que había creado una red de inteligencia en torno a Rézimno, se negaban a tomarlo en serio. Pasar una tarde con Papadakis era un suplicio. Su incapacidad de hablar griego daba aún un carácter más lúgubre a la conversación. Trataba de conversar en francés. «Vea, mon colonel, vous ne mavezpas mis dans le tableau», era una de sus frases favoritas.

Fielding pronto se trasladó más cerca de Canea y la bahía de Suda. Se instaló en Vafe con el «cónsul británico», Niko Vandulakis, y comenzó a enviar mensajes secretos sobre los movimientos aéreos y marítimos a El Cairo, con la ayuda de un pequeño grupo de jóvenes excepcionalmente hábiles y valerosos, conocidos con el nombre de «los Quins» y dirigidos por Marko Spanudakis.

Británicos y cretenses pensaban en el futuro y en la necesidad de tener una organización, política y militar, que coordinara sus actividades. El 1 de abril, Fielding se coló en el centro de Canea y llegó hasta el ayuntamiento. Entró en el despacho del alcalde, tropezando antes con unos oficiales alemanes que salían de él. El alcalde, Nikólaos Skulas, un personaje mayor y patriarcal, al principio quedó desconcertado y luego estalló en una carcajada salvaje. Durante esa reunión charlaron sobre lo que habría de convertirse en la EOK, el movimiento de resistencia nacionalista cretense.

Mientras tanto, Turrall iba a buscar al líder comunista general Mandakas. Fue dando tumbos por la isla con su uniforme británico, con una fila completa de medallas colgada del pecho, y preguntando a los aldeanos si sabía dónde estaba. Un agente secreto tan improbable como aquél tuvo suerte de que no lo capturaran y entregaran a los alemanes, creyendo que se trataba de uno de sus espías. Turrall no llegó a contactar a Mandakas, de modo que, lamentablemente, no sabemos cuál habría sido su reacción ante la pregunta clásica del capitán británico de si quería ser «mis dans le tableau». Cuando pidieron a Monty Woodhouse en abril que regresara, Guy Turrall se fue con él.

El sustituto de Woodhouse, Tom Dunbabin -«O Tom», como lo llamaban los cretenses- llegó el 15 de abril de 1942. Apenas tuvo tiempo, recordaría más tarde, «de cruzar apresuradamente unas cuantas palabras con Monty, que se fue en el mismo buque que me trajo a mí, y me quedé solo en mi nuevo reino».

arqueólogo, autor de *The Western Greeks*. Había sido un rival amistoso de John Pendlebury, como trasunto de la eterna rivalidad Oxford-Cambridge. A ratos perdidos, durante los tres años que pasó en la isla, reemprendía la búsqueda de nuevos yacimientos minoicos, pero descubrió pocos. «Después de lo de Pendlebury, dejó de apetecerme seguir rebuscando», escribió.

[371]

Dunbabin tenía un rostro de rasgos muy marcados, en el que sobresalía un mostacho desordenado que se enrollaba en torno al dedo cuando estaba distraído. Atractivamente paradójico en más de un sentido, Dunbabin era un hombre tímido, que al propio tiempo poseía un carácter muy decidido. Era corpulento y podía mostrarse feroz cuando hacía falta, pero al mismo tiempo tenía una voz cuyo timbre podía volverse muy agudo en los momentos más impensados. Los oficiales de menor rango enviados más tarde sentían cierto temor respetuoso por sus hazañas, entre las que figuraba el haber pasado todo un día subido a un árbol desde el que se dominaba el aeródromo de Timbaki. Alguien lo pintó como «inmensamente valiente e inmensamente modesto».

[372] Con todo, al coraje físico unía un gran sentido ético, una combinación excepcional. Paddy Leigh Fermor escribió: «Una de las cualidades más valiosas de Tom, como en el Borodino Kutuzov de Guerra y paz, era no poner jamás ninguna traba a todo cuanto pudiera ser útil y excluir siempre lo que pudiera ser perjudicial; era como una especie de policía del tráfico de los acontecimientos».

[373]

Dunbabin se instaló por encima del valle Amari y se preparó su escondite principal en la ladera occidental del monte Ida. El valle Amari, y en particular la aldea de Yerakari, pronto fueron conocidos entre los oficiales británicos como «la tierra del loto», debido a su abundancia de comida, bebida y hospitalidad. «Los campesinos eran tan hospitalarios -escribió Dunbabin después de la guerra- que te tiraban de la camisa cuando te veían pasar por la callejuela, para invitarte a tomar un vaso de vino en su casa con ellos.»

[374] En ellas disfrutaban de los emparrados de viña y los cerezales, los quesos de Ida y Kedros, y observaban «los últimos rayos desvanecerse sobre la cumbre pelada del Ida, que se erguía enfrente nuestro».

Yerakari se encontraba en la «ruta de alto espionaje» que atraviesa las cordilleras occidental y central -las Montañas Blancas, la sierra de Kedros y la cordillera del monte Ida-, punteada de pueblos organizados como puestos de guardia, para colaborar en el transporte de equipos de radiotransmisión, la distribución de armas y la ocultación de fugitivos. La aldea se convirtió también en el centro de coordinación del movimiento de resistencia del valle Amari. Los alemanes la sellaron en 1944 y fusilaron a muchos de los que habían tirado de la manga a Dunbabin.

La resistencia cretense, que arrancó con actos aislados de venganza y escaramuzas pequeñas (veinte alemanes murieron entre diciembre de 1941 y enero de 1942), fue ganando en cohesión. Los cretenses daban la bienvenida a los oficiales británicos, seguros como estaban de que otro ejército aliado iba a volver para ayudarlos a expulsar al ocupante alemán. «Todo dependía de/su magnífica lealtad -escribió Ralph Stockbridge-. Sin su ayuda como guías, informantes, suministradores de alimentos, etc., ni uno solo de los nuestros habría sobrevivido veinticuatro horas.»

[375]

«La SOE -como escribió Monty Woodhouse en sus memorias- era una organización extraña, cuya única característica definitoria consistía en que era depurada drásticamente cada mes de agosto.»

[376] La primera depuración tuvo lugar en el verano de 1941.

En los días embriagadores del amateurismo, justo antes de la invasión alemana de Yugoslavia y Grecia, este mundo de héroes colegiales fue trastocado por un hecho inesperado. El 24 de marzo de 1941, Hermione Ranfurly, la importante secretaria de George Pollock, a la sazón cabeza de la SOE en El Cairo, decidió tomar cartas en el asunto. Su marido, el conde de Ranfurly, acababa de ser capturado en el desierto y la guerra la apasionaba tanto que no dudó en actuar a espaldas de su jefe.

Después de almorzar con sir Miles Lampson y Anthony Edén, Peter Fleming estaba sentado en la terraza de la Embajada Británica, cuando llegó un mensaje que decía que lady Ranfurly deseaba ardientemente hablar con Edén «sobre un asunto de importancia relacionado con la guerra». «Aquello nos sorprendió bastante -escribe Lampson en su diario- y Peter Fleming reveló que ella trabajaba en la misma organización secreta que él. Este hecho, como se comprobó más tarde, era en sí extraño. Ella llegó cuando estaba previsto e insistió en ver a Anthony Edén a solas. Le transmitió la sensación de que la totalidad de esa organización muy secreta no sólo estaba sumida en el caos, sino que además todo el dinero público que se empleaba en ella eran recursos desperdiciados. De hecho, eso no hacía sino confirmar lo que Anthony (como me dijo más tarde) sospechaba desde hacía mucho tiempo.»

[377]

George Pollock, puesto en entredicho por la desconfianza militar característica de su organización, sazónada con grandes dosis de celos profesionales, fue víctima de esta primera purga, después de repetidas llamadas del alto estado mayor de Oriente Medio al doctor Hugh Dalton, ministro responsable de la SOE en Londres. Una comisión de investigación encontró pocas pruebas de mala gestión, pero la petición de que rodaran cabezas se impuso a cualquier consideración natural de justicia. La organización fue reformada y puesta bajo el mando del coronel Terence Maxwell, banquero de Glyn Mills antes de la guerra, y trasladada a un bloque de pisos amplio y sombrío en la sharia (calle) Kasr-el-Ain, llamado Rustum Buildings. Pese a las precauciones de seguridad que se adoptaron, complejas pero bastante obvias, los taxistas cairotas pronto lo conocieron como el «edificio secreto». Tras el parón veraniego, la SOE de El Cairo iba a conocer un crecimiento extraordinario al enviar misiones militares a los Balcanes.

La sección griega, B6, y la cretense, B5, estaban separadas administrativa y físicamente: Jack Smith-Hugues y sus ayudantes operaban desde un «anexo junto a la carretera».

[378] Esta falta de lógica hizo que Creta fuera tan diferente de Grecia, en términos burocráticos, como lo era de Albania o Yugoslavia, y fue sumamente afortunada ya que ayudó a la sección cretense a distanciarse del campo minado que era la política continental.

Existía una división mucho más profunda entre las secciones cretenses de la SOE y el ISLD (Departamento de Enlace Interinstitucional), rama militar del Servicio Secreto de Inteligencia. El

conde de Selborne, que sustituyó en febrero de 1942 al dr. Hugh Dalton como ministro de Economía de Guerra y por consiguiente también como jefe político de la SOE, escribió más tarde: «La SOE y el SIS fueron segregados por una decisión del Ministerio de Guerra en junio de 1940. A mi juicio, sus funciones son totalmente diferentes y, como el trabajo de la SOE sale de manera inevitable a la luz pública (es decir, Grecia y Yugoslavia), ello aumenta el interés de mantener separadas las organizaciones».

[379]

En El Cairo, el ISLD era dirigido por el capitán Bowlby de la Royal Navy (conocido como «el bello Bowlby»), el coronel Teague y el teniente coronel de aviación Smith-Rose, acantonados en el cuartel general. Las dos sedes se detestaban con una suspicacia fanática, pero afortunadamente en Creta el personal destacado sobre el terreno cooperaba amistosamente. «La SOE - ha dicho Ralph Stockbridge-, era básicamente un ramillete de aventureros, mientras que el ISLD era un cajón de sastre. Los miembros de la SOE siempre eran tratados como oficiales y caballeros, no como agentes.»

[380] Esto pareció

La Junta de Operaciones Especiales tuvo muchos nombres en clave, con la pretensión teórica de confundir a sus rivales tanto como al enemigo. Desde sus primeros orígenes como MI(R) y Sección D, la rama paramilitar se dio a conocer con el nombre de SO(2) (con el de SO(1) se designaba la propaganda negra -es decir, de desinformación en cuanto a las fuentes- dirigida por la rama de la Junta dedicada a la guerra psicológica), luego de MOI(SP), que inspiró el apodo de «Operaciones Confusas en Lugares Secretos», y luego de M04, su denominación en el cuartel general de Oriente Medio, y finalmente de fuerza 133. En aras de la simplicidad, nos referiremos siempre a ella con las siglas SOE.

incluso dar lugar a una disparidad extraña sobre el terreno. Los oficiales de la SOE, que más tarde recibieron generosas dádivas de soberanos por parte del cajero, el teniente Shread, voluntario reservista de la Royal Navy (apodado, no podía ser de otra manera, «Golden Shred», como la famosa mermelada), a veces tenían que ayudar a sus parientes pobres. En los primeros días, sin embargo, Xan Fielding aterrizó con un fajo de dracmas en billetes de banco, que al cambio sólo valieron 16 libras esterlinas, pues la tasa de inflación se había disparado.

Después de la derrota en la batalla de Creta, Monty Woodhouse y Paddy Leigh Fermor aterrizaron en Alejandría como otros miles de evacuados. Unos pocos días después se marcharon a El Cairo donde fueron «retenidos en una especie de limbo, lo que nos impidió participar en nuevas operaciones en Creta o Grecia, mientras pasaban los meses sin que nada sucediera». Woodhouse, reclutado en la SOE por Bill Barbrook, fue el primero en salir en campaña. Regresó a Creta a finales de noviembre de 1941 para hacerse cargo del puesto de Jack Smith-Hugues y fue sustituido a su vez por Tom Dunbabin menos de cinco meses más tarde.

En cuanto a Paddy Leigh Fermor, su transferencia a la SOE le obligó a llevar una vida de placer prácticamente forzosa en El Cairo, mientras la organización se recomponía tras la purga de ese verano. Los oficiales que no tenían un piso en la ciudad vivían en Heliópolis, en un caos que algunos motejaban de «Vestíbulo de la Resaca». Leigh Fermor, en cambio, decidió trasladarse al hotel Continental. Dos años más tarde se le presentó una solución aún mejor, en forma de base, cuando volvía de Creta de permiso. Con unos pocos amigos, que participaban como él en operaciones especiales, montaron una casa en una mansión destartada de Zamalek, descubierta por Billy Moss,

de los Coldstream Guards, con quien secuestró al capitán Kreipe en la primavera de 1944. Los demás eran Billy Maclean de los Greys, David Smiley de los Blues y Rowland Winn (más tarde lord St. Oswald) del 8.º de húsares, además de la condesa Sophie Tarnowska, futura esposa de Moss. Tara, como fue llamada la casa, con el nombre del castillo legendario de los reyes de Irlanda y de la casa aún más mítica de Scarlett O'Hara, tenía un salón de baile y pronto se convirtió en el centro de las mejores y más salvajes fiestas de El Cairo cuando sus ocupantes estaban de permiso.

Los motivos para presentarse voluntario a operaciones especiales eran sumamente variados. La curiosidad o el hartazgo de la rutina podían influir tanto como las ansias de aventura. Aparte de la excitación de escapar de la previsibilidad del mundo militar, uno de los efectos secundarios más satisfactorios de las operaciones especiales era la oportunidad de violar las reglas, a menudo con la ayuda de amigos influyentes, y escandalizar a los oficiales retirados llamados nuevamente a filas o a los regulares, todos ellos chapados a la antigua. Xan Fielding, que iba a convertirse en el gran compañero de armas de Paddy Leigh Fermor, sentía una repulsión instintiva por la claustrofobia institucional de la vida normal en el ejército y ambos tenían una pasión por Grecia profundamente enraizada.

Los voluntarios raras veces olvidaban su primera entrevista y sus fórmulas de circunloquio, hasta el punto de que acabó convirtiéndose en una escena tipo, remedada con grandes gestos. «No puedo decirle a qué ha venido usted aquí -le decía el coronel Guy Tamplin a un capitán, por ejemplo-, salvo que es sumamente secreto y acarrea mucho peligro y aislamiento. Si después de pensarlo bien cambia de idea, nadie se formará una mala opinión de usted y podrá volver a su regimiento como si no hubiese ocurrido nada.»

[381]

En teoría, en cuanto un oficial era aceptado, se le enviaba a la escuela de adiestramiento de la SOE en Palestina para impartirle un curso de «guerra de resistencia». En el campamento, situado en el monte Carmelo, con vistas sobre Haifa, se formaba también a griegos, yugoslavos y albaneses para que se infiltraran en sus propios países. Aunque la denominación oficial de este establecimiento era ME 102, en las conversaciones y en las transmisiones dio en llamarse «Narkover», como la lonche escuela privada de J. B. Morton en la columna Beachcomber.

[382] Diversos individuos recibieron sus apodos correspondientes, tales como el dr. Smart-Allick («sabelotodo») y el capitán Foulenough («repelente»). El atractivo y excéntrico jefe de Narkover era el coronel Harry Cator, de los Royal Scots Greys, pariente de la reina por matrimonio y héroe de la primera guerra mundial.

Monty Woodhouse y Paddy Leigh Fermor fueron adscritos directamente a este centro en calidad de instructores sin instrucción, el primero para la formación en la interpretación de mapas y el segundo como instructor en el manejo de armas -de modelos británicos, alemanes e italianos-, aunque sus conocimientos se limitaban a la ametralladora Bren, adquiridos en las lecciones del campamento base de la Guarda. Los cretenses jóvenes no necesitaban muchos consejos. Al desmontar las Spandau, con los ojos vendados si hacía falta, mostraban la aptitud natural de una raza orgullosa de su relación con las armas de fuego. Eran también los estudiantes más entusiastas. Una plaza en un curso Narkover era muy apreciada. Manusos Manusakis, que tuvo un papel importante en la red de inteligencia de Canea, señaló que, para un cretense, ser enviado al ME 102 era una muestra de distinción equivalente a la que hoy en día tiene graduarse en la Business School de Harvard. El tercer miembro destacado del personal de adiestramiento durante la primavera de 1942 fue Nick

Hammond, que se había granjeado justa fama de competente en las operaciones de demolición sobre el terreno. Hammond se dejó crecer un bigote descomunal y tomó el apodo de capitán Vamvakopirites, o capitán «Bala de Algodón».

Un día, el rey Jorge de Grecia visitó el campamento para ver a grupos de comandos griegos en pleno entrenamiento. Se había preparado una gran exhibición en la que el momento álgido era el ataque a un blocao con fuego real. Una bandera alemana colgaba del muro y, después de un gran tumulto y tiroteo, le fue entregada con gran pompa al rey, con su esvástica en el centro acribillada. El monarca quedó muy impresionado por la puntería de los soldados. Sólo más tarde Paddy Leigh Fermor admitió a Nick Hammond que era él quien la había destrozado a tiros el día anterior. (Quizá la exhibición más efectiva de una operación de guerrilla la protagonizara un grupo de no estudiantes, cuando unos jóvenes judíos atacaron el campamento para dismantelar el arsenal en beneficio de la Haganah)

[383]

Otras materias impartidas eran el combate sin armas y la demolición, «una asignatura -como observó un oficial destinado en Creta- en la que cualquiera que conserve una pizca de mentalidad de colegial tiene que disfrutar».

[384]

Hacer estallar rieles de acero para sabotear las líneas de ferrocarril podía tener su gracia, pero no era muy útil para los que iban a ir a Creta, donde los blancos ferroviarios eran más escasos que la caza del íbice, al borde de la extinción. Los estudiantes también bajaban al castillo de los cruzados de Athlit, donde el escuadrón naval especial instaló más tarde su cuartel general, para practicar el sabotaje marítimo: nadar hasta los caiques en alta mar para pegarles minas lapa.

Para los que habían de saltar en territorio enemigo, el curso de paracaidismo se impartía en Ramat David. Uno de los cretenses que se presentó al curso fue el padre Ioannis Skulas, cura de Anoya, al que la iglesia ortodoxa había concedido permiso para que se afeitara la barba y se cortara el pelo mientras durara su labor de combatiente. Los británicos lo llamaban «el Fraile Golosinas» o «el Cura Paracaidista».

Algunos estudiantes, especialmente los destinados a recoger información secreta, harían más adelante otro curso sobre técnicas secretas -que incluía formación sobre disfraces, códigos y desinformación- en la Escuela Norteamericana de Arqueología del valle de Megiddo.

En el verano y el otoño de 1942, los instructores de Narkover empezaron a regresar al territorio ocupado por los enemigos, para practicar lo que habían aprendido. Después de Creta, Monty Woodhouse descendió en paracaídas sobre Grecia para la operación Harling, la destrucción del puente sobre el Gorgopótamos, que fue probablemente la mayor hazaña de la SOE en la guerra, pronto le siguió Nick Hammond como oficial británico de enlace con la guerrilla griega; la suya iba a ser una tarea ingrata, más relacionada con las intrigas políticas que con el enemigo. Paddy Leigh Fermor regresó a Creta para trabajar con Tom Dunbabin.

Al volver a El Cairo desde Palestina, un «nuevo recluta» de la SOE normalmente empezaba ayudando durante un tiempo en la oficina cretense, dirigida durante la mayor parte de la guerra por Jack Smith-Hughes. Su primer puesto fue de «oficial responsable», lo cual quiere decir que tenía la responsabilidad de las provisiones y del personal en las incursiones contra Creta por submarino, caique o lancha motora Fairmile. Colaboraba en la conducción y el desembarco de tropas y suministros y la evacuación de los cretenses que lo necesitasen por motivos de seguridad.

Cuando llegaba el momento de efectuar una visita de servicio a la isla, los preparativos para el

viaje eran una tarea muy compleja y a menudo penosa. Había que escribir una serie de cartas o postales a los parientes más próximos con noticias anodinas, como «estoy bien», y fecharlas para que las despachara el personal del cuartel general a intervalos regulares. Pero este sistema no era nada fiable. Un oficial del personal de los Rustum Buildings reconoció que «los miembros del personal son propensos a accidentes».

[385] El peor ejemplo de esta incompetencia atávica se dio después del gran éxito de Gorgopótamos. «Cuatro meses después de que el primer destacamento de paracaidistas británicos fuera lanzado en Grecia, la SOE de El Cairo todavía no había podido confeccionar una relación de sus nombres.»

[386] Equiparse de ropa griega de segunda mano también requería tiempo, como la preparación de los documentos de identidad, que falsificaba el departamento del profesor Wace en el ISLD para ambos servicios. Se repartían píldoras de suicidio, conocidas como «pastillas contra la tos», revestidas de caucho gris. La mayoría de la gente se las cosía en los cuellos de la ropa, para poder mascarlas rápidamente en caso de emergencia. «Esta forma de despedirnos -escribió Sandy Rendel- recordaba mucho a una novela policíaca de tres al cuarto y resultaba por ello vagamente espuria.»

[387] Pero Rendel, que llevaba un par de píldoras en el bolsillo de su chaqueta, una vez dejó que se le Mezclaran con unos granos de uva que había puesto en sus manos una campesina. Cuando más tarde, distraído, empezó a comerse las uvas, se dio cuenta, con una alarma comprensible, de que una de ellas tenía textura de goma.

Finalmente, dependiendo de los avances o retrocesos que se produjeran en «. guerra del desierto, los embarques se realizarían en Bardia, Derna, Mersa Matruh o Alejandría. Los primeros días -desde finales de 1941 hasta la primavera de 1943-, las entradas y salidas clandestinas en la isla se hacían a bordo de caiques o submarinos. Los caiques armados Escampador, Porcupiney Hedgehog eran capitaneados por marineros de extraordinaria habilidad y valor, como John Campbell o Mike Cumberledge, del famoso Dolphin, que, más tarde, en 1942, fue capturado en una razzia contra el canal de Corinto y fusilado en el campo de concentración de Flossenbug, los últimos días de la guerra.

Los submarinos de la armada real sólo se emplearon en los primeros compases de la batalla. Después del desastre de Antiparos, el almirante Cunningham los retiró de las operaciones especiales. A mediados de 1942 el submarino griego Papanikolis y una flotilla de lanchas motoras Fairmile que operaban desde Derna asumieron la responsabilidad casi exclusiva de las incursiones. Esos buques de la armada real estaban bajo el mando de tenientes jóvenes, la mayoría de ellos con el rostro bronceado y la barba como el marinero representado sobre los paquetes de cigarrillos Players. Y sus hazañas, especialmente las del canadiense Bob Young, fueron tan notables como las de los lobos de mar.

Los oficiales británicos de enlace o los operadores de radiotransmisión que lucharon en Creta nunca olvidaron su primera llegada. Poco antes de la puesta de sol apenas podían distinguir el monte Ida o las Montañas Blancas por encima del horizonte. Las lanchas motoras seguían adelante, mientras la tripulación, al penetrar en aguas enemigas, comenzaba a moverse y hablar con más precaución. Siempre cabía la posibilidad, por remota que fuera, de que se produjera un encontronazo con un caique armado conducido por la Kriegsmarine. La noche tenía que ser sin luna, de modo que sólo

cuando se estaba muy cerca de ella se podía distinguir el volumen de la isla. Las noches de verano, el aroma del tomillo salvaje podía darles la bienvenida a varias millas de distancia.

En el último tramo la lancha se deslizaba con el motor al ralentí, mientras la tripulación se comunicaba cuchicheando y se esforzaba por divisar ante sí señal de las dos letras en morse convenidas. Todos prorrumpían en exclamaciones, susurradas con excitación, cuando finalmente la distinguían. La lancha se detenía a unos treinta metros de la costa y el destacamento y las provisiones se desembarcaban en la playa con botes neumáticos. Un ligero oleaje podía provocar serios trastornos, pues los subfusiles Tommy, los mapas y los documentos, recubiertos de hule, y el resto del material se ponían a dar tumbos en medio de las olas. Las provisiones desembarcadas eran a la vez voluminosas y pesadas: un nuevo equipo de radiotransmisión con el motor de carga y las baterías; un sakuli -mochila bordada de lana- cargado con soberanos de oro; cajas de munición; y sacos de comida y de botas, que eran probablemente el artículo más apreciado en la isla. Los que se marchaban de la isla en lancha solían dejar las suyas detrás de sí en la playa, para que las usaran otros.

Las escenas que se producían al llegar asombraban a los recién llegados. Los cretenses, que llevaban sus sariki negros -tocados con sus borlas diminutas- y sus bombachos «recogemierda», daban la bienvenida a amigos, primos y cuñados con gritos y abrazos. El tipo con el aspecto más infame podía interpelar al recién llegado con el acento propio de una escuela privada inglesa. Rendel, cuando llegó por primera vez, no pudo evitar tener la sensación de que todo aquello se parecía «sobre todo a una broma pesada que se les jugaba a los alemanes, disfrazándose con trajes de época».

[388] Pocos advertían a la lancha motora cuando, con toses y burbujeos, daba media vuelta y rompía el sutil nexo que les unía al mundo exterior, a la normalidad y la seguridad. Irónicamente, era más peligroso marcharse con la lancha que quedarse. Cuando los alemanes se enteraban de que se había producido un desembarco, podían deducir la ruta probable de regreso del navío a Derna. La mañana siguiente, al amanecer, uno de los hidroaviones Arado estacionados en Canea salía en su caza.

Desde la playa el destacamento a menudo se dirigía a una cueva de contrabandistas, donde solía brillar una hoguera que pintaba sombras grotescas en las paredes. Luego, acarreando pesadas cargas, los cretenses y británicos subían penosamente a pie a las montañas, tratando de estar fuera de la franja costera al atardecer. Al principio el aroma del tomillo silvestre podía hacer parecer su caminata «una marcha a través de una nube de incienso»,

[389] pero pronto el esfuerzo de los músculos de los hombros y las piernas al tratar de mantenerse en pie dejaba poco margen espiritual para recreaciones poéticas.

Los guías cretenses, en su mayoría pastores acostumbrados a brincar de roca en roca como las cabras, muchas veces tenían que detenerse y esperar mientras sus pupilos iban dando tumbos por detrás, soltando improperios, impotentes, cada vez que se herían la espinilla o se torcían un tobillo. Los oficiales británicos no siempre se simplificaban la vida. Jorge Psijundakis recordó cómo en una ocasión «Mijalis» -Paddy Leigh Fermor- saltó a lo alto de una pared de piedra con gran brío y luego perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás, con la consiguiente diversión de los cretenses, que dieron la vuelta al muro./

Los británicos eran a menudo difíciles de disfrazar por su pelo rubio o rojizo, pero también los delataban otros detalles, especialmente su modo de anidar, que los cretenses encontraban muy

cómico. También se ponían en evidencia por su ignorancia de las costumbres: Xan Fielding, perfectamente ataviado con un traje cretense, quedó consternado al ser reconocido como inglés cuando saludó a una anciana que se le acercaba. Ella lo bendijo al instante, rogando por que pudiera regresar sano y salvo a su hogar. Jorge Psijundakis, que estaba con él, le aclaró que la persona que se está moviendo es la que primero debe saludar a la otra. Y un oficial británico pronto descubrió que ofrecer dinero por la comida se consideraba un insulto. Incluso en los pastizales de las montañas, los pastores, por muy pobres que fueran, se consideraban los anfitriones, porque la montaña era su hogar.

La comida consistía a menudo en poco más que leche agria y queso, ofrecidos por los pastores, o en caracoles recogidos después de la lluvia, y una hierba de montaña que se masca, llamada jorta, empapada en aceite, a veces con bellotas o castañas. De vez en cuando se podía comprar una oveja o una cabra y matarlas para asar la carne en brocheta en una hoguera. No eran delicadas chuletas de cordero, sino tajadas arrancadas a la carcasa, entrañas, ojos, sesos y todo tipo de menudillos.

Por muchas privaciones que sufrieran los cretenses durante la guerra, parecían inagotables sus provisiones de tsikudiá -el raki local-, y de tabaco local, que ayudaban a aliviar las punzadas del hambre. Para los británicos la hospitalidad cretense podía resultar intimidante por su generosidad alcohólica. Pero en las competiciones de bebida la SOE a menudo se defendía con dignidad y en ocasiones vencía. Se dice que el legendario sargento Perkins, de Nueva Zelanda, había sido capaz de consumir tres latas y media de tsikudiá (las grandes latas de salmón de El Cairo o, con mayor frecuencia, las latas de cigarrillos Player's, constituían el patrón de medida de la bebida para la Misión militar británica) sin perder la conciencia.

La vida fuera de la ley tenía sus momentos estimulantes y románticos, sobre todo retrospectivamente, pero la estancia en las montañas era dura e incómoda. En esas alturas los hombres vivían en grutas o en cabañas de fabricación de queso, construcciones cónicas de piedra caliza que olían a leche de oveja o de cabra, pero eran acogedoras.

Elegir la gruta correcta era esencial. Aparte de las consideraciones tácticas, como la presencia de caminos para escapar o una buena vista sobre el terreno circundante, tenía que estar cerca de una fuente. Si el techo era demasiado bajo, sus habitantes podían ahogarse con el humo, y si era demasiado alto, el frío podía ser helador, especialmente si el agua goteaba o incluso corría paredes abajo. Como cama usaban matorrales cubiertos con sábanas o paracaídas. A menudo, ante la sorpresa de los habitantes de la cueva, se encariñaban con algún lugar, y cuando se iban de él era como si cambiaran de domicilio.

El aire de la montaña era vigorizante y a la vez limpio, pero los insectos pululaban por doquier. John Pendlebury compuso los siguientes versos sobre las cualidades marciales de la pulga cretense (debe cantarse siguiendo la melodía del himno de los Granaderos británicos):

Unos hablan de ser mordidos y otros de ser bocado de avispa o abeja o avispon, o de la humilde liendre, pero el mejor mordedor que puedan recomendarme, el que descuella es el que llamamos pequeña pulga casera.

[\[390\]](#)

Incluso peor que la pulga era quizá el ubicuo piojo, cuyas colonias infestaban rápidamente a los individuos más limpios. Cuando un recién llegado del ISLD preguntó con bastante ingenuidad a qué se parecía un piojo, el quisquilloso Leigh Fermor exclamó: «¡Cómo! ¿Nunca has visto un piojo, amigo?»

[391] Se metió la mano dentro de la camisa y «Aquí te lo presento».

Los piojos eran la mayor maldición de los radiotransmisores. El cabo Matthew White, que pasó varios meses acurrucado en una cueva diminuta, conocida como «la ermita de Matthew», en la ladera occidental del monte Ida, se vengó de ellos recogiendo los especímenes más grandes que halló sobre su cuerpo y encerrándolos en una lata de cigarrillos Players para que se murieran de hambre.

Los radiotransmisores tenían que resignarse a la soledad y a unas condiciones de vida pésimas: pocos hablaban bastante griego como para charlar con sus guardias cretenses y normalmente vivían en agujeros de las rocas con una tela impermeable que los cubría, para protegerlos de las goteras. Siempre estaban desquiciados porque sus equipos funcionaban con baterías muy poco fiables, que requerían un motor de carga pesado, a menudo escondido en una damajuana recubierta de mimbre con una tapa desmontable, que se podía llenar de vino o aceite de oliva. Este chisme incómodo debían transportarlo en principio muías o burros, pero en los accesos de pánico que se producían tras el descubrimiento de un escondrijo, eran las bestias de carga humanas las que acarreaban con él. Siempre que un equipo se averiaba -caso tristemente frecuente- y había que enviar un mensaje urgente a El Cairo, un mensajero tenía que recorrer una ruta montañosa durante dos o tres días para llegar hasta el emplazamiento de otro equipo.

Esa existencia troglodítica aburría a cualquiera. Cuando Lawrence Durrell preguntó a Paddy Leigh Fermor, que estaba de permiso, por la vida en Creta y por la tensión de vivir en un territorio ocupado por el enemigo, éste se quejó en broma de que la conversación era probablemente tan limitada como en el Guard's Club: nadie parecía capaz de hablar de otra cosa que no fueran sus armas y sus botas.

Ante la falta de diversiones, los nervios estaban siempre de punta. Las mejores distracciones eran narrar cuentos y cantar. Los cretenses aprendían canciones tradicionales inglesas y enseñaban a los británicos sus mandinades: pareados con rima y una pulla al final. Afortunadamente, el humor cretense y el británico, especialmente su sentido del ridículo, eran totalmente compatibles. Este importante vínculo ayudó a superar las irritaciones triviales y las diferencias de carácter nacional.

En un momento de exasperación un oficial se quejó a El Cairo de «tener que tratar con algunos de los miembros del personal con menos espíritu de equipo y más indisciplinados del mundo». Los británicos también se reían de que en Creta nadie tenía sentido del tiempo: hasta los ruiseñores solían cantar de día. Y la compulsión que sentían algunos cretenses por jactarse nunca dejaba de asombrarlos, puesto que nadie dudaba de su valentía real. Xan Fielding lo llamaba «complejo depa/ikari»,

[392] palabra con la que designan a un luchador heroico y caballeresco.

Los cretenses eran los primeros en contar historias sobre este vicio. Un miembro de la resistencia refería el suceso siguiente acerca de la gran batalla celebrada por un pueblo. Al parecer, una patrulla alemana en las montañas cercanas a la aldea provocó un desprendimiento de rocas, a resultas del cual murieron tres soldados. El jefe local de la guerrilla y todos sus seguidores no perdieron ni un segundo en pregonar por toda la región que eran ellos los que habían aniquilado la patrulla al completo tras doce horas de lucha encarnizada cuerpo a cuerpo.

Dado que el carácter cretense era ajeno a la cautela y la reserva, la situación era de inseguridad crónica. Sin embargo, algunos dieron muestras de una discreción notable. En este aspecto las mujeres fueron a menudo excepcionales. Muchas de ellas hicieron un doble juego peligroso, trabajando de intérpretes o secretarias para los alemanes y revelando al mismo tiempo datos a la resistencia sobre los que habían sido denunciados por los traidores. Las mujeres que se quedaban en casa no

mostraban menos inventiva. Viudas y hermanas, con una presencia de ánimo genial, se las arreglaban para ocultar papeles comprometedores durante los registros alemanes.

La lucha contra los paracaidistas había mostrado el grado real del valor cretense y su estilo de guerra tenía un atractivo elemento teatral. Los ancianos, impávidos bajo el fuego, manoseaban sus viejos y adorados mosquetes, remedando el chiste cretense: «Estáte quieto, turco, mientras recargo».

[393] Había algo de picaresco en su comportamiento. En Creta los forajidos tenían históricamente algo de nobles, un poco como los contrabandistas

[394] eran vistos en Andalucía como heroicas figuras de caballeros andantes dispuestos a matar al tirano local. Incluso el robo de ovejas había adquirido tintes patrióticos, ya que éste era el modo en que habían sobrevivido los resistentes que combatieron a los turcos. Se les llamaba kleftes, sinónimo de «ladrones». Teodoro Stefanides recuerda que, en la primera guerra mundial, se encontró con un cretense que le confesó con orgullo que su profesión era la de bandolero. Cuando le preguntó qué diferenciaba a un ladrón de un bandolero, el hombre contestó que, cuando un ladrón encuentra una cartera llena de dinero en el suelo, se la queda. Un bandolero la devuelve primero a su dueño y luego se la quita delante de la cara.

El sentido del honor y el de la justicia están firmemente entrelazados en los cretenses. Los que ofendían a la gente de un pueblo quedaban proscritos a todos los efectos. Esos parias eran los más proclives a convertirse en traidores, una pequeña minoría. Los alemanes les ofrecían la libertad con la condición de que se infiltrasen en las comunidades en las que se sospechaba que se ayudaba a los británicos. Ellos pretendían que habían escapado de una redada alemana en su propio vecindario y, gracias a la proverbial generosidad cretense, se les acogía y alimentaba. El único riesgo era que pasara por allí alguien que los conociera de antes.

Casi todos los oficiales de enlace británicos enviados a Creta se adaptaron con entusiasmo a este modo de vida extraño. Al principio, cuando llegaron, la idea de un territorio ocupado por el enemigo evocaba visiones de centinelas alemanes cada cien metros. Sin embargo, la mayor parte de Creta, especialmente sus regiones montañosas, vio poco a la potencia ocupadora en los primeros días. Las tropas alemanas se resistían a aventurarse por los montes y se desplazaban sólo de día.

En la montaña, los dos únicos peligros eran la traición o el tropiezo casual con una patrulla alemana. Que acordonaran repentinamente una zona al alba e hicieran una redada era una amenaza poco real porque, aunque los británicos solían cenar a menudo con sus amigos de los pueblos, siempre pasaban la noche fuera de ellos. Y en muchas ocasiones un niño que acudía corriendo desde el pueblo vecino les mantenía al corriente de los movimientos de tropas.

Después de vivir en las montañas casi como si los alemanes no existieran, entrar en una ciudad disfrazado y pasar entre el enemigo con naturalidad producía una sensación curiosa. La primera vez era siempre la peor. «Las rodillas te castañetean en cuanto te tropiezas con el primer alemán -decía Stephen Verney, que estuvo instalado en Canea desde agosto de 1944-. Estás seguro de que en seguida se ha dado cuenta de que eres un oficial inglés.»

[395] En cierta ocasión, Tom Dunbabin tuvo que abrirse paso junto a un oficial alemán al que reconoció, pues era arqueólogo como él, de antes de la guerra. El oficial alemán lo miró directamente a los ojos, pero el disfraz de Dunbabin y lo inverosímil de aquel encuentro lo salvaron.

Escapar por los pelos de una patrulla en el campo o de un encuentro accidental en una ciudad generaba un arrebató de excitación y miedo, seguido más tarde por lo que Paddy Leigh Fermor

calificó de «una especie de sensación de tristeza poscoital».

Los oficiales británicos que participaron en la resistencia cretense han dejado una impresión de amateurismo bastante enérgico y excéntrico, como cabía esperar de la mezcla de románticos y arqueólogos que eran. Con todo, a pesar de las comparaciones a veces poco militares con que sazaban sus informes de inteligencia, como por ejemplo «minas cilíndricas, del tamaño de un magnüi de champán», la información recogida y cotejada impresionaba por su detalle. Abarcaba los sistemas telefónicos, el estado de posición de cada arma, tanto si se trataba de un nido de ametralladoras, una batería de fuego antiaéreo o cañones pesados de defensa costera, los aeródromos secundarios, las rutas militares y los pormenores sobre la situación cartográfica y las defensas de cada guarnición y puesto de guardia, con sus efectivos y armamento. Las entradas y salidas de aviones de las principales bases aéreas se consignaban con su dirección de partida. Todas las operaciones de carga y descarga de buques y caiques en los puertos de Iraklion, Rézimno y Canea se anotaban, indicando sus cargas. Exploraban todas las playas de aterrizaje y las zonas de lanzamiento.

El mérito, naturalmente, hay que atribuírselo ante todo a los cretenses, que eran quienes recogían la información para la causa aliada, sabiendo que era de poca utilidad inmediata para ellos. Casi desde el principio sus redes de información, especialmente las de las principales ciudades de la costa septentrional, trabajaron sin cesar exponiéndose a grandes peligros. A menudo la información requería mucho tiempo para circular por la red -normalmente, el circuito tenía que recorrerse a pie-, pero el acervo de información confidencial recogida constituía el análisis más exhaustivo de los efectivos y las comunicaciones del enemigo que se haya realizado en toda Europa. Si el cuartel general de las fuerzas aliadas hubiera decidido invadir Creta en vez de Sicilia en 1943, habría contado con el mejor material posible para elaborar sus planes y con la organización de resistencia más dispuesta a atacar y destruir las comunicaciones alemanas por detrás de las líneas del frente. El peligro principal en Creta era que el exceso de entusiasmo provocara ataques prematuros.

En teoría, la labor de inteligencia era responsabilidad no de la SOE, sino del ISLD, y en 1943 Ralph Stockbridge y otro oficial regresaron para colaborar en estos menesteres y en la organización de las redes. Los oficiales de campo de la SOE estaban desbordados por el trabajo. Tenían que viajar constantemente de pueblo en pueblo para afianzar sus contactos y ayudar en la preparación de grupos de resistencia, convenciéndoles de que no cedieran a sus impulsos, algo sumamente difícil. También tenían que organizar la evacuación de los agentes descubiertos por los alemanes o de los candidatos a ser adiestrados en «Narkover». Las listas de sus candidatos eran comunicadas a El Cairo con mucha antelación respecto de los viajes en lancha motora.

Los lanzamientos en paracaídas exigían mucho tiempo y a menudo producían frustración, tanto en la preparación como en la espera. Atraer la atención hacia los movimientos propios podía ser desastroso. No era infrecuente que la mitad de la población de un valle, quizá advertida confidencialmente por el primo de un miembro del grupo, se congregara para asistir al espectáculo o recoger el material lanzado. Había que recoger con gran discreción la leña con la que se encenderían las hogueras para comunicar las señales convenidas, de lo contrario los pastores locales podían encender las suyas para ver qué les caía a ellos.

En varias ocasiones, los oficiales tuvieron que esperar en un lugar desierto en las montañas dieciséis noches consecutivas. Y si el lanzamiento había tenido éxito, la recogida de los contenedores y paracaídas antes de que irrumpieran las patrullas de inspección alemanas muchas veces era una pesadilla, especialmente cuando los pastores desaparecían llevándose unos cuantos contenedores. Estas apropiaciones de material podían ser peligrosas. Xan Fielding encontró a un grupo que golpeaba una lata que contenía una granada antipersonal: creían que iban a darse un

atracón de rodajas de piña.

Los paracaídas amarillos de seda también estaban muy solicitados. El personal de la SOE y sus ayudantes cretenses los usaban como sacos de dormir o como artículo de trueque. Hacia el final de la guerra, cuando casi la mitad de las mujeres de las cordilleras centrales probablemente vestían ya ropa interior amarilla de seda, por cortesía del gobierno británico, los lanzamientos de paracaídas ya no suponían ninguna novedad. Pero en 1942, cuando el avance de Rommel sobre Egipto puso en peligro todo Oriente Medio, se les atribuían virtudes cuasi milagrosas.

23 - El momento álgido del poder alemán

A finales de la primavera de 1942, los aeródromos cretenses se volvieron importantes bases de estacionamiento de tropas de refuerzo del avance del Afrika Korps por el delta del Nilo. Se enviaron a la isla tres equipos del escuadrón naval especial y una del servicio especial de las fuerzas aéreas para que trataran de entorpecer ese tráfico.

Tom Dunbabin se encontró con el grupo de vanguardia del escuadrón naval especial (SBS) el 23 de mayo y le proporcionó guías. En el grupo del regimiento especial, de servicio aéreo (SAS), transportado por mar, figuraban cuatro miembros del escuadrón de la Francia libre, bajo el mando del comandante Bergé, un gascón muy vigoroso, con el capitán conde Jellicoe como oficial británico de enlace y el teniente Petrakis, un cretense del ejército real helénico. El SAS se había fijado el blanco selecto del aeródromo de Iraklion, mientras los tres grupos del SBS planeaban atacar los aeródromos de Máleme, Kasteli Pediados y Timbaki.

David Sutherland, del Black Watch, que dirigía el equipo de Timbaki, se irritó al ver, nada más llegar, que el aeródromo de esa aldea había sido abandonado temporalmente. En la costa meridional, era el enclave más vulnerable a las razzas aéreas lanzadas desde Egipto. El grupo de Máleme tuvo una frustración de otro tipo. Su objetivo, en torno al cual se acababan de colocar vallas electrificadas, estaba demasiado vigilado para poder penetrar en él.

En cambio, la base aérea de Kasteli Pediados presentaba la posibilidad de llevar a cabo un sabotaje de manual. El 9 de junio destruyeron cinco aviones junto con casi 200 toneladas de combustible de aviación y otros efectos, gracias a bombas de acción retardada.

La operación de Iraklion tuvo problemas al principio y al final. El desembarco con lanchas de caucho desde el submarino griego Tritón y luego la travesía del terreno que mediaba entre la playa y el blanco tomaron mucho más

tiempo de lo esperado. Llegaron demasiado tarde el 12 de junio para organizar una operación eficaz, pero el retraso fue una bendición inesperada: muchos aviones habían partido para efectuar un ataque nocturno. El asalto se produjo la noche siguiente, del 13 de junio. El grupo de Bergé, que se había abierto paso cortando las alambradas, logró adosar cargas explosivas a veinte bombarderos Junkers 88, la mayoría de los cuales sufrió graves desperfectos o fue destruida. En la confusión que se produjo, el grupo logró huir, dirigiéndose hacia la costa meridional, isla a través, exultantes por su éxito.

El día siguiente, los alemanes ejecutaron a cincuenta rehenes cretenses, incluido Tito Georgiados (ex gobernador general), un sacerdote de 70 años y varios judíos que todavía permanecían en prisión. La euforia inicial generada por estas incursiones se trocó en seguida en furia, en parte dirigida a los británicos, aunque los grupos cretenses nunca dejaron de pedirles armas para atacar a los alemanes. La moral, como es comprensible en una ocupación, subía y bajaba constantemente.

El grupo francés del SAS se quedó horrorizado al oír las noticias que traía el teniente Petrakis de las represalias de una expedición de ataque contra una Idea vecina. En un momento, casi al final de la marcha hacia la costa meridional, Jellicoe y Petrakis dejaron a los cuatro franceses cocinando y descansando mientras ellos proseguían la caminata para organizar la evacuación. Al volver a por ellos, Jellicoe se enteró de que un cretense había revelado su escondrijo a la guarnición alemana más cercana. Un cazador francés había muerto y Bergé y los otros dos oficiales habían sido apresados

cuando se quedaron sin munición. Al parecer, los tres franceses no fueron ejecutados porque Bergé convenció a sus capturadores de que, si los fusilaban, les iba a ocurrir lo mismo a los oficiales alemanes prisioneros en El Cairo. Bergé acabó en el castillo Colditz con David Stirling, el fundador del SAS, capturado en el desierto.

Los ataques contra Kasteli Pediados e Iraklion dieron cuenta de veintiséis aviones, varios vehículos y una cantidad considerable de suministros. En total murieron diez alemanes como consecuencia de estas incursiones. Pero no provocaron, como reza una versión, «la muerte de más de cien soldados enemigos».

[396] Los supervivientes de la fuerza de asalto se fueron de la isla a bordo del caique Porcupine, junto con Satanás, muy enfermo y que pronto moriría de cáncer en Alejandría, y otros evacuados cretenses. Llegaron a Mersa Matruh justo a tiempo. Unas pocas horas más tarde, la ciudad caía ante el avance de Rommel.

El Porcupine, en su viaje de ida, había llevado a Creta a Paddy Leigh Fermor, en su primer viaje clandestino de trabajo. Las últimas horas de la tarde del 23 de junio, llegó con su operador de transmisiones, el sargento Matthew White, a un escenario consternador. Las tropas alemanas estaban cerrando el cerco sobre la zona, después de perder a cuatro hombres en encontronazos cerca de Vasilika Anoya, y el caique no había podido llevarse, por falta de espacio, a los otros dos capitanes, Banduvass y Petrakagueorguis, que esperaban en la playa con sus familias. La noticia de la retirada en Egipto, que amenazaba con suponer el corte definitivo de la línea de comunicación marítima, no hizo sino empeorar su estado de ánimo.

Fue el momento más difícil para todos los oficiales británicos que quedaban en Creta. Xan Fielding, cuyo equipo de radiotransmisión estaba roto, no tenía posibilidad de contactar con El Cairo y no sabía si la defensa británica del delta del Nilo se había venido abajo. Era posible que Alejandría hubiera caído en manos del Afrika Korps. «Quedarse sin comunicaciones inalámbricas, como era mi caso desde hacía más de dos semanas -escribió- siempre producía una sensación de pánico y pérdida, como si dios hubiera dejado de existir. Pues el invisible y distante cuartel general, que era el responsable de mi destino, había adquirido para mí un poder cuasi divino.»

[397]

Ni siquiera quienes disponían de un equipo de comunicaciones que funcionara lograron extraer demasiada información del cuartel general. Fue la época de la «gran bofetada» en El Cairo, que alcanzó su punto culminante el «miércoles de ceniza», cuando la ciudad fue anegada por una nube de humo causada por las hogueras en las que se quemaban apresuradamente los documentos. Todas las organizaciones secretas habían sido evacuadas y la base de submarinos fue trasladada a Beirut. Resultado de ello fue que no pudo comunicarse toda la información reservada de que se había hecho acopio en Creta sobre la concentración de medios de transporte de tropas que habían de llevar refuerzos a Rommel.

Por si fuera poco, los rumores malignos de que los oficiales de enlace británicos de Creta estaban a punto de huir o rendirse a los alemanes causaron gran confusión y alarma entre los grupos de resistencia y enfurecieron a los oficiales en cuestión cuando se enteraron.

Los alemanes, intuyendo quizás el bajón de moral que se había producido en los círculos de la resistencia, montaron operaciones ofensivas de limpieza en la zona de Iraklion. El 9 de julio, el grupo de Petrakagueorguis, atacado junto a Temeneli, logró matar a siete enemigos. Una novedad más insidiosa, y por lo tanto más alarmante, fue el intento alemán de reclutar nuevos traidores. En mayo

seis de ellos, la mayoría alcaldes nombrados por los alemanes, habían sido asesinados por los lealistas cretenses, y se había realizado un atentado contra Poliudakis, el detestado jefe de policía de Iraklion.

El oficial encargado del «contraespionaje» era por entonces Hartmann. De sangre mediorienta, había sido adoptado por una familia alemana de Salónica y, cuando se produjo el auge del nazismo, había tratado de volverse más alemán que los alemanes. Sus superiores lo consideraron la persona ideal para una tarea tan desagradable como aquella. Hartmann utilizó primero a los criminales amnistiados como espías y después, en el verano de 1942, se las arregló para contratar a varios miembros del clan de Tsuliadakis en Krusonas explotando una vieja enemistad en su familia y entre varios pueblos. El clan de Tsuliadakis, al que pertenecía uno de los alcaldes asesinados, odiaba a los jóvenes parientes de Satanás tanto como a los habitantes probritánicos del pueblo rival de Anoya.

Los problemas de Xan Fielding con el coronel Andreas Papadakis se exacerbaban poco después. No contento con autoproclamarse el jefe del conjunto de la resistencia cretense, Papadakis empezó al poco a comportarse como un dictador sudamericano. Consideraba todos los descensos de material en paracaídas interceptados propiedad personal y acumulaba vituallas urgentes, como botas, cuando Jorge Psijundakis, que iba y venía a la carrera de Xan Fielding, en Vafe, al coronel, por encima de Asi Gonia, iba prácticamente descalzo. Después de una reunión tempestuosa con Papadakis, Fielding decidió que no había más alternativa que evacuar al coronel a la primera ocasión.

Cedió su responsabilidad sobre Creta occidental a Paddy Leigh Fermor en julio y escoltó a Papadakis y su familia a la costa meridional. La atmósfera preñada de sospechas y amor propio herido no mejoraba. Después de cierta confusión y retrasos en la llegada del navío que los había de buscar, Papadakis sufrió una crisis de paranoia y Fielding vio sin querer cómo las bocas de los fusiles de los hombres de confianza del coronel le apuntaban a la espalda. Finalmente, la noche del 5 de agosto, el submarino de la armada real helénica Papanikolis llegó para llevárselos a Beirut. El coronel Papadakis fue luego comandante de las fuerzas griegas en la guarnición de Jerusalén.

Los estragos causados por los delirios de Papadakis no acabaron con su partida. El peor legado que dejó tras de sí fue su reclutamiento precipitado de un traidor de nombre Komnas. Komnas presentaba cifras sobre los efectivos enemigos sumamente precisas, supuestamente inspiradas en los restos de las raciones que controlaba un oficinista del cuartel general alemán. Sus cifras, impresionantes tanto por su detalle como por su precisión, acabaron siendo Duestas en entredicho por el cuartel general del servicio de inteligencia en El Cairo, ante la exasperación de la SOE: algunas de las unidades identificadas no se correspondían con ninguna otra información.

[398]

Ni siquiera el concienzudo jefe del estado mayor del coronel, Andreas Polentas, que había llegado por fin para acompañar a Papadakis en su evacuación, sospechó en ningún momento de Komnas. Andreas y el operador de transmisiones Apostólos Evanguelu, un maestro de escuela y poeta del Dodecaneso, fueron arrestados el 18 de noviembre.

El error de Polentas les acarreó a los dos torturas horribles y la muerte en la prisión de Ayía. Pero no quedaron mucho tiempo sin vengar. Aunque Komnas fue desplazado, para su protección, a una casa de Canea rodeada de alojamientos alemanes, su cuerpo fue descubierto en la cocina una tarde, con diecisiete heridas de arma blanca y la sangre aún fresca. Nadie había oído nada. Fue obra del sobrino de Polentas, Pavlo, con la ayuda de un pelotón de ejecución dirigido por Jorge

Alevizakis, de Argirópolis.

Paddy Leigh Fermor, responsable del extremo occidental de la isla durante la ausencia de Fielding en Egipto, conoció a los personajes más destacados de la región de Canea. Su primera tarea fue sabotear los buques enemigos de la bahía de Suda. Él y su guía, Yanni Tsangarakis, con la ayuda de la familia Vandulakis y el clan de Karkanis, de Askifu, recibieron un envío por paracaídas en las Montañas Blancas la noche del 8 de septiembre. Contenía muchas minas magnéticas -comúnmente conocidas como «juguetes»-, pero los responsables del envío se habían olvidado de añadir alicates.

Leigh Fermor y Tsangarakis salieron corriendo con su carga, pero descubrieron que el petrolero, su blanco principal, ya había zarpado, y que las defensas de alambre que rodeaban Suda y la red de centinelas eran demasiado tupidas para poder penetrar en la zona. Tsangarakis dio la vuelta y se dirigió a Canea para efectuar un reconocimiento del área por la zona del Akrotiri, pero un ataque desde esa dirección habría requerido una travesía a nado de cinco kilómetros. Aparte de Leigh Fermor, quien mucho después cruzaría a nado el Helesponto (hoy, estrecho de los Dardanelos) emulando a lord Byron, no disponían de ningún otro experto en natación.

Xan Fielding había lamentado las cancelaciones e imprecisiones de los envíos en paracaídas. De permiso en El Cairo, fue retado por la RAF a acompañar a uno de sus aviones en misión y a comprobar por sí mismo cómo se realizaban esas operaciones. Después de un largo y frío viaje en círculo, tuvo que confesar que no tenía ni idea de cómo podía nadie distinguir ningún punto concreto en las montañas. Su estancia en El Cairo coincidió con la noticia del éxito espectacular de la operación Harling, la destrucción del puente ferroviario de Gorgopótamos, dirigida por Eddie Myers y Monty Woodhouse. Eso le permitió entrever cómo era la SOE después de la purga de agosto de 1942, a raíz de la cual lord Glenconner sustituyó al coronel Maxwell. Glenconner, que se ausentaba con frecuencia debido a sus numerosas responsabilidades, era conocido sencillamente con el nombre de «Dios».

Las ausencias de lord Glenconner constituían una ocasión perfecta para las actividades del oficial responsable de las operaciones militares, el comandante de brigada Mervyn Keble. Este, que en una época de su carrera había sido director de una cárcel en Palestina, procedía del departamento de inteligencia del cuartel general, donde Enoch Powell se encargaba de todo y pedía a cambio que así se le reconociera. Monty Woodhouse lo recordaba de la escuela de inteligencia de Swanage como «un pequeño comandante dinámico y gordinflón, cuyos ojos parecían salirse de las órbitas de puras ansias de matar».

[399] Se enteró primero del ascenso de Keble a coronel y su transferencia a la SOE al comprobar, sorprendido, que su nombre figuraba al pie de una serie de órdenes para la operación de Gorgopótamos. Ese documento, redactado en una jerga intachable, estaba manifiestamente más pensado para impresionar a sus superiores que para orientar a los hombres enviados a la misión.

Keble, a pesar de ser un oficial regular del más regular de los regimientos de condado -los Wiltshire-, demostró ser un formidable luchador interno de la burocracia, tan descarado como implacable. El éxito de la operación Harling, que pronto capitalizó como propio, fue el trampolín perfecto para una ambición que únicamente podía surgir de un resentimiento profundo.

Es posible que Keble estuviera acomplejado por su aspecto poco atractivo que, curiosamente, se sentía impelido a exhibir. Aunque en el ejército se le conocía con el apodo de «Bolo» (al parecer, para indicar su «bolcheviquismo»), en la SOE le llamaban «el Panda» (y, a sus amigas, «las Pandas») debido a su carácter arisco. Su tipo gordinflón a menudo sólo iba revestido de una camiseta y un par de pantalones cortos y llevaba el pelo enmarañado cortado en brosse.

Los edificios Rustum no eran un lugar alegre. «Nadie que no lo haya vivido -escribió Bickham Sweet-Escott- puede imaginarse la atmósfera de celos, sospechas e intrigas que envenenaban las relaciones entre los diversos departamentos secretos y semisecretos de El Cairo.»

[400] Casi todas las historias que se han contado de gente que pinchaba los teléfonos de sus colegas, cartas escritas con plumas envenenadas, llamadas telefónicas anónimas, libelos e incluso sospechas de asesinato han sido bien documentadas, tanto desde el punto de vista historiográfico como en relatos de ficción ligeramente velados.

[401]

La sección cretense tuvo una mala fortuna inaudita. No había grandes discrepancias sobre qué grupos había que respaldar en la isla, de modo que la resistencia cretense, a diferencia de su homóloga en Grecia, no llegó a convertirse en un cenagal político, ni la lógica estrategia militar en un anatema para Whitehall. Y Jack Smith-Hughes, que dirigía la sección cretense, era tan astuto como robusto para defender su territorio. Naturalmente, le ayudó la relativa falta de interés de Keble por la isla. Creta, con una población reducida y una guarnición alemana comparativamente pequeña, no podía justificar por entonces que la Misión militar británica fuera lo bastante grande para confiar su mando a un comandante de brigada, y la estrategia de Keble en materia de promociones consistía en crear una pirámide de estrellas y coronas lo bastante grande para llevarlo en volandas hasta el grado de general de división.

Hubo un hombre que ni Jack Smith-Hughes ni ninguno de los oficiales en campaña pudo proteger. Keble sentía una aversión furibunda por el capitán Arthur Reade, un abogado de gran simpatía y bondad, enamorado de Creta debido a la admiración apasionada que sentía por Venizelos. Alto y mucho mayor que sus colegas, era una figura ligeramente excéntrica. Según Paddy Leigh Fermor, «la barba y el bigote pelirrojos que se había dejado traían a la memoria a un doble de Enrique IV, con una pincelada de Verdi».

[402]

A Reade, que deseaba fervientemente ser enviado a la isla, le concedieron su deseo, pero con un pequeño regalo envenenado. Iría a Creta en noviembre, en la expedición de Xan Fielding, pero, una vez llegado, habiendo recibido la formación más rudimentaria, debía volar el York de Su Majestad, un crucero sumergido parcialmente en la bahía de Suda, para impedir que los alemanes lo volvieran a sacar a flote. Los amigos le advirtieron del peligro, pero Reade estaba determinado a seguir adelante.

Desembarcó del submarino Papanikolis el 27 de noviembre, con Fielding y una misión del Departamento de Enlace Interinstitucional dirigida por el teniente Stelio Papaderos, que debía crear una emisora de radio en la parte meridional de las Montañas Blancas.

Como los colegas de Reade le habían predicho, la operación contra el crucero resultó imposible. Habría significado perder la vida a cambio de nada. Arthur Reade estaba acuartelado en Kiriakoselia, en las estribaciones montañosas que dominan la salida natural a la bahía de Suda. Hacía las veces de oficial de enlace con la organización de la resistencia, un puesto ideal pues todos los cretenses le cogieron cariño de inmediato. Pero Keble, decidido a destruirlo, ordenó que regresara a los pocos meses. Reade tenía el corazón destrozado cuando se fue, lo que dio a Keble la excusa perfecta para urdir un informe en el que señalaba que era demasiado inestable para las operaciones especiales.

Para Xan Fielding, la llegada por submarino había comenzado de una manera catastrófica, cuando casi todo su equipo se hundió en el mar después de que una lancha de caucho volcara. Pero tres soldados australianos que se habían presentado con la esperanza de que los llevaran hasta Egipto se echaron una y otra vez al agua helada hasta que rescataron casi todo el material perdido. Estos australianos serían providenciales unos meses más tarde.

De camino hacia el norte y mientras atravesaba las Montañas Blancas en dirección a su vieja base de Vafe, Fielding tuvo otro de sus encontronazos casuales, el 3 de diciembre, en esta ocasión con el líder izquierdista general Mandakas.

Mandakas, oriundo de Lakoi, al norte de la llanura de Órnalo, donde se encontraron, estaba enojado por el hecho de que su contribución personal tuviera que limitarse por entonces a la parte occidental de la isla y porque su banda de secuaces era pequeña: en palabras de Jorge Psijundakis, «Mandakas quería ser un gran líder, pero tenía pocos seguidores».

[403] La escasez de hombres no le impidió exigir controlar los envíos aéreos de armas y un equipo de radiotransmisión para enlazar con El Cairo.

Xan Fielding se enteró también gracias a él de la ofensiva alemana contra varios grupos vinculados a los británicos y de los arrestos de Polentas y Evanguelu en Vafe, el 18 de noviembre. La noticia fue para él como un jarro de agua fría, que no atemperó en nada la brutalidad con que se la anunció Mandakas.

Su último encuentro de la jornada se produjo al llegar a Vafe, donde se topó con Paddy Leigh Fermor, que no estaba al corriente de que hubiera regresado a la isla. Fielding pudo oír por fin la historia completa de los arrestos y hablar del futuro. Jo Bradley, un sargento de la RAF abatido durante un ataque contra el aeródromo de Kasteli a principios de septiembre, se convirtió en el nuevo operador de transmisiones. En la jerga de la burocracia militar, entraba por lo tanto en la categoría de «contratado local». A Bradley, un galés de hermosa voz y canto, aquello le pareció un eufemismo muy curioso, vistas las circunstancias.

Aquel mes de noviembre se produjo también un cambio en la cúpula militar alemana: el general Bruno Bráuer sustituyó al general Andrae al mando de la plaza fuerte de Creta. Bráuer, que comandó el 1.º regimiento de paracaidistas durante la invasión, era un oficial lo bastante valeroso para menospreciar las historias de mutilaciones. También resultó el general alemán que más humanidad mostró en la isla durante toda la guerra. Trató de que sus oficiales comprendieran la actitud cretense ante la potencia ocupadora y por qué habían luchado como francotiradores durante la batalla. Al mismo tiempo, dejó claro que no toleraría las actividades de resistencia ni la colaboración con los británicos.

Un incidente extraño, acaecido un año y medio después, revela cómo pensaba ya en el mundo de la posguerra, algo verdaderamente poco común para un soldado. Para celebrar la fiesta nacional griega, el 25 de marzo, liberó de la cárcel a un centenar de prisioneros cretenses, entre ellos Constantinos Mitsotakis, el actual primer ministro de Grecia, que a la sazón era teniente en el ejército real helénico, y, sobre todo, miembro de la red de inteligencia conocida con el nombre de «los Qyins». Poco después de su liberación, Mitsotakis caminaba por el elegante barrio de Jalepa con su amigo Manusos Manusakis, cuando éste, al divisar a Bráuer, sugirió darle las gracias personalmente al general. Bráuer los invitó a su residencia oficial, la casa de Venizelos, a tomar café. «Joven -le dijo-, lo he liberado porque, por lo que he oído, un día tendrá usted una importante función que cumplir en los asuntos de su país. No se meta en líos.»

Bráuer no se hacía ilusiones sobre los cretenses que teóricamente estaban bajo su mando. Un día, hablando a oficiales reservistas a los que había obligado a comunicar informes a sus autoridades una vez a la semana, con el propósito de mantenerlos alejados de las actividades de la resistencia, reconoció que Gran Bretaña era aliada de Grecia, pero añadió: «¿Por qué no se guardan la bravuconería en la despensa?» «Casi toda la población es hostil a las fuerzas de ocupación y sigue siendo probritánica»,

[405] anunciaba un informe que él había encargado. «De hecho, esperan una reconquista de la isla por los británicos en un futuro próximo. Debe tenerse también en cuenta la ayuda que la población civil brinda a las dos organizaciones británicas cuya actividad en la isla está demostrada, es decir, la organización de espionaje del capitán Huse Qack Smith-Hughes] y la organización de sabotaje del capitán Jellicoe.» Las inexactitudes son importantes, teniendo en cuenta los grandes esfuerzos que habían hecho los alemanes para infiltrarse en los grupos de resistencia vinculados a los británicos.

Por Navidades, las noticias procedentes del norte de África y de Stalingrado provocaron una celebración por partida doble. Paddy Leigh Fermor y Xan Fielding se unieron a Tom Dunbabin y sus amigos en la casa de Kokonas, en Yerakari. Pero, en otros lugares, durante las fiestas de bienvenida del nuevo año de 1943 se produjeron altercados de orden menor entre quienes gritaban «¡Viva Gran Bretaña!» y quienes replicaban «¡Viva Rusia!», como preludio de los problemas que habían de surgir en años venideros.

Al margen de sus encuentros inesperados con el general Mandakas, los oficiales de enlace británicos que operaban en las regiones montañosas, por lo general más conservadoras, tuvieron escasos contactos con los grupos izquierdistas. Como en la Grecia continental, el Partido Comunista griego había creado una coalición de resistencia denominada EAM (Ethnikón Apelevtherotikón Métopon), o «Frente de Liberación Nacional», que controlaba entre bastidores. En Grecia, pero mucho menos en Creta, los grupos políticos derechistas eran tachados de colaboración activa y pasiva con el enemigo y muchos personajes distinguidos de ideario liberal se unieron al EAM, desconocedores de las maquinaciones comunistas. El ala política de este Frente había creado el ELAS (Ethnikós Laikós Apelevtherotikós Stratós), o Ejército Popular de Liberación Nacional, con una guerrilla, y ambas organizaciones se conocían con el nombre conjunto de EAM-ELAS (véase en el apéndice D un glosario de los principales movimientos políticos griegos).

Aunque EAM-ELAS no tenía ni una pequeña fracción de los seguidores con que contaba en Grecia, tanto por coacción como por convicción, en Creta fue creciendo subrepticamente en los pueblos más grandes y en varias zonas aisladas y empobrecidas de la campiña. Creta quedaría al margen de los peores estragos de la guerra civil griega en gran medida gracias a que la EOK (Organización Nacional de Creta), que Xan Fielding animó a Nikólaos Skulas y otros a crear, logró aglomerar a los diversos grupos no comunistas de resistencia, dando lugar a una alianza sorprendentemente eficaz. En Creta, los comunistas nunca lograron aplicar la «táctica del salchichón», consistente en ir deshaciéndose de los rivales loncha tras loncha.

24 - El año en que cambiaron las tornas

Después de los grandes avances de 1942 Volga arriba y por el interior de Egipto, la confianza alemana comenzó súbitamente a flaquear después de los reveses de Alamein y Stalingrado. El miedo de que los aliados pudieran invadir Grecia y Creta surgió en enero de 1943, unos cinco meses antes de que el grupo Afrika del ejército se rindiera definitivamente, en mayo. La isla recibió el refuerzo de tanques, medios de transporte motorizados y hombres, en un momento en el que el frente ruso los necesitaba desesperadamente. El teniente Tavana, un oficial italiano de contraespionaje que después desertó y se unió a los británicos, calcula que se enviaron aproximadamente cuarenta y cinco mil alemanes y treinta y dos mil italianos a Creta.

Los mandos alemanes ordenaron que se minaran los puentes y se construyeran búnkeres subterráneos a guisa de cuarteles generales. Se incrementaron las existencias en municiones. Se reforzó la defensa de la bahía de Suda. Las unidades recibieron cursos de lucha callejera conjunta entre la infantería, los tanques y la artillería. La guarnición de Askifu fue triplicada para defender sus puertos de acceso desde Sfakiá. Se practicaron maniobras de contrainvasión con columnas móviles para reforzar los sectores en peligro. El general Bráuer anunció: «En caso de invasión, defenderemos Creta hasta el último hombre y el último cartucho».

Los clichés de Bráuer no exaltaban a sus hombres. El mayor terror alemán era un levantamiento cretense a sus espaldas. «Saben que los cretenses los detestan -escribió un oficial británico en un informe para El Cairo- y no viven más que a la espera del momento de desenterrar sus fusiles y decírselo con balas.» Y, al mismo tiempo, «los alemanes están dolidos y asombrados de que no los quieran, y se preguntan constantemente por qué». Esta observación certera resulta especialmente sorprendente cuando se lee la normativa alemana en materia de requisiciones y trabajos forzados. Pagaban setecientos dracmas por un día de trabajo, una suma que no bastaba ni para comprar dos huevos, y, sobre todo, compraban las vacas por ciento veinte dracmas, dinero justo para un par de cigarrillos. También recurrían al robo de ovejas a gran escala. No les llegaban de Alemania las provisiones básicas, de modo que vivían a costa de la población cautiva.

El general Müller, el joven y brutal comandante de la 22ª división Bremen-Sebastopol, impuso una política de controles agresivos para intimidar a la población, pero las patrullas alemanas cada día pasaban más miedo en las montañas.

En una aldea, un cretense obligado a alojar a un teniente alemán durante una noche trajo un poco de agua para lavarse de madrugada, como se le había ordenado la noche antes. Cuando trató de abrir la puerta se produjo un estrépito al caer la jofaina y la jarra esmaltadas que había arrimado el teniente a la puerta, como medio de alarma. El teniente estaba sentado, tieso, en la cama, «cargando el subfusil y con los ojos desorbitados».

Aparte de algunas operaciones relámpago en busca de armas, que efectuaban destacamentos de cincuenta hombres, los alemanes montaron expediciones de acordonamiento e inspección de aldeas utilizando entre doscientos y quinientos soldados. Rodeaban la aldea de noche y luego entraban en ella al alba. Encerraban a la población en la iglesia o la escuela mientras ellos se dedicaban a cavar los suelos y los jardines de las casas. Muchas de estas razzias se producían a raíz de delaciones de los espías, pero con frecuencia, afortunadamente, su información no era lo bastante precisa o reciente.

En una razzia efectuada en Alones la primera semana de enero de 1943, descubrieron una

batería en el jardín del sacerdote, el padre Yannis Alevizakis, un personaje adorado de la resistencia. Huyó a las montañas, siguiendo el ejemplo de los dos operadores de transmisiones británicos, pero su hijo fue detenido portando dos cartas comprometedoras. Mientras tanto, los feligreses de Alevizakis no perdieron un segundo en esconder el cargador y el resto del equipo que los alemanes no habían hallado en sus primeras pesquisas.

Unos días más tarde, los alemanes realizaron una nueva incursión en Asi Gonia, en busca de Jorge Psijundakis. En esta ocasión llevaron consigo a su informador hasta el borde del pueblo, oculto tras una gabardina.

Otra denuncia motivó una expedición alemana a la región de Apokoronas, en torno a Gurnes. Las tropas rodearon la quesería, conocida como «la colmena», que un grupo nutrido -Paddy Leigh Fermor, Arthur Reade, el sargento Alee Tarves, operador de transmisiones, y los dos guías, Yanni Tsangarakis y Jorge Psijundakis- había abandonado el día anterior.

Desde el monte que se elevaba enfrente, los británicos y cretenses espiaban a los destacamentos, de un total de doscientos hombres, que rebuscaban por la zona. Decidieron dividirse. Más adelante esa misma mañana, Leigh Fermor, Arthur Reade y Yanni Tsangarakis se subieron a un gran ciprés cargado de nieve para huir de una patrulla, y tuvieron que permanecer encaramados al árbol casi hasta la caída de la noche, debido a la frenética actividad de las tropas de montaña que los rodeaban. Ese día, el 25 de enero, pasó a la historia con el nombre de «día de la agalla del roble», en memoria de la experiencia similar por la que pasó el rey Carlos II, aunque con un frío menos intenso.

Una de las traiciones más sangrientas tuvo lugar en el suroeste de la isla en marzo. Los alemanes se enteraron de que un caique con oficiales cretenses trataba de unirse a las fuerzas griegas de Oriente Medio. Una nave de patrulla lo interceptó y hundió a cañonazos a cierta distancia de la costa.

Ante la vulnerabilidad de la moral alemana a principios de la primavera de 1943, Dunbabin, Leigh Fermor y Fielding no desaprovecharon la oportunidad de socavarla un poco más. Prepararon pasquines para explotar la nostalgia del hogar y la sensación de aislamiento de los soldados enemigos.

Un detalle particularmente ingenioso fue imprimir sobre esos volantes, redactados en alemán, pequeñas águilas que portaban esvásticas, así como mensajes en griego en los que se pedía a quienes los encontraran que los hicieran llegar inmediatamente a un soldado alemán. Con ello garantizaban su distribución, protegían a la población local y enfurecían a los oficiales, que sabían perfectamente que los estaban ridiculizando.

También montaron una campaña de pintadas. En torno a los barracones y los puestos de guardia pintaban de noche eslóganes en alemán que sugerían que entre la soldadesca reinaba el desencanto: «¡Scheiss Hitler!», «¡Heil Stalin!», acompañados por la hoz y el martillo; «¡Queremos volver a casa!» y «¡El Führer es un cerdo!»

Leigh Fermor propuso el siguiente pasquín:

¡Alemanes!

Hoy lleváis dos años en nuestra isla y vuestro dominio es la tacha más negra de vuestro deshonoroso historial. Habéis demostrado vuestra incapacidad para ser considerados una raza civilizada y sois mucho peores que los turcos, que fueron enemigos nobles y hombres de honor.

Habéis demostrado ser unos salvajes, y como tal seréis tratados.

Pero todavía no.

Por donde quiera que vayáis, hay ojos cretenses mirándoos. Observadores invisibles rastrean

vuestras huellas. Cuando coméis, cuando bebéis, cuando despertáis y cuando dormís, os estamos vigilando.

¡No lo olvidéis!

La hoja alargada de los cuchillos cretenses no hace ruido al penetrar entre los omóplatos. Se os está acabando el tiempo. La hora de la venganza está cada día más cerca.

Muy cerca.

Arjigós («jefe») de Creta central

[\[406\]](#)

Por su parte, los alemanes, conscientes de que no lograrían granjearse el favor de los cretenses mediante la propaganda, trataron al menos de alcanzar cierto grado de neutralidad ante la eventualidad de un desembarco británico. Sus diatribas se dirigieron menos a los británicos y se fueron concentrando en los comunistas, en quienes querían que se viera a los enemigos de los verdaderos cretenses.

Los mandos alemanes, influidos por los sucesos registrados en Rusia, quizás vieran en el ELAS el mayor peligro a largo plazo; probablemente también comprendieran que tratar de enemistar a los cretenses con los británicos era, una pérdida de tiempo. Sea como fuere, esperaban crear una división en el movimiento de resistencia.

Después de la guerra se puso en boga entre los círculos izquierdistas la teoría de que los oficiales británicos en Creta habían conspirado desde el principio para destruir a los comunistas. De hecho, en numerosas ocasiones los oficiales británicos habían hecho lo posible por evitar que se produjera una brecha entre los grupos venizelistas y EAM-ELAS. En el fondo no les desagradaba el general Mandakas, el oficial cretense de mayor graduación en decantarse por la izquierda. Un oficial británico pensaba de Mandakas, que combinaba una gran cautela con una inmensa ambición, que era «un colega muy agradable»:

[\[407\]](#) su mayor problema era que creía poder doblegar al ELAS a su voluntad.

Nick Hammond, que se lo encontró más tarde en la isla, cuando había ascendido a «ministro de guerra» en el gobierno ficticio que organizaron los comunistas, lo describe como un hombre «corpulento, fanfarrón de conversación tediosa».

[\[408\]](#) Probablemente Mandakas era sincero cuando confesó que él no era comunista personalmente, aunque colaboraba estrechamente con el Partido. (La patraña inventada por el Partido Comunista griego, sorprendentemente eficaz en Grecia, de que EAM y ELAS eran coaliciones independientes, nunca se divulgó con demasiada fe en Creta.)

Los comunistas, conscientes de que el general Mandakas, a pesar de su valía, nunca sería un líder suficientemente carismático, decidieron ganar a su causa a Manoli Banduvras, que ya tenía numerosos partidarios en las aldeas montañosas de la provincia de Iraklion y entre los campesinos menos afines a EAM-ELAS.

Exteriormente, este reclutamiento parecía una manera eficaz de potenciar la influencia comunista, pero los elementos ajenos al partido escogidos y ascendidos de esta suerte tendían a revolverse más tarde contra él, lo que tenía unas consecuencias funestas. Con todo, a la Misión militar británica le preocupó mucho esta noticia.

«A fuerza de trabajo, ideas claras y métodos poco escrupulosos, los LOLLARDS [nombre en clave informal de los comunistas] han logrado hasta ahora tener una influencia mayor en los asuntos cretenses de lo que les correspondería de acuerdo con su número de militantes. Han conseguido atrapar con su cebo a un general y al gran líder de la guerrilla en Creta -ambos peces gordos- y han logrado una gran proyección, alegando un apoyo militar al mayor nivel en un caso y un respaldo patriota de los campesinos en el otro.»

Irónicamente, los británicos fueron pillados a contrapié por Banduvas, y no por los comunistas. Tratando de apelar a su vanidad, le dijeron que el alto estado mayor de Oriente Medio deseaba consultarle algunos asuntos. Esperaban apartarlo temporalmente de la influencia comunista y, en el peor de los casos, responder a su solicitud de contacto con Egipto. Pero Banduvas sospechó que había gato encerrado: el año anterior se había peleado duramente con Dunbabin en relación con la distribución de armamento y sintió sin duda que Leigh Fermor era probablemente el único oficial británico que sentía cierta simpatía por él. (Se dice que la envidia de Petrakageorgis, su capitán rival en la región, tuvo mucho que ver en todo el embrollo.)

De modo que Banduvas organizó una reunión para asegurarse de que se le repetía esa propuesta delante de testigos clave. Luego rechazó la oferta con una declaración grandilocuente de que su lugar estaba junto a sus hombres, sobre el terreno. Se volvió a los oficiales cretenses presentes y les preguntó si no opinaban lo mismo. No tuvieron más opción que mostrarse de acuerdo. Banduvas, que se encargó de que la escena se propalara rápidamente, seguramente con algunos retoques dramáticos, había logrado una victoria a los ojos de sus seguidores campesinos: los generales británicos de El Cairo estaban pendientes de todas y cada una de sus palabras, pese a lo cual él prefería quedarse en la isla con sus camaradas cretenses.

Pero la Misión militar británica no arrojó la toalla. Para sustraer a Banduvas de la influencia comunista, le concedieron el título pomposo de «Jefe de los francotiradores de la provincia de Iraklion». (Banduvas omitió la segunda parte para dar la impresión de que se trataba de toda Creta.)

Este nuevo título le gustó tanto que, cuando el rey Jorge de Grecia, el personaje más odiado por los comunistas, envió un mensaje de saludo a la resistencia cretense por indicación de la SOE de El Cairo, Banduvas (la gran esperanza comunista) elaboró de inmediato una respuesta acorde con su nueva posición. «En mi calidad de jefe de los francotiradores, le pido que le haga llegar nuestro agradecimiento por telégrafo y le diga que estamos indisolublemente unidos a él, unidos espiritual y materialmente a su lado para golpear con toda nuestra fuerza al lobo satánico.»

En abril, los comunistas cometieron su error político más craso de toda la ocupación. Convocaron una conferencia pancretense en Karines, a la que invitaron a representantes de todos los grupos de Creta, pero a ningún oficial británico.

Al descubrir esta exclusión, el comandante Cristos Tsifakis, el oficial cretense que había dirigido la defensa de Rézimno, se negó a participar y se fue. Ninguno de los demás grupos boicoteó la reunión, lo que a la postre fue una suerte para los británicos: de lo contrario, podrían haber maquillado la mayor gaffe política comunista en toda la guerra.

Entre las resoluciones que habían de debatirse, dos en particular habían sido mal escogidas. La primera era antibritánica sin ambages; la segunda rezaba: «Que Grecia renuncie a cualquier aspiración sobre el norte de Epiro, Tracia y algunas partes de Macedonia, ya que étnicamente no son griegas».

Para los patriotas, este reconocimiento público de la estrategia comunista internacional de hacer de Macedonia un estado independiente (algo que, prudentemente, el EAM no mencionó en la Grecia continental) equivalía a una traición imperdonable. La reunión acabó a voces y la esperanzas de los

comunistas de aliarse con la EOK nacionalista -que presumiblemente querían manipular y algún día llegar a dominar- quedaron rotas irremisiblemente.

Después de la debacle comunista, la EOK nacionalista pudo celebrar su primera reunión pancretense en Prines, el 15 de junio, en una atmósfera optimista. Se nombraron representantes políticos y jefes militares para las cuatro grandes provincias: Canea, Rézimno, Iraklion y Lasiti.

La resistencia en Canea carecía de líder militar, pero contaba con una estructura administrativa. Muchos de sus miembros ya tenían cargos oficiales dependientes de las autoridades alemanas, y al mismo tiempo colaboraban en secreto con los aliados. Esto les convertía en una suerte de gobierno local en suspenso. Su figura más destacada era Nikólaos Skulas, el alcalde de Canea: al poco tiempo, pese a lo avanzado de su edad, tendría que huir a las montañas. Y, entre la generación de los jóvenes, Constantinos Mitsotakis, Manosos Manusakis y Mijailis Botonakis trabajaban con la red de inteligencia de los Quins, dirigida por Marko Spanudakis.

Por entonces no había grupos de guerrillas que operaran en la vecindad inmediata de Canea -era una medida política deliberada, para evitar las represalias- y las bandas que pronto se formarían en el sur estarían demasiado alejadas para que pudiera establecerse un enlace efectivo con ellas.

En la provincia de Rézimno, casi inmediatamente después de la caída de Creta, el alcalde Tsifakis había creado una red de resistencia que agrupaba a tendencias políticas muy diferentes -venizelistas, comunistas y monárquicos-. Pero el desliz de los comunistas en Karines había motivado su exclusión.

El regalista más importante de Creta era Emmanuel Papadoyannis, que después de la guerra sería ministro. Los aires de importancia que se daba encajaban perfectamente con su barba entrecana y su mostacho con las puntas hacia arriba.

Los oficiales británicos, a los que inspiraba afección y respeto, le dieron el nombre en clave de «Pooh Bah» («acaparador de prebendas»), debido a todos los cargos que había acumulado hasta llegar a gobernador general. Como monarquista, aunque no metaxista, era uno de los pocos cretenses aceptables para el rey y el gobierno griego en el exilio, y por lo tanto representaba un vínculo vital en semejante bastión republicano.

[409]

El alcalde Tsifakis tenía más aire de estudioso que de soldado: un oficial británico observó que «carecía en absoluto de la jactancia cretense». Y, pese a cierta afición por la intriga, era un hombre honesto, con pocas ambiciones aparentes por la «jefatura».

La provincia de Rézimno contaba también con el mejor ejemplo de organización de la resistencia en toda la isla, el consejo del valle Amari. Los oficiales de enlace británicos le dieron el nombre en clave de «consejo del condado del país del loto». Aléxandros Kokonas, el adorado maestro de escuela de Yerakari, era su coordinador real.

El comandante militar de la provincia de Lasiti, coronel Nikólaos Plevres, había sido comandante de brigada en Albania y entre sus seguidores había muchos veteranos de la V división cretense. Pero Tom Dunbabin y Sandy Rendel, que posteriormente sería el oficial británico apostado en la región, sospecharon de él cuando los alemanes lo liberaron rápidamente después de una operación de cerco a la red de Neapolis. Dieciocho meses después, Plevres, un nacionalista de derechas, recibió armas de los alemanes, que se las entregaron con la esperanza de que combatiera a los comunistas.

La provincia de Iraklion había nombrado a un consejo de unificación -el Comité de Asesores Civiles-, compuesto por figuras destacadas como dignatarios eclesiásticos y profesores. Algunos

dieron muestras de gran sagacidad, pero unos pocos eran absolutamente imprevisibles. El coronel Beteinakis, líder militar de toda la provincia, era un oficial cuya valentía superaba con creces su capacidad de discernimiento.

El activo más importante de Iraklion era el servicio de información, dirigido por dos estudiantes jóvenes sumamente sensatos: primero Jorge Dundulakis y luego Mikis Akumianakis, hijo del capataz de sir Arthur Evans en Cnosós, lo que explica su nombre en clave de «Miki minoico». La responsabilidad de las tareas de inteligencia de esta red se confió a la misión del ISLD, que llegó el 12 de mayo.

Ralph Stockbridge, el operador de transmisiones de Jack Smith-Hughes en la primera misión, había sido ascendido a capitán y volvió con John Stanley, un antiguo amigo de la escuela, oficialmente como su operador de transmisiones. Había convencido a Stanley -que había sido «bimbashi» ('comandante') en la fuerza de defensa de Sudán- de que fuera con él en misión a Creta «como si le estuviera invitando a pasar un día en el hipódromo».

[410]

El submarino Papanikolis los llevó hasta la costa septentrional de Creta, algo excepcional, ya que los desembarcos se realizaban casi exclusivamente en el lado opuesto de la isla. Stockbridge ha dicho de este submarino que era como un navío alarmanamente antiguo, que tenía que subir a la superficie para cargar las baterías. Comandado por el capitán Atanasios Spanidis, la tripulación del Papanikolis tenía la reputación de ser valiente hasta la locura, que se había ganado durante la guerra, cuando hundía buques italianos en el Adriático a quemarropa.

Fueron dejados entre Rézimno e Iraklion, pero a bastante distancia de la costa, por lo que tuvieron que ir remando hasta la playa sobre una lancha redonda de caucho que, como un bote de mimbre, daba vueltas sin cesar y avanzaba muy poco. La experiencia debió ser sumamente desagradable para las dos palomas mensajeras que El Cairo insistió en que llevaran.

A medida que se acercaban a la playa, distinguieron unas figuras sobre un bote pequeño, de modo que dieron la contraseña acordada por adelantado: «Venimos a por las abejas». Se trataba de unos cretenses que pescaban en una zona vedada, por lo que desaparecieron presa del pánico, creyendo haber sido descubiertos por los alemanes. Stockbridge y Stanley llegaron finalmente a tierra, pero su alivio duró poco, pues comprobaron de inmediato que habían caído sobre un campo minado. Acabaron por salir de ahí sin percances y un poco más lejos, costa abajo, dieron con su contacto, que no era otro que Paddy Leigh Fermor.

Primero los llevó al pequeño monasterio de Vosaki y de ahí a la que era por entonces su base, un corral de piedra para ovejas perteneciente a la familia Dramundanis, situado sobre la falda occidental de la sierra del monte Ida, desde donde se dominaba Anoya.

Varias personas se habían agrupado en el lugar de encuentro, listas para iniciar una caminata hacia la costa meridional, desde donde habían de ser evacuados a Egipto varios andarles y agentes de inteligencia. El 25 de mayo, se produjo un accidente trágico de los que tanto abundan en las guerras. Delante del corral se hallaban, sentados en círculo, Ralph Stockbridge, John Stanley, Paddy Leigh Fermor y Yannis Tsangarakis, el guía valiente y fiable que Leigh Fermor ya había propuesto para una condecoración británica.

Apareció un centinela para avisarles de que una patrulla alemana había llegado a Anoya. Aquel hecho relativamente corriente no les asustó, pero Leigh Fermor, como los demás, alargó el brazo para coger el fusil. Echó atrás el cerrojo para comprobar si todas las piezas móviles estaban bien engrasadas. La cámara estaba limpia, pero no vio un cartucho cargado que había quedado en el

cargador. Después de bajar el cerrojo, un gesto con el que hizo entrar automáticamente el cartucho en la cámara, apretó el gatillo para liberar el resorte. Se produjo un disparo y Tsangarakis, que estaba acucillado enfrente de él, fue herido en el muslo.

Al principio la herida no parecía grave. Lo vendaron cuidadosamente mientras un mensajero salía corriendo a buscar a un doctor, a pesar de la presencia de los alemanes bajo la montaña. Pero Tsangarakis murió no mucho después. Lo enterraron bajo dos encinas y camuflaron la tumba con zarzas y piedras, para que no la descubrieran los alemanes.

Leigh Fermor estaba consternado. Adoraba a Yannis Tsangarakis y las palabras de perdón que le dedicó éste antes de morir no hicieron más que agudizar su sensación de culpa. Pero todavía no había llegado lo peor.

Algunas personas mal predispuestas, al enterarse del accidente, difundieron prontamente la especie de que la muerte de Yannis Tsangarakis había sido planeada y trataron de convencer de ello a su familia. Eso provocó años de desavenencia, por una parte, y de desconsuelo y pena constantes por otra. Pasarían muchos años antes de que sus amigos comunes, especialmente Jorge Psijundakis, lograran convencerlos de que se había tratado de un accidente.

Aunque aquel episodio no podía acabar felizmente, el poso de amargura fue definitivamente borrado cuando, más de treinta años después, Paddy Leigh Fermor y su mujer, Joan, fueron invitados a apadrinar a la nieta de Yannis, un vínculo importantísimo en Creta. La llamaron Joanna, en honor a Joan Leigh Fermor.

Petrakagueorguis volvió de El Cairo el 7 de junio. Durante su estancia en la capital egipcia había sido contactado por la Organización de Servicios Estratégicos (OSS), el equivalente norteamericano de la SOE (Junta de Operaciones Especiales). Les ofrecían mejores aprovisionamientos en armas, equipo y dinero líquido. Petrakagueorguis regresó pavoneándose -un efecto que solían provocar las visitas a El Cairo-, pero la OSS no cumplió sus promesas de apoyo (es posible que la SOE le pusiera trabas entre bastidores) y tuvo que seguir, un poco desanimado, la rutina británica, considerablemente menos fascinante.

En cuanto los alemanes se enteraron de su regreso -por entonces, la noticia ya tenía dos meses- organizaron un ataque contra su banda por encima de Vorizia. Por algún motivo, los alemanes sentían una enemistad personal por Petrakagueorguis, al que odiaban más que a cualquier otro capitán cretense. Pese a su inferioridad aplastante, logró escapar con siete de sus hombres después de una lucha encarnizada que duró todo el día y en la que los atacantes perdieron a trece hombres. Como venganza, los alemanes hicieron salir de la aldea a sus habitantes y luego destruyeron Vorizia con Stuka, como un ejercicio de prácticas de bombardeo.

En la zona de Xan Fielding, al oeste de Creta, se estaba produciendo la evacuación definitiva de los soldados rezagados desde 1941. El barco sobre el que Tom Dunbabin y Jorge Psijundakis se fueron de permiso a El Cairo, en febrero, había traído a un neozelandés, el sargento Tom Moir, de la «fuerza A». Era el nombre en clave de MI9, la organización responsable de sacar a los prisioneros evadidos o a quienes los ayudaban a huir del territorio ocupado.

Moir, miembro de la «infantería» en Galatás y fugitivo después de la batalla, había recibido formación y sido enviado de nuevo a la isla para sacar de ella el resto de las personas que permanecían en la isla. Entró en contacto con numerosos grupos antes de organizar un servicio de vuelta a Egipto con una lancha motora. Tuvieron problemas para desplazar a un australiano paralizado, que estaba oculto en una cueva y era atendido con devoción por los habitantes de Kiriakoselia. Xan Fielding estaba particularmente interesado en liberarlos de aquella carga y aquel peligro perorante su consternación, el sargento Moir fue capturado el 6 de mayo. Aunque iba vestido

con ropa de civil, Moir logró convencer a los alemanes de que nunca se había ido de la isla, gracias a lo cual eludió la ejecución y fue enviado en avión a un campo de prisioneros de guerra ordinario en Grecia.

Fielding se puso inmediatamente manos a la obra. Tuvo la suerte de encontrar a los tres soldados australianos, llenos de recursos, que habían rescatado su equipo del mar el mes de noviembre anterior, y pudo delegar gran parte de la tarea en ellos. En un lapso de tiempo notablemente breve, llevaron a las tropas a un escondite en los bosques situados por encima de Kustoiérako, un lugar que al poco recordaba a la guarida de un bandido.

Fielding utilizaba la estación de transmisión del ISLD que había en los parajes para comunicarse con El Cairo, al efecto de organizar la evacuación mediante lanchas motoras de la Royal Navy la noche del 7 de mayo. Todo estaba preparado para transportar al australiano paralizado desde la cueva de Kiriakoselia: sería desplazado a lomos de un asno, disfrazado de anciana enferma. Pero en el último momento, seguro de que no sobreviviría al viaje y no deseando poner a los demás en peligro, se negó a marchar. Murió poco después.

A principios de junio, Schubert, el jefe de contraespionaje que sustituyó a Hartmann, decidió hacer de vagabundo y delator personalmente. Fue a Kuniara, más arriba de Asi Gonia, con cuatro cretenses renegados, fingiendo ser un oficial inglés recién llegado de El Cairo.

Un niño confiado les contó todo lo que sabía de la presencia inglesa en la zona pero, en el último momento, cuando le pidieron que los acompañara a la base inglesa, tuvo alguna sospecha. Lo capturaron mientras trataba de huir y lo abatieron in situ. Los vecinos oyeron la detonación y comenzaron a aparecer en la calle. Schubert y sus cómplices, aunque iban armados, salieron corriendo a buscar refuerzos, tal era su miedo de la ira de los campesinos.

A finales de julio, Jorge Psijundakis volvió a la isla después de haber pasado algún tiempo en Oriente Medio. Lo acompañaba uno de los personajes más interesantes de aquellos años: el sargento Dudley Perkins, un neozelandés conocido por los británicos como «Kiwi» y por los cretenses, como «Vasili».

Perkins, que también formó parte de la «infantería» en Galatás, había escapado de la cárcel junto con Moir. Fue un líder natural de la guerrilla, con una gran intuición para la táctica. Su coraje excepcional impulsó a Xan Fielding a proponerlo para la cruz Victoria, pero la condecoración le fue denegada porque ningún oficial británico había sido testigo de sus hazañas. La cautela de las autoridades británicas no desanimó a los cretenses, que lo incorporaron al acervo de sus leyendas heroicas.

Como Moir, Perkins había aprendido algo de griego durante su época de soldado sin ejército en Creta. Pese a que tenía educación universitaria, no le habían dejado asistir a un curso de formación de oficiales que imponía una disciplina ciega, pero él estaba perfectamente satisfecho de seguir siendo oficial. Las impresiones sobre su persona difieren. Sandy Randel, que sí asistió a ese curso, lo recordaba como «un fox terrier temblando de ansia»,

[\[411\]](#) lo que sugiere la figura de un soldado carente de sentido del humor y con exceso de celo. Pero Jorge Psijundakis, que había pasado casi un mes con él en Egipto, tratando de mejorar el griego de Kiwi, lo consideraba un compañero simpático.

Una noche, en Vafe, durante la vuelta de presentación que dio, ambos visitaron a una profesora «adicta a la resistencia». En la sala mal iluminada donde se encontraban, ella aceptó el cigarrillo que le ofrecieron y le dijo de soslayo, bromeando, en griego, a Psijundakis: «Si enciendo el cigarrillo es sólo para ver lo apuesto que es». Perkins, que no había dicho nada de sus conocimientos de griego,

tuvo que ponerse otro cigarrillo en los labios para disimular sus ganas de reír.

[412]

Después de esta ronda de las aldeas clave con Psijundakis, Xan Fielding envió a Perkins a la zona de Selinon, donde debía colaborar con Aleo Tarves -conocido como «el hojalatero»-, el operador de transmisiones de la zona, y adiestrar a la banda de Selinon, compuesta en su mayoría por la familia de Paterakis. Fielding apreció en seguida las virtudes de Perkins y no tuvo la más mínima duda en dejarlo trabajar de manera independiente. Gracias a su ayuda, los selinotas, que eran menos de veinte hombres, fueron pronto uno de los grupos de combate más eficaces de toda la isla.

Un mes después de la llegada de Perkins, Fielding organizó un envío de material por paracaídas. La banda de Paterakis y otra de la zona fueron armadas con pistolas Sten, ametralladoras Bren y subfusiles Thompson. Y, como la resistencia en Creta estaba pasando a una fase superior, Fielding les había pedido una suerte de uniforme: los sombreros caídos de los australianos y los pantalones de montar británicos eran la ropa que más se aproximaba a los «recogemierda» cretenses. Los pantalones eran un regalo extra procedente de la mecanización de la división de caballería de Palestina.

Otro problema desvió la atención de Xan Fielding aquel verano. El general Mandakas había comenzado a exigir armas, porque el alto estado mayor de Oriente Medio había reconocido recientemente al EAM y a su ala militar, el ELAS. El coronel Kondekas, jefe de estado mayor de Mandakas (una denominación considerablemente altisonante, habida cuenta de lo exiguo de sus seguidores), lanzó el ultimátum de que si Fielding no aceptaba a Mandakas como líder de la resistencia cretense, el EAM no lo reconocería como el representante oficial de los aliados.»

Fielding descubrió también consternado que los griegos que operaban en la estación de radio del ISLD en la zona de Selinon eran todos partidarios de EAM-ELAS. Habían puesto su sede a disposición del general Mandakas, lo que le permitía pretender que estaba en contacto regular con El Cairo. Llevando más lejos la provocación, había enviado un mensaje a la capital de Egipto en el que denunciaba que la negativa de Fielding a proporcionarle armas era una interferencia escandalosa en los asuntos internos de su país, toda vez que el alto estado mayor de Oriente Medio había reconocido a EAM-ELAS. (En Egipto, Monty Woodhouse había organizado la firma del «acuerdo entre las bandas nacionales» el 5 de julio, tratando de supeditar a los comunistas a una estructura de mando y evitar que atacaran al grupo no comunista de la EDES, dirigido por el general Napoleón Zervas.)

Fielding, que no sabía nada de este nuevo acuerdo, se negó a ceder al chantaje de Mandakas. Dijo que sólo le proporcionaría armamento cuando hubiera reconocido a la cadena de mando aliada -y, por lo tanto, británica- en el Mediterráneo oriental. Afortunadamente, se trataba de una de las cláusulas del acuerdo entre las bandas nacionales, de modo que a Mandakas sólo le quedó el recurso de la pataleta. Pero a Fielding le pareció sumamente irritante este nuevo acuerdo de los comunistas.

25 - El armisticio italiano

La invasión de Sicilia en julio de 1943 y la consiguiente caída del régimen fascista en Italia provocó una marcada intensificación en la escala y el ritmo de la resistencia en Creta. Hasta aquel verano no se habían producido más que escaramuzas aisladas y ataques contra soldados solitarios. A partir de ese momento, las acciones que provocaban la muerte de una veintena de alemanes empezaron a menudear y, en un par de ocasiones durante el año siguiente, abatieron hasta cuarenta enemigos en expediciones en las que participaron un centenar o más de andartes.

Los preparativos del desembarco en Sicilia, conocidos con el nombre de operación Husky, habían comenzado con varios meses de antelación con una gran campaña de diversión, que pretendía convencer a los alemanes de que la invasión aliada de Europa meridional se produciría a través de Creta y Grecia. Se lanzó una serie de razzias en Grecia, incluida la destrucción de un nuevo puente ferroviario, con el nombre en clave de «Animáis».

En Tobruk se reunió una flota simulada, pero una tormenta la destruyó, disgregando sus piezas constituyentes, hechas de lona y madera contrachapada. Quizás el elemento más célebre de esta campaña sea ese brillante juego de manos que se conoció con el nombre de operación Carne Picada.

Un submarino de la Royal Navy depositó un cadáver vestido e identificado como oficial del estado mayor británico a cierta distancia de la costa española. Los documentos que llevaba encima «revelaban» que Cerdeña y Grecia eran los objetivos reales y que el ataque contra Sicilia (donde se produjeron los primeros desembarcos el 10 de julio) no era más que una distracción. Berlín, en buena medida gracias a la obsesión de Hitler por el flanco balcánico, mordió el anzuelo.

[413] Se ordenó la partida inmediata de dos grupos de combate: una flota de bombarderos y la 1ª división Panzer.

Cuatro semanas antes de que comenzaran los desembarcos en Sicilia, se lanzó una nueva ronda de ataques por parte de escuadrones navales especiales contra los aeródromos alemanes de Creta. Tenían un propósito doble: destruir la aviación alemana de la región que pudiera emplearse contra la flota de invasión y reforzar la impresión de que Creta y Grecia eran los territorios cuya invasión se iba a tentar. En su base de adiestramiento en Palestina, Athlit Castle, los equipos del escuadrón naval especial (SBS) se habían hastiado de realizar constantes prácticas, de modo que aceptaron con agrado esta nueva operación. David Sutherland, que había comandado uno de los equipos de incursión el verano anterior, encabezaba los tres grupos dirigidos por los tenientes Lassen, Lamonby y Rowe.

A Rowe, que llegó el 27 de junio, cuatro días después de los demás, se le había asignado el objetivo más próximo, la base aérea de Timbaki, pero nuevamente se demostró que no estaba en funcionamiento. Lamonby se dirigió a raklion, pero el guía que le había proporcionado Dunbabin le advirtió de que el aeródromo de la localidad ya apenas se utilizaba. Un blanco mucho más útil sería el depósito de combustible que se encontraba en Peza, que Lamonby destruyó en una operación espectacular.

El tercer grupo, bajo el mando de Andy Lassen, comprobó que Kasteli Pediados estaba fuertemente protegido después del ataque del año anterior. La única solución era efectuar un ataque de distracción, para que los encargados de poner las bombas pudieran desplazarse sigilosamente de un grupo de aviones a otro, amparándose en la confusión. Lassen, un danés legendario que había

obtenido la cruz del mérito militar y dos barras y después obtuvo una cruz Victoria a título póstumo, era conocido por su grito de «¡El trabajo antes que las mujeres!» cuando había que limpiar las armas y el equipo al regresar a la base de partida.

Todos ellos llegaron el 11 de julio al escondite de Sutherland, en las colinas costeras que dominan Treis Eklisiés, pero lo mismo hicieron algunos cretenses que querían abandonar la isla para eludir las represalias. Una pequeña patrulla alemana descubrió la garganta en la que se habían ocultado para esperar a que cayera la noche y dirigirse a la playa. Dos de los alemanes fueron capturados sin que hubiera necesidad de efectuar ningún disparo, pero los otros dos se replegaron rápidamente cuando los cretenses abrieron fuego contra ellos. Lamonby se fue tras ellos en solitario, un gesto valiente pero temerario. La lancha motora que recogió al resto del grupo se acercó a la playa, al lugar en que había sido visto por última vez, pero no había ningún indicio de su presencia. Había subestimado a los dos soldados que trató de cazar al acecho/ Su cuerpo fue descubierto mucho tiempo después.

Para coincidir con los demás ataques, Paddy Leigh Fermor entró en Iraklion con Manoli Paterakis. Un asno acarreó su carga de minas magnéticas hasta el centro de la ciudad, donde las ocultó Yannis Andrulakis. Planeaban atacar los buques del puerto pero, una vez franqueada la valla de alambre de espino, los descubrieron y tuvieron que salir corriendo antes de que sonara la alarma general.

A finales de julio, cuando se encontraba en Yerakari con Aléxandros Kokonas, Leigh Fermor recibió un mensaje de Mikis Akumianakis que le hizo volver a la carrera a Iraklion. Mussolini había sido derrocado después de la invasión de Sicilia y el comandante italiano de la división que ocupaba el este de la isla, general Angelo Carta, deseaba hablar con un oficial británico.

A través de Banduvas se le había hecho llegar con la mayor discreción la insinuación de que, en caso de que los británicos invadieran Creta, los italianos habrían de rendirse de inmediato, pero no se había vuelto a tratar el tema. En esta ocasión el teniente Franco Tavana, oficial de contraespionaje del general Carta, se ofreció a enviar un automóvil de servicio y un uniforme italiano para que Paddy Leigh Fermor pudiera llegar a su cuartel general.

Tavana, anteriormente oficial de aduanas en el lago de Como y por entonces oficial en los Alpini, ya había dado muestras de valentía y heterodoxia. El año anterior había llegado a la casa del líder comunista Milcíades Porfiroyenis, un pasajero muy especial del Kalanthe y posteriormente miembro del comité central del Partido en el continente. Porfiroyenis, al ver al jefe del contraespionaje, se temió lo peor, pero como alternativa a su detención y ejecución le dijeron que se desplazara a la zona controlada por los alemanes y no se moviera de ahí.

Las historias que hablaban de fricciones entre los aliados no eran nuevas. Se habían producido luchas entre los soldados italianos y alemanes: en una ocasión, un italiano lanzó una granada contra un grupo de alemanes, matando a uno e hiriendo a dos. Las autoridades militares italianas tuvieron que arrestarlo, pero lo liberaron unos días después, ante la cólera alemana. Los cretenses sentenciados a muerte en las provincias de Lasiti y Sitia fueron alejados de la zona debido a la insistencia alemana, siendo conducidos en ocasiones hasta el Dodecaneso. Se simuló su ejecución y se cavaron fosas que luego se volvieron a rellenar de tierra.

Había que tomar todas las preocupaciones posibles para el viaje de Leigh Fermor. El general Carta estaba muy nervioso. Schubert seguía contratando a informantes. Pero los escuadrones de Banduvas hacían lo propio. Habían descubierto recientemente a catorce traidores. Empleaban una táctica muy sencilla: un par de hombres vestidos con uniforme de gendarme, acompañados por un cretense de pelo crespo que portaba un uniforme alemán «arrestaban» al sospechoso, alegando que

había sido denunciado como miembro de la resistencia. El hombre, si de verdad trabajaba para los alemanes, les mostraba en seguida una prueba de ello, normalmente un pedazo de papel firmado por las autoridades alemanas.

La caída de Mussolini provocó una gran euforia en los barracones italianos: los soldados rasgaron sus camisas negras y destrozaron el retrato del dictador. Pero el general Carta estaba incómodo. Leigh Fermor le «dispensó zalamerías a granel»:

[414] siempre encabezaba sus cartas con la fórmula «Mon aénéral, j'ai l'honneur de communiquer a votre Excellence...-» Pero Carta seguía dudando, incluso después de que el general Bráuer lo fuera a ver desde el extremo opuesto de la isla para garantizarle que los alemanes no atacarían si los italianos no hacían nada.

La cuestión crucial para los italianos era si los británicos invadirían la isla, resolviendo con ello su problema. En vísperas de los desembarcos en Sicilia y de la estrategia de distracción, los planes aliados seguían rodeados de gran confusión. Los rumores de una ofensiva en el Mediterráneo oriental contra las islas «que tanto tiempo habían sido objeto de deseo estratégico» no carecían de fundamento.

[415] El 2 de agosto, Churchill confió al general Ismay: «En caso de que las tropas italianas en Creta y Rodas resistan a los alemanes y la situación quede estancada, debemos ayudar a los italianos lo antes posible, con lo que nos granjearemos el apoyo de la población».

[416] Pero, aunque se pidió a Leigh Fermor que comunicara a El Cairo cuáles habían de ser los blancos de un posible bombardeo en caso de resistencia italiana -es probable que se filtrara la noticia de que le habían formulado esta solicitud entre los círculos de la resistencia-, Creta fue pronto descartada como objetivo secundario. Los mandos de Oriente Medio se centraron exclusivamente en las islas del Dodecaneso de Rodas, Cos y Leros.

Churchill tuvo la idea peligrosa y poco práctica de abrir una ruta hasta Rusia pasando por los Dardanelos, como alternativa a los convoyes que llegaban por el Ártico. «Ha llegado el momento -le dijo al general Wilson- de pensar en la posibilidad de que los hombres de Clive, Peterborough y Rookes tomen Gibraltar.»

[417] Pero los alemanes ocuparon Rodas con suma rapidez y hubo que reducir considerablemente la ambición de los planes después de que en la Conferencia de Quebec se decidiera sacar a los buques disponibles del Mediterráneo oriental. Sólo se dejó una brigada, algunas naves poco preparadas y un puñado de soldados para la operación. Las tropas británicas desembarcaron en las islas de Cos y Leros el 14 de septiembre, pero tenían pocas posibilidades de resistir los fuertes contraataques alemanes, primero contra Cos y luego contra Leros.

El general Carta era un oficial bajo y orondo que llevaba un monóculo y tenía a una querida cómodamente instalada cerca de su cuartel de Neapolis. Era amigo de la familia real italiana, un «hombre de corte», no un fascista, y su

modo de administrar la parte oriental de Creta había sido inusualmente humanitario. La falta de arrojo de que dio muestras durante el mes de agosto se debió ante todo a su deseo de evitar un baño de sangre inútil. Tavana, su oficial de contraespionaje, era un hombre mucho más osado y resuelto, que elevó las perspectivas de las fuerzas italianas, en alianza con los andarles cretenses, de mantener

la parte oriental de la isla frente a la oposición alemana.

Como Banduvas, el único líder de la guerrilla con un número elevado de partidarios, estaba acuartelado no muy lejos hacia el suroeste, en Psari Forada, en la meseta de Vianos, Leigh Fermor fue a verlo el 12 de agosto. Lo acompañaban su operador de transmisiones, el sargento del estado mayor Harry Brooke, y Niko Suris. Suris, el brazo derecho de Dunbabin, era un alejandrino de gran inteligencia y tacto y uno de los pocos griegos del exterior en quien confiaran los cretenses.

La guarida de Banduvas en la meseta era impresionante. Se hallaba por encima de los pastizales, en un lugar alejado de cualquier indicio de vivienda y dominaba el conjunto de la provincia. Unos centinelas de porte maravillosamente trágico acompañaron a Leigh Fermor hasta su campamento, que tenía hileras de chozas hechas con ramas entretejidas. Un panadero, un sastre, un zapatero remendón y un armero los hacían autosuficientes.

Lo más sorprendente de todo era la composición de las fuerzas de Banduvas. Aparte de los pastores y los habitantes de las aldeas montañosas, había estudiantes, oficiales del ejército, dos monjes armados hasta los dientes, un sacerdote, varios policías, algunos griegos sin recursos, un inmenso cosaco llamado Piotr, evadido del campo de prisioneros rusos de Áyios Galini, un australiano y un neozelandés, ambos rezagados de la batalla que se había registrado dos años antes, un grupo de regalistas dirigidos por Atanasios Burdzalis y, por último, un puñado de comunistas reclutados principalmente por el secretario de Banduvas, Yanni Bodias. Este era un joven, apuesto e inteligente griego de Asia menor que tenía bastante encanto y se encontraba en prisión cuando comenzó la invasión de los paracaidistas por un intento de asesinato: después de abusar de un niño lo había tirado a un pozo. Cuando la influencia de Bodias sobre el jefe de los francotiradores comenzó a declinar no cabía descartar que se enemistaran.

Era inevitable que se produjeran cambios constantes en la atmósfera de un grupo tan heterogéneo. Un día, mientras Leigh Fermor y Banduvas estaban fuera del campamento, uno de los escuadrones encargados de luchar contra los traidores trajo consigo a un sospechoso llamado Lukakis. Iba atado por los tobillos y se disponían a torturarlo, pero intervino Niko Suris, con el apoyo del sargento Harry Brooke, y, cuando regresaron Banduvas y Leigh Fermor, se reunió un tribunal marcial y fue fusilado. El día siguiente, el traidor Singelakis, que había delatado a los oficiales que trataban de huir en un caique desde la costa suroccidental, fue capturado. También él confesó y fue fusilado.

La tropa heterogénea pero eficaz de Banduvas crecía día a día, a medida que se le incorporaban hombres de todas las latitudes. Leigh Fermor calculó que debía contar con unas ciento sesenta personas, y Banduvas, exagerando probablemente mucho, afirmó que podía llamar a las armas a dos mil más. El 20 de agosto, una semana después de la llegada de Leigh Fermor, se produjo el ansiado envío de armas mediante paracaídas. Todo funcionó a la perfección. El sargento Paddy Fortune, que pilotaba el avión, hizo descender su aparato, agitó las puntas de sus alas a guisa de saludo y los contenedores con sus paracaídas fueron saliendo de la nave con una cadencia asombrosa.

Llevaron todo el material al campamento en una procesión triunfal, rodeada de fuegos de bengala. Aparte de las armas y la munición, los contenedores tenían colchas, camisetas de camuflaje, cinturones de lona y hebillas para las bayonetas. Banduvas quería que sus hombres fueran equipados de arriba a abajo para que se les aceptara como una unidad regular del ejército británico. Aunque Leigh Fermor le explicó con la mayor claridad posible que la función de aquella banda consistía en ayudar a los italianos, en caso de que decidieran resistir a los alemanes, y ceder su superávit de armas al conjunto de la resistencia cretense, el jefe de los francotiradores estaba convencido en su fuero interno de que se estaba preparando algo de mayor envergadura. La idea de una invasión británica tardó en

desvanecerse después de una llamada del rey Jorge II en la que ofrecía su apoyo a las fuerzas aliadas. Este mensaje, que había precedido a los desembarcos en Sicilia, mencionaba en realidad fuerzas de ataque, más que de invasión, pero la ambigüedad formaba parte del plan global de engañar al enemigo.

Una vez equipados los hombres de Banduvas, Leigh Fermor se fue a Neapolis, donde residió en la casa del teniente Tavana, quien le comunicó todos los planes alemanes de defensa de la isla, informes confidenciales, órdenes y valoraciones de las organizaciones cretenses de resistencia.

Hitler había ordenado la elaboración de planes alternativos dos días después de la caída del poder de Mussolini. A lo largo del mes de agosto fueron aplicándose gradualmente esas medidas, que comportaban la invasión germana de Italia. Hitler sospechaba acertadamente que el nuevo gobierno del mariscal Badoglio pediría un armisticio y se preparó una operación, cuyo nombre en clave era ACHSE, destinada a desarmar a las tropas italianas cuando eso ocurriera.

La mañana del 9 de septiembre, Leigh Fermor, que tenía problemas en una pierna, descansaba en una cabreriza situada por encima de Kasteli Pediados cuando Mikis Akumianakis llegó muy excitado con la noticia del/armisticio italiano anunciado el día anterior. En torno a mediodía apareció Tom Dunbabin con Niko Suris, que lo había encontrado en la playa de Tsursuro el día antes, nada más regresar de Egipto. Dunbabin confirmó que no había ninguna esperanza de que los aliados desembarcaran en Creta. «Si la hubiera habido -le dijo bromeando a Leigh Fermor- nos habrían hecho comandantes de brigada a los dos.»

[418]

Muy poco después, llegó un mensajero enviado por Banduvas con una misiva escrita tan mal que hubo que hacerla pasar de mano en mano. Mientras Mikis Akumianakis estudiaba aquellos garabatos, Dunbabin le preguntó a Leigh Fermor quién era ese joven y si era de fiar. Cuando se lo dijeron no se lo podía creer. Se dieron grandes abrazos y rememoraron sus experiencias de Cnosós, que se remontaban a la época de sir Arthur Evans. Finalmente Akumianakis volvió a escrutar la nota y, ante el horror de los presentes, descifró la frase clave: «¿Cuándo van a desembarcar los británicos para ayudarnos a combatir a los alemanes?»

Banduvas había hecho oídos sordos a las instrucciones que se le habían dado de prepararse a ayudar a los italianos y esperar nuevas órdenes. Ya se había movilizado para atacar a los alemanes en la zona de Vianos, en la costa meridional. El mensajero fue enviado de vuelta con una misiva en la que se le exigía, en los términos más duros, que se detuviera de inmediato y se retirara. Leigh Fermor tuvo que dejar que Dunbabin lidiara lo mejor posible con el problema de Banduvas, mientras él y Mikis Akumianakis se iban a tratar con Tavana tras la trascendental noticia del armisticio italiano. Pero sus esperanzas de que los italianos hicieran frente a los alemanes se desvanecieron de un plumazo.

Cuando llegó esa noticia, muchos soldados italianos se apresuraron a emborracharse hasta la inconsciencia, dando ingenuamente por sentado que la guerra había acabado y que podrían volver a casa. Y los dos únicos batallones de infantería que estaban preparados para luchar y habían subido a las montañas tuvieron que bajar un par de días después, porque la población, aunque dispuesta a ayudarlos, no podía alimentar a tantos hombres.

El general Bráuer ordenó el despliegue de tropas alemanas en la provincia de Lasiti y la dispersión de las fuerzas italianas a los emplazamientos que se les había asignado. El general Müller, comandante de la división, promulgó una «Orden general a todas las tropas italianas en Creta» que en el fondo equivalía a un ultimátum.

Comenzaba así: «El comandante de la plaza fuerte de Creta me ha encargado la defensa de la provincia de Lasiti». Después daba tres opciones. Los soldados italianos podían seguir luchando bajo el mando de las fuerzas armadas alemanas, adhiriéndose así al nuevo gobierno de Mussolini, el teatro de títeres que se convirtió en la República de Saló. O bien podían ayudar a los alemanes en tareas no combativas sobre la isla después de haber sido desarmados: un eufemismo equivalente al trabajo forzado. Si rechazaban estas dos alternativas serían internados en campos de prisioneros. Acababa así: «Quienquiera que venda o destruya las armas de las fuerzas italianas, o deserte de su unidad, será considerado un francotirador y, como tal, abatido».

El general Carta, resignado a la idea de que la resistencia era imposible si no se producía un desembarco británico, hizo distribuir la orden de Müller a todas las unidades italianas, adjuntándole una recomendación personal. «Lo que antecede es consecuencia natural de la situación creada por el armisticio. Estamos en una fortaleza asediada. Por lo tanto, resulta esencial ser realista y acatar las órdenes de la comandancia alemana.» La consecuencia trágica de este episodio es que los italianos que se negaron a trabajar para los alemanes fueron embarcados en un buque que luego fue hundido por un submarino aliado.

Paddy Leigh Fermor planeó la evasión del general Carta a Egipto. Los detalles fueron pulidos por Mikis Akumianakis y los dos hermanos Stelios y Rusos Kunduros. Enviaron un mensaje a El Cairo para fijar una cita y que una lancha motora fuera a buscarlo a una playa cercana a Treis Eklisiés. Mientras tanto, ante la desesperación de todos los oficiales británicos que se encontraban sobre la isla y haciendo caso omiso a todas las instrucciones que se le habían dado, Banduvas permitía que sus hombres atacaran a los soldados alemanes en la región de Vianos. Uno de los grupos comenzó matando el viernes diez de septiembre a dos soldados rasos que recogían patatas en Kato Simi. Los cuerpos, envueltos en sacos, fueron echados a una zanja, pero un delator cretense salió corriendo para alertar a la guarnición más próxima.

Todavía convencido de que los invasores británicos se dirigían a aquella zona de la costa, Banduvas, dando una nueva muestra de precipitación, envió mensajeros hacia el norte a ordenar la movilización general de toda la provincia de Iraklion. El impetuoso coronel Beteinakis se apresuró a apoyarla. Lo único que pudo hacer Dunbabin fue promulgar contraórdenes furibundas.

Dos días después del ataque perpetrado en Kato Simi, una fuerza de casi dos mil soldados llegó a la zona. Los hombres de Banduvas no tenían ninguna posibilidad. Mataron a menos de veinte soldados (según los cálculos alemanes) y luego se desperdigaron. Una versión de una fuente fiable dice que también apresaron a trece alemanes. Los habitantes de la zona, incluidos un archimandrita y el alcalde de Kalami, instaron a Banduvas a que liberara a los prisioneros. Teniendo en cuenta que algunos miembros de su banda le habían pedido lo mismo, Banduvas así lo concedió, pero tuvo que hacerlo a hurtadillas, pues otros pedían su ejecución. Los soldados fueron liberados la tarde del 19 de septiembre, pero la mañana siguiente se toparon con otro de los grupos de Banduvas, que los mató rápidamente.

Las autoridades militares alemanas, que ya sufrían de paranoia ante la defección de Italia y la posibilidad de que las tropas de Carta lucharan del lado de la resistencia, reaccionaron con una resolución asesina. El general Müller ordenó la destrucción inmediata de seis aldeas de la zona de Vianos y unos quinientos civiles fueron fusilados.

[419]

Banduvas y su banda tuvieron que salir corriendo del avispero que habían alborotado. El avance y las represalias de los alemanes los fueron arrinconando al oeste de la isla. Banduvas volvió

a pedir ayuda a los capitanes de los alrededores de la sierra del monte Ida y envió a Tom Dunbabin la exigencia perentoria de que organizara su evacuación. Éste estuvo a punto de perder la compostura.

Mientras tanto, Paddy Leigh Fermor sacaba el 16 de septiembre al general Carta y a unos pocos miembros de su estado mayor de sus cuarteles en Neapolis y los hacía cruzar las montañas de Lasiti. Despegaron aviones de reconocimiento Fieseler Storch para buscarlos, que pasaron sobrevolándolos y lanzando folletos impresos apresuradamente en los que se ofrecía una recompensa de treinta mil dracmas por la captura del general Carta. Uno de ellos cayó prácticamente a los pies del general. Se agachó, lo recogió y lo agitó ante Leigh Fermor, exclamando: «Ah, ah, mon capitaine! Trentepièces d'argent! Un contrat de Judas!»

[420]

El pequeño grupo logró eludir las patrullas alemanas y llegar a la playa cercana a Treis Eklisiés el 23 de septiembre, donde encontraron a Dunbabin y los demás oficiales británicos, todos ellos arrastrados a la debacle de Vianos, así como a Banduvras quien, con una seguridad a prueba de bombas, trató de eludir su responsabilidad exigiendo que él y sus hombres fueran los primeros evacuados. Pese a todo, Leigh Fermor no pudo evitar sentir cierta lástima ante la destrucción casi total de su banda.

La lancha motora de la Royal Navy que llegó para llevarse al general Carta traía consigo a Sandy Rendel, a su operador de transmisiones y al padre Skulas, «el sacerdote paracaidista». Esa noche, en la playa, imperaba el caos. Por si fuera poco, el mar estaba agitado. El maletín de Rendel y el cargador de su equipo de radiotransmisión se cayeron por la borda mientras se cargaba la lancha.

Rendel sólo tuvo tiempo de entrever a un hombre mayor con un sombrero de fieltro -el general Carta- y a Paddy Leigh Fermor, que había subido a bordo para entregar importantes documentos alemanes que le había dado Tavana para Bob Young, el comandante de la lancha, a espaldas de Carta. Pero Young estaba preocupado por el empeoramiento del tiempo y dirigió su nave mar adentro. Leigh Fermor y Manoli Paterakis realizaron así una salida imprevista de Creta. La próxima vez no habían de regresar por mar, sino en paracaídas.

En la playa, Tom Dunbabin tuvo que hacer uso de toda su autoridad para acallar las demandas de Banduvras de que se enviara de inmediato otra barca desde Egipto. Rendel, que acababa de llegar, quedó impresionado por la retahíla de tacos en cretense de Dunbabin. Mientras tanto, un joven oficial griego -sobrino del primer ministro- tiraba una lata vacía de sardinas con inscripciones británicas.

Las tropas alemanas, que seguían buscando a Banduvras y a su banda, obligaron a éstos y a los británicos a alejarse más hacia el oeste. Una semana después, los fugitivos se encontraban en la ladera de la colina llamada Tsilívdika, junto a la playa de Rodakino, que se usaba para desembarcos clandestinos.

En una cuenca formada en medio de las colinas que contaba con toda una red de cuevas, la compañía, que para entonces ya sólo tenía cien hombres, se sentó para descansar y esperar. Cogieron algunas ovejas de los rebaños que había por la zona, las mataron y las asaron en hogueras gigantescas dentro de las cuevas.

Los centinelas de la banda de Banduvras apostados sobre las colinas del entorno vigilaban los movimientos enemigos y Sandy Rendel recordaba luego haber contemplado el mar de Libia mientras las abejas zumbaban en el tomillo que los rodeaba. Pero los oficiales británicos y sus asociados cretenses -Tom Dunbabin, Xan Fielding, Sandy Rendel, Ralph Stockbridge, John Stanley, Jorge Psijundakis, Niko Suris y varios destacamentos de las bandas de la región central- se sentían

incómodos en aquella tranquilidad artificial. Los acontecimientos parecían haberlos superado. Perplejos y exasperados, se preguntaban si llegaría alguna vez una lancha motora para sacarlos de ese callejón sin salida. El mensajero de Dunbabin volvió de la estación de radiotransmisión del Monte Ida para hacerles llegar el mensaje de El Cairo de que no disponían de las naves. Para evitar sorpresas en caso de que Banduvas reaccionara mal ante esa noticia -no podía olvidar que, el otoño anterior, había amenazado con apoderarse de los suministros enviados por paracaídas por la fuerza de las arias-, Tom Dunbabin aconsejó a sus oficiales que tuvieran sus revólveres a mano. Pero entonces a Banduvas ya le preocupaba otro asunto.

Uno de los andartes locales le dijo casualmente que un hombre de su región

había aparecido recientemente en su zona. Banduvas preguntó por su nombre y, cuando se lo hubieron dicho, declaró que se había coaligado con los alemanes. Envío a varios hombres a apresarlos y celebró un juicio que duró la mayor parte de la noche. Los oficiales británicos se caían dormidos y de cuando en cuando despertaban para asistir a esa extraña escena. El acusado, un tal Jorge Ergazakis, confesó al fin. Poliudakis, el jefe de policía colaboracionista de Iraklion, lo había reclutado. Siguió revelando los nombres de los demás agentes que trabajaban para los alemanes, pero eso no le salvó la vida.

De madrugada -era ya el 4 de octubre- fue sacado de la cueva para ser fusilado. Echaron su cuerpo a una poza. Al cabo de un rato estallaron disparos. Los centinelas de Banduvas habían localizado una patrulla de reconocimiento de la Feldgendarmerie y los carabinieri italianos y, sin esperar a que se acercaran, comenzaron a disparar de lejos. Después de una escaramuza confusa y dispersa, la mayor parte de la fuerza enemiga fue abatida o capturada. Entre los prisioneros se encontraba un cretense que alegaba que lo había obligado a endosar un uniforme alemán.

Lo pusieron bajo el cuidado de lo que él creyó que era un soldado alemán capturado. Pero «Gussie», como lo llamaban los británicos y los cretenses, era el «alemán adiestrado» por Ralph Stockbridge, que había huido de los barracones de su unidad. Gussie murmuró al colaborador en alemán que los iban a ejecutar a los dos.

El traidor le respondió murmurando, también en alemán, que no había que perder la esperanza. Él y los otros eran la avanzadilla de una fuerza mucho mayor que había rodeado toda la zona. Prosiguió jactándose de cuánto y qué satisfactoriamente había trabajado para los alemanes. Una vez se hubo condenado definitivamente, Gussie se puso de pie y contó a los andartes lo que acababa de oír. El segundo traidor se encontraba con su destino.

El éxito de esta astucia también les dio un aviso sobre la precariedad de su situación. Pero, cuando la noche estaba al caer, el tiempo cambió. Los salvó una espesa niebla que cubrió las colinas y la costa. Esa noche, después de dividirse en pequeños grupos, la extraña asamblea congregada en el monte Tsilívdika se separó. Banduvas fue encaminado hacia el oeste, a lo largo de la costa; Dunbabin hizo que lo acompañara Niko Suris para asesorarlo.

Esperando otro bote, Banduvas y sus hombres se ocultaron cerca de Kaló Lakko, en la provincia de Sfakiá. Pero los habitantes de la zona comenzaron a inquietarse, de modo que los convencieron de que regresaran a la sierra del monte Ida. Finalmente abandonaría Creta el último día de octubre.

En el ínterin, Dunbabin había regresado al valle Amari, después de perder casi un mes. El equipo del ISLD de Ralph Stockbridge y John Stanley, tras atravesar el cerco alemán en torno a Tsilívdika, acabó realizando un circuito completo, siguiendo el movimiento de las agujas de un reloj, de la mitad occidental de la isla. Sandy Rendel subió a las montañas de Lasiti para encargarse de la estación de radiotransmisión que había en los parajes. Dunbabin le dijo que se llevara consigo a Franco Tavana, el oficial de contraespionaje del general Carta. Pero la intención de Tavana de

organizar un grupo de resistencia compuesto por italianos y cretenses se vino abajo por falta de apoyo local.

Después de la catástrofe de Vianos, la estela de penalidades fue más allá de las seis aldeas destruidas. El batallón recientemente formado por Schubert y compuesto por italianos que hablaban griego y procedían del Dodecaneso comenzó a sembrar el terror en la costa meridional.

[421]

Rodakino, Kalicrati y Kali-Sikiá, cercanos al monte Tsilívdika, también fueron destruidos. Se dice que en Kali-Sikiá las mujeres ancianas fueron quemadas dentro de sus casas y que en Kalicrati ejecutaron a treinta aldeanos.

Los restos de la banda de Banduvas se dispersaron cuando se marchó su líder. En ausencia de su hermano, Yanni Banduvas asumió un mando sumamente mermado. Bodias, con la ayuda de Niko Samaritis, se marchó con el grupo comunista para trabajar con el ELAS: Bodias en la provincia de Iraklion y Samaritis en Lasiti. Pese al fracaso de Tavana a la hora de recabar apoyos, Lasiti era un lugar atractivo para los comunistas, debido al gran número de armas italianas que podían conseguir en dicha ciudad.

La zona de Selinon, al suroeste de la isla, también fue testigo por entonces de combates y represalias. El 25 de septiembre, un destacamento alemán rodeó el pueblo de Kustoiérako, de donde era oriunda la familia de Paterakis. Probablemente se habían enterado del envío de armas por paracaídas que se había roducido la semana anterior y que iban destinadas a Kiwi Perkins y la banda e los seliniotas.

Al no encontrar a ningún hombre, la patrulla alemana alineó a las mujeres los niños en la plaza y exigió que les dijeran dónde se ocultaban. Exasperaos por el silencio de las mujeres, montaron una ametralladora para ejecutarlas. En realidad, los hombres, y en particular Costi Paterakis, habían trepado un farallón desde el que se dominaba el pueblo. Con sus fusiles apuntaban al pelotón de ejecución alemán. El disparo de Paterakis, a una distancia de unos cuatrocientos metros, abatió al encargado de la metralleta, y sus convecinos ataron a unos cuantos más. Los alemanes supervivientes huyeron.

Como el destino del pueblo no se le escapaba a nadie, las mujeres y los niños recogieron sus posesiones más preciosas y treparon a las montañas para esconderse, mientras la mayoría de los hombres se unía a las bandas seliniotas. La reacción alemana fue tan rápida como habían anticipado. Entre el 30 de septiembre y el 3 de octubre, varios destacamentos alemanes incendiaron las aldeas de Kustoiérako, Moni y Livadiá. Pero la resistencia fue feroz. En ese lapso de tiempo cayeron veinticuatro soldados alemanes.

Perkins ya había conseguido formar una guerrilla muy eficaz. Estaba muy bien armada, gracias a tres envíos de material por paracaídas, y habían sido reforzados por los hombres que acudían de los pueblos destruidos: el distrito de Selinon fue muy peligroso para los alemanes aquel otoño. Las escaramuzas que se producían después de la emboscada de las patrullas prosiguieron hasta la segunda semana de octubre. Culminaron el 18 de octubre con la batalla de Ajlada.

Ajlada es un pequeño llano entre las montañas a dos horas de marcha por encima de Kustoiérako. Los pastores de esa aldea tenían ahí sus cobertizos para hacer queso, construidos en piedra sólida y sin ventanas. El lugar se había empleado para algunos envíos por paracaídas, de modo que las patrullas alemanas lo visitaban con frecuencia.

Kiwi Perkins tuvo una idea luminosa para una emboscada. Después de escoger el terreno con sumo cuidado, él y los seliniotas esperaron en posición de ataque a que la patrulla alemana que se

aproximaba cayera en su trampa. Andonis Paterakis manipulaba la ametralladora Bren, un arma con la que alcanzó la fama, y, a una señal de Kiwi, abrió fuego en el momento en que la patrulla, compuesta por diecinueve alemanes y tres italianos, llegaban a las cabañas queserías.

La primera reacción de los soldados cuando les disparan es buscar abrigo y sólo después replicar. Como las cabañas eran la única protección visible contra los disparos, se lanzaron a su interior, olvidando que carecían de ventanas. Perkins, mientras el resto de la banda apuntaba a las entradas, se fue deslizado de choza en choza, lanzando una granada en cada una. Después de sacar las anillas esperaba un rato, para que los alemanes no tuvieran tiempo de extraerlas del interior de sus cabañas, y los que trataban de escapar eran abatidos por los seliniotas. Sólo dos miembros de la banda fueron heridos: Perkins, con una bala en el omóplato, y otro componente del grupo, Manolis Tzatzimakis, de mayor gravedad.

Los soldados que se rindieron tenían tan mal aspecto como sus camaradas muertos. Los llevaron al escondite de la banda. Era imposible mandarlos a Egipto por mar: después de un combate tan largo, los seliniotas suponían que los alemanes bloquearían la zona. La mañana siguiente la banda echó a suertes la misión. Le tocó a Andonis Paterakis y a otro miembro del grupo hacerse cargo de ellos.

Llevaron a los prisioneros monte arriba, a un hoyo que había en un lugar llamado Tafkos. Andonis Paterakis se daba ánimos recordando la crueldad de los alemanes con los andartes que capturaban. Los prisioneros, atados unos a otros, comprendieron lo que les esperaba a medida que se fueron acercando al borde del precipicio. Paterakis quería fusilarlos ahí mismo y luego echar los cuerpos abajo, pero el primer alemán abatido cayó hacia atrás, arrastrando al hombre siguiente consigo, y así sucesivamente hasta que desaparecieron todos.

Aunque el hoyo tenía más de cien metros de profundidad, algunos de los alemanes sobrevivieron a la caída. Perkins, a pesar de la herida que le habían infligido el día anterior, se presentó voluntario para acabar con ellos, pero Andonis Paterakis insistió en hacerlo él. Lo hicieron descender colgado de una cuerda improvisada a base de cintas de paracaídas, pero se rompió y cayó al fondo del pozo. El destino de Paterakis consternó a los demás. Su padre se puso a lamentarse hasta que se demostró que su hijo seguía con vida, aunque se había dañado la espalda. Atrapado en esa suerte de nido de víboras humanas que él mismo había creado, oyó a uno de los alemanes susurrarle: «Y ahora, greco, moriremos juntos».

[422]

Perkins convenció finalmente a los demás de que lo hicieran bajar. Llegó hasta el fondo sin percances, remató a los alemanes supervivientes y, atándose a Paterakis en torno a su propia espalda herida, hizo que lo remontaran a la superficie. Después le quitaron la bala de la espalda con un gran cuchillo cretense. Este rescate le convirtió en un héroe nacional. A partir de entonces sería conocido con el apodo de «el inolvidable Vasili». Andonis Paterakis sobrevivió a sus heridas. Fue evacuado en una lancha motora y tratado en un hospital de El Cairo. Pero Manolis Tzatzimakis tuvo que ser enviado de matute a Canea, para recibir tratamiento, donde alguien lo delató a los alemanes y fue fusilado.

[423]

A lo largo del año, la jerarquía militar de Creta se formalizó. Tom Dunbabin fue ascendido a teniente coronel y encargado de dirigir la Misión militar británica. Xan Fielding, responsable del oeste de la isla, fue ascendido a comandante a la edad de 25 años. Poco después, Paddy Leigh

Fermor, encargado de Creta oriental, fue también ascendido a comandante: tenía 28 años. Todo ello formaba parte del ambicioso plan de Keble, que creó casi ochenta misiones de la SOE en los Balcanes antes de noviembre de 1943.

Los oficiales originales de la SOE desperdigados por los Balcanes fueron así reestructurados y promovidos, lo que constituyó su único consuelo. Esta inflación de grados tenía la finalidad principal de darles un mayor peso específico en sus tratos con los grupos guerrilleros locales y, en parte, de hacer crecer la pirámide de escalafones desde abajo, gracias a lo cual Keble podía alzarse sobre los hombros ajenos recién encumbrados.

La multiplicación acelerada de las misiones militares británicas no corrió parejas con un aumento similar en el número de equipos de codificación y descodificación. Únicamente la sección cretense logró dar abasto, porque Jack Smith-Hughes y sus oficiales se hicieron cargo de la labor de descifrado cuando aumentó el volumen de los mensajes. Para la sección griega, en cambio, la situación se volvió desastrosa. Los oficiales sobre el terreno estaban furiosos. Les resultaba casi imposible condensar las respuestas y sospechaban que cualquier intento de comunicar la información así obtenida era una pérdida de tiempo. Los encargados de esta labor, principalmente sudafricanos, célebres por su encanto -y no era sólo una fantasía de hombres que llevaran demasiado tiempo trabajando sobre el terreno; los oficiales del estado mayor de El Cairo admitieron que uno de los criterios de selección era el aspecto externo-, soportaron el grueso de unos mensajes a menudo de agravio y con frecuencia obscenos.

Nadie que hubiera visto actuar a Keble podía confiar en un cuartel general remoto dirigido por ese hombre. Quien se interponía en su camino o rechazaba sus métodos era sujeto a una campaña de intimidación o, en uno o dos casos, como el de Arthur Reade, de desprestigio. Al final Bolo Keble dio con el hombre equivocado. Enfurecido por que Churchill hubiera nombrado a Fitzroy Maclean para dirigir la Misión militar británica ante Tito sin notificárselo a él, puso en marcha una campaña de mentiras sobre su persona, acusándolo de indigno de confianza, borracho y homosexual. Cuando la noticia de este intento de ensuciar la fama de Maclean llegó hasta el general Wilson, la extraordinaria carrera de Keble en la SOE concluyó abruptamente.

La otra contribución a la crisis anual consuetudinaria fue la tensión política que se fue generando en el interior del Foreign Office sobre la Grecia continental. Estalló entre una oficialidad notablemente desinformada y falta de imaginación, cuando el comandante de brigada Myers, líder de la Misión militar británica en Grecia, llevó consigo a una delegación de andartes a El Cairo. El EAM-ELAS y los representantes no comunistas hicieron hincapié en términos muy duros en que el rey Jorge II no debía plantearse volver a Grecia sin que antes se hubiera celebrado un plebiscito sobre el futuro de la monarquía. El Foreign Office y el gobierno griego en el exilio se enfurecieron porque alguien permitiera una revelación tan embarazosa.

Myers fue utilizado como el chivo expiatorio de esta contradicción entre teorías fosilizadas y la realidad política de Grecia. La historia que circulaba en la Grecia continental de que los británicos habían enviado en paracaídas botas para el pie izquierdo destinadas a los grupos izquierdistas del ELAS y del pie derecho a los simpatizantes de la EDES, únicamente para causar problemas, refleja fielmente el estado de ánimo, aunque sea apócrifa. La política británica sobre Grecia fue menos una conspiración maquiavélica que una serie de meteduras de pata debidas a la ignorancia, la arrogancia, la falta de claridad en el pensamiento, la carencia de imaginación y la falta de voluntad de escuchar.

El jefe de la SOE en El Cairo, lord Glenconner, también padeció los efectos de la honestidad desplazada de Myers y la deshonestidad flagrante de Keble cuando el general «Jumbo» Wilson decidió que la SOE en El Cairo estaba «podrida hasta la médula».

[424] Keble fue devuelto a «tareas rutinarias» y, después de un breve interregno bajo el mando del general de división W. A. M. Stawell, el comandante de brigada Karl Barker-Benfield lo sustituyó.

El nuevo director militar, un hombre decente y cándido, de modales amables, representaba el polo opuesto de su predecesor. Los comunistas de Grecia descubrieron su modo de ser con la agudeza de un halcón cuando realizó una ronda de inspección el año siguiente, y supieron tratarlo en su beneficio propio. En Creta le tendieron menos trampas políticas, de modo que los oficiales de su sección lo contemplaban con ojos más divertidos que exasperados.

Barker-Benfield, que, según la descripción de Monty Woodhouse, tenía «una cabeza redonda y brillante, casi calva, y un acento extrañamente teutónico»,

[425] hizo decir caprichosamente a Jack Smith-Hughes que su verdadero nombre era Barcke von Bohnenfield. Esa sugerencia se convirtió después en un popular chiste, inspirado en la idea de que el coronel alemán Barge (pronunciado «Barcke»), que se hizo con el mando de la Festungsdivision 133 en Canea, era en realidad el hermano gemelo desaparecido del comandante de brigada Karl Barker-Benfield, el comandante de la fuerza 133.

En Creta, los oficiales británicos estaban decididos a preservar un *modus vivendi* con el EAM-ELAS que impidiera el estallido de la guerra civil. La noche del 7 de noviembre, Xan Fielding organizó la mayor reunión entre representantes del EAM y la EOK desde que estallaran las rencillas entre ambos grupos en Karines, en la primavera anterior. Se celebró en las colinas que hay detrás de Canea, junto a Cériso, donde Venizelos había establecido su cuartel general revolucionario durante la rebelión de 1905. Fielding llegó escoltado por su guía y valioso asesor, Pavlo Vernadakis. El alcalde de Canea, Nikólaos Skulas, dirigía la delegación de la EOK, y el general Mandakas y Milcíades orfiroyenis eran los representantes del EAM-ELAS.

Fielding, que era quien había fijado el orden del día de la reunión, afirma que se fue a dormir de puro cansancio después de atravesar a pie las montañas, pero siempre le ha quitado importancia a su papel en el pacto de no agresión que se alcanzó en aquella ocasión. Skulas, que había interpretado una escena dramática antes de la reunión, cuando preguntó: «¿Qué dirá la historia de que firme un acuerdo con los comunistas?»,

[426] le dijo al coronel de la gendarmería que firmara en su nombre, junto a Constantinos Mitsotakis. Una vez firmado, el acuerdo fue respetado casi siempre, a diferencia de lo que ocurrió en el continente. Y muchos cretenses creen que este primer paso contribuyó a preservar a la isla de las peores consecuencias de la guerra civil.

Después de pasar catorce meses en campaña, Xan Fielding regresó a El Cairo. Durante el tiempo que permaneció en Egipto, llegó a la conclusión de que no se produciría jamás una invasión aliada de Creta. Dado que era bilingüe, pues había sido criado en Francia, sería más útil donde estaba.

El sustituto de Fielding, Dennis Ciclítira, capitán de los South Staffords, llegó justo antes de Navidad. Ciclítira, una persona sumamente competente, había sido el oficial de estado mayor de Jack Smith-Hughes en el servicio cretense desde octubre de 1942, pero hasta entonces su experiencia más próxima al trabajo sobre el terreno había sido la de oficial encargado de guiar y dirigir el paso de frontera clandestino desde Derna. Cansado de las mofas de que solían ser blanco los oficiales acuartelados en El Cairo por parte de sus homólogos en campaña, Ciclítira se presentó voluntario para asumir el puesto de Xan Fielding cuando éste salió de Creta para tomarse un respiro. Al poco

tiempo de esta sustitución, su nombramiento se volvió permanente en virtud de la transferencia de Fielding.

Aunque su familia era de origen griego, Ciclítira no le dio nunca importancia, principalmente porque los cretenses desconfiaban instintivamente de los griegos del exterior. Pero Ciclítira no simpatizó con ellos y su forma de hablar, considerablemente mordaz, no le ayudó a disimular ese hecho.

La parte occidental de Creta cuyo mando asumió tenía dos equipos de radio: uno en la zona de Selinon, manipulado por Kiwi Perkins, y otro en Asi Gonia, que iba a ser su base durante los primeros meses. La relación de Ciclítira con Perkins no fue fácil. No podía comprender que los cretenses consideraran un héroe al neozelandés, sobre todo debido al hecho de que había rescatado a Andonis Paterakis del pozo donde había caído, y le costaba aceptar que pudieran ver en un sargento a su líder natural.

Eso produjo un enfrentamiento de personalidades. Ciclítira creía que Perkins causaba «más problemas de lo que valía» en la zona suroccidental y dio las órdenes oportunas para que volviera a El Cairo.

[\[427\]](#) Perkins, decidido a luchar hasta el final junto a los seliniotas, se negó a abandonar la isla. La disputa se resolvió trágicamente a finales de febrero de 1944. Perkins, que se dirigía a Asi Gonia a visitar a Ciclítira, encontró la muerte en una emboscada alemana.

26 - El secuestro del general Kreipe

Poco antes de que acabara 1943, Sandy Rendel, apostado en las montañas de«Lasiti, recibió un mensaje de Tom Dunbabin en el que le comunicaba que Paddy Leigh Fermor llegaría en paracaídas a su zona junto con un equipo, que venía desde Brindisi para secuestrar a un general alemán.

Esa idea se había formulado por vez primera en junio de 1942, cuando el general Andrae, comandante de la plaza fuerte de Creta, siguiendo el ejemplo del general Ringel, había ordenado a Manusos Manusakis que lo llevara a cazar íbices en las Montañas Blancas. Manusakis había prevenido a Marko Spanudakis, el líder de la red de los Qyins, y había comentado el plan con Xan Fielding. La SOE de El Cairo había aprobado el proyecto, pero incluso con la ayuda de Manusakis era prácticamente inviable. Sea como fuere, la expedición fue abortada a mitad de camino cuando llegó la noticia del ataque sorpresa contra Jellicoe y se requirió la presencia de Andrae para ejecutar a los prisioneros de Iraklion. Ahora volvía a plantearse la idea del secuestro.

Después de varios aplazamientos, se planeó que el descenso se efectuara la noche del 4 de febrero de 1944 sobre la meseta Katarós. Leigh Fermor fue el primero en saltar pero, mientras el avión daba una gran vuelta -la zona de caída era demasiado pequeña para que pudiera saltar más de uno a la vez y Leigh Fermor debía hacer la señal de que no había enemigos a la vista con una antorcha-, unas nubes negras, que ya se estaban cerrando, cubrieron de pronto el cielo. En tierra, los observadores oían al aeroplano seguir dando vueltas. Al final tuvo que alejarse hacia el sur, mar adentro.

Paddy Leigh Fermor se ocultó con Sandy Rendel en la cueva de éste, por encima de Tapáis. Las semanas siguientes se produjo una ida y vuelta enloquecida de mensajes con El Cairo. Siete descensos fueron abortados en el último momento. Inevitablemente, esta actividad y los aviones que sobrevolaban la zona atrajeron pronto la atención de los alemanes. Presumiendo que una numerosa fuerza de ataque había aterrizado en el área, los efectivos de la guarnición de Kritsa, que contaba con cincuenta hombres, fueron duplicados. Cuando dos patrullas alemanas se tropezaron entre sí en la oscuridad y trabaron combate mutuo, dejando dos muertos y varios heridos, aquello fue una especie de consuelo.

Poco después de la llegada de Leigh Fermor, hizo su aparición un escuadrón encargado de combatir a los traidores de la banda de Banduvras -compuesto entre otros por el joven cretense de pelo rubio vestido con uniforme alemán-, muy satisfecho de sí mismo. Habían atrapado a un traidor de primera fila con la misma táctica de siempre y adornado la información del documento de las autoridades alemanas que aquél les entregó de inmediato. Ante la ausencia de su capitán, que se encontraba en El Cairo, habían salido a buscar a Rendel y a Leigh Fermor, que dieron su visto bueno a la ejecución pero enviaron algunos de sus hombres para que velaran por que no se le infligieran sufrimientos innecesarios. Fue una época terrible para los traidores en Creta. En Meskla, un grupo del ELAS acorraló y mató a ocho «Schuberaios». Los alemanes decidieron desintegrar el Jagdkommando Schubert.

El 24 de marzo, mientras Sandy Rendel estaba ausente, efectuando una ronda, Paddy Leigh Fermor se llevó un susto ante la llegada de nuevos personajes embozados para protegerse del frío. Reconoció a algunos miembros de la banda de Banduvras que había conocido el año anterior. Se trataba de tres destacados comunistas, cada uno de los cuales dirigía ahora su propia banda: Yanni Bodias en Iraklion, Samaritis, «un hombre amargo, sarcástico», era jefe del ELAS en Lasiti y Mitsos

O Papas, un individuo más agradable y valeroso, célebre por haber hundido un buque con una sola mano.

Habían llegado para deliberar sobre el Acuerdo nacional entre bandas, que Monty Woodhouse había hecho firmar al ELAS y al grupo no comunista EDES (véase el apéndice D) en la Grecia continental. Querían armas para sus hombres y Leigh Fermor les replicó que enviaría una recomendación a El Cairo a tal efecto. Reconoció que su demanda estaba justificada, pero en su fuero interno temía que un suministro excesivo de armamento fuera peligroso si las relaciones entre el ELAS y la EOK se deterioraban.

Finalmente, después de desechar cualquier intento de descenso en paracaídas a mediados de marzo, el resto del equipo llegó a Tsutsuro, procedente de Egipto, la noche del 4 de abril. En cuanto se hubo desembarcado su equipo de la lancha motora y fue traído hasta la playa en un bote de caucho, hicieron subir a bordo a cuatro desertores de la Luftwaffe y a un mecanógrafo del cuartel general alemán en Ierápetra llamado Antonia, quien había suministrado información vital a la resistencia.

Leigh Fermor y Rendel estaban en la playa para dar la bienvenida a los recién llegados: el capitán William Stanley Moss, un capitán de los Coldstream Guards muy apuesto, Manoli Paterakis, el formidable luchador y ex gendarme del distrito de Selinon, y Jorge Tirakis, un cretense del valle Amari que había colaborado estrechamente con la SOE desde el principio. Tanto Paterakis como Tirakis habían asistido al curso de paracaidismo impartido en Ramat David en compañía de Leigh Fermor. También estuvieron presentes en la cita Grigoris Jnarakis, que en septiembre de 1942 había rescatado al sargento Jo Bradley cuando su avión fue abatido, y Andonis Papaleónidas. Cuando todo el mundo hubo desaparecido tierra adentro, en un lugar seguro, mataron a dos cabras para darles el desayuno.

Leigh Fermor, después de exactamente diecisiete meses sobre la isla, se sentía prácticamente cretense. Le había entristecido el desastre registrado en Vianos el mes de septiembre anterior y quería organizar una incursión incruenta contra los alemanes que sirviera para unificar a las facciones rivales, una operación que fuera al mismo tiempo cretense y británica, pese a la ficción de que no se producirían represalias que contó a Egipto.

Cuando informó al grupo de sus planes, les dijo que su blanco, el general de división Müller, el comandante de la división Sebastopol responsable de tanta sangre y tantas penurias, había sido sustituido por el general de división Kreipe, un oficial que venía del frente ruso y del que se sabía poco. «A efectos de la repercusión que en último término podía tener nuestro plan -escribe Moss-, suponíamos que lo importante era capturar un general, y no de quién se tratara.»

[428] La SOE creía que Müller había sido transferido al Dodecaneso, cuando de hecho había reemplazado al general Bráuer al mando de la plaza fuerte de Creta. Sea como fuere, el plan consistía en realizar el secuestro en el terreno relativamente abierto del cuartel general de Arjanes, o en su residencia, la villa Ariadna de Cnosós, la base de John Pendlebury antes de la guerra.

Dos días después del aterrizaje, Leigh Fermor y su grupo se encontraron con Atanasios Burdzalis, un capitán a la antigua usanza de Asia menor quien, a pesar de su edad, era un combatiente irregular de gran resistencia física. Estudiaron la posibilidad de usar sus andarfés como fuerza defensiva durante el secuestro, para hacer frente a cualquier contratiempo.

El grupo procedente de Egipto se había instalado en Kastomonitza, adonde llegó en autobús desde Iraklion Mikis Akumianakis. Aunque su ropa de ciudad posiblemente pareciera inadecuada en una aldea de montaña poblada de cretenses con botas y pantalones abombados, Akumianakis era en muchos aspectos el miembro más importante del equipo. No sólo conocía mejor que nadie los

alrededores de Cnosós, pues había crecido ahí, sino que incluso había conseguido tratar con el conductor del general y pasar una noche en la villa Ariadna. Akumianakis sabía hacer gala de gran serenidad al enfrentarse a un peligro súbito. En una de sus rondas de reconocimiento, comprobó que había ofrecido a un sargento alemán un cigarrillo inglés procedente de los suministros que llegaron en la lancha motora. Cuando vio que el alemán escrutaba sorprendido el paquete, Akumianakis le pidió disculpas con aire distraído por ofrecerle cigarrillos ingleses, añadiendo que procedían del mercado negro, de modo que debía tratarse sin duda de material requisado.

El grupo principal tuvo que ocultarse en una cueva durante una semana mientras Paddy Leigh Fermor y Mikis Akumianakis realizaban excursiones de reconocimiento de la ruta que unía el cuartel general en Arjanes y la villa Ariadna en Cnosós, o «casa de Teseo», según el nombre en clave poco original que le había dado la Misión militar británica. Leigh Fermor quería apresar a Kreipe directamente en la villa Ariadna, pero Akumianakis le persuadió de que no era prudente. La casa y su terreno tenían numerosos guardias y estaban rodeados por una cerca doble de alambre de espino. Durante su ronda de inspección de la zona, vieron al general Kreipe pasar en coche a su lado y no pudieron evitar saludarlo con la mano. Eso les dio la idea de llevarse al general en su propio coche.

Después de ponerse de acuerdo sobre el lugar en que se produciría la emboscada -en la encrucijada entre la carretera de Arjanes y la de Iraklion-Kasteli-, Mikis Akumianakis fue a buscar dos uniformes alemanes para los dos ingleses designados. Leigh Fermor regresó a la cueva el 19 de abril, domingo de resurrección, con el teniente de Akumianakis, Elias Atanasakis, un estudiante, quien volvió luego a Cnosós para vigilar la villa Ariadna. En ausencia de Leigh Fermor, se habían agregado al grupo varios prisioneros rusos evadidos de un equipo de construcción de carreteras. Billy Moss, cuya madre era rusa blanca, estaba encantado ante la perspectiva de crear una fuerza compuesta por desertores del Ejército Rojo, pero los rusos fueron enviados más tarde a otro escondrijo. Se reclutó a tres nuevos cretenses, cuya contribución sería sumamente útil vistas las circunstancias -Nikos Komis, Dimitri Tzatzas y finalmente Pavlos Zografistós, que poseía un viñedo situado idóneamente, junto al vital cruce de carreteras-.

Leigh Fermor y Moss decidieron que necesitaban a Burdzalís y sus andartes para ejercer de fuerza de bloqueo en caso de que llegaran refuerzos enemigos. Le enviaron aviso con un mensajero y dos días más tarde llegaban Burdzalís y sus catorce andartes a la cita, después de un día de marcha acelerada. Pero, tres días después, cuando la operación ya se había aplazado por segunda vez, los campesinos de la localidad se fijaron en los hombres de Burdzalís, extranjeros en aquella zona, y los andartes tuvieron que regresar. En el último momento se reclutó a dos cretenses más: Andonis Zoidakis, un viejo amigo de Leigh Fermor, y Stratis Saviolakis, ambos gendarmes. Con ellos el grupo tenía once miembros. Pero, incluso pertrechados como iban de subfusiles Marlin, sólo podrían haber opuesto una breve resistencia al enemigo si llegaba un camión de soldados en el peor momento.

Pasaron tres días esperando hasta bien entrada la tarde y tuvieron que renunciar porque el general Kreipe volvió en los tres casos a la villa Ariadna antes de la puesta de sol. El cuarto día, 25 de abril, mientras esperaban la caída de la noche, empezó a llover. Eso les obligó a salir de su escondite en el antiguo cauce del río, porque los aldeanos salieron a buscar caracoles. Pero, el 26 de abril, el general aún no había hecho su aparición cuando cayó la noche, de modo que se tragaron sus pastillas de benzedrina y tomaron posiciones junto al cruce de carreteras.

Después de numerosas alarmas falsas, el automóvil del general apareció a las 21.30. Elias Atanasakis, el estudiante, había pasado varios días y noches analizando el coche y la forma de sus faros delanteros. Dio la señal y, varios centenares de metros carretera abajo, una alarma eléctrica conectada por alambre sonó en el lugar en el que Leigh Fermor y Moss esperaban vestidos con su

uniforme alemán.

Salieron al medio de la calzada e hicieron señales al automóvil para que se detuviera. Se acercaron, cada uno por un lado. Leigh Fermor apuntó con su linterna al general y le pidió que le enseñara los papeles. El conductor protestó con impaciencia, a raíz de lo cual abrieron de par en par las puertas del coche. Moss golpeó al conductor en la cabeza con una porra flexible y los cretenses que tenía detrás lo llevaron a rastras a la mitad de la carretera. Por el otro lado, después de que Leigh Fermor encañonara al general Kreipe con su revólver y lo obligara a bajar del automóvil, Manoli Paterakis y otros dos lo atraparon y le pusieron un par de esposas. Mikis Akumianakis, dejándose llevar por la intensidad del momento, le gritó a la cara al máximo representante de los soldados que habían matado a su padre: «Was wollen Sie in Kreta?»

[429]

Moss cogió el volante y arrojaron al general Kreipe apelotonado al suelo del asiento trasero, donde se le sentaron encima Tirakis, Paterakis y Saviolakis. La operación había durado menos de un minuto. Paddy Leigh Fermor, calándose el quepis del general, se sentó en la plaza del copiloto e hizo una seña de adiós al resto del grupo, con el que se había citado en el monte Ida. El automóvil echó a rodar en dirección a Iraklion. Al ver al automóvil acercarse a villa Ariadna, los centinelas de la puerta le presentaron armas, pero siguió rodando hasta dejarlos atrás.

Mikis Akumianakis se había puesto en el extremo opuesto del conductor, porque no quería que lo reconociera el hombre con el que había trabado amistad. Sin embargo, más adelante, cuando dos miembros de la banda se disponían a sacar al chófer del coche -el plan consistía en encontrarse en el monte Ida-, tuvo la sensación de que era posible que desobedecieran la orden perentoria de Leigh Fermor de no matarlo. El objetivo de la operación era asestar un golpe dramático, pero incruento, que no justificara represalias contra los civiles cretenses. Akumianakis se lo recordó y les ponderó también que aquel hombre los había ayudado, aunque sin saberlo. Más tarde descubriría que se habían llevado al conducto un par de kilómetros más allá y habían descubierto un lugar donde podían esconder su cuerpo. Le habían permitido que echara un vistazo a una foto de su familia a la luz de una linterna mortecina y luego le cortaron el cuello, para no hacer ruido.

Poco después de que los asombrados centinelas apostados delante de la villa Ariadna los miraran pasar de largo, llegaron a las puertas atestadas de guardias de Iraklion. Moss redujo la marcha para que los centinelas pudieran distinguir las banderolas del capó, tras lo cual Leigh Fermor, sentado delante con el quepis de Kreipe, gritaba «Generáis Wagen!» por la ventana. Una vez en Iraklion, la muchedumbre vespertina que ocupaba las calles de la ciudad les obligó a avanzar a la velocidad de un peatón. Durante todo el trayecto temieron que un soldado que no estuviera de servicio echara una mirada por la ventana. Y todavía les faltaba salir por la puerta de Canea, la mejor guardada de todas. Pero, gracias a las banderolas del automóvil, al quepis del general y al respeto automático de los soldados alemanes por sus autoridades, pasaron por ella mientras Leigh Fermor respondía a los saludos.

En Yeni Gavé (hoy llamada Drosia), ya en la carretera hacia Rézimno, el coche se detuvo y el grupo se separó. Moss y dos cretenses que escoltaban al general, desatado, emprendieron la marcha hacia Anoya, en la ladera septentrional del monte Ida. Paddy Leigh Fermor siguió adelante con Jorge Tirakis, para abandonar el automóvil lo más cerca posible de la costa y dar a entender que el grupo ya había partido en submarino. En el asiento delantero, colocó una carta sellada dirigida a la comandancia alemana, en la que anunciaba que la operación se había llevado a cabo desde El Cairo, exclusivamente con oficiales británicos y miembros de las fuerzas reales de Grecia, de modo que no

estaría justificada ninguna forma de represalia contra la población local. Como medida de cautela, dejaron varios artículos de prensa de factura británica en el interior del automóvil. Luego le arrancaron los banderines y se los llevaron de recuerdo.

Moss y el grupo que escoltaba al general subieron montaña arriba hasta llegar a un refugio cercano a Anoya, donde pasaron el resto de la noche. El general estaba muy preocupado porque había perdido su cruz de la Orden de Caballería, probablemente durante el forcejeo. La mañana siguiente hubieron de esconderse en una cueva cuando les avisaron de que ya habían llegado a la zona grupos de alemanes que iban en su busca. Los aviones de reconocimiento Fieseler Storch comenzaron a sobrevolar a baja altura, con una lentitud exasperante, las laderas del monte Ida, lanzando de cuando en cuando pasquines impresos apresuradamente en los que amenazaban con la destrucción de pueblos si no entregaban al general.

Paddy Leigh Fermor y Jorge Tirakis no llegaron a Anoya hasta el amanecer. El uniforme alemán de Leigh Fermor le valió intensas miradas de odio. Los hombres le daban la espalda, las mujeres escupían y cerraban bruscamente las ventanas a su paso y el canto cretense que servía de aviso de la presencia del enemigo -«El ganado negro se ha extraviado en el trigal»- precedía su avance por las calles. Era una sensación extraña para los dos hombres. Fueron a casa del sacerdote, donde la mujer del padre Skulas, el sacerdote paracaidista, se negó enérgicamente a dejarlos entrar hasta que lograron convencerla de que esa persona vestida con el uniforme execrado era realmente amigo de su marido.

Esa noche, después de ser alimentados y cuidados de todas las maneras posibles, los dos se fueron a las montañas a unirse al resto del equipo. Una vez agrupados, siguieron caminando hasta llegar a la guarida de la banda de Mijalis Jiluris, donde un trío británico del grupo de Tom Dunbabin, bajo el mando de un subalterno de caballería, John Houseman, los esperaba ansioso.

[430] El día siguiente, 28 de abril, el grupo ascendió penosamente hasta la cima nevada del monte Ida. De camino, un escolta de la banda de Petrakagueorguis vino a reemplazar a uno de los hombres de Jiluris. Por delante llevaban a exploradores reconociendo el terreno, porque habían oído que ya habían llegado al valle Amari grandes destacamentos de alemanes.

Esa noche, cuando se escondían en una cueva inmensa y laberíntica que los kleftes habían empleado cuando luchaban contra los turcos, les pareció que todo comenzaba a torcerse. Tom Dunbabin se había desplomado a causa de un acceso virulento de malaria y no lograban establecer contacto con él. El equipo de radiotransmisión de la guarida no funcionaba, de modo que no pudieron confirmar que acudirían a la cita con una lancha motora en Sakturia. Enviaron mensajeros en varias direcciones -al este, en dirección a Sandy Rendel; a la costa septentrional, donde estaba Dick Barnes, oficial al mando de la zona de Rézimno; y a Ralph Stockbridge, del ISLD, también cerca de Rézimno- con ejemplares del mensaje que había que enviar a El Cairo.

Kreipe estaba cada vez más abatido. Se imaginaba perfectamente los chistes que circularían a sus expensas en los comedores de los oficiales. (Por una ironía tremenda, su ascenso a teniente general, que llevaba esperando mucho tiempo, llegó el día después de su desaparición.)

Sin datos claros sobre la situación del cordón que los alemanes habrían cerrado en torno al monte Ida, el grupo comenzó a bajar la montaña. Un error de lectura afortunado de una nota, en la que se les aconsejaba que no se movieran de donde estaban, les impulsó a atravesar las líneas alemanas de noche, en pleno chubasco. Pasaron varios días en un bosquecillo, empapados por la lluvia intermitente. El único consuelo que tenían es que se habían enterado de que, pese a las amenazas proferidas en los folletos, no se habían producido represalias. Se desplazaron en dirección de la

playa cercana a Sakturia pero en Ayía Paraskeví los esperaban malas noticias. Las tropas alemanas habían tomado la zona y una fuerza considerable bloqueaba la salida por mar. Paddy Leigh Fermor se dirigió en seguida a la guarida de Dick Barnes, al norte, para buscar otra salida. Pero fue una «coincidencia odiosa», como se comprobaría el día siguiente. Los alemanes se acababan de enterar de que la noche del 20 de abril había llegado una expedición en caique portando armas y que treinta muías cargadas habían llegado a las bandas del interior de la isla. La cólera alemana también había sido atizada por el ataque de Petrakagueorguis de Semana Santa, en el que murieron ocho de sus soldados.

Horrorizado, el grupo escuchó las explosiones amortiguadas de la dinamita y observó las columnas de humo negro elevarse al cielo. Los cuatro primeros días de mayo de 1944 se destruyeron así cuatro aldeas. En realidad, estas represalias no tenían nada que ver con la operación Kreipe, como demuestra el manifiesto publicado el 5 de mayo en el diario Paratiritis, controlado por los alemanes. El secuestro de Kreipe se menciona de pasada en otro artículo, como parte del catálogo de atrocidades cometidas contra, las fuerzas de ocupación.

NOTIFICACIÓN

Los pueblos de Kamares, Lojria, Margarikari y Sakturia y las zonas adyacentes de la provincia de Iraklion han sido destruidos y aniquilados. Se ha apresado a los hombres y las mujeres y los niños han sido desplazados a otras aldeas.

Estos aldeanos llevaban meses ofreciendo refugio y protección a bandas comunistas bajo el dictado de mercenarios. Al mismo tiempo, la porción pacífica de la población también es culpable por no comunicar estas prácticas traicioneras.

Los bandidos frecuentaban la región de Sakturia con el apoyo de la población y transportaban armas, suministros y terroristas y los ocultaban en ella. Kamares y Lojria dieron refugio y comida a los bandidos. En Margarikari, que también los cobijó y alimentó, el traidor y agitador Petrakagueorguis celebró la fiesta de Semana Santa sin que los habitantes hicieran nada por evitarlo.

¡Cretenses, escuchad atentamente! ¡Sabed quiénes son vuestros enemigos reales! ¡Defendeos de los asesinos de vuestros compatriotas y de los ladrones de vuestros rebaños! Las fuerzas armadas alemanas están al corriente hace tiempo de estos actos de rebeldía y siempre han avisado e informado a la población al respecto.

Pero nuestra paciencia se ha agotado. La cuchilla de la espada alemana ha caído sobre los culpables y, en el futuro, derribará a todas y cada una de las personas culpables de tener vínculos con los bandidos y con sus instigadores ingleses.

[\[431\]](#)

Según otros testimonios, las tropas alemanas habían registrado el pueblo de Lojria el 14 de marzo y descubrieron armas, entre las que figuraba una ametralladora norteamericana. Kamares había sido «refugio y abrigo de centenares de hombres armados» y Margarikari, «hogar del archibandido Petrakagueorguis», había dado muestras de su antigermanismo al acudir en masse «al funeral de la madre del archibandido, oficiado por cinco sacerdotes, con gran pompa».

Había habido muchas más coincidencias desafortunadas de lo que imaginaban Leigh Fermor y sus compañeros. El 29 de abril, una patrulla alemana de la pequeña guarnición costera de Plakiás (a menos de veinticinco kilómetros al oeste de Sakturia) arrestó a tres pastores por apacentar sus rebaños en la franja costera, cuyo acceso estaba vedado. La banda local de andartes de Rodakino tendió una emboscada a los alemanes que escoltaban a los tres pastores, dos de los cuales fueron abatidos por sus capturadores. En esta acción, rápida pero sangrienta, los andartes mataron a cinco soldados y capturaron a los otros dos. Los registros alemanes afirman que ambos soldados fueron fusilados el día siguiente. Una fuente cretense alega que fueron enviados como prisioneros a Egipto a los dos días, pero parece hartamente improbable, vista la imposibilidad de sacar al general Kreipe de la isla.

El grupo de Kreipe tuvo que replegarse tierra adentro, alejarse de esos sucesos, de modo que condujeron al general a un redil que se encontraba por encima de Yerakari. Ahí fue donde, contemplando la salida de los primeros rayos de sol por el monte Ida, el general Kreipe recitó los dos primeros versos de la novena oda de Horacio, Ad Thaliarchum. Leigh Fermor le tomó el relevo, recitando las cinco estrofas siguientes, lo que creó un vínculo entre el capturador y su cautivo que

nada tenía que ver con la guerra.

La partida se dirigió luego hacia el oeste, atravesando Creta de punta a punta, pasando de una guarida de montaña a otra. La marcha era lenta, pues el general se había caído de una muía contra una pared de piedra y se había lastimado el hombro.

El 7 de mayo lograron finalmente contactar con Barnes y Stockbridge. Enviaron mensajes a El Cairo y la mañana siguiente un mensajero trajo la noticia recibida en uno de los equipos de radiotransmisión de que una fuerza de cobertura del escuadrón naval especial, dirigida por George Jellicoe, iba a desembarcar para cubrirles en la evacuación.

El último trecho de la jornada pareció una procesión triunfal. Los andartes y los aldeanos se alineaban a cada lado de aquel sendero de cabras para ver al general. Eran literalmente centenares los que estaban al tanto de su paradero, pese a lo cual los alemanes nunca se enteraron de nada por sus espías. Surgió una complicación que los demoró once horas cuando un destacamento de soldados ocupó la playa de Limni, que había sido escogida para embarcar. Afortunadamente, Dennis Ciclítira se les acercó con su equipo de radiotransmisión y pudo organizar un cambio de lugar para el embarque, en la playa de Rodakino.

Finalmente, a las once de la noche del 14 de mayo, una lancha motora bajo el mando de Brian Coleman se abrió camino en dirección a la playa, en respuesta a una señal de reconocimiento en morse. La fuerza de cobertura del escuadrón naval especial, comandada por el teniente Bob Bury, entró en acción, dispuesta a atrincherarse en posiciones defensivas, y sus componentes quedaron muy alicaídos cuando oyeron que había pocas perspectivas de un combate de retaguardia. Y, como un gran número de andartes, incluida la banda de Petraka, venida desde Asi Gonia, se había congregado para asistir a la partida del grupo, cualquier destacamento alemán que se hubiera aventurado por la zona habría encontrado una oposición feroz. Siguiendo la práctica habitual, antes de embarcar todos se despojaron de las armas, botas y raciones de comida sobrantes, que fueron prestamente repartidas entre la gran muchedumbre que poblaba la playa.

El grupo, incluidos Mikis Akumianakis, Elias Atanasakis y Dennis Ciclítira, subió a bordo, donde les dieron la bienvenida con bocadillos de langosta y ron de la armada. En Mersa Matruh, un comité de recepción encabezado por el comandante de brigada Barker-Benfield los esperaba con una guardia de honor para rendir pleitesía al general antes de llevarlo a un cautiverio digno. Kreipe, que al final se había resignado a su suerte, andaba casi con gallardía. Paddy Leigh Fermor, por su parte, se sentía todo menos gallardo. Los últimos días había comenzado a sufrir ataques de agarrotamiento muscular. Al llegar a El Cairo, cayó redondo, presa de un acceso de fiebre reumática que casi acaba con él y lo paralizó temporalmente. La mención por servicios meritorios que le fue inmediatamente concedida por su organización de la operación tuvo que serle enganchada a la camisa de su pijama en el hospital.

La operación Kreipe se ha criticado a menudo con el argumento de que provocó sufrimientos innecesarios para la población cretense, pero el análisis por el profesor Gottfried Schramm de los archivos de la comandancia alemana parece demostrar que es una patraña. No guardó relación con la destrucción de Kamares, Lojria, Margarikari y Sakturia, como se ha dicho. Y la oleada más dura de represalias, la destrucción de las aldeas del valle Amari, se produjo a finales de agosto. Como su finalidad era enseñar una lección a la población local, la esencia de las represalias alemanas radicaba en su rapidez: un retraso de casi cuatro meses resulta por lo tanto altamente inverosímil fuera cual fuera el catálogo de delitos enumerados por las autoridades en sus manifiestos. La operación de Amari fue esencialmente una campaña de terror disuasivo, antes de que las fuerzas alemanas se retiraran hacia el oeste de Iraklion, exponiendo el flanco en ese lugar neurálgico de la

resistencia cretense.

[432] El argumento de que la incapacitación del general Kreipe tuvo poca incidencia desde el punto de vista militar es, naturalmente, intachable. Pero el golpe iba dirigido no contra las fuerzas alemanas, sino contra su moral y contra su pretensión de dominar la isla. Es posible que luego los oficiales alemanes contaran muchos chistes sobre Kreipe, pero la audacia de la operación los alarmó enormemente. Ese efecto fue potenciado de manera absolutamente casual cuando, a los pocos días del secuestro, el comandante de una guarnición alemana murió en la explosión de un tren cerca de Pairas.

Poder jactarse era muy importante para los cretenses en un momento en que el Mediterráneo oriental estaba totalmente copado. «El día siguiente, todos nos sentíamos dos centímetros más altos»,

[433] comentó Manusos Manusakis, que había estado en Canea. Y, aunque la moral tuvo altibajos, algo por lo demás inevitable en esas circunstancias, su broma de que «de cuatrocientos cincuenta mil cretenses que había, cuatrocientos cuarenta y nueve mil afirman haber participado en la operación Kreipe» es muy indicativa del inmenso orgullo que provocó.

Posteriormente, en un último ardid propagandístico, el equipo de Dunba emprendió una campaña consistente en insinuar que era Kreipe quien había planeado su propia fuga. Y pegaron octavillas en torno a los barracones con el siguiente mensaje: «.Kreipe Befehl: Wir Folgen!»: «¡Kreipe nos lo ha ordenado, nosotros le seguimos!», una mofa del eslogan nazi de «Führer Befehl: Wir Folgen!»

[434]

27 - La retirada alemana

Tres días antes de que los aliados desembarcaran en Normandía, una pequeña partida de la Organización de Servicios Estratégicos -el equivalente norteamericano de la Junta de Operaciones Especiales, SOE- llegó a Creta. En el mismo buque que llevó a otro oficial británico a ponerse bajo el mando de Dunbabin: el teniente Hugh Fraser, del 7º de húsares. El propósito de esa misión de tres hombres dirigida por el coronel MacGlasson era «recoger información secreta, política y militar».

[435] Insistieron en mantenerse independientes con respecto a los británicos y pasaron sólo unas pocas semanas en el extremo occidental de la isla.

Con la llegada de otro norteamericano, el comandante Bill Royce, se produjo una forma de cooperación más duradera. Aterrizó el 13 de julio y la organización de Dunbabin pasó a llamarse la Misión militar aliada.

El verano también trajo consigo la visita anual del escuadrón naval especial. Sandy Rendel recibió en junio la orden de ayudar a una fuerza de choque que había de llegar por mar. La diferencia principal respecto de los ataques previos era que en esta ocasión el blanco fundamental del escuadrón eran los depósitos de combustible, y no los aeródromos. La idea era forzar a los alemanes a enviar un buque cisterna, pues ya escaseaban en combustible, y que un submarino le tendiera una emboscada. Esos ataques se habían sincronizado con otros que se iban a lanzar en el conjunto de la Grecia continental.

Al llegar a principios de julio, el grupo de vanguardia del escuadrón naval especial, dirigido por Ian Patterson, se encontró no sólo con Sandy, sino con una masa de colaboradores (Vasili Konios y un grupo de primos) con veintitrés muías para transportar el equipo y los suministros. El escuadrón naval nunca se acostumbró del todo al desprecio de los cretenses por las consideraciones de seguridad. El grupo principal desembarcó unos diez días después y los diferentes grupos se dirigieron a sus objetivos: el aeródromo de Kasteli, Iraklion, un depósito que se encontraba al sur de Neapolis y otro cerca de Armeni.

El grupo de Armeni, liderado por Dick Hardman, del escuadrón naval especial, y guiado por Hugh Fraser y Jorge Psijundakis, oyó de su principal informante, un tal Psarudakis, que las reservas de combustible habían sido evacuadas. De hecho Psarudakis les dio una información falsa, al parecer porque quería evitar conflictos con los alemanes. De modo que, en lugar de un depósito, el grupo voló un puente cerca de Kufi y tendió una emboscada a un camión, matando a cinco hombres de los cuales probablemente un par eran italianos. Para tratar de evitar las represalias, Fraser no dejó que los acompañara ningún cretense y dejó una nota y varios artículos reglamentarios, como una boina, para convencer a los alemanes de que se trataba de una operación exclusivamente británica.

La noche del 22 de julio se produjeron simultáneamente otras acciones para potenciar su repercusión conjunta. Mijali Jiluris, el jefe de guerrilla decididamente probritánico de la región de Anoya, llevó a su banda, relativamente poco ejercitada, al ataque de un puesto avanzado alemán junto a Dafnes y lograron abatir a quince soldados. Se calcula que los ataques principales lograron destruir setecientos cincuenta mil litros de combustible, pero dos miembros del SBS fueron capturados. Los dos, el capitán John Lodwicky el cabo de artillería Nixon, escaparon más tarde, cuando el tren que los llevaba a Alemania cayó en una emboscada tendida por los partisanos yugoslavos. Cuando, después de numerosas aventuras, regresaron a su unidad, el oficial que estaba a su mando, lord

Jellicoe, se limitó a hacer la siguiente observación: «Ah, ya estáis de vuelta. No os habéis dado demasiada prisa, ¿no es así?»

[436]

Ante las noticias de los avances rusos en el frente oriental y la apertura del segundo frente en Normandía, las bandas de las montañas y los andartes de reserva en las ciudades aumentaron sensiblemente. Todo el mundo quería integrarse en la resistencia antes de que fuera demasiado tarde.

Tanto la nacionalista EOK como el ELAS, bajo control comunista, evitaron enzarzarse entre sí. El ELAS sabía que no tenía ni suficiente fuerza ni bastante apoyo popular para enfrentarse a la EOK con esperanza alguna de supervivencia. Y, afortunadamente, la EOK no había tenido noticias de los acontecimientos registrados en Grecia, donde el ELAS había comenzado a eliminar uno por uno a sus rivales, empleando una versión sin pulir de la «táctica del salchichón»; de lo contrario, sus grupos habrían atacado al ELAS como medida preventiva.

En la región de Vianos se organizó un intento de fomentar la amistad entre ambos grupos. Como cabía esperar, esta asamblea, que tuvo lugar en una cuenca entre colinas cubiertas de robles, fue un espectáculo curioso. El líder de

los comunistas era un doctor de la isla. Un pequeño grupo de desertores alemanes formaba otra delegación. El hermano menor de Banduvas, Yanni, había traído a su banda, al igual que el coronel Plevres, de Neapolis y líder de la EOK en la provincia de Lasiti.

Los grupos que se reunieron estaban compuestos por un total de casi 300 hombres. Primero, un sacerdote que aportaron los comunistas -una paradoja típica de ELAS- bendijo su causa y luego se sacrificaron algunas cabras para celebrar un festín pobre, seguido por discursos de retórica inacabable.

Billy Moss había vuelto a Creta el 6 de julio. Su misión oficial era organizar una acción de diversión con una fuerza de prisioneros rusos escapados para ayudar al SBS en sus ataques coordinados del 22 de julio. Pero Moss tenía un plan privado, que no había revelado al comandante de brigada Barker-Benfield ni a nadie. Había urdido el alocado plan de secuestrar al sustituto del general Kreipe.

Para ello quería reagrupar al equipo que había secuestrado a Kreipe. Se estableció junto con Mijalis Jiluris en las laderas septentrionales de la cordillera del monte Ida, por encima de Anoya. Es posible que se mantuviera deliberadamente alejado de Tom Dunbabin, quien desembarcó el 13 de julio, porque éste habría vetado su plan si se hubiera enterado de lo que estaba tramando.

La idea de Moss resultó imposible de ejecutar por la sencilla razón de que el general Kreipe no había sido reemplazado: el único general de la isla era Müller, el comandante de la plaza fuerte de Creta. Todo eso no sirvió más que para perder tiempo y dejar pasar la importante noche del 22 de julio. Moss volvió a la guarida de Jiluris, después de haber reforzado su grupo con un puñado de prisioneros rusos evadidos, que pertrechó con pistolas Sten. Poco se podía hacer, al margen de esperar una ocasión propicia para entrar en acción.

Para no ser superados por las fuerzas de choque británicas, uno de los grupos del ELAS en Rézimno cercó la aldea de Margantes a primera hora del 1 de agosto para tender una trampa a las tripulaciones motorizadas alemanas que habían pasado la noche en ese lugar. Después de bloquear la carretera abatiendo un árbol, se internaron en el pueblo, capturando a cuatro hombres, que luego fusilaron. Una fuerza alemana dispuesta a efectuar represalias llegó a la zona, situada entre Perama y el monasterio de Arkadi, y libanda de ELAS se retiró, perdiendo a dos hombres. Al principio afirmaron haber matado a cuarenta alemanes, después redujeron la cifra a veinte y al final a cinco, lo

que seguía siendo una exageración, pues los registros alemanes revelan que, entre el 2 y el 4 de agosto, sólo tuvieron cuatro bajas. Las mofas de que fueron sin duda objeto sus pretensiones a la baja les debieron doler, lo que quizás contribuya a explicar su conducta temeraria en las semanas posteriores.

En cualquier caso, se estaba gestando un movimiento insurreccional, pues los cretenses notaban que se acercaba el principio del fin, especialmente cuando el avance del Ejército Rojo en Rumania puso en peligro las líneas de comunicación alemanas. La revuelta revistió formas muy diversas, siendo la más común el ataque súbito contra un soldado solitario o un pequeño destacamento. Pero los incidentes menores se complicaban fácilmente hasta degenerar en combates espontáneos.

La mañana del 7 de agosto, Feldwebel Olenhauer, con la compañía de siete hombres de la pequeña guarnición de Yení Gavé, subió hasta la ciudad de Anoya, el hogar de Jiluris y un pozo profundo de resentimiento antialemán. Olenhauer, aunque al parecer apreciado por los aldeanos de los alrededores de su puesto, era odiado por los habitantes de Anoya. En la calle principal del pueblo se puso a blandir su fusta, exigiendo trabajadores. Hubo pocos voluntarios, de modo que ordenó a su destacamento que apresara a todos los hombres que encontraran y a algunas mujeres y niños. Con esos prisioneros se fue desfilando carretera abajo, en dirección a Rézimno.

Un grupo de siete «andarles reservistas» -habitantes de la zona que disponían de un cañón oculto, frente a los miembros de una banda permanente en las montañas- tendieron una emboscada a esta columna. Se les unieron cinco habitantes del lugar, que no pertenecían al ELAS. Empezaron disparando al aire para avisar a los rehenes de que se tiraran al suelo. Los alemanes no hicieron ningún conato de resistencia. Dos hombres huyeron y Olenhauer, su perro y el resto del destacamento fueron llevados montaña arriba a la sierra del monte Ida. Los andarles del ELAS tenían la vaga idea de intercambiar sus prisioneros por un elevado número de cautivos de la prisión de Ayía. Como cabía esperar, el proyecto se quedó en agua de borrajas y los andarles fusilaron a todos sus prisioneros, incluido el perro de Olenhauer.

Después del enfrentamiento que se había producido en la carretera, los habitantes de Anoya temían lo peor y, después de empaquetar algunos objetos de valor y unos pocos alimentos, abandonaron sus casas. Los hombres se pertrecharon con viejos fusiles y hablaron de resistir. Algunos llegaron hasta la guarida de Jiluris, ante lo cual Moss decidió que «el escenario se iba preparando lentamente para entrar en acción».

[437] Si los alemanes tenían la intención de destruir Anoya, él y su banda se apostarían en los alrededores para tender una emboscada a la columna cuando se aproximara al pueblo.

Moss se puso en marcha con su núcleo de cretenses, los rusos y media docena de miembros de la banda de Jiluris, en total unos quince hombres equipados con armas automáticas. Atravesaron las calles abandonadas de Anoya, subieron las colinas que rodean la aldea y las bajaron hasta llegar a la carretera principal Rézimno-Iraklion, por donde habían de llegar los alemanes. Escogieron un lugar perfecto para emboscadas cerca de Damastas: una curva en cambio de rasante que desembocaba en un pequeño puente, que minaron con granadas Hawkins.

Los preparativos de la emboscada fueron caóticos. Primero tuvieron que alejar precipitadamente a los aldeanos y sus rebaños. Luego dispararon contra un camión alemán que transportaba trabajadores forzosos y, más tarde, atacaron un camión del ejército, más grande, contra el que los miembros de la banda de Jiluris, aficionados a apretar el gatillo, dispararon a pesar de no estar a su alcance de tiro, lo que les obligó a emprender una persecución alocada campo a través para apresar a sus ocupantes. Más tarde atacaron otros vehículos. Al fin divisaron las tropas

enviadas realmente para ocuparse de Anoya. Estaban compuestas por un camión lleno de soldados de infantería con el respaldo de un vehículo acorazado. Las quince pistolas Sten dieron en seguida cuenta de los soldados, pero el vehículo blindado abatió a un guía de Anoya mientras recargaba metódicamente su viejo rifle en mitad de la carretera y a uno de los rusos. Habrían caído muchos otros si Moss no lo hubiera rodeado y, subiéndose al vehículo por detrás, no hubiera lanzado una granada por la escotilla. En total murieron casi treinta alemanes, incluidos los doce prisioneros que luego mataron los hombres de Jiluris. Siguiendo la práctica cretense habitual, sus cuerpos fueron lanzados a un hoyo.

Las esperanzas de Moss de que su ataque en Damastas hubiera salvado Anoya eran vanas. Los alemanes se limitaron a esperar cinco días y agrupar una fuerza mayor. «Dado que la ciudad de Anoya -rezaba la proclamación de su destrucción- es un centro del espionaje inglés en Creta, dado que los habitantes de Anoya asesinaron al sargento de la guarnición de Yení Gavé, dado que los habitantes de Anoya efectuaron la operación de sabotaje en Damastas, dado que los andarles de diversas bandas de resistencia reciben asilo y protección en Anoya y dado que los secuestradores del general Kreipe atravesaron Anoya, usándolo como lugar de descanso mientras lo transportaban, ordenamos que sea arrasado y la ejecución de todos los hombres que se hallen en él o en un radio de un kilómetro en torno a la localidad. Müller, comandante de la guarnición de Creta, 13 de agosto de 1944.»

[438]

El pueblo fue destruido casi en su totalidad y se fusiló a treinta de sus habitantes, además de quince hombres atrapados en los alrededores. Otra versión afirma que se destruyeron más de cien casas de Damastas y se fusiló a treinta personas en esa localidad, pero que en Anoya sólo murieron quince.

El mismo día en que Moss combatía en Damastas, Tom Dunbabin, acompañado por Andonis Zoidakis y otros dos hombres, se dirigió hacia Kiparises para encontrarse con el capitán de grupo Kelaidis, representante del gobierno en el exilio. Pero, cuando la partida salía de un viñado y atravesaba la carretera Armeni-Rézimno, dos alemanes, que sospechaban algo, abrieron fuego sin previo aviso. Zoidakis, el último en cruzar, cayó gravemente herido. Dunbabin se dio la vuelta y abatió a uno de los alemanes con su revólver y alcanzó al otro.

La llegada casi instantánea de refuerzos alemanes no dejó a los tres supervivientes más opción que salir corriendo para ponerse a resguardo. Los alemanes ataron a Zoidakis a su vehículo y emprendieron la marcha, arrastrándolo por la carretera hasta que murió. En Armeni recibieron órdenes de que, a guisa de aviso, debían dejar su cadáver sin enterrar varios días. Pero su destino cruel, especialmente porque era «un verdadero palikari», como dicen los cretenses, sólo sirvió para atizar el odio contra el enemigo.

El objeto de la reunión de Dunbabin con el capitán Kelaidis era prepararse para deliberar con los líderes del EAM. Esta reunión se celebró en Melidoni el 17 de agosto, con la intención de fijar una suerte de política común entre las bandas nacionalistas de la EOK y los grupos del ELAS, bajo control comunista, pero las suspicacias mutuas impidieron que se llegara a acuerdo alguno. El EAM, de signo comunista, no confiaba en el gobierno británico y, sobre todo, estaba contra su decisión de entronizar a un rey sin celebrar previamente un plebiscito, mientras Dunbabin estaba más al corriente que la mayoría de los cretenses de las maquinaciones crueles de los comunistas para monopolizar el poder en Grecia. Su malestar ante la amenaza de que estallara una guerra civil probablemente se intensificó a raíz de la excursión que realizó poco después al sur de Melidoni. Un destacamento del

ELAS rodeó a su grupo, exigiéndoles en tono amenazante noticias de la conferencia que acababan de celebrar.

Ni siquiera de haberse llegado a un acuerdo en Melidoni eso habría impedido que estallara la fase siguiente de destrucciones y matanzas. Cinco días después de la reunión, varios batallones de infantería alemanes penetraron en el valle Amari. Los amariotas fueron tomados completamente por sorpresa. Los ocho días siguientes -del 22 al 30 de agosto-, los alemanes destruyeron 9 aldeas y fusilaron a 164 de sus habitantes, 43 de ellos sólo de Yerakari. Las casas fueron despojadas de sus objetos de valor, que se apilaron en los camiones del ejército y fueron transportados hasta Rézimno, donde se les prendió fuego. También confiscaron el ganado para su uso y disfrute.

Las bandas locales y el grupo del ELAS de la provincia de Rézimno opusieron escasa resistencia. Las dimensiones de las fuerzas alemanas desplegadas en la zona habría convertido en suicida cualquier intento de intervenir. Más tarde, Petrakagueorguis se quejó amargamente al coronel Tsifakis de que el destacamento del ELAS dirigido por Limoniás y Veludakis no les había avisado ni ayudado" cuando una columna alemana los pasó de largo para ir a atacar las posiciones de Petrakagueorguis. Pero el brillo de la resistencia volvió a refulgir durante los últimos días de aquella operación, cuando mató a una docena de alemanes.

En varios casos influyó el azar o el capricho de los comandantes alemanes. Algunos pueblos fueron destruidos sin motivo alguno y otros fueron preservados inexplicablemente. El que Asi Gonia, entre todos los centros de la resistencia, sobreviviera sigue siendo uno de los principales misterios de la ocupación. Sus habitantes creían que su santo patrón, San Jorge, que los había salvado de los turcos, había vuelto a interceder por ellos.

Sin duda, en la operación alemana había algo de venganza, pero, en términos militares, su finalidad no deja duda, pese a que las declaraciones efectuadas fueron similares a las de Anoya: sembrar el miedo en la zona principal de actividad de la guerrilla en el flanco de la línea prevista de retirada de Iraklion. Pero muy pronto se demostraría que no había cumplido su objetivo.

Impulsado por la noticia de que los alemanes comenzaban a enviar a sus enfermeras a casa y a traer las guarniciones más remotas, Tom Dunbabin convocó una conferencia de oficiales de enlace en el monasterio de Arkadi el 8 de septiembre. De El Cairo había llegado la orden de «desistir de los actos de sabotaje o de cualquier tipo que puedan perjudicar a la población civil». Dunbabin distribuyó el mensaje a todas las bandas guerrilleras, pero el ELAS no tenía la más mínima intención de acatar las órdenes británicas e incluso algunas bandas nacionalistas vinculadas a la EOK optaron por ignorarlas.

El grupo del ELAS, que se hacía llamar 44.º batallón pese a contar sólo con unos cincuenta hombres, penetró en el valle Amari a las dos semanas del paso de los alemanes. Planeaban efectuar una pequeña operación que les granjeara el apoyo en esa zona, en su mayoría nacionalista. Iban a capturar el puesto avanzado alemán, compuesto únicamente por tres hombres, que controlaba la escuela agrícola de Asomaton y distribuir los productos y el ganado que requisaran por los pueblos de los alrededores.

La mañana del 11 de septiembre, el destacamento del ELAS tomó el puesto sin derramar sangre. Esta iniciativa enfureció a los jefes locales de la guerrilla nacionalista. Enterados de las intenciones del ELAS, habían avisado específicamente de que no querían que se produjera ninguna acción en la zona. Sus hombres rodearon el edificio y forzaron al grupo del ELAS a liberar a sus prisioneros y a retirarse.

Pero el incidente no podía olvidarse tan fácilmente. Unas pocas horas después, una gran parte del «44.º batallón» avistó dos furgonetas llenas de soldados que iban desde Rézimno, por la

carretera que serpentea al subir el valle, en dirección al puerto de montaña sobre el que se yergue la aldea de Apostoli. No se sabe con certeza si iban a causa del incidente o para evacuar a los soldados, dentro del plan general de retirada de los puestos avanzados y aislados.

En un lugar hoy señalado por un bajorrelieve que representa a un andarte mostachudo, el grupo del ELAS tendió una emboscada a esos vehículos. El sonido de los disparos atrajo al lugar a casi todos los cretenses armados que lo

oyeron, independientemente de su filiación política. (Más tarde, cuando el coronel Tsifakis oyó los pormenores de la acción, le exasperó semejante irresponsabilidad.) Los andartes nacionalistas se llevaron a los alemanes heridos en la emboscada y los trataron bien. Al parecer, los demás prisioneros quedaron en poder de ELAS, que los fusiló más tarde.

La batalla fue creciendo en intensidad a medida que iban llegando de Rézimno, tan sólo a veinte kilómetros de distancia, los refuerzos alemanes valle arriba. Trajeron consigo incluso un par de cañones de campaña, que emplearon para bombardear el valle Amari y la aldea de Pandanasa, situada sobre un cerro, donde se habían refugiado los andartes. Uno de los obuses mató al doctor Aléxandros Generales, que estaba cuidando a los alemanes heridos. Una vez más, los andartes propusieron una cifra de enemigos muertos considerablemente abultada: una fuente pretende que los alemanes perdieron cien hombres. De hecho, los archivos alemanes revelan que sólo murieron dieciséis o diecisiete de los suyos durante este episodio. La ejecución por el ELAS de sus prisioneros eleva la cifra a veintiséis.

Una emboscada mucho más afortunada, aunque organizada en violación aún más flagrante de las órdenes recibidas de El Cairo, se produjo unos cuantos días después, el 15 de septiembre, cuando la banda de Jiluris, compuesta por habitantes de Anoya, aniquiló a una patrulla alemana de catorce hombres en la ladera del Psiloriti desde la que se divisa Iraklion.

[439]

Para sorpresa y alivio de los amariotas, los alemanes anunciaron que no efectuarían represalias por la emboscada de Apostoli. (Pese a lo cual la ejecución de quince rehenes en la prisión de Ayía el 16 de septiembre ha sido vinculada a este combate en el valle Amari.) Las fuentes nacionalistas afirman que sus aldeas quedaron a salvo en la segunda oleada de destrucción gracias a los buenos cuidados que habían deparado a los heridos alemanes. Pero el motivo real probablemente fuera menos espiritual. Los oficiales alemanes no querían seguir alborotando avisperos en aquella tesitura. Había comenzado la retirada desde los puestos avanzados, antes de la evacuación definitiva de Iraklion, y las tropas alemanas estaban perdiendo por completo la moral.

La tasa de desertiones alarmaba a los oficiales superiores alemanes. (Al parecer, los soldados a quienes se asignaba un puesto en el continente eran los que en mayor proporción desertaban: atravesar volando el Egeo delante de la fuerza aérea aliada se consideraba casi equivalente a una sentencia de muerte.) Sirva de indicación sobre la escala del problema para la comandancia alemana el hecho de que, de los quinientos prisioneros de la prisión de Ayía, aproximadamente ciento cincuenta eran italianos y otros ciento cincuenta alemanes: en conjunto, el doble que los cretenses. La cifra se completaba con unos cincuenta prisioneros de guerra rusos que cumplían condena. Se habrían producido aún más desertiones si los soldados alemanes hubieran tenido la confianza de convertirse en prisioneros de los británicos. Sabían que los cretenses habían matado a numerosos desertores a quemarropa, como venganza por las maniobras de Schubert para sacar información a los aldeanos con sus delatores vagabundos.

La campaña de propaganda de la Misión militar aliada sobre Creta fue más amplia y elaborada

de lo que se suele creer. Tanto el norteamericano Bill Royce, apostado en la región de Iraklion, como su homólogo en Canea, Stephen Verney (posteriormente obispo de Repton), dependían de la Junta de Guerra Psicológica, una organización afín a la SOE. Verney, inicialmente un objetar de conciencia que trabajó para la unidad de ambulancia de Friend, se unió luego en El Cairo al cuerpo de servicio del ejército británico como soldado raso. Pero su antiguo rector de Harrow, Paul Vellacott, director del servicio de guerra psicológica en Oriente Medio, lo encontró en una fiesta. Vellacott, para evitar que se desperdiciara un prometedor clasicista, lo recluta en seguida.

Verney fue adiestrado y enviado a Creta el 20 de agosto con un judío alemán, el cabo Cohén, para ejercer funciones de interpretación. Su misión iba a causar numerosas bajas en el ejército alemán. Los jefes de la Junta de Guerra Psicológica habían estudiado los motines de Wilhelmshaven, Kiel y Munich, que provocaron el derrumbamiento abrupto de la resistencia alemana y acortaron en casi seis meses la primera guerra mundial.

Verney, guiado por su ángel guardián cretense, Marko Drakakis, centró su interés en tres categorías: los alemanes que no estaban conformes con el régimen nazi; los «nacionales», como los polacos o austríacos, obligados a llevar el uniforme de la Wehrmacht; y los alemanes enamorados de chicas cretenses. Costa Mitsotakis, su primer contacto en Canea, fue un guía valiosísimo a la hora de indicarle a qué alemanes debía contactar. Uno de los oficiales antinazis, un antiguo miembro del Reichstag, le confesó que se odiaba a sí mismo por hablar con uno de los enemigos de su país, pero que el régimen de Hitler no le dejaba otra alternativa. Mientras tanto, el cabo Cohén estaba de detectar a los comunistas y socialistas que pudiera haber en las filas alemanas, una operación sumamente arriesgada que más adelante provocaría la detención de muchos miembros de la red.

Uno de los «nacionales» era Kurt Schlauer, un polaco adscrito a la Wehrmacht porque era protestante. Ayudó a Verney y a sus asociados de la EOK en sus traducciones. Organizaron una imprenta en una cueva de las colinas que dominan Canea. La dirigía un periodista cretense, Xenofón Jadjigrigorakis, que imprimía dos boletines, uno en griego y el otro, Kreta Post, en alemán. Un subteniente alemán enamorado de una profesora cretense les ayudaba. Había desertado con su motocicleta, que fue sumamente útil.

Kreta Post, inspirado en gran medida en las emisiones de la BBC, ofrecía la zanahoria del idealismo, difundiendo la idea de que iba a surgir una nueva Alemania de las cenizas de Hitler. El resto de la campaña se proponía dar «la impresión de que todo el sistema se estaba resquebrajando».

[440] Tasso Ninolakis, un joven valeroso y despierto que trabajaba en la red Verney-Mitsotakis, hacía llegar a los alemanes información falsa o muy exagerada sobre las actividades e la resistencia. También participaba en un plan consistente en infiltrar grandes cantidades de explosivos plásticos, al que se le había dado la forma del carbón, en los depósitos de combustible del comedor alemán de oficiales. Verney escribía regularmente al general Benthag para recordarle lo desesperado de su situación e insistir en que había llegado el momento de la Kapitulation. Esta palabra y su inicial se convirtieron en el lema de la campaña. Se reclutó a los chavales de Canea para que llevaran a cabo una ofensiva de pintadas. Empleaban ácido para estampar la letra K sobre los parabrisas de los vehículos alemanes. La letra aparecía pintada sobre las garitas de los centinelas, en los puestos avanzados y sobre los muros de los barracones.

A principios de octubre, Verney sugirió otra maniobra a El Cairo: que la BBC hablara de rumores de un desembarco británico en el oeste de la isla. Así se hizo y debe ser una de las contadas ocasiones en que la BBC se haya mostrado de acuerdo en transmitir información falsa: presumiblemente la palabra «rumores» salvaguardaba su honor. Sea como fuere, la maniobra fue

eficaz. Se despachó apresuradamente a un oficial alemán en un coche de servicio para que entrara en contacto con esta fuerza aliada. En Kándanos, manifiestamente convencido de que estaba cerca de los invasores, comenzó a dar vueltas agitando una bandera blanca y gritando por altavoz «Nicht bum-bum! Nicht bum-bum!».

[441]

El Cairo no siempre respondía a las peticiones que le llegaban. Antes de que el tristemente célebre general Müller abandonara Creta, el 26 de septiembre, la célula de Verney recibió datos descriptivos del avión en el que iba a viajar hasta Atenas y la hora de su despegue. En mitad de la noche, Verney envió un mensaje a El Cairo en el que pedía que fuera interceptado por cazas de largo alcance. Puso cuatro equis al principio de la nota para indicar que debía tener la mayor prioridad posible y se imponía una medida inmediata, con la esperanza de que ello obligaría a despertar a los oficiales superiores, para que tomaran una decisión al respecto. Para su exasperación, la única respuesta que recibió fue: «Tranquilo. Utilice menos/equis».

[442] No se hizo nada.

En la conferencia convocada por Dunbabin en el monasterio de Arkadi el 7 de septiembre se había decidido la estrategia general que se emplearía cuando los alemanes pasaran a la segunda y principal fase de su retirada hacia el oeste de la isla. Tras escudriñar los rostros de todos los asistentes, Dunbabin probablemente quedó maravillado por los cambios que se habían producido desde los días lejanos en que había asumido el mando. Ahora tenía a ocho oficiales bajo su mando: Rendel, Barnes, Ciclítira, Terence Bruce-Mitford, que había trabajado con Pendlebury en la isla antes de la invasión, Barkham, Houseman, Fraser y Matthew White, el operador de radio que tanto había sufrido y ahora estaba en comisión de servicio. También había cuatro oficiales adjuntos: Eaton, Royce (Organización de Servicios Estratégicos), Verney (Junta de guerra psicológica; PWE, Political Warfare Executive) y Lukas (ejército polaco), así como catorce suboficiales, la mayoría de los cuales había llegado recientemente y formaba parte del equipo de adiestramiento de Bruce-Mitford en armas pesadas.

Cinco días después de la conferencia de Arkadi, Sandy Rendel y la banda de Anoya, compuesta por setenta hombres, se encontró con Mikis Akumianakis en las ruinas del palacio de Cnosós. Allí, a vista de pájaro de la residencia del general alemán, en villa Ariadna, planearon infiltrarse en Iraklion. No pasaría mucho tiempo antes de que Tom Dunbabin pudiera tomar la villa, que tan bien conocía de antes de la guerra, y hacer de ella el cuartel general de la Misión militar británica. Más tarde informaría a la British School of Archaeology de que el yacimiento de Cnosós había sido ligeramente afectado por fuego de mortero en mayo de 1941; quizás en la batalla en la que murió el padre de Mikis Akumianakis. Pero, durante la ocupación, las autoridades alemanas hicieron cuanto pudieron para evitarle desperfectos.

Los alemanes sabían que Mikis Akumianakis era el jefe de los agentes británicos en la ciudad, pero no lo habían arrestado. Las normas habituales de lucha contra la insurrección se suspendían ahora con mayor y mayor frecuencia, pues su posición en la isla cada día era la de un mayor aislamiento. Era preferible negociar a causar baños de sangre de los que las potencias aliadas pudieran culpabilizar a los oficiales alemanes una vez hubieran ganado la guerra. Asimismo, la corrupción parece haber alcanzado proporciones inesperadas entre la guarnición alemana. Un oficial superior llegó a prometer, a cambio de ochenta soberanos de oro, impedir la destrucción de un puerto y una ciudad. Pero en las semanas siguientes hubo en juego tantos factores y facciones que, a medida

que los diferentes grupos de andarles estrechaban el cerco, ansiosos de matanzas o botines, una salida pacífica distaba de estar asegurada.

El coronel Andreas Nacenas, el nuevo representante militar del gobierno en el exilio, era oficialmente el gobernador de la prefectura de Iraklion, pero su autoridad únicamente la reconocía la Misión militar británica y dos bandas de la EOK: los anoyanos de Jiluris, infiltrados en la ciudad, y los hombres de Petrakagueorguis, que se encontraban en su zona occidental. Al sur de la ciudad, Bodias había tomado posiciones con su grupo del ELAS. Y las otras dos bandas principales de la región, las de Banduvas y Plevres, se apostaron en la zona oriental, junto al aeródromo. Habían rearmado a sus hombres con armas alemanas después de que los británicos se negaran a suministrárselas. Banduvas, que ya había vuelto de Egipto, era aún más impredecible que antes. Los alemanes habían logrado ocasionalmente que se mantuviera tranquilo con varios pretextos y era difícil precisar qué relación mantenía con Bodias. Pese a la traición de éste -que lo abandonó el año anterior, después del episodio de Vianos-, era manifiesto que los dos hombres se entendían de alguna forma y pronto se produjo un acontecimiento desagradable.

Desde el 1 de octubre, las tropas alemanas y los andartes llevaban diez días vigilándose mutuamente, esperando en ambos casos que el otro bando diera el primer paso. La artillería alemana estaba en posición de bombardear la ciudad en caso de ser atacada y tenía varios batallones de infantería bien pertrechados y en sus posiciones, de modo que habría sido una locura que los andartes provocaran la batalla. Por su parte, los grupos de la EOK, bajo el mando de Petrakagueorguis y Jiluris estaban dispuestos a atacar si los alemanes trataban de destruir el puerto. Mientras tanto, los hombres de Plevres habían comenzado a penetrar en la ciudad, aparentemente con el consentimiento de los alemanes, que incluso les habían dado algunas armas, porque eran nacionalistas y no comunistas.

Con el paso del tiempo, los alemanes dejaron de temer que hordas de civiles cretenses, con el cuchillo entre los dientes, se abalanzaran sobre sus tropas en retirada y el día de la liberación de Iraklion llegó el 11 de octubre. Fue un carnaval extraño. Bill Royce, el oficial norteamericano, y Sandy Rendel estaban plantados con su uniforme delante de la puerta Nueva, desde donde podían ver a los alemanes. Al poco apareció un destacamento del ELAS, curiosamente dirigido por Bodias, que iba montado sobre un pony con una cadena de margaritas al cuello. Rendel divisó luego a Petrakagueorguis «sentado sobre un vehículo alemán capturado, con una sonrisa ancha y confiada, recordaba a un general sudamericano del siglo XIX a punto de liderar una revolución. Después de pasar tres años en la montaña, aquél iba a ser su día y estaba dispuesto a disfrutar cuanto pudiera».

[443]

Hubo varios momentos de tensión cuando los alemanes, que se replegaban en medio de cierta rechifla, acariciaron nerviosamente los gatillos de sus armas. Pero finalmente se produjo la salida incruenta de las tropas alemanas, cuando Royce escoltó a su retaguardia al otro lado de la puerta de Canea: era la ruta que Pendlebury había seguido el segundo día de la batalla, hacía tres años. Cuando el último vehículo desapareció, la muchedumbre estalló de alegría, se puso a cantar y a vitorear. Con un talante apenas un poco más solemne, Evguénios, el metropolitano de Iraklion y (de Toda Creta, celebró un oficio de acción de gracias en la catedral.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que se produjeran escenas atroces, pues las masas exigían venganza contra los colaboradores, especialmente contra Poliudakis, el aborrecido jefe de policía. Poliudakis, que había sido abandonado por los alemanes, fue sacado de su celda y llevado hasta el balcón, donde Petrakagueorguis, un hombre alto, hizo creer que estaba de acuerdo en lanzárselo a la

multitud. Pero se limitó a levantarlo por los pies y luego lo devolvió al balcón. Casi todos creyeron que fue ejecutado poco después, pero fuentes más fiables revelan que logró escapar a Atenas, donde trabajó de escriba para los analfabetos delante de las oficinas del gobierno.

Antes de que el coronel Nacenas impusiera el toque de queda, a varias mujeres se les rapó la cabeza y se saquearon las casas de algunos colaboradores. Se temían sobre todo los posibles enfrentamientos entre los grupos de andartes rivales. Tratando de calmar la situación y promover la buena voluntad entre las facciones enemistadas, el general Nikólaos Papadakis, recién nombrado gobernador militar de Creta, convocó una reunión de todas las bandas que habían participado en la liberación de la ciudad, para que lo reconocieran a él y a los jefes de las demás bandas. Papadakis, primo del coronel intratable del mismo nombre, había llegado el 6 de octubre con el comandante Jack Smith-Hughes como oficial de enlace.

El gobernador militar y los jefes, tanto de la EOK como comunistas, se congregaron en el balcón de la prefectura para saludar a las bandas de andartes en la plaza. De repente se oyó un tiro amortiguado y Yanni Bodias, el líder del EAS, se tambaleó, herido en el brazo. Atanasios Burdzalis, el jefe chapado a la antigua que había sido llamado para colaborar en el secuestro de Kreipe, había disparado a Bodias por la espalda desde el balcón. Alegaba que Bodias, con reputación de deshonesto, había insultado a su hermana.

Bodias fue llevado al hospital, donde lo curó el líder nacionalista y cirujano doctor Giamalakakis. El incidente provocó tiroteos entre las bandas, que se prolongaron hasta que Dunbabin y Smith-Hughes hubieron dado una vuelta completa a la ciudad en un jeep dando garantías de paz a ambos bandos. Burdzalis, que había sido apresado de inmediato, se enfrentó a un consejo de guerra sumario convocado por el general Papadakis. Banduvas era uno de los miembros del tribunal. Burdzalis fue condenado a muerte y Papadakis confirmó la sentencia, pese a que la herida de Bodias no era grave. Las partes se habían endurecido hasta tal punto que Tom Dunbabin comprendió que debía apoyar a Papadakis en su confirmación de la sentencia: el riesgo de una guerra civil era demasiado grande.

Como uno de sus colegas más cercanos observó más tarde, Dunbabin creía firmemente que no debía rehuir las decisiones desagradables ni pedir a otros que ejecutaran en su nombre las tareas sucias. El año anterior, cuando dos traidores de la aldea de Krusonas (uno de los cuales había sido alumno de Monty Woodhouse en Haifa) habían llegado hasta su cuartel con una falsa oferta de ayuda, Dunbabin no sólo decidió que debían morir, sino que se sintió obligado de encargarse él mismo del asunto. Dio a cada uno un poco de vino que contenía las píldoras para suicidarse que distribuía la SOE pero, recordando alarmantemente a la escena de Rasputín en el palacio Yusupov (y moleestamente para los oficiales de la SOE), ninguno de los dos dio muestras de que le hubiera producido efecto alguno. De modo que los sacaron de la cueva y Dunbabin les disparó el primer tiro.

La tensión entre los nacionalistas y los partidarios de EAM-ELAS no se ceñía a Iraklion. Se daba en todas las grandes ciudades. En algunos cafés, cuando entraba un oficial británico no era raro que lo saludaran con una canción antibritánica en boga por entonces. En Canea, Stephen Verney se quedó estupefacto cuando, tras pedir a unos jóvenes que participaran en la campaña de pintadas contra los alemanes, éstos le replicaron que sólo lo harían si se lo ordenaba específicamente el partido.

Después de la salida de los alemanes de Iraklion, Rendel dio una vuelta en motocicleta a la parte oriental de la isla para celebrarlo con sus amigos y colaboradores, en la que descubrió que EAM-ELAS llevaba realizando una campaña de intimidación desde septiembre. En Neapolis, el obispo local estaba en arresto domiciliario por haber predicado un sermón anticomunista. En Áyios Nikólaos, aunque fue vitoreado por los líderes izquierdistas en una fiesta de celebración de los

aliados, Rendel comprobó que habían encarcelado a los opositores políticos, incluidos quienes habían apoyado a los británicos. Y, en Ierápetra, el comité local del EAM había encerrado bajo llave al comandante de brigada Karandinos, un nacionalista, pero las protestas le habían forzado a abrirle la puerta. Sólo en Sitia, donde los nacionalistas eran mayoría abrumadora, los grupos de ELAS mantenían cuidadosamente la neutralidad. La guerra civil estaba en el aire y ambos bandos estaban convencidos de que los británicos intervendrían. Pero se trataba de una sobreestimación de la potencia británica, como pronto demostrarían los acontecimientos de Grecia.

Las últimas tropas alemanas abandonaron Rézimno el 13 de octubre para recorrer, sin demasiadas molestias, el último tramo de su retirada hasta Canea. El mismo día sus fuerzas en Grecia abandonaban Atenas.

Sobre el terreno, los únicos incidentes se produjeron cuando un grupo del ELAS quedó atrapado en una escaramuza sin consecuencias tras una emboscada, y Hugh Fraser no pudo resistir a la tentación de poner a prueba el arma secreta de la SOE: explosivo plástico moldeado y coloreado para imitar defecaciones de asno. Colocó las cargas cuidadosamente en una esquina en ángulo agudo que dominaba un despeñadero. La idea era hacer explotar las ruedas de un vehículo militar en un lugar peligroso, causando un accidente mortal que los alemanes no pudieran atribuir a sabotaje. Ante su horror, el primer vehículo era una furgoneta civil atestada de cretenses. Milagrosamente, no tocó con las ruedas las deyecciones de asno, pero Fraser, decidido a no poner en peligro ninguna vida cretense, se precipitó hasta el lugar y recogió aquellas minas tan especiales. En cuanto lo hubo hecho le pasó de largo toda una procesión de furgonetas alemanas.

Dunbabin había urdido otros planes con El Cairo. Las columnas de vehículos alemanes que se desplazaban por la carretera constituían un blanco perfecto para los cazabombarderos. Además, los ataques aéreos no conllevaban el riesgo de que se produjeran represalias. Numerosos Spitfire equipados con depósitos de combustible de largo alcance y pilotados sobre todo por sudafricanos participaron en varias incursiones. Los primeros atacantes de las posiciones que rodeaban a Iraklion tuvieron una sorpresa desagradable. Todas las baterías antiaéreas sacadas de los aeródromos y demás puestos avanzados estaban concentradas en esa zona. Un par de aviones fueron abatidos, pero los pilotos lograron salir a tiempo de la cabina. En cuanto se hubieron desembarazado de la exuberante hospitalidad cretense, fueron embarcados sobre una de las lanchas motoras de la Royal Navy. Sin embargo, por eficaces que fueran aquellos ataques aéreos, el daño más permanente lo causaron los alemanes al retirarse. Destruyeron implacablemente todos los puentes que iban dejando atrás, incluida una obra maestra veneciana que se encontraba cerca de Rézimno.

Poco antes de que el centro de atención se desplazara en Creta hacia el oeste de Iraklion, en Canea se trató de abreviar la ocupación. En septiembre, Constantinos Mitsotakis había contactado al capitán Wildhage, el oficial de la Abwehr del estado mayor del general Benthag, para buscar una fórmula de rendición. Wildhage rechazó enérgicamente su propuesta y, refiriéndose al torrente de cartas de Verney al general Benthag sobre el mismo tema, añadió: «dígame al comandante Stephens [nombre de guerra de Verney] que, si continúa enviando cartas subversivas, lo arrestaremos».

[444]

Wildhage, probablemente harto, se dispuso a tender una trampa a la célula Mitsotakis-Verney con la técnica de infiltrar a un delator. Un soldado que pretendía ser comunista en la clandestinidad entró en contacto con el cabo Cohén y, violando todas las normas de procedimiento, fue conducido hasta la casa. Los hombres de Wildhage se abatieron sobre ella el 22 de octubre. Apresaron a Mitsotakis, a su amigo Manusos Manusakis y a Cohén.

Estas detenciones fueron el segundo golpe serio en una semana. Los oficiales británicos estaban molestos por el arresto del teniente Geoffrey Barkham, que tuvo lugar el 17 de octubre. Barkham, que siempre había sido inquieto, parecía afectado por una especie de «fin de plazitis» a medida que la guerra se acercaba a su fin. Había comprado un automóvil con la ayuda del comandante Papayannakis (jefe del batallón formado con miembros de la gendarmería alemana y en contacto secreto con los británicos) y fue a Canea para coquetear con un piano y aporrearlo. La enérgica versión de la canción «Roll Out the Barrel» se oía calle abajo a una distancia considerable. Dennis Ciclítira también estaba aquel día en Canea y, al encontrarse con Barkham, le ordenó que saliera de la ciudad. Ciclítira, que vestía un uniforme de la gendarmería que le había proporcionado el comandante Papayannakis, abandonó también Canea por la carretera que conduce a Kasteli Kisamu. Casi lo atraparon cuando su vehículo se averió en Máleme, muy cerca del aeródromo vigilado por una nutrida guardia.

Mientras tanto, Barkham se había ido en su coche con Periclís Vandulakis de la familia del «cónsul británico» en Vafe), pero ambos fueron obligados a detenerse en un control en la carretera. Su cabellera pelirroja le impidió hacerse pasar por cretense; además, su griego no era lo bastante bueno para engañar a un centinela alerta. Acorralado, Barkham juró en inglés y admitió su nacionalidad. Él y Vandulakis fueron llevados bajo custodia y separados para el interrogatorio. Después de la guerra, confesó a un colega que había tratado sin éxito de suicidarse, temiendo que la Gestapo le arrancara una confesión. Pero tuvo una suerte extraordinaria.

La decisión sobre su destino -ser enviado a un campo de concentración en Alemania- fue procesada por cierto capitán Kurt Waldheim, en Grecia. Barkham y John Lodwick, el oficial del SBS capturado en julio, fueron transportados hacia el norte, pero el tren en el que viajaban cayó en una emboscada tendida por partisanos yugoslavos. Barkham recordaba luego cómo los partisanos le rebanaron el cuello al subteniente que los tenía a su cargo y que, habiendo sido prisionero de los británicos durante la primera guerra mundial, los habían tratado con suma amabilidad.

Los temores de Verney sobre la suerte de sus camaradas fueron desmentidos, afortunadamente. Con gran astucia y psicología, Mitsotakis reprendió a sus capturadores por no respetar las acendradas tradiciones de la tregua. Era una visión bastante deformada de los hechos, pues la célula había proseguido sus actividades subversivas durante casi un mes después de que él hubiera hecho su oferta de paz. Mitsotakis incluso sacó partido del hecho de que el oficial alemán que había dado la vuelta a Kándanos enarbolando una bandera blanca no hubiera recibido un solo disparo.

En Canea, su hermana Kaite entró rápidamente en contacto con las autoridades alemanas. Y, aunque la pena de muerte para los agentes enemigos y miembros de la resistencia capturados era teóricamente obligatoria, pudo comprobar que los oficiales alemanes de Canea se mostraban reacios a llevar a cabo ejecuciones: habían perdido la guerra y estaban sitiados en la isla. Se encontró con Dennis Ciclítira en las montañas, quien escribió una carta muy dura, enviada al cuartel general del general Benthag por mediación del obispo de Kidonía. Tom Dunbabin incrementó la presión, haciendo llegar también una carta por conducto del obispo Xirujakis. Amenazaba, en caso de que se realizaran ejecuciones, con tratar de idéntica manera a los prisioneros de guerra alemanes.

Resultó que los alemanes estaban dispuestos a estudiar la posibilidad de realizar un intercambio de prisioneros: en enero de 1945 se celebró una reunión para tratar este asunto en una zona neutral. Ciclítira, acompañado por el capitán Lassen, del SBS, a la sazón en la isla, y por un obispo que había de hacer las veces de mediador, comenzó las deliberaciones con un comandante alemán del estado mayor de Benthag y un teniente de la Feldgendarmerie (policía militar). Al cabo de un rato, Lassen se impacientó ante tanta cautela y sugirió que se ahorraría tiempo si sus hombres echaban un

partido de fútbol contra los alemanes, con la condición de que el vencedor se quedaría con los prisioneros. El intérprete alemán se negó en un primer momento a traducir esa propuesta tan frívola, pero el obispo estalló en una ruidosa carcajada y se ofreció para arbitrar el encuentro.

Al final llegaron a un acuerdo. Ciclítira fue a Atenas en caique y persuadió al estado mayor del general Scobie, jefe supremo de las fuerzas británicas en Grecia, de que le cediera doce oficiales alemanes y veinticuatro soldados de cualquier graduación -un proceso laborioso, ya que iba en contra del reglamento- y le dejara llevárselos a Creta. Quería especímenes bien alimentados, que hubieran dispuesto de cincuenta cigarrillos por semana, para persuadir a la guarnición de la isla de que la vida de los prisioneros británicos era mejor que la suya. A los alemanes escogidos no les agradó la perspectiva de recuperar la libertad en Creta. Atravesar el Egeo era peligroso y temían la venganza de la población civil cuando hubiera concluido la guerra.

El intercambio, diez cretenses por treinta y seis alemanes, se produjo finalmente en Gueorgiúpolis el 31 de marzo de 1945.

[445] Periclís Vandulakis, que había logrado preservar una identidad falsa -había tomado el apellido Palakis- desde su detención con Geoffrey Barkham, devolvió exultante el saludo a Glembin, el jefe de la Feldgendarmerie, mientras se alejaban, y le dijo a voces: «Yassou («hola»), Herr Glembin, soy Periclís Vandulakis, no Palakis».

[446]

28 - Los últimos días de la ocupación

Cuando se avecinaba el final de la guerra, en otoño de 1944, las autoridades del exterior de la isla comenzaron a imponerse a las que estaban destacadas sobre el terreno. Era el triunfo inevitable del oficial de estado mayor sobre el combatiente.

En lugar de la inflación de rangos que se produjo en la época de Bolo Keble, lo que hubo ahora fue una escalada de rangos. En el lado griego, el coronel Nacenas había sido sustituido por el general Papadakis y Tom Dunbabin tuvo que dar la bienvenida al comandante de brigada Barker-Benfield reconvertido en comandante en jefe de la Creforce. Éste, un optimista a ultranza que se había dejado impresionar por el ELAS, podría haber salido directamente de las páginas de Evelyn Waugh. Su negativa a prestar atención a los avisos de Woodhouse y Hammond en Grecia acerca de la crueldad de los comunistas fue casi tan desastrosa como el apoyo obstinado de Churchill y el Foreign Office al rey, que tan impopular era.

Prosiguieron los esfuerzos por evitar que se abriera una brecha entre el ELAS y las fuerzas nacionalistas. El 25 de octubre el oficial superior griego en la isla, general Papadakis, se reunió con el comandante de la llamada con gran optimismo «5ª división del ELAS», coronel Kondekas. Dunbabin envió a ella a uno de sus oficiales con mayor experiencia, Terence Bruce-Mitford, en calidad de oficial de enlace con el ELAS, puesto que ya había concluido su tarea como formador en armamento pesado. Bruce-Mitford, por sus cabellos pelirrojos y su nuevo nombramiento, era apodado, sin gran originalidad, «el comandante rojo». Su trabajo no era sólo delicado desde el punto de vista político. El 12 de noviembre, una fuerza alemana atacó el cuartel general del ELAS en Panayía, justo detrás de Canea, en tierra firme. Después de una lucha encarnizada, se retiraron, habiendo perdido veinte hombres.

En teoría, las tropas del ELAS estaban bajo el mando aliado del general Papadakis, una ficción que los comunistas ni se tomaron la molestia de reconocer o desmentir. Tenían un equipo de radiotransmisión en contacto directo con el cuartel general del EAM-ELAS en la Grecia continental, donde el general Mandakas, teóricamente, estaba al mando de la situación. Y, como los comunistas habían logrado infiltrarse en el cuartel general del ejército nacional en Atenas, el coronel Kondekas se enteraba en Creta de las decisiones tomadas por el gobierno griego y el general Scobie antes de que Dunbabin recibiera ninguna notificación. Kondekas explotó esta ventaja sin el más mínimo escrúpulo.

Comenzó a tomar cuerpo la idea de que podía darse por acabada la guerra. El 19 de noviembre llegó la RAF para tomar el aeródromo de Kasteli Pediados y, poco después, Hugh Fraser fue enviado a Sfakiá, desde donde, a partir del 3 de diciembre, las lanchas de la Royal Navy empezaron a prestar un servicio diario regular, trayendo suministros y llevándose prisioneros, uno de los cuales fue abatido ante sus ojos por un cretense, que no pareció darle la menor importancia. El 15 de diciembre, el cuartel general de las fuerzas aliadas decretó que Creta era una «zona liberada». Una declaración bastante prematura, pues la capital de la isla todavía estaba en manos de una división alemana perfectamente armada. Tan sólo una semana antes, como para recordar a todos que aún no había llegado el fin, los alemanes lanzaron de madrugada un ataque contra el cuartel general británico.

El enclave alemán iba desde Gueorguiópolis, al este, hasta el final de la llanura costera situada en el extremo opuesto del golfo de Canea. Su grosor variaba y, curiosamente, donde más se estrechaba era en la zona de Canea. Seis grandes bandas de andartes, cuya fuerza conjunta no

superaba los tres mil doscientos hombres, contenían a once mil soldados alemanes e italianos en una franja de unos setenta kilómetros de largo. Después de dejar en medio una tierra de nadie de unos cinco kilómetros de ancho, ambos bandos se habían resignado a esperar.

El cuartel general británico, por entonces, había escogido el emplazamiento idóneo de Vafe, en lo que fue en 1941 y 1942 el refugio conocido con el nombre de «consulado británico»: dicho de otro modo, la casa de Nikos Vandoulakis. Jorge Psijundakis recuerda que un día se encontró a Dunbabin,

Las bandas sitiadoras, de este a oeste, eran las siguientes: Apokoronas (EOK), bajo el mando del comandante Liodis, un máximo de 600 hombres; Sfakiá (EOK), bajo el mando del comandante Voludakis, un máximo de 240 hombres; 5ª división del ELAS, bajo el mando del coronel Kondekas, un máximo de 1.250 hombres; Lakkoí (EOK), bajo el mando del coronel Andonis Papadakis, un máximo de 300 hombres; Selinon, bajo el mando del comandante Marketakis, un máximo de 500 hombres; Kisamu, bajo el mando del coronel Kaisakis, un máximo de 500 hombres.

Smith-Hughes, Ciclítira y «al animado Sr. Leigh Fermor» bebiendo y cantando en torno a una mesa.

[447] «El Sr. Mijalis -explica Psijundakis- estaba de un buen humor excepcional, porque acababa de regresar a Creta después de seis meses de ausencia.»

Durante su largo proceso de recuperación de la parálisis que le habían provocado las fiebres reumáticas, Leigh Fermor pasó parte de su permiso de enfermedad en Beirut, donde vivió en la misión con el general y lady Spears. Billy Moss fue con él unas semanas después del episodio de Damastas, hasta que fue convocado por El Cairo para ser transferido a Macedonia, y no a Creta, como esperaba. Leigh Fermor, frustrado por su debilidad, volvió a El Cairo para despedirlo. Todavía convaleciente, se quedó en la ciudad hasta que las autoridades médicas decidieron que ya estaba bastante repuesto para regresar a Creta. Llegó finalmente a la isla el 28 de octubre.

En Iraklion, con Sandy Rendel, Leigh Fermor se embarcó en una penosa serie de reuniones con el coronel Nacenas, el gobernador militar de la provincia, y Petrakagueorguis, el comandante de la ciudad, y una ronda aún más prolongada de visitas a sus amigos, que querían celebrar su vuelta y su recuperación.

Luego fue a Vafe como subjefe de Tom Dunbabin. Su curiosa existencia de sitiadores de los alemanes les podría haber conducido a bajar la guardia. Afortunadamente, las vistas desde Vafe eran excepcionales, especialmente sobre la llanura de Apokoronas, al sureste de Suda. A las ocho de la mañana del 8 de diciembre, un fuerza alemana conducida por varios vehículos blindados aplastó la barricada que le cerraba el paso por la carretera que iba hacia la aldea. Quizás lo más afortunado de todo fue que Andonis Paterakis estuviera a mano con su famosa ametralladora Bren. Eso dio a los andartes del pueblo tiempo suficiente para agruparse y preparar una acción de retaguardia.

Alguien asomó la cabeza por la puerta para chillar a Paddy Leigh Fermor que los alemanes habían atacado y que todo el mundo retrocedía hacia las montañas conocidas con el nombre de Vozonas. Leigh Fermor agarró su fondo de soberanos y todos los documentos secretos que pudo y echó a correr siguiendo las instrucciones. Pero la retirada no tuvo nada de estampida, gracias en buena medida a Andonis Paterakis y a su ametralladora Bren. Los andartes se defendieron tan bien desde los picos que rodeaban la aldea que los alemanes tuvieron que replegarse a última hora de la tarde, después de perder uno/cinco hombres y tener numerosos heridos.

Poco después, tras una visita a Asi Gonia, Leigh Fermor regresaba del lago Kurna caminando por las colinas cuando vio a un hombre delgado que le resultaba familiar. Xan Fielding había vuelto a la isla sin previo aviso. La labor de la resistencia en Francia, para la cual había pedido una

transferencia a principios de ese año, se había convertido pronto en una pesadilla. Viajaba en automóvil con el colega oficial de la SOE Francis Cammaerts y un oficial francés cuando fueron detenidos en un control de carretera cerca de Digne. Fueron arrestados y conducidos a la cárcel local. Unas pocas horas antes de ponerse de pie delante de un pelotón de fusilamiento, él y sus compañeros fueron rescatados por una agente en uno de los actos más notorios de temple y coraje que había visto en la guerra. Christine Granville, la condesa polaca de Skarbeck, que llevaba trabajando detrás de las líneas enemigas más tiempo que cualquier otro oficial de la SOE, se acercó a un oficial de enlace de la Gestapo, le dijo que también ella era una agente británica y le ofreció dinero y un salvoconducto de los aliados, que ya se aproximaban a la zona, si ayudaba a sus prisioneros a escapar.

Paddy Leigh Fermor salió de Iraklion el 23 de diciembre, a bordo del Catterkk de Su Majestad. Llegó a El Cairo justo a tiempo de unirse a los demás para celebrar las últimas Navidades en Tara. Xan Fielding, que permaneció en la isla un mes más, se perdió una celebración extraordinaria: alguien había desmenuzado pastillas de benzedrina en el relleno del pavo para que la fiesta durara más tiempo. Fue la última. La mayoría de los moradores de Tara saldría en avión rumbo a las junglas del sureste asiático, todavía bajo el mando de la SOE, conocida en aquellos parajes como «fuerza 136». Fielding, después de abandonar Creta el 1 de febrero, fue enviado primero a Saigón y luego a Phnom Penh. Cuando concluyeron los combates, emprendió un viaje que deseaba realizar hacía tiempo, a Kalimpong y la frontera tibetana.

Leigh Fermor regresó a Inglaterra, donde se alistó en la «Fuerza especial aliada aerotransportada de reconocimiento» (SAARF, Special Allied Airborne Reconnaissance Forcé). Se trataba principalmente de un grupo de veteranos de la SOE, reclutados rápidamente y acuartelados en el campo de golf de Sunningdale, que estuvo a punto de lanzarse en paracaídas sobre Oflag IV C, en el castillo de Colditz, para rescatar a prisioneros importantes -Prominenten- que podían utilizarse como rehenes en las fases finales de la guerra. Afortunadamente, Miles Reid, recientemente repatriado, que había dirigido el grupo de reconocimiento Phantom en Grecia, avisó a la comandancia de la SAARF de que esa operación sería un desastre. El plan fue abortado, al igual que ocurrió con el proyecto de rescatar a los reclusos del campo de concentración de Flossenbug: no quedaba tiempo. La idea de que Mike Cumberland, el comandante del Dolphin y el Escampador, célebre por su pendiente de oro, pudiera haber salvado la vida, es uno de tantos reproches retrospectivos que no sirven para nada. Él y quienes habían sido capturados en 1943 en el canal de Corinto fueron sacados de prisión y fusilados dos días antes de la rendición alemana.

La liberación de Grecia y el tráfico creciente entre Creta y el mundo exterior significaban que los acontecimientos sobre el continente comenzaban por fin a tener cierta repercusión. Sin embargo, la política cretense no era en modo alguno un reflejo automático de todo ello. Se regía por un patrón y un equilibrio completamente diferentes: era de distinto carácter. Quizás una de las divergencias más significativas que surgieron fuera de índole ética. En el continente, el gobierno, en su lucha contra los comunistas, recurrió a los odiados batallones de seguridad formados por los alemanes y a las fuerzas «X», de extrema derecha, que diferían en poco de los escuadrones de la muerte. En Creta, apenas había habido colaboración con el enemigo de una manera organizada: tan sólo actos puntuales.

Cinco días después de que los alemanes se fueran de Atenas y llegara un grupo de vanguardia de las tropas británicas, se creó el «gobierno de unidad nacional», dirigido por Jorge Papandreu pero pagado por los británicos, que no resultó demasiado convincente. Jorge Seferis, el poeta y diplomático adscrito a la administración de Papandreu, dijo que sus ministros «parecían internos de

un orfanato con trajes nuevos de invierno».

[448] Si el gobierno sobrevivió fue sobre todo porque entre los comunistas cundieron las divisiones internas y la incertidumbre. Los moderados creían que podían alzarse con el poder pacíficamente, de modo que no debían renunciar al apoyo popular, mientras los radicales, como Aris Velujiotis, alegaban que debían aprovechar el ELAS para apoderarse del poder antes de que los imperialistas británicos los aplastaran y cedieran el control a los «monárquico-fascistas».

La cuestión de la entrega de las armas por las bandas de guerrilla al ejército nacional produjo una crisis a finales de noviembre. La suspicacia mutua creó, no podía ser de otro modo, un círculo vicioso de mala fe preventiva. Pero, en cierto sentido, el peor ejemplo de mala fe fue la de Stalin en relación con el Partido Comunista griego. Nunca les comunicó el acuerdo «proporcional» al que había llegado con Churchill, que había sido debatido en mayo y confirmado en octubre, en virtud del cual los Balcanes se iban a dividir en esferas de influencia. Había dado incluso su bendición al despliegue de la fuerza del general Scobie -operación Maná- más de tres semanas antes de su llegada. Ambos bandos podrían haberse ahorrado una gran cantidad de derramamiento de sangre y miserias los años siguientes si los comunistas griegos hubieran sabido cuáles eran sus bazas desde un primer momento.

Siantos, uno de los líderes del ELAS, comenzó a dirigirse con varias divisiones de andartes hacia Atenas el 1 de diciembre. Otros líderes comunistas, que en un principio se habían mostrado de acuerdo con esa ofensiva, comenzaron a tener dudas. La indecisión característica de este Partido resultó letal. Cuando la manifestación instigada por los comunistas que desencadenó la fase preliminar de la guerra civil griega se estaba celebrando en la plaza de la Constitución el 3 de diciembre, los líderes comunistas y del ELAS seguían dudando sobre el camino a seguir. Aunque «los gendarmes griegos apostados en las esquinas perdieron la cabeza y comenzaron a disparar contra la muchedumbre»

[449] y, por lo tanto, técnicamente hablando, desencadenaron el baño de sangre, la manifestación buscaba claramente «una solución política», es decir, el eufemismo con que el Partido designaba los golpes de estado.

[450]

El desorden comunista dio a las tropas del general Scobie y a sus aliados griegos, tanto honrosos como deshonorosos, la posibilidad de recuperarse. El 12 de diciembre llegó un grupo de vanguardia de la 4ª división británica hacinada en bombarderos Wellington y Liberator. Y, el 7 de enero de 1945, después de un mes de luchas esporádicas, el ELAS se vio obligado a huir de Atenas y a pedir la paz, lo que fue formalizado en el acuerdo de Várkiza, aunque la lucha distaba de haber concluido.

En Creta, los principales disturbios registrados en 1945 estuvieron perversamente sincronizados con las iniciativas de paz de la Grecia continental. Las bandas del ELAS tomaron posiciones en torno a Rézimno el 17 de enero y cortaron la carretera Canea-Iraklion por las dos partes. Impidieron la entrada de todos los sospechosos de apoyar a la EOK. El teniente coronel Pavlos Guiparis, comandante nacionalista y antiguo guerrillero de la guerra de los Balcanes en Macedonia, les envió mensajes aconsejándoles que se dispersaran. Los jefes del ELAS acordaron debatir esa posibilidad, pero no se hizo nada y Guiparis, sospechando que querían emplear una táctica obstruccionista, envió a algunos hombres. Se produjeron varios tiroteos y algunas bajas. El día siguiente, los grupos del

ELAS huían en desbandada y la ciudad había vuelto a la normalidad. Los andartes de la EOK, que habían capturado a algunos comunistas, los querían matar in situ, pero al parecer un oficial de enlace británico les propuso que, en lugar de ello, les obligaran a darse una vuelta con cubos y cepillos y borrar sus eslóganes de los muros de la ciudad. Afortunadamente, aquello complació aún más a sus captores. El incidente más grave se produjo en el sur de la provincia, cuando las bandas de la EOK lanzaron represalias contra el bastión comunista de Kojaré y mataron a muchos hombres, incluido su líder Limoniás.

Sólo diez días después, el 29 de enero, el ELAS y Banduvras se enfrentaron en Iraklion. En esta ocasión, es más que probable que lo que estuviera en juego fuera más el orgullo personal que los principios políticos, pero las bajas fueron absolutamente tangibles. Entre ellas hubo un oficial británico y su conductor: el capitán Clynes, del escuadrón naval especial, y el soldado raso Cornthwaite, que fueron alcanzados por un francotirador del ELAS cuando se dirigían en su jeep hacia Rézimno.

[451]

En la provincia de Canea, la presencia del enemigo común no contribuyó a rebajar la tensión entre el ELAS y los británicos. Hasta el desarme de los prisioneros y desertores del Eje tuvo implicaciones políticas: el ELAS exigió que se les entregaran aquellas armas y los británicos se negaron.

Eso ocurrió después de una de las deserciones en masa de mayor éxito de la ocupación: la de un batallón italiano forzado a seguir luchando por los alemanes. Stephen Verney, después de varios contactos indirectos con el oficial italiano al mando del batallón, logró colarse en su hospital de campaña para reunirse con él. Verney estaba tumbado, disfrazado, sobre una mesa de operaciones mientras el coronel estaba sentado a su lado, inclinado hacia él, casi como si estuviera escuchando su confesión. Discutieron el plan en murmullos, mientras otro oficial representaba el papel de cirujano.

Verney pidió primero consejo a Xan Fielding y entre los dos escogieron la noche en que había de producirse la deserción. Una compañía fue sacada de la isla por caiques desde la playa de Máleme, mientras el resto era conducido colinas arriba. Los alemanes no tuvieron la más mínima sospecha de lo que se cocía hasta el último momento, cuando un coronel italiano fue presa de un ataque de pánico y huyó con su coche de servicio con los faros encendidos. Se produjeron tiroteos enloquecidos y uno de los andarles cretenses que colaboraba en la operación fue abatido.

Después de que se les despojara de las armas, los italianos fueron conducidos a Paleojora y embarcaron sobre un buque de guerra de la Royal Navy, que zarpó rumbo a Egipto. Su armamento fue almacenado en un garaje de Kasteli Kisamu. El ELAS no perdió un segundo en exigir aquel succulento botín, pero los británicos se negaron y volvieron a producirse suspicacias.

Kasteli Kisamu había sido liberada por el comandante Digridis, un temible líder de la EOK que insistió en que Jack Smith-Hughes lo acompañara en su entrada al pueblo montando a caballo a la cabeza de sus andarles. Smith-Hughes, que nunca había sentido demasiada afinidad por los caballos, tuvo que superar sus nervios y aferrarse a la silla con ambas manos cuando su montura se puso a caracolear nerviosamente ante los vítores de la muchedumbre.

Dennis Ciclítira, de la SOE, y John Stanley, del ISLD, instalaron sus bases en Kasteli Kisamu, pero los comunistas tenían mucha fuerza en esa zona y cualquier incidente menor podía desencadenar una movilización general en ambos bandos. Ciclítira tenía una docena de hombres alojados en una escuela, principalmente miembros de la banda de Selinon, incluido Andonis Paterakis. El ELAS, por su parte, requisó otra escuela para un grupo de los suyos. Podía movilizar en poco tiempo al grueso

de sus voluntarios, varios centenares de andartes reservistas, situados en la ciudad y en los alrededores.

En una ocasión, Andonis Paterakis se encontró con un guerrillero del ELAS que blandía abiertamente sus armas por la calle, algo que le pareció una afrenta personal. En una fracción de segundo, encaró al andarte y lo desarmó a los ojos de todo el mundo. Para un cretense, aquello era un insulto mortal. El andarte del ELAS echó a correr hasta su base y, en menos de una hora, a menos de treinta kilómetros de las líneas alemanas, ambos bandos estaban preparados para la batalla.

John Stanley fue a buscar al padre Spiru, un gran simpatizante del ELAS, para encontrar una fórmula que evitara un derramamiento de sangre fútil. Ambos tuvieron que ir al bastión del ELAS («una caminata espeluznante»)

[452] para ponerse de acuerdo. Stanley, injustamente apodado «el capitán rojo» por sus esfuerzos por mantener la paz con el ELAS, formuló más tarde la idea de que, curiosamente, la tradición cretense de las vendettas familiares constituyó una influencia decisiva a la hora de impedir el estallido de la guerra civil en la isla. Las enemistades a muerte que eso habría generado habrían sido tan devastadoras que la mera perspectiva de lo que se habría avecinado fue una especie de equivalente primitivo de la disuasión nuclear.

[453] Una isla con una historia tan larga de ocupación y rebelión como Creta inevitablemente tenía que creer instintivamente en el trato despiadado de los traidores. Los colaboradores sabían que no podían esperar clemencia si los atrapaban. Un agente alemán capturado por los andartes suplicó que lo dejaran suicidarse. Le rompieron las piernas con dos pedruscos a cierta distancia del borde de un acantilado, de modo que tuvo que arrastrarse hasta el final para lanzarse por él.

En Iraklion, después de la liberación, cinco colaboradores fueron juzgados por delatar a los asesinos de un periodista que era un reconocido soplón de los alemanes. Al enterarse de que sólo dos habían sido condenados a muerte -los otros tres, más jóvenes y al parecer bajo la influencia de los mayores, fueron sentenciados a largas penas de prisión-, unos andartes armados invadieron el tribunal, arrastraron a los prisioneros hasta el despacho del fiscal y comenzaron a cortarles la cabeza, aunque con un éxito parcial. Luego lanzaron sus cuerpos por la ventana a la muchedumbre congregada debajo.

Los chavales de las aldeas de montaña trataban desesperadamente de sobresalir por sus hazañas antes de que concluyera la guerra. En Jalepa, a unos centenares de metros de la residencia del general Benthag, un niño pastor mató a un oficial. Perdonó la vida a dos soldados que levantaron rápidamente las manos, rindiéndose. El niño cogió la daga de gala del oficial y echó a correr. Por la tarde, cambió la daga por diez ovejas. Sin duda su nuevo propietario fabuló una historia apasionante sobre cómo había matado al oficial en combate singular.

En otro incidente acaecido la última semana de la guerra (en los diez últimos días murieron catorce alemanes) participaron dos chavales de la aldea de Asi Gonia. También ellos ansiaban apoderarse de las armas de un oficial alemán. En Áyios Ioannis, en las afueras de Canea, atraparon a un capitán en la calle para robarle la Luger. Durante el forcejeo lo mataron con su propia arma. Apareció entonces un vehículo alemán, de suerte que tuvieron que saltar por un muro y escapar. Cuando se enteraron del incidente, los lugareños se enfurecieron y entristecieron: el oficial asesinado por los niños era un doctor alemán muy querido en el barrio porque se había ocupado de los pacientes cretenses siempre que había podido.

Los últimos días se produjo un sarpullido de grupos espurios, sin motivaciones políticas. Esos autoproclamados andartes trataban de hacerse pasar por miembros de la resistencia, en parte para granjearse prestigio, pero también porque abrigaban la esperanza de obtener una pensión cuando llegara la paz. Pero el oportunismo innoble de unos pocos y los diversos episodios de excesos feroces deben verse sobre el telón de fondo del conjunto de la resistencia cretense. Pocas poblaciones de la Europa ocupada hicieron gala de tanta unidad frente a la opresión. El coraje de los verdaderos andartes, la piedad de personajes como los padres Yannis Alevizakis y Aléxandros Kokonas y la generosidad y bravura de los aldeanos que dieron cobijo y alimento a los extranjeros -a los soldados británicos, del imperio o griegos después de la batalla, a los compatriotas cretenses que huían de otras provincias y a los miembros de la Misión militar aliada- conforman, con total justicia, un recuerdo mucho más perdurable.

La situación de estancamiento que se vivió en Creta y que se llegó a creer indefinida concluyó súbitamente por mor de los acontecimientos registrados en otros lugares. El 8 de mayo, Dennis Ciclítira recibió un mensaje en Kasteli Kisamu que le pedía que entrara en contacto con el comandante en jefe alemán para realizar los preparativos de una rendición formal. Ciclítira no hablaba alemán pero, por suerte, Costa Mitsotakis, un buen lingüista, estaba a su lado. Vestidos con trajes civiles, y no uniformes militares, se acercaron al puesto alemán más cercano y enviaron un mensajero a los centinelas de la Kriegsmarine.

Después de una larga espera al sol llegó un automóvil del cuartel general, que se llevó a Ciclítira y Mitsotakis a la casa de Venizelos, en Jalepa, donde Mitsotakis había asistido a una lección magistral del general Bráuer, después de su primera liberación de la cárcel. Los escoltaron hasta el despacho del general Benthag, donde éste los estaba esperando flanqueado por el coronel Barge, el jefe de su estado mayor, y el capitán Wildhage, el oficial encargado del contraespionaje.

Los tres vestían sus mejores uniformes y tenían un trato muy seco. El general Benthag, un oficial alto y corpulento, anunció que acababa de recibir la orden del almirante Donitz, en Flensburg, de rendirse ante el cuartel general de las fuerzas aliadas. Ciclítira confirmó que eran representantes oficiales y comenzaron a tratar los pormenores. Benthag preguntó entonces cómo iba a contactar a las autoridades de Iraklion. Ciclítira dijo que eso no suponía ningún problema. Hacía algún tiempo que tenían equipos de radiotransmisión en un apartamento vecino al cuartel general, donde el volumen del tráfico de mensajes había permitido disimular los que ellos recibían de los radiogoniómetros alemanes.

El día siguiente, un avión ligero voló de Iraklion a Máleme a recoger al general. Toda la operación se llevó a cabo con el mayor de los secretos, para evitar ataques precipitados de última hora por parte de los irregulares cretenses. Benthag aterrizó en el aeropuerto de Iraklion sin sombrero y con un abrigo sin insignias. Desde ahí fue conducido a la villa Ariadna,' donde los trámites -fueron demasiado bruscos para merecer el calificativo de «ceremonia»- se realizaron en el gran salón de sir Arthur Evans. El general de división sir Colín Callander, el nuevo comandante en jefe de la 4ª división, enviado a Grecia durante los disturbios registrados en Atenas el mes anterior de diciembre, había enviado al general de brigada Dick Kirwan en su lugar. Benthag quedó consternado al comprobar que no se estipulaban condiciones; tan sólo la rendición incondicional. Preguntó si eso significaba que los comandantes podrían ser fusilados. Sí, en caso de que se decretara que eran reos de crímenes de guerra, fue la respuesta. Benthag regresó de Iraklion a Máleme con aire «muy abatido».

[454] La villa Ariadna y los aeródromos de Máleme e Iraklion formaban un triángulo perfecto

para el acto final.

A pesar de los temores que pudiera abrigar Benthag después de su retorno de la villa Ariadna, los alemanes de la zona de Canea no fueron maltratados. Kirwan los autorizó a conservar sus armas personales para la autodefensa hasta que llegaran las tropas británicas a hacerse cargo de su custodia y le dijo al general Benthag que siguiera administrando la disciplina militar alemana. Benthag ordenó la ejecución de un soldado que había violado y asesinado a una mujer cretense. Por uno de esos embrollos de la justicia militar, sería acusado unos meses después de haber ordenado el fusilamiento de un soldado después de la rendición. Afortunadamente, Kirwan, por entonces director adjunto de operaciones militares en el Ministerio de Guerra, se enteró de aquello y exoneró a Benthag.

Los alemanes seguían en posesión de una potencia de fuego formidable, a pesar de lo cual temían a la población local, por lo que aquei interregno tuvo un aire extraño de irrealidad. La tarde en que se produjo la rendición secreta de Benthag en Cnosós, los oficiales británicos de la zona de Canea, como Ciclítira, Stanley y Verney, entraron en la ciudad. En un estado de ánimo aberrante, invitaron a los oficiales alemanes que tanto tiempo habían pasado siguiéndoles el rastro a una fiesta en un café antes de que se los llevaran al cautiverio. La perspectiva de presentarse a la vez con sus nombres en clave y los verdaderos ejercía una atracción irresistible. La guarnición alemana aportó una banda de jazz. Entre los invitados había algunos de los especímenes más detestados del poder ocupante: el capitán Herbert Glembin, de la Feldgendarmarie, y el Sonderführer (oficial especialista) Emil Grohmann, que había interrogado a Geoffrey Barkham. Grohmann, un ingeniero de minas, era otro cazador de guerrilleros que había pasado la mayor parte de su vida en Grecia. Schubert, aunque supuestamente en Canea en ese momento, no asistió, ni ningún miembro de la Gestapo, puesto que habían abandonado la isla en septiembre de 1944.

La mañana siguiente, nuevamente de uniforme, los británicos participaron en las celebraciones, inolvidables por su espontaneidad, que eclipsaron las de Iraklion el mes de octubre anterior. Los habitantes de las aldeas de los alrededores fueron convergiendo en tropel, eufóricos, hacia Canea. Las bandas rivales de andartes corrían para ser las primeras en llegar a la ciudad y circulaban, rumores sobre la lucha que había de estallar entre las bandas del ELAS y las tropas del ejército nacional, bajo el mando del coronel Guiparis. Pero el ambiente, el griterío, los cánticos y cantos eran demasiado fuertes ese día. La gente bailaba por todas partes: en las calles, en los cafés y en los hogares.

Verney, que trabajaba de propagandista para los aliados, abrió un despacho en Canea, ahora abiertamente. Los dos días siguientes recibió las primerísimas fotografías tomadas en los campos de concentración liberados. Inmediatamente organizó una exposición, pero provocó escepticismo e indignación entre los soldados alemanes, que todavía estaban armados: uno de ellos colocó una granada bajo su coche.

El 13 de mayo, un grupo de vanguardia de la «Presforce», un batallón de los Royal Hampshires bajo el mando del comandante Patrick Preston, zarpó de El Pireo en un destructor rumbo a Canea. Diez días más tarde se producía el desarme de las tropas alemanas. El cuerpo principal de los Hampshires desfiló en orden de parada por la carretera que venía de la bahía de Suda, ofreciendo un espectáculo muy distinto del de los soldados exhaustos y sucios que se habían replegado ante el avance de los paracaidistas y las tropas de montaña exactamente cuatro años antes.

Las tropas alemanas, que se habían arrinconado para facilitar su defensa en el Akrotiri, estuvieron siempre detrás de un cordón de protección hasta que fueron embarcadas en la bahía de Suda. Según Dennis Ciclítira, se les permitió llevarse a casa el botín que hubieran amasado. Iban tan cargados que el capitán del navío dijo que en su buque habría cabido el doble de soldados británicos

perfectamente equipados. «Los cretenses -cuenta la historia del regimiento de los Hampshires- se ofendieron mucho por el comedimiento de que hicieron gala las tropas británicas ante sus odiados y doblegados enemigos.»

[455]

Después de los tiros vino la limpieza. La máxima prioridad de Ralph Stockbridge era apartar al comandante Kleinschmidt, de la Abwehr, y velar por que fuera a Atenas en avión para ser interrogado. Como extensión de sus actividades de propaganda, Verney creó una escuela inglesa, con la que se quedó el British Council y que fue transferida al antiguo Consulado alemán. En ella uno de sus miembros descubrió un tesoro de plata emparedado al final de un pasillo.

Los oficiales de la SOE que siguieron en la isla los meses siguientes tuvieron como tarea principal compensar a los que habían ayudado a los británicos y satisfacer las reclamaciones. Pero el flujo de soberanos procedentes de El Cairo se había detenido y la moneda local carecía de valor: en Atenas, un soberano se cambiaba por sesenta y cuatro mil millones de dracmas. El precio de los artículos caros se fijaba en arrobas de aceite de oliva y el de los artículos menores, como los periódicos, en cigarrillos.

Dennis Ciclítica, que procedía de una familia de comerciantes en frutos secos, decidió que el único modo de cumplir las obligaciones contraídas por la SOE era recurrir a la especulación con el aceite de oliva. Pidió a la Royal Navy que bloqueara Canea para impedir la exportación de aceite desde Iraklion. De este modo hizo bajar los precios en un extremo de la isla y que subieran en el extremo opuesto, circunstancia que aprovechó para contraer empréstitos, comprar y vender rápidamente, hasta lograr alcanzar los recursos que precisaba.

A muchos cretenses, la victoria sobre los alemanes no les sacó de sus penurias; de hecho, su situación se agravó. Muchos luchadores jóvenes de la resistencia se vieron reclutados en el ejército para ir a la guerra civil en el continente, que estalló en julio de 1946 y duró hasta el final de agosto de 1949. Ralph Stockbridge, que a la sazón era un oficial regular del M16, se convirtió en vicecónsul en el Consulado General de Salónica, cuya misión era informar sobre los aspectos relacionados con la inteligencia en el conflicto.

Una vez más, los cretenses no iban al compás de la Grecia continental, de «los de arriba», como a veces los llamaban. Venizelos les habría dado su aprobación: la isla remachó su postura inusual, aunque perfectamente coherente, al rechazar a la monarquía en el referéndum de septiembre de 1946, al tiempo que vetaba definitivamente el comunismo.

La política cretense estaba demasiado bien definida. Los comunistas nunca habían logrado manipular la cuestión de la monarquía y el régimen de Metaxas en una isla tan reconocidamente republicana como Creta. Las acusaciones de colaboracionismo contra los conservadores cretenses y el centro-derecha fracasaron por completo, de puro artificiosas. Privados de este control sobre los puntos débiles de sus rivales, los comunistas no pudieron tergiversar los hechos como habían hecho en el continente.

La otra diferencia estribó en que, en Grecia, el temible avance hacia el este del Ejército Rojo daba una impresión mucho mayor de «proceso imparable», parecía confirmar ese lema marxista-leninista, que apelaba a la excitación visceral que produce el terror.

La isla de Creta y el sentido de individualidad que instigaba en la vasta mayoría de sus habitantes conformaban también un bastión contra el internacionalismo, ya fuera el «nuevo orden» de Hitler o la mascarada del comunismo ruso, travestido de hermandad universal. Y el resultado de la guerra civil en Creta, aunque el conflicto se perpetuó hasta 1948, condujo inevitablemente a la

derrota del ELAS, como los propios comunistas cretenses debían saber en su fuero interno.

Yanni Bodias, el renegado del ELAS y miembro de la banda de Banduvas, tuvo el final salvaje propio de un forajido. Después de eludir con éxito a las unidades del ejército en Psiloriti, fue perseguido por Banduvas y su banda en lo que había de constituir un final probablemente inevitable de su curiosa relación. Pero fue un gendarme el que descubrió a Bodias oculto en una alta encina de las estribaciones montañosas. Lo mató de un solo disparo. El cuerpo cayó encima de una rama y quedó colgando, doblado por la mitad. El gendarme fue a contarlo a sus superiores.

Un pastor, atraído por el pistoletazo, divisó el cadáver de Bodias y sus prismáticos balanceándose suavemente de la correa. Trepó al árbol para quitárselos y se llevó orgullosamente su botín. Banduvas se lo encontró al poco y reconoció inmediatamente los prismáticos, que le había dado a Bodias antes de que se enemistaran en 1943. El pastor no tuvo más remedio que acompañarlo hasta el cadáver. Uno de los hombres de Banduvas subió al árbol y bajó con el cuerpo, que llevaron a su hermano en Ayía Varvara. Ahí le cortaron la cabeza y una mano para identificarlo. El día siguiente, los hombres de Banduvas regresaron a Iraklion y, después de entrar por la puerta de Canea, portaron triunfalmente por sus calles la cabeza clavada a un palo. Banduvas, que en sus memorias pretende de una manera poco convincente que le disgustó profundamente aquella muestra de horror y barbarie, afirma en otras ocasiones ser él quien disparó el tiro fatal.

Aparte de la sierra del monte Ida, la zona principal de resistencia comunista estuvo en torno a la garganta de Samariá, donde una unidad del ELAS, compuesta por varios centenares de hombres, perduró hasta 1948. Al final, las tropas del ejército nacional avanzaron en masa por ambos lados, seguras de que los andartes estaban atrapados, pero la mayoría logró escalar los desfiladeros y huir a las Montañas Blancas, donde algunos permanecieron como forajidos, sobreviviendo a base de robar ovejas. Los dos últimos, Spiros Blazakis y Yorgos Tzobanakis, descendieron en otoño de 1974, después de la caída del régimen de los coroneles.

Uno de los destinos más injustos de los años de la posguerra aguardaba a Jorge Psijundakis. Primero tuvo que soportar la sórdida indignidad de ser encarcelado como desertor del ejército griego, debido a una metedura de pata burocrática con sus documentos. Esta injusticia no le privó de dos años de servicios activos de lucha en el norte de Grecia contra las fuerzas comunistas apostadas en la zona. De regreso a Creta, tuvo que trabajar de peón caminero, construyendo carreteras de montaña, para sustentar a su familia, pues les habían robado todas las ovejas durante la guerra. Oportunamente, fue durante este periodo de purgatorio cuando escribió esa obra maestra de la resistencia titulada *The Creían Runner*.

Muchos años después, en 1974, los alemanes abrieron su cementerio de guerra sobre la colina 107, por encima de Máleme. Psijundakis, en un arrebató de humor negro cretense, solicitó el puesto de vigilante en él. Ahí habría de enterrar al hombre que podría considerarse el último alemán ocupante de la isla.

En 1946, el gobierno griego exigió el regreso de los generales que comandaron las fuerzas de ocupación del Eje para juzgarlos por crímenes de guerra.

[\[456\]](#) La acusación de que las fuerzas gubernamentales habían recurrido a los colaboradores para aplastar a los comunistas todavía dolía.

Los dos primeros comandantes alemanes que sirvieron en Creta y fueron enviados a Atenas para someterse ajuicio fueron el general Müller, célebre por su brutalidad, y el general Bráuer, el menos culpable de todos. Ambos fueron condenados a muerte.

Paddy Leigh Fermor, que estaba casualmente en Atenas por entonces, fue conducido al juicio

por unos amigos griegos. Después insistieron en que fuera a visitar a los dos generales entre bastidores. A Leigh Fermor no le agradaba la idea, pero los generales alemanes se comportaron como si fuera un acto social más. Cuando fue presentado como el capturador del general Kreipe, Müller se echó a reír: «Ach, Herr Major. Mich hatten sie nicht so leichtgeschnappt!» («¡Ah, mi comandante! ¡A mí no me habría capturado tan fácilmente!»)

[457]

La ejecución de Bráuer fue aplazada, con un simbolismo de mal gusto, hasta el 20 de mayo de 1947, aniversario de la invasión aerotransportada. Su muerte convulsionó a la opinión internacional hasta tal punto que Andrae y otros oficiales superiores, cuyo grado de culpabilidad era infinitamente mayor, eludieron una aplicación tan rigurosa de la justicia, siendo condenados a diversas penas de prisión. Pocos protestaron en nombre de Müller.

Muchos años después, por petición de la Asociación Alemana de Tropas Aerotransportadas, el cuerpo del general Bráuer fue transportado desde Atenas hasta el cementerio que se yergue sobre Máleme, donde lo enterró Psijundakis.

Durante la década de 1970, Jorge Psijundakis y otro héroe de la resistencia, Manoli Paterakis, trabajaron juntos en el cementerio alemán. Cuando se tomaban un respiro, charlaban a la sombra de un árbol, mirando por encima de Máleme en dirección al mar. Una tarde, más de treinta años después de la guerra, un visitante anciano, cojo a resultas de una vieja herida, se detuvo súbitamente y se puso a mirar a Manoli Paterakis con una fijeza molesta. Sus rasgos -Paterakis tenía un perfil aguilino- eran inconfundibles.

«Lo he visto antes», dijo con una sonrisa y una expresión de certeza sombría. Paterakis escudriñó el rostro del alemán y rebuscó en sus recuerdos.

[458] Estaba seguro de que jamás le había puesto los ojos encima.

«Usted no me vio -confirmó el alemán-, pero yo a usted sí. Estaba con un hombre que había perdido el brazo y apoyaba el fusil contra el muñón de su antebrazo.» Sorprendido, Paterakis concedió que así era. El alemán siguió contando que estaba oculto bajo un arbusto cuando los dos hombres se habían detenido junto a él.

La primera mañana de la batalla de Creta, herido de gravedad poco después de su descenso en paracaídas, se había arrastrado fuera del campo visual de los enemigos, como un animal herido. Su batallón había sido barrido casi al completo y los irregulares cretenses iban buscando a los supervivientes. La llegada de refuerzos alemanes parecía en ese momento una esperanza ilusoria. A fin de cuentas, había pasado en aquel lugar tres días sin agua para beber antes de que lo encontraran. Nunca había olvidado el rostro de Manoli Paterakis.

Organizaciones secretas

El MI(R), o Military Intelligence (Research) (Inteligencia (Investigación) Militar), fue una organización del War Office (Ministerio de Guerra) creada en 1938 por el coronel J. C. F. Holland y el comandante Colin Gubbins, que más tarde se convertiría en el núcleo rector de la SOE. El objetivo principal de MI(R) era reclutar, adiestrar y proveer de suministros a los grupos guerrilleros situados detrás de las líneas enemigas.

La Sección D fue una rama del Servicio Secreto de Inteligencia y, por lo tanto, no dependía del Ministerio de Guerra, aunque lo dirigía un oficial regular, el coronel Lawrence Grand. La Sección D reclutaba principalmente a hombres de negocios con conocimientos del país en cuestión, porque estaba especializada en el sabotaje de las fábricas industriales y las comunicaciones.

La Sección D y el MI(R), junto con Electra House (un equipo de «propaganda negra», o desinformación, bajo el mando de sir Campbell Stuart), fueron amalgamados en verano de 1940 en lo que posteriormente se conocería con el nombre de Junta de Operaciones Especiales (SOE) y luego se dividiría de nuevo en SOI y S02. Ambas organizaciones dependían del Ministerio de Guerra Económica, que fue rebautizado como Ministerio de Guerra Psicológica.

La SOI era el ala de propaganda negra, que rendía cuentas ante los ministros de Guerra Económica, Información y Asuntos Exteriores y luego fue conocida como Junta de Guerra Psicológica (PWB). La S02, especializada en el sabotaje y la organización de grupos de resistencia en los países enemigos y ocupados por el enemigo, se conoció habitualmente con el nombre de SOA. Sus agrupaciones regionales tomaron luego otros nombres. La SOE de El Cairo y sus organismos dependientes recibieron el nombre de «fuerza 133».

La SOE tenía un competidor en la recopilación de información. Se trataba de una rama del Servicio Secreto de Inteligencia, el Departamento de Enlace Interinstitucional (ISLD). A diferencia de lo que ocurrió en El Cairo, o sobre el terreno, en Grecia, donde en una ocasión la rivalidad entre ambos servicios provocó tiroteos mortales, en Creta el personal de la SOE y del ISLD trabajaron en perfecta sintonía.

Apéndice B

Orden de batalla de británicos y alemanes

ORDEN DE BATALLA Y CADENA DE MANDO DE LA CREFORCE
(FUERZA DE CRETA)

ESTADO MAYOR DE LA CREFORCE: General de división Freyberg, cruz Victoria Coronel Stewart

1.º batallón del regimiento Gales

SECTORES DE MÁLEME Y GALATÁS

2.^a división neozelandesa - General de división adjunto Puttick
(cuartel general a 1 km al suroeste de Canea) - Teniente coronel Gentry (jefe de estado mayor)

3.º de húsares (siete carros de combate ligeros)

4.^a brigada neozelandesa - Comandante de brigada Inglis

18.º batallón neozelandés

19.º batallón neozelandés

1.^a compañía de tropas ligeras de la artillería real

5.^a brigada neozelandesa (sector de Máleme, cuartel general de Plataniás) - Comandante de brigada Hargest

7.º regimiento real de carros de combate

21.º batallón neozelandés

22.º batallón neozelandés

23.º batallón neozelandés

Destacamento de ingenieros

28.º batallón (maorí)

1.^{er} regimiento griego (Kasteli Kisamu)

10.^a brigada neozelandesa - Coronel Kippenberger

Caballería de división neozelandesa

Batallón mixto neozelandés

6.º regimiento griego

8.º regimiento griego

20.º batallón neozelandés (reserva divisional)

SECTOR DE SUDA

Organización móvil de defensa de bases navales - General de división Weston

Teniente coronel Wills

Oficial naval al mando de Suda - Capitán Morse, Royal Navy

15.º regimiento de defensa costera

Baterías antiaéreas y de proyectores

Batallón naval mixto

1.º batallón de guardia montada (Rangers)

Húsares de Northumberland

106.^a de artillería real motorizada

16.º batallón de la compañía de infantería australiana

17.º batallón de la compañía de infantería australiana

Batallón de la compañía de los «Royal Perivolians»

2.º regimiento griego

GUEORGUIÚPOLIS

Cuartel general de la 19.^a brigada de inf. Australiana Comandante de brigada Vasey

2/7.º batallón de infantería australiano

2/8.º batallón de infantería australiano

RÉZIMNO

2/1.º batallón de infantería australiano Teniente coronel Campbell

2/11.º batallón de infantería australiano

7.º regimiento real de carros de combate (2 Matilda)

4.º regimiento griego

5.º regimiento griego

Gendarmería cretense

SECTOR DE IRAKLION

Cuartel general de 14.^a brigada de infantería - Comandante de brigada Chappel

2º batallón Black Watch

2º batallón del regimiento York y Lancaster

2º batallón de Leicester

2/4.º batallón de infantería australiano

7.º regimiento medio de la artillería real

7.º regimiento real de carros de combate (2 Matilda)

3.º de húsares (seis carros de combate ligeros)

3.^{er} regimiento griego

7º regimiento griego

TIMBAKI

2º batallón de montaña de Argyll y Sutherland

7º regimiento real de carros de combate (2 Matilda)

EFECTIVOS

El número total de soldados aliados asciende a 42.460, de los cuales sólo aproximadamente la mitad era propiamente infantería formada como tal. El sector de Suda tuvo la proporción más baja de soldados armados: sólo tres mil de quince mil. En la cifra total se incluyen en torno a nueve mil soldados griegos, de los cuales sólo una pequeña porción, debido a las carencias en armamento y adiestramiento, tuvo un papel significativo. Además, hubo mil doscientos gendarmes y más de tres mil cretenses irregulares.

BAJAS

Muertos y desaparecidos 1.751

Heridos 1.738

Prisioneros de guerra 12.254

Royal Navy: 1.828 muertos y 183 heridos

Cruceros hundidos: *Gloucester, Fiji, Calcutta*

Destruktors hundidos: *Juno, Greyhound, Kelly, Kashmir, Imperial, Hereward* Buques de guerra dañados: *Warspite, Barham, Valiant, Formidable*
Cruceros dañados: *Ajax, Naiad, Perth, Orion, Dido, Carlisle*
Destruktors dañados: *Kelvin, Nubian, Napier, Ilex, Havoc, Kingston, Nizam*

ORDEN DE BATALLA Y CADENA DE MANDO ALEMANES

IV flota aérea General Lóhr

VIII cuerpo del aire General Freiherr von Richthofen

120 Dornier 17 estacionados en Tatoi

40 Heinkel 111 estacionados en Eleusis

80 Junkers 88 estacionados en Eleusis

150 Junkers 87b estacionados en Micenas, Molaoi y Skarpanto

90 Messerschmitt 110 estacionados en Argos

90 Messerschmitt 109, cazas monomotores, estacionados en Molaoi

XI cuerpo del aire General Student

Comandante de brigada Schlemm (jefe de estado mayor)

Coronel von Trettner (operaciones)

Comandante Reinhardt (inteligencia)

Tres grupos de transporte comandados (aproximadamente quinientos Junkers 52) Ala de planeadores (aproximadamente setenta planeadores DFS 230) Escuadrón de aviones de reconocimiento Fieseler Storch

Cuartel general del Sturm Comandante de brigada Meindl (post., coronel Regiment Ramcke)

Comandante Braun

I batallón Comandante Koch

II batallón Comandante Stentzler

III batallón Comandante Scherber

IV batallón Capitán Gericke

Cuartel general de la 7.^a división de paracaidistas General de división Süssmann

Comandante conde von Uxküll

Batallón de ingenieros paracaidistas Comandante Liebach

1.^{er} regimiento de paracaidistas Coronel Bráuer

Capitán Rau

Capitán conde von der Schulenburg

I batallón Comandante Walther

II batallón Capitán Burckhardt

III batallón Comandante Karl-Lothar Schulz

2º REGIMIENTO DE PARACAIDISTAS Coronel Sturm

Comandante Schulz

Capitán Paul

I batallón (Rézimno) Comandante Kroh
II batallón (Iraklion) Capitán Schirmer
III batallón (Rézimno) Capitán Wiedemann

3." REGIMIENTO DE PARACAIDISTAS Coronel Heidrich
Teniente Heckel

I batallón Capitán Freiherr von der Heydte
II batallón Comandante Derpa
III batallón Comandante Heilmann

5.^a DIVISIÓN DE MONTAÑA General de división Ringel
Comandante Heidlen
Capitán Ferchl

95.º REGIMIENTO DE MONTAÑA (tropas divisionales)
Artillería de montaña Teniente coronel Wittmann
Zapadores Comandante Schaette
Exploradores Comandante conde Castell zu Castell

85.º REGIMIENTO DE MONTAÑA Coronel Krakau
I batallón Comandante Treck
II batallón Comandante Esch
III batallón Comandante Fett

100.º REGIMIENTO DE MONTAÑA Coronel Utz
I batallón Comandante Schrank
II batallón Comandante Friedmann
III batallón Comandante Ehal

141.º regimiento de montaña (de la 6.^a división de montaña) Coronel Jais

Efectivos
Aterrizados en paracaídas y planeadores:
Máleme 1.860
Valle Ayía y Canea 2.460
Rézimno 1.380
Iraklion 2.360

Aerotransportados:
Máleme 13.980
Total 22.040
Bajas
Muertos y desaparecidos*
paracaidistas 3.094
tropas de montaña 580

tripulación aérea 312

Heridos 2.594

17 de los desaparecidos son oficiales alemanes enviados en barco a Egipto como prisioneros de guerra.

Mensajes de Ultra enviados a Creta antes de la batalla

En su primera fase, Ultra enviaba los mensajes a El Cairo en la serie cifrada OL, «Orange Leonard», con tres dígitos. La serie OL 2000 se enviaba simultáneamente o al cabo de algunas horas a Creta. De esta forma, El Cairo sabía lo que se había enviado a Creta: la serie OL 5000 era para Malta. Este sistema quería impedir el despacho de información innecesaria que pudiera comprometer a Ultra en caso de que fuera interceptada o capturada. Los mensajes enviados a la Creforce solían llevar la advertencia: «Entrega en mano al general Freyberg - inmediata». El capitán Sandover, el oficial apostado en la cueva que se encontraba por encima de la cantera de la Creforce, descodificaba los mensajes, los mostraba a Freyberg y luego los quemaba. La hora y la fecha de despacho se indicaban al final de cada mensaje, pero aquí los ponemos al principio para facilitar su consulta.

OL2151 18.45 horas 28.4.41

Los mensajes OL enviados a El Cairo sólo llevarán tres dígitos OL en la serie vigente. Los mensajes enviados a El Cairo y al centro de operaciones aéreas de Creta [el jefe de escuadrilla Beamish recibió mensajes de Ultra unos pocos días antes de la llegada de Freyberg] están en OL 2000 y series mayores vigentes. Así pues, los números muestran la distribución de cada mensaje.

OL2155 16.15 horas 1.5.41

Hemos sabido que, para permitir a la GAF [fuerza aérea alemana] ejecutar las operaciones previstas para las semanas venideras, el enemigo no minará la hía de Suda ni destruirá los aeródromos de Creta. Este mensaje anula el

OL2157 03.25 horas 3.5.41

Indicios de que las unidades de transporte aéreo no estarán listas para operaciones a gran escala hasta el 6 de mayo como muy pronto. Los demás preparativos, al parecer ultimados.

OL2165 21.50 horas 4.5.41

Pruebas de que el 4 de mayo el estado mayor de la Fliegerdivision se desplazó a Salónica e irá a Atenas en torno al 8 de mayo.

OL2167 23.40 horas 6.5.41

Preparativos para la operación contra Creta probablemente ultimados el 17 de mayo. La secuencia de las operaciones del día 0 en adelante será descenso en paracaídas de la 7.^a Fliegerdivision más tropas del 11.^o Fliegerkorps, para tomar Máleme, Candia [Iraklion] y Retimo [Rézimno]. Luego los bombarderos y cazas irán a Máleme y Candia. Después, aterrizaje del resto del 11.^o Fliegerkorps, incluidos el estado mayor y unidades subordinadas. Luego unidades antiaéreas, más tropas y suministros. 3.^o regimiento de montaña destacado por el 12.^o ejército, elementos de unidades blindadas, motorizadas y antitanques destacados por la comandancia superior. Todo bajo el mando del 11.^o Fliegerkorps. El almirante Sureste les dará protección con flotillas de torpederos, dragaminas y posiblemente submarinos. Transportes por mar a cargo de buques alemanes e italianos. La operación será precedida, antes del día 0, por un duro ataque a los campos militares y las posiciones antiaéreas de la RAF.

[Nota: El 3.^{er} regimiento de montaña fue el 141.^o regimiento de montaña, procedente de la 6.^a división de montaña, que se añadió para reforzar los 85.^o y 100.^o regimientos de montaña de la 5.^a división de montaña. El 95.^o regimiento de artillería de montaña y otros destacamentos no se habrían tenido en cuenta, por tratarse de tropas divisionales. El almirante Sureste era el almirante Shuster.]

OL2168 10.05 horas 7.5.41

Las unidades antiaéreas más las tropas y los suministros mencionados en 2167 llegarán a Creta por mar. Asimismo, parece más probable 'tres regimientos de montaña' que '3.^{er} regimiento de montaña'.

[Nota: El principal malentendido surgió cuando los analistas leyeron ambas frases conjuntamente y cometieron dos errores. Se precipitaron a concluir que llegarían tres regimientos de montaña *además* del XI cuerpo del aire (7.^a división paracaidista y 22.^o división aerotransportada). La participación de la 22.^o división se había expuesto en el mensaje OL 167, de 26 de abril, que detallaba su transporte de Bucarest a Atenas, pero al parecer no se interceptó ningún mensaje que cancelara su desplazamiento por parte del 12.^o ejército y su sustitución por la 5.^a división de montaña. La Dirección de Inteligencia Militar, no la Dirección de Inteligencia del Aire (véase el mensaje OL 2170, más adelante), leyó las dos frases a la vez y dio por sentado que esos tres regimientos de montaña también iba a ser transportados por mar, junto con las unidades antiaéreas. En el mensaje OL 2/302, casi todo el resto de los efectivos de complemento destacados por el 12.^o ejército se echa en el cajón de sastre del convoy aerotransportado.]

OL 2169 17.35 horas 7.5.41

Melos debe ser ocupado por los alemanes el 7 de mayo para preparar aeródromo.

OL2170 18.30 horas 7.5.41

Continuación del 2167, serie sobre ataque alemán previsto contra Creta. Escala estimada del ataque y sugerencia de secuencia de operaciones. El primer día o primer día menos uno: bombardeo intenso contra fuerzas aéreas y objetivos militares. Primer día, descensos en paracaídas y llegada de aviones de combate. Primer o segundo día, llegada de tropas aerotransportadas con equipo, incluidos cañones, motocicletas y quizás AFV [vehículos blindados de combate]. Segundo día: llegada de tropas anfibias y suministros después de la llegada de destacamentos aerotransportados. Escala estimada del ataque de paracaidistas y tropas aerotransportadas. Número de aviones para transporte de tropa disponibles en la zona es de aproximadamente cuatrocientos cincuenta. Esta cifra podría incrementarse a seiscientos si fuera necesario. En caso de que la mayoría de estos aviones dispusiera de bases operativas, la escala de un ataque paracaidista el primer día podría ser de doce mil hombres en dos misiones. La escala de las tropas y suministros que aterrizarían el segundo día podría ser de cuatro mil hombres y cuatro toneladas de equipo o equivalente, transportados por seiscientos Ju 52. Si el primer día se produce una operación de aterrizaje de tropas, el esfuerzo de los paracaidistas se reducirá en un cincuenta por 100, aproximadamente. Probable bombardeo preliminar por bombarderos de largo alcance y cazas bimotores estacionados en Bulgaria, Salónica, Atenas y seguramente Rodas. Máximo esfuerzo por día estimado en 105 misiones de bombarderos de largo alcance y cien misiones de cazas bimotores. Aviones disponibles para fuerza aérea de ocupación: sesenta Me 109 y noventa Ju 87. Salida desde pistas aéreas del Peloponeso. Posición de los terrenos de aterrizaje desconocida, pero se cree que los alemanes buscan emplazamientos apropiados. La zona de Atenas es la zona operativa desde la que probablemente comenzará el ataque de tropas aerotransportadas. Todas las escalas de efectivos anteriores son la cifra máxima que, creemos, puede alcanzarse. No se tiene en cuenta el efecto de nuestras acciones o la posible falta de bases operativas en la zona de Atenas para el número máximo de aviones disponibles. Comunicado por el director de inteligencia.

OL 2/284 19.00 horas 13.5.41

Aviones bimotores atacarán probablemente los aeródromos de Creta el 14 de mayo.

OL 2/302 17.45 horas 13.5.41

A continuación se resumen las intenciones de ataque a Creta deducidas de las órdenes operativas dictadas.

Párrafo 1. La isla de Creta será capturada por el 11.º cuerpo del aire y la 7.ª división aérea y las operaciones estarán bajo el control del 11.º cuerpo del aire. Párrafo 2. Todos los preparativos, incluida la agrupación de aviones de transporte, cazas y aviones de bombardeo en picado, así como de tropas, aerotransportadas y anfibias, estarán ultimados el 17 de mayo.

Párrafo 3. El transporte de tropas por mar se hará en cooperación con el almirante Sureste, para garantizar la protección de los buques de transporte alemanes e italianos (unos 12 navios) por fuerzas navales ligeras italianas. Estas tropas quedarán a las órdenes del 11.º cuerpo del aire nada más desembarcar en Creta.

Párrafo 4. La operación irá precedida de un intenso ataque por unidades de bombarderos y cazas contra las fuerzas aliadas sobre el terreno y contra sus defensas antiaéreas y campamentos militares.

Párrafo 5. A partir del día uno se ejecutarán las operaciones siguientes. La 7.ª división aérea efectuará un descenso en paracaídas y tomará Máleme, Candia y Retimo. Segundo. Aviones de bombardeo en picado y cazas (unos cien aviones de cada tipo) llegarán a Máleme y Candia. Tercero. Aterrizaje del 11.º cuerpo del aire, incluidos su estado mayor y elementos del ejército bajo su

mando, que comportarán probablemente la 22.^a división. Cuarto. Llegada del contingente anfibio, compuesto de baterías antiaéreas y más tropas y suministros.

Párrafo 6. Además, como se ha indicado, el 12.º ejército destacará tres regimientos de montaña. También se asignarán otros elementos, como unidades motorizadas, blindadas, antitanques y antiaéreas.

Párrafo 7. En función de la información de inteligencia pendiente y de los reconocimientos aéreos, el aeródromo de Kasteli [Pediados], al sureste de Candia, y el distrito al oeste y suroeste de Canea serán objeto de operaciones especiales, en cuyo caso se incluirán instrucciones específicas en órdenes operativas detalladas.

Párrafo 8. Los aviones de transporte, un número suficiente de los cuales -unos seiscientos- se asignará a esta operación, se agruparán en los aeródromos de la zona de Atenas. La primera misión probablemente sólo lleve tropas paracaidistas. Las demás misiones consistirán en el transporte del contingente de tropas aerotransportadas, equipo y suministros, y probablemente consten de aviones que remolquen planeadores.

Párrafo 9. Con miras a proteger con cazas las operaciones, se estudiará la posibilidad de crear una base de cazas en Skarpanto.

Párrafo 10. El intendente general velará por que se disponga de suministros adecuados de combustible para toda la operación en la zona de Atenas a su debido tiempo y un buque cisterna llegará a El Pireo antes del 17 de mayo. Este buque probablemente sirva para transportar combustible a Creta. Al agrupar los suministros y equipos para la fuerza invasora, se tendrá en cuenta que ésta consistirá en unos treinta a treinta y cinco mil hombres, de los cuales doce mil serán del contingente de paracaidistas y diez mil serán transportados por mar. Los efectivos de la fuerza de bombarderos de largo alcance y de cazas que prepararán la invasión atacando antes del día uno serán de aproximadamente ciento cincuenta bombarderos de largo alcance y cien cazas. Párrafo 11. Se han dictado órdenes de que la bahía de Suda no debe ser minada, ni destruirse los aeródromos cretenses, para no interferir con las operaciones previstas.

Párrafo 12. Se han preparado mapas donde se señalan las posiciones mediante fotografías aéreas de Creta a escala 1/10.000, que se distribuirán a las unidades que participen en esta operación.

[Nota: El prefijo de un solo dígito del mensaje OL 302 se ha desfigurado en la Public Record Office, pero se trata casi con total seguridad del 2. La acumulación de malinterpretaciones alcanza su apogeo en este mensaje, donde cifras inexactas se dan por confirmadas.]

OL 5/313 04.20 horas 14.5.41

Si las tareas de reconocimiento no revelan blancos navales, el 14 de mayo aviones de bombardeo en picado Junkers 88 del gruppe 1 LG1 atacarán la bahía de Suda.

[Nota: El Junkers 88 no era un avión de bombardeo en picado. El redactor probablemente se refería al Junkers 87 o al Stuka.]

OL 6/314 10.15 horas 14.5.41

En lo sucesivo se usará la palabra «Colorado» en lugar de «Creta» en todos los mensajes de esta serie.

OL 8/337 05.00 horas 16.5.41

El 16 de mayo, ataques de cazas contra los aviones británicos-deAeródromo de Iraklion y previsto también desplazamiento a Scarpanto -aeródromo probablemente en el extremo meridional de la isla- de unos veinte Junkers 87 para bloquear el estrecho de Kasos.

OL 9/339 08.05 horas 16.5.41

Nuevas pruebas indican que el día uno para la operación contra Colorado [Creta] será el 17 de mayo, pero probable aplazamiento de 48 horas.

OL 10/341 14.10 horas 16.5.41

Nuevas informaciones confirman el aplazamiento del día uno para la operación contra Colorado. El 19 de mayo parece la fecha más temprana.

OL 12/370 01.55 horas 19.5.41

El 19 de mayo a las 08.00 horas HMG, conferencia de los oficiales al mando de las unidades de la fuerza aérea en el aeródromo de Eleusis. Tratarán de la operación contra Colorado, en particular Máleme, Canea, Retimo e Iraklion. Pese a esta conferencia, todas las unidades saldrán de misión. Cazas monomotores de Molaoi -aproximadamente un vuelo por misión- atacarán reiteradamente los aviones del aeródromo de Máleme el 19 de mayo. También se espera que los aviones de bombardeo en picado de Scarpanto ataquen probablemente los buques. Probable que hoy, lunes, sea el día menos uno.

APÉNDICE D

ORGANIZACIONES POLÍTICAS GRIEGAS

BAJO CONTROL COMUNISTA

KKE Komunistikó Koma tes Eladas, Partido Comunista de Grecia EAM Ethnikón Apelevtherotikón Métopon, Frente de Liberación Nacional. Una coalición de izquierda y centro-izquierda, manipulada al principio con habilidad y luego brutalmente por los comunistas. Logró atraer a muchas personas con buenas credenciales democráticas, hasta que el interés obsesivo del Partido Comunista por monopolizar el poder se hizo demasiado evidente. ELAS Ethnikós Laikós Apelevtherotikós Stratós, Ejército Popular de Liberación Nacional, el ala militar del EAM. En el continente tuvo más de cincuenta mil hombres armados, organizados por divisiones regionales. En Creta sus efectivos armados nunca rebasaron los cinco mil hombres, incluidos los reservistas. El ala naval, que empleaba caiques armados, se denominaba ELAN

NO COMUNISTAS Y ANTICOMUNISTAS

EDES Ethnikós Demokratikós Elinikós Síndesmos, Liga Nacional Republicana de Grecia. Una organización originalmente descentro-izquierda que viró a la derecha, en buena medida debido* a la incesante presión comunista. Implicada en la colaboración, especialmente en las ciudades. El ala militar fue dirigida por el general Napoleón Zervas. El respaldo británico a Zervas y la contrapresión sobre el EAM-ELAS ejercida por Monty Woodhouse preservaron a la EDES de un ataque comunista radical. (Sólo en el continente.)

EKKA Ethnikí Kinonikí Kínima Apelevtherosis, Movimiento Nacional y Social de Liberación. El EKKA, otro grupo centrista, fue liderado por el coronel Dimitrios Psarros. Más pequeño que la EDES, era vulnerable y el ELAS lo masacró traicioneramente. (Sólo en el continente.)

X La organización X, dirigida por el coronel Jorge Grivas, estaba compuesta por grupos nacionalistas de extrema derecha. Fanáticamente anticomunista, y en muchos casos armada por los alemanes, sus miembros sustanciaron el epíteto comunista de «monárquico-fascista». (Sólo en el continente.)

EOK Ethnikós Organismos Kritis, Organización Nacional de Creta. La EOK era una alianza informal de cretenses no comunistas, principalmente de adscripción venizelista, que iban del centro-izquierda a la derecha republicana. (Sólo en Creta.)

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PUBLICADAS [El lugar de publicación por defecto es Londres]

- Alemania, Ministerio de Asuntos Exteriores, *Documents on Germán Foreign Policy 1918-1945*, séúe D, vol. XI, HMSO, 1961, y vol. XII, HMSO, 1962.
- Bennett, Ralph, *Ultra in the Mediterranean*, Hamish Hamilton, 1989.
- Bitzes, John, *Greece in World War II*, Sunflower University Press, Kansas, 1989.
- Bolitho, Héctor, *The Galloping Third*, John Murray, 1963.
- Bright, Joan, *History of the Northumberland Hussars Yeomanry, 1924-1949*, Mawson, Swan amp; Morgan, Newcastle-upon-Tyne, 1949.
- Britton, James, *Record and Recall*, Lightfoot, 1988.
- Carlton, D., *Anthony Edén*, Alien Lañe, 1981.
- Churchill, Winston S., *The Second World War: Their Finest Hour* (vol. II), *Grand Alliance* (vol. III), *Closing the Ring* (vol. V), Cassell, 1949, 1950 y 1952 (hay trad. cast: *La II Guerra Mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002).
- Ciano, Galeazzo, *Ciano's Diplomatic Papers*, Odhams, 1948.
- Clark, Alan, *The Fallo/Crete*, Blond, 1962.
- Coats, Peter, *Of Generáis and Gardens*, Weidenfeld amp; Nicolson, 1976.
- Connell, John, *Wavell*, Collins, 1964.
- Cooper, Artemis, *Cairo in the War*, Hamish Hamilton, 1989.
- Cox, Geoffrey, *A Tale of Two Battles*, William Kimber, 1987.
- Davin D., *Crete*, Historia oficial de Nueva Zelanda en la segunda guerra mundjal' 1939-1945, Departamento de Historia Militar, Wellington, Nueva Zelanda, y OUP, 1953.
- Deakin, F. W., *The Brutal Friendship*, Weidenfeld 8c Nicolson, 1962 (hay trad. cast.: *La Brutal Amistad*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1965).
- De Belot, R., *The Struggle for the Mediterranean 1939-45*, Princeton, 1951.
- De Courcy, J., *The History of the Welch Regiment 1919-1951*, Western Mail amp; Echo, Cardiff, 1952.
- De Guingand, general de división sir Francis, *Operation Vtcior*, Hodder, 1947; *Generáis at War*, Hodder, 1964.
- Eccles, David, *By Safe Hand*, Bodley Head, 1983.
- Elliott, Murray, *Vasili - the Lion of Crete*, Stanley Paul, 1987.
- Farran, Roy, *Winged Dagger*, Collins, 1948.
- Farrar-Hockley, general sir Antony, Student, Ballantine, Nueva York, 1973.
- Fergusson, *The Black Watch and the King's Enemies*, Collins, 1950.
- Fielding, Xan, *The Stronghold*, Seeker, 1953.
- Fielding, Xan, *Hide and Seek*, Seeker, 1954.
- Fleming, Ann (ed. Mark Amory), *The Letters of Ann Fleming*, Collins, 1985.
- Forgeat, Raymond, *Les Parachutistes de la France Libre*, Vincennes, 1990.
- Greacen, Lavinia, *Chink: A Biography*, Macmillan, 1989.
- Hadjipateras, C, y Fafalios, M., *Crete 1941*, Efstathiadis, Atenas, 1989.
- Halder, capitán general F., *Kriegstagebuch*, vol. II, Kohlhammer, Stuttgart, 1963.
- Hammond, Nicholas, y Dunbabin, T.J., *John Pendlebury in Crete*, publicación no comercial,

Cambridge, 1948.

Hammond, N. G. L., *Venture into Greece*, Kimber, 1983.

Hamson, C. J., *Liber in rinculis*, Trinity College, Cambridge, 1989.

Hamson, Denys, *We Fell Among Greeks*, Cape, 1946.

Handel, Michael I., «Intelligence and Military Operations», en *Intelligence and National Security Journal*, vol. 5, n.º 2, abril de 1990.

Hart, capitán Basil Liddell, *The Other Side of the Hill*, Cassell, 1951.

Hart-Davis, Duff, *Peter Fleming*, Cape, 1974.

Henderson, Jim, *22 Battalion*, Historia oficial de Nueva Zelanda en la segunda guerra mundial 1939-1945, Departamento de Historia Militar, Wellington, Nueva Zelanda, 1958.

Heydte, Freiherr E. von der, *Daedalus Returned*, Hutchinson, 1958.

Hinsley, F. H., *British Intelligence in the Second World War*, vol. 1, HMSO, 1981.

Hobson, Brigadier R. W., «The Episode in Greece», *Army Quarterly and Defence Journal*, abril de 1990.

Holland, Jeffrey, *The Aegean Mission*, Greenwood Press, 1989.

Hollingworth, Clare, *Front Line*, Cape, 1990.

Household, Geoffrey, *Against the Wind*, Michael Joseph, 1958.

Hunt, David, *A Don at War*, William Kimber, 1966.

Kaludis, Pantelis, *Sprung über Kreta*, Druffel Verlag, Munich, 1981.

Kidson, A. C., *Petrol Company*, Historia oficial de Nueva Zelanda en la segunda guerra mundial 1939-1945, Departamento de Historia Militar, Wellington, Nueva Zelanda, 1961.

Kippenberger, general de división sir Howard, *Infantry Brigadier*, OUP, 1949.

Kiriakópulos, G. C., *Ten Days to Destiny*, Franklin Watts, Nueva York, 1985.

Kokonas, N. A., *The German Occupation of Crete, from the Archives of Colonel Christos Tsiphakis*, Rézimno, 1989.

Kurowski, Franz, *Der Kampf um Kreta*, Moewig, Munich, 1988.

Lee, mariscal Arthur Gould, *The Royal House of Greece*, Ward Lock, 1950; *Special Duties*, Ward Lock, 1947.

Leigh Fermor, Patrick, *A Time of Gifts*, John Murray, 1977 (hay trad. cast.: *El tiempo de los regalos*, Ediciones Península, Barcelona, 2001).

Lindsay, T. M., *The Sherwood Rangers*, Burrup, 1952.

List, capitán general, *Von Serbien bis Kreta, Erinnerungen vom Feldzug*, Aspioti, Atenas, 1942.

Llewellyn, Peter, *Journey Towards Christmas*, Historia oficial de Nueva Zelanda en la segunda guerra mundial 1939-1945, Departamento de Historia Militar, Wellington, Nueva Zelanda, 1949.

Lodwick, John, *The Filibusters*, Methuen, 1947.

Long, Gavin, *Australian War History - Greece, Crete and Syria*, Australian War Memorial, Canberra, 1953.

Mabire, Jean, *La Crete - Tombeau des Paras*, Presses de la Cité, París, 1982.

Mack Smith, Denis, *Mussolini*, Weidenfeld & Nicolson, 1981 (hay trad. cast.: *Mussolini*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2001).

Messenger, Charles, *The Middle East Commandos*, William Kimber, 1988.

Michaelopolos, André, *Greek Fire*, Michael Joseph, 1943.

Moss, W. S., *III Met By Moonlight*, Harrap, 1950; *A War of Shadows*, Boardman, 1952.

Mott-Radclyffe, sir Charles, *Foreign Body in the Eye*, William Kimber, 1975.

- Papagos, general Aléxandros, *The Battle of Greece*, Scaczikis Alpha, Atenas, 1949.
- Papastratis, Procopis, *British Policy Towards Greece During the Second World War*, Cambridge, 1994.
- Pitt Barrie, *The Crucible of War*, vol. 1, Macmillan, 1986; *Special Boat Squadron*, Century, 1983.
- Playfair, general de división I. S. O., *History of the Second World War: The Mediterranean and the Middle East*, vol. 1, HMSO, 1954, vol. 11, HMSO, 1956.
- Póppel, Martin, *Heaven and Hell*, Spellmount, Tunbridge Wells, 1988.
- Powell, Dilys, *The Villa Ariadne*, Hodder amp; Stoughton, 1974.
- Psijundakis, Jorge, *The Cretan Runner*, John Murray, 1955.
- Rendel, A. M., *Appointment in Crete*, Wingate, 1953.
- Sarafis, M. (ed.), *Background to Contemporary Greece*, vols. I y II, Merlin, 1990.
- Sarafis, S., *ELAS - Greek Resistance Army*, Merlin, 1980.
- Schmidt, Paul, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951.
- Scott Daniell, D., *Regimental History of the Royal Hampshire Regiment*, vol. III, Gale ScPoiden, Aldershot, 1955.
- Sheffield, comandante O.F., *The York and Lancaster Regiment, 1919-1953*, Gale 8c Poiden, Aldershot, 1953.
- Singleton-Gates, Peter, *General Lord Freyberg VC*, Michael Joseph, 1963.
- Smith, general de división A. C. (ed.), *The German Campaign in the Balkans*, Superintendencia de documentos, Washington DC, 1953.
- Stefanides, Teodoro, *Climax in Crete*, Faber amp; Faber, 1946.
- Stevens, general de división W. G., *Freyberg VC*, Wellington Nueva Zelanda, 1965.
- Stewart, Ian, *The Struggle for Crete*, OUP, 1955.
- Stitt, comandante George, *Under Cunningham's Command*, Alien 8cUnwin, 1944.
- Stout, T., *New Zealand Medical Services*, Historia oficial de Nueva Zelanda en la segunda guerra mundial 1939-1945, Departamento de Historia Militar, Wellington, Nueva Zelanda, 1956.
- Sweet-Escott, Bickham, *Baker Street Irregular*, Methuen, 1965.
- Thomas, W. B., *Daré to be Free*, Alian Wingate, 1951.
- Tsivimonakis, E. M., *The National Resistance in the Nome of Rethymno, 1941-1944*, Estia, Atenas, 1985.
- Underhill, general de brigada W.E., *The Royal Leicestershire Regiment*, South Wigs-ton, 1958.
- Van Creveld, Martin, *Hitler's Strategy, the Balkan Clue*, CUP, Cambridge, 1973.
- Vrba, Leopold, *Kreta - Invasión aufFlügeln*, Moewig, Rastatt, 1985.
- Waugh, Evelyn (ed. Michael Davie), *The Diaries of Evelyn Waugh*, Penguin, Harmondsworth, 1976; *Officers and Gentlemen*, Chapman amp; Hall, 1955.
- Wilson, mariscal de campo Henry Maitland, *Eight Years Overseas*, Hutchinson, 1950.
- Wisdom, T. H., *Wings over Olympus*, Alien amp; Unwin, 1952.
- Woodhouse C. M., *Apple of Discord*, Hutchinson, 1948; *Something Ventured*, Granada, 1982.
- Zayas, Alfred M. de, *The Wehrmacht War Crimes Bureau, 1939-1945*, University of Nebraska Press, 1990.
- Zotos, Stephanos, *Greece - The Struggle for Freedom*, Nueva York, Crowell, 1967.

FUENTES NO PUBLICADAS

Informes, diarios, cartas de colecciones privadas.
Public Record Office.

DEFE-2/711.

DEFE- 3/ 686, 687, 891 y 894.

PREM 3/ 109.

WO 169/ 914, 915, 919, 923,1334A, 1500,1736 y 1751.

WO 179/ 723, 724, 721, 732, 733, 734, 735, 736 y 746.

WO 201 y 202.

Imperial War Museum.

Grupo de investigaciones históricas del comando de Oriente Medio.

National Army Museum.

Museo de la Guerra, Atenas.

AGRADECIMIENTOS

El extracto del poema del general Wavell, «El Yugo», ha sido citado con el amable consentimiento de los propietarios conjuntos de los documentos de Wavell. El material de la Public Record Office cuyos derechos de autor corresponden a la Corona ha sido reproducido con la autorización del director de Her Majesty's Stationery Office (Oficina de publicaciones de Su Majestad).

CONVERSACIONES Y CORRESPONDENCIA

PARTE I. LA CAÍDA DE GRECIA

Lord Caccia, GCMG, GCVO (primer secretario de la Legación británica, Atenas); sir Geoffrey Cox, CBE (división neozelandesa); comandante G.W.F. de Winton (cuerpo de voluntarios de caballería de Middlesex y estado mayor de la 1.^a brigada blindada); sargento R. Fletcher (división neozelandesa); general de división M. Forrester, CB, CBE, DSO, MC (regimiento real y Misión militar británica); catedrático Nicholas Hammond, CBE, DSO, FBA, DL (MI(R)); general de brigada R.W. Hobson, CBE (comandante de la 1.^a brigada blindada); sir David Hunt, KCMG, OBE (regimiento gales, capitán del estado mayor de inteligencia); comandante Pa-trick Leigh Fermor, DSO, OBE (cuerpo de inteligencia, Misión militar británica); teniente coronel Guy May (húsares de Northumberland y estado mayor de la fuerza W); sir Charles Mott-Radclyffe, DL (brigada de fusileros y Misión militar británica); teniente coronel Mark Norman, CBE (cuerpo de voluntarios de caballería de Hert-fordshire y misión Yak); teniente coronel John Pumphrey, MBE, TD (húsares de Northumberland); comandante de brigada Ray Sandover, DSO (2/11...^o batallón de infantería australiano).

PARTE II. LA BATALLA DE CRETA

Mikis Akumianakis; Tom Barratt (HMS *Dido*); Tom Bevan (regimiento gales); R.B. Brown (RFA *O/na*); lord Caccia; Evangelos Cristu (Iraklion); soldado de la infantería de marina J.W. Clayton (MNBDO); Horace Cowley (HMS *Kos*); sir Geoffrey Cox (cuartel general de la Creforce); Alexander Dow (Black Watch); Gefreiter Gott-fried Emrich (3.^{er} regimiento de paracaidistas); sargento Ron Fletcher (19...^o batallón, división neozelandesa); general de división Michael Forrester (Misión militar británica); Vasilios Furakis; Alfred Gotts (Royal Artillery y «Royal Perivolians»); catedrático Nicholas Hammond (S02 y HMS *Dolphin*); catedrático Freiherr von der Heydte (3.^{er} regimiento de paracaidistas); capitán Myles Hildyard (cuerpo de voluntarios de la guardia montada de Sherwood); lord Hollenden [teniente Gordon Hope-Morley] (Black Watch y cuartel general de la 14.^a brigada de infantería); sir David Hunt (regimiento gales y estado mayor de la Creforce); F.M. Hutton (HMS *Glenroy* y *Thurland Casi/e*); teniente general sir Ian Jacob, GBE, CB, DL (secretario y asesor militar del Ministerio de Guerra); Manolis Kugumtzakis; comandante Patrick Leigh Fermor (cuartel general de la 14.^a brigada de infantería); Clifford Pass (regimiento gales); teniente coronel John Pumphrey (húsares de Northumberland); comandante de brigada Ray Sandover, DSO (2/11...^o batallón de infantería australiano); comandante J. Smith-Hughes OBE (RASC); K. Stalder (RAMC); Norman Swift (Leicester); doctor R.E.S. Tanner (Layforce); Eleuteris Tsinakis; sir Peter Wilkinson, KCMG, DSO, OBE (fusileros reales y SOE).

PARTE III. LA RESISTENCIA

Mikis Akumianakis; comandante Dennis Ciclítira (regimiento de Staffordshire y SOE); comandante Xan Fielding, DSO (regimiento chipriota y SOE); capitán Hugh Fraser (7...^o de húsares y SOE); conde Jellicoe, PC, DSO, MC (SAS y SBS); comandante Patrick Leigh Fermor (cuerpo de inteligencia y SOE); Manusos Ma-nusakis; Jorge Psijundakis; comandante Jack Smith-Hughes (RASC y SOE); Nikos Suris; capitán John Stanley, MC (fuerza de defensa de Sudán e ISLD); capitán Ralph Stockbridge MC y Bar (policía militar e ISLD); comandante Stephen Ver-ney, MBE (RAOC y PWE); comandante Michael Ward (Green Howards y la SOE de El Cairo).

Principales siglas empleadas en el texto

DISTINCIONES MILITARES

RAMC Royal Army Medical Corps

RAOC Royal Army Ordnance Corps

RASC Royal Air Service Corps

RFA Royal Fleet Auxiliary

SAARF Special Allied Airborne Reconnaissance Forcé

SAS Special Air Service

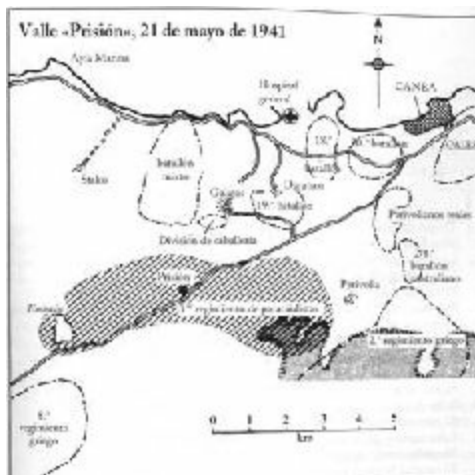
SBS Special Boat Squadron

SOE Special Operations Executive

Mapas







This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

10/01/2010